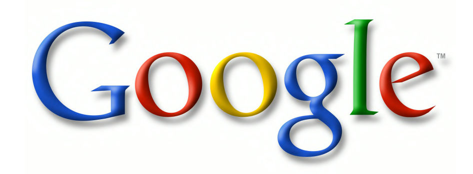


Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

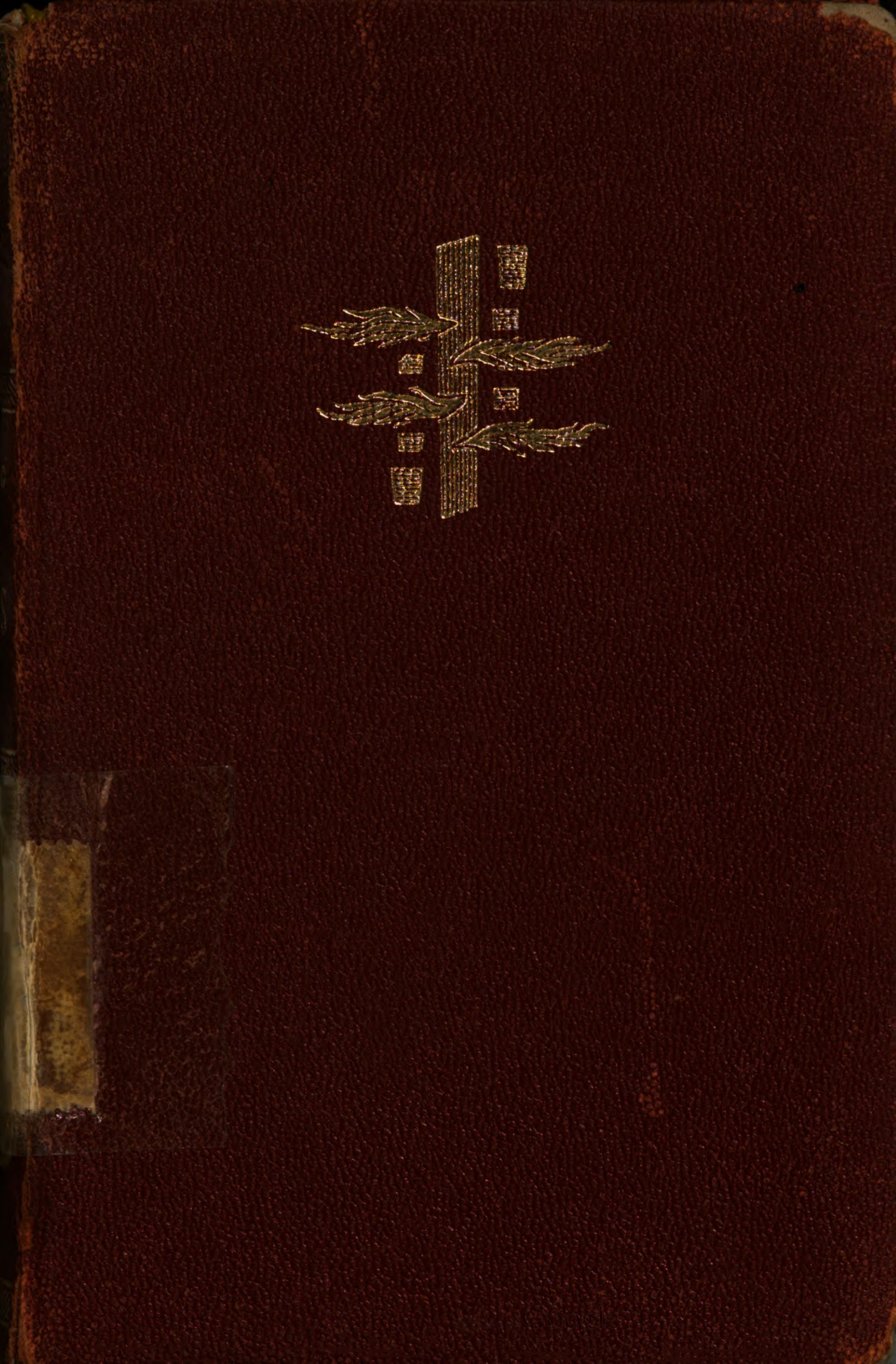
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Biblioteca de la Universidad
Ciudad Universitaria
Madrid 3

Este libro debe ser devuelto el día:

15 MAYO 1979	18 NOV. 1982	
10 DIC. 1979	26 JUN. 2000	
10 ENE. 1980	20 DIC 2002	
21 FEB. 1980	05 DIC 2002	
1 - JUN. 1981	09 DIC 2002	
17 NOV. 1981	12 MAR. 2004	
26 NOV. 1981	29 MAR. 2005	
26 NOV. 1981		
23 JUN. 1982		

Atiéndase a la fecha escrita en último lugar.

Digitized by Google

12

8005

DIGESA
DISTRIBUCION GENERAL y
EDICIONES, S. A.

Gral. Alvarez de Castro, 39-1.º
Teléfono 224 49 58*
MADRID-3

Digitized by Google

22-V-76

Digitized by Google

85
M 12 n
- 9

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE DE MADRID

CIUDAD UNIVERSITARIA
MADRID - 3

Este libro debe ser devuelto el dia:

12 DIC. 1981	24-OCT-2002	
	03 FEB 2003	
18 NOV. 1982	2 DIC. 2004	
9 MAR. 1983	06 SET. 2005	
25 ABR. 1983		
	12 SEP	
07 DIC 2000		

éndase a la fecha escrita en último lugar.

Digitized by Google

106
1 . 1

OBRAS

MAQUIAVELO

Digitized by Google

Digitized by Google

R. 331815
92 lrc
BIBLIOTECA UCM
5304346209

MAQUIAVELO

OBRAS

EL PRÍNCIPE

DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO

LA MANDRÁGORA

CLICIA

D
32
MAC
obr

Versión, prólogo y notas de
JUAN A. G. LARRAYA
Profesor de la Universidad
de Barcelona



EDITORIAL VERGARA
BARCELONA

BIBLIOTECA GEOGRAFIA E HISTORIA
Digitized by Google

Primera edición: marzo 1961
Reimpresión: noviembre 1965

Reproducciones de pinturas de
MANTEGNA
(*Frescos della Camera degli Sposi,* Mantova)
y
PIERO DELLA FRANCESCA
(*Frescos d'Arezzo*)

Ilustraciones de
JOAN LLEÓ
y
T. SOTOS BAYARRI

Depósito legal, B. 27194. — 1965
N.º Rgtr.º 2315 - 61

© VERGARA, S. A., 1965

Digitized by Google

INTRODUCCIÓN

Digitized by Google

Digitized by Google

EL HOMBRE

Un hombre flaco, de mediana estatura, pálido de cara, ojos negros y vivarachos, pelo negro y labios delgados bajo una frente despejada. Temperamento bilioso y astuto, diría un fisonomista. Los retratos y los biógrafos representan así a Nicolás Bernardo Maquiavelo, el *Secretario florentino* por antonomasia. Un hombre al que casi borraron sus obras.

Nació en Florencia, el 3 de mayo de 1469. Su padre y su madre fueron Bernardo y Bartolomea di Stefano Nelli, ni nobles ni plebeyos. El nombre de *Mal chiavelli,* «clavo malo» (Maquiavelo), lo debía a sus abuelos, que vivieron en Montespertoli.

Su biografía parece no empezar hasta que cumple los veinticinco años. En 1494 se implantó la república en Florencia, tras la expulsión de los Médicis, y Nicolás Maquiavelo entró a su servicio con cargos de poca importancia. Así empezó su carrera, ni larga ni notable, en la cual fue secretario de la segunda cancillería, es decir, de gobierno de los *Dieci di Libertà e di Balìa.* En él no tenía responsabilidad alguna, pero, en cambio, supo inspirar las órdenes que luego obedecía.

Digitized by Google

Hasta 1512 se le empleó en embajadas, en las que pudo experimentar la doctrina política que ya le bulliría en la mente. En representación de la Señoría, fue enviado al emperador de los Romanos, dos veces a la corte pontificia, tres a la de Francia, una a Catalina Sforza y dos a César Borgia. En estas misiones, como en otras de menor importancia, se condujo con gran destreza. Sus *Legazioni e Commissioni* son una instructiva y entretenida colección de documentos, escritos con claridad y gracejo, y sembrados de atinadas observaciones.

La República florentina aceptó poner en práctica algunas de las ideas militares que iba elaborando y le designó secretario de los *Nove della Milizia*, magistratura encargada de la vigilancia de la milicia florentina.

Acaso el instante más señalado de su carrera política fue la campaña en que Florencia logró reconquistar la ciudad de Pisa. Se encargó del reclutamiento de los soldados y de atender a la buena marcha del campamento. Los Diez quisieron alejarle del mismo, a cambio de una comisión fácil en Cascina, pero él se negó.

Los Médicis volvieron a Florencia en septiembre de 1512, después de la derrota de los franceses y de la dieta de Mantua. Maquiavelo no vio cumplidas sus esperanzas de conservar el cargo de secretario. Al contrario. Se le confinó durante un año. Más tarde, bajo la acusación de haber entrado en una conspiración contra los Médicis, sufrió cárcel y tormento.

En las mazmorras se dio a escribir. Con sus

Digitized by Google

obras, en las que bullía el talento literario y político, llegó a entusiasmar a los mismos Médicis, sus adversarios. Se reconoció su inocencia, pero el *quondam secretario,* como a veces firmó, no logró que se materializara su ilusión de recobrar su cargo. Nadie recordaba sus muchos años de servicio constante, y la pobreza le asaltó.

Desesperando de sus esperanzas, se retiró con su mujer y sus hijos a la villa de Albergaccio, en Casciano, a corta distancia de Florencia. Las cartas que escribió entonces a su amigo Vettori revelan su amargura, de la que se distrajo escribiendo, y así descubrió, como un fogonazo deslumbrador, su verdadero talento.

Al fin fue llamado. Solamente le esperaban cargos sin lustre. Se le despachó a Carpi. De aquella misión se conserva una carta, compuesta con sal y pimienta, describiendo su curiosa tarea de arreglar una disputa de hermanos menores franciscanos.

Una función más digna de su valor le aguardaba en 1525. Había empezado la enconada lucha entre Carlos I de España y Francisco I de Francia. Se le encomendaron las fortificaciones de Florencia, que había que inspeccionar y reforzar en vista de la situación. Concibió un proyecto para salvar a Florencia y se propuso presentarlo al papa Clemente VII. Conforme a sus axiomas políticos, ansiaba que su patria adoptara un partido, fuese de guerra o de tregua, fijo e inconmovible, considerando que Italia, carente de fuerzas para hacer frente a la situación que se avecinaba, debía decidirse de una vez para siem-

Digitized by Google

pre, sin esperar a sufrir la suerte de las naciones débiles.

Florencia no fue asediada.

La ciudad natal de Maquiavelo recobró la libertad con la nueva expulsión de los Médicis. El Secretario florentino se había comprometido tanto con ellos como anteriormente con los republicanos, y las aspiraciones a su viejo puesto resultaron tan efímeras como vanas.

Nicolás Maquiavelo murió el 22 de mayo de 1527, un año después de sus renacidas esperanzas de gloria, en medio de la pobreza más cruel. Pero había vivido lo suficiente para asistir al principio de la última lucha de los florentinos por la libertad.

Durante más de dos siglos sus restos ocuparon la fosa común. Finalmente, por obra de un aristócrata inglés, se erigió un monumento a su memoria en la iglesia de la Santa Croce.

Digitized by Google

LA OBRA

Prescindimos momentáneamente de las obras de Nicolás Maquiavelo que se traducen a continuación, dos de las cuales están ligadas de modo entrañable a su posterior fama de pensador político inmoral (o amoral), siendo notables las otras dos porque revelan un aspecto inesperado de su mentalidad literaria, que emplea de improviso, de modo nuevo, sus dotes naturales de agudo observador.

I. Los *Decennali*. El *Decennale primo* se escribió en 1504 y se publicó dos años más tarde; el *Decennale secundo* tal vez haya de asignarse al 1509. Uno y otro se compusieron en versos mediocres y, en realidad, pertenecen al dominio de la propaganda política más que al reino de la poesía. El primero relata los hechos ocurridos en el decenio que empezó en 1494 y el segundo es la continuación de aquél. La forma que ostentan es la de tercetos encadenados. Su contenido, estrictamente de alcance político, interesa únicamente al historiador.

II. Los *Capitoli*, en *terza rima* que apenas supera la de los *Decennali*, incluyen cuatro composiciones, de corte reflexivo y moralizante, que se han de incluir entre los años 1514-1517: *Dell'in-*

Digitized by Google

gratitudine, Di fortuna, Dell'ambizione y *Dell'occasione.* Estos poemas tienen sólo el valor de despertar un chispazo de curiosidad en el lector actual.

III. Los *Canti carnascialeschi* abarcan las siguientes composiciones poéticas, algo más vigorosas que las anteriores, producidas entre los años 1514-1524: *De' diavoli iscacciati di cielo, Di amanti e donne disperati, Degli spiriti beati, De' romiti, Di uomini che vendono la pine* y *De' ciurmadori.* En ellas se descubren algunos motivos que Maquiavelo explota en obras literarias posteriores.

IV. El *Asino d'oro,* en ocho capítulos y en tercetos encadenados, correspondientes al año 1517, es una «fábula», al decir del autor, de género satírico y humorístico.

V. Al 1520 pertenece la *Vita di Castruccio Castracani,* obra histórica sobre el príncipe de Luca, quizá el más eminente caudillo italiano, cuyo poder, más sentido que visto, se basaba sobre todo en el entusiasmo que despertaban sus prendas personales. La *Vita,* por un extraño capricho, ha gozado siempre del favor de los lectores. En realidad, a juicio nuestro, no lo merece sino desde el punto de vista novelesco. Esta pequeña composición no puede recibir el título de historia a que aspira. Carece de pretensiones de fidelidad a los hechos y es tan fantástica como cualquier obra literaria de Maquiavelo y bastante tediosa.

VI. En el año 1521 aparecían los siete libros del *Arte della Guerra,* interesante hija de la mente del Secretario florentino. Su fin es hacer frente a algunas objeciones populares y refutar los erro-

Digitized by Google

res existentes en la concepción de la ciencia militar. Este propósito, concretado en una obra excelente, se resuelve dentro de la trayectoria de sus doctrinas políticas.

Está escrita en forma de diálogo, con esquemas de evoluciones de tropas. Maquiavelo pone sus opiniones en boca de Fabricio Colonna, poderoso noble del Estado de la Iglesia, que se había distinguido por sus servicios a España. Colonna visita Florencia, cuando se dirige a sus dominios lombardos. En casa de Cósimo Rucellai, joven amigo de Maquiavelo, quien le dedica los *Discursos,* se retira con algunas personas al lugar más umbrío del jardín para huir del calor. Fabricio se sorprende al ver algunas plantas poco corrientes y Cósimo le explica que, aun cuando sean raras en su época, las citan los autores clásicos y que su abuelo, como tantos otros italianos, se entretenía aplicando en sus posesiones los antiguos métodos de jardinería. Fabricio expresa su pesar de que los imitadores de los antiguos romanos los remedasen únicamente en cuestiones y asuntos tan intrascendentes. La conversación así emprendida se desliza insensiblemente hacia el terreno de la disciplina militar y los mejores medios para restaurarla. Se defiende la institución de la milicia florentina, aunque se critican algunos de sus pormenores.

Aparece una idea básica de Maquiavelo: las armas propias, no las mercenarias, salvarían a Italia. «El Arte de la Guerra sólo puede usarlo con destreza y efectividad una república o un reino; y ambos solamente en el caso de que estén

Digitized by Google

bien organizados, de modo que jamás permitan que un ciudadano o un súbdito suyo lo usen para sí...» Los reyes que aspiren a vivir seguros deben tener una infantería compuesta de hombres que peleen por amor a ellos y que, vuelta la paz, se dediquen a sus quehaceres normales y domésticos. Italia necesita de un ejército cuyo creador sea, al propio tiempo, su capitán, y que éste posea la capacidad requerida para el mando del mismo. Los príncipes son los culpables de la ignominiosa situación italiana, etc. Todos estos pensamientos se reiteran en *El Príncipe* y en los *Discursos*.

Maquiavelo, metido a teórico de la disciplina militar, se aprovecha de la experiencia de las gestas antiguas y actuales. En toda la obra patentiza su admiración a la ciencia bélica de Roma y condena las máximas de los *condottieri* de la generación precedente. Prefiere la infantería a la caballería y los campamentos fortificados a las plazas fuertes. El éxito estriba, según él, en los movimientos tácticos veloces y en los ataques decisivos, como los de los romanos, los españoles y los suizos, proponiendo que se armen como ellos: con picas y lanzas (suizos) para repeler a la caballería, en la vanguardia, y broqueles y espadas (romanos y españoles), en la retaguardia o segunda linea, por ser el armamento más adecuado para otros propósitos.

Por apego a Roma, o por afición al valor humano, concede escasa importancia al empleo de la artillería, de la que augura (como en los *Discursos*) que no impondrá cambios en el armamento, ni en la disposición de las tropas. Esta opinión,

Digitized by Google

que ahora asombra, se basa en el testimonio de las batallas de su época. La artillería de entonces, mal servida y mal emplazada, si era útil hasta cierto punto en los asedios, carecía casi por completo de valor en las batallas campales.

El *Arte della Guerra* ha sido objeto de críticas que en realidad no merece en el fondo. Se trata de una obra doctrinal en que Maquiavelo expone sus opiniones particulares y sometidas, por consiguiente, a error.

El libro resulta en extremo interesante, en especial como fuente y comentario de la historia de su época. Está escrito con ingenio y agilidad, revelando, como *La Mandrágora*, que su autor sobresalía en el diálogo animado y elocuente.

VII. La última gran obra de Maquiavelo son las *Istorie fiorentine.* Los representes del Estudio florentino le encomendaron, en 1520, la redacción de la historia de Florencia. Emprendió la labor en 1521, y en 1525 dedicaba el fruto de sus vigilias a Julio de Médicis, el jefe de la familia, quien había ocupado el solio pontificio con el nombre de Clemente VII, el cual lo aprobaba con un Breve especial en 1531.

Las *Istorie* se nutren de la filosofía moral de *El Príncipe* y de los *Discursos,* libros anteriores a ellas. Las beneficia que el pensamiento de Maquiavelo se haya serenado y alcance mayor transparencia.

Es —¿cómo no?— una condenación de lo moderno y el consejo de que se imiten los dechados de la Antigüedad y los príncipes modélicos. Se ha de entender por tales los que el tiempo, o las

Digitized by Google

necesidades del autor, han idealizado, tales como Teodorico y los Médicis. No obstante, los caracteres de estos últimos se tratan con libertad y ponderación, que prueban la entereza de ánimo de Maquiavelo.

Su propósito inicial fue describir los hechos acaecidos desde el año 1434, porque los historiadores precedentes (el Fiorentino, Leonardo Aretino, Bruni, etc.) habían presentado los anteriores a esa fecha; pero advirtió que éstos, o no se molestaron en describir las luchas civiles, o las refirieron muy por lo breve. Aborda el estudio de las discordias intestinas, pues las repúblicas sacan gran provecho de conocer qué causó los odios y las divisiones de los ciudadanos, cuyo conocimiento permitirá que, escarmentando en cabeza ajena, se corrijan y mantengan unidas.

Las *Istorie* no son un modelo de precisión histórica y su estilo, elegante, vivo y cautivador, arrebata al que se entrega a su lectura. Pudieran señalarse como parangones de Maquiavelo a Heródoto y Tácito: historia concebida a modo de obra de arte. Las inexactitudes que contienen no afectan al fondo de la obra, veraz y consistente; distintos incidentes de poca monta, destinados a encender el interés, parecen ser fruto de la imaginación del escritor. El mérito de la tarea de Maquiavelo es que se dedica a enjuiciar los hechos y su esencia, a través de la lente poderosa de sus teorías historicopolíticas. En este sentido, es lícito afirmar que, ante la suya, estamos frente a la primera historia auténticamente moderna del Renacimiento, concebida de modo reflexivo y no como un centón de hechos,

Digitized by Google

reales o legendarios, cronológicamente eslabonados.

El libro I empieza considerando la decadencia del Imperio romano y de Italia hasta 1434. Los siete libros restantes se dedican más precisamente a la historia de Florencia.

En ellos examina lo sucedido en la ciudad del Arno desde sus orígenes hasta la peste de 1348 (II), las luchas internas y las guerras de Florencia hasta la muerte de Ladislao, rey de Nápoles (III), los hechos hasta el regreso de Cosme de Médicis (IV), y los habidos desde su restauración hasta la muerte de Rinaldo degli Albizzi (V). Pasa después a tratar de los sucesos ocurridos en otros pueblos y principados italianos hasta 1462, fecha en que se consolidó el dominio de Aragón en Nápoles (VI). Estudia el gobierno de los Médicis en Florencia, desde Cosme el Viejo hasta Lorenzo el Magnífico, y, en fin, concluye con el fallecimiento de éste, versando sobre los acontecimientos intermedios (VII y VIII).

VIII. La comedia *Andria*, primera de las tres que compuso.

Andria es una adaptación más que una traducción de la obra homónima de Terencio, porque el traductor la modifica según sus conceptos. No obstante, no añade gloria alguna a Maquiavelo.

Otras dos comedias sin título, una en prosa, otra en verso, se suman a veces a las obras de Maquiavelo. Ambas pueden considerarse apócrifas.

IX. *Belfagor arcidiavolo* es una pequeña novela en verso, muy bien concebida y agradablemente relatada en un estilo exquisito. El diablo, encar-

Digitized by Google

nándose en Rodrigo, toma por mujer a Honesta, cuyo matrimonio acaba tan mal que Rodrigo prefiere el infierno a la vida de los hombres, pues la mujer, más soberbia que Lucifer, se le ha hecho insoportable.

X. Entre las obras de Nicolás Maquiavelo, de menor aliento literario o menos famosas, figuran: *Descrizione del modo tenuto dal duca Valentino nello ammazare Vitellozzo Vitelli,* etc., escrita después del año 1502, describiendo la ejecución de varios señores y capitanes italianos, por orden de César de Borgia, de la que el autor fue casi testigo presencial; *Parole da dirle sopra la provisione del danaio,* de 1503, en la que señala el peligro de la ciudad inerme que se fía de las fuerzas ajenas — se sospecha que la compuso a modo de discurso que debía pronunciar Pedro Soderini —; *Legazioni e Commissioni,* informes a la Señoría de Florencia sobre diferentes asuntos y misiones de las embajadas que desempeñó en Italia, Francia y Alemania; un *Discorso dell'ordinare lo stato di Firenze* y otro *Discorso sopra l'ordinanza e milizia fiorentina;* el *De natura Gallorum, Ritratto delle cose di Francia* y *Ritratto delle cosa della Magna,* fruto de las observaciones efectuadas durante sus viajes diplomáticos, etc.

XI. Las *Cartas* son el espejo del alma del Secretario florentino: vivas, amenas, sin pretensiones literarias y llenas de poesía. El corresponsal se desnuda espiritualmente, quitándose la máscara que disimula lo íntimo de su ser, oculto hasta entonces para el lector bajo el manto de sus doctrinas y de su cargo (o bajo la coraza de cautela e

Digitized by Google

impasibilidad que le imponía el destierro), y, tomando la pluma, vierte en el papel su risa y su llanto, sus reflexiones y sus alegrías, manifestando una extensísima gama de sentimientos, que arden en la leña de sus pasiones, ideas y observaciones agudas.

* * *

Maquiavelo compuso en Casciano, durante el ocio forzoso de las cosas políticas, su obras más notorias. En 1513 empezó a escribir los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio;* pero una súbita y fogosa inspiración le indujo a interrumpir sus meditaciones sobre Roma y a entregarse a las que alumbrarían *El Príncipe,* cuyo libro juzgaba remedio más eficaz para curar los males que sufría Italia en los inicios del siglo XVI. Los *Discursos* quedaron terminados después de *El Príncipe* en 1519.

La *Mandrágora,* manzana agridulce que se sazonó durante las mismas largas vacaciones, vio la luz en el año 1520.

Clicia es la última de las tres comedias que escribió.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Príncipe

El Príncipe o *Sobre los Principados (De Principatibus)* está dedicada a Lorenzo de Médicis, duque de Urbino. La esencia de su contenido es la imitación de los grandes hombres de la Antigüedad, especialmente la que se denomina, de manera algo arbitraria, «clásica», para acomodar las enseñanzas que de ella se extraigan a los hechos de la época de Maquiavelo (y quizá a los de todas las épocas), mediante el conocimiento de los sucesos modernos.

He aquí su resumen:

(I) Son varios los géneros de principados y los modos de adquirirlos. La función del príncipe consiste en conservar su Estado (entiéndase, dominio), nuevo o hereditario, a toda costa.

(II) Los Estados hereditarios son más fáciles de conservar que los que se adquieren mediante el esfuerzo propio. Basta para ello no alterar las instituciones que establecieron los antepasados y contemporizar con los acontecimientos. El príncipe que respete este principio recuperará su Estado, aunque se lo «arrebate una fuerza inaudita».

(III) Las dificultades nacen en el principado de nuevo cuño. Se llamará mixto al que se injerta en un dominio antiguo. El peligro más grave que le amenaza reside en la afición humana a las mudanzas cuando se espera una mejora. Por otra par-

Digitized by Google

te, el príncipe se enfrenta con quienes irritó o injurió al ocupar el Estado y con sus partidarios, cuya codicia no puede satisfacer. Los naturales de una provincia son necesarios para la conquista de ésta. Los países rebelados y reconquistados se pierden menos fácilmente, porque el señor castiga a los culpables. Los Estados adquiridos con la fuerza se conservan con mayor facilidad, si tienen la misma lengua y costumbres que el país a que se incorporan, pues no están acostumbrados a la independencia: basta extirpar a la familia reinante y respetar sus instituciones castizas. Los países de idioma, hábitos y organización distintos exigen mucha diligencia e industria para su conservación. El príncipe residirá en ellos, defenderá a sus súbditos y protegerá a los vecinos débiles. Además, tiene que prever y atajar los males presentes y futuros, no llamar en su ayuda a un aliado fuerte y establecer colonias.

(IV) Los estados se gobiernan de dos modos: por el príncipe con la asistencia de ministros, y por el príncipe y los barones. En el primer caso, el señor tiene mayor autoridad, porque todos los naturales, incluidos los ministros, son súbditos suyos. En cambio, en el segundo caso, los barones, si al principio ayudan, luego estorban la unidad por natural ambición o descontento.

(V) No se conserva tan fácilmente una ciudad cuyos habitantes están acostumbrados a vivir con libertad. Hay que borrar la memoria de su independencia. No obstante, el procedimiento más a mano y menos costoso de retenerla está en residir en ella.

Digitized by Google

(VI) Los principados que se tienen gracias a las armas y al valor personal, no ofrecen muchos obstáculos a su posesión, si los príncipes aciertan a decretar nuevas leyes e instituciones nuevas, dependiendo únicamente de sí mismos y de su fuerza.

(VII) Los que llegan al principado sin trabajo, adquiriéndolo con las armas y la fortuna ajena, se mantienen en él derrochando esfuerzos, porque están sometidos a la voluntad y a la fortuna de quien les concedió la autoridad. Los Estados que nacen de pronto no tienen raíces ni apoyos para su supervivencia. El príncipe de esta índole debe echar firmes cimientos a su mando, como César Borgia (el ideal del Príncipe, según Maquiavelo), al que traicionó sólo la suerte. Siguiendo el ejemplo del Borgia, hay que debilitar a los adversarios, desconfiar de los ejércitos ajenos, atraerse a los pueblos y buscar amistades útiles, y, en suma, no pasar por alto jamás que «los beneficios recientes (no) hacen olvidar a los personajes grandes las antiguas injurias».

(VIII) El simple particular puede elevarse a príncipe de dos maneras: llegando al principado por camino malvado o con el favor de los conciudadanos. El primer señor se sostendrá en su dominio por medio de la crueldad. Ésta es buena (útil) si la justifica la aspiración a vivir en paz y seguridad. La crueldad torpemente usada rinde malos frutos. Las ofensas del pasado se han de castigar de una vez; después, el recuerdo de la crueldad se borra con beneficio.

(IX) Es civil el principado del ciudadano que lo consigue sin violencia. Lo debe al pueblo o a los

Digitized by Google

grandes. En el primer caso, que es el más natural, el señor procurará conservar la amistad de la gente, cosa fácil porque el vulgo pide únicamente que no le opriman. El amor del pueblo resulta imprescindible para no carecer de recursos en la desgracia. Estos principados peligran cuando se transforman en monarquía absoluta. El príncipe sabio debe lograr que los ciudadanos, en cualquier circunstancia, tengan necesidad de él. Así le serán fieles siempre.

(X) Hay que considerar si el principado es bastante grande para que el príncipe se sostenga, llegado el caso, por sí mismo, o si precisa de la ayuda ajena. Prosperarán los príncipes ricos en dinero y hombres, que les facilitarán la formación de un ejército, con el que luchar cuando alguien los acometa. El valor de este príncipe se ilustra con el ejemplo de las poblaciones de Alemania, las cuales, a causa de su libre constitución, se mantienen íntegras y dueñas de sí, utilizando sus fuerzas propias. El príncipe, señor de una ciudad de este tipo, no se espantará de que alguien le ataque.

(XI) Todos los obstáculos que sufren los principados eclesiásticos residen en su adquisición. Después, se conservan por virtud de antiguas instituciones religiosas, siendo los únicos dominios firmes y bienandantes. Sería presunción temeraria discurrir sobre estas soberanías establecidas y conservadas por Dios.

(XII) Los principales cimientos de los Estados, sean de la clase que fueren, son las leyes justas y las armas fuertes. No hay leyes buenas donde no son buenas las armas. Las tropas pueden ser

Digitized by Google

propias, auxiliares o mixtas. Las dos últimas son dañinas, porque los ejércitos a sueldo carecen de unión, disciplina, lealtad y modestia. Roma y Esparta estuvieron libres durante muchos siglos por obra de las armas propias; los cartagineses, en cambio, fueron oprimidos por sus mercenarios. La suerte favoreció a venecianos y florentinos cuando ensancharon sus dominios con fuerzas asalariadas; pero, a la larga, salieron perdidosos. Las prevenciones de los capitanes mercenarios, destinadas a evitarles trabajos y riesgos, condujeron a Italia a la esclavitud y al oprobio.

(XIII) Las tropas auxiliares, enumeradas entre las inútiles, son las que otro poderoso, a invitación propia, emplea en ayuda y defensa de su aliado. Son buenas y útiles en sí; pero casi siempre perjudican al que las solicita. Puede emplearlas el que no quiere vencer, porque son mucho más peligrosas que las mercenarias, estando unidas y sujetas a la autoridad ajena. Un príncipe sabio evitará utilizarlas y recurrirá a las suyas, prefiriendo que le venzan con éstas que triunfar con las ajenas, como lo hizo César Borgia.

(XIV) Un príncipe no debe tener otro objeto, pensamiento o arte fuera de la guerra y el orden y disciplina de la misma, porque es la única ocupación que se espera del que manda. Tanta es su utilidad, que no solamente mantiene en la soberanía a los que nacieron príncipes, sino también pone muchas veces en tal rango a hombres de privada condición. Por consiguiente, jamás apartará el señor el pensamiento del ejercicio de la guerra, ni siquiera en la paz, mediante la caza y la observa-

Digitized by Google

ción topográfica, así como la lectura de los hechos de varones ilustres.

(XV) Un príncipe, deseoso de mantenerse en su Estado, debe aprender a no ser bueno y a servirse, o no, de esta facultad a tenor de las circunstancias. Lo ideal es que tenga todas las virtudes; pero, siendo esto imposible, porque lo impide la humana condición, no ha de espantarle incurrir en vicios infamantes sin los cuales salvaría difícilmente su Estado. Hay vicios que implican bienestar y seguridad.

(XVI) Sería bueno tener consideración de generoso. Pero el príncipe que aspire a ello habrá de gravar extraordinariamente a su pueblo para conseguir dinero y se hará odioso a sus súbditos. Es preferible, por lo tanto, que le tilden de avaro, porque tal fama engendra el descrédito sin odio.

(XVII) El príncipe deseará que le tengan por clemente y no por cruel. César Borgia pasaba por cruel, pero su crueldad tuvo un efecto salutífero. Un señor no ha de temer el baldón de la crueldad para mantener a sus súbditos unidos y leales. Con unos cuantos escarmientos severos será más misericordioso que los príncipes cuya excesiva clemencia fomenta los desórdenes, los asesinatos y las rapiñas. Convendría que fuese simultáneamente amado y temido; pero, si ha de prescindir de uno de ambos extremos, el partido más seguro consistirá en ser temido antes que amado. Los hombres reparan menos en ofender al que se hace amar que al que se hace temer. El príncipe debe fundarse en lo que de él depende, no en lo que depende de otros, y procurar sólo que no le odien.

Digitized by Google

(XVIII) Un príncipe tiene que cumplir la palabra dada y vivir de modo íntegro, sin emplear la astucia. Pero los que no siguieron estos principios triunfaron de los que se conducían con lealtad. Se lucha con las leyes y con la fuerza, la primera forma propia de los hombres y la segunda de los animales; cuando no basta aquélla hay que recurrir a ésta. Un príncipe sabrá servirse de ambas maneras; en el caso segundo, será zorro y león al mismo tiempo. El señor prudente no puede ni debe guardar fidelidad a lo prometido, cuando respetarlo le perjudica y no existen, además, las razones que motivaron la promesa. Hay que parecer clemente, fiel, humano, íntegro y religioso, y aun serlo; pero se ha de estar tan identificado con el espíritu propio que, en el momento necesario, se pueda y sepa cambiar en el sentido contrario. La generalidad de los hombres juzga por las apariencias. En las acciones de los hombres, sobre todo si son príncipes, se considera sólo su fin.

(XIX) Piense el príncipe evitar lo que le haga odioso y despreciable. Le haría odioso atentar contra la honra y la hacienda de sus súbditos. Cae en el desprecio cuando es inconstante, liviano, afeminado, pusilánime e irresoluto. Así conseguirá que no se conspire contra él. Uno de los medios más eficaces que el príncipe tiene para defenderse de las conspiraciones estriba en que no le aborrezca la mayoría de los gobernados.

(XX) Jamás hubo príncipe nuevo que desarmase a sus súbditos; antes bien, hallándolos desarmados, les proporcionó armas, logrando con ello tenerlas por propias. Pero no hay que armar a to-

Digitized by Google

dos, sino a unos cuantos, que serán los leales. Cuando adquiera un Estado nuevo, que incorpora al antiguo, habrá de desarmar a todos, salvo a los que fueron partidarios suyos en la adquisición, y aun a éstos hay que debilitar y afeminar. Los príncipes, deseosos de tener más firme su Estado, suelen edificar fortalezas, tanto para castigo de los rebeldes, como para refugio durante un ataque imprevisto. Las fortalezas son útiles o no según los tiempos. Debe construir fortalezas el príncipe que tema más a su pueblo que a los extranjeros; pero renunciará a ellas el que tenga más miedo a éstos que a los pueblos. La mejor fortificación es lograr el amor de las gentes, porque las fortalezas no salvan si aquéllas odian. Las fortalezas son admisibles; se censurará a los que desdeñan el odio popular porque confían en ellas.

(XXI) Nada granjea tanta estimación a un príncipe como las grandes empresas y los hechos singulares, tanto en la administración interna como en su política exterior. Un príncipe no buscará un aliado más fuerte que él, a menos que la necesidad le obligue. También le corresponde mostrarse amante de las virtudes, honrando a los hombres de prendas y a los que sobresalgan en su arte.

(XXII) Tiene no poca importancia para los príncipes la elección de sus ministros. El primer juicio sobre la inteligencia de un señor nace de ver de qué hombres se rodea. El soberano tiene un modo infalible de conocer al ministro. Si éste piensa sobre todo en sí y en su provecho, se persuadirá de que no le servirá bien. El ministro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe. Por otra

Digitized by Google

parte, el príncipe mantendrá bueno al ministro con honores y riquezas, que le obligarán y le harán temer los cambios. De esta suerte coincidirán en un todo.

(XXIII) Los príncipes suelen faltar en lo que se refiere a los aduladores, de que están llenas las cortes. No hay otro remedio contra la adulación que los cortesanos comprendan que no ofenden diciendo la verdad. Pero habrá falta de respeto si cualquier cortesano puede expresarla. Por lo tanto, el príncipe concederá licencia a los hombres sabios de su Estado únicamente sobre cosas que les pregunte. Sin embargo, tiene que interrogarles sobre todas, reflexionar sus opiniones y resolver por sí mismo. Fuera de estos consejeros selectos no escuchará a nadie, ejecutará sin vacilaciones los acuerdos tomados y no se apartará de ellos. El príncipe que no sea de naturaleza sagaz no estará bien aconsejado, si no se fía más que de un solo hombre prudente; pero, entonces, corre el riesgo de que el consejero intente arrebatarle el Estado. Por consiguiente, los buenos consejos, vengan de donde vinieren, es menester que dimanen de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

(XXIV) Si sigue con prudencia las reglas expuestas, el príncipe nuevo parecerá antiguo. Tendrá así la gloria doble de haber dado origen a un principado y la de haberlo adornado y fortalecido con buenas leyes, armas y ejemplos. Los señores italianos deben achacar, no a la suerte, sino a su cobardía, la pérdida del dominio que tuvieron muchos años. No pensaron que la situación pudiera



Digitized by Google

mudarse y, llegada la adversidad, huyeron antes que defenderse, con la esperanza de que el pueblo, fatigado del insolente vencedor, los llamase. Este partido es bueno a falta de otro, pero nada más.

(XXV) Muchos opinan que la sagacidad humana no puede remediar las desdichas. La fortuna rige la mitad de nuestras acciones, dejando gobernar la mitad restante, o buena parte de la misma. La fortuna es como un río desbordado: ejerce su poder donde no se toman precauciones para resistirla. Italia, escena de mudanzas semejantes a las que obra el río, es un campo sin protección, lo que pudiera haber evitado como Alemania, España y Francia; esto en cuanto a lo general. En cuanto a lo particular, un príncipe prospera y se arruina sin que mude de carácter ni de prendas. El fenómeno obedece, en realidad, a que se apoya por entero en la suerte. Será dichoso aquel cuyo proceder se armonice con la calidad de la época y desdichado aquel cuya conducta desacuerde con los tiempos. La fortuna es mujer y es necesario maltratarla y contrariarla para tenerla sumisa.

(XXVI) Maquiavelo concluye su obra con una exhortación a dar la libertad a Italia, rescatándola de los «bárbaros», a saber, de los pueblos que la habían convertido en campo de saqueo, escena de sus contiendas y blanco de sus ambiciones.

Tantas cosas, visto lo anterior, concurren al provecho de un príncipe nuevo, que ¿cuál tiempo habrá mejor para que un estadista, prudente y valeroso, haga la felicidad de la mayoría de los italianos? Italia ha conocido todas las humillaciones que abrumaron a los pueblos de la Anti-

Digitized by Google

güedad, desde los hebreos a los atenienses, todos los cuales recibieron un jefe salvador y providencial. La fortuna, hasta entonces, ha desaprobado las acciones de algunos inspirados, pero Italia sigue esperando a quien cure sus llagas, pronta a seguir su bandera así que la enarbole. Todas las esperanzas se cifran en los Médicis, cuya familia es la única que puede hacerse cabeza de tal redención. Si en las muchas revoluciones y guerras italianas pareció que se había agotado el valor de los indígenas, provino de que sus instituciones no son buenas. Un varón, admirable y, por lo tanto, merecedor de respeto, podrá introducir en Italia una reforma substancial, porque hay vigor en los miembros, ya que no en las cabezas. Los italianos son superiores en fuerza e ingenio en los lances de armas particulares, cualidades que no se manifiestan en los ejércitos por la incapacidad de los jefes. La Casa de los Médicis debe proveerse de huestes propias a fin de defenderse de los extranjeros con el solo valor italiano. Conocidos los defectos de las infanterías suiza y española, las más eximias de la época, habrá que crear una que resista a la caballería y no se espante de los infantes. Italia espera a su redentor. Todos sus pueblos le acogerían con alegría; ninguno se le opondría, ni le negaría su homenaje, porque a todos repugna el dominio de los bárbaros. Acepte, pues, la Casa de los Médicis el proyecto para que su estandarte ennoblezca a Italia [1].

1. Sobre el pensamiento y el estilo de Maquiavelo en *El Príncipe* y los *Discursos*, véanse las páginas que les consagramos más abajo.

Digitized by Google

Digitized by Google

Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio

Nicolás Maquiavelo dedica la presente obra a sus amigos los humanistas Zenobio Buondelmonte y Cósimo Rucellai, quienes, según se desprende de la Dedicatoria, pusieron gran empeño en que la redactase. En el Proemio, tras anunciar su propósito de internarse por un camino no hollado, expresa la esperanza de que este esfuerzo suyo, si no se ve coronado por el éxito, sirva de incitación a que otro lo desempeñe con mayor inteligencia. Mucho se honra la Antigüedad, conservando sus reliquias e imitándolas con gran industria; en cambio, nadie se preocupa de remedar los ejemplos pretéritos cuando se trata de ordenar la cosa pública, conservar los Estados, gobernar los reinos, disciplinar las tropas, etc. Con ánimo de disipar tal confusión, Maquiavelo emprende la tarea de comentar todos los libros de Tito Livio que se salvaron, conforme a su saber de lo pasado y de lo presente, a fin de que los lectores de sus comentarios se aprovechen de la enseñanza de las historias.

El contenido del libro I es el que sigue:

(I) Las ciudades son edificadas por los oriundos del lugar o por extranjeros. Los primeros lo

Digitized by Google

hacen por mutuo concierto, para defenderse y poder desarrollar su vida ordinaria. Los extranjeros que las fundan son hombres libres o dependientes de otros, como las colonias que Roma estableció o las ciudades que los príncipes levantan para su gloria, como Alejandría nació de la voluntad de Alejandro Magno. Este género de poblaciones raras veces prospera. Son libres los edificadores de ciudades que abandonan el país natal y buscan un nuevo establecimiento constreñidos por fuerza mayor, y habitan las que encuentran en los lugares conquistados. Su suerte depende de los méritos de su fundador. La elección de las mismas depende de las leyes que se estatuyan. Lo más prudente es escoger un sitio feraz, moderando los efectos corruptores de su fertilidad con los oportunos estatutos.

(II) Las ciudades cuyo principio no fue servil y adoptaron la forma de república o de principado, conocieron orígenes, leyes e instituciones diversas: fueron obra de una sola persona y de un solo momento, como las de los espartanos de Licurgo, o los obtuvieron en diferentes períodos y según las circunstancias, como Roma. Es desdichada la ciudad que necesita reorganizarse, sobre todo porque se apartó del orden, pues quizá se arruime antes de lograrlo, como Florencia. En las repúblicas hay una de tres clases: principados, optimates y popular, y quienes las organizan deben recurrir a la que mejor vaya a su propósito. Sin embargo, las tres tienen defectos y se trocan con facilidad en otras tres con ellas emparentadas: el principado propende a la tiranía, los opti-

Digitized by Google

mates a la oligarquía y el pueblo a la licencia desenfrenada. Además, los gobiernos conocen un ciclo evolutivo que va del principado y la tiranía, su contraria, al mando popular y la anarquía, su contrapartida. Raras veces lo recorren en toda su extensión, porque las repúblicas no poseen tanta vitalidad que resistan incólumes estas mutaciones, llegando a verse sometidas a un Estado vecino mejor organizado; de lo contrario, podrían ir sin tregua de uno a otro de tales gobiernos. Pero los legisladores prudentes, para evitar esa evolución, eligieron uno que participase de todos, supuesto que uno impide el otro, si en una ciudad hay el principado, los optimates y el pueblo. Así obró Licurgo. En Roma la casualidad hizo lo que no había ideado el legislador, con el mismo resultado que en Esparta, y su carácter mixto la convirtió en una república perfecta.

(III) Los tribunos de la plebe dieron perfección a la república romana. Libre Roma de los reyes, los nobles estuvieron sosegados cierto tiempo, pero, al fin, ofendieron a la plebe de mil modos. Convino pensar en una regla que los sometiera como lo había hecho la monarquía, y se llegó a la creación de los tribunos, que en adelante fueron los intermediarios entre la plebe y el Senado y atajaron la insolencia de la nobleza.

(IV) Las leyes que en una república se dictan nacen de la desunión del pueblo y los grandes, como en Roma se comprueba. Los disturbios habidos en ella no engendraron, a causa de la buena educación, destierros ni violencias, sino leyes beneficiosas para la libertad pública.

Digitized by Google

(V) Los fundadores de una república procuran establecer una defensa de la libertad, y el vivir libre dura un tiempo más breve o más largo, según sea aquélla. En toda república hay magnates y hombres del pueblo, y por ello se duda en qué manos debe depositarse tal defensa. La materia es opinable, pero hay que considerar si es más pernicioso el que desea retener el honor adquirido o el que busca poseer lo que no tiene. Una y otra apetencia pueden causar alteraciones considerables; pero los más fuertes y que mucho poseen producen cambios con ímpetu y desconsideración mayores.

(VI) Los legisladores romanos debieron, para vivir en paz, no emplear la plebe en la guerra o no dar entrada a los extranjeros. Pero ejecutaron ambas cosas, y la plebe aumentó y tuvo fuerza e infinitas ocasiones de alborotar. Si el Estado romano cedía, se aquietaba debilitándose; si lo impedía, perdía la ocasión de engrandecerse. No existe un grado intermedio. Hay que tolerar las discordias entre el pueblo y el Senado, a fin de conseguir la grandeza que Roma alcanzó.

(VII) Hay que conceder autoridad a los ciudadanos para que acusen al pueblo, a los magistrados o al consejo, cuando pequen contra la libertad del Estado. Esta norma tiene dos consecuencias útiles: arredrar a los intrigantes y permitir que los ciudadanos desfoguen por vía pacífica sus malos humores, evitando que su acumulación pierda a la república.

(VIII) Tan útiles como son las acusaciones en una república, tan inútiles y perjudiciales resultan

Digitized by Google

las calumnias. No debe escatimarse esfuerzo alguno para reprimirlas. Las calumnias se emplean más donde son menos las acusaciones y donde las ciudades están menos organizadas y estructuradas para oírlas.

(IX) Acéptese por regla general que nunca, o rarísimas veces, se establecerá bien una república o reino, si no se encarga de ello un hombre solo. Jamás se reprenderá al que emplee medios extraordinarios para hacerlo, debiendo reprenderse al violento que destruye, no al cruel que reúne. Pero no es aconsejable que convierta en hereditaria la autoridad que adquirió. Muchos no pueden fundar una cosa porque sus diversas opiniones estorban que vean su bien; pero cuando lo conocen no renuncian a él. Rómulo, después de matar a su hermano, instituyó un Senado que deliberara con él, reservando para sí únicamente el mando del ejército y la facultad de convocar el Senado. Más tarde, libre Roma de los reyes, no se mudó de lo antiguo más que el establecimiento de dos cónsules anuales en lugar del soberano. Por lo tanto, las instituciones primeras de aquella ciudad se conformaron más con el orden civil y libre que con uno absoluto y tiránico. Así, pues, para fundar una república se necesita estar solo.

(X) Entre los hombres que merecen elogio sobresalen los jefes e instauradores de religiones, después los fundadores de repúblicas y reinos, y, en fin, los que ampliaron sus dominios o los de su patria. También se atribuyen elogios a los demás hombres que destacan en su arte u oficio. Los que no obran así son infames y detestables. Nadie ne-

Digitized by Google

gará su alabanza a los elogiables, ni su desprecio a los desdeñables; pero casi todos, cegados por la falsa gloria, entran en el género de los hombres censurables. El príncipe que busque la gloria del mundo debería anhelar la posesión de una ciudad corrompida para reorganizarla como Rómulo. Si hubiese de deponer el principado con tal fin, tendría excusa para no llevarlo a cabo, con objeto de no quedar privado de la autoridad.

(XI) Numa sometió al pueblo romano creando la religión de modo que, durante muchos siglos, en parte alguna se respetó tanto a la divinidad como en Roma. Esto facilitó cualquier empresa que el Senado o los grandes varones romanos se propusieron realizar. Los ciudadanos temían más quebrantar un juramento que las leyes. La religión servía para mandar ejércitos, arruinar la plebe, mantener buenos a los hombres y avergonzar a los reyes. Jamás hubo un legislador extraordinario que no recurriese a Dios, porque de otro modo sus leyes no se aceptarían. Donde no existe el temor de Dios, el reino se perderá o habrá de sostenerlo el miedo al príncipe que es su sustituto.

(XII) No hay mayor indicio de la perdición de una provincia que ver despreciado el culto divino. Esto se entiende en cuanto se sepa en qué se funda la religión en que el hombre nació. Toda religión basa su existencia en uno de sus ritos principales. La de los gentiles descansaba en las respuestas de los oráculos y en la secta de los adivinos y arúspices. Creían a pies juntillas que el dios, que predecía el bien o mal futuro, podía concederlo. Cuando su falsedad se reveló al pue-

Digitized by Google

blo, los hombres se hicieron incrédulos y dispuestos a perturbar todo orden bueno. Los príncipes de una república o reino deben conservar los cimientos de su religión para mantener unido el Estado. Si al principio hubieran conservado la religión como la ordenó su Fundador, los Estados y las repúblicas de Cristo serían más felices y vivirían más unidas al presente. Sobre su declinar no se llega a mayor conjetura que la de ver que los pueblos más próximos a la Iglesia romana, cabeza de nuestra religión, son menos religiosos.

(XIII) Los romanos se sirvieron de la religión para organizar la ciudad y llevar a cabo sus propósitos.

(XIV) Los romanos interpretaban los auspicios de acuerdo con sus necesidades. También fingían prudentemente respetar la religión, aunque no la observaran en el fondo, castigando al temerario que la despreciaba.

(XV) Los samnitas recurrieron a la religión como supremo remedio de sus aflicciones, lo que prueba la confianza que infunde la religión bien usada.

(XVI) Un pueblo, acostumbrado a vivir bajo la autoridad de un príncipe, difícilmente conserva la libertad si por casualidad la obtiene. Esta dificultad es cosa de razón, porque el pueblo es como un animal feroz habituado a las rejas y a vivir cautivo, que muere de hambre o cae presa del primero que pretenda aherrojarle. Hay, además, la dificultad que el Estado que llega a libre consigue más enemigos que amigos. El remedio de estos inconvenientes será castigar a los que ambi-

Digitized by Google

cionen el poder, si son unos pocos; pero aquel que tenga el vulgo por adversario, jamás estará seguro.

(XVII) El pueblo corrompido que adquiere la libertad, con grandes dificultades la conserva. Donde la masa no está corrupta, los motines y restantes escándalos no perjudican; donde lo está, las buenas leyes nada remedian, a menos que se pongan en manos de un varón con energía suficiente para hacer observarlas hasta el punto de que la masa se haga virtuosa con ellas. La corrupción y la escasa aptitud de la república para la vida libre proceden de las desigualdades que en ella hay. Cuando quiere restablecerse la igualdad es forzoso recurrir a medios extraordinarios que pocos saben o quieren emplear.

(XVIII) Es muy arduo mantener el Estado libre en una ciudad corrompida o establecerlo si no lo hay. Resulta casi imposible ofrecer reglas, ya que habría que pensar en los grados de corrupción. Depende el remedio sobre todo de las leyes e instituciones, y de que un hombre prudente, apoyándose en ellas, reorganice la república, orientándola más hacia la potestad regia que hacia la popular. De lo contrario, debe emplear la crueldad.

(XIX) Después de un príncipe excelente puede mantenerse uno débil; pero ningún reino se sostiene si el sucesor de éste es tan débil como él.

(XX) Dos príncipes virtuosos sucesivos surten efectos beneficiosos. Las repúblicas bien ordenadas necesitan de afortunadas sucesiones, pero sus conquistas y acrecentamientos deben ser grandes.

(XXI) Cuánto baldón merecen el príncipe y el Estado que carecen de ejército propio.

Digitized by Google

(XXII) Jamás se debe exponer toda la suerte con parte de las fuerzas propias; en una ciudad bien constituida nunca se compensan los crímenes con los méritos y nunca serán sabias las disposiciones si se sospecha que no serán respetadas.

(XXIII) No debiendo arriesgar toda la fortuna, ni todas las fuerzas, porque se puede perder el trabajo heredado de los antecesores, por ello resulta perjudicial querer enfrentarse con el enemigo en lugares difíciles y angostos. Poquísimos capitanes de fama intentaron defender sitios semejantes.

(XXIV) Las repúblicas bien ordenadas conceden premios y castigos a sus ciudadanos y no alteran sus recompensas.

(XXV) El que ansíe transformar un antiguo Estado en ciudad libre debe conservar un vestigio de los usos pretéritos.

(XXVI) Un príncipe nuevo debe renovar de raíz la provincia o ciudad de que se adueñe.

(XXVII) Los hombres muy pocas veces saben ser completamente malos o buenos.

(XXVIII) Los romanos fueron menos ingratos con sus conciudadanos que los atenienses, porque tenían menos razones para sospechar de los propósitos que abrigaban.

(XXIX) El vicio de la ingratitud nace de la codicia o de la falta de fe. La república o el príncipe deben premiar a los que cobran gloria; si, en cambio, los deshonra u ofende por avaricia, comete un error inexcusable. Cuando el motivo del desagradecimiento es la sospecha, el príncipe o el pueblo tiene alguna excusa. Si este proceder

Digitized by Google

causa graves daños en una república corrompida, en una íntegra motiva grandes bienes, porque mantiene a los hombres mejores y menos ambiciosos por miedo al castigo. Los pueblos nunca adolecieron de ingratitud por culpa de la avaricia, y por sospecha bastante menos que los príncipes.

(XXX) Un príncipe evitará la necesidad de vivir con sospecha o la de ser ingrato, yendo personalmente a las campañas militares. La república que quiera esquivar el pecado de la ingratitud, puesto que no puede ir a las expediciones guerreras, imitará a Roma, que disponía de la gloria de los ciudadanos en beneficio general.

(XXXI) Los capitanes romanos jamás fueron castigados de manera excepcional por sus errores, ni siquiera cuando la república sufrió las tristes consecuencias de su ignorancia o de su torpeza.

(XXXII) Una república o un príncipe no debe diferir la satisfacción de las necesidades de los hombres.

(XXXIII) Cuando se produce una contrariedad en una república o contra ella, tanto en lo interno como en lo externo, llegando a ser tan grande que espante a todos, resulta más propio contemporizar con ella que tratar de cortarla de raíz, porque en ese caso el mal se precipita y resulta tanto más inminente cuanto mayor fuerza y energía se invierten en anularlo.

(XXXIV) Se ha condenado a los romanos porque crearon el dictador, como si ello fuera el motivo de que surgiera con el tiempo la tiranía en Roma. Pero no fue el cargo de dictador lo que esclavizó a Roma, sino la autoridad que alcanza-

Digitized by Google

ron los ciudadanos debido al largo disfrute del mando. Sólo perjudican la vida cívica los poderes de que se priva a los ciudadanos, a menos que renuncien a ellos en libre sufragio.

(XXXV) La creación del decenvirato romano fue nociva a la libertad de la república, a pesar de que se hizo mediante el libre sufragio público, lo cual parece contradecir lo antes dicho. Pero se debió al distinto modo de conceder la autoridad y al tiempo que tenía que durar.

(XXXVI) Los ciudadanos que tuvieron los mayores honores no deben desdeñar los menores.

(XXXVII) En una república, respetuosa del pasado, es perjudicial dar una ley que contraríe una antigua costumbre.

(XXXVIII) Las repúblicas débiles son irresolutas y no saben decidirse. Si por ventura toman algún partido, odebece más a la necesidad que a la voluntad. Si no cancela la duda algo violento que las impulse, permanecen en suspenso indefinidamente.

(XXXIX) El que considera las cosas presentes y antiguas, advierte que en todos los pueblos se dan los mismos deseos y humores, y que siempre fue así. Quien examina con diligencia las cosas pretéritas presume las futuras en cualquier república y las remedia del mismo modo que los antiguos; si no hay ejemplo pasado, inventa procedimientos atendiendo a la semejanza de los sucesos. De que se descuiden estas consideraciones, se originan los mismos escándalos sea cual fuere la época.

(XL) Examinando la creación del decenvira-

Digitized by Google

to, se obtienen elementos importantes tanto para el que desea mantener independiente una república, como para el que ansíe someterla. La tiranía nació en Roma por las mismas razones que causan el nacimiento de la mayor parte de las tiranías: del excesivo deseo de libertad del pueblo y del ilimitado anhelo de mando de la aristocracia. No estando de acuerdo en crear una ley en favor de la libertad, uno de ellos se impone y surge entonces la tiranía. Los tiranos que conquistan la amistad del vulgo y se enemistan con los grandes están más seguros, porque gozan de una fuerza mayor.

(XLI) Es imprudente e inútil saltar de lo humilde a lo soberbio, y de la piedad a la crueldad, si se carece de los medios debidos para apoyar el cambio y las pretensiones.

(XLII) Los hombres se corrompen y cambian de índole con gran facilidad. Los legisladores procurarán contener los apetitos humanos.

(XLIII) Los que combaten por la propia gloria son soldados buenos y leales.

(XLIV) Una multitud sin jefe es impotente. Además, no hay que declarar la intención, amenazando primero, sino tratar de satisfacer el deseo de cualquier modo.

(XLV) Mal ejemplo es no respetar una ley, principalmente el autor de la misma. Mucho daña a un príncipe o a una república tener en suspenso y medrosos a sus súbditos con penas e injurias, porque los hombres se fortalecen con el peligro y no temen intentar innovaciones.

(XLVI) Los hombres mudan de aspiraciones: primero se preocupan de no recibir daños y luego

Digitized by Google

perjudican a los demás. Una república procurará que los ciudadanos no perpetren el mal so color de hacer el bien.

(XLVII) Los hombres se engañan bastante en las cosas generales, pero no en las particulares. El varón prudente no debe ignorar el juicio del vulgo en las cosas particulares, tales como la distribución de cargos y dignidades, porque sólo en eso no yerra; si se equivocase, téngase por seguro que más errarán los pocos hombres que se encargan de esas distribuciones.

(XLVIII) El que quiera que una magistratura no se conceda a una persona vil o perversa, haga pedirla a otra más vil y perversa o a una sumamente noble y buena, como se ejecutaba en Roma.

(XLIX) En una república es difícil dar todas las leyes que la mantengan libre, como conoció por experiencia la romana. Si ésta, libre y vigorosa, lo experimentó en su carne, no maravillará que las repúblicas nacidas en la servidumbre sufran imposibilidades en la tarea de lograr que su vida sea civil y sosegada. Muchas veces los libres sufragios públicos conceden amplia autoridad a unos pocos ciudadanos para que reformen la república; sin embargo, jamás la organizan atendiendo al provecho común, sino al propio, lo cual produce el desorden, con el resultado de que jamás se organizan.

(L) Un cuerpo consultivo, o una magistratura, no deben entorpecer la actividad cívica.

(LI) Una república o un soberano fingirá que hace por generosidad aquello a que la necesidad le obliga.

Digitized by Google

(LII) No hay modo más seguro ni más discreto de contener la insolencia de uno que cobre poder en la república, que el de anticiparse a ocupar los cargos que le lleven al poder.

(LIII) Muchas veces el pueblo corre a su ruina, porque, deslumbrado por las grandes esperanzas y promesas exageradas, le engaña una especie de falsos bienes.

(LIV) Un hombre de autoridad logra contener una muchedumbre excitada.

(LV) No cuesta gobernar una ciudad cuya población se conserve íntegra. Quien se propone introducir una república donde hay sobra de hidalgos, no lo consigue, a menos que antes los haga desaparecer. No se logrará establecer un reino o principado donde existe la igualdad. Muchos intentaron estos extremos y pocos lo consiguieron.

(LVI) Las señales prodigiosas anuncian a los habitantes de una ciudad, o de una provincia, las calamidades que van a sobrevenir.

(LVII) El vulgo es valiente cuando está junto; pero de por sí, aisladamente, es débil y hasta pusilánime, porque sus componentes piensan en el propio peligro.

(LVIII) No hay cosa más vana e inconstante que la pluralidad de gentes. Estos pecados, ha de afirmarse, se dan también en los príncipes. La verdad está en acusar simultáneamente de dichos vicios al pueblo y al soberano. Obsérvese un príncipe obligado a las leyes y un pueblo encadenado a ellas, y se verán menores errores en éste que en aquél y procurará mayores remedios. Un pueblo tumultuoso escucha al hombre bueno que le habla;

Digitized by Google

a un príncipe malo nadie puede hablarle y el único remedio es la espada. La diferencia entre ambos consiste en lo que es y lo que ha de ser.

(LIX) En muchos casos, la lealtad de un pueblo y la de un príncipe son semejantes. Los conciertos firmados a la fuerza no los observan ni un príncipe ni una república, porque, cuando empiece a temer por el Estado, romperá lo pactado. La fe es igual donde reina el miedo. De todas formas, el pueblo, que cae en menos errores que el príncipe, es más de fiar.

(LX) Las magistraturas se han de conceder sin atender a la edad ni a la prosapia, buscándose la virtud, no la juventud o la vejez. Sentado esto, el reparo de la edad se debe tener en cuenta para no entregar a un joven el cargo que demande la prudencia del anciano. Asimismo, sería perjudicial a la ciudad no poder servirse del joven de prendas y famoso por sus actos, habiendo de aguardar a que envejeciera, pues entonces decaerían el vigor de ánimo y la prontitud que hubieran sido útiles a la patria.

El libro II se inicia con un Proemio, cuyo contenido es el siguiente:

Los hombres alaban los tiempos antiguos y denostan los presentes. Este parecer es equivocado por distintas razones. Entre ellas está la de que se ignora la verdad entera de las cosas antiguas. A más de esto, como los hombres odian por temor o por envidia, en las hazañas pasadas se extinguen dos causas de odio porque no afectan al lector. Si el juicio histórico se ha deteriorado al dirimir la bondad del siglo presente y la del antiguo, no

Digitized by Google

debiera corromperse en los viejos al juzgar la época de su juventud y ancianidad, porque las conocieron y presenciaron. Los hombres, al envejecer, pierden en fuerza lo que ganan en sagacidad y prudencia, y las cosas que les parecieron soportables en su juventud se les antojan insoportables con la edad. No obstante, declara Maquiavelo, alaba sin tasa a los romanos y reprueba sus tiempos, porque la virtud de entonces y el vicio actual hacen que no mida sus palabras por temor de incurrir en la ilusión de que se acusa a los demás. Tarea es de hombre bueno enseñar el bien que la malevolencia de los años y de la suerte le impidieron ejecutar. En el libro anterior se trató de cómo organizaron los romanos su ciudad; en éste se hablará de cuáles medidas utilizaron para ensanchar sus dominios.

(I) Muchos, entre ellos Plutarco y Tito Livio, opinan que los romanos debieron su imperio más a la fortuna que al valor. Pero sus conquistas y triunfos procedieron, en realidad, de su organización. Dicen los críticos que la suerte y no los méritos del pueblo romano hizo que no conociera dos guerras difíciles al mismo tiempo. Hay que reconocer, sin embargo, que a su fortuna se sumaron un valor y una prudencia insuperables. Todos los príncipes triunfarán como los romanos si proceden como ellos y tienen su esfuerzo. Para entrar en tierras ajenas, procuraron siempre tener en ellas un amigo que les sirviese de puerta de entrada.

(II) Nada fatigó tanto a los romanos en sus conquistas como el amor que muchas naciones

Digitized by Google

tenían a la libertad, que defendieron con obstinación. No cuesta saber por qué los pueblos aman tanto la vida libre. La experiencia muestra que las ciudades no acrecentaron sus dominios y riquezas hasta que no gozaron de libertad, porque no el bien privado, sino el bien común engrandece las ciudades. El bien común únicamente se respeta en las repúblicas; en los principados, el soberano ofende a la ciudad en lo que hace para sí, y en lo que hace para la ciudad se ofende. Por ello, el pueblo se venga de quienes le arrebatan la libertad. Meditando la causa de que los pueblos antiguos amasen la libertad más que los actuales, se ve que reside en las mismas razones que ahora hacen menos fuertes a los hombres: la educación y la religión. Nuestra religión nos enseñó la verdad y el verdadero camino, lo cual hace que estimemos menos el honor del mundo; los paganos eran más feroces en sus actos porque lo consideraban el sumo bien. Nuestra religión glorifica más a los hombres contemplativos que a los activos y aconseja que se sufra antes que cometer un acto de violencia. Parece que esta conducta haya debilitado al mundo, poniéndole al alcance de individuos sin principios. Ésta es una falsa interpretación, porque nuestra religión permite la exaltación y la defensa de la patria.

(III) Roma se engrandeció arruinando las ciudades vecinas y acogiendo sin dificultad a los extranjeros en sus honores.

(IV) Las repúblicas prosperaron de tres modos: formando ligas de varias, como los etruscos; buscando un aliado, pero sin perder el mando,

Digitized by Google

como los romanos; y obteniendo inmediatamente súbditos, y no amigos, como los espartanos y atenienses. Este último resulta inútil, como se ve en los pueblos mencionados, que se arruinaron por haber conseguido más dominio del que podían tener. El mejor medio, después del romano, son las ligas, que no pueden acrecentarse con exceso y que pierden el afán de dominio, lo primero por tratarse de una república heterogénea, lo que obstaculiza las consultas y deliberaciones, y lo segundo porque, siendo muchas las comunidades que habrían de participar de la conquista, no la estiman tanto como una sola, la cual la disfruta indivisamente.

(V) Los cambios de religiones y lenguas, junto a los diluvios o la peste, borran la memoria del pasado. Todos los cambios de carácter catastrófico no sólo castigan la maldad humana, sino que permiten que el número de habitantes descienda y los supervivientes, pocos y escarmentados, vivan con más comodidad y se hagan mejores.

(VI) Los romanos guerreaban pensando ante todo en el beneficio. Para ello hacían las guerras cortas y grandes, terminándolas en un plazo máximo de veinte días. Una vez vencidos sus enemigos, convertían sus tierras en heredades privadas o las asignaban a una colonia, destinada a guardar los confines. Más tarde concedieron un sueldo a sus tropas, pero fue lo único que alteraron de sus costumbres.

(VII) Cuánta tierra daban los romanos a cada colono.

(VIII) Los pueblos se van de su patria e in-

Digitized by Google

vaden las naciones por dos motivos: uno es la codicia de la república o del príncipe que busca extender sus dominios; otro consiste en que un pueblo se va de su lugar, por culpa del hambre o de la guerra, buscando nuevo asiento, expulsando a los habitantes antiguos o pasándolos a cuchillo.

(IX) La guerra entre los Estados poderosos surge de modo natural o nace de los deseos de un bando.

(X) Cualquiera puede empezar una guerra, pero no darle fin a su sabor. Por ello, el soberano debe medir sus fuerzas y atenerse al resultado antes de emprender una campaña. Se engañará siempre que las aprecie por el rasero de sus caudales, del lugar o de la benevolencia de los hombres, si carece de armas. Los tesoros no sólo no protegen, sino que hacen que el robo se cometa con mayor presteza. Nada hay más falso que la opinión de que el oro es el nervio de la guerra. El oro no basta para encontrar buenos soldados, y los buenos soldados logran el oro sin mucho trabajo. El dinero representa una necesidad secundaria.

(XI) Es una imprudencia buscar la amistad de un príncipe que tenga más fama que poder efectivo, porque la imprudencia impulsa a los hombres a defender al prójimo cuando no saben defenderse a sí mismos.

(XII) Hay quienes dicen que, en caso de temer ser atacado, es mejor acometer al enemigo; otros sustentan que es preferible esperarlo en las tierras propias. La materia, aunque debatible, puede re-

Digitized by Google

ducirse a estos principios: el príncipe que mantiene sus pueblos armados y curtidos en la guerra, puede esperar en casa al enemigo poderoso; aquel cuyos súbditos estén inermes y desacostumbrados a las batallas, ha de alejarse cuanto pueda de su patria en caso de lucha.

(XIII) Más vale la maña que la fuerza.

(XIV) Se engañan los hombres que creen que la humildad vencerá a la soberbia.

(XV) Los Estados débiles vacilan en sus resoluciones, aunque las decisiones lentas son nocivas.

(XVI) Los capitanes actuales han olvidado o desdeñan las disposiciones de las fuerzas antiguas en el instante de entrar en liza. Cuidan sólo del primer encuentro o ataque, se pierden al menor desorden y los vence el valor mediocre. Sus ejércitos son derrotados porque han perdido la ciencia de apoyarse mutuamente y además no tienen en cuenta si la naturaleza del terreno es apta para sus maniobras. Con igual torpeza saquean, recorren el país enemigo y llevan a cabo las demás operaciones bélicas. Muchos excusan su ignorancia alegando que la potencia de la artillería impide que se apliquen muchas antiguas disposiciones tácticas.

(XVII) La artillería, a la que tanta importancia se concede, ha disminuido la fuerza y el coraje de los ejércitos, y hace más daño al que se defiende que al que ataca. Es falsa la opinión de que la guerra consistirá por completo en la artillería. Ésta es útil cuando el ejército va asistido del antiguo valor; sin él, y contra una hueste valiente, resulta inutilísima.

Digitized by Google

(XVIII) La autoridad de los romanos y su ejemplo hacen que se aprecie más la infantería que la caballería.

(XIX) No estará tranquila la república que goce de libertad dentro de límites reducidos. Si no molesta a sus vecinos, éstos la molestarán, y de las molestias nace la necesidad de conquistar. Quizá no tenga enemigo exterior, pero lo encontrará en su recinto, como parece que ocurre en todas las grandes ciudades. Las provincias pequeñas han de conquistar o crecer mediante las leyes. El que se porta de otro modo encuentra la muerte y la ruina, que no la vida.

(XX) El príncipe o república que emplea milicia auxiliar o mercenaria se expone a mil peligros.

(XXI) La violencia y las armas deben reservarse como último recurso, donde y cuando no basten otros expedientes.

(XXII) Las opiniones humanas son falsas al juzgar las cosas grandes, especialmente cuando las promueven los hombres que sobresalen en las repúblicas corrompidas, como se descubre en la adversidad.

(XXIII) Las ciudades poderosas y libres han de ser destruidas o halagadas, porque otro juicio sería inútil. Se debe evitar el término medio, porque es pernicioso, como demuestra luego la experiencia.

(XXIV) Las fortalezas son por lo regular más perjudiciales que útiles.

(XXV) Es un error atacar una ciudad desunida, a fin de apoderarse de ella aprovechando sus

Digitized by Google

discordias, porque el ataque produce la unión de los bandos. Las discordias surgen en las repúblicas como frutos del ocio y de la paz, y la unión se fragua a causa del miedo y de la guerra.

(XXVI) El hombre prudente se abstendrá de amenazar o insultar de palabra, porque ambas cosas hacen más cauto al enemigo y, en vez de debilitarle, aumentan su odio y le incitan a vengarse.

(XXVII) La insolencia con que se trata al enemigo nace de la victoria o la falsa esperanza de ella. Esta última hace que los hombres se equivoquen no sólo en el decir, sino en el obrar, haciendo que pierdan muchísimas veces la ocasión de lograr un bien cierto por la ilusión de obtener un mejor incierto. Los príncipes y las repúblicas prudentes se limitarán a vencer, pues, de lo contrario, corren a su perdición.

(XXVIII) Es peligroso para una república o un príncipe no castigar un insulto inferido contra la nación o contra el ciudadano particular. Los gobernantes nunca han de menospreciar tanto a un hombre, que crean que, añadiendo injuria sobre injuria a la víctima, ésta no se vengará, aunque peligre su persona.

(XXIX) La fortuna ciega a los hombres, cuando no quiere que se opongan a lo que ha prescrito.

(XXX) Entre los distintos indicios reveladores del poder de un Estado hay el de cómo vive con sus vecinos; cuando consigue que éstos compren su amistad, haciéndose tributarios suyos, el Estado es poderoso. Y, viceversa, si los inferiores sacan dinero de él, se revela su enorme debilidad. Estos inconvenientes nacen de haber desarmado

Digitized by Google

al pueblo, y de ello resulta otro mayor: cuanto más aprieta el enemigo, tanto más débil se es.

(XXXI) El príncipe debe aceptar con cautela una empresa a que le instiguen los relatos de un exilado, porque lo usual es que la vergüenza o la desdicha le obligue a arrepentirse de ello.

(XXXII) Los romanos supieron conquistar con entera ventaja suya, en cuanto a los gastos y otros esfuerzos que se efectúan en las operaciones bélicas. Por ello evitaron tomar las ciudades asediándolas, y las conquistaban tomándolas a asalto o rindiéndolas. La expugnación se debía a la fuerza y violencia abiertas, o a la fuerza apoyada por la astucia.

(XXXIII) Los romanos daban a los jefes de su ejército entera libertad de acción. Contrariamente lo entienden las repúblicas actuales, cuyos comisarios e intendentes se empeñan en enseñar su oficio a los capitanes.

El libro III se inicia directamente, sin Proemio justificador de la naturaleza de su contenido:

(I) Las cosas de este mundo tienen un fin. Son salutíferas para las repúblicas las turbaciones que las devuelven a sus orígenes. Están mejor constituidas y son más duraderas las que renuevan, voluntaria o fortuitamente, sus leyes e instituciones. Esa vuelta al origen se hace gracias a un accidente externo o a la prudencia personal. Es menester que los hombres civiles hagan con frecuencia examen de sí mismos a causa de un suceso externo o interno. Este último conviene que proceda de una ley o de un varón bueno, que surta el mismo efecto que el mandato legal con

Digitized by Google

sus ejemplos y obras virtuosas. Nuestra religión muestra la necesidad de la renovación de las órdenes religiosas, que la refrescan en la memoria humana de donde se han borrado. Igualmente, los reinos tienen que renovarse o disolverse.

(II) Es algo muy acertado simular la necedad a tiempo, simulando para complacer al príncipe y evitar la ruina de la república.

(III) Es necesario matar a los enemigos de la libertad ha poco recobrada.

(IV) Un príncipe no está seguro en sus dominios mientras viven los expoliados.

(V) Los príncipes comienzan a perder el Estado en el momento en que empiezan a quebrantar las leyes, instituciones, etc., a que los hombres se han acostumbrado desde antiguo.

(VI) Muchos más señores han perdido, a consecuencia de las conjuras, el Estado y la vida que a causa de la guerra abierta. Pocos son los que pueden guerrear francamente contra un príncipe; en cambio, está al alcance de cualquiera confabularse contra él. Por otro lado, los particulares no intervienen en hazaña que sea más peligrosa y temeraria que ésta. Muchas conjuraciones se intentan y pocas consiguen el objeto deseado. Los hombres deben honrar las cosas pretéritas, como dice Cornelio Tácito, y obedecer las presentes, habiendo de desear buenos príncipes y tolerarlos si no lo son. El que no lo haga suele perderse a sí mismo y arruinar su patria. Son muchas las razones que fomentan las conjuras, pero una destaca: la de que todos odien al príncipe. Los peligros de las conspiraciones son grandes y constantes, pues per-

Digitized by Google

duran mientras se plantean, se ejecutan y se resuelven. En ellas interviene un hombre o muchos. El conspirador único se aventura a dos de los tres peligros existentes en la conjuración: nadie está enterado del secreto y no se arriesga a que el príncipe se entere de él. Los autores y actores de las confabulaciones son grandes o familiares de los príncipes. Los otros no pueden confabularse, porque carecen de acceso al señor. Los hombres de alcurnia y los familiares del soberano conspiraron casi tanto por exceso de favores, como a causa de ultrajes. Hay tres peligros en la sucesión del tiempo: antes, en el momento y después, que casi nunca se salvan. El peligro anterior a la ejecución se descubre por delación o por conjetura. Para evitarlo, el medio más seguro consiste en que los conjurados no puedan acusar, para lo cual se les comunicará la intención en el instante de ejecutarla y no antes. El ejecutor se asusta por respeto o por cobardía. Sólo hay un peligro después del triunfo de la conspiración: que quede alguien dispuesto a vengar al príncipe muerto por descuido o imprudencia. Las conjuraciones contra la patria son menos peligrosas: en su planteamiento los riesgos son menores, porque un ciudadano puede manifestarse súbdito leal sin serlo; en la ejecución hay los mismos, y tras ella no existe ninguno. El logro de los que pretendieron apoderarse de su patria con tropas extranjeras varía según los casos. El príncipe o la república que sufra una conspiración piense al descubrirla, antes de la represión, en inquirir y comprender bien su im-

Digitized by Google

portancia, la de los confabulados y la suya propia; si no, se precipitará a su perdición.

(VII) Los cambios de la libertad a la servidumbre y de la servidumbre a la libertad, unas veces son incruentos y otras nadan en sangre, lo que depende de que el Estado que se altera nazca en medio de la violencia o de la paz.

(VIII) El que desee mudar una república debe considerar cómo es. Tan difícil y peligroso es querer libertar a un pueblo empeñado en ser esclavo, como querer esclavizar al que anhele vivir libre.

(IX) La destreza para saber acomodarse a las circunstancias es uno de los requisitos del éxito.

(X) Un capitán no evita la batalla cuando el adversario se obstina en dársela.

(XI) Vence el que siendo más débil aguanta los primeros ataques.

(XII) Un capitán discreto impondrá a sus soldados la necesidad de combatir y se la arrebatará a los enemigos.

(XIII) Se ha de confiar más en un capitán con tiempo para instruir y armar sus tropas, que en un ejército levantisco que eligió tumultuosamente su caudillo.

(XIV) La disciplina es necesaria no tanto para que los ejércitos combatan con orden cuanto para que no los desordene un suceso imprevisto y nimio. Las turbas y multitudes del pueblo no sirven para la guerra, porque las trastorna y pone en fuga un grito, un ruido o un estrépito inesperado. Todo jefe procurará que, mientras los hombres pelean, aparezca algo que anime a los suyos y acobarde a los contrarios.

Digitized by Google

(XV) Solamente un jefe debe ir al frente de un ejército, porque un número excesivo de capitanes es perjudicial.

(XVI) En los períodos difíciles se busca la virtud auténtica y en los fáciles gozan del beneplácito general los que destacan por su riqueza o parentesco.

(XVII) No se debe ofender a un hombre y concederle después una magistratura o cargo importante, porque el rencor de la afrente hará que utilice su autoridad para lavarla o para vengarse.

(XVIII) Nada es más digno de un capitán que adivinar los propósitos del enemigo.

(XIX) Más vale que gobierne la muchedumbre un hombre benévolo que cruel. El castigo no se aplicará más que para frenar su insolencia.

(XX) Un rasgo de humanidad y moderación es más útil que la violencia.

(XXI) Una valentía sobresaliente aminora los efectos peligrosos de la crueldad y del rigor.

(XXII) El rigor y la benevolencia pueden otorgar la misma gloria, si el primero se deja sentir en cosas fuera de lo común. El benevolente ha de emplear los castigos ordinarios que se imputan a las leyes e instituciones. El bondadoso lastima la patria y a sí mismo, y el riguroso beneficia a la patria y a veces se daña a sí mismo.

(XXIII) Aunque el fausto y la soberbia tengan un origen lícito, el príncipe debe evitarlos como un escollo, porque se odia al sujeto de los mismos.

(XXIV) La prolongación de los mandos y las magistraturas esclaviza a los pueblos.

Digitized by Google

(XXV) La pobreza rinde mejores frutos que la riqueza; una honró las ciudades y las órdenes religiosas y otra las arruinó.

(XXVI) Las mujeres motivaron muchos desmanes, perjudicaron a los gobernantes de una ciudad y causaron muchas disensiones.

(XXVII) La manera de componer una ciudad desunida es la de matar a los jefes de la sedición, alejarlos de la ciudad o imponer la paz entre ellos con la obligación de no volver a molestarse. Esto último es peligroso, además de inútil, porque los que se ven a diario no olvidarán las injurias recibidas. Alejar a los jefes de las banderías permite que la paz persista. El procedimiento más seguro es el de ajusticiarlos, pero la poca entereza de los hombres hace que se olviden los ejemplos antiguos y que sirven de escarmiento.

(XXVIII) Han de examinarse atentamente las acciones de los ciudadanos, pues suele ocurrir que una obra, buena en apariencia, esconde un germen de tiranía.

(XXIX) Los príncipes no deben afligirse ni espantarse de los pecados de sus pueblos, porque nacen de su descuido o de que los deshonran errores semejantes.

(XXX) El ciudadano dispuesto a lograr el bien de la república tiene, ante todo, que extinguir la envidia de los demás, lo cual se logra de dos modos: en una situación difícil, cuando todo el mundo se pone incondicionalmente a sus órdenes, o por la muerte, violenta o natural, de los competidores. La defensa más peligrosa que puede tener

Digitized by Google

una ciudad es la precipitada y sin orden, entregando armas a los ciudadanos.

(XXXI) Las repúblicas y hombres fuertes conservan el mismo ánimo y la misma dignidad en todos los vaivenes de la fortuna.

(XXXII) Cuando se desea que un pueblo o un príncipe se aparte de toda componenda, lo mejor es inducirle a ultrajar mortalmente al enemigo.

(XXXIII) Para ganar una batalla es menester que los hombres del ejército tengan mutua confianza en sí mismos y en su jefe.

(XXXIV) La gente se fía en los nombramientos de la fama de un hombre, cuando no se conocen sus obras, bien reparando en los actos de su padre, bien en la amistad que tenga con hombres sabios y de buenas costumbres o en alguna obra extraordinaria que haya realizado. La notoriedad que proporciona el apellido del padre se extingue en seguida si no la acompaña la propia virtud; la basada en la conducta es mejor que ésta y muy inferior a la tercera. En la elección de magistrados, los pueblos juzgan por lo externo y, cuando les aconsejan como a los príncipes, se equivocan menos que ellos. El ciudadano que aspire al favor del pueblo debe ganárselo con algún hecho notable.

(XXXV) Los hombres consideran las cosas por su fin y el mal que produce se achaca al autor del consejo, y si prospera se le elogia. De aquí que sea tan peligroso convertirse en el principal aconsejante de una innovación, tanto más peligrosa cuanto más extraordinaria.

(XXXVI) Los franceses, como los galos, son

Digitized by Google

tenidos por más que hombres en los comienzos y por menos que mujeres después. El juicio es acertado. Pero no debe creerse que no pueda mejorarse su naturaleza de modo que su coraje primero persista hasta la conclusión de la lucha. Ello se consigue reglamentando la valentía y empleando el coraje en el momento oportuno, como los romanos. La tercera clase de ejércitos, sin ímpetu natural ni disciplina, son los italianos, que resultan completamente inútiles.

(XXXVII) Un buen capitán debe evitar algo que, siendo de escasa importancia, impresione desfavorablemente a su ejército. Por otra parte, al enfrentarse con un enemigo nuevo y reputado, necesita experimentar antes de la batalla campal, con escaramuzas, cómo son los adversarios, a fin de perder el espanto que causa su fama; pero tendrá gran diligencia en evitar que un incidente fortuito acobarde a los suyos.

(XXXVIII) Un capitán, para que el ejército confíe en él, habrá de adiestrarle en batallas fingidas, habituándole a la obediencia y al orden.

(XXXIX) Un capitán debe conocer los terrenos.

(XL) El empleo del fraude es glorioso en la guerra.

(XLI) La patria se ha de defender de cualquier modo, con ignominia o con gloria, porque de cualquier modo está bien defendida.

(XLII) No deben cumplirse las promesas arrancadas por la fuerza.

(XLIII) Los naturales de una provincia hacen gala casi siempre de la misma índole.

Digitized by Google

(XLIV) Muchas veces la impetuosidad y la audacia logran lo que nunca se obtendría con procedimientos ordinarios.

(XLV) El partido más conveniente en las batallas es aguantar el ataque del enemigo y acometerle después.

(XLVI) En una ciudad, una familia suele tener durante bastante tiempo los mismos hábitos y caracteres, lo cual no debe achacarse forzosamente a la sangre, que varía con los matrimonios, sino a la educación recibida en el seno familiar.

(XLVII) Un buen ciudadano olvidará sus injurias particulares por amor a la patria.

(XLVIII) Hay que sospechar que oculta un engaño el gran error que el enemigo parece cometer.

(XLIX) Es inevitable que ocurran a diario en una ciudad cosas que necesiten remedio, y cuanto mayores sean los males más sabio debe ser el médico. Indicio de la grandeza de una república es el rigor de sus castigos.

Digitized by Google

Digitized by Google

La Mandrágora y *Clicia*

La Mandrágora es un descanso que Nicolás Maquiavelo se otorga en el ejercicio de la política teórica y práctica. En ella la observación pura se trueca en placer de imitar para distracción de su espíritu severo. Su cartel estético es el que expone en el prólogo de *Clicia*: «Si se quiere deleitar es necesario mover a risa al espectador, lo cual no se logrará mediante un tono grave y austero, porque las palabras que hacen reír son jocosas, insultantes o amorosas. Es menester, por lo tanto, dar vida a personajes alegres, malsines o enamorados. Las comedias que cumplen estos tres requisitos infunden risa y las que de ellos carecen no hallan quien las acompañe con ellas.»

No obstante, aunque la comicidad de esta obra sea más meditada que instintiva, el instinto de Maquiavelo ha superado su fuerza reflexiva, cumpliendo mucho más de lo prometido en el anterior programa: prueba en *La Mandrágora* que comprendió absolutamente la naturaleza del arte teatral, con una capacidad que le hubiera llevado a destacar en él.

Maquiavelo basa toda su obra literaria en la observación, como hemos dicho. Era buen cono-

Digitized by Google

cedor de las pasiones humanas. Ahora bien; la función y el objeto del teatro es la exhibición de los caracteres. Maquiavelo los muestra al desnudo, en una trama ni muy ingeniosa ni muy nueva, y sin recursos teatrales, en su mayor parte desconocidos en su época. Con todo, interesa a pesar de la pobreza del argumento y concede vida a sus personajes sin hipérboles y sin la menor pretensión de ingenio, prestándoles un lenguaje flexible, cortado y dialectal, sumamente apto para la expresión de sus emociones. Éstas son fácilmente reconocibles y asimilables, porque, en su tosquedad, en su estado químicamente puro — la lujuria, la codicia, la necedad, etc. —, el lector puede ver fácilmente en ellas las suyas propias. He aquí una comedia que se puede comparar a las mejores de Molière.

Nicias, el esposo complaciente y majadero, es la obra maestra de *La Mandrágora* psicológica y teatralmente considerado. Como los tontos pedantes es soberbio y crédulo, o sea es un tonto prototipo, sin modestia ni excusa. Ligurio, el parásito, Lucrecia, el confesor, etc., quedan algo desdibujados ante la ridícula y personalísima falta de personalidad de Nicias, el cual, preocupado por la dignidad de sus conocimientos, ignora todo lo que no la alimente en el aspecto social. Es el sabio que dice sí a todo para no dejar de serlo. El toscano tiene una especial sencillez que, puesta en la boca de Nicias, se trueca en una especie de arrullo infantil muy adecuado para un botarate.

Los versos intercalados en *La Mandrágora* son los más felices de la producción de Maquiavelo.

Digitized by Google

Contienen mayor inspiración y corrección. Empero, la necesidad de traducir la idea y el sentimiento en un metro, que se obstina en utilizar careciendo de dotes naturales para ello, destruye el impulso que acaso sintiera su creador y le obliga a un esfuerzo técnico, en que el ritmo se pierde y el vocabulario se torna mediocre.

Con *La Mandrágora* el teatro italiano adquirió una de sus comedias más bellas y más intensas. Así lo reconocieron los contemporáneos del autor. Se representó en Módena, Florencia y Roma; en ésta por orden del papa León X, que era admirador de Nicolás Maquiavelo.

La comedia empieza con una canción introductora, en que ninfas y pastores dicen que les lleva el Amor a la presencia del público para honrar fiesta tan placentera. El Prólogo sitúa la acción en Florencia y explica la disposición del escenario; luego refiere la pasión que Calímaco siente por Lucrecia y va dando otros pormenores sobre el argumento que luego presentamos. El autor no desea sino distraerse y «probar en otras obras distintas virtudes», puesto que sus trabajos no tienen premio.

La sinopsis de los cinco actos de *La Mandrágora* es la siguiente:

I. Calímaco, joven acomodado, refiere a Siro, criado suyo, que le atrajo a Florencia la fama de la belleza de Lucrecia, que oyó ponderar en París a un pariente de la joven. La vio y se prendó de ella, pero inútilmente, porque Lucrecia es honesta y discreta, nada amiga de trapicheos y no tiene en su casa servidumbre a la que sobornar para

Digitized by Google

abordarla. Su único destello de esperanza es el señor Nicias, esposo de su amada, el cual, a pesar de sus laureles académicos, es el hombre más simplón de la ciudad. Ligurio, un parásito y conocido de Nicias, le ha prometido ayudarle. Ligurio, en efecto, está persuadiendo a Nicias que se traslade a los baños, donde podrá cumplir, con su fuerza medicinal, su gran deseo de tener prole. Pero, como Ligurio explica a Calímaco, los baños no son el lugar más oportuno para que éste satisfaga sus deseos. En resolución, el parásito propone al enamorado que se haga pasar por médico, llegado de París, y con tal título le presentará a Nicias.

II. Ligurio cuenta a Nicias que Calímaco ha obrado milagros en París tratando casos de esterilidad mujeril. La supuesta ciencia de Calímaco impresiona en una corta entrevista a Nicias, el cual accede a obtener una muestra de orina de su esposa, para que el imaginario galeno la examine, advirtiéndole, sin embargo, que tanto él como Lucrecia irán a los baños muy a regañadientes. Examinados los orines, y anunciado el dictamen que es de esperar, Calímaco, a quien Ligurio ha aleccionado, le informa de que su mujer concebirá si bebe un líquido hecho a base de mandrágora. Lo habrá de tomar aquella misma noche por hallarse la luna en el cuadrante preciso. El único reparo está en que el hombre que cohabite con ella, después de que haya apurado el bebedizo, morirà sin remedio a los ocho días. Por lo tanto, el «médico» aconseja que busque un substituto, que atraiga sobre sí el efecto de la mandrágora, tras

Digitized by Google

lo cual Nicias podrá disfrutar del amor de su mujer. Nicias se niega, sobre todo por temor a la ley; pero acepta al fin la proposición de Calímaco de secuestrar a un buen mozo desconocido en la vía pública y entrarlo en la alcoba de Lucrecia. Al día siguiente, despedirán a la víctima y nada se sabrá. Nicias está seguro de que su mujer se negará a aquel disparate y Ligurio asegura que el confesor de Lucrecia los ayudará, previa la entrega de dinero.

III. Sóstrata, madre de Lucrecia, accede a persuadir a su hija de que acepte el proyecto. Ligurio y Nicias se entrevistan con fray Timoteo, al que el primero refiere una patraña para ocultar sus verdaderos propósitos, a sabiendas de que no le engaña, y le entrega una limosna. Acepta Timoteo y Ligurio le refiere entonces la verdad. El fraile promete ayudarles, convenciendo a Lucrecia. Timoteo cumple su promesa, venciendo los reparos de la joven.

IV. Calímaco se consume de pasión mientras espera saber el resultado de las diligencias. Ligurio le informa finalmente del éxito de las mismas. Pero, pregunta Calímaco, ¿cómo podrá él mismo capturar a la supuesta víctima que no ha de ser otra que él mismo? Ligurio resuelve el problema, diciendo que Timoteo le substituirá. Todos se disfrazarán y Nicias no se percatará del cambio. Nicias, preocupado por el enojo de su mujer, no se entera, en efecto, de él. Prenden a Calímaco y le introducen en la casa de Nicias.

V. Ninguno de los actores ha dormido aquella noche. Timoteo se esconde y ve cómo los demás

Digitized by Google

hombres expulsan a Calímaco de la casa de Nicias. Éste describe el aspecto del secuestrado y las precauciones que tomó antes de llevarlo a Lucrecia. Convienen encontrarse todos en la iglesia. Calímaco se queda con Ligurio y le relata que ha podido convencer a Lucrecia de la firmeza de su amor; la mujer, a quien todos se han empeñado en perder, le recomienda que se haga compadre de Nicias y acuda aquella mañana a la iglesia, donde se pondrán de acuerdo para verse de nuevo sin despertar suspicacias. Nicias rebosa alegría y anima a Calímaco y Ligurio a establecerse en su casa, ocupando cuando gusten una habitación desocupada. De esta manera, todos los personajes de la obra consiguen sus propósitos a costa de la torpeza del pobre Nicias.

* * *

Clicia tiene un valor inferior a *La Mandrágora.* Se trata de una imitación de la *Casina* de Plauto, donde Maquiavelo acomoda el argumento de la obra del escritor latino a la sociedad y a la historia de su tiempo. Tiene agudas observaciones de costumbres y situaciones que arrancan una sonrisa al lector.

La presente versión de esta obra es, por lo que sabemos, la primera en lengua castellana.

Digitized by Google

EL PENSAMIENTO

La verdadera fama de Maquiavelo se funda en sus obras no literarias, en que la lógica y el sentimiento se armonizan en la mente, calculadora y, a la par, fogosa, del pensador. Su arte se convierte en una profundidad patética (patética en la acepción original de la palabra), por la relación que intenta establecer entre la ciencia, que imagina descubrir, y la fuerza del sentimiento patriótico que le mueve.

De los dos libros que ahora nos ocupan, *El Príncipe* es el que goza de celebridad desmedida y el que le ha caracterizado para bien o para mal suyo. Lo personal de esta producción y el efecto que produjo y produce involucran, mediante una extraña alquimia, de tal modo el carácter del autor, que apenas se logra ahora deslindar quién es Maquiavelo y quién *El Príncipe,* criatura suya. No obstante, fuera de sus vaivenes y devaneos políticos, apenas se encontrará en la biografía del Secretario florentino algo que sea el reflejo de lo que se podría denominar su inmoralidad platónica e intelectual. Es un hombre que cumple su deber y al que la buena intención de su propósito mal-

Digitized by Google

trata rudamente. Su única responsabilidad ante los hombres es haber lanzado al mundo hijos tan escandalosos.

La política es una ciencia para Maquiavelo. A ella subordina todas las restantes actividades, físicas, artísticas, morales y espirituales, de la humanidad. Esta ciencia se basa en la *necesidad* (palabra que repite tan a menudo en sus páginas), o sea la necesidad de corregir la corrupción de su tiempo. Esto se logra únicamente con la ley del más fuerte y apto. El príncipe, como lo sueña y ansía Maquiavelo, se simboliza en un ser para el que todo es lícito porque todo es un fin para conseguir el medio propuesto: la unidad del Estado. Así considerado, Maquiavelo es un auténtico patriota, que siente en los entresijos de su ser la decadencia o el triste lugar que ocupa Italia ante lo que ahora se denomina «el concierto de los pueblos». Se trata de una cuestión de prestigio y de un imperativo impulso de defensa y de autodeterminación. No concede ningún valor a la primacía intelectual, artística e industrial de los italianos, entonces existente. Lo único que le importa es la unidad y el poder conseguidos y mantenidos a todo trance. Se despreocupa de si la Italia en que surgió *El Príncipe* estaba interesada o podía ejecutar sus doctrinas. Ciertamente, en ella no existía una conciencia política global, de que todos participasen, ya que, sirviéndonos de sus propios argumentos, hubiérase realizado *necesariamente* la obra de fusión territorial y rectora. Téngase en cuenta que, incluso en el orden lingüístico, se discutía la presencia real de una lengua italiana,

Digitized by Google

o de diferentes lenguas o dialectos. Maquiavelo daba la primacía al habla florentina, incurriendo por ello, parcialmente, en el mismo pecado de regionalismo libérrimo que había conducido a los italianos a la servidumbre política. La lengua es uno de los instrumentos más eficaces de unificación. Adoptar una actitud sentimental, aunque basada en la elegancia y sonoridad de un idioma, equivale a atentar contra uno de los principales postulados del maquiavelismo.

El problema político no se plantea para Maquiavelo como algo perteneciente a la ética: una cosa es la ética y otra la política. Elegida la política como lo más interesante, los aspectos morales deben someterse a ella, porque no en balde la política es una ciencia y la ciencia significa especialización y subordinación de los valores. Napoleón estaba, al parecer, de acuerdo con este criterio, como se desprende de las copiosas anotaciones — exactas, infantiles, patrioteras y ególatras — que incluyó en las obras de Maquiavelo, antes, durante y después de su imperio, y que constituyen un documento, tan curioso como melancólico, de los procesos mentales humanos y de sus reacciones ante el triunfo y el fracaso. Volviendo a *El Príncipe*, la ciencia política establece una escala de valores de peldaños desiguales. Se consideran virtudes (políticas) lo que son transgresiones contra los dictados morales, pero solamente cuando así conviene al soberano; y, viceversa, son vicios (políticos) los frutos de la más alta espiritualidad. Unos cuantos ejemplos, que se comentan solos, bastarán para demostrar esta apreciación.

Digitized by Google

No se conserva tan fácilmente una ciudad cuyos habitantes están acostumbrados a vivir en libertad: hay que borrar el recuerdo de su independencia... (El señor) se sostendrá en su dominio por medio de la crueldad. Ésta es buena si la justifica la aspiración a vivir en paz y seguridad... Un príncipe, deseoso de mantenerse en su Estado, debe aprender a no ser bueno (...). Lo ideal es que tenga todas las virtudes, pero (...) no ha de espantarle el incurrir en los vicios infamantes sin los cuales salvaría difícilmente su Estado. Hay vicios que implican bienestar y seguridad... Un señor no ha de temer el baldón de la crueldad para mantener a sus súbditos unidos y leales (...). Convendría que fuese amado y temido; pero, si ha de prescindir de uno de ambos extremos, el partido más seguro consiste en ser temido antes que amado. Los hombres reparan menos en ofender al que se hace amar que al que se hace temer... El señor prudente no puede ni debe guardar fidelidad a lo prometido, cuando respetarlo le perjudica y no existen, además, las razones que motivaron la promesa. Hay que aparecer clemente, fiel, humano, íntegro y religioso, y aun serlo; pero se ha de estar tan identificado con el espíritu propio que, en el momento necesario, se pueda y sepa cambiar en el sentido contrario. La generalidad de los hombres juzga por las apariencias. En las acciones de los hombres, sobre todo si son príncipes, se considera sólo su fin...

Estos ejemplos, además de la idea de que la religión es un instrumento de poder, revelan que el príncipe ha de ser despiadado, cruel, traidor e

Digitized by Google

hipócrita. El lector hallará fácilmente otros tantos en el resumen de *El Príncipe* que precede a estas páginas y en la traducción. Los principios más arriba señalados ruborizarían al más endurecido delincuente si los expresara sin paliativos; en cambio, Maquiavelo los enuncia sin circunloquios y como axiomas fundamentales.

He aquí cómo el ferviente republicano Maquiavelo sienta el programa fundamental de la tiranía. Al tratar de César Borgia, su dechado, únicamente víctima de la suerte, ofrece uno más general y vago, que, sin embargo, dentro de su contexto, adquiere una aterradora expresividad:

Siguiendo el ejemplo del Borgia, hay que debilitar a los adversarios, desconfiar de los ejércitos ajenos, atraerse a los pueblos, buscar amistades útiles y, en suma, no pasar por alto jamás que los beneficios recientes (no) hacen olvidar a los grandes las antiguas injurias.

Considerado así, en abstracto, pocos reparos pueden oponerse a este programa. La cuestión son los procedimientos utilizados para conseguir dar vida efectiva a esos puntos.

El horror, moral e intelectual, que se siente ante ellos, no parece haber afectado a los italianos contemporáneos suyos. El único reproche partió de algunos miembros defensores de la democracia florentina, a la que Maquiavelo había pertenecido paladinamente y pertenecía aún de corazón: se le afeó que hubiese dedicado *El Príncipe* a un Médicis. En cambio, en aquel mismo siglo, y en la admirada Francia de Maquiavelo, se produjo el movimiento del antimaquiavelismo, que también

Digitized by Google

existiría en España y en otros países en los años consecutivos. Se pregunta, por consiguiente, ¿a tanta distancia moral estaban los cisalpinos de los ultrapinos? ¿El tenor práctico o artístico de la obra era para unos una luz meridiana, que merecía una interpretación diferente de la reacción de repulsión que sentían otros? ¿Esta diversidad de acogida será de la misma índole de la que permite creer que al hombre le son socialmente lícitos actos cuya ejecución se veda a la mujer?

La respuesta se halla en la diferencia de ambiente histórico político. En Italia prevalecía el espíritu formal de Contrarreforma; mas, paralelo a él, existía el espíritu racionalista que acogía y daba impulso al Renacimiento. Por este espíritu, henchido de sentimiento patriótico, nació la teoría de Maquiavelo. Había un cinismo general flotando en toda la península italiana, que no implicaba en sí una perversidad esencial, sino otro rasgo más del carácter de los nativos, flexibles, astutos, sensuales, muelles, egoístas, artistas y religiosos. En *El Príncipe* descubrían expresado algo que llevaban en sí y que, de una manera platónica, a manera de expresión de un deseo, porque Maquiavelo no fue más que un contemplativo, les ofrecía una receta conducente al establecimiento de un orden sólido, en que cada hombre podría llevar a término, sin peligro, la propia vocación.

Quien compare *El Príncipe* con los libros de los teorizadores políticos precedentes, notará que sus asuntos y doctrinas ya habían sido tratados, por ejemplo, por un Marsilio de Padua, aunque sin alcanzar la cima impersonal de la ciencia po-

Digitized by Google

lítica. Maquiavelo, por virtud de sus observaciones y experiencias diplomáticas, espoleado por una idea, ordenó aquellas nociones precedentes en un significado filosófico bastante endeble, lógicamente considerado. En sus pensamientos pasa de lo particular a lo general y de lo general a lo particular sin transición alguna. No sólo se engaña en lo particular, porque le abruma, sino que educe de él consecuencias generales. A pesar de su pobre sindéresis, el mérito del ingenio maquiavélico consiste en tratar la materia según un método que aspira al rigor filosófico y matemático, como cabía esperar de su pretensión de fundador de una ciencia infalible. Pero en el eslabonamiento de sus ideas, dentro del círculo de hierro que se impone, se produce de pronto una ruptura. Se escucha el ardiente grito de súplica del capítulo final de *El Príncipe,* en el que el Estado se convierte en carne viva, es decir, en patria. Gracias a ese desbordamiento de pasión, la utopía tiene un magnífico broche de realidad, semejante al despertar a la limpidez de la luz tras una noche pasada en cavilaciones. A juicio nuestro, si dicho capítulo se hubiera utilizado como prólogo y no como colofón, *El Príncipe* hubiera poseído más humanidad y justificación. Situado al final, su arrebato parece un acto de adulación cortesana y nada más, lo que, desde luego, no se puede admitir que entrara en el pensamiento de Maquiavelo.

Los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* pierden originalidad y vigor en la parte que se escribió con posterioridad a *El Príncipe.* Leyendo su primer libro se comprende que Maquiavelo

Digitized by Google

tuviera la inspiración de componer éste. Son las mismas doctrinas aplicadas a la democracia que representa Roma.

Tratándose de unos comentarios, los principios doctrinales se extravían en un mar de ejemplos, a veces reiterados, y se advierte que van naciendo al azar en la mente del autor, esto es, a medida que lee. Para nosotros, su mérito principal estriba en haber hecho brotar la chispa, o la nieve, que alumbró el nacimiento de *El Príncipe*.

También se encuentra en ellos ideas expuestas, no ya en su obra famosa y manejable, sino en diferentes capítulos de los mismos *Discursos*. Los axiomas se purifican o suavizan en lo que se refiere a los móviles que los sustentan y dan mayor amplitud al estímulo de la imitación de la antigüedad. Su protagonista se transforma de príncipe en cualquier jefe o potentado. La forma es bastante ingenua para el gusto moderno. Da normas siguiendo ciegamente a un historiador como Tito Livio, que no merece más crédito que el contenido de este o aquel de nuestros Cronicones.

La composición tiene poca unidad. Su doctrina básica consiste en que la razón de Estado es poderosa y depende de la libertad.

Después de presentar su teoría sobre la fundación de las ciudades, y su constitución atendiendo a las tres clases sociales básicas, dice que las leyes nacen de la desunión de éstas, y de la lucha de clases la grandeza de los pueblos. Las acusaciones contra los prevaricadores son tan útiles como inútiles las calumnias. Una república o un reino ha de ser establecido por un hombre solo, que puede

Digitized by Google

emplear procedimientos extraordinarios para ello. De esta forma, el Estado quedará bien establecido. Los hombres más elogiables son los jefes y fundadores de religiones. Maquiavelo concibe éstas de modo utilitario, al servicio de los fines políticos: donde no existe el temor de Dios, el reino se perderá. Asegura que la religión cristiana ha decaído. Hay que castigar al temerario que desprecie la religión, aunque los castigadores no crean en ella. Es muy difícil establecer o mantener el Estado libre en una ciudad corrompida. Los hombres son raras veces completamente malos o buenos. El príncipe tiene que evitar la ingratitud. Los hombres se corrompen y cambian de índole con gran facilidad, engañándose en las cosas generales, no en las particulares. El soberano concederá como por generosidad aquello a que la necesidad le obliga, pero no ha de ser leal en el cumplimiento de lo que se le arrancó por la fuerza, etc.

El segundo libro se dedica de preferencia a las doctrinas conducentes a ampliar el dominio y a la tan querida de Maquiavelo de la formación de un ejército nacional, sobre cuyas ideas versamos por encima al tratar del *Arte della Guerra.*

En suma, todo el programa político de los *Discursos* conduce al engrandecimiento de la república y a la consecución de dominio. Para lograrlo hay que:

«Aumentar el número de los habitantes de la ciudad, hacer de ellos compañeros y no súbditos, enviar colonias que guarden los países conquistados, convertir las presas en tesoros, vencer al enemigo con correrías y batallas, y no con asedios,

Digitized by Google

enriquecer el erario público, empobrecer al particular y disciplinar la milicia atentamente con ejercicios... En el supuesto de que este modo de prosperar los disgustase, vean qué otros medios de adquisición arruinan las repúblicas y frenen toda ambición gobernando su ciudad con leyes y usos, prohibiendo las conquistas y pensando únicamente en la defensa» (*Discursos*, II, 19).

Hemos hablado de la inmoralidad descarada de *El Príncipe* y la atenuada de los *Discursos* indicando que se debió más al ambiente de la época que al autor, lo cual no mengua en absoluto la responsabilidad de éste.

Intelectualmente, como pasatiempo literario, se experimenta durante la lectura una innegable admiración al ver cómo y cuán exactamente conciertan la osadía intelectual, la certera comprensión y las cualidades de estadista en Maquiavelo, tanto, que bastantes preceptos suyos, los que se refieren a la psicología y al comportamiento humano, tienen validez y aplicación en la vida cotidiana. No son máximas generales, de empleo teórico, como las de un pensador que pontifica; antes bien, su validez se deriva de la posibilidad de aplicarlas directamente a las cuestiones de la vida cotidiana.

El error más patente de Maquiavelo, que por él no merece excusa alguna, es considerar de preferencia los medios en primer lugar y luego el fin. Se interesa solamente por el poder y no por la felicidad humana, cuyo objetivo alienta en todas las leyes e instituciones de este mundo. O si se interesa por ella, lo hace como un efecto cuya cau-

Digitized by Google

sa es la solidez del Estado y la seguridad de la Nación. Estado y Nación son algo superior a los hombres, y fácilmente se conocerá cuál es el fruto de esta doctrina.

Hasta cierto punto, estas nociones resultan admisibles en la Italia del siglo XVI. Pero su fragmentación en ciudades-repúblicas, pequeños estados, ducados, etc., si aconsejaba la aplicación rigurosa de la ley en defensa propia y, por consiguiente, la existencia de un principio de autoridad firme, no por ello había que ignorar que los móviles de cada individuo, íntimamente relacionado y dependiente de sus conciudadanos, estaban indisolublemente unidos a los del Estado. Dar fuerza a éste significaba proveer de paz y de seguridad a los ciudadanos, y llevar a cabo una labor patriótica; sacrificar a sus componentes, que se rebelarían o volverían indeferentes, lindaba en el suicidio.

Otros errores de Maquiavelo y sus contradicciones son fácilmente advertibles, lo que denota su probidad mental y su directa concepción. Si hubiera pensado en su prestigio, a mano tenía una infinidad de sofismas con que rebozar los puntos flacos de sus doctrinas. Por otra parte, sus equivocaciones son referibles todas al prurito de generalizar, aplicando lo que es detalle circunstancial y reconocible en el contexto de la historia de su pueblo en una época determinada, a pueblos e instituciones diferentes de los que había observado más atentamente.

Las contradicciones no merecen un trato tan equitativo, principalmente las que se refieren a los hombres. Su experiencia hubo de informarle de

Digitized by Google

que la naturaleza humana está más matizada que los puros caracteres teatrales. Considerada en conjunto, la humanidad se compone de criaturas falibles, las cuales, no obstante, tienen virtudes. Desde un punto de vista psicológico, que es el que Maquiavelo suele generalizar, resulta una imposibilidad manifiesta que todo un pueblo sea simultáneamente crédulo y falaz, sumiso y rebelde, cobarde bajo un gobierno determinado y bravo bajo otro...

Su concepto de la historia admite una tosca evolución cíclica, que los pueblos han de recorrer necesariamente como una rueda que describiera giros sin tregua. Esta deficiencia es grave por dos razones. La principal se concreta en la negación de la fuerza que el espíritu tiene en el progreso de los pueblos; la segunda, no tan importante, aun cuando más perceptible, es la falta de perspectiva histórica. Basarse en una Roma deformada como la de Tito Livio, y ceñirse en ella a la república, con exclusión del imperio — a éste sólo recurre cuando quiere probar una tesis contraria —, es condenarse por anticipado a verse preso en un círculo vicioso. No tener en cuenta, sino como instrumento o como objeto de premio, la espiritualidad religiosa, a pesar de su fuerza elevadora, incluso dentro de la ciencia política, y el poder intelectual, a pesar de su valor educativo a través de las artes y de las ciencias, supone una absurda miopía intelectual.

Las obras políticas de Maquiavelo contienen rasgos que despiertan la simpatía. Con austera seriedad, con enardecida pasión o con digna me-


Digitized by Google

lancolía, trata de las calamidades de su Florencia y, por extensión, de Italia. Un observador sagaz como él debió de sufrir una agonía interminable ante los síntomas de corrupción avasalladora que presentaba su patria. Por eso buscó modelos en la Antigüedad: a fin de presentarlos a sus compatriotas y persuadirlos de que otros pueblos, otras ciudades y otras naciones habían soportado pruebas superiores o iguales a las suyas, y que las habían superado con gloria e integridad. Era un deber público volver los ojos a tales dechados, puesto que no los había entre ellos. Respetando su justa tristeza, hemos de señalar que estamos frente a una nueva contradicción de Maquiavelo, pues si los italianos, como asegura en todo *El Príncipe,* salvo en el capítulo final, se habían afeminado y acobardado, poco podía esperar de sus incitaciones.

Se ha dicho del estilo de Maquiavelo que era tan buen pensador como mal escritor. No nos parece un juicio exacto. La propiedad del pensamiento y la de expresión suelen ir unidas, porque, como se acostumbra decir, quien bien piensa bien se expresa. Hay que tener en cuenta que Maquiavelo utiliza un dialecto, el único idioma de Italia según él, o sea un lenguaje familiar de recursos lexicográficos no muy amplios para la expresión de sus ideas. Se advierte, además, cierta torpeza en el manejo del mismo, que ha de achacarse a la índole apretada del asunto que trata. De otra forma, no hay motivos para que el chispeante y flexible idioma de *La Mandrágora* brotara súbitamente de su pluma, en 1520, y en los *Discursos,*

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD

Digitized by Google

concluidos en 1519, se anudara, entrecortara y repitiera, ofreciendo una obra de estilo que propende a lo desabrido.

La naturaleza del asunto, por una parte, y el puntillo de latinista, por otra, son los que frenan los recursos expresivos de Maquiavelo. *El Príncipe* y los *Discursos* se presentan en toscano con una sintaxis casi estrictamente latina.

Unas cuantas palabras sobre el *maquiavelismo*.

Se llama *maquiavelismo* al empleo de los pensamientos del Secretario florentino para lograr y mantener los gobiernos mediante cualquier procedimiento; y, por extensión, a toda conducta retorcida e hipócrita al servicio de unos fines.

El *antimaquiavelismo,* su opuesto, aparece en la segunda mital del siglo XVI por obra de un protestante francés, Gentillet, que publicó en 1578 una obra típica titulada *Antimaquiavelo*. Tuvo seguidores durante años en Europa, cuyo estudio no es de nuestra competencia. Citaremos sólo entre ellos, por lo paradójico, a Federico el Grande, quien compuso un libro de idéntico título al del protestante y lo entregó a Voltaire para su publicación. El *Antimaquiavelo* de Federico, aprobado y a cuidado de Voltaire (!), es una edificante homilía contra la deslealtad, rapacidad, guerras injustas y gobierno arbitrario, en suma, por cuanto su autor se distinguió. Un fervoroso maquiavelista, tan célebre como el monarca prusiano, fue Napoleón.

En España hubo sostenedores del maquiavelismo de tanto renombre personal como Antonio Pérez, el desdichado secretario de Felipe II, y el filólogo y biblista Arias Montano. Los siglos XVI

Digitized by Google

y XVII vieron, en tierras españolas, una proliferación de tratados de cariz político en los que se insinuaba el maquiavelismo. Pero el antirreformismo ibérico reaccionó contra él, por la pluma de casi todos los escritores de vena moral, replicando con obras en que se establecía la conducta del príncipe cristiano y que, directa o indirectamente, rebatían los preceptos de Maquiavelo.

Entre los impugnadores directos del maquiavelismo figuran en lugar preferente el jesuita Pedro de Ribadeneyra, con su notable obra *Tratado de la religión y de las virtudes que debe tener el príncipe cristiano,* publicada en 1601; Diego de Saavedra Fajardo con su *Idea de un príncipe político cristiano, representada en cien empresas,* publicada por primera vez en 1640, tratado didacticopolítico, en que se presenta el dechado del príncipe según las doctrinas cristianas; Baltasar Gracián, jesuita, con *El Héroe* (1637), el hombre perfecto que, por sus cualidades morales, se hace capaz de dirigir y gobernar a sus semejantes, o especie de superhombre virtuoso, etc.

Entre los impugnadores indirectos de Maquiavelo están el agustino Juan Márquez, cuya obra más famosa, *El gobernador cristiano* (1612), se opone en la práctica a las doctrinas maquiavélicas, siendo sus dechados Moisés y Josué; además, puede agregarse, porque responde a la opinión antimaquiavélica y católica, aunque sea muy oblicuamente, la *Política de Dios y gobierno de Cristo* (1626) de Francisco de Quevedo.

* * *

Digitized by Google

«Obras son amores y no buenas razones.» Sin embargo, creemos conveniente decir algo sobre nuestra tarea de traductores. Las dificultades del estilo de Nicolás Maquiavelo quedan expresadas en líneas anteriores. Hemos procurado salir airosos de nuestra comisión, persuadidos de que muchos obstáculos se oponen a ello. Las obras de Maquiavelo se traducen al *italiano* moderno en los institutos de Italia como prueba de capacidad; asimismo, las ediciones críticas de valor suelen ir acompañadas de glosarios y anotaciones con que ayudar a la inteligencia del texto a los propios compatriotas del Secretario florentino. Valga esto para iluminar al lector de habla castellana sobre la magnitud de nuestra tarea.

Más que con dificultades de vocabulario, hemos topado con obscuridades sintácticas. Un traductor se encuentra siempre ante una labor doble y ya sabida: la de ser fiel al idioma original y la de no traicionar el idioma propio. El estilo de Maquiavelo se halla bastante alejado de nuestro modo actual de concebir las cosas y de expresarlas. Por consiguiente, nuestro único problema hubiera debido ser adecuar el pensamiento de Maquiavelo al sentir moderno, sin que el original ni la construcción de las frases perdieran del sabor original salvo lo que es honradamente comprensible. Hemos seguido un procedimiento intermedio, consistente en ceñirnos al original y verterlo, en la medida de nuestras escasas luces, según algo parecido al hipérbaton de los escritores de nuestro Siglo de Oro.

Digitized by Google

El lector juzgará si hemos alcanzado ese logro.

El texto italiano empleado en nuestra versión es *Tutte le Opere di Niccoló Macchiavelli,* editadas por F. Flora y C. Cordiè, 2 vols., Milán, 1950.

Juan A. G. Larraya

Digitized by Google

Digitized by Google

EL PRÍNCIPE

Digitized by Google

Digitized by Google

NICOLAUS MACLAVELLUS AD MAGNIFICUM LAVRENTIUM MEDICEM [1]

Suelen quienes desean bienquistarse con un príncipe presentarle las cosas que más estiman o en cuya posesión saben que más se deleita. Por eso muchas veces le ofrecen corceles, armas, tejidos de oro y arreos semejantes dignos de su grandeza. Deseando yo obsequiar a Vuestra Magnificencia con una prenda de mi sumisión, no hallé en mi caudal cosa más querida, o que yo tenga en más, que el conocimiento de los grandes estadistas, adquirido por mí a costa de una dilatada experiencia de la política moderna, y mediante la continua lectura de antiguos hechos. Habiendo meditado y pulsado una y otros con gran diligencia, envío a Vuestra Magnificencia, contenido en un pequeño volumen, el fruto de mi largo esfuerzo.

Y aunque juzgue esta obra indigna de quien se destina, confío, sin embargo, en que vuestra bondad la acogerá favorablemente, considerando que yo no puedo haceros mayor ofrenda que facul-

1. Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de Médicis. No es este Lorenzo el llamado *Magnífico* (1448-1492), sino el duque de Urbino (1492-1519).

Digitized by Google

taros a que, en brevísimo tiempo, comprendáis cuanto yo en tantos años y con tantos peligros e incomodidades entendí y conocí. No engalané ni henchí esta obra de cláusulas suntuosas, ni de palabras sonoras y espléndidas, ni de cualquier otro atractivo u adorno externo con que muchos acostumbran pergeñar lo que decir tienen. No pretendí que tuviera más gala ni más gracia que la variedad de la materia y la importancia de lo tratado. No se tome a presunción que un hombre de baja, y aun de ínfima condición, ose discurrir sobre el gobierno de los príncipes e intente darles reglas, porque así como los que dibujan paisajes se ponen en lo bajo del llano para apreciar la naturaleza de los montes y de sus cimas, y para considerar la de los bajos lugares se ponen en los altos, así es menester ser príncipe para conocer la índole de los pueblos y ser del pueblo para conocer la de los príncipes.

Acepte, pues, Vuestra Magnificencia este mezquino presente con el mismo ánimo que yo tengo al remitírselo. Si condescendéis a leerlo con cuidado y a meditarlo con atención, reconoceréis al punto mi extremado deseo de que lleguéis a la grandeza que vuestra fortuna y otras prendas sobresalientes os prometen. Y si desde la cumbre de vuestra excelencia algunas veces volvéis los ojos a mi bajo estado, sabréis cuán grandes, indignas y constantes son las injurias de la suerte que yo soporto.

Digitized by Google

DE PRINCIPATIBUS [1]

I

Quot sint genera principatuum et quibus modis acquirantur [2]

Todos los Estados, todas las dominaciones que tuvieron y tienen autoridad sobre los hombres, fueron y son o repúblicas o principados. Los principados son o hereditarios, cuando el linaje del príncipe los tuvo largo tiempo, o nuevos. Estos últimos son nuevos en todo, como Milán para Francisco Sforza [3], o a modo de miembros añadidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles para el soberano de España [4]. Los dominios obtenidos de este último modo pueden estar acostumbrados a vivir

1. «De los principados».
2. «Cuántos géneros de principados hay y de qué modos se adquieren».
3. Francisco Sforza (1401-1466) se hizo elegir duque de Milán, después de combatir contra los venecianos en favor de los milaneses.
4. Fernando el Católico (1452-1516), que ocupó el trono napolitano en 1503.

Digitized by Google

bajo un príncipe o habituados a ser libres; el príncipe los logra por medio de las armas ajenas o con las propias, o la fortuna se los proporcionó o los debió a su esfuerzo.

Digitized by Google

II

De principatibus hereditariis [1]

No razonaré aquí sobre las repúblicas, porque he discurrido por extenso sobre ellas en otra parte [2]. Dedicándome sólo al principado, según las distinciones antes indicadas, versaré cómo se puede gobernar y mantener.

Digo, pues, que en los Estados hereditarios, acostumbrados a la administración del linaje de su príncipe, las dificultades para conservarlos son menores que en el caso de Estados nuevos. Basta a tal fin no contrariar el orden establecido por los antepasados del señor, y contemporizar con los acontecimientos, de suerte que, si el príncipe es de ordinaria industria, se mantendrá siempre en su Estado, a no ser que se lo impida una fuerza fuera de lo común y extremosa. Si queda privado de él, lo recuperará por artero y poderoso que fuere el usurpador.

Tenemos en Italia como ejemplo a los duques

1. «De los principados hereditarios».
2. En el libro primero de los «Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio», obra que Maquiavelo interrumpió para componer «El Príncipe» y que prosiguió luego.

Digitized by Google

de Ferrara [3], al que no rindieron ni los embates de los venecianos en 1484 [4], ni los del papa Julio en 1510 [5], por el único motivo de que la familia estaba arraigada de antiguo en aquel dominio. Como el príncipe natural tiene menos razones y necesidades de ofender a sus súbditos, es más amado por ello; y si no adolece de tan inauditos vicios que le hagan odioso, es de razón que sus gobernados le amen naturalmente, y con la antigüedad y persistencia en el señorío se olvidan los recuerdos y los motivos de las innovaciones que en él le instalaron, porque cualquier alteración deja siempre elementos para que se produzca otra.

3. Hércules I d'Este (1471-1505) y Alfonso I d'Este (1476-1534) respectivamente.

4. Hércules I hubo de ceder parte de sus territorios a los venecianos en la fecha expresada.

5. Julio II (Juliano della Róvere) arrebató el Estado a Alfonso I, aliado de los franceses, después de formar la Liga Santa con España y Venecia contra Francia.

Digitized by Google

III

De principatibus mixtis [1]

En el principado nuevo residen las dificultades. Y, sobre todo, si no es enteramente nuevo, sino a manera de miembro injertado en un principado antiguo, que, por su reunión, puede llamarse mixto, las mudanzas proceden, ante todo, de una dificultad que se presenta en todos los principados nuevos, a saber: que los hombres cambian gustosos de señor cuando creen mejorar, en lo cual se engañan, y con esa esperanza empuñan las armas contra él; pero ven luego por experiencia que no han hecho sino empeorar. Esto depende de la necesidad, natural y ordinaria, conforme a la cual el nuevo príncipe se halla obligado a ofender a los súbditos recién adquiridos, tanto con gentes de armas como con otras e innumerables injurias que llevan consigo el hecho de la nueva adquisición. De ello resulta que son enemigos tuyos todos los que afrentaste al ocupar el principado, y no puedes conservar la amistad de quienes te establecieron en él, a causa de que te

1. «De los principados mixtos».

Digitized by Google

es imposible satisfacer su codicia, como habían esperado, ni usar contra ellos medios severos para someterlos, puesto que eres su deudor. Por fortísimo que sea un príncipe en huestes, requiere el favor de los naturales de la provincia para entrar en ella. He aquí por qué Luis XII de Francia[2] ocupó prestamente Milán y no menos prestamente la perdió, siendo bastante a desposeerle de la ciudad, la primera vez, las solas fuerzas de Ludovico; porque los milaneses, tras abrirle las puertas, comprendieron que se habían engañado en su opinión de él y en la esperanza que habían concebido sobre bienes futuros, y no soportaron las molestias que recibían del nuevo príncipe.

Es cosa harto cierta que los países rebelados y adquiridos por segunda vez se pierden con menos facilidad, porque el señor, aprovechándose de la sublevación anterior, se afirma en lo reconquistado casi sin reserva, castigando a los culpables, desenmascarando a los sospechosos y robusteciendo las partes más endebles del gobierno. Si para que Francia perdiese Milán la vez primera bastó que el duque Ludovico alborotase en los confines del ducado, fue menester, para arrebatársela la segunda, que todo el mundo[3] se enfrentase con ella y que sus ejércitos fuesen destruidos o expulsados de Italia, lo que se debió a las causas antes dichas.

2. Este monarca francés (1462-1515) arrebató en 1499 el ducado de Milán a Ludovico el Moro (1452-1508), que lo reconquistó en el 1500. Después, a causa de la traición de los suizos, los franceses le capturaron. Murió en el castillo de Loches.

3. La Liga Santa, que derrotó a los franceses en 1512 y los barrió de Italia.

Digitized by Google

Con todo, tanto en la primera como en la segunda ocasión, perdió el Estado de Milán.

Ya se ha tratado de las causas generales de la primera pérdida; falta exponer ahora las de la segunda y ver qué remedios tuvo a mano, y cuáles se ofrecen a quien esté en la misma situación, para mantenerse en lo conquistado mejor que lo hizo Francia.

Diré, pues, que los Estados que se incorporan a otro que hace mucho tiempo que ocupa el príncipe, o son de la misma provincia y tienen igual lengua, o no sucede así. Hay gran facilidad en retener los primeros, principalmente cuando no están habituados a vivir independientes. Y a poseerlos basta haber extinguido la estirpe del príncipe que reinaba en ellos, porque en lo demás, conservando sus antiguas constituciones, y no habiendo disconformidad de costumbres, los hombres permanecen sosegados, como ocurrió en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que se añadieron a Francia hace tanto tiempo. Bien que haya entre ellas algunas diferencias de lenguaje, como las costumbres son semejantes pueden vivir en armonía. En cuanto al que las adquiere, si quiere conservarlas, debe tener dos precauciones: la una, que se extinga la sangre del príncipe antiguo; la otra, que el nuevo no modifique sus leyes ni sus tributos. Con ello, en brevísimo plazo, el Estado conquistado formará un solo cuerpo con el viejo principado.

Pero cuando se adquieren Estados en un país de lengua, costumbres y constitución distintas, surgen entonces las dificultades y es forzoso que

Digitized by Google

la fortuna sea propicia y tener suma industria para conservarlos. Uno de los mayores más eficaces remedios sería que quien adquiere fuese a morar en ellos, lo cual haría más segura y duradera su posesión, como, en efecto, hizo el Turco [4] en Grecia, pues no hubiera podido conservar aquel país, a pesar de todas las providencias dadas con tal fin, si no hubiese establecido su residencia en él. Habitando el príncipe en el Estado conquistado, si hay desórdenes, prontamente los puede atajar; si habita en otra parte, sabe de las algaradas cuando son graves y no hay medio de cortarlas. Además, los súbditos se alegran de recurrir al príncipe cercano, si los magistrados codiciosos expolian la provincia, y, por tanto, tienen más ocasiones de amarle, si quieren ser buenos, y de temerle, si quieren ser levantiscos. Por otra parte, sentirá un vivo respeto el extranjero que anhele atacar aquel Estado. Así, pues, el príncipe lo perderá con dificultad suma residiendo en él. Otro remedio, el mejor de ellos, es establecer en uno o dos lugares colonias que sean la llave del nuevo Estado, pues a falta de ello será preciso mantener allí un sinnúmero de caballeros y de infantes. Tales colonias no implican gastos sumos; antes bien, con poco o ningún dispendio, se establecen y se conservan. El príncipe no ofende entonces sino a aquellos cuyos campos y casas arrebata para concederlos a los nuevos habitantes, que son una mínima porción de este Estado. Los ofendidos,

4. Mahomet II (1451-1481) se apoderó de Constantinopla en 1453 e hizo de ella su capital. Ésta es la Grecia (Imperio bizantino) a que alude el autor.

Digitized by Google

pobres y dispersos, jamás pueden lesionarle. Todos los demás permanecen, de un lado, sin ofensa y se sosiegan pronto, y, del otro, temen errar para que no les suceda lo que a los despojados. Concluyo, pues, que estas colonias no son costosas, son más fieles y afrentan menos, y que los perjudicados, reducidos a la pobreza y diseminados, como he dicho, no pueden dañar. Debe notarse que los hombres piden ser halagados o rendidos, ya que se vengan de las ofensas leves y no pueden resarcirse de las graves. Por consiguiente, hay que ofender al hombre de modo que le incapacite a que su venganza sea temible. Teniendo gentes de guerra en vez de colonias, los dispendios son enormes, tanto, que han de aplicarse a su manutención las rentas todas que se obtienen de semejante Estado. Con ello, la adquisición se trueca en pérdida y ofende mucho más, porque el alojamiento del ejército perjudica a todo el país, todos sus habitantes se resienten y se convierten en enemigos; y son enemigos del príncipe que le pueden descalabrar aun permaneciendo vencidos en sus casas. He aqui que este medio de conservar el Estado es tan inútil como provechoso el de las colonias.

Quien está en una provincia cuyas costumbres y lenguaje no son los de su Estado, como se ha dicho, debe convertirse en cabeza y defensor de los príncipes vecinos menos poderosos que él, y arbitrar la forma de achicar a los más fuertes. Tiene, además, que procurar que no entre en su nueva provincia un extraño más potente que él. Acontecerá que los descontentos por ambición excesiva, o por miedo, llamarán a ese extranjero. De tal

Digitized by Google

manera, los etolios [5] introdujeron en tiempos pasados a los romanos en Grecia, y los habitantes de otras provincias en que entraron los llamaron de igual manera. Está dentro del orden común de las cosas que, en cuanto un extranjero poderoso penetra en un país, los menos poderosos del mismo le apoyan movidos de la envidia contra quien los excede en poder, tanto, que a estos príncipes menos fuertes no tiene trabajo alguno en ganarlos, sino que todos se incorporan gustosos al Estado que él ganó. Cuidará únicamente de que no logren demasiada fuerza y autoridad. El nuevo príncipe, con su propio esfuerzo y el favor de ellos, triunfará fácilmente de los poderosos, a fin de ser el solo árbitro del país. El que no ejecute bien esta parte perderá casi de inmediato lo que conquistó, y mientras lo conserve sufrirá interminables dificultades y molestias.

Los romanos observaron puntualmente estos principios en las provincias que tomaron. Enviaron colonias, mantuvieron a los menos potentes sin aumentar su fuerza, humillaron a los fuertes e impidieron que cobrasen reputación los extranjeros poderosos. Básteme, por ejemplo, el de Grecia, donde conservaron a los acayos y etolios, sojuzgaron el reino de los macedonios y expulsaron a Antíoco [6]. Jamás el mérito contraído por los acayos y etolios fue suficiente para que los romanos les

5. Los etolios, pidiendo ayuda a Roma contra Filipo V de Macedonia, abrieron las puertas al dominio romano en Grecia.

6. Antíoco III el Grande (223-187), rey de Siria y aliado de la Liga Etolia.

Digitized by Google

permitiesen engrandecer sus Estados, ni las persuasiones de Filipo[7] les indujeron a ser sus amigos sin rebajarle, ni el poder de Antíoco logró que aceptasen un Estado suyo en aquel país. Los romanos ejecutaron en aquellos casos cuanto deben hacer los príncipes sagaces, que no sólo han de tener en consideración los daños actuales, sino los futuros, evitándolos con suma arte. Se pueden remediar apercibiéndose de antemano, mientras que, si se espera que sobrevengan, la enfermedad no tiene cura y cualquier remedio llega tarde.

Y sucede en estas circunstancias lo que los médicos dicen del tísico, cuyo mal, en el principio, resulta fácil de curar y difícil de conocer; pero, si no se conoce y no se remedia a tiempo, a la larga se hace tan patente como difícil de curar. Otro tanto ocurre con las cosas del Estado: conocidos por anticipado los males que en él se engendran, lo que no es dado más que al hombre prudente, presto se curan; mas cuando se permite que crezcan hasta que todos los conozcan, por no haberlos reconocido a tiempo, no hay modo alguno de remediarlos.

Los romanos previeron siempre los inconvenientes y aplicaron el necesario remedio en el principio, y no consintieron nunca que prosperasen por el temor de una guerra. Sabían que ésta no se evita y que si se dilata es en ventaja ajena. Si la llevaron a Grecia contra Filipo y Antíoco fue para no tener que combatir con ellos en Italia. Ciertamente, pudieron evitarla, pero no quisieron. Jamás les agradó el consejo que reiteran constan-

7. Filipo V de Macedonia.

Digitized by Google

temente los sabios de nuestra época, a saber, el de gozar del beneficio del tiempo. Más les agradó seguir el de su valor y prudencia, porque el tiempo, que todo lo barre ante sí, puede acarrear consigo tantos bienes como males, pero, asimismo, tantos males como bienes.

Volviendo a Francia, examinemos si llevó a cabo alguna de las cosas dichas. Hablaré de Luis, no de Carlos [8], ya que se vieron mejor sus actos por haber conservado más tiempo sus posesiones en Italia, y observaréis cómo contrarió lo que debe hacerse a fin de mantener un Estado en un país de idioma y costumbres distintos.

El rey Luis llegó a Italia inducido por la ambición de los venecianos, que ansiaban ganar con su intervención la mitad del Estado de Lombardía. No censuraré esta resolución del monarca, porque, deseando plantar un pie en Italia, y no teniendo amigos en ella y, más aún, hallando cerradas todas las puertas, a causa de los atropellos cometidos por Carlos, tuvo que aceptar la única alianza que se le ofrecía. Se habría cumplido su propósito, si no hubiese incurrido en error en las restantes operaciones. Después que hubo conquistado Lombardía, recobró para Francia la reputación que le había hecho perder Carlos. Génova cedió y pactó con los florentinos [9]; el

8. Carlos VIII (1470-1498) quiso conquistar el reino de Nápoles en 1494 y un año más tarde se retiró, luchando contra la liga de los príncipes italianos.

9. El pacto obligaba a Florencia a ayudar a Luis en la conquista de Nápoles y al francés a auxiliar a los florentinos contra Pisa.

Digitized by Google

marqués de Mantua, el duque de Ferrara[10], Bentivoglio[11], la señora de Forlí[12], los señores de Faenza[13], de Pésaro[14], de Rímini[15], de Camerino[16] y de Piombino[17], los luqueses, pisanos y sieneses, todos solicitaron su amistad. Los venecianos hubieron de reconsiderar la temeridad de su determinación, porque para adquirir dos territorios[18] en Lombardía daban al rey autoridad sobre un tercio de Italia.

Véase, pues, a costa de cuán poco esfuerzo pudiera mantener el soberano su reputación en Italia, si hubiese respetado las reglas mencionadas, y conservar seguros y bien protegidos a los numerosos, pero débiles, amigos que se había captado allí. Éstos, temiendo ya a la Iglesia[19], ya a los venecianos, estaban obligados a serle fieles; y por medio de ellos se hubiera defendido fácilmente de los restantes poderosos del país. Pero, llegado a Milán, ejecutó todo lo contrario, ayudando al papa Alejandro[20] a ocupar la Romaña. No

10. Hércules I d'Este.
11. Juan Bentivoglio, señor de Bolonia.
12. Catalina Sforza (1463-1509), mujer de Jerónimo Riario, señor de Imola y Forlí, al que sucedió en el gobierno en 1488.
13. Astorre Manfredi, a quien César Borgia hizo matar en Roma en 1502.
14. Juan Sforza (1466-1510), primer marido de Lucrecia Borgia.
15. Pandolfo Malatesta (1475-1534), último de su linaje.
16. Julio César, de la familia de los Varanos.
17. Santiago d'Appiano.
18. Cremona y Ghiaradadda.
19. Entiéndase el Estado de la Iglesia.
20. El español Rodrigo Lanzol Borja (Borgia), que tomó el nombre de Alejandro VI (1492-1503).

Digitized by Google

advirtió que esto le debilitaba, enajenándose a los amigos y a los que le habían pedido amparo, ni que de paso acrecentaba el poder de la Iglesia, agregando tan vasto dominio temporal a la potestad espiritual que le daba ya tanta autoridad. Esta primera falta le precipitó obligatoriamente por el camino de otras, de forma que hubo de venir a Italia para atajar la ambición de Alejandro y estorbar que se convirtiera en señor de Toscana. No contento con haber engrandecido los dominios de la Iglesia, alejando de sí a los amigos, por codicia del reino de Nápoles lo dividió con el rey de España [21]. He aquí que, cuando era el primer árbitro de Italia, tomó un socio, al que recurrirían indudablemente los ambiciosos y los descontentos; y cuando le era posible dejar en aquel reino un soberano pensionario suyo, prescindió de él para establecer otro capaz de expulsarle.

En verdad, es cosa natural y ordinaria el deseo de adquirir, y los hombres que lo efectúan son alabados o, por lo menos, no vituperados; mas cuando no pueden ni quieren hacerlo como conviene, en ello reside el error y la causa del vituperio. Si Francia, pues, estaba en situación de atacar Nápoles con sus solas fuerzas, debió hacerlo; si no podía, no debió dividir aquel reino. Y si el reparto de Lombardía con los venecianos merece disculpa, porque con él se introdujo en Italia, la conquista de Nápoles es reprochable porque no la excusaba la necesidad.

21. En el Tratado de Granada. En 1504 el reino de Nápoles pertenecía por entero a Fernando el Católico.

Digitized by Google

Luis cometió, por tanto, los cinco errores siguientes: arruinó a los príncipes italianos menos poderosos, aumentó en Italia la potencia de un príncipe ya fuerte, dio entrada a un extranjero que lo era mucho [22], no residió en el país y no estableció colonias.

Estas faltas no le habrían perjudicado en vida suya, si no hubiese caído en una sexta: la de despojar a los venecianos [23]. Era por demás razonable y necesario el abatirlos, aunque no hubiese engrandecido los dominios eclesiásticos, ni introducido a España en Italia; pero, tomadas estas providencias, jamás debió consentir en su ruina, porque, siendo poderosos, hubiesen mantenido apartados a los otros de la empresa de Lombardía, ya porque los venecianos no hubieran consentido en ello sin transformarse ellos mismos en los dueños, ya porque los otros no la hubiesen quitado a Francia para entregársela a ellos, o no habrían tenido el valor suficiente para acometer a las dos potencias unidas. Si alguno dijese que el rey Luis cedió la Romaña a Alejandro y a España el reino [24] para evitar una guerra, replicaré con las razones ya expuestas, o sea que jamás se permitirá que nazca un desorden para impedir una guerra, porque a la larga no se evita, sino que se retrasa únicamente en daño propio. Y si otros alegaran la pro-

22. Fernando el Católico.
23. Los venecianos perdieron buena parte de sus últimas conquistas en la batalla de Agnadello (1509). Los derrotó la Liga de Cambray, en la que intervino Luis XII.
24. El único reino existente en territorio italiano era el de Nápoles.

Digitized by Google

mesa que el rey había hecho al Papa de llevar a cabo en su favor aquella empresa, sólo con miras a obtener la resolución de su matrimonio [25] y el capelo para Ruán [26], contestaré al reparo con lo que abajo digo sobre la fe de los príncipes y cómo han de guardarla.

El rey Luis se quedó, por tanto, sin la Lombardía por no haber respetado ningún principio de los que observaron otros conquistadores de provincias y que las quisieron conservar. No se vea milagro alguno en ello, sino la conducta más ordinaria y razonable. Hablé en Nantes de esto con Ruán [27], cuando el de Valentinois (como se llamaba vulgarmente a César Borgia, hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romaña. Habiéndome dicho el cardenal de Ruán que los italianos no entendían de cosas de guerra, le repuse que los franceses no entendían de cosas de Estado, porque, de lo contrario, no consentirían que la Iglesia obtuviera tanta grandeza temporal. La experiencia enseña que la fuerza de ésta y de España en Italia se debe a Francia y que la ruina de la última en Italia fue obra de ellas. De lo cual se infiere una regla general que nunca o contadas veces engaña:

25. Luis XII obtuvo de Alejandro VI la anulación de su matrimonio con Juana, hermana de Carlos VIII, para casar con Ana de Bretaña, viuda del mismo Carlos.

26. Se refiere al capelo cardenalicio que Alejandro concedió al arzobispo de Ruán, Jorge d'Amboise, al propio tiempo que la bula de anulación del matrimonio ya aludido. En tal ocasión, César Borgia, emisario del pontífice, recibió el título de duque de Valentinois.

27. Maquiavelo habló con Jorge d'Amboise en 1500, durante su primera misión a la corte francesa.

Digitized by Google

quien causa el poder de otro topa con su ruina. No le hace poderoso sino con su industria o su vigor, y una y otra resultan sospechosas al príncipe que cobró más poder que él.

Digitized by Google

Digitized by Google


BIBLIOTECA
UNIVERSITAS
Digitized by Google

Digitized by Google

IV

Cur Darii regnum quod Alexander occupaverat a successoribus suis post Alexandri mortem non defecit [1]

Consideradas las dificultades que hay en conservar un Estado recientemente adquirido, pudiera preguntarse con sorpresa cómo fue que, dominando Alejandro Magno a Asia en pocos años y habiendo muerto apenas la hubo conquistado, sus sucesores, cuando parecía natural que todo aquel Estado se rebelase, lo conservaron, no obstante, y no hallaron más dificultades en ello que las debidas a su ambición personal. Respondo a esto que los principados de que se tiene memoria se gobiernan de uno de estos dos modos: el primero por un príncipe, asistido por personas que, sin perder su condición de súbditos humildes, desempeñan el oficio de ministros por graciosa concesión suya; el segundo por un príncipe y por barones, los cuales tienen rango ministerial en el Estado por antigüedad de linaje, no por gracia del Señor. Estos barones poseen regiones y gentes que los reconocen por señores y los esti-

1. «Por qué el reino de Darío, que Alejandro había ocupado, no se rebeló a la muerte de éste contra sus sucesores».

Digitized by Google

man por impulso natural. En los Estados que se gobiernan conforme al primer modo, tiene el príncipe más autoridad, porque en su dominio no se reconoce a nadie superior a él; y el acato que a otro se presta, no surge de un particular afecto a su persona, sino porque es ministro y delegado del príncipe.

Ejemplos de estas dos clases de gobierno son, en nuestra época, el del Turco y el del rey de Francia. Toda la monarquía del Turco está gobernada por un solo señor, siendo los restantes señores siervos suyos. Dividido su imperio en *sanchiaq* [2], envía a ellas diversos administradores, y los muda y establece a su voluntad. En cambio, el rey de Francia se halla rodeado de una multitud de antiguos señores aceptados y amados por sus súbditos. Estos personajes tienen privilegios especiales, que el soberano no puede arrebatarles sin peligro. Así, pues, quien considere uno y otro Estado, echará de ver la gran dificultad que hay en conquistar el del Turco, aunque, una vez vencido éste, habría muchas facilidades para conservarlo, mientras que, en varios aspectos, encontraría mayor facilidad en ocupar el Estado de Francia, pero también mayor dificultad en mantenerlo.

El reino del Turco sería difícil de ocupar porque ningún príncipe de aquel reino solicitará la intervención del conquistador, ni tendrá éste ocasión de aprovechar una rebelión de los que rodean al monarca. Lo cual nace de las causas ya men-

2. «Bandera, estandarte», división administrativa turca. En el original, *Sangiachi.*

Digitized by Google

cionadas. Siendo todos siervos suyos, y estándole obligados por sus favores, no es tan hacedero corromperlos; y bien que se lograra, no podría esperarse mucha utilidad de ello, porque no sería fácil atraerse a los pueblos por las razones expuestas. Por consiguiente, el que ataque al Turco debe pensar que le hallará unido y que más le conviene confiar en sus fuerzas que en los desórdenes que puedan manifestarse en el seno del imperio. Pero vencido y deshecho de suerte que no pueda rehacer sus ejércitos, lo único temible será la familia del príncipe. Si uno la destruye, no quedará nadie verdaderamente temible, porque nadie goza de la suficiente popularidad. Así como el vencedor no podía contar con ellos antes del triunfo, así tampoco, alcanzada la victoria, ha de tenerles miedo.

Acontece lo contrario en los reinos gobernados como el de Francia, porque puedes entrar con facilidad en ellos ganando a algún barón, dado que siempre hay descontentos y aficionados a las innovaciones. Éstos, por los motivos sabidos, pueden abrirte el camino para la posesión de aquel Estado y procurar tu victoria; pero después, si quieres mantenerte en lo adquirido, descubrirás infinitos estorbos, tanto entre los que te ayudaron como entre los que oprimes. No será bastante que extingas la familia del príncipe, porque habrá señores que se pongan al frente de movimientos de rebeldía. Y como no podrás ni contentarlos ni destruirlos del todo, perderás ese Estado a la menor ocasión.

Si consideráis ahora la naturaleza del gobier-

Digitized by Google

no de Darío [3], le hallaréis semejante al reino del Turco. Alejandro hubo, ante todo, de atacarle por entero y derrotarle, y después del triunfo, muerto Darío, tuvo aquel Estado seguro por las razones antes aducidas. Sus sucesores hubieran gozado de él sin obstáculos si hubiesen permanecido unidos, porque en aquel reino no hubo más tumultos que los que ellos mismos suscitaron. Es imposible poseer con tanto sosiego los Estados constituidos como el de Francia. Por eso son tan frecuentes las rebeliones en España y Francia, y las que los romanos conocieron en Grecia, a causa de los numerosos principados que allí había. Mientras duró la memoria de ellos, los romanos sólo tuvieron una posesión precaria; pero cuando se borró su recuerdo se hicieron seguros poseedores mediante el poder y la larga estabilidad del imperio. También pudo cada bando, durante la guerra civil, atraerse parte de aquellas provincias según la autoridad que había adquirido en ellas, pues, desaparecida la estirpe de sus antiguos señores, no reconocían sino a los romanos. Meditando, pues, todas estas cosas, no maravillará a nadie la facilidad con que Alejandro conservó el Estado de Asia, ni las dificultades que tuvieron otros conquistadores en conservar lo adquirido, como Pirro [4] y otros muchos. No procedieron éstas del poco o mucho valor e inteligencia del vencedor, sino de la disparidad de lengua y costumbres de las regiones conquistadas.

3. Darío III Codomano (337-330), rey de Persia.
4. Soberano de Epiro (m. 272 a. J. C.), y conquistador de Italia meridional y de Sicilia.

Digitized by Google

V

Quomodo administrandæ sint civitates vel principatus, qui antequam occuparentur, suis legibus vivebant [1]

Hay tres maneras de conservar los Estados, conquistados como se ha dicho, cuando están acostumbrados a vivir en libertad y conforme a sus leyes: la primera es arruinarlos, la segunda residir personalmente en ellos y la tercera dejarles sus leyes, obligándoles a pagar una contribución y creando una clase no muy numerosa que se ocupe de conservarlos fieles. Porque esta clase que el príncipe crea, sabe que no puede prescindir ni de su amistad ni de su poder, y hace todo lo posible para mantenerlos. Y más fácilmente se conserva una ciudad acostumbrada a vivir en libertad, con el apoyo de sus propios habitantes, que de cualquier otro modo.

De ejemplo nos sirven los espartanos y los romanos. Aquéllos, que habían tenido Atenas y Tebas [2], estableciendo un consejo de escaso núme-

1. «Cómo han de administrarse las ciudades o principados, que vivían conforme a sus leyes antes de ser ocupados.»

2. Los espartanos establecieron gobiernos oligárquicos en dichas ciudades, después de la guerra del Peloponeso;

Digitized by Google

ro de ciudadanos, las perdieron; los romanos, que habían desorganizado a Capua, Cartago y Numancia [3], para conservarlas, nos las perdieron. Cuando quisieron tener a Grecia como la habían poseído los espartanos, en libertad y en el uso de sus propias leyes, no acertaron, y se vieron obligados a desorganizar muchas ciudades del país para tener éxito y conservarlas.

Porque, en verdad, no hay modo más seguro de poseer tales Estados que el de arruinarlos. El que se adueña de una ciudad habituada a vivir libre y no la desorganiza, espere ser derrotado por ella, porque justificará su rebeldía en nombre de la libertad y de sus leyes antiguas, que no hacen olvidar ni el tiempo ni los beneficios que el conquistador conceda. Por más que se haga o se provea, si no se desarticulan y dispersan los habitantes, recurrirán, a la primera ocasión, al estímulo de la libertad y al recuerdo de sus peculiares leyes, como Pisa [4] se sacudió la servidumbre de los florentinos al cabo de cien años de sufrirla.

Pero cuando las ciudades o los países están acostumbrados a vivir bajo la autoridad de un príncipe, como tienen, de un lado, el hábito de obedecer, y de otro carecen de su antiguo señor, cuyo linaje se ha extinguido, no se hallan unánimes en elegir otro nuevo y no saben vivir libres,

---

pero pronto fueron derrocados, en Atenas por Trasíbulo, y en Tebas por Pelópidas y Epaminondas.

3. Capua fue la única de las tres ciudades que los romanos no destruyeron materialmente.

4. Pisa estuvo sometida a Florencia alrededor de un siglo (1405-1494), y volvió a caer en su poder en 1509.

Digitized by Google

de modo que son más tardos en empuñar las armas. Se puede ganarlos y asegurarlos con mayor facilidad. En cambio, en las repúblicas hay una vida más enérgica, mayor odio contra el conquistador y más vehemente deseo de venganza. Ni las deja sosegar la memoria de la libertad anterior, ni se reducen a olvidarla, por lo cual el expediente más seguro consiste en arruinarlas o residir en ellas.



Digitized by Google

Digitized by Google

VI

De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur [1]

A nadie maraville que, al discurrir sobre los principados del todo nuevos, o de aquellos que sólo lo son en lo que atañe al príncipe, o del Estado en sí, aduzca yo claros ejemplos tomados de la Antigüedad. Los hombres recorren casi siempre los caminos trillados por otros y en sus acciones apenas si hacen más que imitar a sus predecesores; pero no pudiendo recorrer punto por punto las vías de los antiguos, ni alzarse hasta la perfección de sus dechados, el hombre prudente debe seguir sólo los rumbos de algunos personajes insignes, a fin de que si su propio mérito no basta, al menos guarde cierta semejanza con ellos. Hará lo que los arqueros expertos que, viendo su terrero demasiado alejado para la fuerza conocida de su arco, apuntan mucho más alto que el lugar del blanco, no para que la flecha llegue a tanta altura, sino para acertar con aquella mira el objeto propuesto.

1. «De los nuevos principados que se adquieren con las armas y el valor propios.»

Digitized by Google

Digo, pues, que los principados enteramente nuevos y cuyo príncipe, por lo tanto, también lo es, demandan mayor o menor esfuerzo en su mantenimiento, según quien los adquiera sea más o menos valeroso. Como el suceso de trocarse de simple particular en príncipe presupone o valor o fortuna, parece que una u otra de estas dos cosas allanan en parte muchas dificultades; sin embargo, prueba la experiencia que se mantuvo más tiempo el menos favorecido de la suerte. Proporciona también algunas facilidades que el príncipe resida personalmente en el Estado adquirido, por no poseer otros.

Mas cuidándonos de los que llegaron a príncipes por mérito propio, y no con la intervención de la fortuna, afirmo que los modelos más excelentes son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros semejantes. Y aunque esté de más versar sobre Moisés, porque no fue sino un mero ejecutor de las órdenes divinas, hay que admirarle, no obstante, por la gracia que le hacía digno de hablar con Dios. Si consideramos a Ciro y a los otros que adquirieron o fundaron reinos, los hallamos admirables. Y si se meditan sus hechos y mandamientos peculiares, parecerá que no discrepan de los de Moisés, que tan gran Mentor tuvo. Examinando sus actos y su vida, no se ve que recibiesen de la fortuna otra cosa fuera de la ocasión propicia, la cual les permitió introducir en sus Estados la forma más adecuada. Sin esta ocasión, el valor de su ánimo se hubiera consumido en vano; y sin ese valor la ocasión se hubiera presentado infructuosamente.

Digitized by Google

Fue, pues, menester que Moisés hallase al pueblo de Israel esclavo y oprimido en Egipto, a fin de que se dispusiera a seguirle y salir de la servidumbre. Convino que Rómulo no quedase en Alba a su nacimiento y fuera expuesto, para convertirse en rey de Roma y fundador de su patria. Ciro necesitó encontrar a los persas descontentos del imperio de los medos, y a éstos muelles y afeminados con la larga paz, para llegar a ser soberano suyo. Teseo no habría podido probar su valor si no hubiera hallado dispersos a los atenienses. Tales ocasiones, por lo tanto, constituyen la fortuna de estos héroes, cuya prudencia les dio a conocer la importancia de la ocasión; y de ello nació la fama, la nobleza y la prosperidad de su patria.

Aquellos que por virtuosos caminos, semejantes a éstos, llegan a príncipes, adquieren el principado trabajosamente, pero lo conservan con facilidad. Los obstáculos que se oponen a que lo adquieran se deben en parte a las nuevas leyes y modos que decretan para establecer su Estado y su seguridad. Nótese que no hay nada más difícil de tratar, ni de consecución más dudosa, ni de ejecución más aventurada, que obrar como jefe introduciendo nuevos mandamientos, porque el innovador tiene por enemigos a todos los que beneficiaron las antiguas leyes, y por tibios defensores a cuantos aprovechan las nuevas. Esta tibieza se origina, en parte, del temor a los adversarios que prosperaron con los estatutos viejos, y en parte, de la incredulidad humana acerca de las cosas nuevas e inexperimentadas. De donde resulta que los contrarios tienen ocasión de alborotarse

Digitized by Google

por espíritu de partido, y que los defensores actúan flojamente, por lo que, en resolución, el príncipe peligra.

Forzoso será, pues, examinar, si queremos discurrir de modo adecuado sobre este particular, si estos innovadores tienen suficiente solidez por sí mismos o si dependen de otros, esto es, si tienen que suplicar o pueden obligar en la ejecución de su obra. En el primer caso, su fin es siempre desastroso y no concluyen cosa alguna; pero cuando dependen de sí mismos y pueden forzar, entonces resulta muy raro que les amenace la ruina. De aquí procede que los profetas armados venzan, y que los inermes sufran la desdicha. Además de lo expuesto, obsérvese lo mutable de la índole del pueblo, propenso a persuadirse de una cosa pero reacio a mantenerse en aquella persuasión. Por ello conviene obrar de modo que, cuando el vulgo ya no crea, se pueda obligarle a creer por la fuerza.

Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar largo tiempo sus constituciones si hubieran estado desprovistos de armas, como aconteció en nuestra época a fray Jerónimo Savonarola [2], cuyas nuevas leyes se anularon cuando la muchedumbre empezó a no creer en su inspiración, y él careció de medios no sólo para mantener fieles a los que habían creído, sino para obligar a creer a los escépticos. Estos prín-

2. Jerónimo Savonarola (1452-1498), dominico, predicó en favor de un gobierno popular en Florencia, estableciendo a Cristo por rey. Alejandro VI le excomulgó, le abandonaron sus partidarios y pereció en la hoguera.


Digitized by Google

cipes tienen enormes dificultades en proceder, su camino está erizado de peligros y necesitan valor para superarlos. Mas, así que los han vencido, comienzan a ser venerados, porque han sometido ya a los que envidiaban su principado y disfrutan de poder, seguridad, honra y dicha.

A tan altos ejemplos me importa añadir uno menor, que, no obstante, tiene cierta correspondencia con ellos, y que bastará a dar una idea de otros semejantes: el de Hierón de Siracusa [3]. Éste, de particular llegó a príncipe, sin ser ayudado de la fortuna más que con la ocasión. Los siracusanos oprimidos le eligieron por capitán suyo, de cuyo cargo pasó al de príncipe. Fue tanta su virtud en su vida privada, que el autor dijo de él «*quod nihil illi deerat ad regnandum præter regnum*» [4]. Una vez tuvo el gobierno, licenció las tropas antiguas, acopió otras nuevas, renunció a sus viejos amigos y tomó otros nuevos; y como tuvo así amigos y soldados verdaderamente suyos, pudo edificar cuanto quiso sobre aquellos cimientos; tanto, que conservó con poco trabajo lo que había adquirido con penosas fatigas.

3. Hierón II (269-215), tirano de Siracusa.
4. Que nada le había faltado para reinar sino el reino. La frase pertenece al compendio que Justino hizo de las *Historiæ Philippicæ* de Pompeyo Trogo, cuyo obra se perdió.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur [1]

Los que sólo por la fortuna pasan de particulares a príncipes, si con poco trabajo llegan al principado, con desordenados afanes se mantienen en él. No hallan dificultades en el tránsito, porque van por él como al vuelo; en cambio, les sobrevienen todo género de obstáculos en cuanto se posan. Estos príncipes lograron el Estado sea comprándolo, sea por favor del donador. Así sucedió a muchos en Grecia, en el caso de las ciudades de Jonia y Helesponto, en que Darío los nombró príncipes para que las tuvieran tanto por propia seguridad como por gloria suya; y como hacían los romanos, que de personas particulares obtenían el imperio mediante la corrupción de los soldados.

Semejantes príncipes dependen sencillamente de la voluntad y fortuna de quien les concedió la autoridad, ambas cosas volubilísimas e inestables.

1. «De los nuevos principados que se adquieren con las armas y la fortuna ajenas.»

Digitized by Google

No saben, y no es razonable que lo sepan, mandar, a menos que sean hombres de gran ingenio y superior ánimo, porque siempre vivieron en condición privada. No lo pueden, a causa de que no poseen milicias en cuya amistad y lealtad descansen. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto, como toda producción de la naturaleza que se forma y medra rápidamente, no tienen las raíces ni los apoyos necesarios para su persistencia. Los extingue la primera coyuntura adversa, si, como he dicho, los que de repente se convirtieron en príncipes no gozan de la energía suficiente para apercibirse a conservar lo que la fortuna les puso en las manos, ni saben preparar los mismos cimientos que otros formaron antes de ser príncipes.

Quiero presentar dos ejemplos de nuestro tiempo de uno y otro modo de llegar al principado, o sea con el valor o con la fortuna: son los de Francisco Sforza y de César Borgia [2]. Francisco llegó de simple particular a duque de Milán gracias a sus recursos naturales y a su gran valor; y lo que conquistó con mil afanes conservó con escaso trabajo. En cambio, César Borgia, al que el vulgo llama duque de Valentinois, adquirió el Estado por la fortuna de su padre y lo perdió cuando ésta le faltó, aunque usase de todas las artes y pusiese en efecto todas las cosas que un hombre sagaz y valeroso debe hacer para consolidarse en el principado, que logró con las armas y la fortuna

2. César Borgia (1476-1507), hijo de Rodrigo Lanzol Borgia, más tarde Alejandro VI, es el modelo ideal del príncipe en la mente de Maquiavelo.

Digitized by Google

ajenas. Como más arriba dije, el que no estableció los cimientos de su soberanía antes de alcanzarla, puede hacerlo después, aunque a costa de graves molestias para el arquitecto y no pocos peligros para el edificio. Si se juzgan, pues, los progresos del duque, se advertirá que cimentó sólidamente su futuro poder. No considero superfluo discurrir sobre ellos, porque no sabría yo dar mejores preceptos a un príncipe advenedizo que el ejemplo de sus hechos. Si sus disposiciones no le aprovecharon, no tuvo él la culpa, sino una extraordinaria y rigurosa malignidad de la suerte.

Alejandro VI preveía recias dificultades, presentes y futuras, en su anhelo de engrandecer a su hijo el duque. Ante todo, no entendía cómo hacerle señor de un Estado que no perteneciese a la Iglesia; y si decidía tomar un Estado de la Iglesia, comprendía que se opondrían a ello el duque de Milán y los venecianos. Faenza y Rímini, que quería cederle al punto, eran ya un protectorado de Venecia. Además, los ejércitos italianos, y en especial aquellos a que hubiera podido apelar, se hallaban en manos de los que debían temer la grandeza del Papa, porque todos estaban bajo el mando de los Orsini, Colonna y sus secuaces[3]. Era, pues, necesario alterar aquel estado de cosas y desordenar sus principados, a fin de poder señorear con seguridad en parte de ellos. Esto le fue factible porque los venecianos, movidos de otras razones, estaban resueltos a lograr que los franceses penetrasen de

3. Los mercenarios de las famosas casas de los Orsini y de los Colonna, de cuya tibia fidelidad se habla más abajo.

Digitized by Google

nuevo en Italia. No sólo no se opuso, sino que los auxilió con la anulación del anterior matrimonio del rey Luis.

Entró, por consiguiente, el soberano en Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro. No bien estuvo en Milán, el Papa obtuvo de él gentes para llevar a término lo que maquinaba sobre la Romaña y que se le consintió a causa de la reputación del rey. Una vez conquistó el duque la Romaña, y fueron derrotados los Colonna, quiso mantener aquélla y continuar progresando, pero a ello se oponían dos cosas: era una las tropas de que se había servido, que no le parecían fieles, y otra la posible voluntad contraria de Francia. Temía, en efecto, la defección de las armas de los Orsini, y que no solamente le impidiesen conquistar, sino le arrebatasen lo que ya había adquirido, y recelaba que el monarca obraría de manera semejante. Se verificó su desconfianza de los Orsini, cuando atacó a Bolonia después de expugnar a Faenza, en cuyo hecho de armas les vio intervenir con desgana. En lo que atañe al rey, tuvo indicio patente de su voluntad, al invadir la Toscana, así que hubo conquistado el ducado de Urbino, pues el monarca le hizo renunciar a la empresa. Por ello, el duque tomó la resolución de no depender más de las armas y fortuna ajenas.

Ante todo, debilitó los bandos de los Orsini y Colonna en Roma, ganando a todos los gentilhombres que les eran adictos con grandes empleos y honrándoles, según sus prendas personales, con mandos militares y gobiernos. Así ahogó en ellos,

Digitized by Google

en pocos meses, el espíritu de facción y se granjeó su entero afecto. Después, esperó el momento oportuno de arruinar a los jefes de los Orsini, habiendo ya dispersado los de la casa Colonna. Cuando comprendieron, demasiado tarde, que la grandeza del duque y de la Iglesia acarreaba su ruina, los Orsini celebraron una reunión en Magione, en la región de Perusa. Resultó de ella la rebelión de Urbino, las alteraciones de la Romaña y los innumerables peligros que acecharon al duque; pero venció todas las dificultades con el socorro de los franceses.

Luego que hubo recobrado alguna consideración, sin fiarse ya de Francia, ni de ninguna fuerza ajena, para no correr el mismo riesgo, recurrió a la astucia, disimulando tan bien, que los propios Orsini, por mediación de Pablo [4], se reconciliaron con él. El duque no estuvo falto de medios idóneos para asegurarse su apoyo, dándoles dinero, trajes suntuosos y corceles, hasta el punto que, explotando su simplicidad confiada, los tuvo en su poder en Sinigaglia. Libre ya de estos jefes, y convertidos sus partidarios en amigos suyos, echó con ello bastante buenos cimientos a su dominio, contando con toda la Romaña y el ducado de Urbino, y atrayéndose a sus poblaciones, que habían empezado a saborear un bienestar desconocido hasta entonces.

Como esta parte de su obra es digna de notar y de que la imiten otros, no quiero pasarla por alto. Luego que tuvo la Romaña, a la que halló

4. Pablo Orsini.

Digitized by Google

bajo la férula de señores impotentes, más dispuestos a despojar a sus súbditos que a corregirlos, con lo que les daban motivo de despego y no de unión, tanto que aquella provincia estaba conturbada por latrocinios, contiendas y toda especie de insolencias, el duque juzgó imprescindible proporcionarle un buen gobierno que la redujera a la paz y a la obediencia. Envió por administrador a Ramiro de Orco[5], hombre cruel y expeditivo, con autoridad plena. Éste en poco tiempo la pacificó, unió a los disidentes y le proporcionó una espléndida reputación. Juzgó después el duque que resultaba innecesaria una potestad tan inaudita, y temiendo que llegara a ser odiosa, creó en la provincia un tribunal civil central, con un presidente excelentísimo, en el que cada ciudad tenía un vocal. Conociendo que el pasado rigor había motivado algún odio contra su persona, queriendo purgarlo del ánimo popular así como ganar al pueblo, procuró probar que la crueldad sólo era imputable a la áspera índole de su lugarteniente. Y, aprovechando una mínima ocasión[6], una mañana, en Cesena, ordenó partirle por gala en dos en la plaza, mostrándole con un tajo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. La ferocidad del espectáculo mantuvo a sus pueblos cierto tiempo entre satisfechos y consternados.

Pero volvamos al punto de partida. Digo que

5. Antiguo mayordomo de César Borgia y luego, como queda dicho, su lugarteniente en la Romaña.

6. Pretextó César Borgia que Ramiro acaparaba víveres y que estaba en relación con los participantes de la reunión de Magione.

Digitized by Google

hallándose el duque poderoso y en parte a salvo de peligros inminentes, porque se había armado a su modo y había embotado las más de las armas vecinas que podían perjudicarle, le quedaba el respeto al rey de Francia, si quería continuar sus conquistas. Sabía que el monarca, que se había percatado tarde de su error, no sufriría nuevas adquisiciones suyas. Para ello comenzó a buscar otras amistades y a mostrarse vacilante con respecto a Francia, en ocasión del avance de ésta hacia el reino de Nápoles contra los españoles que asediaban Gaeta [7]. Tenía la intención de asegurarse contra ellos, lo que habría logrado pronto de haber vivido Alejandro.

Éstas fueron sus providencias en cuanto a las cosas presentes.

Pero en cuanto a las futuras, tenía que temer ante todo la enemistad del nuevo sucesor en la Sede, que tal vez tratara de arrebatarle lo que le había dado Alejandro. De aquí que meditó impedirlo con cuatro medios: primero, aniquilar las familias de los señores que él había expoliado, a fin de quitar al Papa cualquier confederado; segundo, ganarse a todos los nobles de Roma, como dije, para tener a raya al Papa; tercero, conciliarse en lo posible el colegio cardenalicio; y cuarto, adquirir, antes del fallecimiento del Papa, tanto poder que le fuese posible resistir a solas el primer ataque. A la muerte de Alejandro había cum-

7. Durante el cerco de Gaeta, en que los españoles, acaudillados por el Gran Capitán, parecían vencedores presuntos, Alejandro VI trató con ellos contra los franceses. Pero la muerte interrumpió sus proyectos.


Digitized by Google

plido tres de estos cuatro objetivos, y el cuarto estaba casi terminado. Hizo perecer a todos los señores despojados que pudo capturar, y se le escaparon muy pocos; había atraído a los nobles romanos y tenía gran influencia en el Sacro Colegio. En cuanto a sus nuevas conquistas, se proponía convertirse en señor de la Toscana y poseía ya Perusa y Piombino, después de tomar a Pisa bajo su protección.

Como no había ya de temer a Francia (porque los franceses habían sido desposeídos a la sazón del Reino por los españoles, de forma que unos y otros tenían que solicitar su amistad), se arrojó sobre Pisa. Después de esto, Luca y Siena cedieron a él, bien por celos de los florentinos, bien por miedo. Florencia estaba perdida. Si hubiera triunfado, y lo estaba logrando el año mismo de la muerte de Alejandro, hubiese adquirido tanta fuerza y consideración tanta, que se habría bastado a sí mismo y no hubiera dependido de la fortuna y del poder de otros, sino de su valor y esfuerzo. Pero Alejandro falleció cuando se cumplían cinco años desde que el duque envainó la espada. Quedaba así únicamente con el Estado de la Romaña consolidado, todos los otros en el aire, entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y, a su vez, enfermo de muerte.

Empero, tenía el duque tan feroz energía y tan grande ánimo, tan bien sabía cómo se ganan o se pierden los hombres, y eran tan sólidos los cimientos que en tan corto tiempo había formado, que si no hubiera tenido aquellos ejércitos sobre sí, o hubiese gozado de salud, hubiera superado

Digitized by Google

toda dificultad. Tanta era la bondad de los fundamentos, que Romaña le esperó en paz más de un mes y que aun estando moribundo en Roma no tenía nada que temer. Aunque los Baglioni, Vitelli y Orsini habían acudido a la ciudad, no osaron actuar contra él. Si no pudo hacer Papa al que él quería, a lo menos estorbó que lo fuera quien no quería. Si al morir Alejandro hubiera gozado de salud, todo le hubiese sido fácil. Me dijo, el día en que Julio II [8] fue nombrado Papa, que había pensado en lo que pudiera acontecer a la muerte de su padre, encontrando remedio a todo, salvo que jamás pensó que, a más de su muerte, él mismo estuviera en trance de morir.

Habiendo reunido y ponderado todos los hechos del duque, no sabría afeárselos, antes bien me parece, como he hecho, que puedo proponerle por dechado a todos los que ascendieron al mando a causa de la fortuna o por medio de las armas ajenas. No le hubiera sido posible conducirse de otra suerte, dado su gran esfuerzo y altas miras. Sólo quebrantaron sus designios la corta vida de Alejandro y su propia enfermedad. Por tanto, el que juzgue imprescindible, en su nuevo principado, contener a los enemigos, cobrar amigos, vencer por la fuerza o el fraude, hacerse amar y temer de los pueblos, y seguir y respetar de los soldados, destruir a quienes le puedan o deban dañar, alterar con nuevas leyes las instituciones antiguas, ser severo y amable, magnánimo y libe-

8. El sucesor de Alejandro VI fue, en realidad, Pío III, pero falleció sin ser investido Papa. Julio II fue designado en el cónclave siguiente.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
Digitized by Google

ral, acabar los ejércitos desleales y crear otras milicias fieles, y conservar la amistad de los soberanos y príncipes, de modo que le ayuden de buen grado o se opongan a él con prevención, no hallará más claro ejemplo que las acciones del duque.

Solamente puede culpársele de la creación del pontífice Julio, en la cual anduvo errado, puesto que, como queda dicho, si no le fue posible la creación de un Papa hechura suya, pudo impedir que éste o aquél lo fuese, y jamás debió consentir que obtuviera el pontificado uno de los cardenales que había ofendido o que, llegado a Papa, le temiese; porque los hombres ofenden por miedo o por rencor. Los cardenales que afrentó fueron, entre otros, San Pedro Advíncula [9], Colonna [10], San Jorge [11] y Ascanio [12]. Elevados todos los demás al solio pontificio, tenían motivos de temerle, salvo Ruán [13] y los españoles, éstos por ser sus confederados y deberle favores, y aquél a causa de su fuerza, porque le apoyaba el reino de Francia. Por tanto, el duque debía crear ante todo un Papa español y, si no le era posible, consentir que se eligiera a Ruán y no a San Pedro Advíncula. Se engañará quien imagine que los beneficios recientes hacen olvidar a los personajes grandes las antiguas injurias. Así, pues, en esta elección cometió el duque una falta grave, que fue la causa de su ruina definitiva.

9. Juliano della Róvere, cardenal titular de San Pedro Advíncula.
10. El cardenal Juan Colonna.
11. Rafael Riario, titular de San Jorge.
12. El cardenal Ascanio Sforza.
13. El arzobispo Jorge d'Amboise, más tarde cardenal.

Digitized by Google

VIII

De his qui per scelera ad principatum pervenere[1]

Pero como de simple particular se llega a príncipe también de otros dos modos, que no pueden atribuirse del todo a la fortuna o al valor, no dejaré de tratar de ellos, si bien de uno puede discurrirse con más extensión al hablar de las repúblicas. El primero consiste en elevarse al principado por camino malvado y nefando, y el segundo en llegar a príncipe de su patria con el favor de sus conciudadanos. El primero se ejemplificará con dos casos, uno antiguo y otro moderno, sin ahondar en la cuestión, porque basta, a juicio mío, que los imite el que esté en su caso.

El siciliano Agatocles[2] tuvo la soberanía de Siracusa, aunque era no sólo un obscuro particular, sino de condición ínfima y vil. Hijo de un alfarero, mostró en todas las circunstancias una conducta perversa; sin embargo, sus maldades iban acompañadas de tanto vigor corporal y de

1. «De los que obtuvieron el principado por medio de crímenes.»
2. Tirano de la colonia griega de Siracusa, que vivió del 361 al 289 a. J. C.

Digitized by Google

un ánimo tan entero, que, habiéndose consagrado a las armas, alcanzó por los diversos grados de la milicia el rango de pretor de Siracusa. Una vez en él, deliberó hacerse príncipe y detentar con violencia, sin deber a nadie, lo que le concedía el acuerdo universal de sus conciudadanos; y entendiéndose en ello con el cartaginés Amílcar[3], que estaba con su ejército en Sicilia, reunió una mañana al pueblo y al senado de Siracusa, como si desease discurrir de cosas pertinentes a la república, y a una señal dada, hizo que sus soldados matasen a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos. Ejecutadas estas muertes, ocupó y conservó el principado siracusano sin que estallara contra él ninguna guerra civil. Aunque los cartagineses le derrotaron en dos ocasiones, y aun le sitiaron, no sólo pudo defender su ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para la defensa de la plaza, atacó África con el resto, y en corto tiempo libró a Siracusa del sitio, y apretó tanto a los cartagineses, que hubieron de tratar con él, se contentaron con la posesión de África y renunciaron a Sicilia en favor de Agatocles.

Quien considere los hechos y la vida de éste, no verá nada o casi nada que atribuirse pueda a la fortuna. No con el auxilio ajeno, como arriba dije, sino mediante los grados militares, adquiridos con mil fatigas e innumerables riesgos, obtuvo el principado; y si se mantuvo en él, fue a costa de infinitas hazañas tan azarosas como pletóricas de valor. No se llamará virtud la matanza

3. No es Amílcar Barca, sino el hijo de Giscón.

Digitized by Google

de sus conciudadanos, la traición de sus amigos, la deslealtad, la falta absoluta de humanidad y la carencia de religión: son éstos medios de adquirir el imperio, pero no la gloria. Mas si se examina el valor con que Agatocles se mete en los peligros y sale victorioso de ellos, si se medita su grandeza de ánimo en soportar y vencer las circunstancias adversas, no se ve por qué haya de juzgársele inferior a cualquier otro caudillo famoso. Con todo, su desenfrenada crueldad e inhumanidad fiera, sus incontables crímenes, impiden que se le celebre entre los hombres más excelentes. Y repito que no se puede achacar a la fortuna ni a la virtud lo que él consiguió sin una ni otra.

En nuestros tiempos, reinando Alejandro VI, Oliverotto de Fermo [4], huérfano desde tierna edad, fue criado por su tío materno Juan Fogliani, y en los primeros años juveniles dedicado a la milicia bajo Pablo Vitelli [5], a fin de que, educado en la actividad militar, llegase a un grado notable en las armas. A la muerte de Pablo, peleó a las órdenes de su hermano Vitellozzo, y como tenía talento, ánimo esforzado y cuerpo vigoroso, alcanzó a ser en brevísimo tiempo el primer hombre de la tropa. Mas le pareció cosa servil permanecer confundido con los otros capitanes e imaginó apoderarse de Fermo con la ayuda de algunos ciudadanos de aquella ciudad, más aficionados a la

4. Oliverotto Euffreducci se apoderó de Fermo, en 1502, del modo que se describe. César Borgia le mandó estrangular en Sinigaglia el 31 de diciembre del mismo año.

5. Hermano de Vitellozzo. Mandó el ejército florentino contra Pisa y murió ajusticiado en 1499, acusado de traición por Florencia.

Digitized by Google

esclavitud que a la libertad de su patria, y con la de su hermano. Escribió a Juan Fogliani que, habiendo estado largos años ausente, quería volver a verle, así como a su ciudad, y reconocer en algún modo su patrimonio; y como se había esforzado sólo por adquirir honra, a fin de que sus conciudadanos comprobasen que no había perdido el tiempo en vano, deseaba presentarse de manera honrosa acompañado de cien caballeros, amigos suyos, y de servidores. Le suplicaba que tuviera a bien ordenar a los de Fermo que le acogieran con distinción, lo que honraría no solamente a él mismo, sino al tío, supuesto que era criatura suya.

No dejó Juan de hacer al sobrino los favores que demandaba. Logró que los habitantes de Fermo le recibieran con honor y le alojó en su palacio. Transcurridos algunos días, Oliverotto dispuso en secreto lo que a su premeditada maldad convenía e invitó a un solemne banquete a Juan Fogliani y a todos los próceres de Fermo. Consumidos los manjares, y celebrados los otros pasatiempos que se usan en tales convites, Oliverotto orientó diestramente la conversación hacia graves razonamientos, hablando de la grandeza del papa Alejandro y de César, su hijo, así como también de sus empresas. Replicaron Juan y los demás hasta que él se levantó de pronto, diciendo que de aquellas cosas sólo podía tratarse en el lugar más retirado, y pasó a una cámara seguido de su tío y de los conciudadanos. Apenas se hubieron sentado, cuando entraron soldados por lugares excusados y acuchillaron a Juan y a los otros.

Después del homicidio, Oliverotto montó a ca-

Digitized by Google

ballo, recorrió la población y asedió al magistrado supremo en su palacio. A tanto llegó el terror, que todos los habitantes se obligaron a obedecerle y establecer un gobierno, cuya jefatura él tomó. Muertos aquellos cuyo descontento les hacía peligrosos, fortaleció su posición con nuevas leyes civiles y militares, de modo que en el espacio de un año que tuvo el principado, no solamente estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que le temieron todos sus vecinos. Hubiera sido invencible como Agatocles, si no se hubiera dejado embelecar por César Borgia cuando, como queda dicho, se apoderó en Sinigaglia de los Orsini y Vitelli. Un año después del parricidio, capturado con Vitellozzo, maestro suyo en valor y maldades, fue estrangulado en su compañía.

Podría alguno asombrarse de que Agatocles y algún otro hombre de la misma especie, tras sus infinitas traiciones y crueldades, vivieran largamente y en seguridad en su patria haciendo frente a enemigos externos, sin que sus conciudadanos se confabulasen contra ellos, cuando es sabido que muchos otros no pudieron mantener sus Estados con la crueldad, tanto en tiempo de paz como en el más azaroso de guerra. Creo que esto tiene su origen en el buen o mal uso que de la crueldad se hace. Se pueden llamar buenas crueldades (si es lícito tildar de bien al mal) las que se ejecutan de una vez por la necesidad de asegurarse, y que luego no se repiten y se convierten en la mayor utilidad posible de los gobernados; crueldades mal usadas son aquellas que, aun siendo inicialmente pocas, se multiplican con el tiempo

Digitized by Google

en vez de extinguirse. Quienes se atienen al primer método pueden, con ayuda de Dios y de los hombres, remediar, como Agatocles, lo precario de su situación; los otros es imposible que se mantengan.

Por ende, al adueñarse de un Estado, el ocupante debe pensar en todas las ofensas que le es preciso inferir y debe llevarlas a cabo de una vez, a fin de no renovarlas todos los días y poder, al no reincidir, conquistar la confianza de los hombres y borrarlas de su memoria con beneficios. El que obra de otra forma, sea por timidez, sea por malos consejos, está obligado a tener el cuchillo en la mano y no puede nunca descansar en sus súbditos, que no están seguros de él por culpa de las continuas injurias que reciben. Las ofensas deben hacerse juntas, porque la simultaneidad estorba la reflexión y hiere menos, y los beneficios han de concederse despacio para que se saboreen mejor. Un príncipe debe, sobre todas las cosas, portarse con los gobernados de modo que ningún azar, malo o bueno, le haga variar de conducta, porque si sobrevienen tiempos difíciles, no estás a tiempo de remediar el mal, y el bien que haces entonces no te ayuda: lo consideran forzado y no te lo agradecen.

Digitized by Google

IX

De principatu civili[1]

Consideremos el segundo modo, según el cual un ciudadano, sin maldad ni intolerables violencias, sino con el favor de sus conciudadanos, se eleva a príncipe de su patria. Este principado se puede llamar civil. Para alcanzarlo no es menester cuanto el valor o la fortuna logran, sino más bien una astucia acertada. Digo que se asciende a esta soberanía o con el apoyo del pueblo o con el auxilio de los grandes. En cada ciudad se hallan dos propensiones distintas, que dimanan de que el pueblo desea que no le manden ni opriman los grandes, al paso que los grandes buscan dominar y oprimir al pueblo. Del encuentro de ambos apetitos surge en la ciudad o el establecimiento del principado, o el de la libertad, o la anarquía.

El establecimiento del principado se debe al pueblo o a los grandes, según que ésta o aquélla bandería tengan ocasión para ello. Si los próceres ven que no pueden resistir al pueblo, empiezan por incrementar la reputación de uno de ellos y

1. «Del principado civil».

Digitized by Google

le nombran príncipe para saciar su concupiscencia a la sombra de su autoridad. También el pueblo, viendo que no puede contener a los magnates, recurre al mando de uno, a fin de protegerse con su autoridad. El que adquiere el principado con el auxilio dè los grandes lo conserva con mayor dificultad que el que lo consigue con el pueblo, porque le rodean muchos que se consideran iguales a él, y no puede mandarlos ni manejarlos a su albedrío.

Pero el que es príncipe por favor popular se halla solo en su soberanía, y cuantos están a su alrededor, con escasas excepciones, no titubean en obedecerle. Además, no se puede con honestidad, y sin injuriar a los otros, satisfacer la ambición de los grandes; en cambio, se contenta fácilmente al pueblo, que tiene un fin más decoroso que los próceres, pues éstos quieren oprimir y éste no ser oprimido. A más de esto, cuando el príncipe tiene por enemigo al pueblo, jamás está seguro ante tan gran número de hombres; es posible asegurarse de los grandes, que son pocos. Lo peor que amenaza al príncipe enemigo del pueblo es el ser abandonado por él; el enemistado con los magnates debe temer no sólo el abandono, sino también que le ataquen, porque teniendo estos tales más previsión y más astucia, se curan en salud y buscan dignidades en quien esperan que venza. El príncipe necesita, asimismo, vivir siempre con el pueblo, mas puede prescindir de los grandes, ya que tiene la facultad de hacerlos y deshacerlos a diario, y darles y quitarles puestos y crédito.

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

Y para mejor aclarar esta parte, digo que los grandes han de considerarse principalmente bajo dos aspectos: o proceden de modo que se unan en un todo con la fortuna, o no lo hacen. Hay que honrar y amar a los que se obligan con ella y no son rapaces; los otros que no se unen deben ser considerados bajo dos puntos de vista: o se conducen así por pusilanimidad y falta de ánimo naturales, y entonces debes utilizarlos, en especial si son de buen consejo, porque en la prosperidad te honrarán y no habrás de temerlos en la adversidad; o no se comprometen sino por artería y con industria codiciosa, revelando que piensan más en ellos que en ti. El príncipe debe estar prevenido contra ellos y temerlos como a enemigos declarados, pues en la suerte adversa contribuirán a su ruina.

Procure, pues, conservar la amistad del pueblo aquel que llegue a príncipe por su favor, lo que no resulta arduo, porque el pueblo pide únicamente que no le opriman. Mas quien se eleve a príncipe contra la voluntad del pueblo y con la ayuda de los grandes, piense ante todo en conciliarse el pueblo, lo que es fácil cuando lo toma bajo su amparo. Como los hombres se adhieren más a su benefactor cuando reciben el bien de quien esperaban el mal, el vulgo le cobra más apego que si él mismo le hubiese alzado a la soberanía. El príncipe tiene múltiples procedimientos para ganarlo, pero como varían conforme a las circunstancias, no se puede dar una regla fija sobre el particular.

Concluiré únicamente que el príncipe necesita

Digitized by Google

el amor del pueblo si no quiere carecer de recursos en la desgracia. Nabis, príncipe de los espartanos [2], sostuvo el sitio de toda Grecia y de un ejército romano curtido en las victorias, y defendió su patria y su Estado. Bastóle para ello asegurarse de unos pocos enemigos al sobrevenir el peligro; pero no hubiera vencido si hubiese tenido el pueblo por adversario. No replique alguno a esta opinión mía con el decantado proverbio de que el que se fía del pueblo edifica en arena. Esto es verdad para un ciudadano privado, que, descansando en semejante fundamento, confiase en que el pueblo le libraría si él se viese oprimido por los enemigos o los magistrados. Entonces podría engañarse a menudo en sus esperanzas, como ocurrió en Roma a los Gracos y en Florencia a micer Jorge Scali [3]. Pero si el príncipe que se base en él es autoritario y hombre de corazón, que no se arredre en la adversidad y atienda a las disposiciones convenientes y mantenga con su valor y leyes el ánimo de la generalidad de los ciudadanos, jamás le engañará el pueblo y habrá echado buenos cimientos.

Estos principados suelen peligrar cuando pasan del orden civil al de monarquía absoluta, porque el soberano manda entonces, sea por sí mismo, sea por agencia de sus magistrados. En el último caso, su situación es más débil y más aventurada, porque se halla a la merced de los que

2. Tirano de Esparta (206-192), que se distinguió por su atroz crueldad.
3. Jefe popular de Florencia, con Tomás Strozzi. Murió decapitado.

Digitized by Google

ejercen la magistratura, los cuales, sobre todo en tiempos turbulentos, pueden arrebatarle con gran facilidad el Estado, ora rebelándose contra él, ora desobedeciéndole. En los peligros, este género de príncipes no tiene ocasión de recobrar la autoridad absoluta, porque los ciudadanos y súbditos, acostumbrados a recibir órdenes de los magistrados, no están dispuestos a obedecer las suyas en aquellas situaciones difíciles, y siempre sufrirá penuria, en los tiempos dudosos, de personas en quienes pueda confiar. Semejante príncipe no puede fundarse en lo que ve en los días sosegados, en que los ciudadanos necesitan del Estado, ya que entonces todos corren, todos prometen y todos quieren morir por él, en atención a que la muerte está lejos; pero en las ocasiones críticas, cuando el Estado ha menester los ciudadanos, se encuentran pocos. Esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto no puede hacerse sino una vez. Por consiguiente, un príncipe sabio concebirá un medio por el cual los ciudadanos, constantemente, en cualquier circunstancia, tengan necesidad del Estado y de él. Así le serán fieles siempre.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

Quomodo omnium principatuum vires perpendi debeant [1]

Conviene considerar otra cosa en el examen de las cualidades de estos principados, a saber: si el principado es bastante grande para que el príncipe se sostenga en caso necesario, o si tiene siempre precisión de la ayuda ajena. Para ilustrar mejor esta parte, digo que se sostendrán por sí mismos los príncipes que posean abundancia de hombres y dinero con que juntar un ejército y batallar con cualquiera que los acometa; y también juzgo que necesitarán de otros los que no puedan salir en campaña contra el enemigo, teniendo que acogerse al amparo de sus murallas. Tratóse ya del primer caso, que sólo mencionaremos si se tercia; en el segundo, solamente se puede alentar a tales príncipes a que fortifiquen y pertrechen bien la propia residencia, descuidándose del resto del país. Quien proporcione a su morada las necesarias defensas, y haya gobernado

1. «Cómo deben ponderarse las fuerzas de todos los principados.»

Digitized by Google

a sus súbditos como arriba dijimos y en adelante diremos, será atacado en todas las ocasiones con suma precaución, porque a los hombres repugnan siempre las obras difíciles, y no podrán considerar fácil el triunfo sobre un príncipe cuya ciudad sea fuerte y al que el pueblo no odie.

Las poblaciones de Alemania son libérrimas, tienen en los alrededores pocos lugares que les pertenezcan, acatan al emperador cuando se les antoja y no le temen, como tampoco a ningún potentado circunvecino, todo ello porque sus estupendas fortificaciones arredran con la idea de lo fastidioso y arduo de su expugnación. En efecto, poseen todas fosos, muros y artillería suficiente, y los almacenes públicos encierran bastimentos y combustibles para un año. A más de esto, para nutrir a la plebe sin que grave al público, acostumbran darle trabajo en aquellas obras que son el meollo y la vida de la ciudad y de las industrias de que el vulgo se sustenta. También, reputando en mucho los ejercicios militares, cuidan de mantenerlos en vigor.

Así, pues, el príncipe señor de una ciudad fuerte, que no sea odiado, no temerá ser atacado; pero si alguno le acometiera, habrá de retroceder cubierto de ignominia, porque, siendo tan mutables las cosas de este mundo, resulta casi imposible que alguien pueda estar ocioso con un ejército, al pie de unos muros, durante un año. Si se objetara que el pueblo no sufriría con paciencia ver cómo arden sus posesiones, y que el largo asedio y el amor de sí mismo le harían olvidar al príncipe, responderé que un soberano fuerte y

Digitized by Google

animoso vencerá siempre tales dificultades, estimulando a la muchedumbre con la esperanza de que los males no se prolongarán, aterrándola con descripciones de la crueldad del adversario o poniendo con habilidad a buen recaudo a los que se quejen con demasiada osadía. Además, es razonable que el enemigo incendie y asole la comarca a su llegada, cuando los sitiados están embravecidos y dispuestos a la resistencia; entonces el príncipe debe desconfiar menos, pues, aun cuando el entusiasmo bélico se entibie al cabo de unos días, los daños ya han sido ejecutados y los males recibidos no tienen remedio. Los ciudadanos se avienen en tal caso mucho mejor con el soberano, pareciéndoles que ha contraído obligación con ellos, porque se quemaron sus casas y se devastaron sus heredades. Así es la naturaleza del hombre, que se obliga tanto por los beneficios alcanzados como por los que él mismo concede. De donde, si bien se considera, un príncipe sabio podrá mantener constantes los ánimos de sus súbditos, al principio y en lo sucesivo, durante el cerco, si no les faltan ni los víveres ni las armas.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

De principatibus ecclesiasticus [1]

Réstanos ahora únicamente razonar sobre los principados eclesiásticos. Todas las dificultades consisten en adquirirlos, pues, gánense por valor o por fortuna, se conservan sin uno y otra por medio de antiguas instituciones religiosas, que tienen tales propiedades y son tan poderosas, que mantienen a los príncipes en su Estado sea cual fuere su conducta y modo de vida. Son los únicos que poseen soberanías sin la obligación de defenderlas, y súbditos sin la precisión de gobernarlos, asegurándose las primeras a pesar de su indefensión, al paso que los segundos, aun sin gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni pueden cambiar de señor. Éstos, pues, son los únicos principados firmes y bienandantes.

Como los rigen causas superiores a la humana comprensión, no me detendré en ellos. Sería presunción temeraria discurrir sobre estas soberanías establecidas y conservadas por Dios. Sin embargo, alguno me preguntará cómo la Iglesia ha alcanzado tanta grandeza en lo temporal, ya que

1. «De los principados eclesiásticos.»

Digitized by Google

antes del papa Alejandro los potentados italianos, no sólo propiamente tales, sino los barones e ínfimos señores, la estimaban en poco en cuanto a lo terreno, y ahora hace temblar a un rey de Francia, al que arrojó de Italia, y ha arruinado a los venecianos. Por ello, bien que estos hechos sean conocidos, no me parece superfluo recordarlos.

Antes que Carlos, monarca de Francia [2], pasara a Italia, este país se repartía entre el imperio del Papa, venecianos, rey de Nápoles, duque de Milán y florentinos. Estos poderosos debían tener dos cuidados principales: uno, que un extranjero no introdujera sus ejércitos en Italia; otro, que ninguno de ellos ocupase más Estados. Los que causaban más prevenciones eran el Papa y los venecianos. Para contener a los segundos se requería la unión de todos los demás, como ocurrió en la defensa de Ferrara [3]; y para reprimir al Pontífice se valían de los barones romanos, que, hallándose separados en dos facciones, las de los Orsini y de los Colonna, alborotaban sin descanso, y estando con las armas empuñadas a la vista del Papa, debilitaban e inquietaban su potestad temporal. Si alguna vez surgía un Papa enérgico, como Sixto [4], jamás la fortuna o su saber le desembarazaron de este estorbo. La causa de ello era la brevedad de su vida. En los diez años que, uno

2. Carlos VIII (1470-1498). Entró en Italia en 1494.
3. La coalición obligó a Venecia a aceptar la paz de Bagnolo (1484).
4. Francisco della Róvere (1414-1484), elegido Papa en 1471, momento en que asumió el nombre de Sixto IV.

Digitized by Google

con otro, reinaba cada Pontífice, no les era posible abatir uno de los bandos por más que se esforzasen. Si uno conseguía, verbigracia, extinguir casi al de los Colonna, sobrevenía otro Papa, enemigo de los Orsini, que hacía resurgir a los Colonna y no le quedaba tiempo para aniquilar a los Orsini. Por ello, las fuerzas temporales del Papa eran tenidas en poco en Italia.

Mas apareció Alejandro VI, que probó, mejor que sus predecesores, cuánto puede prevalecer un Papa con el dinero y la fuerza. Teniendo por instrumento al duque de Valentinois, y aprovechando el paso de los franceses, ejecutó todas las cosas de que hablé al versar sobre los hechos de César Borgia. Si bien no había sido propósito suyo ensanchar los dominios de la Iglesia, sino dar grandeza al duque, lo cierto es que sus empresas aumentaron la potestad temporal de la Iglesia, que a su muerte, y ya desaparecido el de Valentinois, fue la heredera de sus desvelos y trabajos. Presentóse luego el papa Julio [5] y halló la Iglesia fuerte, dueña de la Romaña y anuladas las facciones de los barones romanos por obra de Alejandro. Halló asimismo el camino expedito para atesorar dinero con procedimientos que no habían usado Alejandro ni sus antecesores.

Julio no sólo imitó la conducta descrita, sino que fue más lejos, pensando conquistar Bolonia, someter a los venecianos y expulsar de Italia a los franceses. Triunfó en estos difíciles designios con tanta más gloria para sí, cuanto su finalidad era

5. Julio II

Digitized by Google

engrandecer la Iglesia y no un particular. Además mantuvo los partidos de los Orsini y Colonna en los términos en que los halló; aunque había entre ellos jefes capaces de capitanear una sublevación, les tuvieron sumisos dos cosas: la potencia de la Iglesia que los aterraba y la falta de cardenales emparentados con ellos, que hasta entonces habían sido el origen de sus disensiones. Ciertamente, no estarán sosegadas esas banderías mientras haya cardenales que las apoyen, porque éstos mantienen dentro y fuera de Roma sus discordias y los barones se ven forzados a defenderlos. Así es como de la ambición de los prelados brotan las desavenencias y perturbaciones entre los nobles. Su Santidad el papa León [6] recibió el pontificado en pleno florecimiento de su poder, y es de esperar que, si sus predecesores lo engrandecieron con las armas, él lo hará aún más grande y venerado con su bondad y sus otras infinitas virtudes.

6. Juan de Médicis (1475-1521) tomó el nombre de León X al ser elegido Papa en 1513. Reinaba en la época en que Maquiavelo componía la presente obra.

Digitized by Google

XII

Quot sint genera militæ et de mercenariis militibus[1]

Habiendo tratado detalladamente de todas las clases de principados sobre las que al comienzo me propuse discurrir, considerado en algunos aspectos los motivos de su buena o mala constitución y mostrado las formas cómo muchos príncipes procuraron adquirirlos y conservarlos, me falta ahora examinar de modo general los ataques y defensas que pueden existir en cada uno de los Estados mencionados. Indicamos más arriba que un príncipe debe echar bien sus fundamentos, porque de lo contrario correrá a su perdición. Los cimientos de todos los Estados, recientes, antiguos o mixtos, son las leyes justas y las armas fuertes. Como no puede haber leyes buenas donde no son buenas las armas, y donde hay buenas armas conviene que las leyes sean buenas, prescindiré de éstas y hablaré de aquéllas.

Diré, pues, que las armas con que el príncipe defiende su Estado son propias o mercenarias,

1. «Cuántos géneros hay de tropa, y sobre los soldados mercenarios.»

Digitized by Google

auxiliares o mixtas. Estas dos últimas resultan inútiles y peligrosas. En efecto, quien sostenga el Estado con tropas a sueldo nunca estará firme y seguro, pues carecen de unidad y son codiciosas, indisciplinadas, desleales, vanagloriosas entre amigos y pusilánimes ante los enemigos, y no temen a Dios ni guardan fe a los hombres. Con ellas la derrota se difiere mientras no se combate. En época de paz saquean y en la de guerra dejan que entre a saco el adversario. La causa de esto es que no tienen otro amor, ni otra razón de apego, que una corta soldada, la cual no basta a persuadirles a que mueran por ti. Consienten en ser soldados tuyos mientras no guerrees, pero llegue la guerra y verás cómo huyen o retroceden.

Sin grandes trabajos probaría lo que he dicho, porque el actual quebranto de Italia se debe, en resolución, a que durante muchos años se fió de las armas mercenarias, que, si lograron algunas victorias y no se temieron mutuamente, en cuanto llegó el extranjero mostraron lo que eran en verdad. Por ello Carlos de Francia pudo tomar Italia con yeso [2]; y el que aseguró que nuestros pecados eran la causa de ello [3], acertó; pero no eran los que él creía, sino los que ya he descrito. Como quienes pecaron fueron los príncipes, sobre ellos mismos recayó la penitencia.

2. Se atribuye esta expresión sarcástica a Alejandro VI, indicando la facilidad con que Italia fue tomada: bastó que los intendentes franceses señalaran los alojamientos con tiza en su avance.

3. Se refiere a Jerónimo Savonarola, que, en un sermón, atribuyó el avance de Carlos VIII sobre Florencia a las culpas de los italianos.

Digitized by Google

Probaré con más eficacia la torpeza del empleo de estas tropas. Los capitanes mercenarios sobresalen en la carrera de las armas o carecen de tal excelencia. En el primer caso no puedes confiar en ellos, porque aspirarán siempre al propio engrandecimiento, ya oprimiéndote, a ti que eres su señor, ya abusando de los otros contra tus propósitos; y si no eres hombre de valer, el capitán te arruinará. Si se replica que obrará así cualquiera que tenga tropas a su disposición, sea o no mercenario, contestaré que el príncipe o la república ha de acaudillar el ejército. El príncipe debe capitanearlo en persona; la república tiene que delegar a ciudadanos suyos con tal fin; si el elegido no prueba su valía hay que cambiarlo; si, en cambio, se muestra capaz, hay que contenerle con las leyes dentro de los límites prudentes. La experiencia enseña que únicamente los príncipes y las repúblicas armadas se engrandecen, y que las tropas mercenarias jamás hacen sino daños. Una república con ejército propio admite con mayor deficultad el yugo de quien manda que cuando tiene ejércitos ajenos.

Roma y Esparta estuvieron libres durante muchos siglos gracias a las propias armas. Los poderosísimos suizos gozan de gran libertad. Ejemplo antiguo de los inconvenientes de las tropas mercenarias son los cartagineses, de quienes abusaron los soldados mercenarios al término de la primera guerra con los romanos, aunque sus jefes eran ciudadanos de Cartago. Filipo de Macedonia fue nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas y les arrebató la libertad tras la

Digitized by Google

victoria. Los milaneses, muerto el duque Felipe [4], tomaron a sueldo a Francisco Sforza contra los venecianos, y el alquilado, una vez triunfó del enemigo en Caravaggio [5], se unió a él para sojuzgar a sus señores los milaneses. Sforza, su padre [6], abandonó de pronto a la reina Juana de Nápoles, a la que servía con sus tropas, y la soberana hubo de recurrir al soberano de Aragón para no perder sus dominios.

Y si venecianos y florentinos ensancharon su imperio con este género de ejércitos, cuyos capitanes los defendieron en lugar de encumbrarse en el principado, diré que la suerte favoreció a los florentinos; porque de los valerosos capitanes que podían temer, unos no alcanzaron victorias, otros hallaron obstáculos insuperables y otros, en fin, dirigieron sus miras ambiciosas hacia otra parte. El que no venció fue Juan Aucut [7], de cuya lealtad no pudo juzgarse por el hecho de no triunfar; mas se reconocerá que los florentinos hubieran quedado a su discreción si llega a vencer. Sforza tuvo siempre contrarios a los de Braccio [8], y uno y otro se estorbaron mutuamente: Francisco dirigió su codicia hacia Lombardía y Braccio contra la Iglesia y el reino de Nápoles. Volvamos ahora nuestra atención a sucesos más recientes. Los flo-

4. Felipe María Visconti, fallecido en 1447.
5. En 1448.
6. Muzio Atténdolo Sforza (1369-1424), célebre soldado de fortuna.
7. John Hawkwood, sastre londinense, que llegó a capitán de soldados aventureros en Italia, sirviendo a los Visconti y a los florentinos.
8. Las huestes de Andrés Fortebracci o Braccio de Montone (1368-1424).

Digitized by Google

rentinos nombraron capitán suyo a Pablo Vitelli [9], varón prudentísimo, que había adquirido gran reputación. Nadie negará que, si se hubiese adueñado de Pisa, hubiera convenido a los florentinos conservarle a su lado, porque, aceptando la soldada del enemigo, Florencia estaba perdida y, conservándole a su servicio, hubieran tenido que obedecerle.

Considerando los progresos de los venecianos, veráse que obraron con seguridad y gloria mientras lucharon por sí mismos, lo que aconteció antes de que dirigiesen sus empresas hacia tierra firme. Los nobles y la plebe peleaban entonces con valor; pero, al empezar a combatir en tierra, olvidaron su pretérito coraje e, imitando las costumbres guerreras de Italia, recurrieron a los mercenarios. Apenas hubieron de temer a los capitanes a sueldo en los primeros avances, porque sus dominios en tierra no eran considerables y gozaban aún de una sólida notoriedad; pero, al ensanchar sus posesiones bajo la autoridad de Carmagnola [10], advirtieron el error que habían cometido. Capitaneados por este varón, diestro y valeroso, vencieron al duque de Milán; notaron después la frialdad con que se conducía en la guerra y comprendieron que no vencerían en adelante con él, porque no quería, y que no podían licenciarle sin perder lo que habían adquirido. Hubieron de matarle para asegurar sus conquistas. Después tuvieron por capitanes

9. Cf. el capítulo VIII.
10. Francisco Bussone, conde de Carmagnola (1390-1432). Sirvió al duque de Milán y luego a Venecia, que gracias a él venció en Maclodio (1428).

Digitized by Google

a Bartolomé de Bérgamo[11], Roberto de San Severino[12], al conde de Pitigliano[13] y otros semejantes, con los cuales debían más temer pérdidas que esperar ganancias, como sucedió en Vailá[14], donde en una sola batalla se vieron sin lo que tan fatigosamente habían adquirido durante ochocientos años. Las tropas mercenarias no sirven más que para conquistas lentas, dilatadas y sin consistencia, así como para pérdidas repentinas de prodigiosa importancia. Dado que los anteriores ejemplos me han puesto en trance de hablar de Italia, durante muchos años sometida a los soldados de fortuna, volveré a tomar desde más arriba lo que importa, a fin de que, sabiendo su origen y sus progresos, se corrija su uso.

Recuérdese, pues, que así que el imperio[15] comenzó a ser expulsado de Italia, y el Papa adquirió en ella gran autoridad en lo temporal, esta provincia quedó dividida en Estados. Muchas ciudades importantes tomaron las armas contra los nobles que las oprimían con licencia del emperador; la Iglesia atizaba tales rebeliones con el propósito de lograr autoridad en lo temporal; en otras, diversos ciudadanos se transformaron en príncipes. Llegó Italia, por lo tanto, a hallarse en manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y, no estando ni aquélla ni éstas habituadas al ejercicio de las armas, empezaron a alquilar tro-

11. Bartolomé Colleoni (1400-1476).
12. Nació en 1418 y murió en 1487.
13. Nicolás Orsini, muerto en 1510.
14. La batalla de Agnadello, nombre de una aldea cercana.
15. El Sacro Imperio Romano.

Digitized by Google

pas extranjeras. El primero que dio fama a esta clase de milicia fue el romañol Alberico de Como [16], en cuya escuela se formaron, entre otros, Braccio y Sforza, los cuales llegaron a ser en su época árbitros de Italia. Los sucedieron los demás capitanes a sueldo que mandaron ejércitos hasta nuestro tiempo. El resultado de su valor es que Italia fue recorrida por Carlos [17], saqueada por Luis [18], obligada por Fernando [19] e injuriada por los suizos [20].

El método de estos jefes consistía primeramente en arrebatar toda importancia a la infantería, a fin de conseguir mayor reputación para sí mismos. Obraron así porque, no poseyendo Estado que les rentara, no podían mantener muchos infantes, y la escasa infantería no les conquistaba renombre; prefierieron la caballería en número equivalente a los recursos de la región que la mantendría, y en la que eran tanto más honrados cuanto más fácil resultaba sustentarla. Las cosas llegaron al punto de que, en un ejército de veinte mil hombres, no había dos mil infantes. A más de esto, tomaron las precauciones posibles para alejar de sí y de sus soldados las fatigas, los peligros y el miedo, introduciendo el uso de no matarse en los combates, sino el de hacer prisioneros en

16. Alberico de Barbiano, conde de Cunio (1344-1409), condestable del reino de Nápoles.
17. Carlos VIII de Francia.
18. Luis XII de Francia.
19. Fernando el Católico.
20. Mercenarios suizos que derrotaron a los mercenarios italianos en distintas ocasiones, especialmente en Novara (1500) y en Ravena (1512).

Digitized by Google

ellos sin pasarlos a filo de espada. Los forasteros no acampaban de noche en las ciudades, sino en las tiendas, y los de la tierra no acampaban en las tierras; no ceñían los reales ni de fosos ni de empalizadas, y, finalmente, no llevaban a cabo campañas de invierno. Estas cosas se permitían en la disciplina militar por ellos imaginada para evitar, como hemos dicho, trabajos y riesgos. Tantas precauciones condujeron a Italia a la esclavitud y al oprobio.

Digitized by Google

XIII

De militibus auxiliariis, mixtis et propriis [1]

Las tropas auxiliares, que he enumerado entre las inútiles, son las que otro poderoso, llamado por ti, emplea en tu ayuda y defensa. Es lo que hizo el papa Julio en los últimos tiempos, cuando, escarmentado de los mercenarios en la desacertada prueba de Ferrara, recurrió a los auxiliares, conviniendo con Fernando, rey de España, que le socorrería con sus gentes y ejércitos [2]. Estas armas son útiles y buenas en sí mismas; pero casi siempre resultan perjudiciales para el que las solicita, porque si pierdes la batalla, quedas vencido, y si triunfas te conviertes en su prisionero.

Aunque las antiguas historias estén henchidas de ejemplos de ello, no quiero pasar por alto el del papa Julio II, aún muy reciente, cuyo partido de entregarse por completo a un extranjero para obtener Ferrara no fue calamitoso porque

1. «De los soldados auxiliares, mixtos y propios.»
2. Fernando el Católico suministró a Julio II tropas mandadas por el virrey de Nápoles, Raimundo de Córdoba.

Digitized by Google

su buena estrella presentó un tercer motivo, que evitó los frutos peligrosos de su mala decisión. Derrotados sus auxiliares en Ravena, los suizos [3], contra su esperanza y la opinión de todos, pusieron en fuga a los vencedores. No quedó, pues, en poder del enemigo vencido, ni le aprisionaron sus auxiliares porque había vencido con armas que no eran las suyas. Los florentinos, del todo inermes, solicitaron el socorro de diez mil franceses para apoderarse de Pisa [4], y por esta determinación se encontraron en más peligro que en cualquiera de sus empresas. El emperador de Constantinopla [5] se opuso a sus vecinos metiendo en Grecia a diez mil turcos, que se negaron a partir acabada la guerra, y ello fue el principio de la servidumbre de los griegos a los infieles.

Válgase, pues, de tales tropas el que no quiera vencer, porque son con mucho más peligrosas que las mercenarias. Llegada la ocasión de la ruina, están unidas y sujetas a la autoridad ajena; los ejércitos a sueldo, una vez vencidos, necesitan para atacarte más tiempo y una ocasión más favorable, porque no forman un solo cuerpo y fuiste tú quien los reuniste y pagaste. Así el tercero a quien nombraste jefe no alcanzará tan pronto

3. Los franceses, en la mentada batalla, vencieron hasta que murió su jefe Gastón de Foix; luego los derrotaron los mercenarios suizos de Julio II.

4. Luis XII prestó a los florentinos unos ocho mil hombres para atacar a Pisa en 1500; pero la Señoría de Florencia devolvió al rey estos auxiliares, cansado de su indisciplina y soberbia arrogancia.

5. Juan Cantacuzeno (1341-1354), pretendiente a la corona de Bizantino, pidió el auxilio del sultán turco contra los Paleólogos.

Digitized by Google

tanta autoridad que logre atacarte con ellos. En suma, lo más peligroso de los mercenarios es la flojedad del ánimo, y de los auxiliares la valentía.

Un príncipe sabio evitó siempre valerse de estas armas y recurrió a las propias, prefiriendo ser vencido con las suyas que triunfar con las ajenas. No consideró jamás verdadera la victoria obtenida con las fuerzas de los otros. No vacilaré nunca en citar en este asunto los hechos de César Borgia. Este duque entró en Romaña con armas auxiliares francesas, con las que tomó Ímola y Forlí; pero desconfió luego de su lealtad y, juzgando las mercenarias menos dañinas, tomó a sueldo las de los Orsini y Vitelli. Hallando que éstos obraban de modo ambiguo, desleal y arriesgado, se deshizo de ellos y buscó fuerzas propias. Puede fácilmente verse qué diferencia hay entre uno y otro género de soldados, examinando cuál fue la reputación del duque cuando le auxiliaron los franceses, le apoyaron los Orsini y Vitelli o se granjeó tropas propias, fiándose solamente de sí mismo. Se observará que creció sucesivamente. No se le apreció bastante desde el punto de vista militar hasta que se advirtió que era señor de sus armas.

No quisiera alejarme de los recientes ejemplos italianos. Con todo, no olvidaré a Hierón de Siracusa, del que antes hice memoria. Ya dije de él que, elegido jefe del ejército por los siracusanos, conoció sin la menor dilación la inutilidad de la milicia mercenaria, porque sus jefes eran lo que luego fueron los capitanes italianos. Pensando que no podría guardarlos ni licenciarlos, hizo que los destrozasen, y en adelante guerreó con armas

Digitized by Google

propias y nunca con las ajenas. Rememoraré ahora un hecho del Antiguo Testamento que viene como anillo al dedo para lo que trato. Ofrecióse David a Saúl a pelear con Goliat, el campeón filisteo, y el rey le cubrió con sus armas para alentarle [6]; cuando David se las hubo puesto, las rechazó diciendo que le embarazaban y que prefería hacer frente al enemigo con su honda y su cuchillo. En conclusión, el armamento ajeno se te cae de los hombros, te abruma o te estorba.

Carlos VII, padre del rey Luis XI, después de librar con su fortuna y su valor a Francia de la presencia de los ingleses [7], necesitó pertrecharse de armas propias y decretó en su reino la ordenanza de los caballeros y de los infantes. Luis, su hijo, suprimió después la infantería y principió a tomar suizos a sueldo, error que imitaron sus sucesores y que, como ahora se ve, es causa de los peligros en que se agita aquel reino. Dando importancia a los suizos, redujo sus armas y, suprimiendo enteramente la infantería, hizo que dependiera de fuerzas ajenas su caballería, la cual se ha acostumbrado tanto a los suizos que no pueden vencer sin ellos. De ahí dimana que los franceses no valgan en lucha contra los suizos y que sin ellos no intenten nada contra otros. Los ejércitos de Francia son, por lo tanto, mixtos, en parte mercenarios y en parte propios. Las armas así reunidas son mejores que las estrictamente mercenarias o las únicamente auxiliares, y muy

6. *I Samuel* (Vulgata *1 Reyes*) 17, 38-40.
7. Carlos VII (1422-1461) concluyó la guerra de los Cien Años, con la intervención de Juana de Arco, en 1452.

Digitized by Google

inferiores en caso de que fueran del todo francesas. Sirva este ejemplo. El reino de Francia sería invencible si hubiera acrecentado o conservado la institución de Carlos. Mas la escasa prudencia de los hombres emprende algo que, por suponer entonces un bien, les oculta el veneno que tiene en la raíz, como dije más arriba, de las fiebres tísicas[8].

Por consiguiente, no es sabio el que estando al frente de un principado no advierte los males cuando nacen; pero esta sagacidad es patrimonio de pocos. Si nos remontamos a la causa de la ruina del imperio romano, se descubrirá que comenzó cuando tomó godos a sueldo, pues desde entonces se enervaron sus fuerzas, y cuanta más robustez perdía, tanta más ganaban los asalariados. Concluyo que ningún principado está seguro a menos que tenga tropas propias; de la contrario, dependerá de la fortuna por carecer de valor que le defienda en la adversidad. Fue siempre parecer y máxima de los hombres sagaces «*quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam fama potentiæ non sua vi nixa*»[9]. El ejército propio se compone de súbditos, de ciudadanos o de hechuras tuyas; los otros son o mercenarios o auxiliares. El modo de obtener armas privativas se encontrará pensando en las disposiciones de los cuatro personajes que antes mencioné[10] y meditando cómo ar-

8. Cf. el capítulo III.
9. «Que nada hay tan débil ni tan azaroso como la fama de un poder no fundado en sus propias fuerzas.» Este pasaje de Tácito (*Anales* XIII, 19) contiene algunas variantes con respecto al texto recibido.
10. César Borgia, Hierón, Carlos VII y David.

Digitized by Google

maron y dispusieron sus huestes Filipo, padre de Alejandro Magno [11], y muchas repúblicas y príncipes. A cuyas instituciones me remito por entero.

11. Filipo creó la célebre falange macedónica.

Digitized by Google

XIV

Quod principem deceat circa militiam[1]

Un príncipe no debe tener otro objeto, pensamiento ni arte fuera de la guerra y el orden y disciplina de la misma, porque es la única ocupación que se espera de quien manda. Tanta es su utilidad, que no solamente mantiene en la soberanía a los que nacieron príncipes, sino que también eleva muchas veces a tal rango a hombres de privada condición. Contrariamente, aunque por igual motivo, se ve que los príncipes perdieron su Estado cuando se ocuparon más de los placeres que de las armas. La primera razón que te arrebata tu Estado es descuidar el arte guerrero, así como la que hace que lo adquieras consiste en ser perito en él.

Francisco Sforza llegó de particular a duque de Milán por sobresalir en el ejercicio bélico, y sus hijos[2] pasaron de duques a particulares por haber evitado las incomodidades y trabajos de las armas. Entre los daños que te acarrea soslayar la carrera

1. «Lo que conviene al príncipe sobre el arte militar.»
2. Sucesores.

Digitized by Google

de las armas se halla el menosprecio, que es una de las infamias de que el príncipe tiene que guardarse, como más adelante se dirá. Entre el guerrero y el que no lo es no existe proporción alguna. No resulta razonable que quien esté armado obedezca de buen grado al que no lo esté, ni que el señor desarmado viva seguro entre súbditos armados. Con el desdén que alimenta uno y la sospecha que se ceba en otro, no es posible que obren de buen acuerdo. Además de otros desdichas, el príncipe que no entienda el arte militar no será estimado de sus soldados ni podrá fiarse de ellos.

Por consiguiente, jamás debe apartar el pensamiento del ejercicio de la guerra; en la paz tiene que ser más asiduo en él que en época de contiendas. Puede hacerlo de dos modos: el uno con obras y el otro con pensamientos. En cuanto a las primeras, debe no sólo tener bien disciplinados y adiestrados a los suyos, sino también cazar con frecuencia, con cuya actividad, por una parte, acostumbrará el cuerpo a la fatiga y, por otra, aprenderá la naturaleza de los lugares, y conocerá la disposición de los montes, la entrada de los valles, la situación de los llanos y la índole de los ríos y lagos. A este estudio ha de consagrar la mayor atención, porque sus conocimientos serán útiles de dos maneras. En primer lugar, llegará a saber cómo es su país y a cuidar mejor de su defensa; después, mediante el conocimiento práctico de los lugares, dominará fácilmente por analogía cualquiera otro sitio que desconozca y en que tenga que maniobrar. Los altozanos, valles, llanuras, ríos

Digitized by Google

y lagunas que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta semejanza con los de otras provincias. Así el conocimiento de un país facilita el de la disposición de otros. El príncipe que no posea esta ciencia práctica carece de la primera cualidad del capitán, la que le enseña a encontrar al enemigo, tomar alojamiento, conducir los ejércitos, dirigir las batallas y devastar las tierras con provecho.

Entre las loas que los escritores tributan a Filopémenes [3], príncipe de los aqueos, figura la de que nunca pensó en tiempos de paz más que en los distintos modos de llevar a cabo la guerra. Cuando estaba en el campo con sus amigos, solía detenerse y discurría con ellos sobre esta materia, diciendo: «¿Cuál tendría la ventaja, si los enemigos estuvieran en aquella colina y nosotros aquí con nuestro ejército? ¿Cómo iríamos hasta ellos, observando las reglas? Si quisiéramos retirarnos, ¿qué habríamos de hacer? ¿Cómo los seguiríamos, si ellos retrocedieran?» Así, mientras andaba, les proponía todos los casos que pueden presentarse a un ejército, escuchaba su opinión, exponía la suya y la justificaba con oportunas razones; de forma que, gracias a estos continuos pensamientos, nunca le sorprendía algo para lo que no estuviese preparado, mientras conducía sus ejércitos.

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe leer historias y meditar en ellas los hechos de los varones ilustres: ver cómo se condujeron en las guerras, examinar las causas de sus vic-

3. Político y general griego (253-189), que intentó mantener la unidad de Grecia ante los amenazadores avances de Roma.

Digitized by Google

torias para imitarlas y de sus derrotas para no sufrirlas, y sobre todo, como hizo más de un hombre excelente, escoger, entre los héroes más alabados y admirados, un modelo cuyos hechos y empresas no se aparten de su ánimo. Así se dice que Alejandro Magno imitó a Aquiles, César a Alejandro y Escipión a Ciro. Quienquiera que lea la vida del último, escrita por Jenofonte, reconocerá en la de Escipión cuánta gloria obtuvo éste de la imitación y cuán semejante llegó a ser de él en continencia, afabilidad, humanidad y largueza, según lo que Jenofonte relató del persa. El príncipe sabio debe observar estas normas. Sin estar nunca ocioso en tiempo de paz, antes bien acopiando con diligencia un caudal de que valerse en la desgracia, resistirá la fortuna adversa.

Digitized by Google

XV

De his rebus quibus homines et præsertim principes laudantur aut vituperantur [1]

Resta ver ahora cómo debe portarse el príncipe con los súbditos y con los amigos. Como sé que muchos han escrito sobre esto, dudo que no se achaque a presunción si me alejo, sobre todo al tratar de esta materia, de las reglas dadas por otros. Pero intentando escribir cosas útiles para quienes las entienden, me ha parecido preferible ir en derechura de la verdad efectiva del asunto que cuidarme de lo que puede imaginarse sobre él. Muchos concibieron repúblicas y principados jamas vistos y que nunca existieron. Hay tanto trecho de cómo se vive a cómo debiera vivirse, que quien renuncia a lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien lo que le arruinará que lo que le preservará. El hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno, cuando le rodean tantos malos, correrá a su perdición.

1. «De las cosas por las cuales los hombres y en especial los príncipes son alabados o reprobados.»


Digitized by Google

Por ello es necesario que el príncipe, si desea mantenerse en su Estado, aprenda a poder no ser bueno y a servirse o no de esa facultad a tenor de las circunstancias.

Dejando, pues, de lado las cosas imaginadas por las verdaderas, digo que todos los hombres de que se habla, y especialmente los príncipes, por hallarse a mayor altura que los demás, se distinguen por algunas de las cualidades que les acarrean la censura o la alabanza. Uno es tenido por liberal, otro por *mísero* (en lo que uso un vocablo toscano, porque avaro en nuestra lengua es también el que desea enriquecerse con rapiñas, y llamamos *mísero* al que se abstiene en exceso de gastar su hacienda); uno es considerado dadivoso y otro rapaz; a éste se reputa cruel y a aquél compasivo; a éste desleal y a aquél fiel a las promesas; uno se estima afeminado y pusilánime y otro feroz y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lujurioso, otro continente; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro amable; aquél grave, éste liviano; uno religioso, otro incrédulo, etc.

Se reconocerá cuán laudable sería que un príncipe tuviera las buenas prendas que antes mencioné; pero como no pueden poseerse todas, ni aun ponerlas perfectamente en práctica, porque la humana condición no lo consiente, es necesario que el príncipe sea tan prudente que logre evitar los vicios que le desposeerían de su principado; mas, no pudiéndolo, estará obligado a menos reserva cuando se rinda a ellos. Sin embargo, no le espante incurrir en la infamia de los vicios sin los que salvaría difícilmente su Estado; porque pon-

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

derándolo todo, hay cosas que parecen virtudes y causan la ruina si se observan, y otras que parecerán vicios, aunque, si las sigue, supondrán su bienestar y seguridad.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

De liberalitate et parsimonia [1]

Comenzando por la primera de las cualidades mencionadas, diré cuán bueno sería tener consideración de liberal. Sin embargo, la liberalidad te perjudica si usas de ella de modo que tú seas el poseído. Si la ejerces con prudencia, como debe serlo, sin que se sepa, no incurrirás en la mala nota dei vicio opuesto. El que quiera ostentar entre los hombres fama de generoso necesita recurrir a la suntuosidad. El príncipe que eso haga consumirá sus riquezas y, a la postre, si se empeña en conservar el renombre de liberal, tendrá que gravar extraordinariamente a su pueblo, ser fiscal y llevar a cabo cuantos hechos imagine para conseguir dinero. Se hará odioso a sus súbditos, cuya estimación perderá a medida que los empobrece, de tal suerte que, habiendo perjudicado a los más con su prodigalidad y beneficiado a pocas personas, sufrirá las necesidades más urgentes y peligrará al menor riesgo. Si reconoce su falta y pre-

1. «Del desprendimiento y de la moderación.»

Digitized by Google

tende retractarse de ella, incurrirá en el baldón de avaro.

No pudiendo un príncipe usar la virtud de la liberalidad de forma notoria sin que de ello le resulte un perjuicio, debe despreocuparse si es prudente de que le tilden de avaro, porque a la larga crecerá su fama de liberal, viendo que por su moderación le bastan las rentas para defenderse del que le declaró la guerra y para llevar a cabo empresas sin gravar al pueblo; entonces será generoso con todos aquellos a quienes no tome nada, cuyo número es infinito, y avaro con aquellos a quienes no dé, cuyo número es corto. En nuestros tiempos no vimos hacer grandes cosas sino a los que pasaban por avaros, y los pródigos fueron impotentes. El Papa Julio II, tras de servirse de la reputación de liberal para alcanzar el pontificado, no cuidó después de mantenerla en el momento de pensar sólo en prepararse para la guerra. El presente soberano de Francia[2] pudo sostener tantas campañas sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos, porque su parsimonia le suministró cuanto necesitaba para los gastos superfluos. El actual rey de España[3], si hubiera sido liberal, no hubiera hecho ni vencido en tantas empresas.

Así, pues, el príncipe que no quiera despojar a sus gobernados y desee poseer siempre con qué defenderse, no ser pobre ni despreciable, ni verse forzado a la rapacidad, debe tener en poco el

2. Luis XII.
3. Fernando el Católico.

Digitized by Google

incurrir en fama de avaro, porque es uno de los vicios que le permiten reinar. Si alguno dijera que César obtuvo el imperio con la liberalidad, y que otros muchos llegaron a puestos muy elevados porque merecieron la reputación de generosos, yo respondería que eres príncipe de hecho o estás en camino de serlo. En el primer caso la liberalidad te perjudica; en el segundo, es menester que pases por pródigo. César pretendía obtener el principado de Roma; si hubiera vivido algún tiempo después de haberlo logrado, sin moderar sus gastos, habría destruido el imperio. Si alguno objetara que muchos príncipes hicieron grandes cosas con sus ejércitos y, no obstante, tuvieron a gloria ser muy liberales, replicaré que o el príncipe gasta su patrimonio y los bienes de sus súbditos o dispendia el ajeno. En el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe omitir ningún género de liberalidad.

El príncipe que capitanea sus huestes y se sustenta de presas, saqueos y matanzas, maneja lo ajeno y está obligado a ser generoso para que sus soldados le sigan. Puedes ser dadivoso con lo que no es tuyo ni de tus súbditos, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, porque dispendiar lo de otros no sólo no menoscaba tu reputación, sino la aumenta. Sólo resulta pernicioso gastar lo tuyo. No hay nada que agote tanto por sí mismo como la prodigalidad; mientras la ejerces, pierdes la facultad de usarla y te vuelves pobre y despreciable, o, si quieres evitarlo, te haces rapaz y aborrecible. Esto último es una de las cosas de que el príncipe tiene que guardarse. La liberalidad conduce a uno

Digitized by Google

y otro inconveniente. Por consiguiente, más sabiduría hay en tener fama de avaro, lo que engendra el descrédito sin odio, que aspirar al nombre de liberal, incurriendo por ello en el dictado de rapaz, lo cual genera la infamia con odio.

Digitized by Google

XVII

De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, vel e contra[1]

Descendiendo después a las otras cualidades antes dichas, propongo que todo príncipe debe desear que le tengan por clemente y no por cruel. Sin embargo, advierta que no debe emplearse mal esta clemencia. César Borgia pasaba por cruel y, no obstante, su crueldad curó los males de Romaña, la unió y redujo a la paz y la lealtad. Lo que, bien considerado, fue algo mucho más piadoso que lo que ejecutaron los florentinos, los cuales, para evitar el nombre de crueles, permitieron destruir Pistoya. Un príncipe no ha de temer, pues, la infamia de la crueldad para mantener a sus súbditos unidos y leales, porque con poquísimos escarmientos severos será más misericordioso que los que con excesiva clemencia dejan fomentar los desórdenes, acompañados de asesinatos y rapiñas: éstos suelen ofender a la universalidad de los ciu-

1. «De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido, pro y contra.»

Digitized by Google

dadanos; en cambio, las ejecuciones ordenadas por el príncipe no ofenden sino a un particular. Entre todos los señores, el príncipe no puede evitar la reputación de cruel, pues los Estados nuevos se hallan llenos de peligros. Virgilio pone en boca de Dido:

Res dura, et regni novitas me talia cogunt
moliri, et late fines custode tueri[2].

Empero, debe ser tardo en creer los males que se le señalen y tiene que obrar sin atemorizarse llegado el caso. Pesa sobre él la obligación de proceder con moderación, prudencia y humanidad, sin que la demasiada confianza le haga incauto y sin que la desconfianza excesiva le convierta en intolerable.

De aquí nace la cuestión de si es mejor ser amado que temido, o viceversa. Respóndese que convendría ser lo uno y lo otro simultáneamente, pero, como es difícil conseguir ambas cosas al mismo tiempo, el partido más seguro consistirá en ser temido antes que amado, cuando se ha de prescindir de uno de los dos extremos. Puede decirse de modo general de los hombres que son ingratos, volubles, fingidores, disimuladores, temerosos de los peligros y codiciosos de ganancias. Mientras les beneficias y no necesitas de ellos, te pertenecen por entero y te ofrecen su sangre, caudal, vida e hijos; pero, cuando llega la ocasión,

2. «La dura realidad y la novedad de mi reino me obligan a disponer tales cosas, y a defender ampliamente mis confines con esa custodia» (*Eneida*, I, 563-564).

Digitized by Google

se rebelan y te desconocen. El príncipe que se fía de sus palabras, carece de providencias y se arruina; porque las amistades que se adquieren, no con la nobleza y grandeza de alma, sino con el precio de las cosas, se granjean, pero no se poseen, y no aprovechan en los tiempos apurados. Los hombres tienen menos reparos en ofender al que se hace amar que al que se hace temer, porque el amor se conserva por el solo vínculo de la obligación, la cual, debido a la perversidad humana, rompe toda ocasión de interés personal; pero el temor se conserva por miedo al castigo, que no te abandona jamás.

Empero, el príncipe debe lograr que se le tema de suerte que, si no se hace amar, evite ser odiado; porque se puede muy bien ser temido sin ser odiado. Lo logrará siempre que se abstenga de apoderarse de los bienes de sus gobernados y servidores, y de sus mujeres. Cuando tenga que derramar la sangre de alguno, lo ejecutará con razón conveniente y causa manifiesta. Mas, sobre todo, procure no apoderarse del caudal de la víctima, pues los hombres olvidan antes la muerte de su padre que la pérdida de su hacienda. Además, nunca faltan motivos para robar el patrimonio ajeno: el que principia viviendo de rapiñas halla siempre pretextos para adueñarse de las propiedades de los otros; en cambio, las ocasiones de derramar la sangre faltan con mayor frecuencia.

Cuando esté con sus ejércitos y deba capitanear una muchedumbre de soldados, el príncipe no se inquietará porque cobre nombre de cruel. Sin esta reputación no tendrá el ejército unido,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Digitized by Google

ni dispuesto a hazaña alguna. Entre los hechos admirables de Aníbal se enumera el de que teniendo un ejército muy numeroso, compuesto de una infinidad de pueblos, que condujo a batallar a tierras extrañas, nunca surgió disensión entre ellos, ni contra el príncipe, tanto en adversa como en próspera fortuna. Eso no pudo nacer sino de su inhumana crueldad, que, sumada a sus numerosas prendas, le hizo tan respetable como temible a los ojos de sus soldados. Sin ella no hubieran bastado sus otras cualidades para obtener este efecto. Los escritores, en esto poco sagaces, admiran de una parte sus proezas y de otra condenan la causa principal de ellas.

Y para demostrar que sus otras prendas no le hubieran bastado, considérese a Escipión [3], varón extraordinario no sólo en su época, sino en cuantas recuerda la Historia. Sus ejércitos se rebelaron contra él en España, lo que se debió más que nada a su exagerada clemencia, por lo cual había dado a sus soldados más libertad de la que convenía a la disciplina militar. Fabio Máximo [4] se lo reconvino en el Senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Los locrios [5], destruidos por un legado de Escipión, no fueron vengados por él, ni castigada la insolencia del lugarteniente, todo lo cual provenía de su natural en tal grado blando que alguien dijo en el Senado, con la pretensión

3. Publio Escipión el Africano, que conquistó Cartagena y venció a Aníbal en la batalla de Zama (202 a. J. C.).
4. Quinto Fabio Máximo, en el 217, detuvo el ejército de Aníbal, hostilizándole, sin darle batalla decisiva.
5. Habitantes de la colonia griega de Italia meridional. Abusó de ellos el propretor Quinto Pleminio.

Digitized by Google

de excusarle, que había muchos hombres que sabían más no cometer faltas que corregir los errores ajenos. La índole de Escipión hubiera minado su fama y su gloria, si hubiese conservado el mando; pero, viviendo bajo la dirección del Senado, esta perjudicial cualidad no sólo se ocultó, sino le sirvió de gloria.

Volviendo a la cuestión de ser temido y amado, concluyo que, amando los hombres su voluntad y temiendo al príncipe, debe éste, si es prudente, fundarse en lo que de él dependa, no en lo que dependa de los otros, y procurar solamente que no le odien, como queda dicho.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVIII

Quomodo fides a principibus sit servanda[1]

Se comprende cuán laudable es que un príncipe mantenga la fe prometida, viva de modo íntegro y no emplee la astucia. Sin embargo, la experiencia de nuestros días enseña que hay príncipes que, menospreciando la lealtad y sabiendo mudar arteramente el ánimo de los hombres, hicieron grandes cosas y triunfaron al fin de los que se fundaban en la lealtad.

Sabed, pues, que hay dos maneras de luchar: una con las leyes y otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres y la segunda de los animales; pero como a veces no basta aquélla, conviene recurrir a ésta. Por consiguiente, un príncipe debe saber servirse de ambas. Esto es lo que los antiguos autores enseñaron encubiertamente a los príncipes, cuando escriben que Aquiles y muchos héroes de la Antigüedad fueron confiados al centauro Quirón a fin de que se criaran y educaran bajo su disciplina. Tener por preceptor a una criatura mitad bestia y mitad hombre quiere

1. «De qué modo la fe debe ser respetada por los príncipes.»

Digitized by Google

decir que un príncipe ha de saber utilizar una y otra naturaleza, y que ésta no duraría sin aquélla.

Puesto que esté en precisión de obrar conforme a la índole de los animales, el príncipe debe remedar simultáneamente a la vulpeja y al león, porque éste no esquiva los lazos y la zorra no puede librarse de los lobos. Es menester ser vulpeja para conocer las asechanzas y león para despavorir a los lobos. Los que descansan sencillamente en el modelo del león no comprenden sus intereses. Un señor prudente no puede ni debe guardar fidelidad a lo prometido, cuando el respeto del mismo le perjudica y no existen ya las razones que motivaron la promesa. Si todos los hombres fuesen buenos, este precepto sería malo; pero como son perversos y no observarán su lealtad con respecto a ti, no estás forzado a guardarles la tuya. Jamás le faltarán a un príncipe motivos legítimos para paliar la inobservancia. Se podría aducir innumerables ejemplos modernos, mostrando cuántos tratados de paz y cuántas promesas se anularon y fueron vanas a consecuencia de la deslealtad de los príncipes. Más acertado estuvo el que mejor supo obrar como zorra. Pero hay que saber disimular bien este natural y tener destreza para fingir y solapar. Los hombres son tan simples y obedecen tanto a las exigencias presentes, que el engañoso encontrará siempre gentes que se dejen engañar.

No quiero silenciar un ejemplo reciente. Alejandro VI no hizo ni pensó jamás en otra cosa que en engañar a los hombres y halló siempre ocasión de hacerlo. No hubo nunca nadie más

Digitized by Google

eficaz en aseverar, ni que afirmara algo con juramentos más respetables, ni que, en fin, respetase menos sus promesas. No obstante, siempre le salieron los engaños conforme a sus deseos, porque conocía perfectamente tal arte.

Un príncipe no tiene que poseer efectivamente todas las cualidades descritas, aunque debe aparentar que las posee. Me atreveré incluso a decir que si las tiene y las observa siempre, le son perjudiciales; en cambio, aparentando tenerlas, le son útiles. Puedes parecer clemente, fiel, humano, íntegro y religioso, y aun serlo; pero has de estar tan identificado con tu espíritu que, en el momento necesario, puedas y sepas cambiar en sentido contrario. Entiéndase que un príncipe, y en especial uno nuevo, no está en situación de respetar todas las cosas por las cuales los hombres se consideran buenos; porque a menudo, para asegurarse el Estado, tiene que obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Su ánimo debe estar dispuesto a variar según lo impongan los vientos de la fortuna y las alteraciones de los hechos, y, como más arriba dije, a no apartarse del bien mientras le sea posible, sino a saber entrar en el mal cuando haya necesidad.

El príncipe ha de tener sumo cuidado en no pronunciar algo que no lleve el sello de las cinco virtudes mencionadas, de modo que parezca, al verle y al oírle, henchido de piedad, buena fe, integridad, humanidad y religión. Nada se ha de aparentar más que lo último. La generalidad de los hombres juzga más por los ojos que por las manos, porque si a todos pertenece el ver, a pocos

Digitized by Google

corresponde el tocar. Cada uno ve lo que tú pareces, pero pocos comprenden lo que eres en el fondo, y estos pocos no osan contradecir la opinión de los más, ofuscados por la majestad del Estado que los protege. En las acciones de los hombres, y más principalmente en las de los príncipes, contra los cuales no hay tribunal a que recurrir, se considera sólo su fin. Procure, por lo tanto, el príncipe vencer los obstáculos y conservar el Estado, porque sus medios se tendrán siempre por honrosos y merecerán la alabanza general: el vulgo se deja seducir por las apariencias y el éxito, y en el mundo no hay sino vulgo. El escaso número de espíritus sagaces no tiene razón de ser cuando lo innumerable encuentra en qué apoyarse. Hay un príncipe en la actualidad, que no estaría bien nombrar [2], que no predica más que paz y buena fe, siendo muy enemigo de ambas; pero si hubiese observado una y otra, hubiera perdido en muchas ocasiones la reputación o el Estado.

2. Se refiere a Fernando el Católico.

Digitized by Google

XIX

De contemptu et odio fugiendo[1]

Como he hablado ya de las más importantes cualidades, quiero discurrir sobre las otras, por lo menos de un modo general. Procure el príncipe, como dije en parte, evitar las cosas que le hagan odioso y despreciable. Cuantas veces lo consiga habrá cumplido con su obligación y no peligrará por las otras censuras en que pueda incurrir. Le haría sobremanera odioso, como apunté, ser rapaz y usurpador de la hacienda y de las mujeres de sus súbditos, por lo que debe abstenerse de ello. Cuando no se quitan a la generalidad de los humanos ni los bienes ni el honor, vive contenta, y solamente hay que combatir la ambición de pocos varones, la cual de muchos modos y con facilidad se reprime. Cae en el desprecio cuando es inconstante, liviano, afeminado, pusilánime e irresoluto. De ello tiene que preservarse como de un peligroso escollo, intentando que en sus acciones se reconozca la grandeza, el valor, la gravedad

1. «Sobre evitar el desprecio y el odio.»

Digitized by Google

y la fortaleza. Querrá que su sentencia sobre las tramas de sus súbditos sea irrevocable. Finalmente, debe mantenerlos en tal opinión acerca de su carácter, que nadie pretenda engañarle ni embaucarle.

El príncipe que logra que se le tenga en tal reputación es muy estimado. Se conspira y ataca con dificultad al que es excelente y amado de los suyos. Un príncipe tiene dos cosas que temer: en lo interior, una rebelión de sus gobernados y, en lo exterior, el ataque de alguna potencia. Se defenderá de ésta con buenas armas y firmes aliados, que no le faltarán si está bien armado. Cuando las cosas exteriores estén sosegadas, se hallarán tranquilas las internas, a menos que las perturbe una conjura. Aunque las externas se manifestaran contra él, si tiene todo bien dispuesto y vive como he dicho, con tal que no se adormezca, sostendrá todo asalto extranjero, como indiqué que hizo el espartano Nabis.

En lo que atañe a los súbditos, aun cuando no hubiera una maquinación externa, debe temer que conjuren ocultamente. El príncipe lo impide si logra que no le odien ni desprecien, así como que el pueblo esté contento de él, ventaja substancial que debe obtener, como más arriba se expresa por extenso. Uno de los medios más eficaces contra las conspiraciones es que no le aborrezcan la mayoría de los gobernados; porque el conjurado cree siempre que satisface al pueblo con la muerte del príncipe, pero, si cree ofender al vulgo, no se anima a tomar semejante partido, visto que son infinitas las dificultades que se le presentan.

Digitized by Google

La experiencia enseña que fueron muchas las confabulaciones y que pocas tuvieron buen término, porque el conspirador no puede estar solo, ni buscar la sociedad sino de aquellos que cree descontentos; y en cuanto has descubierto tu pensamiento a uno de ellos, le das materia para contentarse, porque manifiestamente no debe esperar toda comodidad. Viendo, por una parte, segura la ganancia y, por otra, hallándola dudosa y llena de peligros, sería menester que fuera un amigo poco corriente para el iniciado en la conspiración, o un enemigo obstinado del príncipe para conservarte la lealtad.

Reduciendo la cuestión a pocos términos, digo que del lado del conspirador no hay más que miedo, envidia y sospecha de un castigo que le amedrenta, y del lado del príncipe pesan, protegiéndole, la majestad del principado, las leyes, la defensa de los amigos y del Estado; de tal modo que, si la benevolencia popular se agrega a todas estas cosas, es imposible que alguien tenga suficiente temeridad para conjurar. Si todo conspirador ha de temer antes de la ejecución del proyecto la posibilidad de salir descalabrado, aun cuando triunfe deberá temer asimismo que el pueblo sea su enemigo, porque entonces no le quedará ningún refugio.

Sería posible citar infinitos ejemplos sobre este asunto, pero me atendré a uno solo, cuyo recuerdo nos legaron nuestros padres. Micer Aníbal Bentivoglio, príncipe de Bolonia y abuelo del actual micer Aníbal, fue asesinado por los Canneschi a consecuencia de una conspiración, de suerte que

Digitized by Google

no quedó de su linaje sino micer Juan, el cual estaba aún en pañales [2]; pero a poco del homicidio se sublevó el pueblo e hizo perecer a todos los asesinos. Aquello fue consecuencia de la benevolencia popular que la familia se había ganado. Este amor era tan grande, que, no habiendo en Bolonia nadie del linaje que gobernase el Estado a la muerte de Aníbal, y teniendo noticia de que en Florencia había un Bentivoglio [3], hasta entonces considerado hijo de un artesano, los de Bolonia fueron en su busca y le concedieron el gobierno de la ciudad, hasta que micer Juan estuvo en edad de regirla por sí mismo.

En conclusión, el príncipe debe inquietarse poco de las conjuras si goza del aprecio del pueblo; pero cuando éste le es enemigo y le odia, razones tiene para temer todo y a todos. Los Estados bien ordenados y los príncipes sabios procuran con gran diligencia no descontentar a los grandes y satisfacer al pueblo. Ésta es una de las materias más importantes en que el príncipe debe poner la mira.

Entre los reinos bien ordenados y gobernados de nuestra época figura el de Francia. En él se halla una infinidad de magníficas instituciones, de las cuales dependen la libertad y seguridad reales, siendo la primera de ellas el parlamento y la autoridad de que disfruta. Enterado el fundador

2. En las *Historias florentinas* (VI, 10), el propio Maquiavelo dice de él que contaba seis años. Julio II le arrebató la señoría en 1506. El primer Aníbal perdió la vida en 1445.

3. Se llamaba Santos, hijo de Hércules Bentivoglio, primo de Aníbal. El menestral era Antonio de Cascese.

Digitized by Google

de aquel reino de la ambición y la insolencia de los magnates, y juzgando que necesitaban un freno que los reprimiese, conociendo asimismo cuánto los aborrecía el pueblo a causa del miedo, y queriendo contener a unos y a otro, no deseó que tal cuidado pesase sobre el rey, librándole de la acusación de que favorecía a los grandes a costa del pueblo y a éste a costa de aquéllos, y así estableció por juez a un tercero que, sin que el monarca sufriese, contuviera a los grandes y protegiera a los pequeños. No habrá orden mejor ni más prudente, ni medio más adecuado de seguridad para el rey y el reino. De aquí se deducirá que los príncipes deben delegar en otros la administración de las cosas gravosas, reservándose para sí las de gracia. Concluyo de nuevo que un príncipe tiene que estimar a los grandes sin hacerse odiar del pueblo.

Acaso parezca a muchos, meditando la vida y muerte de algún emperador romano, que hay ejemplos contrarios a esta opinión mía, dado que más de uno vivió siempre en perfección e hizo gala de grandes virtudes, perdiendo, sin embargo, el imperio, o siendo asesinado por una coalición de los suyos. Deseando replicar a semejantes objeciones, estudiaré las cualidades de varios emperadores, señalando que las razones de su ruina no contradicen cuanto he aducido, y presentaré las cosas que llaman la atención a los que leen los hechos de aquellos tiempos. Me bastará aducir los emperadores que se sucedieron en el imperio desde Marco el Filósofo [4] hasta Maximino [5], a saber, Mar-

4. Marco Aurelio (121-180).
5. Julio Vero Maximino el Tracio (173-238).


BIBLIOTECA GEOGRAFIA E HISTORIA
Digitized by Google

co, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino.

Nótese, ante todo, que en los principados solamente se ha de luchar con la ambición de los grandes y la insolencia de la plebe; pero los emperadores romanos tenían, además, que soportar una tercera dificultad, esto es, la crueldad y la rapacidad de los soldados. Era tan arduo conseguirlo, que ocasionó la ruina de muchos. No es, en verdad, fácil satisfacer simultáneamente a los soldados y al pueblo, porque los ciudadanos, y los soldados aprecian el soberano de espíritu belicoso, cruel y rapaz. Los del imperio anhelaban que ejercieran estas últimas prendas funestas a expensas de los pueblos, a fin de tener doble soldada y hartar su avaricia y crueldad.

Esto hacía que arruinasen a los emperadores que, bien por índole natural, bien por afición, carecían de tan gran fama que tuviesen a unos y a otros domeñados; los más de ellos, sobre todo los que ascendían al principado como hombres nuevos, conociendo la dificultad de conciliar estos dos talantes tan dispares, procuraban contentar a los soldados sin espantarse de ofender al pueblo. Apenas podían proceder de otro modo. No siendo posible a los príncipes evitar que algunos los aborrezcan, deben esforzarse por no serlo del número mayor; cuando no lo consiguen, tienen que imaginar toda clase de recursos para librarse del odio de la clase más fuerte. Así, pues, los emperadores que necesitaban de favores extraordinarios por ser nuevos en el mando, se

Digitized by Google

apegaron más gusto a los soldados que al pueblo, lo cual era en provecho o daño suyo, según supieran o no mantener una gran reputación en el concepto de los soldados.

Tales fueron las causas de que Marco, Pertinax y Alejandro[6], siendo modestos, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, hallaran, desde el primero mencionado en adelante, un fin desdichado. Únicamente Marco vivió y murió muy honrado, porque tenía el imperio por derecho de herencia y no debía reconocer el que imponían los soldados o la plebe; además de esto, dotado de muchas virtudes que le hacían digno de veneración, mantuvo mientras vivió a los unos y a la otra dentro de sus justos límites, sin ser jamás odiado ni despreciado. Pertinax, creado emperador a despecho de los soldados, acostumbrados a una vida de licencia bajo Cómodo, vio cómo le odiaban antes que soportar la decorosa conducta a que él quiso reducirlos. Como era ya de edad avanzada, sumándose el desprecio al odio, produjose su ruina en los principios de su gobierno.

Será preciso notar que el aborrecimiento se despierta tanto con las buenas como con las malas obras. A menudo, como antes dije, se ve por ello el príncipe forzado a no ser bueno, caso que desee conservar el Estado. Cuando la generalidad de los hombres, sean del pueblo, soldados o mag-

6. Marco Aurelio. Pertinax Publio Elvio fue asesinado en 193, cuando aún no había gobernado tres meses. Alejandro Severa (208-235) también fue víctima de una asonada militar.

BIBLIOTECA ... UNIVERSITAS ... UNIVERSIDAD
Digitized by Google

nates, se halla corrompida y en ella pretendes estribar porque lo juzgas necesario para la conservación de tu dominio, tendrás que obedecer a los antojos de su humor y acaso te sean entonces enemigas tus buenas obras. Pero volvamos ahora a Alejandro. Fue tan grande la bondad de este emperador, que se cuenta entre las alabanzas que se le tributaron que no sentenció sin previo juicio a la pena capital a nadie durante los catorce años de su reinado. Con todo, el ejército conspiró contra él y le mató, porque tenía fama de débil y de que permitía que su madre le gobernara.

Viniendo a la comparación de las virtudes de éstos con la cualidades de Cómodo, Severo, Antonino Caracalla y Maximino [7], encontraréis que fueron crueles y rapaces en demasía. No ahorraron al pueblo ninguna injuria para contentar a los soldados, y todos, excepto Severo, tuvieron un fin desdichado. Poseía éste un valor tan grande, que, conservando la estimación de la tropa, siempre reinó con felicidad, aunque oprimía a los pueblos. Sus cualidades llenaron a todos de admiración; el pueblo permaneció en cierto modo atónito y pasmado y los soldados respetuosos y contentos. Como sus acciones tuvieron notable grandeza, siendo un príncipe nuevo, mostraré por

7. Cómodo Marco Aurelio (161-192), hijo del emperador filósofo; Lucio Septimio Severo (146-211), que levantó el arco junto al Capitolio; Marco Aurelio Severo Antonino, hijo del anterior, llamado Antonino Caracalla (186-217), célebre por sus locuras y crímenes, pereció asesinado en las cercanías de Edesa; Maximino el Tracio fue víctima de sus soldados en 238.

Digitized by Google

lo breve cuán bien supo ser al unísono zorra y león, cuya índole, según arriba dije, un príncipe debe imitar.

Conociendo Severo la cobardía del emperador Juliano [8], persuadió al ejército que capitaneaba en Eslavonia, de que fuera a Roma a vengar a Pertinax, muerto a manos de los pretorianos [9]. Este pretexto, con el que disfrazó sus aspiraciones al imperio, le permitió mover la hueste contra Roma. Llegó a Italia antes de que hubiese nuevas de su partida. Una vez en la capital, el Senado le eligió emperador por miedo y Juliano pereció. Dos obstáculos estorbaban que Severo señorease en todo el Estado: uno en Asia, donde Pescenio Níger [10], jefe de las tropas asiáticas, se había hecho proclamar emperador, y otro en Poniente, representado por Albino [11], que codiciaba asimismo el imperio. Como tenía por peligroso declararse enemigo de uno y otro al mismo tiempo, meditó atacar a Níger y engañar a Albino. A éste escribió que, habiendo sido elegido emperador por el Senado, quería que participase de su dignidad; le mandó el título de césar y, por decisión de los senadores, le asoció a sí por colega. Todas estas cosas aceptó Albino por verdaderas. Pero después de que hubo vencido y dado muerte a Níger, y quedó sosegado el intranquilo Oriente, Severo se quejó en el Se-

8. Marco Didio Juliano (133-193), que tuvo el imperio dos meses y seis días.

9. Soldados de la guardia imperial.

10. Llamado el Justo. Pereció en Iso ante Septimio Severo (¿193-194?).

11. Decio Claudio Septimio Albino. Murió en 197.

Digitized by Google

nado de que Albino, ingrato a los beneficios que de él recibiera, había procurado matarle dolosamente, por lo cual debía castigar su desagradecimiento. Fue a encontrarle luego en Francia y le arrebató el Estado y la vida.

Quien escrute sus actos hallará que fue simultáneamente como el ferocísimo león y la astuta zorra; verá que todos le temían y respetaban sin que el ejército le odiara, y no se maravillará, en fin, de que un príncipe nuevo como él conservara un imperio tan dilatado, porque su acrisolada fama le protegió siempre de la aversión que los pueblos habían concebido a consecuencia de sus expoliaciones. Su hijo Antonino [12] fue también varón de prendas sobresalientes, que causaban la admiración de los pueblos y le hacían grato a los soldados. Los ejércitos le amaron porque era belicoso, soportaba hasta el último rigor todo género de fatigas, desdeñaba los manjares delicados y desechaba las seducciones de la molicie. Pero su ferocidad y crueldad fueron desaforadas e inauditas. Después de infinitas muertes de particulares, pasó a cuchillo a gran parte del pueblo de Roma y todo el de Alejandría, llegando a ser extremadamente odiado de las gentes. Empezaron a temerle aun los que le rodeaban, y así le asesinó un centurión en medio de su ejército.

Adviértase que semejantes crímenes son fruto de un ánimo obstinado. Los príncipes no pueden evitarlos porque puede atentar contra ellos quienquiera que desprecie la muerte, y apenas deben

12. Caracalla.

Digitized by Google

temerlos dada su rareza. Unicamente procurarán no afrentar de modo grave a alguno de sus servidores en la administración del principado, error que Antonino cometió al dar muerte afrentosa a un hermano del centurión, el cual le amenazaba a diario con desquitarse. Con todo, le permitía custodiar su persona, partido temerario y capaz de perderle, como, en efecto, sucedió.

Vengamos a Cómodo. Gran facilidad tenía para guardar el imperio, habiéndolo heredado legalmente de su padre Marco: le bastaba sólo seguir las huellas paternas y satisfacer a los soldados y pueblos. Pero su talante cruel y brutal le decidió a halagar a los ejércitos, llevándolos a la licencia, a fin de cebar su rapacidad en las gentes comunes. Era, por otra parte, irrespetuoso de su rango. En los teatros descendía a menudo a combatir con los gladiadores y hacía otras cosas vilísimas e indignas de la imperial majestad, de suerte que llegó a ser despreciable en el concepto de los soldados. Odiado de unos y desdeñado de otros, todos se conjuraron de consuno contra él y encontró la muerte.

Réstanos describir las prendas de Maximino, varón muy belicoso. Hastiados los ejércitos de la molicie de Alejandro, ya mencionado, le elevaron al imperio a la muerte de éste. Poco tiempo lo poseyó, porque dos cosas le hacían odioso y despreciable: era una su humildísimo principio, notorio de todos y causa del desdén universal, pues había guardado rebaños en Tracia; otra, su fama de cruel, porque retrasó su traslado a Roma y la toma de posesión del trono imperial para permitir

Digitized by Google

que sus prefectos ejercieran muchas atrocidades, no sólo en Roma, sino en cualquier región del imperio. Así, pues, excitó a todos tanto el menosprecio que les causaba la vileza de su origen, como la repugnancia que les infundía su ferocidad. África se rebeló primero y a continuación el Senado y el pueblo romano, hasta que toda Italia conspiró contra él. Finalmente, se incorporó a los descontentos el propio ejército, que combatía a Aquilea, con grandes dificultades para tomarla, y le mató fatigado de su crueldad y envalentonado al verle rodeado de enemigos tan numerosos.

No hablaré de Heliogábalo, ni de Macrino, ni de Juliano[13], que desaparecieron en seguida por ser absolutamente aborrecibles, y volveré a la conclusión de este discurso. Digo que los príncipes de nuestra época no tienen en sus gobiernos tanta dificultad en contentar extraordinariamente a los soldados. A pesar de que deben tratarlos con alguna consideración, el obstáculo se allana pronto, porque estos príncipes no poseen ejércitos que hayan arraigado en los gobiernos y administraciones provinciales, como lo hicieron las legiones del imperio romano. Si convenía entonces satisfacer más a las tropas que a los pueblos, porque aquéllas eran más fuertes que éstos, ahora, en cambio, todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán[14], más necesitan contentar a los pueblos que a los soldados, porque son los más fuertes.

13. Heliogábalo (204-222) se llamaba Vario Avito Basiano; Macrino (217-218) era natural de Cesarea (Mauritania); Juliano es el ya referido Marco Didio.
14. Alude al sultán de Egipto.

Digitized by Google

De ellos exceptúo al Turco, que se rodea siempre de doce mil infantes y quince mil jinetes, de los que depende la seguridad y fortaleza de su reinado, cuya afición y lealtad es menester que conserve, posponiendo cualquiera otra consideración. Otro tanto acontece en el gobierno del Sultán, que precisa conservar su afecto sin respeto de los pueblos, porque se halla por entero en manos de los soldados. Habéis de observar que el Estado del Sultán discrepa de los restantes, asemejándose al pontificado cristiano, que no puede llamarse soberanía hereditaria ni nueva. Los hijos del príncipe viejo no son herederos ni señores, sino le sucede el que eligen quienes tengan autoridad y facultad para ello. Viniendo este orden de antiguos tiempos, no puede llamarse principado nuevo y no presenta ninguna de las dificultades que entorpecen los de este género. Aunque el príncipe sea nuevo, la constitución de aquel Estado es antigua y enderezada a que le acepten como si poseyera por derecho hereditario.

Volvamos a nuestra materia. Digo, pues, que el que medite lo ya discurrido, verá que el odio o el desprecio causaron la perdición de los emperadores nombrados. Comprenderá también por qué obrando una parte de ellos de un modo, y de modo opuesto la otra, en todos los casos sólo uno tuvo un fin dichoso y los demás uno desdichado. Pertinax y Alejandro, príncipes nuevos, quisieron en vano imitar, incurriendo incluso en perjuicio propio, a Marco, que tenía el gobierno por derecho sucesorio. Igualmente adversa fue a Caracalla, Cómodo y Maximino la pretensión de remedar a

Digitized by Google

Severo, porque carecieron del valor suficiente para seguir sus huellas. Por lo tanto, un príncipe nuevo en un nuevo principado no debe imitar las acciones de Marco, ni es indispensable que tome por modelo las de Severo. De éste admitirá los partidos conducentes a la fundación del Estado, y de Marco las disposiciones propias y gloriosas para mantener el ya establecido y seguro.

Digitized by Google

XX

An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia an inutilia sint [1]

Unos príncipes desarmaron a sus súbditos para conservar seguramente su Estado y otros dividieron los países a ellos sometidos; aquéllos dieron pasto a la enemistad, éstos procuraron ganarse los hombres de que sospecharon en el principio de su reinado y, en fin, algunos construyeron fortalezas y otros las demolieron y arrasaron. No puede establecerse una regla fija sobre estas cosas, a menos que se considere un Estado determinado que hubiese de tomar un partido semejante; sin embargo, hablaré de ello de una manera general, según la amplitud a que da pie la importancia del asunto.

Jamás hubo príncipe nuevo que desarmase a sus súbditos; antes bien, hallándolos desarmados, siempre los armó él mismo. Si esto haces, las armas de tus súbditos se convierten en las tuyas, los sospechosos se vuelven fieles tuyos, los leales

1. «Si son o no útiles las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes a menudo.»

Digitized by Google

se mantienen en su fidelidad y de gobernados pasan a ser tus partidarios. Pero como no se pueden armar todos los súbditos, los que armas reciben un favor en tal caso y estarás más seguro con respecto a los otros. La distinción que les otorgas les hace deudores tuyos y los demás te disculpan, juzgando que aquéllos tienen más mérito que ellos, porque se exponen a más peligros y contraen mayores deberes. Si desarmas a tus gobernados, empiezas por ofenderlos y revelas que desconfías de ellos, bien por bajeza, bien por la poca fe que te tienen, y ambas opiniones engendran el odio contra ti. Además, como no puedes estar sin armas, convendrá que recurras a tropas mercenarias, cuyos daños expresé en una parte anterior. Aun en el supuesto de que fueran buenas, no lo serán tanto que te defiendan de los enemigos poderosos y de los súbditos de que sospeches.

Por esto, como ya dije, el príncipe que adquiere un Estado siempre se procura un ejército propio. Las historias presentan innumerables ejemplos de ello. Pero cuando adquieres un Estado que incorporas como miembro del antiguo, habrás de desarmar a todos, salvo aquellos que fueron partidarios tuyos en la adquisición. Y aun es menester debilitar y afeminar a la larga a éstos, aprovechando las ocasiones propicias, y conseguir que las únicas armas de tu Estado estén en manos de los soldados que vivieron cerca de ti en tu antiguo Estado.

Nuestros mayores [2], y especialmente los reputa-

2. Los florentinos.

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

dos sabios, solían decir que era necesario, para mantenerlas, estimular las banderías en Pistoya y tener a Pisa con fortalezas. Por esto, en algunas tierras sometidas a ellos, fomentaban los partidos para poseerlas más efectivamente. Ello sería muy oportuno en una época en que en Italia reinaba cierto equilibrio; mas no creo que convenga en la actualidad, estando persuadido de que las divisiones jamás hicieron bien alguno. Las ciudades divididas se perderán cuando el enemigo se acerque, porque la parte más débil se adherirá a las fuerzas externas y la otra no podrá impedir su caída.

Los venecianos, inducidos, en mi opinión, por las anteriores consideraciones, daban pábulo en las ciudades sometidas a ellos a los bandos güelfos y gibelinos, y aunque no consentían que sus pendencias llegasen hasta la efusión de sangre, sin embargo, atizaban el espíritu de facción, a fin de que distraídos en aquellas pendencias no se unieran en contra suya. Pero estas cautelas no les aprovecharon, como se vio, cuando fueron derrotados en Vailá, porque una parte se envalentonó y les quitó todos los dominios de tierra firme. Arguyen, por lo tanto, semejantes medios que el príncipe es débil, pues en un principado fuerte nunca se permitirán tales divisiones. Aprovechan solamente en tiempo de paz, pues se gobierna con más facilidad a los súbditos gracias a ellas; pero, llegada la guerra, el procedimiento evidencia su falacia.

Es indudable que los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y resistencias que se les ofrecen; pero la suerte, en especial si quiere

Digitized by Google

engrandecer a un príncipe nuevo, que tiene mayor necesidad de obtener fama que uno hereditario, le suscita enemigos y le inclina a llevar a cabo campañas contra ellos, a fin de que tenga motivos de vencerlos y, empleando el triunfo como escala, subir más alto. No obstante, muchos estiman que un príncipe sabio debe, en cuanto tenga ocasión, proporcionarse con astucia algún adversario para que, reprimiéndole, haga mayor su grandeza.

Los príncipes, sobre todo los nuevos, encontraron más lealtad y provecho en los que tuvieron por sospechosos en los comienzos de su soberanía, que en los que confiaban en un principio. Pandolfo Petrucci [3], príncipe de Siena, gobernó su Estado más con los que le habían sido sospechosos que con los que no lo habían sido. Pero, variando tanto los casos, nada puede decirse por extenso sobre este particular. Me limitaré a expresar que, a los hombres que en la inauguración de un principado fueron enemigos, el príncipe logrará ganárselos fácilmente, si no consiguen mantener su oposición sin buscar el apoyo ajeno. Entonces se verán más precisados a servirle con fidelidad, cuando comprendan que deben mudar con las obras la opinión contraria que de ellos tenía. Por lo tanto, son más útiles que aquellos que, sirviéndole sin apuros personales, descuidan los negocios del príncipe.

Puesto que la materia lo requiere, aconsejaré a los príncipes que adquirieron un Estado mediante los favores de algunos particulares, que

3. Pandolfo Petrucci (1452-1512) fue enemigo acérrimo de César Borgia y se salvó de las ejecuciones de Sinigaglia.

Digitized by Google

consideren bien qué razones movieron a éstos a favorecerlos. Si no les ayudaron por afecto natural, sino porque estaban descontentos del gobierno anterior, con grandes trabajos y dificultades conservarán su amistad, dado que imposible es que puedan contentarlos. Discurriendo sobre esto, según los ejemplos que se tienen, antiguos y modernos, verán que es mucho más fácil hacer amigos de los hombres que se daban por satisfechos con el estado de cosas precedente, aunque fuesen enemigos suyos, que de los descontentos que los favorecieron por interés personal.

Acostumbran los príncipes, deseosos de tener más firme su Estado, edificar fortalezas que sirvan de brida y freno a quienes conciban el designio de rebelarse contra ellos, así como de refugio seguro en un ataque imprevisto. Alabo esta precaución usada desde antiguo. No obstante, en nuestra época se vio a micer Nicolás Vitelli [4] derrocar dos fortalezas en Città di Castello para conservarla. Guido Ubaldo [5], duque de Urbino, al regresar a sus dominios, de los que César Borgia le había expulsado, arruinó hasta los cimientos todos los baluartes de aquella provincia, pensando que difícilmente volvería a perderla sin ellos. Vueltos los Bentivoglio a Bolonia [6], procedieron de igual manera. Las fortalezas son, pues, útiles o no según los tiempos; si por un lado te benefician, por otro

4. Padre de Pablo y Vitellozzo, mencionados en el capítulo VII.
5. Hijo de Federico de Montefeltro. Recobró su dominio en 1502.
6. Cf. el capítulo XIX.

Digitized by Google

te perjudican. La cuestión puede resumirse de la forma que sigue.

Debe construirlas el príncipe que tema más a su pueblo que a los extranjeros; pero renuncie a ellas el que tenga más miedo a éstos que a los pueblos. A la casa Sforza acarreó y acarreará más guerras el castillo que edificó Francisco en Milán que cualquier otro desorden del Estado. La mejor defensa consiste en no ser odiado del pueblo, porque, aun cuando poseyeras fortalezas, no te salvarán del pueblo si te odia. En cuanto toma las armas aparecen extranjeros en socorro suyo. En nuestro tiempo no se vio que aprovechasen a ningún príncipe más que a la condesa de Forlí [7], tras la muerte de su esposo el conde Jerónimo. La ciudadela le permitió burlar la primera embestida del pueblo, hasta que llegaron los socorros de Milán, con los que reconquistó el Estado. Las circunstancias vedaban entonces que los extranjeros llegaran en auxilio del pueblo. De poco le valieron las fortalezas en adelante, cuando César Borgia la atacó y el pueblo, enemigo suyo, se conjuró con él. Por consiguiente, en aquel momento y anteriormente, más hubiera valido a la condesa cobrar la estimación del pueblo que tener fortificaciones. Así, pues, resumiendo estas consideraciones, alabo tanto al que hace fortalezas como al que se abstiene de edificarlas, así como censuro a todo el que desdeña el odio popular porque confía en ellas.

7. Catalina Sforza. Véase el capítulo III.

Digitized by Google

XXI

Quod principem deceat ut egregius habeatur[1]

Nada confiere tanta estimación a un príncipe como las grandes empresas y los hechos singulares. De ello tenemos un ejemplo actual en Fernando de Aragón, soberano de España. Podría llamársele príncipe nuevo, porque el rey débil ha llegado a ser, por fama y gloria, el primer monarca de la Cristiandad. Considerad sus acciones y las hallaréis muy grandes, y más de una extraordinaria. En el principio de su reinado atacó el reino de Granada, empresa que fue el cimiento de su grandeza. A fin de conquistarla sin estorbos y temores que le distrajeran, cuidóse de mantener ocupados en ella a los barones de Castilla; de este modo, sin que lo advirtieran, adquirió dominio sobre ellos y gran reputación. Pudo formar ejércitos con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, y lograr, mediante, esta larga guerra, una buena tropa que le ha proporcionado luego mucha honra.

1. «Lo que conviene al príncipe para que adquiera fama.»

Digitized by Google

Aparte de esto, con el propósito de emprender mayores acciones, sirviéndose siempre de la religión como de piadoso pretexto, expulsó a los marranos [2] de su reino, cosa que no tiene par por su crueldad y rareza. También so color de la religión, atacó África [3], después asaltó Italia [4] y últimamente volvió sus armas contra Francia [5]. De esta suerte urdió constantemente grandes empresas, que mantuvieron suspensos y admirados a sus súbditos, ocupando su ánimo con el posible resultado de las mismas. Una nació de otra, sin que hubiera entre ellas pausa que permitiera a sus gobernados maquinar secretamente contra él.

Harto favorece también a un príncipe dar de sí ejemplos extraordinarios en lo que toca a la administración interna de su dominio, como los que se refieren de micer Bernabé de Milán [6], así como cuando alguno efectúa una cosa extraordinaria, tanto en bien como en mal, en la vida civil, buscando un modo famoso de premiarle o de castigarle. El príncipe debe sobre todo inventar el medio de dar en todos sus actos motivo para que

2. Los marranos fueron arrojados de España en 1501-1502. Se daba tal nombre a los españoles no cristianos, especialmente a los judíos, más que con ánimo injurioso por razones etimológicas y filológicas que sería prolijo exponer aquí.

3. Fernando el Católico, en 1509, había ocupado el norte de África desde Trípoli a Orán.

4. Para adueñarse del reino de Nápoles. Cf. los capítulos I y III.

5. Dirigió en 1512 sus miras hacia Navarra.

6. Poseyó Milán y el este de Lombardía. Su sobrino y yerno Juan Galeazzo le hizo prisionero a traición en 1385 y murió envenenado.

Digitized by Google

se le estime por hombre grande y de superior ingenio.

También se aprecia al príncipe cuando es amigo y enemigo declarado, a saber, cuando sin rebozo se muestra a favor de uno en contra de otro. Este partido resulta siempre más útil que permanecer neutral, porque, si dos potencias vecinas tuyas luchan entre sí, son tales que has de temer o no a la triunfadora. En uno y otro caso te será siempre más provechoso declararte y hacer guerra franca. En el primero, si no te determinas, estarás a la merced del que venza, con gran placer y contento del vencido, y no podrás recurrir a nadie para que te socorra o te dé asilo. El que triunfa rechaza a los amigos sospechosos, que quizá no le ayuden en la adversidad; quien pierde no te acogerá porque no te arriesgaste a correr su suerte con las armas en la mano.

Pasó Antíoco a Grecia, a petición de los etolios, para expulsar a los romanos. Envió Antíoco [7] embajadores a los aqueos, amigos de Roma, para inducirlos a la neutralidad, mientras los romanos les suplicaban que se armasen en favor suyo. Deliberóse el asunto en el consejo de los aqueos. El enviado de Antíoco intentó en él persuadirles que fuesen neutrales, a lo que replicó el legado de Roma: «*Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate, prœmium victoris eritis*» [8].

7. Véase el capítulo III.
8. «Lo que éstos dicen para que no intervengáis en la guerra, nada es más opuesto a vuestros intereses, porque,

Digitized by Google

Ocurrirá siempre que buscará tu neutralidad quien no sea amigo tuyo y que el amigo solicitará de ti que te manifiestes en su favor, tomando las armas. Los príncipes irresolutos, que tratan de evitar los peligros presentes, echan las más veces por el camino de la neutralidad y suelen correr hacia la ruina. Pero cuando el príncipe se declara con gallardía partidario de un bando, si vence el que eliges, aunque sea poderoso y quedes a su discreción, está obligado a ti y te habrá cobrado amor. Los hombres jamás son tan deshonestos que te oprimieran dando un ejemplo de inaudita ingratitud. Además, nunca fueron las victorias tan ciertas, que el vencedor pudiera prescindir de todo respeto, en especial del que se debe a la justicia. Si, en cambio, pierde el bando a que te unes, serás bien quisto de él, te ayudará mientras pueda y serás compañero de una fortuna que quizá mejore. En el segundo caso, cuando los que luchan son tales que no hayas de temer al vencedor, es tanto más prudente unirte a uno de ellos, cuanto procuras la ruina del otro que, si fuera sabio, debería salvarle. Triunfando queda a tu discreción y es imposible que no venza con tu socorro.

Es menester notar aquí que un príncipe nunca debe buscar un aliado más fuerte que él, a menos que la necesidad le obligue, como se dijo arriba, para atacar a otros, porque, si vencéis, quedarás prisionero suyo. Los príncipes tienen que evitar

---

privados de toda consideración e indignos de toda gracia, si no tomáis parte en ella, seréis el premio del vencedor» (Tito Livio, XXXV, 49).


Digitized by Google

en lo posible hallarse a disposición de la voluntad ajena. Los venecianos se aliaron con Francia contra el duque de Milán [9], cuando nada les obligaba a ello, y de la confederación resultó su ruina. Si no pueden evitarse estas alianzas, como ocurrió a los florentinos, cuando los ejércitos del Papa y de España fueron a atacar Lombardía [10], entonces el príncipe debe unirse a los otros por las razones ya dichas. No crea nunca un Estado que podrá elegir constantemente el partido más seguro, sino, por el contrario, piense que todos serán dudosos, porque es conforme al ordinario curso de las cosas que jamás se huya de un inconveniente sin caer en otro. La prudencia consiste en saber reconocer la calidad de los mismos y tomar por buena la resolución menos mala.

También corresponde a un príncipe mostrarse amante de las virtudes, honrando a los hombres honestos y a los que en un arte sobresalgan. En consecuencia, estimulará a sus ciudadanos a que desempeñen en paz su profesión mercantil, agrícola y de cualquiera otra especie, y a que no teman aumentar su hacienda por miedo de perderla, ni renuncien a inaugurar un nuevo comercio por recelo de los tributos. Debe premiar al que estas cosas haga y a cuantos se propongan enriquecer de algún modo su ciudad o Estado. Asimismo pro-

9. Véase el capítulo II.
10. Los florentinos se mantuvieron al margen de la contienda. En este caso Maquiavelo no es muy puntual, porque los Médicis regresaron a Florencia, gracias al apoyo de la Liga Santa, que supo explotar la neutralidad florentina.

Digitized by Google

curará distraer sus pueblos con fiestas y espectáculos en tiempos convenientes del año. Como toda ciudad se divide en gremios y estamentos, tiene que respetar esta diversidad, reunirse en ocasiones con ellos y dar ejemplo de bondad y de munificencia, sin perder jamás la majestad propia de su rango, que debe conservar en todas las circunstancias.

Digitized by Google

XXII

De his quos a secretis principes habent [1]

Tiene no poca importancia para los príncipes la elección de sus ministros, cuya excelencia o nulidad depende del acierto que usaron. El primer juicio sobre la inteligencia de un señor se funda en ver de qué hombres se rodea. Cuando éstos son aptos y leales hay que reputarle sabio, porque entendió su capacidad y logró mantenerlos fieles a su persona; pero, si son de otra manera, hay que tener de él un juicio desfavorable, porque cometió error en esa elección. Quien viera a micer Antonio de Venafro por ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no titubearía en creer que éste era un varón sumamente prudente, puesto que tal ministro tenía.

Como hay tres clases de talento, uno que comprende por sí mismo, otro que discierne por lo que se le dice y un tercero que no entiende ni por sí ni con la ayuda ajena, siendo la primera superior en todo, la segunda excelente y la tercera

1. «De los secretarios de los príncipes.»

BIBLIOTECA DE UNIVERSIDAD UNIVERSITAS

Digitized by Google

inútil, era forzoso que Pandolfo fuese de la segunda especie si no pertenecía a la primera. El príncipe capaz de conocer lo bueno y lo malo que se hace y dice, aunque carezca de ingenio inventivo, discierne las obras malas y buenas del ministro, corrigiendo aquéllas y ensalzando éstas, y el ministro, como no puede engañarle, se atiene a la lealtad y a la integridad.

El príncipe tiene un modo infalible de conocer al ministro. Si ves que piensa más en sí que en ti, y que en todas sus acciones busca su personal provecho, persuádete de que no te servirá bien y desconfía de él. El que maneja los negocios de un Estado, jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe, ni recordarle nunca cosa alguna que no responda al principado. Por otra parte, el príncipe mantendrá bueno al ministro con honras, enriqueciéndole y obligándole con el reconocimiento de las dignidades y cargos que de él recibe, a fin de que comprenda que no puede prescindir de él: los grandes honores, las muchas riquezas y las altas categorías le harán temer los cambios. Por lo tanto, cuando los príncipes tratan así a los ministros y éstos coinciden en un todo con ellos, pueden fiarse los unos de los otros; pero si falta esta disposición de ánimo, siempre acaba mal uno de los dos.

Digitized by Google

XXIII

Quomodo adulatores sint fugiendi[1]

No callaré una importante cuestión, consistente en una falta que los príncipes evitan con dificultad si no son muy prudentes o no tienen buen criterio para elegir. Me refiero a los aduladores de que están llenas las cortes. Los hombres se complacen tanto en sus hechos y cosas propias, y en ellos se engañan por afecto natural, que se protegen difícilmente de esta plaga, y aun, al procurar alejarla están a punto de incurrir en el desprecio. No hay otro remedio contra la adulación sino que los cortesanos comprendan que no te ofenden diciéndote la verdad. Pero si cada uno puede decírtela, te faltará al respeto.

Por lo tanto, el príncipe prudente debe seguir el curso intermedio de elegir hombres sabios de su Estado, a los que otorgará la licencia de decirle la verdad únicamente sobre cosas que les pregunte y sobre ninguna otra. Sin embargo, tiene que interrogarles sobre todas, escuchar sus opiniones,

1. «De qué modo hay que huir de los aduladores.»

Digitized by Google

reflexionar luego por sí mismo y resolver lo que crea más conveniente. Procurará que su trato con estos consejeros y con cada uno de ellos en particular, sea de suerte que comprendan que cuanto más francamente le hablen, tanto más aceptos le serán. Fuera de ellos, no escuchará a nadie, ejecutará sin vacilaciones los acuerdos tomados y será tesonero en sus determinaciones. El príncipe que otra cosa hace, decae por culpa de los aduladores o cambia constantemente de parecer, de lo que nacerá que le tengan en mala opinión.

A este particular quiero citar un ejemplo moderno. El preste Lucas [2], individuo del actual emperador Maximiliano, dijo que Su Majestad no se aconsejaba con nadie y que jamás hacía nada a su gusto. Esto procede de seguir el principio contrario al indicado. El emperador es hombre aficionado al secreto, que no comunica sus propósitos, ni consulta pareceres; pero cuando los ejecuta, empiezan a conocerse y le contradicen cuantos le rodean, renuncia fácilmente a ellos. Así, desiste un día de lo hecho el anterior; por ello nunca se prevé lo que quiere hacer, ni lo que proyecta, siendo imposible fundarse en sus determinaciones.

Un príncipe debe pedir consejo cuando lo desea y no cuando agrada a los demás; antes bien, hará que se desista de aconsejarle, a no ser que él lo solicite. Pero tiene que preguntar constantemente y escuchar después con paciencia la verdad sobre las preguntas que hizo y aun no turbarse cuando

2. Lucas Rainaldi, embajador de Maximiliano de Austria.

Digitized by Google

alguien sea sincero. Se engañan ciertamente los que piensan que un príncipe, estimado por su prudencia, no la debe a sí mismo, sino a los buenos consejos de los que le rodean. He aquí sobre esto una regla inequívoca: no estará bien aconsejado el príncipe que no sea sagaz de sí mismo, a menos que se fíe por casualidad de un solo hombre prudente, que en todo le gobierne. En este caso, saldrá con bien durante cierto tiempo; pero, al cabo, el gobernante no tardará en arrebatarle el Estado. Pero aconsejándose con más de uno, el príncipe que no sea sabio no escuchará jamás pareceres acordados, ni sabrá ponerlos de acuerdo. Cada consejero pensará en los propios intereses y él no sabrá corregirlos ni notarlo. No hay otra especie de consultores, porque los hombres se portarán mal contigo, a no ser que les obligues a ser buenos. Hay que concluir, por consiguiente, que los buenos consejos, vengan de donde vinieren, conviene que dimanen de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIV

Cur Italiae principes regnum amiserunt [1]

Las reglas expuestas, si se siguen con prudencia, hacen que parezca antiguo el príncipe nuevo y le proporcionan más estabilidad y firmeza en el Estado que si lo poseyera por herencia. Mereciendo una mayor atención las acciones de un príncipe nuevo que el hereditario, cuando se las juzga grandes, ganan mucho mejor la estimación de los hombres y los empeñan más que la obediencia debida a un linaje secular. Los humanos se cobran más por las cosas presentes que por las pretéritas y, cuando las actuales los benefician, gózanse en ellas y no buscan otras. Abrazan el partido del príncipe nuevo, siempre que no se traicione a sí mismo en el resto de su conducta. Así tendrá la doble gloria de haber dado origen a un principado y de haberlo adornado y fortalecido con buenas leyes, armas excelentes y preclaros ejemplos; asi como una doble ignominia espera

1. «Por qué algunos príncipes de Italia perdieron sus dominios.»

Digitized by Google

al príncipe nato que perdió el Estado por su imprudencia.

Si se consideran los señores italianos que perdieron su Estado en nuestra época, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros [2], se verá en ellos, ante todo, el común defecto de que cometieron la misma falta en cuanto a las armas, por las razones que ya se explicaron por extenso. Se reconocerá después que alguno tuvo por enemigos a sus pueblos o, si gozaba de la amistad del pueblo, no supo asegurarse a los grandes. Sin estos errores, no se pierden los Estados bastantes fuertes para tener un ejército en campaña. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio [3], no tenía mucho territorio comparado con la grandeza de los romanos y de Grecia que le atacaron; sin embargo, sostuvo muchos años la guerra contra ellos, porque era belicoso y sabía tanto contener al pueblo como asegurarse a los grandes. Si a la postre le desposeyeron de algunas ciudades, conservó, no obstante, su reino.

No acusen, pues, a la suerte, sino a su cobardía, aquellos príncipes nuestros que tuvieron la soberanía muchos años y luego la perdieron. Como no pensaron en tiempo de paz que la situación pudiera mudarse (defecto común a los hombres es olvidarse de la tempestad estando en bonanza), ocurrida la adversidad pensaron más en huir que en defenderse y esperaron que los pueblos, fati-

2. Federico de Aragón y Ludovico el Moro.
3. Tito Quinctio Flaminio venció a Filipo V en Tesalia (197 a. J. C.).

Digitized by Google

gados de la insolencia del vencedor, los llamasen. Este partido es bueno a falta de otro; pero malo resulta, en cambio, el haber renunciado a otros remedios por éste, ya que un príncipe no debiera caer por confiar en que encontrarás a alguien que te recoja. Esto no sucede, y aunque suceda, no hallarás seguridad en ello, porque se trata de un vil modo de protección y además no depende de ti. Buenas, seguras y duraderas son las defensas que dependen de ti mismo y de tu valor.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXV

Quantum fortuna in rebus humanis possit, et quomodo illi sit ocurrendum[1]

No ignoro que muchas opinaron y opinan que, gobernando la fortuna y Dios las cosas de este mundo, la humana prudencia no puede alterar las adversidades y, por tanto, que éstas no tienen remedio alguno. Con arreglo a ese criterio podría juzgarse que es vano fatigarse en semejantes ocasiones y que sería preferible rendirse a los antojos de la suerte. Parece avalar esta opinión en nuestro tiempo la gran mudanza de estados y hechos que, fuera de toda humana conjetura, se vieron y se ven a diario. Meditándolo, a veces me he sentido inclinado a defender esa opinión.

Pero, como no se ha anonadado nuestro libre albedrío, admito que sea verdad el que la fortuna rija la mitad de nuestras acciones; sin embargo, nos deja gobernar la mitad restante o buena parte de la misma. La comparo a un río funesto que

1. «Cuánto poder tiene la fortuna sobre las cosas humanas, y cómo se puede hacerle frente.»

Digitized by Google

cuando crece anega llanos, derriba árboles y edificios, y quita tierra de un paraje para acumularla en otro. Entonces todo el mundo huye ante él y todo cede a su ímpetu sin poder hacerle frente. Y aun siendo así, no por ello es imposible que los hombres en tiempo quieto se prevengan con diques y reparos, de suerte que cuando crezca el río haya de discurrir por un canal, o que su ímpetu sea menos incontenible y dañino.

Lo mismo acontece con la fortuna. Ejerce su poder donde no existe precaución para resistirla, dirigiendo su violencia hacia el lugar en que sabe que no hay espigones, diques ni reparos que la contengan. Si consideráis Italia, escena de estas mudanzas y centro de su impulso, veréis que es campo desprotegido contra la riada. Si se defendiese con virtudes adecuadas, como se protegen Alemania, España y Francia, la crecida no alcanzaría sus actuales proporciones o no se hubiese producido. Deseo que esto baste para cuanto pueda decirse de la oposición a la fortuna en general.

Ciñéndome a casos particulares, digo que un príncipe hoy prospera y mañana se arruina sin que se le haya visto mudar de carácter ni de prendas. Creo que esto dimana de las razones ya expresadas, o sea que se pierde el príncipe que se apoya por entero en la suerte. Es dichoso, en mi creencia, aquel cuyo proceder se armoniza con la calidad de la época, y desdichado aquel cuya conducta desacuerda con los tiempos.

Se comprueba, efectivamente, que los hombres obran diversamente en las acciones conducentes al fin que se han propuesto, sea la gloria o la rique-

Digitized by Google

za: uno con cautela, otro con ímpetu; éste con violencia, el otro con ingenio; el de acá de modo paciente, el de allá sin espera; y cada uno, sin embargo, llega a él por estos medios distintos. Pero también se ve que de dos varones moderados, uno alcanza su objeto y otro no, y que, de otra parte, tienen igual acierto otros dos con expedientes dispares, uno moderado y otro violento. Lo cual obedece únicamente a que la calidad de los tiempos esté conforme o no con su conducta. Resulta de ello lo que he dicho, a saber: dos diversas maneras de obrar surten el mismo efecto, y dos idénticas tienen un éxito distinto.

De esto también depende la variación de su felicidad, porque, si uno se conduce con moderación y paciencia, y el tiempo y las cosas se vuelven de modo que su gobierno sea bueno, prospera; pero si varían los tiempos y las cosas, se arruina porque no muda de conducta. No hay hombre, por prudente que sea, que sepa acomodarse a esto, bien porque no puede desviarse de aquello a que la naturaleza le inclina, bien porque no se decide a desviarse de la vía que recorrió siempre con prosperidad. El hombre moderado no sabe obrar con ímpetu cuando le llega el momento de hacerlo, resultando de ello su perdición. Si él mudara de naturaleza al compás del tiempo y las circunstancias, su fortuna permanecería inalterable.

El papa Julio II, que procedió con impetuosidad en todas sus empresas, halló la época y las cosas tan acomodadas a su conducta, que siempre acertó. Considérese su primera acción contra Bo-

Digitized by Google

lonia, cuando aún vivía micer Juan Bentivoglio. Los venecianos la consideraban con malos ojos y el rey de España y el de Francia trataban de lo que harían en aquel caso, cuando el Pontífice, valeroso y lleno de ardor, fue en persona a aquella expedición. Aquello tuvo quietos y suspensos a España y a los venecianos, a éstos por miedo y a aquélla por el deseo de recobrar todo el reino de Nápoles. Por otro lado, atrajo al soberano francés, que, habiéndole visto en movimiento y deseando su amistad para abatir a Venecia, juzgó que no podría negarle sus ejércitos sin ofenderle de manera manifiesta.

Llevó, pues, Julio a cabo con su proceder vehemente lo que jamás otro Papa, con toda la prudencia humana, hubiera logrado. Si hubiese esperado partir de Roma con sus determinaciones firmes y ordenadas las cosas necesarias, como cualquier otro Pontífice habría hecho, no hubiese tenido éxito, porque el rey de Francia hubiese alegado mil pretextos y los otros le hubieran infundido mil temores nuevos. No estudiaré sus restantes acciones en todo semejantes a ésta, que también fueron coronadas por el triunfo. La brevedad de su vida no le permitió experimentar lo contrario; si llegan a sobrevenir tiempos que hubieran demandado circunspección, hubiera fraguado su ruina, pues no se hubiese alejado nunca de los procedimientos a que la naturaleza le inclinaba.

Concluyo, por tanto, que, si varía la fortuna y los hombres permanecen obstinados en su conducta natural, son felices mientras ésta y aquélla

Digitized by Google

van de acuerdo; pero serán desdichados desde que desacuerden. En mi creencia será mejor obrar con ímpetu que con moderación, que la fortuna es mujer y es necesario maltratarla y contrariarla para tenerla sumisa. Se rinde más a los que así la tratan que a los que la galantean con frialdad. Pero como mujer es siempre amiga de los jóvenes, que son menos reflexivos y más bravos, y con más audacia la mandan.



Digitized by Google

Digitized by Google

XXVI

Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam [1]

Considerado lo expuesto, me he preguntado si ahora en Italia las circunstancias permitirían que un príncipe nuevo adquiriera más gloria, y si había motivos que consintieran a uno prudente y valeroso introducir una forma que le honrase e hiciera la felicidad de la generalidad de los italianos. Me parece que concurren tantas cosas en beneficio de un príncipe nuevo, que no sé cuál tiempo habrá más apto para esta empresa. Si, como dije, fue necesario para que el valor de Moisés se manifestara que el pueblo de Israel estuviese esclavo en Egipto; que los persas sufrieran la opresión de los medos para que se conociera la grandeza de ánimo de Ciro y que, para que Teseo exhibiera su excelencia, los atenienses estuvieran dispersos, así, al presente, si se pretende abarcar el valor de un alma italiana, es forzoso que Italia se halle en

1. «Exhortación a dar la libertad a Italia y a rescatarla de los bárbaros.»

Digitized by Google

la situación actual y que sea más esclava que los hebreos, más sujeta que los persas y más dispersa que los atenienses, sin jefe ni instituciones; que haya sido vencida, despojada, desgarrada y asolada, y que en suma padezca todo género de calamidades.

Aunque hasta ahora se vio en alguno cierto destello de inspiración que pudo hacerle creer destinado por Dios a la redención italiana, se observó, sin embargo, que la fortuna le reprobaba en sus más altas acciones. Permaneciendo como sin vida, Italia espera un salvador que cure sus heridas, ponga fin a los saqueos de Lombardía, a las matanzas del Reino y de Toscana, y lleve la salud a las llagas largo tiempo infectadas. Véase cómo implora a Dios que envíe alguien que la rescate de crueldades y bárbaras insolencias, y cómo está pronta, apercibida, a seguir una bandera si hay alguien que la enarbole.

Pero al presente en nadie puede depositar sus esperanzas como no sea en Vuestra Casa[2], que con su fortuna y valor, favorecida por Dios y la Iglesia, a la que dio un príncipe, es la única que puede hacerse cabeza de esta redención. Ello no os será muy arduo si tenéis presentes los hechos y vidas de los príncipes que se han nombrado. Aunque aquellos hombres fueron excepcionales y maravillosos, al cabo fueron hombres y ninguno tuvo mayor ocasión que la presente, amén de que sus empresas no eran ni más justas ni más fáciles que ésta, y Dios no les fue más propicio que a

2. La de los Médicis.

Digitized by Google

vos. Aquí existe una justicia notoria; «*iustum est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*»[3]. Aquí la disposición de los pueblos es grandísima, y no puede haber gran dificultad donde hay gran disposición, con tal que se base en principios como los que propuse por dechado. A más de esto, aquí se ven prodigios sin ejemplo que dirige Dios: el mar se abrió[4], una nube mostró el camino, la piedra dio agua, aquí llovió el maná y todas las cosas concurren en vuestra grandeza. Lo demás debe ser obra vuestra. Dios no quiere hacerlo todo para no desposeernos del libre albedrío y parte de la gloria que nos redundará de ello.

No es maravilla que alguno de los italianos citados no pudiera hacer lo que se espera de la ilustre Casa Vuestra. Si en las muchas revoluciones de Italia y en tantas maniobras bélicas, pareció siempre que se había agotado la antigua virtud militar de los italianos, provino de que sus añejas instituciones no son buenas y nadie hay que sepa inventar otras nuevas. Ninguna cosa honra a un varón que surja como las leyes e instituciones nuevas que él imagine. Cuando están asentadas en buenos cimientos y tienen grandeza en sí mismas, le hacen merecedor de respeto y admirable. En Italia no falta nada para introducir en

3. «Una guerra es legítima porque es necesaria, y las guerras piadosas cuando no hay más esperanza que en las armas» (Tito Livio, IX, 1).

4. Compara el retorno de los Médicis a Florencia y el pontificado de León X a los milagrosos hechos que asistieron a los hebreos durante el Éxodo.

Digitized by Google

ella formas de todo género. Magnífico vigor hay en los miembros, aunque no en las cabezas. Fijaos cómo en los duelos y lides de un corto número, los italianos son superiores en fuerza, en habilidad y en ingenio. Si no se manifiestan en los ejércitos, achúquese a la debilidad de sus jefes, porque los que saben no son obedecidos y cada uno parece saber. No hubo nadie hasta nuestro tiempo que fuera bastante eminente por su valor y fortuna para que los otros cedieran ante él. De esto nace que, durante tanto tiempo y tantas guerras, durante los veinte últimos años, cuando hubo un ejército enteramente italiano, siempre dio mala razón de sí, como lo atestiguan primero el Taro [5] y después Alejandría, Capua, Génova, Vailá, Bolonia [6] y Mestre [7].

Si Vuestra Casa eximia quiere imitar a los insignes varones que libertaron sus provincias, es menester ante todo, porque se trata del mismo fundamento de la empresa, que os proveáis de ejércitos que sólo a vos pertenezcan, porque no se tendrán soldados más fieles, más leales y mejores que los propios. Y cuando cada uno sea bueno, juntos se harán mejores si los manda, honra y mantiene su príncipe. Conviene, pues, lograr semejantes huestes, a fin de poder defenderse de los extranjeros con el solo itálico valor.

Bien que las infanterías suiza y española sean

5. En la batalla de Fornovo, junto al Taro, Carlos VIII chocó con los príncipes italianos.
6. Batallas dadas contra los franceses, respectivamente, en 1499, 1501, 1507, 1509 y 1511.
7. Tomada por las tropas españolas en 1513.

Digitized by Google

terribles, ambas tienen un grave defecto, gracias al cual una tercera clase de tropas podría no únicamente oponerse a ellas, sino también tener la confianza de vencerlas. Los españoles no sostienen el ataque de la caballería y los suizos deben temer a infanterías que luchen con su misma tenacidad. Se ha visto y se verá por experiencia que los españoles no aguantan a los jinetes franceses, ni los suizos a la infantería española. Aunque de esta última verdad no se tiene completa prueba, algo se notó en la batalla de Ravena [8], en que la infantería de España se enfrentó con las tropas alemanas, que guardan la misma disposición que las suizas: los españoles, ágiles de cuerpo y protegidos por los broqueles, se metieron por debajo de las picas y los acometieron a mansalva, sin que los tudescos tuviesen medio de defenderse. Hubiesen destruido a todos si no los embiste la caballería. Conocidos, pues, los defectos de una y otra infantería, podrá crearse una distinta que resista los caballos y no se espante de los infantes, lo que dependerá no de la clase de combatientes, sino del modo de combatir. Estas cosas se cuentan entre las innovaciones que proporcionan reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No se desdeñe esta ocasión, a fin de que Italia vea aparecer a su redentor tras espera tan larga. No puedo expresar con qué amor le recibirían todas las tierras que sufrieron la inundación de los extranjeros. ¡Con qué sed de venganza, con qué inquebrantable lealtad, con qué amor, respeto

8. Véase el capítulo III.

Digitized by Google

y lágrimas le recibirían! ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Cuáles pueblos le negarían su obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje? A todos repugna el bárbaro dominio extraño. Acepte, pues, Vuestra Casa ilustre este proyecto con el calor cordial y la confianza con que se abrazan todas las empresas legítimas, para que bajo vuestro estandarte se ennoblezca nuestra patria y bajo vuestros auspicios se verifique lo que cantara Petrarca:

La bravura contra el furor
las armas empuñará; y el combate no será incierto,
pues el antiguo valor
en el corazón itálico aún no ha muerto[9].

9. Versos de la canción *Italia mia, ben che 'l parlar sia indarno* (Italia mía, aunque hablar sea vano...)

Digitized by Google

DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO

Digitized by Google

Digitized by Google

NICOLÁS MAQUIAVELO
A ZENOBIO BUONDELMONTE
Y CÓSIMO RUCELLAI [1]

SALUD

Os mando un presente que, si no corresponde a las deudas que con vosotros he contraído, es el mejor que esperar pudierais de vuestro Nicolás Maquiavelo, porque expongo en él cuanto sé y todo lo que me enseñaron una larga experiencia y un aprendizaje continuo de las cosas del mundo. No pudiendo ni vosotros ni los demás aguardar más de mi corto ingenio, no os duela que tan parco sea el don. Disgustaos de la pobreza de mi mente cuando mis narraciones pequen de pobres, e irritaos contra la falacia de mi juicio si al discurrir me engaño. Y aun si así fuere, no sé cuál de nosotros tendrá que considerarse menos obligado, yo a quien forzasteis a pergeñar esta obra, que de propia voluntad jamás hubiera escrito, o vosotros cuando no os contente. Aceptadla, pues, con el ánimo con que se acogen las cosas de los amigos, en que más se estima la intención de quien las envía que la calidad de lo que se recibe. Creed

1. Humanistas, amigos y contertulios de Maquiavelo en el parque anexo al palacio Rucellai, donde Bernardo Rucellai fundó la Academia Platónica.

Digitized by Google

que la única satisfacción que me resta es pensar que, si acaso me engañé en muchas de las circunstancias que describo, en una estuve acertado, y fue en haberos elegido entre otros por destinatarios de mis discursos, ora porque haciéndolo me parece mostrar alguna gratitud a los beneficios recibidos, ora porque se me antoja haberme salido del uso común de los escritores, que siempre dedican sus obras a un príncipe, y cegados por la ambición y la codicia le imputan las más altas virtudes, siendo así que debieran censurar en él los errores más vituperables. Por ello, a fin de no incurrir en idéntica aberración, elegí no príncipes, sino a quienes merecerían serlo por sus buenas prendas, no a los que pudieran colmarme de dignidades, honores y riquezas, sino aquellos que no pudiendo quisieran hacerlo. Porque los hombres discretos deben estimar a los que son, no a los que pueden ser liberales; y, por tanto, a los que saben, no a los que sin saber pueden gobernar un reino. Los escritores ensalzan más al siracusano Hierón, cuando era un mero particular, que a Perseo el Macedonio[2] siendo monarca, porque al primero le faltaba para ser rey únicamente el Estado, y el segundo sólo tenía de soberano el reino. He aquí, pues, el bien o el mal que vosotros mismos solicitasteis. Si por ventura os obstináis tanto en vuestro error que mis opiniones os agraden, no dejaré de concluir la historia como en un principio os prometí. Vale.

2. (213-162 a. J. C.) Hijo de Filipo V el Macedonio. Lucio Paulo Emilio le derrotó y llevó cautivo a Roma.

Digitized by Google

DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO

LIBRO PRIMERO

Proemio

Aunque a causa de la envidiosa índole humana haya sido siempre no poco peligroso buscar medios y formas nuevas para descubrir mares incógnitos y tierras desconocidas, escuchando luego los emprendedores más reproches que loas en boca de los que se estuvieron quietos, impelido de un natural y constante deseo de llevar a cabo, prescindiendo de todo temor, las cosas que yo creo que benefician a la generalidad de los hombres, me he propuesto internarme por un camino aún no hollado de nadie, en que, aun cuando sufra fatigas e incomodidades, tal vez halle el aplauso de aquellos que consideren con benevolencia el fin de estos trabajos míos. Y si mi corto ingenio, la escasa experiencia de las cosas modernas y el deficiente conocimiento de las antiguas hicieren mi intento defectuoso y apenas útil, abrirán por lo menos la puerta a otro que con mayor esfuerzo,

Digitized by Google

más inteligencia y mejor criterio, pueda dar cima a mi propósito. Si ello no me cubre de elogios, tampoco me afeará con críticas.

Considerando, pues, cuánto se honra la Antigüedad y cómo muchas veces (para no citar sino uno de los innumerables ejemplos), un fragmento de vieja estatua se adquirió a gran precio para tenerla cerca, honorar la propia casa y ofrecerlo a la imitación de los que se deleitan con la estatuaria; y de qué manera éstos procuran con gran industria representarlo en todas sus obras; y viendo, por otro lado, las gloriosas hazañas que las historias nos pintan, verificadas por viejos reinos y repúblicas, monarcas, capitanes, ciudadanos, legisladores y otros personajes que se fatigaron por sus patrias, y hasta qué punto son más admirados que copiados; y observando que todos huyen de las acciones menos considerables, por lo que del antiguo valor no resta ni una sombra, me espanto y apesadumbro. Mi asombro y pena crecen de punto porque reparo que, en las discordias que nacen entre los conciudadanos, o en las enfermedades que todos los hombres sufren, se recurre siempre a las sentencias o a las medicinas que los antiguos dictaron o prescribieron. En efecto, las leyes civiles son decretos de los viejos jurisconsultos, que a los nuestros, convenientemente ordenadas, enseñan a juzgar; y la medicina no es más que la experiencia de los antiguos médicos, en que los presentes basan sus diagnósticos. Sin embargo, no hay príncipe ni república que recurra a los pretéritos ejemplos cuando se trata de ordenar las cosas públicas, conservar los Estados, go-

Digitized by Google

bernar los reinos, disciplinar las tropas, acaudillar en las guerras, juzgar a los súbditos y acrecentar el poder. Creo que esto dimana no tanto de la debilidad a que condujo al mundo la educación actual, o del daño que ocasionó el soberbio ocio a muchas provincias y ciudades cristianas, como del desconocimiento de las historias, porque no se extraen sus enseñanzas con las lecturas, ni se gusta el sabor que encierran. Así, infinito número de lectores se complace en conocer la multiplicidad de los altibajos que contienen sin proponerse remedarlas, juzgando la imitación no sólo difícil, sino imposible, como si el cielo, el sol, los elementos y los hombres hubiesen mudado su antiguo curso, orden y fuerza. Con la pretensión de disipar este yerro, me pareció oportuno escribir sobre todos los libros de Tito Livio que se salvaron de las injurias del tiempo, lo que yo, conforme a mi saber de las cosas pasadas y actuales, creo que servirá a la mayor comprensión de ellos, a fin de que quienes lean mis comentarios puedan aprovechar la utilidad que guardan en sí las historias. Si bien la empresa es ardua, a pesar de ello, confortado por la ayuda de los que me animaron a echar sobre mí este peso, creo que la pondré en ejecución de modo que otro habrá de recorrer poco camino para llevarla a buen término.

Digitized by Google

Digitized by Google

I

Cuáles fueron por lo regular los comienzos de toda ciudad y cuáles tuvo Roma

Los que lean cómo fue el principio de la ciudad de Roma y por cuáles legisladores y cómo se ordenó, no se maravillarán de que en ella durase el poder tantos siglos, ni de que después naciera el imperio que se asentó sobre aquella república. Para discurrir ante todo sobre su origen, diré que todas las ciudades son edificadas o por hombres oriundos del lugar, o por extranjeros. El primer caso ocurre cuando los habitantes, dispersos en muchos pueblos pequeños, no creen vivir seguros, pues es imposible que cada uno por sí, tanto por el sitio como por su número exiguo, resista el ímpetu de quien los ataque. Cuando se presenta el enemigo no tienen tiempo para unirse en defensa común y, aun cuando lo tuvieren, habrían de abandonar muchos reductos y serían presa de sus adversarios. Por tanto, para obviar estos peligros, por propio impulso o movidos por la persona más autorizada de ellos, conciertan habitar

Digitized by Google

juntos en un lugar escogido por todos, más fácil para la vida ordinaria y más defensible.

Dos ciudades de éstas, entre muchas otras, fueron Atenas y Venecia. La primera fue edificada por los habitantes dispersos, bajo la dirección de Teseo, atendiendo a las causas expuestas; la segunda, habiendo muchos pueblos confinados en islillas del extremo del mar Adriático, comenzaron a vivir, sin príncipe que se lo ordenase (a fin de apercibirse contra las guerras que a diario se producían en Italia, desde la llegada de los bárbaros y tras la declinación del imperio romano), comenzaron a vivir, digo, según las leyes que más aptas les parecieron a su supervivencia. Sucedió como deseaban, a causa de la paz continua que el paraje les proporcionaba, porque aquel mar no tenía salida y porque los pueblos que asolaban a Italia carecían de navíos con que atacarles, hasta el punto que tan ínfimo principio les hizo prosperar como ahora vemos.

El segundo caso, en que gentes extranjeras edifican una ciudad, se debe a hombres libres o dependientes de otros, como son las colonias que envía una república o un príncipe, ya para poblar tierras, ya para defender seguramente y sin gastos el país recién adquirido. El pueblo romano fundó muchas ciudades de esta clase en todo su dominio. Otras son levantadas por un príncipe, no como sede, sino para gloria suya, como Alejandría nació de la voluntad de Alejandro. Pero como éstas no conocieron la libertad en su origen, raras veces progresan, ni se pueden enumerar entre las capitales de reinos. Como las dichas

Digitized by Google

fue la edificación de Florencia, que surgió durante el dominio romano (por obra de los soldados de Sila o de los montañeses de Fiésole, que, confiando en la larga paz octaviana, decidieron habitar la llanura junto al Arno) y no conoció en sus comienzos otra mejora que la que le concedía la voluntad de los príncipes.

Son libres los edificadores de ciudades cuando unos pueblos, bajo un príncipe o por sí mismos, tienen que abandonar el país natal y buscar un nuevo establecimiento, constreñidos por la peste, el hambre o la guerra. Éstos habitan las ciudades que encuentran en los países que conquistan, como Moisés [1], o las fundan como Eneas [2]. En el último caso se conoce la virtud del edificador y la fortuna de lo edificado, que será más o menos prodigiosa según sea más o menos virtuoso su fundador. Su virtud se mide por dos raseros: es el primero la elección del sitio y el segundo las leyes que decreta. Como los hombres obran por necesidad o por elección, y comprobándose que la virtud es mayor donde la opción menos autoridad posee, hay que considerar si no sería preferible escoger lugares estériles para la fundación de ciudades, a fin de que los hombres, apretados por la necesidad, obligados a sacar mejor partido y menos desocupados, viviesen más unidos y sin tantos motivos de discordia a consecuencia de la pobreza del paraje, como ocurre en Ragusa y en muchas otras

1. La comparación no es muy atinada. Los israelitas, durante el Éxodo, vivieron únicamente en campamentos. Quizá Maquiavelo pensara en Josué, no en Moisés.
2. Fundó Lavinio, en el Lacio, según la leyenda.

Digitized by Google

poblaciones establecidas en lugares similares. La elección sería entonces sin duda más sabia y más beneficiosa, porque los habitantes procurarían vivir de lo suyo, absteniéndose de querer mandar a los demás. Dado que los hombres sólo están seguros cuando son fuertes, será menester evitar la esterilidad de la tierra, asentándose en sitios ubérrimos, donde, favorecidos por la fertilidad, puedan defenderse del que los ataque y oprimir a cualquiera que se oponga a su grandeza. En cuanto al ocio debido al sitio, hay que procurar que las leyes les obliguen a aquello que la necesidad no les obliga, imitando a los varones sabios que moraron en países amenísimos y muy fértiles , y aptos a producir hombres muelles e inhábiles para cualquier ejercicio estrenuo. A fin de evitar los perjuicios que les hubiera causado la riqueza de la tierra, obligaron a adiestrarse a los que debían ser soldados, y gracias a esta disposición fueron mejores sus tropas que las de las regiones ásperas y estériles. Enumérase entre ellas al fecundo Egipto, en que la imposición de las leyes hizo que viera hombres muy insignes, cuyos nombres, si los siglos no los hubieran sepultado en el olvido, merecerían más loas que Alejandro Magno, y muchos otros cuya memoria aún sigue fresca. Quien hubiese considerado el reino del Sultán y la institución de los mamelucos, con su milicia [3], antes que la

3. Los mamelucos (en árabe «esclavos») fueron en un principio siervos adquiridos en Circasia y el Cáucaso. Dominaron el país desde la expedición de San Luis hasta que Muhámmad Alí los exterminó en 1811.



arruinase el Gran Turco Selim [4], hubiese comprobado en él cuántos ejercicios se impusieron a los soldados, porque se temía la blandura a que la benignidad del país podía llevarlos, si leyes rigurosas no lo impedían.

Digo, pues, que es más prudente la elección de un lugar feraz, si su fertilidad se reduce con leyes a los debidos límites. Queriendo Alejandro Magno edificar una ciudad para gloria suya, se presentó a él el arquitecto Dinócrates probándole cómo podía levantarla en el monte Atos [5], porque, amén de su inexpugnabilidad, podía dársele forma humana, rara y maravillosa hazaña, del todo digna de su grandeza. Preguntóle Alejandro de qué vivirían los habitantes y hubo de responder que no había pensado en ello. Rióse el conquistador, no aceptó el monte y edificó Alejandría, donde los moradores permanecerían tanto por la abundancia del suelo, como por la comodidad que les ofrecían el mar y el Nilo. El que examine la fundación de Roma, si toma a Eneas por su progenitor, la contará entre las ciudades edificadas por extranjeros; si a Rómulo, entre las debidas a los indígenas. Fuese de aquel o de este modo, verá que tuvo principio libérrimo sin depender de nadie. Asimismo, como se dirá más abajo, verá a cuántos deberes la sometieron las leyes de Rómulo, Numa y otros, de tal modo que ni la fertilidad del paraje, ni el acceso al mar, ni las frecuentes victo-

4. Selim I, sultán de Turquía, apodado *el Feroz* (1512-1520), conquistó Egipto en 1517.
5. En Calcidia, poblado actualmente por monjes griegos cismáticos.

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

rias, ni la magnitud de sus dominios, no sólo no la corrompieron en muchos siglos, sino también la mantuvieron llena de virtudes tantas como jamás adornaron a otra ciudad o república.

Y puesto que sus obras, que Tito Livio celebra, derivan del consejo público o privado, y aparecieron dentro o fuera de las ciudades, discurriré de las internas y al público consejo debidas que me parezcan más dignas de nota, agregando todo lo que de ellas dependa. Con estos Discursos terminará este primer libro o, mejor, esta parte primera.

Digitized by Google

II

Cuántas especies de repúblicas hay y a cuál perteneció la romana

No quiero razonar sobre aquellas ciudades cuyo principio estuvo sometido a extraños. Me referiré a aquellas cuyo principio se halló exento de toda servidumbre externa y que, gobernándose con entero albedrío, bien en forma de república, bien con la de principado, conocieron así diversos orígenes como diferentes leyes e instituciones. Unas, en efecto, en el comienzo o al cabo de poco tiempo recibieron su legislación de una sola persona y en un solo momento, como las que tuvieron los espartanos de Licurgo [1]; otras las acopiaron al azar, en diferentes períodos y según las circunstancias, como Roma. Feliz será la república en que surja varón tan prudente que le dé leyes bajo las cuales pueda vivir segura y sin necesidad de corregirlas. Ochocientos años las respetó Esparta sin alterarlas, ni sufrir sublevación fatal. En cam-

1. Reformador de las antiguas leyes dóricas, que vivió en el siglo IX a. J. C.

Digitized by Google

bio, en más de un punto es desdichada la ciudad que necesita, por no haberse sometido a un sagaz legislador, reorganizarse a sí misma. De este género es más infeliz la que se apartó del orden, y tanto más alejada estará de él si sus instituciones la desvían del recto camino que la conduciría a fin bueno y cabal. Las de esta especie es casi imposible que se recompongan. Las que no gozaron de perfecta institución, pero tuvieron buen principio y mejorable, pueden llegar a perfectas por obra del acaso. Empero, cierto es que nunca se ordenará sin riesgo, porque la mayoría de los hombres jamás está acorde sobre una ley nueva que imponga un nuevo orden de cosas en la ciudad, a menos que la necesidad pruebe que es forzoso aceptarla; y como esa necesidad no se produce sin peligro, es posible que la república se arruine antes de entrar en el orden perfecto. De ello da plena fe la república de Florencia, que se reorganizó en el año dos, a consecuencia del suceso de Arezzo, y se desordenó en el doce por culpa de la desventura de Prato[2].

Puesto a tratar de cuáles fueron las instituciones de la ciudad de Roma y qué azares la condujeron a su perfección, repito lo que algunos escriben sobre las repúblicas, a saber: hay en ellas uno de los tres estamentos, que denominan principado, optimates y popular, y que quienes las organizan deben recurrir a la clase que mejor vaya a su

2. Se reconquistó Arezzo para Florencia, en 1502, con el favor de las tropas francesas. Los españoles saquearon a Prato en 1512, abriendo las puertas al retorno de los Médicis, del que pereció la república.

Digitized by Google

propósito. Otros, en el parecer de muchos más sabios, estiman que hay gobiernos de seis clases: tres de ellas son pésimas y las tres restantes buenas en sí, pero se corrompen con tanta facilidad, que también llegan a ser perniciosas. Buenas son las tres antes mencionadas; las detestables, las otras tres que de aquéllas dependen, cada una de las cuales se asemeja tanto a aquella con que está emparentada que con gran facilidad se pasa de una a otra. El principado propende a la tiranía, los optimates llegan sin dificultad a la oligarquía y el popular se convierte en licencioso al menor incentivo. Así, pues, el legislador que establezca en una ciudad uno de esos modos, lo hace por poco tiempo, porque sus disposiciones no impedirán que oscilen a su contrario por la semejanza que en esta ocasión tienen la virtud y el vicio.

Estas variaciones de los gobiernos nacen casualmente entre los hombres. En el principio del mundo, siendo los pobladores contados, vivieron dispersos como los animales. Después, al multiplicarse las generaciones y a fin de defenderse mejor, buscaron entre ellos al más robusto y esforzado, le hicieron jefe y le obedecieron. De aquí provino el conocimiento de lo bueno y honesto, y su distinción de lo malo y depravado. Observando que si uno dañaba a su benefactor aparecían el aborrecimiento y la compasión entre los hombres, reprochando a los ingratos y honrando a los agradecidos, y aun pensando que ellos mismos podían recibir idénticas injurias, se obligaron a dar leyes y ordenar el castigo a quien las quebrantara. De esta forma se tuvo la noción de justicia. Después,

Digitized by Google

en caso de elegir príncipe, no buscaron al más vigoroso, sino al más prudente y justo. Finalmente, se fue príncipe por sucesión, no por elección, y pronto empezaron los herederos a degenerar, perdiendo las virtudes de sus antepasados, y pensaron, con renuncia de las virtudes, que los príncipes debían solamente superar a los otros en suntuosidad, lascivia y demás calidades de licencia. El príncipe fue odiado, y, temiendo él aquel odio, del miedo pasó a la ofensa y así nació la tiranía. Así se encendieron contra los príncipes desasosiegos, conspiraciones y conjuras, no tramadas por los tímidos y los débiles, sino por los que excedían a los restantes en generosidad, grandeza de ánimo, riqueza y lustre, decididos a no soportar la deshonesta vida de su señor. El pueblo siguió la autoridad de los poderosos y se armó contra el príncipe; muerto éste, obedeció a los que consideraba sus salvadores. Los magnates, aborreciendo el pensamiento de tener un solo jefe, constituyeron un gobierno. En el principio, fresca todavía la memoria de la tiranía pasada, gobernaron a leyes a ellos debidas, posponiendo su interés al de la utilidad común, y administraron y conservaron con gran diligencia lo público y lo privado. Vino después el gobierno a sus hijos, desconocedores de los caprichos de la suerte, puesto que nunca habían catado la desgracia, y descontentándose de la equidad cívica por la avaricia, la ambición y el deseo de las mujeres ajenas, hicieron que el gobierno de los optimates se trocara en autoridad de unos pocos sin moderación alguna. De esta suerte, en breve tiempo les acaeció lo

Digitized by Google

que al tirano, porque la muchedumbre, fatigada de su gobierno, se entregó al servicio de cualquiera que cogitara atacar a aquellos administradores, y así, prestamente, hubo alguno que los mató con la ayuda de la multitud. No extinta aún la memoria del príncipe y de sus crímenes, deshecha la clase de unos pocos y no queriendo volver al principado, recurrieron al Estado popular y lo ordenaron de forma que ni el príncipe ni los oligarcas tuvieran autoridad en él. Y como todos los gobiernos merecen en el inicio respeto, el popular se sostuvo algo, no mucho, en especial a la muerte de la generación que lo estableció. Reinó entonces el libertinaje sin consideración de los particulares ni de los hombres públicos, viviendo cada cual a su antojo, menudearon a diario los perjuicios, hasta que la necesidad, el consejo de algún varón sabio o el temor de la anarquía, les devolvieron al principado, y así, poco a poco, se retornó a la licencia por las causas y mediante los extremos expuestos.

Las repúblicas se gobernaron y se gobiernan según este ciclo; pero lo recorren contadas veces en toda su extensión, porque casi ninguna posee tanta vitalidad que sufra incólume varias veces estas mutaciones. Suele acontecer que una república, en tales trabajos, falta de consejo y de fuerza, llegue a verse sometida a un Estado vecino mejor conformado que ella; pero, si así no fuera, prescindiendo de otros reparos, una república podría en potencia ir sin tregua de uno a otro de estos gobiernos.

Declaro, pues, que todos los modos susodichos

Digitized by Google

son calamitosos por lo breve de la existencia de los tres buenos y por la pravedad de los tres malos. Por ello, conocido su defecto por los prudentes legisladores, evitaron cada uno de ellos por sí mismo y escogieron uno que participase de todos, juzgándolo más seguro y más estable, supuesto que uno impide el otro cuando hay en una misma ciudad el principado, los optimates y el gobierno popular.

Entre los que descuellan por semejantes constituciones merece los mayores elogios Licurgo. Dispuso éste sus leyes en Esparta de suerte que dio la parte debida al rey, a los optimates y al pueblo, trabando un Estado que persistió más de ochocientos años con gran gloria y sosiego de aquella ciudad. Lo contrario ocurrió en el caso de Solón [3], legislador de Atenas, el cual dispuso el gobierno popular, condenándolo a vida tan efímera, que no murió sin ver nacer la tiranía de Pisistrato [4]. Al cabo de cuarenta años, arrojados los herederos de éste, Atenas recobró la libertad y se restituyó al Estado popular de acuerdo con las instituciones de Solón. No tuvieron vida libre más de cien años, aunque para mantenerla establecieron muchas constituciones, reprimiendo la altanería de los grandes y el libertinaje del vulgo, que Solón no había imaginado. Pero como no lo unieron al poder del principado y de los optima-

3. (640-558 a. J. C.) Uno de los siete sabios de Grecia, que substituyó las leyes del Estado por las de Dracón, teniendo el cargo de arconte.

4. (612-527 a. J. C.) Hijo de Hipócrates, pariente de Solón y tirano de Atenas, cuya belleza y cultura fomentó. Le sucedieron sus hijos Hipias e Hiparco.

Digitized by Google

tes, Atenas vivió poquísimo tiempo en comparación con Esparta.

Viniendo a Roma, la cual, a pesar de que no contó con un Licurgo que legislase al principio, a fin de que viviese largo tiempo en libertad, fueron tantas las vicisitudes habidas por la desunión entre la plebe y el Senado, que la casualidad realizó lo que no había pensado un instaurador. Si las primeras instituciones fueron defectuosas en Roma, no la desviaron, sin embargo, del camino derecho que la conduciría a la perfección. Rómulo y los restantes monarcas dieron muchas leyes buenas, conformes a la vida libre, pero su objeto consistió en establecer un reino, no una república, de forma que, cuando la ciudad quedó libre, faltaron muchas cosas necesarias para la libertad que aquellos reyes no habían ordenado. Bien que éstos perdieran el dominio a causa de las razones por mí ya presentadas, los que los expulsaron nombraron en seguida dos cónsules que ocuparon la plaza del soberano y de ello resultó que en Roma se borró el nombre de rey, pero no la regia potestad. En aquella república, los Cónsules y el Senado representaban dos de las tres clases mencionadas, a saber, el principado y los optimates. Faltábales sólo admitir el gobierno popular. En fin, se insolentó la nobleza romana por las causas que más abajo se dirán, el pueblo se rebeló contra ella y, para no perder todo, hubo de concederle su parte. El Senado y los Cónsules conservaron una enorme autoridad y pudieron tener la república en su poder. Así nació la institución de los tribunos de la plebe, tras cuya creación quedó más

Digitized by Google

asentado el gobierno de aquella república, pues tenía a su favor los tres linajes de administración. La fortuna la benefició, y aunque pasó del régimen de los reyes y de los optimates al del pueblo por los mismos grados y razones ya contados, nunca prescindió de toda la autoridad regia para cedérsela a los optimates, ni menoscabó enteramente la de éstos para darla a la plebe. Su carácter mixto hizo de ella una república perfecta, a cuya perfección llegó por la discrepancia del pueblo y del Senado, como en los dos próximos capítulos largamente se probará.

Digitized by Google

III

Qué motivos crearon en Roma a los tribunos de la plebe, que dieron perfección a la república

Como prueban todos los que versan sobre la vida civil, y como ofrece sobrados ejemplos cualquier historia, el que forma una república y le da leyes tiene que presuponer que todos los hombres son reyes y que usarán la malignidad suya siempre que tengan ocasión de ello. Cualquiera maldad solapada procede de una razón oculta, que se ignora por no haber experiencia de ella; pero el tiempo, al que se llama padre de toda verdad, la revela a la larga.

Parecía existir en Roma, libre ya de los Tarquinos, una estrechísima unión entre la plebe y el Senado, y que los nobles, depuesta su pretérita soberbia, tuvieran ánimo democrático, lo que les hacía soportables aun para los más ínfimos individuos. Mantúvose disfrazado este error; no se echó de ver su causa mientras vivieron los Tarquinos, porque la nobleza los temía y trataba con humanidad a la plebe por miedo de que los apoyase. Pero así que murieron aquéllos, los nobles

Digitized by Google

no estuvieron medrosos y rompieron a escupir contra la plebe el veneno acumulado en su pecho, ofendiéndola de mil artes. Esto corrobora mi anterior afirmación de que los hombres se portan bien por necesidad; pero donde hay motivo de elección y puede obrarse con libertad, todo se llena repentinamente de confusión y desorden. También dicen que el hambre y la miseria aguzan el ingenio humano, y que las leyes hacen virtuosos a los mortales. La ley no se precisa donde algo por sí mismo obra el bien; mas cuando falta la costumbre beneficiosa, a ellas hay que recurrir. Desaparecidos los Tarquinos, cuyo respeto mantenía a la nobleza enfrenada, convino pensar en una nueva regla que tuviese el mismo efecto que ellos cuando vivían. Después de gran copia de tumultos, asonadas y peligros que hubo entre la plebe y los nobles, llegóse para seguridad de la primera a la creación de los tribunos, que mandaron con una preminencia y una reputación tan grandes, que en adelante fueron siempre los intermediarios entre la plebe y el Senado y los atajadores de la insolencia de la nobleza.

Digitized by Google

IV

La desunión de la plebe y del Senado romano hicieron libre y poderosa a la república

No renuncio a tratar de las revoluciones que hubo en Roma desde la muerte de los Tarquinos a la creación de los tribunos, ni de otros hechos contradictorios de la opinión de cuantos afirman que Roma fue una república tumultuosa y llena de tantos alborotos, que hubiera sido inferior a todas las demás si su buena estrella y valor inferior a todas las demás si su buena estrella y valor guerrero no hubiesen sido superiores a sus defectos. No negaré que la fortuna y las legiones no fuesen sólidos pilares del dominio romano; pero me maravilla que no se percaten los que tales cosas aseveran que donde hay buen ejército hay buen orden y que raras veces ocurre que no haya también buena fortuna. Volvamos a los particulares de aquella ciudad. Digo que cuantos condenan las disensiones entre los nobles y el pueblo menoscaban, en mi juicio, lo que mantuvo libre a Roma y que atienden más a las algaradas y vocerío, resultado de ellas, que a los buenos frutos

Digitized by Google

que parieron. Consideren que en toda república se encuentran dos humores distintos, el del pueblo y el de los grandes, y que las leyes que se dictan en favor de la libertad nacen de su desunión, como fácilmente en Roma se comprueba. Desde los Tarquinos a los Gracos [1], o sea durante más de trescientos años, los tumultos romanos raramente ocasionaban el exilio y, más de tarde en tarde aún, eran causa de que se vertiese sangre. Así, pues, no se estimarán nocivas estas alteraciones, ni la república dividida, si por tales diferencias y en el curso de tanto tiempo no mandaron al destierro más allá de ocho o diez ciudadanos, mataron a poquísimos y a unos cuantos condenaron a multas pecuniarias. Tampoco se la puede tildar de república desordenada, porque en ella hubo altos ejemplos de virtud: los buenos ejemplos proceden de la buena educación, la buena educación de las buenas leyes y las buenas leyes de aquellos tumultos que tantos condenan sin consideración. El que examine con seso el término de los disturbios, no hallará que engendrasen exilio o violencia contra el bien común, sino leyes y estatutos beneficiosos a la libertad pública. Y si alguien me dijera que los hábitos eran inauditos y casi feroces, que el pueblo gritaba contra el Senado y el Senado gritaba contra el pueblo, que por las calles se corría levantiscamente, que se cerraban las tiendas y que

1. Tiberio (168-133 a. J. C.) y Cayo (159-121 a. J. C.) Sempronio Graco. El primero, promulgador de las «leyes agrarias», murió en un tumulto con muchos de sus partidarios; el segundo, en la misma línea política, fue abandonado por el pueblo, que lo entregó a sus enemigos.

Digitized by Google

toda la plebe se alejaba de Roma, cosas todas que espantan al lector, le responderé que cualquier ciudad debe tener medios con que el pueblo pueda desfogar su ambición, sobre todo aquéllas que desean valerse de él en cosas importantes. La de Roma así lo hacía: cuando el pueblo ansiaba lograr una ley, realizaba alguna de las cosas antes dichas o se negaba a declarar su nombre para ir a la guerra, contentándole en parte a fin de aplacarle. Los deseos de los pueblos libres raramente perjudican la libertad, porque nacen de que se los oprimió o de la sospecha de que fueron oprimidos. Y si su opinión tuviere una base falsa, hay el remedio de las asambleas, en que los discursos de un hombre honesto le prueban el error en que está. Los pueblos, como dice Tulio [2], aunque sean ignorantes, son capaces de comprender la verdad y ceden fácilmente si la oyen en boca de un hombre fidedigno.

Censúrese, pues, con templanza el gobierno romano, considerando que los muchos y buenos frutos que dio aquella república se debieron a causas óptimas. Merecen férvidas alabanzas los tumultos si por ellos se creó a los tribunos, pues, amén de entregar a la plebe la parte que le correspondía en la administración popular, se constituyeron para defensa de la libertad romana, como se muestra en el capítulo que sigue.

2. Marco Tulio Cicerón (106-43 a. J. C.), filósofo, político y celebérrimo orador romano.

Digitized by Google

Digitized by Google

V

Dónde está más segura la defensa de la libertad, si en el pueblo o en los grandes; y cuál tiene mayores motivos para innovar, o el que codicia o el que desea conservar

Los que forjan con prudencia una república atienden, como cosa sumamente necesaria, a establecer una defensa de la libertad. Según sea ésta, el vivir libre dura un tiempo más breve o más largo. En toda república hay magnates y hombres del pueblo, y por ello se duda en qué manos debe depositarse tal custodia. Entre los lacedemonios y, en nuestra época, entre los venecianos, la ostentaron los nobles; pero en Roma la tuvo la plebe.

Por ende, bueno será considerar cuál de esas repúblicas tomó mejor partido. Todas merecen elogio si se examinan sólo las razones; pero, estudiando los fines, se preferiría a los nobles, porque la libertad disfrutó de superior longevidad en Esparta y Venecia. Volviendo a las razones y tratando ante todo de los romanos, diré cómo debe vigilarse una cosa que apetece menos usurparla.

Digitized by Google

Indudablemente, observando el fin de los nobles y de los plebeyos, veráse en aquéllos un gran anhelo de dominio y en éstos el único deseo de que no les dominen y mayor voluntad de ser libres, ya que esperan apoderarse de ella menos que los próceres. Por lo tanto, si la vela por la libertad depende de la plebe, cuidará de ella, y eso es lo razonable, porque ni se adueña de ella ni permite que otros lo hagan. Sin embargo, los defensores del criterio espartano y veneciano aseveran que, confiada a los poderosos, se acierta de dos formas: una, porque se satisface a quienes tienen mayor autoridad en la república, pues empuñan el cetro y con ello reciben contento; otra, porque arrebatan autoridad a los espíritus inquietos de los plebeyos, ocasión de disensiones y escándalos infinitos en una república, los cuales podrían con el tiempo impulsar a la nobleza a la desesperación, siendo entonces pésimos los resultados. Presentan, por ejemplo, a la propia Roma, en la que los tribunos gozaron de poder y pretendieron al fin tener dos cónsules de la plebe, en lugar del único con que contaban. Así quisieron después la censura, el pretorio y todas las magistraturas de la ciudad, y luego, aún insatisfechos, impelidos por el mismo furor político, se dieron a reverenciar a los que podían abatir a la nobleza, de donde provino el poder de Mario [1] y la ruina de Roma. Quien medite con discreción ambas cosas, titubeará en elegir a este o aquel defensor de la

1. Cayo Mario (156-86 a. J. C.) fue tribuno de la plebe y cuatro veces cónsul. Venció a los cimbrios y teutones.

Digitized by Google

libertad, puesto que no se sabe cuál género de hombre sea más pernicioso a la república: el que desea retener el honor adquirido o el que busca el que no tiene.

Un pensador sutil llegará a esta conclusión: o deseas una república que llegue a tener un imperio, como Roma, o una que no pretenda sino mantenerse. En el primer caso habrá de imitar en todo a la romana; en el segundo, remede a Venecia y a Esparta por los anteriores motivos y los que en el capítulo siguiente se dirán.

Pero atendamos de nuevo a la cuestión de cuáles hombres son más nocivos en una república: los ansiosos de adquirir o los que recelan perder lo adquirido. Digo que se creó a dos plebeyos, el dictador Marco Menenio y el jefe de la caballería Marco Fulvio [2], para inquirir ciertas conjuras hechas en Capua contra Roma, y aun el pueblo les concedió autoridad para buscar y descubrir a los romanos que, por ambición y medios extraordinarios, intentaran obtener el consulado y otras magistraturas ciudadanas. Pareció a la nobleza que se otorgaba demasiado poder al dictador contra ella, y divulgó en Roma la especie de que no eran los nobles los que anhelaban honores para saciar su ambición con inauditos procedimientos, sino los plebeyos, que pretendían alcanzarlos sin títulos ni virtudes propios. Acusaron en particular al dictador. La acusación disgustó a Menenio, que, después de dolerse de las calumnias de la nobleza,

2. Cf. Tito Livio, IX, 26. El dictador fue en realidad C. Menio, y el jefe militar M. Foslio.


Digitized by Google

renunció a la dictadura y se sometió al juicio del pueblo. Fue absuelto. Se disputa bastante cuál es más ambicioso, si el que pretende conservar o el que quiere adquirir; una y otra apetencia pueden causar alteraciones considerables. Sin embargo, la mayoría de las veces quien posee produce los disturbios, porque el miedo a la pérdida engendra en él las mismas ansias de los que desean obtener. Los hombres creen no tener con seguridad si no se adueñan del bien de los demás. Los más fuertes y los que mucho poseen llegan a producir mutaciones con mayor ímpetu y fuerza desconsiderada. Y todavía hay muchos a los que encienden sus actos indecorosos y ambiciosos y, no poseyendo, tratan de adquirir para vengarse despojando a los que tienen o para enriquecerse y gozar de los honores que ven usar deshonestamente a otros.

Digitized by Google

VI

Si en Roma se podía establecer un orden de cosas que evitase la enemistad entre el pueblo y el Senado

Antes tratamos de las consecuencias que tuvieron las disensiones entre el pueblo y el Senado. Habiendo proseguido hasta el tiempo de los Gracos, donde motivaron la ruina del vivir libre, pudiera alguno desear que Roma llegara a los grandes términos que alcanzó sin que hubiese en ella tales discordias. Me parece digno de consideración que impidiera semejantes disputas. Con ánimo de examinarlo, es forzoso recurrir a las repúblicas que fueron libres sin tantas enemistades y alborotos, y observar cuál Estado era el suyo y si podía introducirse en Roma. De dechado antiguo sirve Esparta y modelo actual es Venecia, antes por mí aludidas. Esparta, con un pequeño Estado, nombró un rey que la gobernase. Venecia no hace distinción de títulos, sino que llamaba «gentilhombre» a cuantos pueden participar en la administración. Esto se debe más a las circunstancias que a la prudencia del legislador. En efecto, reduci-


Digitized by Google

dos a los escollos en que ahora se alza aquella población por las causas ya expuestas, crecieron en número, fue necesario buscar leyes que les permitiera vivir juntos y muchos habitantes ordenaron una forma de gobierno. Se juntaron a menudo a fin de deliberar acerca de la ciudad. Les pareció en fin que su número bastaba a regir su vida política e impidieron que los nuevos moradores intervinieran en el gobierno; cuando éstos fueron abundantes, dieron honra a los gobernantes con el título de «gentilhombre» y distinguieron a los otros con el de «popular». De esta suerte crecieron y se mantuvieron sosegados, porque todos los que estaban en Venecia cuando nació pertenecieron al gobierno y nadie podía quejarse; los recién llegados encontraron el Estado sólido y cabal y no tuvieron motivo ni oportunidad de invocar. Les faltó motivo porque no se les había arrebatado nada; comodidad, porque la autoridad los frenaba y no los empleaba en labor que les diera poder. A más de esto, los habitantes más recientes de Venecia no fueron tantos que hubiera desproporción entre gobernantes y gobernados. El número de aquéllos es igual al de éstos o superior. Así la ciudad logró instituir aquel Estado y conservarlo unido.

Esparta, dicho está, gobernada por un monarca y un Senado reducido[1], se mantuvo largo tiempo. En efecto, no sólo tenía pocos habitantes, sino había impedido que llegasen nuevos moradores; además respetaba las leyes de Licurgo y las obser-

1. El gobierno de ancianos o gerusía.

Digitized by Google

vaba puntualmente, evitando gracias a ello cualquien ocasión de tumulto y de novedades. Así vivieron unidos los espartanos mucho tiempo, porque la legislación licúrgica estableció entre ellos más igualdad substancial que de categoría. La pobreza era común; los plebeyos carecían de ambición, las magistraturas de la ciudad competían a unos cuantos, y los nobles jamás les dieron escrúpulos de venganza con sus malos tratos. Los reyes espartanos, al frente del principado y en medio de la nobleza, no tenían mejor medio de protección que defender a la plebe de toda ofensa. Ésta no temía ni deseaba el mando, lo cual impedía que se enfrentase con los nobles y hubiese tumultos. Por ello, vivieron unidos un largo período. La unidad se debió principalmente a dos cosas: a la escasez de habitantes de Esparta, que permitía un gobierno de pocos, y a la negativa de admitir extranjeros en su república, lo que estorbaba que los más se corrompieran y crecieran tanto que fuesen insoportables a los pocos que gobernaban.

Considerado esto, se comprende que los legisladores romanos tuvieran que hacer una de esas cosas, si pretendían vivir apaciblemente como aquellas repúblicas: no emplear la plebe en la guerra, como los venecianos, o no dar entrada a los extranjeros como los espartanos. Pero ejecutaron ambas, y la plebe aumentó y tuvo fuerza e infinitas ocasiones de alborotar. Pero si el Estado romano se aquietaba con ello, había el inconveniente de que se debilitaba, porque se le cerraba el paso a la grandeza que consiguió; si se obviaban las ocasiones de tumulto se perdían las de engran-

Digitized by Google

decerse. El que bien examine las cosas humanas verá en ellas lo mismo: jamás se anula un inconveniente sin que surja otro. Por consiguiente, si quieres tener un pueblo numeroso y con fuertes armas para forjar un gran imperio, te arriesgas a no poder manejarlo a tu sabor; si lo mantienes pequeño e inerme, a fin de regirlo a tu modo, en cuanto adquieres dominios o no los podrás conservar o tus súbditos se volverán tan pusilánimes que te vencerá cualquiera. Pero ahora deliberamos para descubrir dónde hay menos inconvenientes y adoptar el mejor partido; nunca se encuentra uno limpio de sospecha. Pudo, pues, Roma nombrar como Esparta un príncipe vitalicio y establecer un Senado reducido; pero no evitar como ella que creciera el número de sus ciudadanos, queriendo fundar un gran imperio. Aquello hizo que el soberano vitalicio y el pequeño número de senadores fuesen impotentes para mantener la unión.

El que quisiera establecer una república nueva, habría de examinar si le interesaba ampliar su dominio y su poder como Roma, o tenerla dentro de estrechos límites. En el primer caso le sería forzoso disponerla como la romana, aceptando los tumultos y disputas generales de la mejor forma posible, porque una república jamás crecerá o, si creciere, no se mantendrá sin gran número de hombres bien armados. En el segundo caso, podría ordenarla como Esparta y Venecia; pero, siendo el veneno de semejantes repúblicas el apetito de ensancharse, debería por todos los medios vedar cualquier especie de conquista, porque las que

Digitized by Google

nacen de un Estado débil motivan su destrucción, como les aconteció a Esparta y a Venecia. La primera, que había subyugado casi toda Grecia, reveló en una mínima coyuntura la debilidad de sus cimientos: tras la rebelión de Tebas, debida a Pelópidas [2], se sublevaron las demás ciudades y la república se arruinó. Asimismo Venecia ocupó la mayor parte de Italia no con las armas, sino con dinero y astucia, y perdió todo en una jornada en que hubo de mostrar su fuerza [3]. Creo que para que una república sea duradera hay que establecerla como Esparta y Venecia, situándola en un lugar fuerte e inexpugnable, de modo que nadie crea posible conquistarla de improviso, y por otra parte que no sea tan formidable que aterre a los vecinos: así gozaría mucho tiempo de su Estado. Por dos razones se declara la guerra a una república, una para señorearse de ella, otra para que no te conquiste. Ambas se eluden casi por completo según lo antes dicho. Si es inexpugnable, como la supongo, y fuerte, pocas veces o ninguna intentará alguien conquistarla; si se confina al interior de sus términos y la experiencia prueba que no tiene ambiciones, nunca sufrirá la guerra de uno que la tema, y esto será tanto más cierto en caso de que sus instituciones o leyes prohiban su crecimiento territorial. Estoy persuadido de que, si de esta suerte se equilibra, estaríamos ante el auténtico vivir político y la verdadera paz de una ciudad. Pero como todo lo humano se halla en

2. General tebano (m. 364 a. J. C.), que con Epaminondas (411-362 a. J. C.) libró a Tebas del poder espartano.
3. En la batalla de Agnadello.

Digitized by Google

perpetuo movimiento, y las cosas no permanecen firmes, menester es que los hombres las desvíen o las superen. La necesidad te induce a muchos actos a que la razón no te empuja. Por ello, la república instituida para conservarse firme sin ambiciones, pierde los cimientos y se desmantela así que la necesidad la impele a ensanchar sus fronteras. De otro lado, aunque el Cielo se mostrase tan propicio con ella que no hubiese de guerrear, el ocio la afeminaría o dividiría, y ambas cosas unidas, o cada una de por sí, producirían su ruina. Como no creo que pueda equilibrarse de esta guisa, ni seguir punto por punto este procedimiento, al fundar la república hay que pensar en lo más honroso y disponerla para que conserve lo que adquiera cuando la necesidad la anime a conquistar. Volviendo a nuestro principal razonamiento, estoy convencido de la obligación de seguir la conducta romana, y no la de otras repúblicas, porque no imagino que se consiga hallar un estado medio entre una y otras. Tendrán que tolerarse las discordias entre el pueblo y el Senado como hecho obligado para alcanzar la romana grandeza. Porque, aparte de los argumentos alegados, en que se demuestra que la autoridad tribunicia fue indispensable para la defensa de la libertad, se apreciará fácilmente cuanto aprovecha a las repúblicas la facultad de acusar que pertenecía, entre otros, a los tribunos, como se verá en el próximo capítulo.

Digitized by Google

VII

Cuán necesarias son para una república las acusaciones, que la conservan libre

A los que en una ciudad compete la defensa de la libertad, no tendrán autoridad más útil y necesaria que la de poder acusar los ciudadanos al pueblo, magistrado o consejo cuando pecan contra la salud del Estado. Esta norma produce dos utilísimas consecuencias en una república. La primera es que los ciudadanos no intentan nada contra el Estado por miedo a las acusaciones, y si lo intentan son castigados de inmediato y sin prevención; la segunda consecuencia consiste en desahogar los humores que medran en las ciudades contra cualquier habitante. Cuando no tienen forma ordinaria de desfogarse, producen las extraordinarias, en cuyo caso la república se pierde. No existe nada que dé tanta estabilidad y firmeza a una república, como disponerla de suerte que los humores alterados tengan una vía de descargo estatuida por las leyes. Muchos ejemplos lo prueban, sobre todo el que Tito Livio aduce de Coriolano [1]. Dice que la nobleza romana se irritó contra

1. Cf. II, 33-40.

Digitized by Google

la plebe, porque tenía excesiva autoridad desde la creación de los tribunos, que la defendían, y como en Roma hubo gran carestía de alimentos, y el Senado había ordenado traer cereales de Sicilia, Coriolano, enemigo de la facción popular, declaró que se tenía ocasión de castigar a la plebe y privarle de la autoridad con que perjudicaba a la nobleza, manteniéndola hambrienta sin distribuir el trigo. Llegó el consejo a oídos del pueblo, el cual, encendido en ira, hubiese matado a Coriolano al salir del Senado, si los tribunos no le hubiesen obligado a comparecer a defender su causa. Este suceso corrobora lo antes dicho, a saber, cuán útil y necesario es para una república que sus leyes den un escape a la ira que conciben los más contra un conciudadano, porque, no poseyendo ese modo legal, se recurre a los extraordinarios y éstos producen indudablemente peores efectos que aquéllos.

Ordinariamente, cuando se oprime a un ciudadano, aunque sea inicuamente, la república sufre pocos desórdenes o ninguno, porque se ejecuta sin la intervención particular ni la de fuerzas externas, que son las que cortan el disfrute de la libertad; antes bien, se llevan a cabo con fuerzas y estatutos públicos, que tienen límites y no pasan a hechos que desconcierten el Estado. Básteme para corroborar esta opinión entre los antiguos el ejemplo de Coriolano, y considérese cuáles males hubiera sufrido Roma si le hubiera sacrificado el furor popular. Entonces la injuria hubiera sido de particulares a particulares, cuyo género de ofensa engendra pavor, el pavor recurre a la defen-

Digitized by Google

sa, para la defensa se reclutan partidarios, de los partidarios nacen las banderías en las ciudades y de las banderías la ruina de éstas. Como del asunto se encargaron los que tenían autoridad, se expurgaron los males que se hubieran producido en caso de mediar la fuerza privada.

Hemos visto en nuestra época qué novedad representó en la república de Florencia el que la multitud no pudiera desfogar de modo ordinario su enemistad contra un ciudadano, como aconteció en época de Francisco Valori [2], que era como príncipe de la ciudad. Muchos le tildaron de ambicioso porque con audacia y esfuerzo de ánimo pretendía cambiar la vida cívica; no había en la república nadie que pudiera resistirle, más que un bando contrario al suyo. Él, que no se apuraba sino ante el pensamiento de una sublevación, buscó partidarios que le protegieran. Sus contrarios, por otro lado, careciendo de medio legal con que combatirle, utilizaron los procedimientos extraordinarios. Y así empuñaron las armas. Su autoridad hubiera desaparecido sin más daño que el suyo, si de forma ordinaria hubieran podido castigarle; recurriendo a la violencia, se perjudicó no sólo al culpable, sino a muchos nobles ciudadanos. Pudiérase también alegar, en prueba de nuestras conclusiones, el caso de Pedro Soderini [3], que vio

2. Uno de los jefes del partido popular florentino, después de la expulsión de los Médicis. Murió en 1498 en uno de los motines contra Savonarola.

3. (1452-1522) Fue gonfalonero vitalicio. Maquiavelo mantuvo relaciones oficiales con él, y a su muerte, ocurrida en Roma, escribió sobre ella un célebre epigrama.

Digitized by Google

asimismo Florencia. Ocurrió por no haber en aquella república manera de acusar a los ciudadanos fuertes y codiciosos. No basta, en efecto, que se delate a un prócer ante ocho jueces [4], sino ante muchos más, porque los pocos obran siempre como pocos. De lo contrario, siendo mala su vida, sus conciudadanos le hubiesen acusado por la vía legal y desahogado su cólera sin pedir ayuda al ejército español; o si su vida hubiera sido honesta, no hubieran osado obrar contra él por miedo de convertirse ellos en acusados y se hubiera mitigado en uno y otro bando el apetito que fue ocasión del tumulto.

Concluiremos, pues, que siempre que una facción de ciudadanos llama a fuerzas extrañas, se debe a las pésimas instituciones de la ciudad, que impiden dar rienda suelta a los humores malignos que nacen en los hombres, como no sea por medios revolucionarios. Todo ello se evita con legislar que las acusaciones se oigan con respeto por los jueces.

Así se ordenó en Roma con tanto provecho, que en las muchas disensiones habidas entre la plebe y el Senado, ni una ni otro, ni ningún ciudadano privado, pensó en aprovecharse de procedimientos distintos, porque no necesitaron buscar remedios foráneos cuando los tenían en casa. Los ejemplos anteriores son suficientes para probar mi aserción; sin embargo, quiero presentar otro que Tito Livio relata en su historia [5]. Refiere

4. Los Ocho, famosos magistrados florentinos.
5. Cf. V, 33.

Digitized by Google

que en Chiusi, nobilísima ciudad de Toscana[6] en aquella época, un lucumón[7] desfloró a una hermana de Arunto. Como éste no pudo vengar la afrenta, a causa del poder del violador, fue en busca de los francos[8], que regían el paraje que hoy se llama Lombardía, y los convenció de que atacasen a Chiusi, desquitándose con ello de la injuria recibida. Arunto no hubiera solicitado las fuerzas bárbaras si con las leyes de la ciudad pudiera vengarse. Tan útiles como son las acusaciones en una república, tan inútiles y perjudiciales resultan las calumnias, de lo que se discurre en el capítulo siguiente.

6. Etruria.
7. Nombre de los próceres etruscos.
8. Los galos.

Digitized by Google

Digitized by Google

VIII

Cuán útiles son las acusaciones a las repúblicas y cuán perniciosas las calumnias

A pesar de que el valor de Furio Camilo, una vez hubo librado a Roma de la opresión de los francos, logró que todos los ciudadanos, sin menoscabo del respeto debido ni de su categoría, le reconocieran, Manlio Capitolino no soportó que se le atribuyera tanto honor y tanta gloria, porque le parecía que él había contribuido no poco a la salud de Roma salvando al Capitolio y que merecía, por no ser inferior, iguales elogios que Camilo por sus proezas. Envidioso de su fama, como no podía sembrar la discordia entre los Padres [1], recurrió a la plebe, entre la que esparció funestos rumores. Dijo, por ejemplo, que el tesoro reunido para satisfacer a los francos, no lo recibieron éstos, sino quedó en poder de ciudadanos particulares; que si se recobrase, sería de gran utilidad pública, aligerando los tributos de la plebe o las deudas de algún conciudadano. Convenció con

1. Los senadores.

Digitized by Google

estas palabras al pueblo, logró su sostén y empezó a haber motines en la ciudad. El Senado juzgó peligrosa la situación y creó un dictador[2] que examinase el caso y frenase el ímpetu de Manlio. Citado éste, se encontraron en público, el dictador entre los nobles y Manlio rodeado de la plebe. Se instó a Manlio que declarase dónde se hallaba el tesoro, porque el Senado estaba tan deseoso de saberlo como el pueblo; Manlio respondió con evasivas, afirmando que no era necesario revelarles lo que sabían, y el dictador mandó encarcelarle.

Este texto permite notar cuán detestables son las calumnias en las ciudades libres y en cualquier otra situación, y cómo no debe escatimarse esfuerzo alguno para reprimirlas. El mejor sistema es dar cabida a las acusaciones, tan provechosas a las repúblicas como dañinos los infundios; entre unas y otros hay la diferencia de que las calumnias no requieren para ser probadas ni testimonios ni otros requisitos, por lo que cada cual puede ser calumniado y asimismo calumniador; en cambio, las acusaciones exigen indagaciones, pormenores y circunstancias que muestren la verdad que encierran. Los hombres se acusan ante los magistrados, el pueblo y los consejos, y se calumnian en las plazas y calles. Las calumnias se emplean más donde menos se usan las acusaciones y donde las ciudades están menos organizadas y estructuradas para oírlas. El legislador de una república debe disponer que pueda

2. A. Cornelio Coso, en 381 a. J. C.

Digitized by Google

acusarse a cualquier ciudadano sin miedo ni prevención, y después, cuando bien se cumpla, castigar con energía a los calumniadores, que no podrán quejarse del castigo, porque habrá lugares idóneos para oír las acusaciones del que fue calumniado en las calles. Si así no se hace, estallan graves desórdenes, dado que las calumnias irritan sin que los ciudadanos puedan desfogarse por vía legal, y los irritados procuran desquitarse, más atentos al odio que al temor de las cosas que de ellos se dicen.

Expuesto queda cómo se obviaba esto en Roma; al contrario, nunca se arregló oportunamente en nuestra ciudad de Florencia. Si las leyes beneficiaron a los romanos, la carencia de ellas, en este aspecto causó muchos males a los florentinos. Quien leyere la historia de su ciudad verá cuántas calumnias se esparcieron en toda época contra los ciudadanos notables. De uno se decía que había robado los caudales comunales, de otro que le corrompieron para que no triunfase en determinado momento y de un tercero que había incurrido en transgresiones por culpa de su ambición. De ello nació el odio por doquier, del odio procedieron las divisiones, de las divisiones se pasó a los partidos y de los partidos se cayó en la ruina. Si en Florencia se hubiera dispuesto que pudiera acusarse y castigar a los calumniadores, no hubiesen acontecido infinitos escándalos. Los ciudadanos, condenados o absueltos, no habrían perjudicado a la población y las acusaciones hubieran sido menos frecuentes que las calumnias, porque, como he dicho, hay menos

Digitized by Google

facilidad para acusar que para calumniar. Las calumnias figuran entre las muchas cosas de que se valió algún ciudadano para engrandecerse, utilizándolas contra los poderosos que se oponían a él y conquistando la amistad del pueblo, que veía confirmada la mala opinión que de ellos tenía. Aunque los ejemplos abundan, me contentaré con uno solo. Micer Juan Guicciardini, comisario del ejército florentino, lo capitaneó durante la campaña contra Luca[3]. No logró expugnar esta ciudad, bien por culpa de la malicia de sus subordinados o por su mala estrella; mas, sea lo que fuere, se le inculpó asegurando que los luqueses le habían sobornado, lo cual le redujo a la peor de las desesperaciones cuando la calumnia prosperó por obra de sus enemigos. Quiso justificarse, sin lograrlo, porque en la república no existía procedimiento para ello. Surgieron discordias entre sus amigos, en su mayoría personajes de tono, y los que deseaban introducir innovaciones en Florencia, hasta el punto de que, por esta razón y otras semejantes, creció el malestar y se perdió la república.

Siendo Manlio Capitolino calumniador, que no acusador, los romanos probaron cómo se debe castigar a los que profieren calumnias. O se les convierte en acusadores que merezcan premio y no ser castigados, si la acusación resulta verdadera, o se les castiga como a Manlio si no lo es.

3. Los hechos narrados ocurrieron en 1433.

Digitized by Google

IX

Sobre la necesidad de estar solo para fundar de nuevo una república, o de reformarla prescindiendo de sus antiguas instituciones

Acaso se pensará que harto he tratado de la historia romana sin mencionar a los que establecieron a la república, ni las normas que importan a la religión y al ejército. No pretendo mantener en suspenso a los que se interesan por semejantes cosas y digo, por lo tanto, que muchos juzgarán quizá mal ejemplo el de Rómulo, fundador de un modo de vida cívico, el cual mató primero a su hermano y después consintió en la muerte de Tito Tacio Sabino, al que él mismo había escogido por colega suyo en el gobierno; y lo creerán porque con él sus súbditos podían acometer a los que se opusieran a su autoridad con la del príncipe, por ambición y afán de mando. Tendrían razón, supuesto que no se considerase qué fin le indujo al homicidio.

Acéptese por regla general que nunca, o rarísimas veces, se establecerá bien una república o un reino, ora desde su origen, ora de manera

Digitized by Google

opuesta a la antigua, si no se encarga de ello un hombre solo [1]. Es menester que una sola persona y con su solo ingenio cuide de semejante organización. Así lo hará el sagaz fundador de una república cuando intente favorecer el bien común, no al suyo, y a la patria y no a sus descendientes.

Los sabios jamás reprenderán al que emplee medios extraordinarios para instituir un reino o constituir una república. Conviene que le excuse el efecto, si el hecho le acusa, cuando sea bueno como el de Rómulo. Debe reprenderse al violento que destruye, no al cruel que reúne. Su prudencia y su virtud serán grandes si no hace hereditaria la autoridad que adquirió, porque su sucesor, dada la propensión humana al mal, podría usar de modo codicioso lo que él empleara con tanta virtud. Además, no durará mucho lo nuevo que descanse únicamente en su espalda, salvo en el caso de que sean multitud los que cuiden de ello y lo mantengan. Muchos no pueden fundar una cosa porque las diversas opiniones estorban que vean su bien; pero cuando lo conocen, no renuncian a él. Que Rómulo merece perdón por la muerte de su hermano y de su colega, porque perpetró por el bien común y no por el personal, lo demuestra que inmediatamente estatuyó un Senado que le aconsejara y deliberase con él. En cuanto a la autoridad que para sí reservó, no pasó del mando del ejército, ni de la facultad de convocar el Senado. Más tarde, libre Roma por la expulsión de los Tarquinos, los romanos no

1. Cf. Tito Livio, I, 14.

Digitized by Google

mudaron de lo antiguo sino el establecimiento de dos cónsules anuales en vez del rey. Esto atestigua que las instituciones primeras de aquella ciudad se conformaron más con la vida civil y libre que con un orden absoluto y tiránico.

Sustentarían lo antes dicho innumerables ejemplos, como el de Moisés, Licurgo, Solón y otros fundadores de reinos y repúblicas, que dieron leyes beneficiosas para lo común por haber asumido la autoridad; pero no insistiré sobre ellos, ya que son notorios. Traeré a colación uno solo, no tan célebre, aunque digno de que lo consideren los que deseen ser legisladores eficaces. Me refiero a Agis, soberano de Esparta [2], al que asesinaron los éforos [3], acusándole de tiranía, cuando quiso aplicar a los espartanos las leyes de Licurgo, de las que se había apartado su ciudad, perdiendo no sólo su antiguo valor, sino, en consecuencia, su fuerza y dominios primitivos. Su sucesor Cleómenes, que tuvo análogo deseo, vio cuál era la intención de Agis en los escritos y memorias que había dejado y comprendió que no beneficiaría a su patria a no ser que adquiriera toda la autoridad, porque la ambición humana impide buscar la utilidad de muchos contra la voluntad de pocos. Por ello, en ocasión oportuna, hizo matar a los éforos y a cuantos pudieran oponerse a sus propósitos, y aplicó de nuevo las leyes de Licurgo. Esparta hubiera resucitado

2. Agis IV (244-240).
3. Magistrados que, en número de cinco, aplicaban y defendían las leyes a despecho del soberano y de la gerusía.

Digitized by Google

y el monarca tenido la misma reputación que Licurgo, si no se hubieran opuesto el poder macedónico[4] y la debilidad de las restantes repúblicas griegas. Los macedonios le atacaron a poco de imponer la renovación y le vencieron, porque sus fuerzas eran inferiores y no podía buscar apoyo. Su intención, aunque justa y elogiable, fue imperfecta.

Concluyo, tras considerar estas cosas, que para fundar una república se necesita estar solo, y que Rómulo antes debe ser ensalzado que denostado por las muertes de Remo y de Tito Tacio.

4. Cleómenes, rey de Esparta (236-220 a. J. C.), sufrió la grave derrota aludida ante los macedonios en Selasia el año 222.

Digitized by Google

X

Cuán laudables son los fundadores de una república o reino y cuán vituperables los de una tiranía

Entre los hombres merecedores de alabanza sobresalen los jefes e instauradores de religiones, después los fundadores de repúblicas y reinos, y en fin los que, acaudillando ejércitos, ampliaron sus dominios o los de su patria. A éstos se agregan los literatos, cada uno de los cuales es célebre por el género en que destaca. También se atribuyen elogios a los demás hombres, según sea su arte y menester, cuyo número en el mundo es infinito. Por el contrario, dignos de vituperio, sobre infames y detestables, son los varones destructores de religiones, desperdiciadores de reinos y repúblicas y los enemigos de las virtudes, de las letras y de todas las artes que aprovechan y honran a la humanidad, como los impíos, los feroces, los ignorantes, los ineptos, los ociosos y los viles. Nadie habrá jamás tan necio o tan sabio, ni tan perverso o tan bueno, que puesto a elegir entre las dos clases de hombres, no alabe la que ha de elogiarse, ni desprecie la menos-

Digitized by Google

preciable. Empero, casi todos, cegados por un bien falso o una falsa gloria, entran voluntariamente o por ignorancia en la especie de hombres censurables. Pudieran forjar una república o un reino con perpetua fama, pero abrazan la tiranía, sin percatarse de que con ello renuncian a celebridad, gloria, honor, seguridad y paz, y de que incurren en infamia, vituperio, reprobación, peligro e inquietud.

Sería imposible que los hombres privados, o los que llegan a príncipes por la suerte o el valor, que lean las historias y las memorias antiguas, no quisieran los primeros vivir en su patria más como Escipiones que como Césares, y los segundos más como Agesilaos, Timoleones y Diones que como Nabises, Falarises y Dionisios [1], viendo que éstos fueron infamados en grado sumo y aquéllos sumamente alabados. También observarán que Timoleón y los otros gozaron en su patria de autoridad tan grande como Dionisio y Falaris, y encima de mayor sosiego y seguridad.

Habrá alguno que se engañe con la gloria de César, porque los autores le ensalzan. Los ofusca su fortuna y los espanta la magnitud de su dominio, que no consintieron que los escritores hablasen francamente de él. Quien pretende saber lo

1. Agesilao, rey de Esparta (397-360 a. J. C.); Timoleón (¿400?-337 a. J.C.), general que no se opuso a la muerte de su hermano Demófanes, que deseaba hacerse tirano; Dión de Siracusa (357-354 a. J. C.), amigo de Platón; Nabis, tirano de Esparta, mencionado en *El Príncipe;* Falaris, tirano de Agrigento (565-549) a. J. C.); Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa (405-368 a. J. C.).

Digitized by Google

que dirían, lea lo que expresa sobre Catilina [2]. César es más censurable por la diferencia que existe entre el que hizo un mal y el que pensó hacerlo. Por ello, no pudiendo reprochar al poderoso, celebraron a Bruto [3], su enemigo, con férvidas alabanzas.

Considere el príncipe de una república las grandes loas que merecieron, trocada Roma en imperio, los césares que vivieron según las leyes y como buenos emperadores, y los que no lo hicieron. Tito, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco (Aurelio) no necesitaron la protección de los pretorianos ni de las legiones, ya que los defendían sus hábitos templados, la benevolencia del pueblo y el aprecio del Senado. Calígula, Nerón y Vitelio, y muchos otros emperadores depravados, no se salvaron de los enemigos que les habían acarreado sus costumbres perversas y su malvada vida, a pesar de las huestes orientales y occidentales. Buena es su historia, sesudamente reflexionada, para enseñar a los príncipes el camino de la gloria o del reproche y el secreto de su seguridad o de su temor. Ciertamente, perecieron algunos buenos, como Galba y Pertinax, mas su muerte se debió a la corrupción que sus antecesores habían sembrado en los soldados; si alguno, como Severo, murió por obra de la naturaleza, acháquese a su maravillosa suerte y a su gran valor,

2. Lucio Sergio Catilina, cuya conjuración contra el Senado fue denunciada por Cicerón en las famosas «catilinarias».

3. Marco Junio Bruto (86-42 a. J. C.), uno de los asesinos de César.

Digitized by Google

prendas ambas que pocas veces coinciden en un solo hombre. La lección de estas historias le mostrarán cómo puede regirse decorosamente un reino: todos los césares que tuvieron el imperio por herencia, salvo Tito, fueron malvados; los que lo recibieron por adopción fueron buenos, como los cinco que van de Nerva a Marco (Aurelio). Pero cuando el mando recayó en herederos, el imperio conoció de nuevo la ruina.

Tome un príncipe ante sí los tiempos de Nerva a Marco, compárelos con los anteriores y con los posteriores y elija en cuál hubiera deseado nacer. En los gobernados por los buenos, verá al príncipe seguro en medio de sus seguros ciudadanos y al mundo lleno de paz y de justicia; al Senado dotado de autoridad, los magistrados con honor, los ricos con sus riquezas y la nobleza y la virtud exaltadas; verá toda paz y todo bien, y en los otros rencor, licencia, corrupción y ambición; verá la edad áurea en que el hombre puede tener y defender la opinión que se le antoje; verá, en fin, el triunfo de la gente, de un lado glorificado y reverenciado el príncipe, y de otro, amante y seguro el pueblo. Examine después atentamente la época de los otros emperadores, y los verá atroces en las guerras, crueles en las sediciones y frenéticos aun en la paz: príncipes muertos a espada, contiendas civiles y externas, Italia afligida y colmada de inauditos infortunios, y las ciudades arruinadas y saqueadas; verá a Roma en llamas, el Capitolio destruido por los ciudadanos, vacíos los antiguos templos, los ritos corrompidos, las poblaciones ahítas de adulterios, el mar henchido

Digitized by Google

de desterrados y los escollos tintos en sangre; verá incontables sevicias en Roma, y la nobleza, las riquezas, los pretéritos honores y, sobre todo, las virtudes consideradas pecados capitales; verá cómo se premia a los calumniadores, cómo se corrompe a los siervos contra el señor y a los libertos contra el patrón; verá, finalmente, cómo oprimen los amigos al que, por ventura, carecía de enemigos. Y sabrá entonces claramente qué frutos deben Roma, Italia y el mundo a César.

Sin duda, si nació de hombre, se espantará de imitar las épocas perversas, y le encenderá un inmenso deseo de copiar las buenas. El príncipe que busque la gloria del mundo debería anhelar la posesión de una ciudad corrompida, no para viciarla como César, sino para reorganizarla como Rómulo. Los cielos no pueden dar a los humanos mayor ocasión de gloria, ni los hombres pueden codiciarla mayor. Si hubiese de deponer el mando para ordenarla, el que pudiera hacerlo tendría excusa de no llevarlo a cabo por no quedar privado de la soberanía. Pero no cabe ninguna excusa cuando es posible ordenarla conservando la autoridad. Recapaciten, en resolución, los que por obra celestial tienen ocasión de ello, que se les abren dos caminos: uno, que les hace vivir seguros y los glorifica a su muerte; otro, que convierte su vida en una angustia continua y que a la muerte los deshonra para siempre.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

De la religión de los romanos

Roma hubo de reconocerse hija y pupila de Rómulo, su fundador. No obstante, los cielos juzgaron que sus disposiciones no bastaban a limitar tanta fuerza e inspiraron a los senadores romanos el pensamiento de elegir a Numa Pompilio por sucesor suyo, a fin de que organizase las cosas descuidadas por su antecesor. Numa halló un pueblo de índole muy feroz; a fin de someterle a la disciplina civil con las artes de la paz, escogió la religión como lo necesario para mantener una civilidad y lo hizo de modo que durante muchos siglos en parte alguna se temió tanto a Dios como en aquella república. Esto facilitó cualquier empresa que el Senado o los grandes varones romanos se propusieron realizar. El que medite el sinnúmero de acciones del pueblo romano en conjunto y de muchos romanos individualmente, observará que los ciudadanos más temían quebrantar un juramento que las leyes, como quienes estiman la potencia divina por encima de la humana. Lo muestran así los ejemplos de Escipión y de Manlio Torcuato. Después que Aníbal hubo

Digitized by Google

derrotado a los romanos en Canas, se reunieron muchos ciudadanos desengañados de la patria, conviniendo abandonar Italia y establecerse en Sicilia. Enterado de su propósito, Escipión se presentó a ellos espada en mano y les obligó a jurar que no renunciarían a su tierra nativa. Lucio Manlio, padre de aquel Tito Manlio que luego fue llamado Torcuato, había sido acusado por el tribuno de la plebe Marco Pomponio; antes del día del juicio, Tito se presentó a Marco, le obligó a jurar con amenazas que retiraría la acusación contra su padre, y el tribuno desistió de la acusación a causa de su juramento. Los ciudadanos, a quienes no retenía el amor a las leyes patrias, se quedaron en Roma a causa de un juramento arrancado a la fuerza; y el tribuno desistió del odio que alimentaba contra el padre, desoyó la injuria que le hizo el hijo y olvidó su honor en respeto de un juramento. Todo ello se debió a la religión, que Numa había introducido en la ciudad.

Advertirá, el que bien considere las historias romanas, cómo servía la religión para mandar ejércitos, arruinar la plebe, mantener buenos a los hombres y avergonzar a los reyes. Por consiguiente, si se debatiese a qué príncipe estaba Roma más obligada, a Rómulo o a Numa, creo que el segundo sería el elegido. Donde existe religión las armas se introducen en seguida; y donde hay armas y falta la religión, con grandes fatigas se introducirá ésta. Rómulo no necesitó la autoridad divina para instituir el Senado y otros órganos civiles y militares, pero sí Numa, que simuló

Digitized by Google

tener tratos con una ninfa, la cual le aconsejaba sobre lo que él debía recomendar al pueblo, y ello porque deseaba dar normas nuevas e inusitadas a Roma y temía que no bastase su autoridad.

Jamás hubo legislador extraordinario que no recurriese a Dios, porque de otro modo sus leyes no se aceptarían. Un hombre prudente conoce innumerables bienes y provechos, pero no halla muchas veces razones evidentes con que poder persuadir de ellos a otros. Entonces, a fin de eliminar ese obstáculo, el sabio recurre a Dios. Lo hicieron así Licurgo, Solón y cuantos tuvieron el mismo objeto que ellos. Maravillado de su bondad y prudencia, el pueblo romano obedecía sus decisiones. En verdad, la religiosidad de aquellos tiempos y la rudeza de los hombres que trataba, le permitieron conseguir sin obstáculos sus propósitos, imprimiendo en ellos una forma nueva. En nuestra época, el fundador de una república hallaría menos tropiezos en hombres montaraces, entre los que no reina la civilidad, que en medio de los que viven en las ciudades, donde la urbanidad está corrompida: un escultor sacará una estatua más bella del mármol bruto que de uno maltratado por otro artista.

Así, pues, digo que la religión de Numa se cuenta entre los principales motivos de dicha de Roma, porque creó buenas constituciones, las cuales engendran la fortuna dichosa, y de ésta nacerán los resultados felices de las empresas. Si el respeto del culto divino causa la grandeza de las repúblicas, el desprecio de la religión desata su ruina. Donde no existe temor de Dios, el reino


Digitized by Google

se perderá o habrá de sostenerlo el miedo al príncipe, que es su substituto. Como la vida de los soberanos es breve, el reino menguará tan pronto como falten. Por eso duran poco los principados que estriban en la virtud de un solo hombre, porque su ánimo desaparece con su vida y en raras ocasiones sucede que se renueve en los sucesores, como Dante dice con sagacidad:

Raras veces desciende por la rama
la humana probidad, y eso quiere
el que la da, porque así tiene la fama[1].

No consiste la salvación de una república o reino en tener un príncipe que gobierne con prudencia, sino uno que la disponga de forma que se conserve después de su muerte. No cuesta convencer a hombres ignaros de la conveniencia de una institución u opinión nueva, y tampoco cuesta persuadir a los cultos o que presumen de no ser rudos. El pueblo de Florencia no es, aparentemente, ignorante y tosco, pero fray Jerónimo Savonarola le indujo a creer que hablaba con Dios. No entro en enjuiciar si era cierto o no, porque hay que tratar con respeto de varón tan famoso; pero afirmo que muchísimos lo creyeron sin pruebas manifiestas o extraordinarias; su vida, sus conocimientos y el asunto que defendió bastaron a que le prestasen fe. Por consiguiente, nadie se espante de no conseguir lo que otros alcanzaron, porque los hombres, como se dijo en el prefacio, nacerán, vivirán y fenecerán siempre dentro de la misma disposición.

1. *Purgatorio*, VII, 121-123.


Digitized by Google

XII

Cuánto importa la religión y cómo se arruinó Italia a consecuencia de la política de la Iglesia

Los príncipes o repúblicas que desean mantenerse íntegros deben sobre todo conservar incorruptas las ceremonias de su religión y venerarlas siempre. No hay mayor indicio de la perdición de una provincia que ver despreciado el culto divino. Esto se entiende así que se sepa en qué se funda la religión en que el hombre nació. Toda religión basa su existencia en uno de sus ritos principales. La de los gentiles descansaba en las respuestas de los oráculos y en la secta de los adivinos y arúspices; sus restantes ceremonias, sacrificios y ritos, dependían de ellas. Creían a pies juntillas que el dios, que te predecía tu bien o mal futuro, podía concedértelo. Surgieron entonces los templos, los sacrificios, las súplicas y las demás ceremonias de veneración, porque el oráculo de Delos, el santuario de Júpiter Ammón y otros célebres templos henchían el mundo de asombro y devoción. Después, empezaron a hablar como los poderosos y, como su falsedad se reveló al pueblo, los

Digitized by Google

hombres se hicieron incrédulos y dispuestos a perturbar todo orden bueno. Deben, pues, los príncipes de una república o de un reino mantener los cimientos de su religión, tras lo cual podrán mantener la religión de su Estado y, por lo tanto, bueno y unido a éste. Tienen que favorecer y fomentar todo lo bueno que la aumenten, aunque lo juzguen falso, cuanto más prudentes y más conocedores sean de las cosas naturales. Esta conducta, observada por sabios y sagaces, ha engendrado la fama de los milagros que se celebran incluso en las religiones falsas. Los sesudos los aumentan, sea cual fuere su origen, y su autoridad hace que los admitan los otros mortales. Hubo bastantes prodigios de este género en Roma, entre ellos el de que estaban saqueando los soldados romanos la ciudad de los veyentes y algunos entraron en el templo de Juno. Al acercarse a la imagen y preguntarle «*Vis venire Romam?*» [1], a unos se les antojó que afirmaba con el gesto y a otros que decía que sí. Siendo aquellos hombres religiosos (lo que Tito Livio prueba, porque entraron en el templo callados, devotos y respetuosos), les pareció oír la contestación que esperaban. Camilo y otros príncipes de la ciudad procuraron que se difundiese y aumentase tanto la creencia como la credulidad. Si al principio de la república cristiana se hubiera conservado la religión como la ordenó su Fundador, los Estados y las repúblicas de Cristo serían más felices y vivirían más unidos que al presente. Sobre su declinar no lle-

1. «¿Quieres venir a Roma?» Cf. Tito Livio, V, 22.

Digitized by Google

gamos a mayor conjetura que la de ver que los pueblos más próximos a la Iglesia romana, cabeza de nuestra religión, son menos religiosos. El que considere sus cimientos y vea cuán distinta es de ellos la costumbre actual, juzgará sin duda que se avecina o la ruina o el castigo.

Muchos opinan que el bienestar de las ciudades de Italia se debe a la Iglesia romana, a lo que replico con algunas razones, entre ellas dos muy poderosas, que, en mi parecer, no tienen objeción. Es la primera que, contemplando los malos ejemplos de aquella corte, este país ha perdido toda devoción y religión. Ello genera infinitos inconvenientes y mil desórdenes, porque así como hay que presuponer el bien en donde reina la religión, así hay que suponer lo contrario en los lugares en que falta. Los italianos hemos de agradecer a los representantes de la Iglesia el estar perdidos y sin fe. Pero aún se cuenta otro motivo mayor de nuestra ruina, y es mi segunda razón: la Iglesia ha tenido y tiene a Italia dividida. Ninguna provincia estuvo unida o feliz mientras no obedeció a una república o a un príncipe, como sucedió en Francia y en España. La causa de que Italia no se halle en igual situación, ni tenga una república o un príncipe que la gobierne, no es más que la Iglesia. Después de habitar en ella y de gozar de poder temporal, no tuvo fuerza ni valor para ocupar el resto de Italia, a modo de principado; pero tampoco, en un aspecto contrario, ha sido tan débil que, medrosa de perder su autoridad en las cosas temporales, pidieron auxilio a un poderoso que la protegiese de una exagerada

Digitized by Google

potencia italiana. Antiguamente se tuvo experiencia de ello, cuando con la ayuda de Carlomagno expulsó a los longobardos, soberanos de casi toda Italia, y en nuestra época cuando disminuyó la fuerza de los venecianos con el socorro de Francia y después arrojó a los franceses con el de los suizos. La Iglesia no tuvo, por tanto, fuerza para dominar a Italia, ni consintió que otro la ocupase, razón de que la provincia, en lugar de tener un solo jefe, se dividiera entre muchos príncipes y señores, y de su división, pareja a su debilidad, llegó a ser presa no sólo de bárbaros poderosos, sino de cualquiera que la ataca. Los italianos debemos el reconocimiento de eso a la Iglesia y a nadie más. Para tener experiencia pronta de esa verdad, convendría que un potente señor enviase la corte romana, con la autoridad que ahora posee en Italia, a habitar en tierras de los suizos, único pueblo que hoy vive, como los antiguos, en lo referente a la religión y a las costumbres militares. Veríase cómo en poco tiempo, mucho antes que cualquier acaso que pudiera surgir, desordenarían aquella nación las malas costumbres de esa corte.

Digitized by Google

XIII

Cómo los romanos aprovechaban la religión para organizar ciudades, ejecutar empresas e impedir motines

No será despropósito en mi opinión aducir algún ejemplo de cómo los romanos se sirvieron de la religión para organizar la ciudad y llevar a cabo sus propósitos. Tito Livio menciona multitud de ellos, pero yo me contentaré con los siguientes. El pueblo romano creó tribunos de potestad consular, todos los cuales menos uno fueron plebeyos. Ocurrió que hubo aquel mismo año peste y hambre, y ciertos prodigios. Los nobles emplearon aquellas calamidades contra los tribunos, diciendo que los dioses se habían airado porque Roma había zaherido la majestad de su imperio, y que el único medio de aplacar a los inmortales sería elegir a los tribunos entre ellos. La plebe, espantada, nombró tribunos sin excepción a individuos de la nobleza. Véase cómo, en la conquista de la ciudad de los veyentes, los jefes del ejército emplearon la religión para tener bien dispuestos a sus soldados a cualquier hazaña: el lago Albano

Digitized by Google

había crecido aquel año de forma inaudita y los soldados, fatigados del largo asedio, quisieron volverse a Roma, cuando los jefes anunciaron que Apolo y otros oráculos aseguraban que la ciudad de los veyentes se expugnaría el año en que se desviase el lago Albano [1]. Aquello animó a los legionarios a soportar el tedio, con la esperanza de que se adueñarían de la plaza, y se resignaron a seguir ante la ciudad que Camilo, nombrado dictador, tomó a los diez años de sitio. La religión, hábilmente empleada, ayudó a la adquisición de aquella población y a la restitución del tribunado a la nobleza. Difícilmente se hubieran logrado ambas cosas de no mediar ella.

Presentaré otro ejemplo a este propósito. En Roma había asonadas por culpa del tribuno Terentilo, que quería presentar una ley por causas que más abajo se dirán [2]. Para ello la nobleza utilizó la religión de dos maneras. De acuerdo con la primera, hicieron leer en los libros sibilinos [3] que la ciudad corría peligro inminente de perder la libertad si estallaba una sedición civil, lo que enfrió el ánimo de la plebe, a pesar de que el oráculo se había sabido por medio de los tribunos. La otra fue que un cierto Apio Herdonio ocupó de noche el Capitolio, con cuatro mil forajidos y esclavos, y se temió que los equos y volscos, perpetuos enemigos de los romanos, llegaran a conquistar Roma en aquella ocasión; sin embargo, los tribunos se obstinaron en proponer la

1. Para secarlo.
2. Cf. el capítulo XXXIX de este libro.
3. Colección de oráculos que se atribuían a las sibilas.

Digitized by Google

ley Terentila, diciendo que aquella injuria era ficticia. Salió del Senado Publio Rubecio, ciudadano grave y de autoridad, y con palabras entre amables y amenazadoras, les reveló los peligros de la ciudad y lo importuno de su demanda, y convenció a la plebe de que no debía apartarse de la voluntad del cónsul. El pueblo recobró el Capitolio por la fuerza, en cuyo hecho murió el cónsul Publio Valerio. Inmediatamente se nombró de nuevo cónsul a Tito Quinctio, el cual ordenó que la plebe marcharse contra los volscos, para que no pensara en la ley Terentila, recordándole que había jurado no abandonar al cónsul, por lo que estaba obligada a seguirle. Los tribunos protestaron que lo habían jurado al difunto y no a él. No obstante, Tito Livio enseña que la plebe, respetuosa de la religión. quiso antes obedecer al cónsul que escuchar a los tribunos, diciendo en favor de la antigua religión estas palabras: «*Nondum haec, quae nunc tenent saeculum, negligentia Deum venerat, nec interpretando sibi quisque iusiurandum et leges apta facebat*» [4]. Llegó el caso a que los tribunos prefirieron conservar su dignidad y rindieron obediencia al cónsul, aceptando no hablar de la ley durante un año, siempre y cuando los cónsules anuales no sacaran la plebe a la guerra. La religión, por tanto, permitió que el Senado superase dificultades que de otro modo no hubiera vencido.

4. «Pero entonces no había, como en nuestro siglo, indiferencia por los dioses; no se sabía interpretar los juramentos y las leyes retorciéndolos caprichosamente a su antojo» (Tito Livio, III, 20).


Digitized by Google

Digitized by Google

XIV

Los romanos interpretaban los auspicios según las necesidades y fingían prudentemente respetar la religión, cuando no la observaban en el fondo, castigando al temerario que la despreciaba

Los augurios, como ya se dijo, eran no sólo el cimiento de gran parte de la antigua religión gentil, sino los causantes del bienestar de la república romana. He aquí por qué los romanos los respetaban más que a las restantes ceremonias. Los empleaban en los comicios, al emprender algo, al salir con las legiones, al batallar y en cualquier hecho importante tanto cívico como militar. Jamás hubieran iniciado una campaña sin convencer a los soldados de que los dioses les prometían la victoria. Entre otras maneras de auspicios tenían en los ejércitos cierto género de arúspices llamados *pullarii*[1]. A éstos ordenaban que consultasen los auspicios siempre que pensaban combatir: si los pollos picaban, peleaban bajo buen augu-

1. Sacerdotes que cuidaban de los pollos sagrados y auguraban como en el texto se explica.

Digitized by Google

rio; si no picaban, se abstenían de combatir. Pero si la razón les indicaba que debían realizar una cosa, la llevaban a cabo a despecho de los presagios adversos, aunque alteraban sus términos y rebozaban las circunstancias con destreza, a fin de que no se creyera que desobedecían a la religión.

Eso hizo el cónsul Papirio [2] en una importantísima batalla que tuvo con los samnitas, que desde entonces quedaron flacos y afligidos. Papirio se halló frente al adversario y, convencido de que la victoria sería suya, quiso trabar contienda. Ordenó, pues, a los *pullarii* que consultasen sus aves, las cuales se negaron a picotear. Pero el jefe de los arúspices había visto el buen ánimo del ejército, seguro, como su jefe, del triunfo, y refirió al cónsul que los auspicios les favorecían. Papirio ordenó sus tropas. Algunos *pullarii* comunicaron a varios soldados que los pollos no habían picado y transmitieron la noticia a Espurio Papirio, sobrino del cónsul. Espurio lo refirió a su tío, el cual repuso que pensara en cumplir su obligación, porque para él y para todo el ejército los augurios eran buenos y que el engaño pesaría sobre quien había mentido. Para que todo saliera según el pronóstico mandó a sus legados que situaran los *pullarii* en la vanguardia de las legiones. Avanzando contra el enemigo, quiso el azar que un dardo romano matase al jefe de los *pullarii* y el cónsul al saberlo declaró que todo sucedía con bien y el favor de los dioses, porque el ejército

2. Cf. Tito Livio, X.

Digitized by Google

se había exonerado, con la muerte del embustero, de toda culpa y de la ira que sintiesen contra él. De esta manera acomodó sus intenciones y los auspicios, y combatió sin que las tropas notasen que había descuidado parte de los dictados de la religión.

Lo contrario hizo Apio Pulcro en Sicilia, durante la primera guerra púnica, cuando quiso medir sus armas con los cartagineses. Recurrió a los *pullarii*, que le informaron de que las aves no picoteaban, y dijo: «¡Veamos si quieren beber!», y ordenó que las arrojasen al mar [3]. Mas como perdió la batalla se le condenó en Roma. Se honró a Papirio, en cambio; la diferencia entre uno y otro fue no que el uno hubiese triunfado y el otro perdido, sino que aquél desobedeció los augurios con prudencia, y éste con temeridad. No pretendían los aupicios más que esforzar a los soldados para la batalla, con cuya confianza casi siempre se obtuvo la victoria. Usaron de este medio no sólo los romanos, sino los extranjeros, sobre lo que creo oportuno presentar un ejemplo en el capítulo siguiente.

3. Cf. Cicerón, *De natura deorum*, II, 3-7.

Digitized by Google

Digitized by Google

XV

Los samnitas recurrieron a la religión como supremo remedio de sus aflicciones

Fueron vencidos muchas veces los samnitas por los romanos, hasta la derrota decisiva en Toscana[1]. Se hallaron sin ejércitos, sin capitanes y sin aliados, también deshechos, como los toscanos, los franceses[2] y los umbrios, «*nec suis nec externis viribus iam stare poterant, tamen bello non abstinebant; adeo ne infeliciter quidem defensae libertatis taedebat, et vinci quam non tentare victoriam malebant*»[3]. Deliberaron entonces llevar a cabo un último intento. Sabían que para vencer tenían que infundir tesón a los soldados y que nada había mejor para ello que la religión. Pensaron, por lo tanto, en repetir un antiguo sacrificio mediante su sacerdote Ovio Pacio y lo dis-

1. Etruria.
2. Etruscos, galos.
3. «Ya no tenían en su favor ni los hombres propios, ni los extranjeros; sin embargo, no se abstenían de la guerra; de tal modo que ciertamente no les pesaba defender su libertad y preferían más ser vencidos que no buscar la victoria» (Tito Livio, X, 31).

BIBLIOTECA DE ... UNIVERSIDAD
Digitized by Google

pusieron de esta forma: efectuado el sacrificio solemne, y habiendo hecho jurar entre las víctimas y los altares ardientes a todos los capitanes que jamás desistirían de la lucha, citaron a los soldados uno a uno, y entre los altares, en medio de los centuriones con las espadas desnudas, les obligaban primero a jurar que no repetirían nada de lo que viesen u oyeran, y después, con palabras abominables y versos espantosos, les hacían prometer a los dioses que irían adonde sus jefes ordenasen, no rehuirían nunca la pelea y matarían a cualquiera que retrocediese. Si aquello no respetaban, cayese la culpa sobre su familia y estirpe. Los que por miedo se negaban a juramentarse, pronto morían bajo las espadas de los centuriones; por ello, juraron los que siguieron, despavoridos por la ferocidad del espectáculo. A fin de que su aspecto fuese más magnífico, vistieron a la mitad de los cuarenta mil hombres con paños blancos, con crestas y penachos sobre los cascos, y así preparados se asentaron cerca de Aquilonia. Contra ellos marchó Papirio [4], el cual arengó a sus legionarios diciendo: «*Non enim cristas vulnera facere, et picta atque aurata scuta transire romanum pilum*» [5]. Y para borrar la impresión que había causado a sus soldados el juramento, aseguró que más motivos tenían los samnitas de recelo que de fortaleza, porque al unísono habían de temer a sus conciudadanos, a los dioses

4. Papirio Cursor, hijo del Papirio mencionado.
5. «Que los penachos no causarían heridas y que la pica romana atravesaría los escudos pintados y dorados» (*íd.*, X, 39).

Digitized by Google

y a sus enemigos. Llegado el conflicto, los samnitas sufrieron el desastre, triunfando el romano valor y el miedo concebido en las pasadas derrotas al tesón que pudo infundirles la religión y el juramento pronunciado. Sin embargo, véase que no creyeron tener más protección, ni remedio que les devolviese la esperanza de recobrar la bravura perdida, que aquéllos. Esto testimonia cuánta confianza infunde la religión bien usada. Este hecho más requeriría hallarse entre los extrínsecos, pero, como depende de una de las instituciones romanas más importantes, parecióme oportuno situarlo aquí, a fin de no dividir la materia y no tener que volver a ella.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

Un pueblo, habituado a vivir bajo un príncipe, difícilmente conserva la libertad si por casualidad la obtiene

Muestran infinitos ejemplos, en las antiguas historias, cuán difícil es a un pueblo conservar la libertad cuando por acaso, después de haberse habituado a vivir bajo un príncipe, la adquiere, como Roma tras la expulsión de los Tarquinos. Esta dificultad es cosa de razón. Siendo el pueblo como un animal de índole feroz y salvaje, pero acostumbrado a las rejas y a vivir en servidumbre, no sorprenderá que luego, dejado libre al azar de los campos, ignorando cómo alimentarse y dónde esconderse, caiga presa del primero que pretenda aherrojarle.

Lo mismo ocurre al pueblo acostumbrado a vivir bajo el ajeno gobierno. No sabe resolver las defensas, ni los ataques posibles, no conoce a los príncipes necesarios, ni éstos a él, y prontamente acepta un yugo que casi siempre es más necio que el que retirara de su cuello. Hállase en este apuro aunque su esencia no esté corrompida. Porque el pueblo del todo corrupto, poco tiempo

Digitized by Google

vivirá libre, como más abajo se dirá; pero nuestros razonamientos tratan de los pueblos en que la corrupción no se ha propagado en exceso, habiendo en ellos más partes buenas que malas.

A la anterior se añade otra dificultad: la de que el Estado que llega a libre consigue más partidarios enemigos que amigos. Los adversos se aprovechan del Estado tiránico para engrosarse con las riquezas del príncipe, los cuales, privados de tal ocasión, viven descontentos y a la fuerza quieren volver a la tiranía que les devolverá la autoridad anterior. No se adquieren, como dije, partidarios amigos, porque la existencia libre concede honores y premios en galardón de algunos motivos honestos, y fuera de ellas ni honra ni premia a nadie; y cuando se tienen los honores y las cosas útiles que creen merecerse, nadie reconoce que está obligado a los que le remuneraron. Además, la común utilidad que se saca del vivir libre no es reconocida por nadie mientras se posee, esto es, la de gozar libremente de los bienes propios sin sospecha alguna, no temer afrentas al honor de las mujeres e hijos, y no sufrir miedo por la suerte personal. Nadie confesará jamás que está obligado al que no le ofende.

Como queda dicho, el Estado libre que resurge tiene partidarios enemigos y no partidarios amigos. El remedio de los inconvenientes, no será otro, ni más poderoso, útil, seguro y necesario, que el de matar a los hijos de Bruto [1]. La historia

1. Lucio Junio Bruto (m. 509 a. J. C.) no vaciló en condenar a muerte a sus hijos, que conjuraban para restablecer los Tarquinos en el trono.

Digitized by Google

enseña que conjuraron con otros jóvenes romanos contra la patria, sólo porque no tenían tanto valimiento bajo los cónsules como bajo los reyes, de suerte que la libertad del pueblo parecía ser su esclavitud. El que gobierna a una multitud, como una república o en forma de principado, fundará un Estado de corto aliento si no se preserva de los enemigos del nuevo gobierno. Creo desdichados en verdad a los príncipes que han de recurrir a procedimientos extraordinarios para asegurar su Estado contra la muchedumbre enemiga. Quien tiene por adversarios a los menos, fácilmente y apenas sin disturbios consigue la seguridad; pero aquel cuyo enemigo es el vulgo jamás está seguro, y cuanto más cruel es tanto más debilita su principado. Por eso, no se le ofrece mayor remedio que el de intentar bienquistarse al pueblo.

Aunque este razonamiento sea distinto del anterior, porque uno habla del príncipe y otro de la república, hablaré brevemente de él para dejarlo resuelto. El príncipe deseoso de conseguir el amor del pueblo (y hablo aquí de los que son tiranos de su patria), debe examinar ante todo cuáles sean las ansiedades populares y verá que siempre resultan dos: una, vengarse de los que motivaron su servidumbre; otra, recobrar la libertad. El príncipe puede contentar en todo el primer anhelo, y sólo en parte el segundo. Clearco, tirano de Heraclea [2], estaba desterrado, cuando hubo una disputa entre la plebe y los optimates de la ciudad; éstos, que eran inferiores en núme-

2. Heraclea del Ponto. Clearco murió asesinado por dos discípulos de Platón.

Digitized by Google

ro, decidieron favorecer a Clearco, se confabularon con él, le establecieron contra la voluntad popular y arrebataron la libertad al pueblo. Clearco se halló entre la soberbia de los optimates, a los que no podía contentar ni corregir, y la rabia de la plebe ante la pérdida de su libertad. Deliberó zafarse de la molestia de los grandes y adquirir la estimación del pueblo simultáneamente. Aprovechó para ello la ocasión más conveniente, destrozando a los optimates, contentando uno de los más vivos deseos del pueblo, a saber, el de desquitarse. Pero el príncipe que no puede saciar otro anhelo, no menos vehemente que aquél, o sea el de recobrar su libertad, examine qué motivos lo justifican. Verá con ello que una parte, la más reducida, aspira a ello con el propósito de mandar, y que la restante, o mayoría, busca la libertad para vivir segura. En todas las repúblicas, sean cuales fueren sus constituciones, no llegan al mando más de cuarenta o cincuenta ciudadanos, por cuyo pequeño número no resulta arduo dominarlos, o cambiándolos o cargándoles de tantos honores que hayan, en lo que cabe, de contentarse con su situación. Los demás, los que se satisfacen con la vida tranquila, fácilmente se dan por aplacados con estatutos y leyes fuertes, que abarquen la seguridad universal. Haga el príncipe esto, y cuando el pueblo vea que ningún acaso quebrante las leyes, vivirá a poco en paz y contento. Ejemplo de ello es el reino de Francia, cuya tranquilidad obedece a que los señores están obligados a un sinnúmero de preceptos, que comprenden la seguridad de todos sus pueblos. Quien

Digitized by Google

ordenó aquel Estado quiso que aquellos reyes hiciesen su antojo con el dinero y las armas, pero, asimismo, que no dispusieran de lo demás sino como las leyes ordenan. El príncipe o la república que no tomaron estos firmes acuerdos en su origen, conviene que lo hagan en la primera ocasión, a modo de los romanos. El que la desperdicia se arrepiente tarde de su imprevisión.

Por lo tanto, no habiéndose corrompido el pueblo romano entonces, pudo, muertos los hijos de Bruto y desaparecidos los Tarquinos, conservar la libertad recobrada, por medio de las normas e instituciones ya descritas. El pueblo corrompido, sea el de Roma o cualquier otro, no halla remedios válidos para mantenerla, como se mostrará en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVII

El pueblo corrompido que adquiere la libertad, con grandes dificultades se conserva libre

Juzgo que fue menester que los reyes se extinguiesen en Roma o que ésta, en cortísimo tiempo, se debilitase y llegara a despreciable. Considerando cuán corrompidos estaban aquellos soberanos, de haberles seguido dos o tres generaciones de descendientes, si la corrupción que en ellos principió hubiera infectado a los otros miembros, habría sido imposible reformarla. Mas se perdió la cabeza sin que el busto se viera afectado, y fácil cosa fue que viviera libre y con equidad. Téngase por certísimo que una ciudad corrompida sujeta a un príncipe, en cuanto éste y todo su linaje desaparece, jamás llega a libre. Así es mejor que un príncipe extinga al otro: esto sin la creación de un nuevo señor nunca lo consigue, a menos que la tengan libre la bondad y el valor; pero la libertad durará lo que su vida. En la Siracusa de Dión y de Timoleón se conoció gracias a su virtud la libertad mientras vivieron, y a su muerte se volvió a la antigua tiranía. Empero, no

Digitized by Google

hay ejemplo de más bulto que el de Roma. Expulsados los Tarquinos, la ciudad aceptó y conservó la libertad; muerto César, muerto Cayo Calígula, muerto Nerón, agotada la estirpe cesárea, nunca pudo ya no sólo guardar, sino dar principio a la libertad. Que en una misma ciudad hubiese suertes tan dispares, no se debió más que a la corrupción del pueblo en la época de los Tarquinos y a su perversión suma en la postrera. En aquélla se salvó y estuvo fuerte sólo a causa del juramento de que nunca consentiría que nadie reinase en Roma; en ésta no bastaron la autoridad y severidad de Bruto, con todas las legiones orientales [1], a defender la libertad que él, a semejanza del primer Bruto, le había dado. Culpable de ello fue la corrupción que habían introducido en el pueblo los parciales de Mario, al frente de los cuales estuvo César, cegando a la muchedumbre hasta que no supo que aceptaba el yugo.

Aunque el ejemplo de Roma haya de preferirse a cualquier otro, me propongo aducir el de pueblos actuales. Digo que ninguna contingencia, por grave o violenta que fuere, devolvería la libertad a Milán ni a Nápoles, cuyos miembros están corruptos. Así se vio a la muerte de Felipe Visconti [2], cuando Milán la buscó y no pudo ni supo conservarla. Roma tuvo la fortuna de que los

1. Este Bruto es el asesino de César. Las legiones orientales fueron las que mandaron ambos personajes y sufrieron la derrota en Filipos (42 a. J. C.), ante Marco Antonio y Octavio.
2. Felipe María Visconti (1391-1447). La república de Milán, fundada en 1449, cayó en poder de Francisco Sforza, que se hizo señor suyo en 1450.

Digitized by Google

reyes se corrompieran pronto, por lo que se les expulsó antes de que su efecto hubiera penetrado en las entrañas de la ciudad. La incorrupción causó los innumerables alborotos que hubo en Roma, pero como el fin era bueno ayudaron antes que perjudicaron a la república.

Puede llegarse a esta conclusión: donde la masa no está corrupta, los motines y restantes escándalos no perjudican; donde lo está, las buenas leyes nada remedian, a menos que se pongan en manos de un varón con energía suficiente para hacer observarlas hasta el punto de que la masa se haga con ellas virtuosa. No sé que esto haya acontecido nunca o que sea posible que suceda. Cuando se ve, como antes dije, que una ciudad declinó por la corrupción de la masa, jamás acaece que se restablezca sino por la virtud de un hombre que, viviendo entonces, la sostiene, y no por obra del vulgo; inmediatamente después de su muerte, cae de nuevo en sus antiguas malas costumbres, como pasó en Tebas. La virtud de Epaminondas conservó en la ciudad durante su vida la forma de república y de imperio; pero luego que hubo fallecido, volvió a sus viejos desórdenes. La vida de un hombre no puede durar tanto que con el tiempo avece a una ciudad muchos años habituada al mal. Si viviera muchísimo tiempo, o aun se sucedieran dos hombres virtuosos, y no consiguieran orientarla por completo hacia el bien, habrá de perecer súbitamente cuando falten, como queda dicho, a menos que otro la haga renacer a costa de muchos peligros y sangre. La corrupción y la escasa aptitud de la república

Digitized by Google

para la vida libre proceden de las desigualdades que en ella hay. Cuando se quiere restablecer la igualdad es forzoso recurrir a medios extraordinarios, que pocos saben o quieren emplear, como se dirá en el lugar oportuno.

Digitized by Google

XVIII

De qué modo se puede mantener un Estado libre en las ciudades corrompidas, o establecerlo si no lo hay

No estará de más, ni se opondrá a lo antes escrito, en mi juicio, reflexionar cómo se mantendrá libre el Estado si lo hubiere, en una ciudad, o cómo puede establecerse si no lo hubiere. Digo que ambas cosas son muy difíciles. Resulta casi imposible ofrecer unas reglas, ya que sería necesario atender a los grados de corrupción. No renunciaré, sin embargo, a ello, considerando que aprovecha discurrir sobre todo. Presupondré que se trata de una ciudad muy corrompida, donde crecerán más semejantes dificultades, porque no hay leyes ni estatutos bastantes a contener la corrupción general. Los hombres de buenas costumbres subsisten gracias a las leyes, y las leyes se observan gracias a las buenas costumbres. Además, los preceptos y normas que una república recibió en su nacimiento, cuando había hombres buenos, no sirven al pervertirse éstos. Las leyes varían en una ciudad según

Digitized by Google

los casos, pero jamás o en rarísimas ocasiones sus instituciones; las leyes no bastan, porque las instituciones inalterables las corrompen. Para que mejor se entienda mi razonamiento, diré que en Roma había la institución del gobierno, o del Estado, y bajo ella las leyes, por mediación de los magistrados, contenían a los ciudadanos. La disposición estatal era la autoridad del pueblo, Senado, tribunos, cónsules, el modo de solicitar y crear magistraturas, y el de legislar. Poco o nada se mudó todo ello durante las alteraciones. En cambio, variaron las leyes que contenían a los ciudadanos, como la de los adulterios, la suntuaria, la de la ambición y tantas otras, a medida que los particulares se corrompían. Pero las instituciones seguían inalterables, aunque no tenían ya valor en la depravación general, y las leyes renovadas no servían a mantener los hombres dentro de los límites de la virtud. Muy otra hubiese sido la situación si se hubiesen cambiado las instituciones al mismo tiempo que las leyes se innovaban.

Y que así fue se ve en dos partes tan principales como en la creación de las magistraturas y de las leyes. El pueblo romano no concedía el consulado y los otros primeros cargos de la ciudad sino a los que se lo demandaban. Este proceder tuvo utilidad en el principio, porque no los solicitaban más que los varones que se juzgaban dignos del cargo, siendo una ignominia verse rechazado. Todos, por lo tanto, obraban bien para que se les tuviera por merecedores de la magistratura. No obstante, llegó a ser muy pernicioso

Digitized by Google

en la ciudad corrompida, porque no los más virtuosos, sino los más fuertes pretendían ser magistrados, y los débiles, aun siendo honestos, se abstenían de competir debido al miedo. Este inconveniente no se produjo de manera súbita, sino a pasos contados, como suelen ocurrir las cosas perjudiciales. Los romanos habían domado África y Asia, y conquistado casi toda Grecia, y, seguros de su libertad, creían que no debían espantarse de ningún enemigo. Esta seguridad y la debilidad de los adversarios hizo que el pueblo romano atendiera al conceder el consulado más a la gentileza del ánimo que al valor y la virtud, estableciendo en el cargo a quienes mejor sabían tratar a los hombres, en vez de elegir a los peritos en el artes de derrotar al enemigo; después, de los gentiles descendieron a entregarlos a los más poderosos. Los buenos, por defecto de la institución, quedaron excluidos completamente. Un tribuno u otro ciudadano podía proponer al pueblo una ley, acerca de la cual todos tenían capacidad para tratar en pro o en contra antes de que se deliberase. La institución resultó buena en tanto los romanos fueron virtuosos, porque siempre benefició que propusieran todo lo que resulta en favor del público, y asimismo que expresen su opinión sobre ello, a fin de que el pueblo enterado llegase después a elegir lo mejor. Pero tal constitución orgánica empeoró simultáneamente con la pésima condición de los ciudadanos, cuando solamente los poderosos presentaban leyes, atentos a su propia fuerza, olvidándose de la común libertad, y el miedo estorbaba que se discutiesen. En suma, la

Digitized by Google

generalidad sufría engaño o tenía que consentir en su ruina.

Menester era, por consiguiente, deseando Roma mantenerse libre en la corrupción, que así como había creado leyes durante el curso de su vida, hubiera formado nuevas instituciones. Se deben buscar constituciones y modos de vida distintos en una situación apurada que en una nueva, porque la forma no puede ser semejante en una materia que la desmiente por completo. Esas instituciones han de renovarse totalmente y de una sola vez, en cuanto se advierta su ineficacia, o poco a poco a medida que cada uno la conoce. Digo, empero, que es casi imposible hacer una y otra cosa. Conviene, en su renovación paulatina, que un varón prudente vea el inconveniente de lejos y cuando nace; pero ese género de hombres es tan raro en las ciudades, que puede ser que nunca surja uno y, aunque apareciese, jamás persuadiría a los restantes de su pensamiento, porque los humanos no quieren mudar el modo de vida a que se acostumbraron, tanto más cuanto el cambio se justifica por un motivo invisible y sólo conjeturado. En lo que atañe a la innovación total y repentina, cuando todos conocen que las instituciones perdieron su vigencia, únicamente puedo decir que es arduo enmendar esa inutilidad: para ello, siendo malos los hábitos, no bastan los medios ordinarios, sino hay que recurrir a los extraordinarios, como la violencia y la ejecución por las armas, llegando a ser ante todo príncipe de la república a fin de disponer de ella a su capricho. Reorganizar una ciudad en una nueva

Digitized by Google

existencia política presupone un hombre prudente; adueñarse de una república por la violencia estipula uno malo, como hemos dicho. Estas razones hacen que contadísimas veces el bueno acceda a llegar a príncipe por vías perversas, aunque su fin fuera elogiable, y que uno depravado, transformado en príncipe, desee el bien y entre en su ánimo la idea de emplear la autoridad mal adquirida al servicio del bien.

He aquí, por tanto, la dificultad o imposibilidad de sustentar una república, o de crearla de nuevo, en las ciudades corruptas. Aun cuando se tuviese el esfuerzo y la energía para crearla o mantenerla, obligado sería orientarla más hacia la potestad regia que hacia la popular, para que aquélla contuviera de algún modo la insolencia de los hombres que las leyes no logran corregir. Seguir otros caminos en esta cuestión, significaría una hazaña cruelísima o imposible, como ya dije que había hecho Cleómenes, el cual mató a los éforos para que no le hicieran sombra; y si Rómulo, por las mismas causas, mató a su hermano y a Tito Tacio Sabino, y después usaron ambos bien su autoridad, adviértase, sin embargo, que ni uno ni otro sufrieron la corrupción de que tratamos en este capítulo, pero pudieron querer y, queriendo, paliaron sus actos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIX

Después de un príncipe excelente puede mantenerse uno débil; pero ningún reino se sostiene si el sucesor de éste es tan débil como él

Considerando la virtud y el proceder de Rómulo, Numa y Tulo, los tres primeros reyes romanos, se ve qué suerte extremadamente dichosa tuvo Roma bajo semejantes monarcas, el primero de los cuales fue muy feroz y belicoso, el segundo pacífico y piadoso, y el tercero igual a Rómulo en ferocidad y más amante de la guerra que de la paz. Era necesario para Roma en sus principios que surgiese alguien capaz de introducir en ella el modo civil de vivir, y era asimismo forzoso que los otros soberanos disfrutasen del valor de Rómulo, pues de otro modo la ciudad se habría afeminado y convertido en presa fácil de sus vecinos. Esto permite notar que el sucesor de un príncipe valeroso, aunque no sea tan esforzado como él, puede conservar el Estado por las prendas del rey que le antecedió, gozando del fruto de sus fatigas. Pero si ocurre que sea longevo, o que tras él no aparezca otro que posea

Digitized by Google

el ímpetu guerrero del fundador, el reino caerá forzosamente en la ruina. Si, por el contrario, uno tras otro son de grandísimo valor se ve a menudo que realizan excelentes empresas y que su reputación se alza hasta el cielo.

David fue sin duda hombre reputado por sus hechos de armas, doctrina y juicio sobresaliente. Su valor hizo que, vencidos y abatidos todos sus vecinos, dejase a su hijo Salomón un reino pacífico, que pudo conservar con las artes de la paz y no la guerra, disfrutando con ventura de los frutos del valor paterno. Mas no logró legarlo a Roboam, hijo suyo [1], el cual conservó fatigosamente la sexta parte del reino, porque no se parecía al abuelo en esfuerzo, ni al padre en virtud. El sultán de los turcos, Bayazeto [2], fue más amante de la paz que de la guerra y por ello le aprovecharon las fatigas de su padre Mahomet [3], el cual le dejó un reino estable, porque había vencido a sus vecinos como David, y en estado de conservarlo sin dificultad por medios pacíficos. Empero, si su hijo Selim [4] se hubiese parecido antes a él que a su abuelo, el reino, del que es actual señor, se hubiese perdido; pero se ve que éste es más glorioso que el abuelo. Digo, pues, aprovechando estos ejemplos, que después de un príncipe exce-

1. Reinó en Judá desde 932 a 916 a. J. C. Las otras diez tribus, a raíz del cisma que dividió el reino de Salomón, constituyeron el reino del Norte o de Israel bajo Jeroboam.
2. Gobernó desde 1481 a 1512.
3. Mahomet II el Conquistador (1451-1481), que se apoderó de Constantinopla en 1453.
4. Selim I el Cruel (1467-1520), también llamado *el Feroz*, que destronó a su padre Bayazeto II en 1512.

Digitized by Google

lente se mantendrá uno débil, y que tras uno débil no permanecerá otro de la misma índole en reino alguno, salvo que sea como el de Francia, al cual las antiguas instituciones mantienen: y son príncipes de poco aquellos que no guerrean.

En resolución, este discurso me permite concluir que tan grande fue el valor de Rómulo, que posibilitó que Numa Pompilio rigiese muchos años Roma de manera apacible; luego vino Tulo, cuya ferocidad le concedió tanta reputación como a Rómulo; tras él apareció Anco, a quien la naturaleza había dotado de cualidades que le permitían gozar de la paz y resistir la guerra. Pensó ante todo en atenerse a la paz, pero no tardó en comprender que sus circunvecinos le juzgaban afeminado y decidió que el mantenimiento de Roma exigía recurrir a la guerra, asemejándose a Rómulo, no a Numa.

Tomen de ello ejemplo todos los príncipes. El que a Numa se parezca conservará o no su Estado conforme sean los tiempos o la fortuna; pero el que guarde semejanza con Rómulo y como él esté pertrechado de prudencia y de armas, lo tendrá en cualquier circunstancia, a menos que se lo arrebate una fuerza obstinada e incontrastable. En verdad, puede pensarse que si el tercer soberano de Roma hubiese sido varón incapaz de defender su reputación con las armas, ésta jamás o sólo a costa de grandes penas se habría asentado y llevado a cabo las grandes empresas futuras. Por consiguiente, en tanto vivió bajo los reyes, estuvo en peligro de arruinarse en vida de uno que fuese débil o bellaco.

Digitized by Google

Digitized by Google

XX

Dos príncipes virtuosos sucesivos tienen efectos beneficiosos; las repúblicas bien ordenadas necesitan de afortunadas sucesiones, pero sus adquisiciones y aumentos han de ser grandes

Después que hubo expulsado a los reyes, Roma se vio exenta de los riesgos mencionados, que originaba la sucesión de un monarca débil o perverso. La totalidad del mando se acumuló en los cónsules, los cuales, no por herencia, dolo o ambición violenta, sino por libre sufragio adquirían la autoridad, siendo siempre hombres de gran excelencia. Amparada Roma por su valor y fortuna, poco a poco, en el mismo número de años que tuvo reyes, alcanzó su sublime grandeza postrera. Sabido es que la sucesión de dos príncipes virtuosos basta a adquirir el mundo, como fue el caso de Filipo de Macedonia y Alejandro Magno; otro tanto debe hacer una república que tenga a su disposición el modo de elegir no sólo dos jefes, sino un número infinito, llenos de virtudes, que se sucedan unos a otros. Esta óptima descendencia hace que cualquier república esté bien organizada.

BIBLIOTECA D UNIVERSIT

Digitized by Google

Digitized by Google

XXI

Cuánto baldón merecen el príncipe y el Estado que carecen de armas propias

Deben los príncipes actuales y los modernos Estados, que carecen de soldados propios para la defensa y el ataque, avergonzarse de sí mismos y pensar, como Tulo[1], que tal defecto no procede de la falta de hombres aptos para la guerra, sino de su culpa, pues no supieron convertir a sus súbditos en soldados. Tulo, a consecuencia de que Roma disfrutó de cuarenta años de paz, no halló, al entrar en el gobierno, varón que hubiese guerreado. Con todo, con el designio de batallar, no se le ocurrió echar mano de los samnitas, de los toscanos[2] o de cualquier otro pueblo curtido en las armas, sino deliberó, a fuer de hombre prudentísimo, valerse de los suyos. Gracias a su esfuerzo, en su solo gobierno los convirtió en mílites sobresalientes. Es cierto de toda verdad que hay que achacar al príncipe, y no a deficiencias de lugar o de naturaleza, el hecho de que no haya soldados donde hay hombres.

Tenemos de ello un ejemplo muy reciente. El

1. Tulo Hostilio (¿670-630? a. J. C.), tercer rey de Roma. Sometió a los Sabinos y a los albanos.
2. Etruscos.

Digitized by Google

mundo sabe que poco ha el rey de Inglaterra[3] atacó el reino de Francia sin más soldados que sus súbditos. Habían estado sus dominios más de treinta años sin guerrear, por lo cual no poseía soldados ni capitanes acostumbrados a la milicia; sin embargo, no titubeó en acometer un reino henchido de jefes militares y buenos ejércitos, que habían usado constantemente las armas en las guerras de Italia. Debióse a que el rey era hombre prudente, con un reino bien ordenado, y a que en tiempos de paz no descuidaba los quehaceres de la guerra.

Pelópidas y Epaminondas, una vez hubieron liberado a Tebas de la servidumbre espartana, se hallaron en una ciudad habituada a la esclavitud y en medio de gentes afeminadas; pero no dudaron, en su ardiente ánimo, a cubrirlas de armas y salir al campo contra los ejércitos espartanos, a los que vencieron. Los autores dicen que ellos dos probaron en breve tiempo que los hombres de guerra nacen no sólo en Lacedemonia, sino doquiera que hay varones, a condición de que exista quien los sepa guiar a la milicia, como fue el caso de Tulo con los romanos. Virgilio no hubiese podido expresar mejor esta opinión, ni con palabras más adecuadas, cuando dice:

... Desidesque movebit
Tullus in arma viros[4].

3. Enrique VIII de Inglaterra (1491-1547), que se alió con Fernando el Católico contra Francia, venciendo en 1513.
4. «Tulo moverá a las armas a los varones desidiosos» (*La Eneida,* VI).

Digitized by Google

XXII

Lo digno de nota en el caso de los tres Horacios romanos y de los tres Curiacios albanos

Tulo, rey de Roma, y Mecio, soberano de Alba [1], convinieron que sería señor del otro pueblo aquel cuyos campeones, los mencionados, triunfasen. Murieron todos los Curiacios albanos y salvóse un Horacio romano de la muerte: por ello el monarca y todo su pueblo quedaron sujetos a los romanos. Vuelto el Horacio vencedor a Roma, mató a una hermana suya porque lloraba la muerte de su marido, uno de los tres Curiacios; el homicida fue sometido a juicio por el delito, y al cabo de muchas controversias tuvo sentencia favorable, más por las súplicas de su padre que por méritos propios. Hanse de notar en ello tres cosas: que jamás se debe exponer toda la suerte con parte de las fuerzas propias; en una ciudad bien constituida, nunca se compensan los crímenes con los méritos; y jamás serán sabios los arbitrios, cuando se puede o se debe dudar de su

1. Mecio Fuffecio. Más tarde fue descuartizado por orden de Tulo Hostilio.

Digitized by Google

inobservancia. En efecto, tiene tanta importancia la servidumbre para una ciudad, que es imposible creer que alguno de los reyes o de los pueblos se contentase con que lo subyugaran tres conciudadanos, como quiso hacer Mecio. Éste se confesó vencido y prometió obediencia a Tulo, a raíz de la victoria de los romanos; sin embargo, en la primera expedición que convinieron contra los veyentes, vióse cómo procuraba engañarle, como quien tarde se percata de la temeridad del partido adoptado. Como de esta tercera cosa notable ya se ha hablado bastante, trataremos solamente de las otras dos en los capítulos que siguen.

Digitized by Google

XXIII

Que no se debe arriesgar toda la fortuna, ni todas las fuerzas, por lo que a menudo resulta perjudicial guardar los pasos

Jamás se consideró prudente arriesgar de golpe la fortuna y las fuerzas. Esto ocurre de diversos modos. Uno como Tulo y Mecio, exponiendo toda la suerte patria y pignorando el esfuerzo de tantos hombres como había en sus ejércitos al valor y fortuna de tres ciudadanos, parte mínima de su poder. No advirtieron que por este partido los trabajos de sus antecesores para ordenar la república, darle larga libertad y hacer a sus conciudadanos defensores de esta última, resultaron casi inútiles, ya que se exponían a perderse por obra de tan pocos. No pudieron tener determinación más pésima aquellos reyes.

Se incurre en este mismo inconveniente casi siempre que, por llegar el enemigo, se pretende mantener los lugares difíciles y guardar los pasos. La decisión será casi siempre perjudicial si no puedes reunir todas tus tropas en el sitio difícil.

Digitized by Google

En este último caso es aconsejable tal partido; pero será perjudicial si el sitio es áspero, y resulta imposible concentrar en él todas las fuerzas. Me obliga a juzgarlo así el ejemplo de los atacados por un enemigo poderoso, los cuales, viviendo en tierras ceñidas de montes y parajes alpestres, jamás pretendieron combatirle en los puertos y en las alturas, sino les hicieron frente lejos de ellos; o, si no observaron esta conducta, los esperaron en lugares accesibles, y no enriscados, de las montañas. Su razón ya se ha expuesto: no pudiendo llevar muchos hombres a la custodia de los sitios alpestres, ya porque no estén en condiciones de vivir en ellos mucho tiempo, ya por ser lugares apretados y de poca cabida, no será factible sostener el embate conjunto de las tropas enemigas. El adversario tiene que llegar en plenitud de sus fuerzas, dada su intención de pasar sin hacer alto; el que aguarda no puede acumular sus huestes, porque, ignorando cuándo pasará el enemigo, no le es posible acampar un tiempo indefinido en lugares, repito, confinados y estériles. Si pierdes, pues, el paso que pretendías defender, en lo que confiaba tu pueblo y el ejército, suele acometer a tus súbditos y al resto de los soldados un gran terror, que menoscaba el esfuerzo de éstos. De esta suerte acontece que pierdes toda tu fortuna con parte de tus tropas.

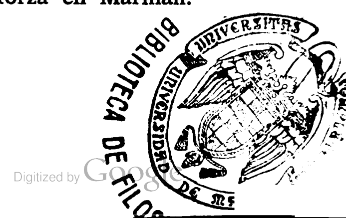
Notoria es la dificultad que Aníbal tuvo en pasar los Alpes que separan Lombardía de Francia y los trabajos con que salvó los que dividen Lombardía y Toscana. Pero los romanos le aguardaron primero en el Tesino y después en el llano

Digitized by Google

de Arezzo [1], prefiriendo que el enemigo destrozase su ejército en lugares donde podía vencer, antes que llevarlo a los Alpes para que lo perdiera la aspereza del paraje.

El lector sensato de las historias comprobará que poquísimos capitanes de fama intentaron defender pasos semejantes, tanto por las razones expuestas, como porque no pueden interceptarse todos, dado que los montes y las campiñas tienen no sólo caminos sabidos y frecuentados, sino muchos otros que, si los extranjeros desconocen, son conocidos de los lugareños, con cuya ayuda serás siempre guiado a cualquier sitio, a despecho de tu adversario. Puede aducirse el ejemplo aún fresco del 1515. Cuando Francisco rey de Francia [2], se propuso penetrar en Italia a fin de recobrar el estado de Lombardía, el mayor reparo que le oponían los contrarios a la empresa fue que los suizos le cortarían los pasos de sus montes. El argumento resultó vano, como la experiencia demostró. En efecto, el monarca evitó dos o tres parajes que se guardaban, se sirvió de una senda desconocida y estuvo en Italia antes de que lo conocieran. Los derrotados se retiraron a Milán, mientras todos los pueblos lombardos se sumaban a los franceses: les había engañado el parecer de que éstos quedarían retenidos en los montes.

1. La batalla del lago Trasimeno (217 a. J. C.).
2. Francisco I (1494-1547) sucedió a Luis XII, suegro suyo, y se trasladó a Italia con el objeto de recobrar el ducado de Milán, venciendo a Sforza en Mariñán.


Digitized by Google

Digitized by Google

XXIV

Las repúblicas bien ordenadas conceden premios y castigos a sus ciudadanos y no los intercambian en las recompensas

Grandes eran los méritos de Horacio, porque con su valor había vencido a los Curiacios. Atroz fue su pecado, ya que dio muerte a su hermana. El homicidio espantó tanto a los romanos, que le encausaron, no obstante la importancia y lo reciente de sus méritos. Quien lo considere de manera superficial, se le antojará que se trata de un ejemplo de ingratitud popular; pero quien lo examine a fondo, y busque de modo sesudo cuáles han de ser las instituciones estatales, reprochará al pueblo más por haberle absuelto que por haberle querido condenar. Ninguna república bien organizada compensó jamás las faltas de sus conciudadanos con los méritos. Habiendo establecido que se premien las obras buenas y se castiguen las malas, aunque galardone a un individuo por las primeras, debe castigarle si el mismo se conduce luego de forma perversa, prescindiendo de sus méritos anteriores. Obsérvense pun-

Digitized by Google

tualmente estas reglas y la ciudad existirá libre durante mucho tiempo; desobedézcanse y se arruinará pronto. Si en el ciudadano, cuyos actos beneficiaron a la ciudad, hay, además de la reputación que por ello cobra, audacia y confianza para ejecutar sin temor alguna obra reprochable, a tanto se atreverá su insolencia, que en breve tiempo trastocará el orden cívico.

Es sumamente necesario, como Roma hizo, premiar las buenas obras si se quiere conservar el castigo para las malas acciones. La república pobre, que puede dar poco, no debe abstenerse de hacerlo, porque el que reciben el parco don, aun cuando sean grandes los bienes que se le adeudan, lo tendrá por honorable y de grandísimo valor. Famosa es la historia de Horacio Coclo y la de Mucio Escévola: aquél sostuvo al enemigo en un puente, a costa de su integridad física, y éste se quemó la mano que le había fallado al querer matar a Pórsena, rey de los etruscos. A ambos, por hazañas tan sobresalientes, se les dieron del bien público sendos pares de fanegas de tierra. También se conoce lo que importa a Manlio Capitolino. Por salvar el Capitolio de los galos recibió de los que estaban con él asediados una exigua medida de harina. Este premio, si se atiende a los azares que Roma corría entonces, fue grande, e incitó después a Manlio, o por la ambición, o por su naturaleza perversa, a promover sediciones en la ciudad; queriendo seducir al pueblo, fue precipitado sin respeto alguno de sus méritos desde el mismo Capitolio, que con tanta gloria suya había salvado.

Digitized by Google

XXV

El que ansía transformar el Estado antiguo en una ciudad libre, debe conservar al menos una sombra de los usos pretéritos

El que desee o quiera reformar la situación de una ciudad, con la pretensión de que todos lo acepten, necesita conservar un remedo de las antiguas costumbres, a fin de que el pueblo suponga que no se ha alterado nada, aun cuando las nuevas instituciones discrepen por completo de las pasadas. Los más de los hombres viven tanto de las apariencias como de la realidad, y aun muchas veces se fían más de lo que parece que de lo que es. Así, los romanos, advirtiendo esta necesidad en los comienzos de su vivir libre, no quisieron que los dos cónsules, que habían creado a cambio del rey, tuviesen más de doce lictores cada uno, para no pasar del número de los que acompañaban al soberano. Asimismo se celebraba en Roma un sacrificio anual que sólo podía ejecutar el monarca, y no queriendo los romanos que el pueblo desease, por ausencia de la realeza, algo de lo antiguo, crearon un jefe de dicho sacrificio, al que llamaron rey *sacrificulus*, sometiéndolo a la

Digitized by Google

autoridad del sumo pontífice. Contentóse el pueblo con el sacrificio y jamás tuvo motivos de desear el retorno de los reyes por falta de él. Observen esto cuantos quieran mudar las antiguas costumbres de una ciudad y proporcionarle una existencia nueva y libre. Las cosas distintas alteran la mente de los hombres, y por ello debes lograr que las alteraciones conserven cuanto sea posible de lo antiguo: si el número, la autoridad y el período de los magistrados varían, por lo menos tienen que conservar el nombre de los antiguos. Repito que esto debe respetar el que quiere estatuir otra política, sea republicana o monárquica. En cambio, el que aspira a establecer la autoridad absoluta, que los autores llaman tiranía, renovará todo, como se dice en el capítulo siguiente.

Digitized by Google



Digitized by Google



Digitized by Google

XXVI

Un príncipe nuevo debe renovar todo en la ciudad o provincia de que se adueñe

El que llega a príncipe de una ciudad o de un Estado, sobre todo si lo hace sobre débiles cimientos y no recurre a lo civil, podrá conservar más fácilmente el principado renovando cuanto en él hay: dar a las ciudades nuevos gobiernos con nombres nuevos, con nuevos poderes y con nuevos hombres; enriquecer a los pobres y arruinar a los ricos, como hizo David al ocupar el trono: «*qui esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes*» [1]; edificar nuevas poblaciones, desmantelar las edificadas, cambiar los habitantes de una a otra, y, en suma, no dejar intacta cosa alguna en la provincia, ni permitir que exista disposición, clase social o riqueza, que no se considere debida a él. Tome por modelo a Filipo de

1. «A los hambrientos hinchió de bienes, y a los ricos despidió vacíos», palabras del *Magnificat* de la Virgen (Lucas, 1, 53). Sobre las empresas davídicas, véanse los Libros véterotestamentarios de *Samuel* y *Reyes*. Distintos Salmos expresan los diferentes estados de ánimo de David. Las frases aquí citadas, como es sabido, las dirige María al Señor.

BIBLIOTECA UNIVERSITAS

Digitized by Google

Macedonia, padre de Alejandro, que mediante dichos procedimientos de reyezuelo se encumbró en señor de Grecia. El autor que de él habla dice que transportaba los hombres de provincia en provincia como los ganaderos hacen trashumar sus rebaños. Estos medios son muy crueles y contrarios a la existencia, no ya cristiana, sino simplemente humana, y todo hombre debe evitarlos, prefiriendo vivir callada y obscuramente como particular a ser rey a costa de tanta desdicha de sus semejantes. Empero, el que renuncie al camino del bien habrá de recurrir a estas malas obras, si quiere conservar el poder. Pero los hombres escogen una vía intermedia muy dañosa, sin saber ser malos del todo, ni absolutamente buenos, de lo que se tendrá ejemplo en el capítulo que sigue.

Digitized by Google

XXVII

Los hombres saben rarísimas veces ser del todo malos o completamente buenos

El papa Julio II iba en 1505 a Bolonia para expulsar de aquel Estado a la familia de los Bentivoglio, que hacía un siglo la gobernaba, cuando quiso castigar a Juan Pablo Baglione de Perusa, de la que era tirano, por ser el culpable de la conjuración de todos los déspotas que ocupaban los dominios de la Iglesia. Llegado a las inmediaciones de Perusa, con este ánimo y propósito conocidos de todos, no entró en ella protegido por su ejército, sino sólo e inerme, a pesar de que en el interior de las murallas estaba Juan Pablo con gente más que bastante para la defensa. Arrebatado por su ímpetu característico, se puso en manos del enemigo sin más apoyo que su guardia personal; pero se llevó al adversario, dejando en la ciudad un gobernador de la Iglesia. Los hombres prudentes que estaban con el Sumo Pontífice se admiraron de la temeridad de éste y de la cobardía de Juan Pablo, no entendiendo cómo el último no cobró fama perpetua apoderándose

Digitized by Google

de su enemigo y enriqueciéndose con el botín, porque al Papa acompañaban todos los cardenales provistos de grandes tesoros. No podía creerse que se hubiera abstenido de ello por bondad o por dictado de conciencia, porque en el pecho de un hombre facineroso, que cohabitaba con su hermana y había matado a sus primos y sobrinos para reinar, era imposible que se encendiese una chispa de respeto piadoso; se concluyó, pues, que se debió a que los hombres no saben ser totalmente perversos o perfectamente buenos, y que una maldad contiene cierta grandeza o es en parte generosa, y por ello no se deciden.

Así, Juan Pablo, que no se avergonzaba de ser incestuoso y notorio parricida, no supo o, mejor, no se atrevió, teniendo la ocasión propicia, a llevar a cabo una hazaña que hubiese asombrado y dejado de sí recuerdo eterno, siendo el primero en demostrar a los prelados cuánto desprecio merecen los que como ellos viven y gobiernan, y habría hecho algo cuya grandeza hubiese superado cualquier infamia y peligro que de ella pudiera resultar.

Digitized by Google

XXVIII

Por cuál motivo los romanos fueron menos ingratos con sus conciudadanos que los atenienses

Leyendo los hechos de las repúblicas se hallará en todas alguna especie de ingratitud contra sus ciudadanos; pero se descubrirán menos en Roma que en Atenas y que en cualquiera otra república. Buscando el motivo de ello, creo que hay que atribuirlo a que los romanos tenían menos razones para sospechar de sus conciudadanos que los atenienses. En Roma, desde la extinción de los reyes hasta Sila y Mario, no se arrebató jamás la libertad a un ciudadano de modo que le diera pie a la sospecha y, por lo tanto, que le ofendiera sin consideración. Sucedió lo contrario en Atenas; perdida la libertad por culpa de Pisistrato, en su época más floreciente y con bondadosos pretextos arteros, en cuanto fue libre recordó las injurias recibidas y la servidumbre sufrida, y convirtióse en pronta vengadora, no sólo de los errores, sino de las apariencias de errores de sus ciudadanos. Así nacieron el destierro y la muerte de tantos varones excelentes; así surgieron el ostra-

Digitized by Google

cismo y las violencias que en distintos períodos se ejecutaron en los optimates de la ciudad. Muy verdadero es lo que dicen los escritores: que los pueblos muerden con más fiereza cuando recobran la libertad que cuando la conservan. El que medite lo dicho no reprobará a Atenas, ni elogiará a Roma; acusará únicamente a la necesidad impuesta por las distintas circunstancias de una y otra. Reflexiónese con sutileza y se verá que, si hubiese perdido la libertad como Atenas, Roma no hubiera sido más benévola con sus ciudadanos que aquélla. Conjetúrese si no hubiera resultado así, atendiendo a lo que aconteció, después de la expulsión de los reyes, a Colatino y a Publio Valerio. El primero fue desterrado, aunque intervino en la liberación de Roma, sin otra razón que la de llamarse Tarquino; el segundo también sufrió el destierro sin más causa de la de resultar sospechoso por edificar una casa en el monte Celio. Estímese, pues, viendo la severidad y suspicacia romana en estos dos casos, si no hubiera sido tan ingrata como Atenas, en caso de que sus ciudadanos la hubieran injuriado en los primeros tiempos y antes de su crecimiento. Para no volver más sobre la cuestión de la ingratitud, diré lo conveniente en el próximo capítulo.

Digitized by Google

XXIX

Cuál es más ingrato, si un pueblo o un príncipe

Me parece adecuado, a propósito de lo antes expuesto, discurrir sobre si un pueblo o un príncipe dan mayores ejemplos de ingratitud. Sentaré que el vicio de la ingratitud nace de la codicia o de la falta de fe. Cuando manda a uno de sus capitanes en una expedición externa, en la que adquiere gloria, el príncipe o el pueblo está obligado a premiarle; si en vez de premiarlo, le deshonra o le ofende por avaricia, comete un error inexcusable que implica una eterna infamia. Sin embargo, son muchos los príncipes que así pecan, Cornelio Tácito expresa la razón de esta sentencia: «*Proclivius est iniuriæ, quam beneficio vicem exsolvere, quia gratia oneri, ultio in questu habetur*» [1]. Pero cuando no le premia o, más aún, le ofende, no por avaricia, sino por sospecha, el pueblo o el príncipe tiene alguna excusa. Los libros encierran ejemplos numerosos de estas ingratitu-

1. «Más propenso es desquitarse a la injuria que al beneficio, porque se tiene el favor por culpa y se busca la venganza» (*Historias,* IV, 3).

Digitized by Google

des. Al capitán que conquista valerosamente provincias para su señor, venciendo al enemigo, cubriéndose de gloria y abrumando a sus soldados de riquezas, necesariamente le reputan por grande los soldados, los enemigos y los compatriotas, pero su victoria no puede ser del agrado del señor que le envió. La naturaleza humana es ambiciosa y sospechosa, y no sabe poner freno a la fortuna, siendo imposible que la suspicacia que inquieta al príncipe después de la victoria de su capitán, no la aumente este mismo con alguna acción o palabra insolente. Entonces, el señor sólo piensa en protegerse, y para conseguirlo le mata, o menoscaba la reputación que cobró entre el ejército y el pueblo, mostrando del modo que sea que debió el triunfo no al valor, sino a la fortuna, a la cobardía de sus enemigos o a la prudencia de los capitanes que le acompañaron a la empresa.

Vespasiano, estando en Judea [2], fue nombrado emperador por su ejército. Antonio Primo [3], que se hallaba con otro ejército en Iliria, tomó su partido, se dirigió a Roma, donde reinaba Vitelio, y ocupó la ciudad, después de derrotar dos veces a las legiones imperiales. Muciano [4], enviado por Vespasiano, encontró vencida toda dificultad por obra de Antonio. El premio que éste tuvo fue que Muciano le desposeyó inmediatamente del mando del ejército y poco a poco le arrebató la autoridad. Antonio se encaminó al encuentro de Vespa-

2. En realidad, se hallaba en Egipto cuando fue proclamado emperador.
3. Tribuno militar, a las órdenes de Muciano.
4. Gobernador de Siria.

Digitized by Google

siano, que permanecía en Asia y que le recibió de suerte que a poco moría olvidado y desesperado. Llenas están las historias de estos ejemplos. En nuestra época, sabemos con cuánto esfuerzo y valor Gonzalo Fernández [5], luchando en el reino de Nápoles contra los franceses en nombre de Fernando de Aragón [6], conquistó aquel dominio, y cómo, por premio, Fernando partió de Aragón y, arribando a Nápoles, primero le retiró la obediencia de las gentes de armas y luego las fortalezas, y, en fin, le condujo consigo a España, donde murió algo más tarde sin ninguna honra.

Es natural, por lo tanto, la sospecha en los príncipes y resulta imposible que se muestren agradecidos a los que efectuaron grandes conquistas bajo sus banderas. Y de lo que no se priva un príncipe, no es milagroso ni digno de nota que un pueblo no se prive. Una ciudad libre tiene dos fines: conquistar y conservar la libertad, y conviene que no yerre ni en una ni en otra por exceso de agradecimiento. Se hablará en el lugar oportuno de los errores en el adquirir. En cuanto a los que comete en beneficio de su libertad, figuran entre otros el de ofender a los ciudadanos que debería premiar y el de sospechar de aquellos en que tendría que confiar. Y si este proceder causa graves daños en una república corrompida, llegando muchas veces a la tiranía, como sucedió en la Roma de César, que por fuerza adquirió lo

5. Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán (1453-1515). En el texto original, Gonsalvo Ferrante.
6. El Rey Católico, *Ferrando re di Ragona* en el original.

Digitized by Google

que le negaba la ingratitud; en cambio, en una república íntegra motiva grandes bienes y hace que viva más libre, porque los hombres se mantienen mejores y menos ambiciosos por miedo al castigo. Ciertamente, Roma fue el menos ingrato de los pueblos que conocieron un imperio. Porque de su ingratitud no se tiene otro recuerdo que el de Escipión; Coriolano y Camilo sufrieron el destierro por haber injuriado a la plebe; uno no mereció el perdón porque siempre se mostró enemigo del pueblo, y el otro no sólo volvió a ser llamado, sino que fue el resto de su vida adorado por príncipe. La ingratitud en el caso de Escipión nació de la sospecha ciudadana, desconocida en lo referente a otros personajes, encendida por la grandeza de los enemigos que había vencido, de la reputación que había conquistado con una guerra tan larga y azarosa, de la celeridad de su victoria y de los favores que su juventud, prudencia y otras virtudes memorables merecían. Todo ello infundía temor a los magistrados romanos, y disgustaba a los varones sabios, como cosa inusitada en Roma. Su vida pareció tan extraordinaria, que Catón Prisco [7], al que se veneraba, fue el primero en alzarse contra él y en decir que una ciudad no podía confesarse libre si tenía un ciudadano que espantaba a los magistrados. Si el pueblo de Roma siguió en este caso el parecer de Catón, merece la excusa ya expuesta sobre los pueblos y los príncipes que son ingratos por sospecha. Para cerrar este discurso, diré que si el

7. Catón el Censor (234-149 a. J. C.).

Digitized by Google

vicio de la ingratitud se debe a la avaricia o a la suspicacia, se verá que los pueblos nunca adolecieron de él por avaricia, y por sospecha bastante menos que los príncipes, ya que para ello tienen menores motivos, como abajo se expresa.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXX

Qué modos debe emplear un príncipe o una república para evitar el defecto de la ingratitud, y cuáles el capitán o el ciudadano para no sufrirla

Un príncipe evitará la necesidad de vivir con sospecha o de ser ingrato, yendo personalmente a las campañas militares, como hicieron en el principio los emperadores romanos y como hace en nuestros tiempos el sultán turco, y como han hecho y hacen los hombres animosos. Si vence, la gloria y la conquista le pertenecen indiscutidas; y cuando no intervienen, debiéndose el triunfo a otro, se le antoja que no podrá usar la conquista antes de anular en otros la gloria que no supo buscar, y se trueca en ingrato e injusto; indudablemente es mayor la pérdida que la ganancia. Pero si por negligencia o poca cautela se queda ocioso en casa y envía un jefe, ignoro qué precepto recomendarle como no sea el que él imagine. Al capitán, si juzgo que no puede escapar a los mordiscos de la ingratitud, le aconsejo que haga una de dos cosas: que inmediatamente después de la victoria abandone el ejército, presen-

Digitized by Google

tándose al príncipe y guardándose de cualquier acto de soberbia o de ambición, para que su señor, libre de sospechas, le premie o no le injurie; o que, si esto no le agrada, se atenga a lo contrario y recurra a los medios que le convengan de que la conquista es en nombre propio, y no en el del príncipe, bienquistándose con los soldados y súbditos, ganando la amistad de los vecinos, ocupando con sus parciales las fortalezas, corrompiendo a los jefes de sus huestes y poniendo a buen recaudo a los incorruptibles. Con todo ello castigará la ingratitud que su señor emplearía contra él. No existen otros procedimientos. Pero, como queda dicho más arriba, los hombres no saben ser ni completamente malos ni perfectamente buenos. Siempre ocurre que se niegan a abandonar el ejército tras la victoria, no se portan con modestia, se sirven de términos violentos y se deshonran. Así, oscilando de uno a otro extremo se ven oprimidos.

La república que quiera evitar el pecado de la ingratitud no tiene el mismo remedio que el príncipe, esto es, ir a las expediciones guerreras, puesto que se ve obligada a enviar un ciudadano suyo. Conviene, por tanto, que escuche mi consejo de portarse como la república romana, y así será menos ingrata que otras. Roma lo debió a su sistema de gobierno. Nobles y plebeyos intervenían en ella en la guerra, y eran tantos los varones esforzados y laureados por sus victorias, que el pueblo no podía sospechar de ninguno. El número de los triunfadores servía para guardar a uno del otro. Manteniéndose íntegros y cuidadosos de no mostrar ambición que ofendiera al pueblo, dis-

Digitized by Google

ponían de su gloria en provecho general. Evitada así la suspicacia, no se engendraba la ingratitud. La república que no quiera ser ingrata ha de conducirse como Roma, y el ciudadano que ansíe evitar sus dentelladas debe imitar la conducta de los romanos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXI

Los capitanes romanos jamás fueron castigados de manera excepcional por sus errores, ni siquiera cuando la república sufrió las tristes consecuencias de su ignorancia o de su torpeza

Los romanos, como hemos discurrido, no sólo fueron menos ingratos que otras repúblicas, sino aún más respetuosos y compasivos en la sanción de sus jefes militares. Los castigaban con humanidad cuando su error obedecía a la malicia; si a la ignorancia, antes los premiaban y honraban que los castigaban. Y este proceder fue acertado. Pensaron en la importancia de que sus adalides militares tuvieran el ánimo libre, expedito y desembarazado de preocupaciones en el momento de decidirse, y se abstuvieron de añadir a algo, de por sí difícil y arriesgado, nuevos riesgos y dificultades, convencidos de que si lo hacían nadie obraría con despreocupado arrojo. Mandaban, por ejemplo, un ejército a Grecia contra Filipo de Macedonia, o a Italia contra Aníbal, o contra los pueblos que en los primeros tiempos vencieron. El capitán de tales expediciones se sentía atosigado

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

por las preocupaciones, graves e importantes, inherentes a tales empresas; si a estos cuidados se hubiera añadido el recuerdo de romanos crucificados o condenados a otra clase de muerte por sus derrotas, hubiese sido imposible que el caudillo deliberara acertadamente en medio de tales zozobras. Creyeron que quedaban suficientemente penados con la derrota y no los amedrentaron con castigos mayores.

He aquí un ejemplo de error no debido a la ignorancia. Sergio y Virginio[1] estaban en campaña en Veyes, cada uno al frente de una parte del ejército, el primero en el lugar por donde podían aparecer los etruscos, y el segundo en el opuesto. Sergio, atacado por los faliscos y otros pueblos, prefirió la derrota y la fuga a pedir socorro a Virginio. A su vez éste, esperando que se humillase, eligió el deshonor de su patria y la ruina de aquella porción de las fuerzas romanas antes que socorrerle. Fue un caso digno de nota por la maldad, que hubiese cubierto de oprobio el recuerdo de Roma si ambos no hubieran sido castigados. Ciertamente, otra república los habría condenado a la pena capital: la romana les impuso una pena pecuniaria. Esta lenidad se debió no a que el crimen no mereciera castigo mayor, sino a que los romanos, por las razones expuestas, quisieron mantener sus antiguas costumbres. No hay ejemplo más claro del pecado de ignorancia que el de Varrón[2], por cuya temeridad

1. Tribunos, con poder consular, en 402 a. J. C.
2. Cayo Terencio Varrón, cónsul con Paulo Emilio, desobedeciendo los consejos de éste, provocó a los cartagine-

Digitized by Google

Aníbal venció a Roma en Canas y puso en riesgo la libertad de la república. Sin embargo, por tratarse de ignorancia y no de malicia, no sólo no fue castigado, sino honrado, y a su vuelta a la ciudad le acogió todo el orden senatorial, agradeciéndole su vuelta a Roma y su tesón, ya que no el desdichado lance, lo que era imposible. Cuando Papirio Cursor[3] pretendió condenar a muerte a Fabio, que había desobedecido su orden de no combatir contra los samnitas, el padre del acusado mencionó, entre otras razones, contra el empeño del dictador, que el pueblo romano no había llevado a cabo nunca contra sus capitanes en las derrotas lo que Papirio deseaba hacer en las victorias.

---

ses a la batalla mencionada, en el 216 a. J. C., siendo vencido.

3. Lucio Papirio Cursor, general y dictador, famoso por sus triunfos sobre los samnitas en el siglo IV a. J. C. Quinto Fabio Ruliano es a quien el texto se refiere por los motivos que en él se patentizan.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXII

Una república no debe dilatar el satisfacer las necesidades de los hombres

Aunque los romanos tuvieron éxito al ser liberales con el pueblo en la peligrosa ocasión en que Porsena atacó a Roma para restablecer a los Tarquinos, el Senado, temiendo que la plebe aceptase a los reyes antes que soportar la guerra, se la atrajo librándola de las gabelas de la sal y de todo gravamen, diciendo que los pobres harto hacían en favor de la cosa pública manteniendo a sus hijos, por cuyo favor el pueblo se expuso de buen grado a las fatigas del asedio, el hambre y la guerra. Pero no haya alguno que, ofuscado por este ejemplo, dilate hasta la épocas de peligro el cuidado de ganarse al pueblo, porque jamás logrará lo que los romanos consiguieron. La generalidad de los hombres estará persuadida de que debe el bien a tus adversarios y no a ti, y temiendo que le arrebates, pasada la necesidad, lo que a la fuerza le diste, no se sentirá ligado a ti por ninguna obligación. A los romanos les resultó bien el acuerdo, porque se trataba de un

Digitized by Google

Estado nuevo y no bien asentado, y el pueblo había visto que antes se legisló en su beneficio, como en el caso de la apelación a la plebe, de suerte que se convenció de que los bienes recibidos no se debían a la aparición del enemigo, sino a la buena disposición del Senado; además, permanecía fresco el recuerdo de los monarcas, que de muchas maneras le habían vilipendiado e injuriado. Tales ocasiones son muy raras, y contadas veces son útiles esos expedientes. Pero quien tenga el Estado, sea república o príncipe, considere por anticipado los malos tiempos que pueden sobrevenir, de cuáles hombres necesitará entonces y cómo habrá de vivir con ellos posteriormente. Se engaña el que gobierna, sea príncipe o república (mas en especial el primero), si cree que podrá conquistar a los hombres con beneficios al declararse el peligro: no se protegerá, sino acelerará su perdición.

Digitized by Google

XXXIII

Cuando crece un inconveniente en un Estado, o contra él, es más saludable contemporizar que contrariarlo

Creció la reputación, la fuerza y el imperio de la República romana. Sus vecinos, que hasta entonces no pensaron que pudiera perjudicarles, tardíamente empezaron a darse cuenta de su error y, como remedio de lo que habían descuidado, concitaron a no menos de cuarenta pueblos contra Roma. Los romanos, aparte de recurrir a los procedimientos conocidos para los peligros urgentes, crearon el Dictador, esto es, dieron poder a un varón que decidiera por sí solo lo más conveniente y lo ejecutara sin necesidad de autorización ajena. Este remedio fue útil entonces en la resolución victoriosa de los peligros, así como en los casos futuros que trataron de oponerse al aumento del imperio de la República.

Sobre esta situación hay que discurrir, ante todo, que cuando surge una contrariedad en una república o contra ella, tanto interna como externa, llegando a ser tan grande que espante a todos, resulta más propio contemporizar con ella

Digitized by Google

que tratar de cortarla de raíz: el mal se precipita y resulta tanto más inminente cuanto más fuerza y energía se invierte en anularlo. Estos estados de cosas se producen en las repúblicas más a menudo por razón intrínseca que extrínseca. Muchas veces se permite que un ciudadano adquiera una autoridad desproporcionada, o se corrompe una ley que es el nervio y la esencia de la vida libre, y se deja que prosiga adelante el error, porque es mucho más dañino querer remediarlo que permitir que continúe. La dificultad está en reconocer estos inconvenientes cuando se originan, porque a los hombres les parece más natural favorecer el principio de las cosas. Estos favores se ejercen sobre todo en las obras que parecen encerrar alguna virtud y se deben a los jóvenes; en una república en que surge un joven noble, de prendas extraordinarias, los ojos de todos los ciudadanos se vuelven a él y compiten en honrarle sin reflexión. Si el favorecido tiene una pizca de ambición, coincidiendo sus facultades naturales y la oportunidad que crea la admiración del prójimo, pronto se encumbra a lugares en que los ciudadanos no pueden combatirle al descubrir su equivocación: la resistencia total no hace sino incrementar rápidamente su poder.

Hay innumerables ejemplos de lo que decimos, pero citaremos uno solo de nuestra ciudad. Cosme de Médicis [1], en quien tuvo origen la gran-

1. Llamado el Viejo (1389-1464), duque de Florencia. Sufrió destierro en 1433; a su regreso, al año siguiente, ejerció una auténtica dictadura sin tomar un título particular.

Digitized by Google

deza de su familia, adquirió fama debido a su sagacidad y la ignorancia de sus conciudadanos, y llegó a espantar al Estado. Los demás florentinos consideraban peligroso ofenderle y peligrosísimo dejar de hacerlo. Vivía en aquella época Nicolás de Uzzano, hombre muy experto en las cosas civiles, el cual incurrió de momento en el error de no advertir los riesgos que nacerían de la reputación de Cosme, y así, mientras vivió, no permitió nunca que se cometiera el segundo, o sea el que se intentara suprimirle, porque estaba convencido de que ello sería la ruina de su Estado. Vióse a su muerte cuán acertado estuvo: los ciudadanos, que no observaron su parecer, unieron sus fuerzas y expulsaron a Cosme de Florencia. El bando de éste se resintió de la injuria, le llamó poco después y le instauró por príncipe de la república, cuya dignidad no hubiera alcanzado sin aquella oposición manifiesta.

Otro tanto aconteció en Roma en el caso de César. Favorecidos su valor y sus prendas por Pompeyo y otros, el favor se trocó a no tardar en miedo, lo que Cicerón atestigua diciendo que Pompeyo empezó a temer a César. El miedo hizo que se pensase en los medios de estorbarle y los medios apresuraron la ruina de la república.

Digo, pues, que, dada la dificultad de conocer estos males en su nacimiento, porque las cosas te engañan en su principio, más sabio será contemporizar con ellos, cuando se conocen, que oponerse. La contemporización hace que se consuman por sí mismos, o al menos que se difieran por largo tiempo. Abran bien los ojos los príncipes

Digitized by Google

que se proponen anular algo u oponerse a su fuerza e ímpetu, y procuren no darle aumento en lugar de detrimento, y creyendo eliminarlo ofrecerle pábulo, o abonar una planta en vez de agostarla; hay que examinar las fuerzas de la perdición, y cuando te veas capaz de atajarla, hazlo sin contemplaciones; de otra suerte, renuncia a intentarlo siquiera. Te sucedería, como más arriba se discurrió, lo que a los vecinos de Roma, para los cuales era más saludable, dado el gran poder que había adquirido, aplacarla y tenerla quieta con medios pacíficos, en vez de inspirarle nuevas instituciones y defensas nuevas con bélicos procedimientos. Las conjuras de los vecinos fomentaron su unidad y su atrevimiento, e hicieron pensar a los romanos en nuevas artes, que en breve tiempo dilataron su potencia. Entre ellas se contó la creación del Dictador, cuya institución no sólo venció los peligros inminentes, sino permitió eludir infinitos males que la república hubiera sufrido de no mediar tal recurso.

Digitized by Google

XXXIV

La autoridad dictatorial antes aprovechó que perjudicó a la República romana; y cómo perjudican a la vida cívica los poderes de que se priva a los ciudadanos, a menos que renuncien a ellos en libre sufragio

Algún escritor ha condenado a los romanos, porque encontraron la forma de crear al Dictador en la ciudad, como si fuera la razón de que surgiera la tiranía en Roma con el tiempo. Alega que sin tal precedente César no habría podido cohonestar con un título público su tiranía. Quien esto opinó lo creyó de manera gratuita, sin tener en cuenta las circunstancias. No fue el nombre ni el cargo de Dictador lo que esclavizó a Roma, sino la autoridad que alcanzaron los ciudadanos a causa del largo disfrute del mando. Si en Roma no hubiera existido el nombre dictatorial, hubiesen imaginado otro, porque son las fuerzas las que dan nombre a los cargos, y no los nombres los que proporcionan la fuerza. El Dictador, mientras lo fue por las instituciones públicas, y no por autoridad propia, benefició siempre a la ciudad: dañan a las repúblicas los magistrados que

Digitized by Google

se establecen y las autoridades que aparecen de forma extraordinaria, no aquellos que llegan por vía ordinaria. Así, se observa en Roma, a lo largo de su extensa historia, que jamás un Dictador hizo sino bien a la república.

Los motivos de ello son muy evidentes. Ante todo, para que un ciudadano logre adquirir autoridad extraordinaria, es menester que concurran muchas circunstancias, que no se dan en una república íntegra: habrá de ser riquísimo y tener secuaces y partidarios, cosa imposible donde se observen las leyes; y aunque los poseyese, tienen que competir con los sufragios libres. A más de esto, el Dictador era temporal, no perpetuo, y sólo para hacer frente a la situación anormal que aconsejaba su creación. Su autoridad consistía en decidir por sí solo cómo se debía remediar el peligro, en obrar sin consultar y castigar a cualquiera sin apelación posible; pero no podía realizar nada que menoscabase al Estado, tal como privar de autoridad al Senado o al pueblo, anular las antiguas leyes y dar nuevas ordenanzas. Por lo breve de su dictadura y su autoridad limitada, así como por la incorrupción del pueblo romano, era imposible que se extralimitase perjudicando a la ciudad. La experiencia prueba que siempre fue beneficioso.

De las instituciones romanas ésta merece ser considerada y enumerada entre los motivos de grandeza del imperio. Las ciudades difícilmente salvarán las situaciones extraordinarias sin ella. Las instituciones sabituales proceden lentamente en las repúblicas, donde no pueden obrar por sí

Digitized by Google

ni los consejos ni los magistrados, que necesitan unos de otros; como quiera que acoplar sus voluntades reclama tiempo, sus intervenciones son muy peligrosas cuando han de remediar una cosa urgente. Por ello las repúblicas deben adoptar esta institución. La veneciana, excelente entre las modernas, concentra la autoridad en pocos ciudadanos que, en casos de apuro, sin más amplia consulta, deciden lo conveniente. Cuando la república carece de esta institución, o se arruina respetando las ordinarias o las anula para salvarse. Y en un Estado no ha de suceder nada que sólo se supere empleando procedimientos extraordinarios, porque, aunque éstos beneficiasen en la necesidad, el ejemplo pervierte: se establece el uso de prescindir de las instituciones con buen fin, y luego, con el mismo pretexto, se emplean para el mal. Una república no será perfecta si sus leyes no lo han previsto todo, prescribiendo los remedios de las situaciones anormales y el modo de aplicarlos. En conclusión, digo que las repúblicas que en los peligros urgentes no pueden recurrir al dictador o a una autoridad análoga, encontrarán su perdición en una situación grave.

Nótese con cuánta sabiduría proveyeron los romanos a la elección de esta nueva institución. La creación del Dictador implicaba cierta humillación de los cónsules, pues estos jefes de la ciudad estaban sometidos a obediencia como los demás; presintiendo que de ello nacería la rivalidad y la envidia entre los ciudadanos, decidieron que los cónsules tuviesen la facultad de nombrarle:

Digitized by Google

llegado el caso de que Roma requiriera aquella regia potestad, recurrirían a ella con menos reparo, puesto que eran ellos mismos los que decidían. Las heridas y todos los restantes males que el hombre se infiere por movimiento espontáneo y voluntad propia, duelen muchísimo menos que los que recibes del prójimo. Más tarde, en época avanzada, los romanos no nombraron Dictador, sino dieron la autoridad de éste a los cónsules, con las siguientes palabras: «*Videat Consul, ne Respublica quid detrimenti capiat*»[1] Y volviendo a nuestro asunto, concluyo que los vecinos de Roma, ansiosos de oprimirla, consiguieron no sólo que se defendiese, sino que los atacase con más vigor, más prudencia y más autoridad.

1. «Procure el cónsul que la república no sufra perjuicio.» Fórmula corriente en diversos escritores romanos.

Digitized by Google

XXXV

La razón de que la creación en Roma del decenvirato fuese nociva a la libertad de la república, a pesar de que la creó el libre sufragio público

Parecerá contradecir lo antes dicho (que perjudica a las repúblicas la autoridad lograda por la violencia, no la que se concede mediante público sufragio) la elección de los diez ciudadanos [1], que el pueblo romano nombró para legislar, los cuales llegaron a ser con el tiempo tiranos y se adueñaron de la libertad romana sin respeto alguno. Debe, pues, considerarse los modos de conceder la autoridad y el tiempo que ha de durar. Cuando se otorga autoridad libérrima por largo tiempo (durante un año o más), se crea una situación peligrosa, cuyos efectos serán buenos o malos según sean las personas que la reciban. Comparando la autoridad de los Diez con la de los Dictadores, se advertirá que la de los primeros fue muy superior. La creación del Dictador

1. Los decenviros, a los que se atribuye la compilación de las Doce Tablas. Gobernaron la república en lugar de los otros magistrados.


Digitized by Google

no privaba a los tribunos, a los cónsules y al Senado de su autoridad; si hubiesen podido eliminar a uno del Consulado o del Senado, no hubieran logrado anular el orden senatorial y dictar nuevas leyes. Por tanto, el Senado, los cónsules y los tribunos, conservando su autoridad, venían a ser como guardianes suyos, que impedían que se desviase del camino recto. Pero en la creación de los Diez sucedió todo lo contrario, porque anularon a los cónsules y a los tribunos, y les dieron autoridad para legislar y hacer cualquier cosa como pueblo romano. Estando solos, sin cónsules, ni tribunos, sin tener que apelar al pueblo, careciendo, en suma, de quien los vigilase, al segundo año se insolentaron, movidos por la ambición de Apio. Nótese, pues, que cuando se dice que jamás ofende a una república la autoridad otorgada mediante libre sufragio, se presupone que el pueblo no la concederá salvo en circunstancias y épocas debidas; pero si lo hace engañado, o cegado por cualquier otro motivo, incurriendo en imprudente conducta, como en el caso del pueblo romano con los Diez, le ocurrirá otro tanto que a él. Lo prueba fácilmente la consideración de cuáles razones mantuvieron buenos a los Dictadores y cuáles malos a los Diez, y también la conducta de las repúblicas bien constituidas, porque dieron la autoridad por largo tiempo, como los espartanos a sus reyes y los venecianos al dux. Unos y otros pusieron custodios que les impedían servirse mal de su autoridad. No importa en esta situación que la materia del mando sea incorrupta, porque la autoridad absoluta la corrompe en seguida y cobra amigos

Digitized by Google

y partidarios. No les estorba la pobreza ni la falta de parientes, porque la riqueza y cualquiera otro beneficio pronto acude a ellos, como particularmente se discurre en la creación de los mencionados Diez.

Digitized by Google

XXXVI

Los ciudadanos que tuvieron los mayores honores no deben desdeñar los menores

Los romanos nombraron cónsules a Marco Fabio y C. Manlio [1], y lograron una famosa victoria contra los veyentes y los etruscos, en la cual pereció Quinto Fabio, hermano del cónsul, que el año anterior había ostentado el consulado. Esto debe hacer considerar cuán adecuadas eran las instituciones de Roma para engrandecerla, y cómo se engañan las repúblicas que no atienden a su ejemplo. Los romanos eran fervorosos amantes de la gloria, pero no estimaban deshonroso obedecer a quien otrora mandaran, ni servir en el ejército cuyo caudillaje habían tenido. Esta costumbre contradice la opinión, disposiciones y caracteres de los ciudadanos de nuestra época. Existe en Venecia el error de que un ciudadano, que tuvo una alta magistratura, se avergüence de aceptar una menor y la ciudad consienta que renuncie a ella. Lo que es honroso para el par-

1. Cneo Manlio.

Digitized by Google

ticular resulta inútil para el beneficio público. Una república debe esperar y confiar más en un ciudadano que de elevada categoría descienda a una baja, que no en aquel que sube de una menor. No es de razón que se odebezca a éste, a no ser que le rodeen varones de tanto bulto o de tanta virtud, que lo novedoso se palie con su parecer y su autoridad. Si en Roma se hubiese acostumbrado lo mismo que en Venecia y en otras repúblicas y reinos modernos, a saber, que el que había sido cónsul se negase a incorporarse al ejército a menos de tener el consulado, se hubiese resentido el libre vivir, tanto por los errores cometidos por los nuevos gobernantes, como porque hubiesen podido saciar su ambición sin estorbos, al no rodearse de varones a los que temiesen ofender con sus errores. Y así hubiesen concluido siendo más libres e irresponsables, lo cual hubiese redundado en detrimento del interés público.

Digitized by Google

XXXVII

Cuáles escándalos produjo la ley agraria en Roma, y cuán perjudicial es dar una ley en una república que respete lo pasado y contraríe una antigua costumbre de la ciudad

Sentencia es de antiguos escritores que los hombres se afligen en el mal y se hastían en el bien, y que ambas pasiones surten los mismos efectos. Los hombres, cuando no combaten por necesidad, luchan por ambición, la cual es tan poderosa en el pecho humano, que jamás la abandona sea cual fuere el rango que alcance. La causa de ello está en que la naturaleza creó a los hombres de modo que deseen cualquier cosa y no lo consigan todo, y así, siendo constantemente mayor el deseo que el poder de adquirir, resultan el descontento de lo que se tiene y la insatisfacción. Por esto varía su fortuna, porque los hombres temen perder lo ganado, codician acrecentar sus posesiones y surgen la enemistad y la guerra, de la cual nace la ruina de una provincia y el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Digitized by Google

encumbramiento de otra. Mi discurso procede de que la plebe no se aseguró de los nobles en la creación de los tribunos, a cuya aspiración la constriñó la necesidad; y tras ello, principió a combatir por ambición y a querer compartir con la nobleza los honores y todas las cosas que más estiman los humanos. Esta situación incubó la enfermedad que se declaró en el pleito de la ley agraria, causa de la destrucción de la república. Como las repúblicas bien organizadas han de tener el erario público rico y a los ciudadanos pobres, hubiese convenido que esta ley resultase defectuosa en Roma, lo cual debió no darse en el principio de modo que no hubiera de alterarse a diario, o que se difiriese tanto su promulgación que resultara escandaloso, o que, siendo bien ordenada de raíz, el uso la corrompiera. En resolución, nunca se trató de esta ley en Roma sin que la ciudad se alborotase.

La ley se componía de dos partes principales. Una disponía que los ciudadanos sólo podían poseer cierto número de yugadas de tierra; la otra obligaba a distribuir entre los romanos los campos que se arrebataban a los enemigos. Con ello se afrentaba de dos maneras a los nobles, porque los que poseían más bienes de los que la ley permitía (y en tal caso se hallaba la mayoría de la nobleza), se veían privados de ellos, y porque dividiéndose las posesiones de los enemigos entre la plebe, se privaba a los nobles del medio de enriquecerse. Hechas estas ofensas a los poderosos, los cuales, defendiéndose de ellas, creían luchar en pro del erario público, cada vez, como

Digitized by Google

queda dicho, que la ciudad se soliviantaba, los nobles con paciencia e industria la aplacaban, o sacando un ejército, u oponiendo un tributo al tribuno que ella proponía, o cediendo a veces en parte, o mandando una colonia al lugar que se había de distribuir. Esto último se hizo en el paraje de Anzio, al cual se envió, al surgir la disputa de esta ley, una colonia reunida en Roma, concediéndole aquellas tierras. Tito Livio se expresa de modo notable, diciendo que se encontró difícilmente en Roma quien se alistase para ir a ella; mas interesada estaba la plebe en desear las cosas en la ciudad que en poseerlas en Anzio. El humor suscitado por esta ley persistió durante cierto tiempo, hasta que los romanos empezaron a llevar las armas a regiones distantes de Italia o fuera de ella, después de lo cual pareció calmarse. Debióse a que los campos de los enemigos de Roma estaban lejos de las miradas de la plebe y en sitios de difícil cultivo de manera que eran menos codiciables. Más aún, los romanos maltrataban menos a sus adversarios de aquel modo, y cuando les arrebataban algunas tierras, las distribuían a las colonias. Estos motivos mantuvieron a la ley como adormecida hasta los Gracos, que la despertaron y arruinaron por completo la libertad romana. Se había duplicado la potencia de sus adversarios, encendiéndose por ello tanto odio entre la plebe y el Senado, que se recurrió a las armas y corrió la sangre de forma inaudita e impropia de los hábitos civiles. Los magistrados públicos no pudieron remediarlo, las facciones no esperaron ninguna solución de ellos, se recurrió a los procedi-

Digitized by Google

mientos privados y cada bandería cuidó de buscar un jefe que la defendiese. En este escándalo y desorden, la plebe reparó en Mario y le nombró cónsul cuatro veces; su consulado persistió con pocos intervalos, pudiendo nombrarse cónsul a sí mismo otras tres. La nobleza, sin poder atajar aquella calamidad, favoreció a Sila, nombrándole cabeza de su partido. Así se encendieron las guerras civiles. Después de muchas muertes y altibajos de la suerte, la nobleza obtuvo la supremacía. Esta peligrosa situación resucitó en tiempo de César y de Pompeyo, cuando el primero se estableció por jefe del partido de Mario y el segundo por sucesor de Sila. Llegados a las manos, triunfó César, primer tirano de Roma, ciudad que jamás volvió a ser libre.

Tal fue, pues, el principio y el fin de la ley agraria. Aunque hemos enseñado en otra parte que la enemistad del Senado y de la plebe conservaron libre a Roma, porque de ella nacieron leyes en favor de la libertad, con cuya conclusión parece disconforme el fin de esta ley agraria, me ratifico en mi opinión: tan desmesurada es la ambición de los grandes, que, si no se anula en una ciudad por diferentes caminos y modos distintos, a no tardar la arruina. Si el pleito de la ley agraria tardó trescientos años en esclavizar a Roma, mucho más prestamente hubiera caído en la servidumbre, si la plebe, con esa ley y sus apetitos, no hubiese frenado la ambición de los nobles. Vese asimismo en esto que los hombres estiman más los bienes que los honores. La nobleza romana cedió siempre, sin extraordinaria resistencia,

Digitized by Google

los honores a la plebe; mas, cuando el peligro amenazó sus posesiones, las defendió con tanta obstinación, que la plebe quiso desfogar sus apetitos recurriendo a los inauditos procedimientos ya descritos. Sus promotores fueron los Gracos, cuya intención es más elogiable que su prudencia. Mal partido es pretender evitar el desorden de una república mediante una ley que afecte a su esencia, porque, como por extenso se ha expuesto, no hace más que acelerar el mal el que al desorden te lleva; pero contemporizando con él, o se retrasa, o por sí mismo se extingue con el tiempo, antes que produzca frutos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXVIII

Las repúblicas débiles son irresolutas y no saben decidirse; y si por ventura toman algún partido, obedece más a la necesidad que a la voluntad

Hubo en Roma una grave pestilencia, y los volscos y equos, creyendo que había llegado la ocasión de oprimirla, formaron un nutrido ejército, con el que atacaron a los latinos y a los hérnicos. Éstos, devastado su país, recurrieron a Roma con la súplica de que los defendiese. Los romanos, preocupados por la peste, respondieron que se defendieran con sus armas, porque ellos no podían acudir en su auxilio. Esto revela la generosidad y la prudencia de aquel Senado; siempre, en cualquier caso, quiso atender a lo esencial de las deliberaciones que podían afectar a los suyos, sin jamás avergonzarse de decidir algo contrario a su modo de vivir, o a anteriores resoluciones, cuando la necesidad se lo imponía.

Lo digo porque en otras ocasiones el mismo Senado había prohibido a dichos pueblos que se armaran y defendieran, y un Senado menos prudente hubiera creído que sufría desdoro al con-

Digitized by Google

ceder tal permiso. Pero siempre apreció las cosas como deben juzgarse y siempre tuvo por mejor el partido menos gravoso. Mal le supo no poder defender a sus súbditos y mal que se armasen sin su intervención, por las razones dichas y por muchas otras que se traslucen; pero, comprendiendo que se hubieran armado de cualquier forma al tener el enemigo encima, buscó lo honorable y deseó que hicieran con su licencia lo que la necesidad les imponía, a fin de que, habiendo desobedecido a la fuerza, no se acostumbrasen a desobedecer por voluntad. Toda república debe adoptar, evidentemente, este partido; sin embargo, las débiles y mal aconsejadas ni lo hacen, ni saben sacar honra de semejantes necesidades. El duque Valentino había tomado Faenza y obligado a Bolonia a ceder a sus acuerdos; deseó luego volver a Roma a través de Toscana y envió a Florencia un delegado suyo a pedir permiso de paso para él y su ejército. Consultóse en Florencia qué se debía resolver y nadie aconsejó que se le concediera la autorización. No se siguió, pues, el ejemplo romano. Teniendo el duque muchas fuerzas y estando los florentinos tan desarmados que no podían prohibirle el paso, hubiera sido mucho más honorable para ellos que parecía que pasaba porque ellos se lo consentían, y no a la fuerza. Donde todo resultó en vituperio suyo, hubiera sido menos vergonzoso si lo hubiesen deliberado de otra suerte. El peor defecto de las repúblicas es la irresolución: todas las decisiones que toman son forzadas y, si logran algún bien, es a la fuerza y no a causa de su prudencia.

Digitized by Google

Quiero ofrecer de ello otros dos ejemplos, habidos en nuestra época y en nuestra ciudad.

En 1500, después de reconquistar Milán, el rey Luis XII de Francia deseó rendir a Pisa para percibir los cincuenta mil ducados que los florentinos le habían prometido a cambio de tal restitución, y envió sus ejércitos en dirección de aquella ciudad bajo el mando de monseñor de Beaumont, en quien los florentinos confiaban a pesar de ser francés. Fueron el ejército y su capitán a establecerse entre Cascina y Pisa, donde permanecieron algunos días a fin de disponer el asalto; se presentaron entonces a Beaumont unos oradores pisanos, los cuales ofrecieron la ciudad al ejército francés, siempre y cuando el rey se comprometiera a no entregarla a los florentinos hasta que hubieran transcurrido cuatro meses. Los florentinos rechazaron la proposición; se luchó y hubo que retirarse cubierto de vergüenza. Se negaron a ello por desconfiar de la fe del rey, ya que por debilidad se habían entregado a él; tampoco se fiaban, ni veían que era preferible que el rey les diese Pisa hallándose en ella, y si no lo hacía, que se la prometiera sin poseerla, estando ellos forzados a comprar aquellas promesas. Más útil les hubiese sido consentir que Beaumont la hubiese tomado con cualquier promesa. Así lo enseñó la experiencia más tarde, en 1502, cuando se rebeló Arezzo. Acudió en socorro de los florentinos, por orden del soberano de Francia, monseñor Imbalt con gente francesa. Llegado éste a las cercanías de Arezzo, al poco tiempo entró en tratos con los sitiados, los cuales, bajo ciertas condiciones, querían ceder la

Digitized by Google

tierra a semejanza de los pisanos. Florencia se negó a ello. Monseñor Imbalt pensó que los florentinos no entendían la situación y puso en práctica el acuerdo sin intervención de los comisarios. Lo concluyó, al fin, a su modo, y entró con los suyos en la ciudad, dando a entender a los florentinos que eran estultos e inexpertos en los negocios del mundo: que, si querían Arezzo, lo comunicasen al rey, el cual les podría conceder la ciudad mucho mejor teniendo sus tropas dentro de ella que fuera. No se cansaban en Florencia de escarnecer ni de reprochar a Imbalt, ni se fatigaron de ello hasta que se comprendió que si Beaumont hubiera hecho mismo, se habría poseído Pisa como se tenía a Arezzo.

Volviendo al asunto, las repúblicas irresolutas no toman partidos buenos sino por fuerza, porque su debilidad no les permite decidir en los casos dudosos; y si no cancela la duda algo violento que las impulse, permanecen sin decidirse indefinidamente.

XXXIX

En distintos pueblos se ven a menudo los mismos sucesos

Fácilmente advierte el que considera las cosas presentes y las antiguas, que en todas las ciudades y en todos los pueblos existen los mismos deseos y los mismos humores, y que siempre fue así. Por ello quien considera con diligencia las cosas pretéritas presume las futuras en cualquier república y las remedia del mismo modo que los antiguos; si no hay ejemplo pasado de ello, inventa procedimientos atendiendo a la semejanza de los sucesos. Cuando se descuidan estas consideraciones, porque no se entienden al leerlas, o, si se entienden, se ignoran, se originan los mismos escándalos, sea cual fuere la época.

La ciudad de Florencia, después del 1494, perdió parte de sus dominios, como Pisa y otras tierras, y hubo de guerrear contra sus ocupantes. Como eran éstos fuertes, resultaba que la guerra se alargaba sin fruto alguno; el gasto imponía tributos, y los tributos suponían interminables protestas del pueblo. Dirigía la guerra una ma-

Digitized by Google

gistratura de diez ciudadanos, llamados los Diez de la guerra, a los que el vulgo empezó a considerar con sospecha, como si fuesen la razón de la guerra y de sus gastos, hasta que concluyó por persuadirse de que la desaparición de la magistratura significaría el cese de la contienda. Llegado el momento de renovarla, mantuvieron la renovación en suspenso, pasó la ocasión de ella y se remitió su función a la Señoría. La determinación fue perniciosa, porque no sólo no se evitó la guerra, como el vulgo había creído, sino, eliminados los hombres que la regían con prudencia, hubo tanto desorden que además de Pisa se perdieron Arezzo y muchos otros lugares. Comprendió el pueblo su equivocación y, como la causa de la enfermedad era la fiebre y no el médico, volvió a instaurar la magistratura de los Diez. El mismo talante ocasionó en Roma el disgusto contra los cónsules. El pueblo veía que de una guerra nacía otra, sin darle tregua, y en vez de pensar que se debía a la ambición de sus vecinos, dispuestos a dominarle, lo achacó a la codicia de los nobles, que, no pudiendo castigar a la plebe en Roma, porque la defendía la autoridad de los tribunos, deseaban llevarla fuera de la ciudad, bajo el poder consular, donde podían oprimirla sin que nadie la defendiera. Imaginaron que convendría anular el consulado o reglamentarlo de modo que careciera de autoridad sobre el pueblo dentro y fuera de casa. El primero que propuso la ley fue el tribuno Terentilo, intentando que se crearan cinco hombres que considerasen el poder de los cónsules y lo limitasen. Aquello alteró a la nobleza, pare-

Digitized by Google

ciéndole que la majestad del imperio había declinado tanto, que no restaba ninguna categoría a los nobles en la república. Sin embargo, la obstinación de los tribunos logró que desapareciera el nombre consular. Se contentaron al cabo, tras otras disposiciones, con crear tribunos con potestad consular antes que cónsules, porque odiaban más su nombre que su autoridad. Así estuvieron las cosas largo tiempo, hasta que reconociendo su error, como los florentinos volvieron a los Diez, los romanos rehabilitaron el cargo de cónsul.

Digitized by Google

Digitized by Google

XL

La creación del decenvirato en Roma y lo que hay en ella digno de nota; donde se considera, entre otras muchas cosas, cómo se puede salvar a una república de modo semejante u oprimirla

En el intento de discurrir de forma particular sobre los hechos ocurridos en Roma a consecuencia de la creación del decenvirato, no me parece superfluo narrar ante todo lo que acaeció por semejante creación, ni tratar después de sus partes más notables, que tienen mucha importancia, tanto para quienes quieren mantener una república independiente como para aquellos que ansían someterla. En mi discurso se verán los muchos errores que cometieron el Senado y la plebe en contra de la libertad, y las no pocas equivocaciones en que incurrió Apio, cabeza del decenvirato, en disfavor de la tiranía que se había propuesto establecer en Roma. Después de infinitas disputas y contiendas entre el pueblo y la nobleza para instituir nuevas leyes en Roma, mediante las cuales se afirmase la libertad del Estado, despacharon a Espurio Postumio con otros dos ciudadanos a Atenas, con el objeto de fundar las leyes romanas sobre los ejemplos de las que Solón había

Digitized by Google
BIBLIOTEC UNIVERSITAS

dado a aquella ciudad. Fueron y volvieron los delegados, y se trató de la creación de los varones que habrían de examinar y confirmar dichas leyes. Nombraron a diez ciudadanos por un año, entre ellos a Apio Claudio, hombre sagaz e inquieto. A fin de que su labor no topara con estorbos, se anularon en Roma todos los magistrados, en particular los tribunos y los cónsules, y se abolió la apelación al pueblo, de suerte que la nueva magistratura vino a ser dueña absoluta de la ciudad. En favor de Apio se redujo la autoridad de sus colegas, a causa de que favorecía a la plebe y había llegado a ser tan popular, que admiraba que hubiese cambiado con tanta rapidez de naturaleza y de ingenio, ya que hasta entonces había sido cruel enemigo de la plebe.

Los Diez se portaron de manera harto moderada, no contando con más de doce lictores, los cuales iban delante de aquel que los mandaba. A pesar de su autoridad absoluta, condescendían a citar a los ciudadanos romanos homicidas en presencia del pueblo, que se encargaba de juzgarle. Escribieron sus leyes en diez tablas; antes de confirmarlas, las presentaron al público a fin de que todos pudieran leerlas, criticarlas y enmendar sus defectos antes de darlas por definitivas. Apio hizo propalar por Roma la especie de que serían perfectas si se añadían otras dos tablas a las diez. Esta opinión motivó que el pueblo reeligiera a los Diez por otro año, ya para que no resurgieran los cónsules, ya porque les parecía poder prescindir de los tribunos, pues eran, como ya se dijo, jueces de las causas. Por esta decisión, la nobleza

Digitized by Google

procuró obtener tales honores, siendo Apio de los primeros; hacía gala de tanta humanidad al solicitarlo de la plebe, que sus colegas comenzaron a sospechar: «*Credebant enim haud gratuitam in tanta superbia comitatem fore*» [1]. Temieron oponerse abiertamente y se decidieron a hacerlo con astucia. Le dieron autoridad para proponer a los futuros Diez al pueblo, aunque era más joven que los demás, creyendo que observaría la regla de no pleitear por sí mismo, lo que era inusitado e ignominioso en Roma: «*Ille vero impedimentum pro occasione arripuit*» [2], y se mencionó entre los primeros, con gran asombro y disgusto de todos los nobles; luego, nombró otros nueve a su antojo. Esta creación por otro año empezó a revelar su error al pueblo y a la nobleza. Finalmente, «*Appius finem fecit ferendœ porsonœ*» [3], empezó a exhibir su soberbia innata y en pocos días infectó de sus vicios a sus compañeros, los cuales pasmaron al pueblo y al Senado aumentando los doce lictores a ciento veinte.

El pavor fue igual en ambos durante algunos días. Se pusieron luego a mimar al Senado y a maltratar a la plebe. Si un maltratado recurría a otro decenviro, era peor tratado en la apelación que en la primera sentencia. La plebe, experimen-

1. «Creían que esta afabilidad en tanta soberbia no era desinteresada» (Tito Livio, III, 35). El texto de Maquiavelo difiere del que se lee actualmente en muchos casos.

2. «Pero él supo sacar provecho del obstáculo» (ídem, III, 35).

3. «Apio se quitó la máscara desde entonces» (ídem, III, 36).

Digitized by Google

tado su error, principió a mirar de frente a los nobles, «*et inde libertatis captare auram, unde servitutem timendo, in eum statum rempublicam adduxerunt*» [4]. Y su aflicción complacía a la nobleza: «*Ut ipsi, tædio præsentium, Consules desiderarent*» [5]. Llegaron los últimos días del año: las dos tablas de las leyes estaban preparadas, pero no se habían hecho públicas. Los Diez aprovecharon la circunstancia para continuar en la magistratura; empezaron a retener violentamente el Estado y a buscar satélites entre la juventud noble, a la que concedían los bienes de los que ellos condenaban: «*Quibus donis iuventus corrumpebatur, et malebat licentiam suam quam omnium libertatem*» [6]. En aquel tiempo los sabinos y los volscos hostilizaron a los romanos, y en aquel espanto los Diez comenzaron a ver la debilidad de su situación, porque sin el Senado no podían ordenar la guerra, y reuniendo el Senado se arriesgaban a perder sus ventajas. Apretados por la necesidad, hubieron de aceptar la última decisión. Congregados los senadores, muchos de ellos hablaron contra la soberbia de los Diez, en particular Valerio y Horacio; su autoridad se hubiera concluido si el Senado hubiese mostrado su autoridad, lo que no hizo por envidia de la plebe,

4. «Y buscando un hálito de libertad, donde habían temido la esclavitud, pusieron a la república en este triste estado» (Tito Livio, III, 37).
5. «Que, a causa del disgusto de lo presente, hizo que se deseasen los cónsules» (íd., III, 37).
6. «Con cuyos dones corrompieron a la juventud noble, la cual prefería la licencia de que disfrutaba a la libertad de todos» (íd., III, 37).

Digitized by Google

pensando que, deponiendo los Diez voluntariamente su magistratura, tal vez no resurgieran los tribunos. Decidióse la guerra y salieron dos ejércitos, que guiaban una parte de los Diez. Apio se quedó a regir la ciudad, se enamoró de Virginia y, queriendo violarla, su padre Virginio la mató. A renglón seguido estallaron los tumultos de Roma y de los ejércitos, los cuales se reunieron con el resto de la plebe, se retiraron al Monte Sacro y permanecieron en él hasta que los Diez desistieron de la magistratura, se crearon los tribunos y los cónsules, y Roma recobró su antigua libertad.

Nótese, pues, en este texto, ante todo, que la tiranía nació en Roma por las mismas razones que causan el nacimiento de la mayor parte de las tiranías en las ciudades, esto es, del excesivo deseo de libertad del pueblo y del ilimitado anhelo de mando de los nobles. Cuando no están de acuerdo en crear una ley en favor de la libertad, sino que uno de los partidos se inclina a favorecer a alguien, surge entonces la tiranía. Conviene el pueblo y los nobles de Roma en instituir a los Diez con tanta autoridad por el deseo que uno tenía de borrar el nombre de cónsul y los otros de raer el de tribuno. Ya creados, la plebe apoyó a Apio, pareciéndole que era uno de los suyos y estaba dispuesto a castigar a la nobleza. El pueblo que incurre en este error, dando categoría a un individuo para que derrote a los que odia, si el tal es sabio, se transformará en tirano. En efecto, se cuidará de someter a la nobleza con el auxilio del pueblo, no oprimiendo a ésta hasta que haya logrado su primer propósito. El vulgo no sabrá

Digitized by Google

a qué recurrir cuando se vea esclavizado. Así procedieron cuantos fundaron tiranías en las repúblicas. Si Apio hubiera seguido este ejemplo, su tiranía no habría sido vencida tan prestamente. Pero hizo todo lo contrario con suma imprudencia, pues, para conservar la tiranía, se enemistó con quienes se la habían concedido y podían mantenerle en ella, y con quienes no habían contribuido a dársela y no podían conservar su autoridad. Perdió con ello a sus amigos y buscó la amistad de los que no podían serlo. Los nobles desean tiranizar; pero la parte de la nobleza que no interviene en la tiranía es siempre contraria del tirano, y el tirano no tiene honores ni riquezas bastantes para satisfacer la gran ambición y la insaciable codicia de todos sus componentes. Apio cometió un error evidentísimo al abandonar al pueblo y aproximarse a los nobles, tanto por los motivos ya expuestos, como porque, si se quiere poseer una cosa por la violencia, es menester que sea más fuerte el que fuerza que el forzado.

Por consiguiente, los tiranos que amistan con el vulgo y se enemistan con los grandes, están más seguros, pues sostiene su violencia una fuerza mayor que la de aquellos que tienen al pueblo por enemigo y por amiga a la nobleza. Con el favor de aquél se conservan las fuerzas intrínsecas, como bastaron a Nabis, tirano de Esparta, cuando toda Grecia y el pueblo romano le atacó: teniendo en seguro a los nobles, se defendió con su amigo el pueblo, lo que no hubiera podido hacer en caso contrario. En la otra situación, no bastan las fuerzas internas si consisten en pocos

Digitized by Google

amigos y se han de buscar en el exterior. Son éstos de tres especies: una, secuaces forasteros que guarden tu persona; otra, aldeanos armados para que hagan las veces de la plebe; y otra, vecinos poderosos que te defiendan. Podrá salvarse el que tenga, y se atenga a estos remedios, aunque el pueblo sea enemigo suyo. Pero Apio no estaba en condiciones de ganarse las aldeas, que eran lo mismo que Roma, y no supo hacer lo que estaba a su alcance. Por ello, se arruinó en el comienzo. El Senado y el pueblo pecaron grandemente en la creación del decenvirato, porque, aunque en el discurso sobre el Dictador se dijera que son nocivos a la libertad los magistrados que se constituyen a sí mismos, y no los que señala el pueblo, éste, al nombrarlos, debe hacerlo de manera que algún respeto contenga sus crímenes. Y donde habían de vigilarlos para mantenerlos buenos, los romanos no lo hicieron, creando una sola magistratura en Roma y anulando las otras, por la excesiva ansia (como arriba se indicó) del Senado en anular a los tribunos y la de la plebe en apartar a los cónsules. Cegados por ella, ambos concurrieron en el desorden. Los hombres, como sentenciaba el rey Fernando[1], se portan con frecuencia como algunas aves de rapiña menores, que por su enorme deseo natural de conseguir la presa, no advierten que un ave mayor se cierne sobre ellas para matarlas. Véase, pues, en esto, como al principio anuncié, el error del pueblo romano queriendo salvar la libertad y las equivocaciones de Apio al anhelar la tiranía.

1. El Católico.


BIBLIOTECA GEOGRAFIA E HISTORIA
Digitized by Google

Digitized by Google

XLI

Es imprudente e inútil saltar de lo humilde a lo soberbio, de la piedad a la crueldad, sin los medios debidos

Entre los otros procedimientos torpes que Apio usó para mantener la tiranía, no fue el menor el de saltar sin respiro de una cualidad a otra. Estuvo bien empleada su astucia al engañar a la plebe simulando ser amigo suyo; también lo estuvieron los medios que usó para que los Diez se rehicieran, su audacia de nombrarse a sí mismo contra el parecer de la nobleza y su sagacidad al obtener compañeros adecuados a sus propósitos. Pero torpeza fue, una vez lo logró, cambiar de pronto de índole, de amigo mostrarse enemigo de la plebe, de humano pasar a soberbio y de asequible a difícil, sin que nadie lograra conocer la falacia de su ánimo. Quien parece bueno y quiere transformarse en malo, lo debe hacer por los debidos medios, conforme a las ocasiones, para que el cambio de naturaleza, a medida que te priva de los antiguos apoyos, te consigna otros tantos nuevos y tu autoridad no disminuya. De otra suerte, habiéndote delatado y careciendo de amigos, te perderás.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLII

Cuán fácilmente se pueden corromper los hombres

En el asunto del decenvirato se nota también con cuánta facilidad se corrompen y cambian de índole los hombres antes buenos y bien criados. Considérese cómo la juventud que rodeaba a Apio se hizo amiga de la tiranía por el ápice de provecho que conseguía, y cómo Quinto Fabio [1], uno de los segundos Diez, hombre óptimo, cegado por la codicia y persuadido por la maldad de Apio, cambió sus buenas costumbres por otras pésimas y llegó a ser semejante a él. El examen sesudo de esta circunstancia hará más prontos a los legisladores de las repúblicas o reinos a contener los humanos apetitos y a quitarles toda esperanza de poder delinquir con impunidad.

1. Quinto Fabio Vibulano.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLIII

Los que combaten por la propia gloria son soldados buenos y fieles

Considérese aún, por lo dicho, qué diferencia existe entre un ejército contento, que combate por su gloria, y uno mal dispuesto, que pelea por ambición ajena. Las legiones romanas, que solían triunfar bajo los cónsules, perdieron siempre bajo el decenvirato. De este ejemplo se extrae parte de las razones de la inutilidad de los soldados mercenarios, los cuales no aguantan más que por el mísero estipendio que les das. El móvil ni basta ni bastará a estimular su lealtad, ni a tus amigos que quieran morir por ti. Los ejércitos que no estiman a la persona por quien combaten, hasta el punto de convertirse en partidarios suyos, nunca tendrán ánimo para resistir a un adversario algo valeroso. Como este amor y esta porfía no pueden nacer más que en tus súbditos, es necesario para conservar un Estado, una república o un reino, tener un ejército de ciudadanos, como se ve que hicieron cuantos lograron grandes provechos con las armas. Las legiones romanas, bajo los Diez,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Digitized by Google

tenían el mismo valor, pero, como no gozaban de la misma disposición, no lograban los frutos acostumbrados. Empero, así que hubo desaparecido la magistratura del decenvirato y los soldados principiaron a militar como personas libres, recobraron su esfuerzo y, por lo tanto, sus empresas tenían fin feliz según era habitual.

Digitized by Google

XLIV

Una multitud sin jefe no tiene utilidad; y cómo no se debe amenazar primero y luego demandar la autoridad

La plebe romana se había retirado armada al Monte Sacro a causa del incidente de Virginia. El Senado envió delegados a preguntar con cuál autoridad habían abandonado a sus capitanes y acogídose al monte. En tanto tenían la autoridad del Senado, que en la plebe, no poseyendo jefes, nadie osaba responder. Tito Livio narra que no le faltaba qué contestar, sino quién contestase. Esto prueba adecuadamente la inutilidad de una muchedumbre sin jefe. Conocido el desconcierto por Virginio, se crearon por orden suya veinte tribunos militares que fuesen, como jefes, a responder y a convenir con el Senado. Y habiendo pedido que se les enviase Valerio y Horacio, a los cuales expresarían sus deseos, se negaron a acudir si los Diez no renunciaban antes a la magistratura. Llegados a la cumbre del monte donde estaba el pueblo, éste solicitó que se creasen los tribunos de la plebe, que se recurriera a ella para toda magistra-

Digitized by Google

tura y que le entregasen todos los Diez, porque querían quemarlos vivos. Valerio y Horacio elogiaron las primeras exigencias y condenaron la última por despiadada, diciendo: «*Crudelitatem damnatis, in crudelitatem ruitis*»[1]; aconsejaron que no mencionasen a los decenviros y que recobrasen su autoridad y poder, porque no carecían después de modo de desquitarse. Claramente se ve cuán mentecato e imprudente es demandar algo y declarar de buenas a primeras: me propongo causar tal daño con ello. No hay que delatar la intención propia, sino tratar de satisfacer el deseo de cualquier modo. Basta reclamar las armas de uno sin decir «te quiero matar con ellas», porque, una vez las tengas en el puño, podrás saciar tu pasión.

1. «Por odio a la crueldad, os volvéis crueles» (Tito Livio, III, 53).

Digitized by Google

XLV

Mal ejemplo es no observar una ley, sobre todo el autor de la misma, y peligrosísimo para quien gobierna inferir a diario nuevas injurias en una ciudad

Cerrado el acuerdo, y vuelta Roma a su prístino estado, Virginio citó a Apio ante el pueblo para que defendiera su causa. Compareció el emplazado en compañía de muchos nobles. Virginio ordenó que se le encarcelase. Apio prorrumpió en gritos, apelando al pueblo. Virginio decía que no era digno de recurrir a la apelación que él había anulado ni de tener por defensor al pueblo que había ofendido. Apio replicó que no debían quebrantar aquella apelación que había ordenado con tanto afán. Sin embargo, le encarcelaron y se suicidó antes de la fecha del juicio. Su vida criminal merecía todo género de suplicio; pero fue un acto incivil violar las leyes, y tanto más aquella que se acababa de establecer. No creo yo que exista peor ejemplo en una república que dictar una ley y desobedecerla, sobre todo si el que no la observa es su autor. Florencia, después del año 1494, re-

Digitized by Google

organizó su Estado con la ayuda de fray Jerónimo Savonarola, cuyos escritos muestran la doctrina, la prudencia y la virtud de su ánimo; entre otras constituciones, los ciudadanos consiguieron una ley por la cual se podría apelar al pueblo en contra de las sentencias que diesen los Ocho y la Señoría en los casos políticos (ley que se obtuvo a costa de muchas dificultades y luego de largo tiempo). Ocurrió que a poco de la confirmación de la misma, la Señoría, por cuenta del Estado, condenó a muerte a cinco ciudadanos, y no se permitió que éstos recurrieran y la ley no se respetó. El hecho arrebató más autoridad a aquel fraile que cualquier otra cosa, porque si el derecho de apelación era útil, debió hacerlo observar, y si no lo era, no debió hacer que triunfara. El episodio fue tanto más notado, cuanto el fraile, en los muchos sermones que pronunció después del quebrantamiento de la ley, jamás condenó al infractor, ni le excusó, como quien no quería condenarle, ni podía justificarle. Este hecho, que revelaba su ambición y partidismo, le arrebató la reputación y le proporcionó hartos disgustos.

También perjudica a un Estado incitar a diario nuevos talantes en el ánimo de tus ciudadanos por las nuevas injurias que se infieren a éste o a aquél, como sucedió en Roma después del decenvirato. Todos los Diez y otros ciudadanos, en diversos tiempos, viéronse acusados y condenados, de suerte que la nobleza entera estaba muy espantada, juzgando que las condenas no tendrían fin hasta que la hubiesen destruido totalmente. Grandes inconvenientes hubieran surgido por ello en

Digitized by Google

aquella ciudad, si el tribuno Marco Duilio no se hubiese cuidado de la cuestión. En un edicto prohibió que, durante un año, se citase o acusara a algún ciudadano romano, lo que tranquilizó a la nobleza. Infiérese, pues, cuánto perjudica a una república, o a un príncipe, tener en suspenso y medrosos a sus súbditos con continuas penas e injurias. Y, en verdad, no hay cosa más perniciosa, porque los hombres que sospechan su mal se fortalecen en el peligro y se vuelven más audaces y más despreocupados en intentar innovaciones. Es necesario, por tanto, no importunar ni excitar a nadie, o hacerlo de una vez, y tras ello tranquilizar a los hombres con motivos de sosiego

Digitized by Google

Digitized by Google

XLVI

Los hombres van de una a otra aspiración: primero procuran no ser ofendidos y luego ofenden a los demás

Recobrado que hubo el pueblo romano la libertad, y vuelto a su primitivo estado, con tanto mayor acrecentamiento cuanto se habían dado muchas leyes nuevas en confirmación de su poder, razonable hubiera sido que Roma se aquietase entonces. Pero ocurrió lo contrario: cada día se producían nuevos tumultos y surgían discordias nuevas. Como Tito Livio explica con gran sagacidad la causa de ello, me parece a propósito aducir sus propias palabras. Dice que el pueblo, o la nobleza, se ensorberbecía cuando su adversario se humillaba, y que estando la plebe quieta en sus derechos, los nobles jóvenes se pusieron a injuriarla, sin que valieran los remedios de los tribunos, porque los burlaban y los violaban. La nobleza, de su parte, si bien le parecía que sus jóvenes se portaban con excesiva ferocidad, tenía ciudado de que, si había de alterarse la situación, fuesen los suyos los alborotadores y no la plebe.

Digitized by Google

Así, pues, el deseo de defender la libertad motivaba que cada uno se protegiera tanto que afrentaba al otro. Ésta es la naturaleza de las cosas, que mientras se cuidan de no temer, los hombres principian a despertar el temor ajeno, y la injuria que alejan de sí la proyectan sobre otro, como si fuera imprescindible ofender o ser ofendido. Se ve por esto qué resoluciones toman las repúblicas, cómo los hombres van de una ambición a otra y cuán certísima es la sentencia que Salustio pone en labios de César: *«Quod omnia mala exempla bonis initiis orta sunt»* [1]. Los ciudadanos, como más arriba se dijo, que viven con ambición en una república, buscan ante todo lograr que no los ofendan ni los particulares ni los magistrados, y con tal fin adquieren amistades con procedimientos aparentemente honestos, prestando dinero o protegiendo a los poderosos. La virtuosa apariencia de su conducta engaña con facilidad a todos, que no ponen remedios. Perseverando, libre de obstáculos, se convierte en el que temen sus conciudadanos y los magistrados respetan. Llegado a tal altura, si antes no se combatió su grandeza, resulta muy peligroso querer contrariarle, por las razones que ya mencioné. La situación se plantea en los siguientes términos: o se trata de rebajarle con riesgo de propia ruina, o se le deja en libertad de acción, sometiéndose a manifiesta servidumbre, si antes no te libra de ella la muerte o cualquier acaso. Porque en la situación descrita, en

1. «Porque los malos ejemplos nacieron de buenos principios» (Suetonio, *La guerra de Catilina.*)

Digitized by Google

que los ciudadanos y los magistrados tienen miedo de ofender a él y a sus amigos, no será insólito que ellos juzguen y ofendan a su antojo. Por consiguiente, una república debe disponer que se vele para que los ciudadanos no hagan el mal so color de hacer el bien, y para que tengan el género de notoriedad que estimule y no lesione la libertad, como en el lugar oportuno examinaremos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLVII

Cómo se engañan los hombres en lo general, pero no en lo particular

Como ya dijimos, el pueblo romano echaba a mal tercio el nombre consular y quiso que se nombrase cónsules a plebeyos o que se redujera su autoridad. La nobleza, para no manchar la autoridad consular de una manera o de otra, accedió a que se creasen cuatro tribunos con potestad consular, que podrían ser plebeyos o nobles. La plebe estuvo contenta, pareciéndole que extinguía el consulado y participaba en aquella suma categoría. Lo notable fue que, proveyéndose a la elección de tribunos, que podían ser todos plebeyos, el pueblo romano los escogió nobles. Sobre ello Tito Livio pronuncia estas frases: «*Quorum comitiorum eventus docuit, alios animos in contentione libertatis et honoris, alios secundum deposita certamina in incorrupto iudicio esse*» [1]. Meditado el origen de esta singular conducta, creo que pro-

1. «El evento de los comicios enseñó que unos son los pareceres en el debate, y otros cuando se juzga con sosiego, una vez terminada la disputa» (Tito Livio, IV, 6).

Digitized by Google

cede de que los hombres se engañan bastante en las cosas generales y no tanto en las particulares. Era opinión universal de la plebe romana que merecía el consulado por constituir mayoría en la ciudad, por sostener los peores peligros en la guerra y por mantener con sus brazos libre y poderosa a Roma. Les parecía razonable su deseo, y procuraron obtener esta autoridad. Una vez la tuvieron, juzgaron a sus hombres, conocieron su debilidad o incapacidad y decidieron que ningún particular merecía lo que la plebe conjunta les parecía merecer. Avergonzados de sí, recurrieron a los capacitados. Tito Livio se maravilla de esta moderación y profiere: «*Hanc modestiam æquitatemque et altitudinem animi, ubi nunc in uno inveneris, quæ tunc populi universi fuit?*» [2]

Confirmará esto otro ejemplo notable ocurrido en Capua, después que Aníbal derrotó a los romanos en Canas. El desastre soliviantaba a Italia entera, salvo a Capua, a consecuencia del odio reinante entre el pueblo y el Senado. Figuraba entonces en la suprema magistratura Pacuvio Calario, que, conociendo el peligro en que las alteraciones ponían a la ciudad, se propuso reconciliar a la plebe con la nobleza. Con este pensamiento hizo reunirse al Senado, al que expuso el odio que el pueblo sentía contra él, diciendo que los senadores se exponían a ser matados y la ciudad a ser entregada a Aníbal, estando las cosas romanas en estado tan aflictivo; añadió que él conse-

2. «¿Encontrarías ahora en una sola persona la moderación, la equidad y la sublimidad de ánimo de que dio pruebas entonces un pueblo entero?» (Tito Livio, IV, 6).



guiría la concordia si le autorizaban a ello, pero que quería encerrarlos en el palacio y salvarles del castigo popular. Los senadores cedieron a su petición. Pacuvio, habiéndoles confinado en el palacio, convocó al pueblo y le anunció que había llegado el momento en que podría domar la soberbia de la nobleza y vengarse de las injurias recibidas, porque la tenía bajo llave. Sin embargo, imaginaba que no era deseable que la ciudad permaneciese sin gobierno y que, matando a los antiguos senadores, era necesario crear otros nuevos. Agregó que había puesto los nombres de todos los senadores en una bolsa; los sacaría en presencia suya y los matarían uno tras otro a medida que los extrajera, después que la plebe les encontrase sucesor. Sacó un nombre y estalló un gran escándalo al oírlo, pues todos le acusaron de hombre soberbio, cruel y arrogante. Pidió Pacuvio que nombrasen a su sucesor y la multitud se amansó; al cabo de cierto tiempo se eligió a uno de la plebe, a cuyo nombre uno silbó, otro rió y varios hablaron mal de él. De esta forma, poco a poco todos los nombrados fueron juzgados indignos de la categoría senatorial. Pacuvio se aprovechó de ello para decir: «Os parece mal que esta ciudad carezca de Senado, y no os ponéis de acuerdo en la substitución de los antiguos senadores; así, pues, creo preferible que os reconciliéis con ellos. El miedo que han sufrido les habrá hecho humildes; en adelante hallaréis en sus personas la humanidad que habéis buscado en otra parte». Se conformó la plebe y nació la unidad, descubriendo el engaño en que estaba cuando


Digitized by Google

hubo de particularizar. Los pueblos se engañan al juzgar las cosas y sus efectos en general, y se libran del error al conocerlas particularmente.

Después del 1494, cuando fueron expulsados los príncipes[3] de Florencia, no hubo gobierno regular, sino una ambición licenciosa, y los asuntos públicos fueron de mal en peor. Muchas gentes del vulgo, advirtiendo la ruina de la ciudad, sin reparar en otras razones, achacaban los desórdenes a la ambición de algún poderoso, pretendiendo que intentaba fundar un dominio propio y privarles de la libertad. Los que esto opinaban recorrían las calles y plazas murmurando de muchos ciudadanos y amenazándoles con que, si llegaban los señores, descubrirían su engaño y los castigarían. Ocurría con frecuencia que los tales ascendían a la suprema magistratura, y en cuanto llegaban a ella veían las cosas más de cerca, conocían el origen de los desórdenes, los peligros existentes y la dificultad de atajarlos. En vista de que la causa de la inquietud era los tiempos y no los hombres, cambiaban al punto de opinión y de conducta, porque el conocimiento de los particulares de las cosas les quitaban de los ojos la venda que el juicio general les había puesto. Los que le habían oído hablar siendo privado, viéndole después quedo en la suprema magistratura, lo atribuían no a la noción auténtica de las cosas, sino a que había sido embaucado y corrompido por los grandes. Como eso ocurrió a muchos hombres en numerosas ocasiones, nació un pro-

3. Los Médicis.

Digitized by Google

verbio que decía: «Estos hombres tienen una opinión en la plaza y otra en el palacio.»

Repasando cuanto se ha expuesto, se comprende cómo se pueden abrir los ojos al pueblo, engañado en general, haciendo que descienda a lo particular, a ejemplo de Pacuvio en Capua y del Senado en Roma. Me parece posible inferir que el varón prudente no debe ignorar el juicio del vulgo en las cosas particulares, tales como la distribución de cargos y dignidades, porque sólo en ello no yerra; y si se equivocase, téngase por seguro que más errarán los pocos hombres que se encargan de esas distribuciones. No me parece superfluo mostrar, en el capítulo siguiente, el procedimiento del Senado para engañar al pueblo en sus distribuciones.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLVIII

El que quiera que una magistratura no se conceda a una persona vil o perversa, haga pedirla a una más vil y más perversa o a una en exceso noble y buena

Cuando el Senado temía que hombres plebeyos fueran nombrados tribunos con autoridad consular, recurría para impedirlo a uno de estos dos medios: o hacía solicitar el cargo a los más famosos varones de Roma, o corrompía a un plebeyo vil e innobilísimo para que lo pidiera al mismo tiempo que los otros plebeyos de mejor índole. Mediante esta estratagema conseguía que el pueblo se avergonzara de concederlo, y por aquélla que se avergonzara de quitarlo. Todo lo cual casa con lo discurrido en el capítulo precedente, donde se prueba que el pueblo se engaña en lo general, pero no en lo particular.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLIX

Si las ciudades que, como Roma, tuvieron origen libre experimentan dificultad en hallar leyes que las preserven, las nacidas en la servidumbre topan con una imposibilidad casi total

Cuán difícil resulta, en la organización de una república, dar todas las leyes que la mantengan libre, lo prueba harto bien el proceso de la república romana, donde, a pesar de legislarse en abundancia, primero por Rómulo, después por Numa, Tulo Hostilio y Servio y, en fin, por los diez ciudadanos con tal fin nombrados, se descubrían de continuo en el gobierno de la ciudad nuevas necesidades, para atender a las cuales había que crear nuevos estatutos. Así aconteció en el establecimiento de los censores, una de las providencias que colaboraron a conservar libre a Roma durante la época de su libertad. Transformados en árbitros de las romanas costumbres, fueron motivo idóneo de que los romanos frenaran su corrupción. En el principio de la creación de la magistratura, se cometió el error de establecerla por cinco años; poco tiempo después lo

Digitized by Google

enmendaba la prudencia del dictador Mamerco [1], que con una ley redujo su duración a dieciocho meses. Los censores lo tomaron tan a pecho que eliminaron a Mamerco del Senado, acción que reprobaron la plebe y los padres conscriptos. Como no hay noticias de que Mamerco se defendiera, ha de colegirse o que la historia está incompleta, o que los estatutos romanos distaban de la perfección. Mal parece que una república se organice de manera tal que un ciudadano, por promulgar una ley protectora de la libertad, sea ofendido y lesionado sin defensa alguna. Volviendo al origen de este discurso, digo que se debe considerar, en la creación de una magistratura, si las ciudades que conocieron un principio libre, por el cual se rigieron, como Roma, topan con obstáculos grandes en hallar leyes idóneas para la conservación de su libertad; no maravillará que aquellas que nacieron en la servidumbre sufran, no dificultades, sino imposibilidades en la tarea de constituirse de modo que su vida sea civil y sosegada. Así aconteció en Florencia, la cual estuvo sometida una época, sin pensar en sí misma, por haber vivido en el principio bajo la férula del imperio romano y luego siempre bajo ajeno gobierno. Después, cuando pudo respirar, dedicóse a establecer mandamientos y estatutos, los cuales no podían ser buenos, porque se mezclaron con los antiguos que eran malos. De esta manera se rige desde hace doscientos años, de los que se tienen datos ciertos, sin haber conocido nunca una situación

1. Tuvo la dictadura en el 431 a. J. C.

Digitized by Google

que permita calificarla correctamente de república. Estas sus dificultades se observan también en cuantas ciudades tuvieron un origen semejante al suyo. Muchas veces los libres sufragios públicos conceden amplia autoridad a unos pocos ciudadanos para que la reformen; sin embargo, jamás la organizaron atendiendo al común provecho, sino al propio, lo cual ha producido desorden y no, como se esperaba, orden y concierto. Descendiendo a un ejemplo particular, digo que, entre otras cosas, el ordenador de una república reflexionará en qué manos deposita la facultad de castigar a los ciudadanos. En Roma estaba bien dispuesta, porque se podía de ordinario apelar al pueblo; si el asunto era grave, resultando peligroso que se dilatase la ejecución por culpa de la apelación, se recurría al dictador, que sentenciaba inmediatamente, a cuyo remedio no se recurría nunca sino por necesidad. Pero Florencia, y otras ciudades de análogo origen, eran gobernadas por un extranjero, puesto que estaban sometidas, el cual desempeñaba el cargo por delegación del príncipe. Después, ya libres, mantuvieron tal autoridad en un foráneo, al que denominaban capitán, institución muy perniciosa, porque los ciudadanos podían corromperle fácilmente. Alterada esta disposición a causa del cambio de las situaciones, crearon ocho ciudadanos con la misma autoridad que el capitán, recurso aún peor por las razones ya mencionadas, ya que los muchos fueron siempre instrumento de los pocos y más poderosos. Este defecto lo ha obviado Venecia mediante diez ciudadanos, que pueden penar a

Digitized by Google

cualquiera sin apelación. Ante la imposibilidad de castigar a los poderosos, aunque tuviesen autoridad para ello, han instituido el Consejo de los Cuarenta, y encima han querido que el Consejo de los Suplicados [2], que es el mayor, pueda castigarlos. Por tanto, si no falta el acusador, no falta el juez que tenga a raya a los varones poderosos. No espantará que si en Roma, organizada por sí misma y por tantos hombres prudentes, surgían a menudo razones para establecer nuevas leyes en favor de la libertad; no espantará, digo, que en otras ciudades, de principio menos meditado, surjan tantos inconvenientes que jamás se organicen.

2. *Consiglio de' Pregai,* en el original, llamado así porque, en los comienzos de la magistratura, el dux suplicaba a los miembros que aceptasen el cargo.

Digitized by Google

L

Un consejo o una magistratura no deben entorpecer la actividad cívica

Los cónsules de Roma, Tito Quincio Cincinato y Cneo Julio Menton [1] tenían paralizada la actividad de la república a causa de sus disensiones. El Senado les incitó a crear el dictador, a fin de llevar a cabo lo que impedían sus discordias. Pero los cónsules, que en todo diferían, se mostraron de acuerdo en una sola cosa: en no querer nombrar dictador. El Senado recurrió a los tribunos, que apoyados por el Senado obligaron a obedecer a los cónsules. Nótese, en primer lugar, la utilidad del tribunado, que podía frenar las ambiciosas aspiraciones de los poderosos contra la plebe y las que alimentaban unos contra otros. Y, en segundo lugar, obsérvese que jamás han de disfrutar, en una ciudad, unos pocos del derecho de deliberar sobre cosas que de ordinario son necesarias para la buena marcha de la república. Verbigracia, si tú concedes autoridad a un consejo para

1. Tuvieron el consulado en el año 431 a. J. C.

Digitized by Google

distribuir honores y beneficios, o a una magistratura para administrar una hacienda, conviene imponerles la obligación de que lo lleven a cabo por completo, u ordenar, si se negaren, que lo pueda o deba efectuar otro; de lo contrario, el arreglo sería defectuoso y peligroso, como lo hubiese sido en Roma, si a la testarudez de los cónsules no se hubiera opuesto la autoridad de los tribunos. El Consejo mayor, en la república veneciana, reparte los honores y los beneficios. Ocurría a veces que la mayoría, bien por enojo o a instigación de un interesado, no creaba los sucesores de los magistrados de la ciudad, ni los de los administradores lejanos de su imperio. Ello era motivo de gravísima alteración, porque las tierras sometidas y la propia ciudad se hallaban de pronto sin sus legítimos jueces y no se obtenía nada si la mayoría del Consejo no se daba por satisfecha o no se desengañaba de su error. El inconveniente hubiera llevado a la ciudad a mal término, si los ciudadanos prudentes no lo hubiesen atajado estableciendo, en el momento oportuno, la ley de que todos los magistrados, presentes y futuros, interiores y exteriores, de la ciudad no cesasen hasta que los relevaran sus sustitutos. Así se privó a dicho Consejo de la opción de interrumpir la marcha de la vida cívica con riesgo de la república.

Digitized by Google

LI

Una república o un príncipe debe fingir que hace por liberalidad aquello a que la necesidad le obliga

Los hombres discretos aceptan siempre las cosas tal como son y a ellas acomodan sus actos, aunque la necesidad les contraríe. El Senado romano se mostró prudente cuando decidió que se diese soldada del erario público a quienes servían en las armas, estando habituados a militar a sus expensas. Había visto el Senado que de este último modo era imposible sostener una guerra larga y, por lo tanto, asediar ciudades y llevar ejércitos a tierras remotas; y juzgando necesario efectuar una y otra cosa, determinó que se entregasen los estipendios mencionados. Lo efectuaron aceptando de buen grado lo que les imponía la necesidad. La decisión alborotó tanto a la plebe, que en Roma hubo tumultos de alegría, pareciéndole un espléndido beneficio que jamás esperó recibir y que nunca se habría atrevido a solicitar. Los tribunos procuraron aplacar el contento, indicando que era algo que pesaría sobre el pueblo en vez de aligerar sus preocupaciones, puesto que sería forzoso estable-


Digitized by Google

cer tributos para pagar el sueldo; pero fue en vano, porque la plebe lo aceptó. Además, el Senado, por su manera de imponer los tributos, le dio la razón, ya que los mayores y más crecidos fueron los que pusieron a la nobleza y los primeros que se pagaron.

Digitized by Google

LII

No hay modo más seguro ni más discreto de reprimir la insolencia de uno que llegue a ser poderoso en una república, que el de anticiparse a ocupar los cargos que le lleven al poder

En el anterior discurso se comprueba cuánto crédito adquirió la nobleza con la plebe, a causa de los beneficios que le rindió con el establecimiento del sueldo y la especial distribución de los tributos. Si la nobleza hubiera persistido en aquella conducta, no hubiesen estallado más desórdenes en la ciudad y se hubiera arrebatado a los tribunos el crédito de que gozaban entre el pueblo y, por lo tanto, la autoridad. Ciertamente, no hay mejor remedio, ni más seguro ni discreto, de cerrar el paso en una república, sobre todo si está corrompida, a un ciudadano ambicioso, que el de anticiparse a ocupar los cargos por los que se propone llegar a su fin. Éste habría sido el mejor partido para que los adversarios de Cosme de Médicis le expulsaran de Florencia. Si los ciudadanos que rivalizaban con él hubiesen imitado su procedimiento de favorecer al pueblo, le hubiesen priva-

Digitized by Google

do, sin tumulto ni violencia, de sus armas más eficaces. Así cobró fama Pedro Soderini en Florencia, porque el vulgo favorecido aseguraba que amaba la libertad de la ciudad. Y, en verdad, era más fácil, más honesto, menos peligroso y menos perjudicial para la república, que los envidiosos de su grandeza ocupasen los cargos a que la debía, que oponerse a él y con su ruina causar la de la república entera. Arrebatándole las armas con que se robustecía (lo que era muy hacedero), hubieran logrado contrariarle en todos los consejos y deliberaciones públicas sin temor ni respeto. Si se replicase que los odiadores de Pedro incurrieron en este error, más se equivocó Pedro al no acaparar antes que ellos las vías con que sus contrincantes despertaban su miedo. Empero, Pedro tiene la excusa de que le resultaba arduo hacerlo y, asimismo, de que no le parecía honrado: los procedimientos de sus adversarios fueron el apoyar la bandería de los Médicis, en lo que le contrastaban, y le arruinaron al fin. Pedro no podía en conciencia recurrir a esta estratagema, ya que hubiese perdido su buena fama al mismo tiempo que la libertad que defendía, aparte de que la decisión no hubiese sido secreta ni repentina, ni hubiera carecido de riesgos, porque, descubierta su amistad con los Médicis, el pueblo hubiera sospechado de él y le hubiese aborrecido. Por ello, sus enemigos le hostilizaban a su sabor. Deben, por consiguiente, los hombres considerar los defectos y peligros de toda decisión y renunciar a ella cuando sea más arriesgada que provechosa, a pesar de que parezca más conforme a su propó-

Digitized by Google

sito. Se aventura, de otra suerte, a lo que ocurrió a Tulio [1], que acrecentó a Marco Antonio queriéndole disminuir. Marco Antonio fue considerado enemigo del Senado; había reunido un grueso ejército en el que figuraban muchos de los soldados que habían seguido a César o Tulio, para privarle de ellos, animó al Senado a encumbrar a Octavio y a enviarle con los cónsules Hircio y Pansa contra Marco Antonio, alegando que en cuanto los soldados, secuaces de éste, oyeran el nombre de Octavio, sobrino de César, y que hacía que le llamaran César, se pasarían a sus filas; entonces, no costaría reprimir a Marco Antonio, privado de toda fuerza. Pero resultó al revés de lo pensado: Marco Antonio captó la voluntad de Octavio, que se unió a él, abandonando a Tulio y al Senado. De ello procedió la ruina del bando de los optimates, como era fácil de conjeturar, renunciando a las convicciones de Tulio y teniendo en cuenta la celebridad de quien había dado tanta gloria a su nombre en la destrucción de sus enemigos y en la adquisición de la jefatura de Roma. Torpe cosa fue imaginar que sus herederos o sus partidarios harían algo conforme a la libertad.

1. Marco Tulio Cicerón (106-43 a. J. C.), orador, filósofo y político, que pereció por orden de Marco Antonio.


BIBLIOTECA DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSITAS
UNIVERSIDAD DE MADRID
Digitized by Google

Digitized by Google

LIII

Muchas veces el pueblo busca su ruina engañado por una falsa especie de bienes; y cuán fácilmente le deslumbran las grandes esperanzas y las desmesuradas promesas

Expugnada la ciudad de los veyentes, se le antojó al pueblo romano que sería útil a Roma que la mitad de sus ciudadanos fuese a morar a Veyes, con el argumento de que ésta era rica en aldeas y suburbios, llena de edificios y próxima a Roma, y que gracias a ello se enriquecería la mitad de los romanos, sin que los actos cívicos ni la organización de la república se resintieran. En cambio, el Senado y los romanos más sagaces se asustaron de pensamiento tan vano y tan perjudicial, y aseguraron que antes preferían la muerte que consentir en aquel disparate. Durante la discusión de aquel negocio, la plebe se irritó contra el Senado, y hubieran llegado a las manos y hubiera corrido la sangre, de no haberse escudado los senadores en unos ancianos, ciudadanos de gran consideración, por reverencia a los cuales la plebe dominó su descaro. Adviértanse aquí dos cosas. La pri-

Digitized by Google

mera: que el pueblo, engañado por una falsa imagen del bien, desea muchas veces su perdición, y de ello redundan a las repúblicas incontables daños y peligros, si alguien al que presta fe no le revela cuál es lo malo y cuál lo bueno. Disponga el hado que el pueblo no tenga fe en nadie, como ocurre en ocasiones por engaño de las circunstancias o de los hombres, y la ruina se produce necesariamente. A este propósito dice Dante, en su discurso *De Monarquía*[1], que el pueblo grita a menudo: «¡Viva su muerte! ¡Muera su vida!» Esta incredulidad hace que las repúblicas no tomen, a veces, los buenos partidos, como ya se dijo de los venecianos, cuando, atacados por innumerables enemigos, no pudieron decidirse a aplacar a uno con la restitución de lo tomado a los otros (que les hacían la guerra y estaban conjurados contra ellos), antes de que se produjera el desastre. Así, pues, considerando en qué es fácil o en qué difícil persuadir a un pueblo, puede establecerse la siguiente distinción: o aquello de que tú has de convencerle representa al pronto ganancia o pérdida; o, en verdad, le parece una decisión brava o cobarde. Cuando en lo que se propone al pueblo se ve ganancia, bien que esconda la pérdida, y cuando parece valeroso, bien que disimule la ruina de la república, nunca será arduo persuadir a la multitud. Igualmente será siempre difícil convencerla de los medios aparentemente cobardes o perdidosos, bien que disfracen la salvación y el provecho. Confirman mis

1. En el *Convivio*, I, 11.

Digitized by Google





Digitized by Google

palabras infinitos ejemplos romanos y extranjeros, antiguos y modernos. De esta forma nació la pésima opinión que Roma tuvo de Fabio Máximo, que no lograba persuadir al pueblo de que beneficiaría a la república proceder con lentitud en aquella guerra, y aguantar sin pelea el ímpetu de Aníbal, porque se acusaba a su estrategia de cobarde y no se percibía su íntima utilidad, ni Fabio daba con razones bastantes a probar sus motivos. Los actos gallardos ciegan a los pueblos. El romano incurrió en el error de dar al Jefe de los caballos [2] de Fabio autoridad para trabar combate, aunque Fabio se opuso, y los romanos hubieran sido derrotados de no remediarlo el prudente Fabio. Sin embargo, obcecado en su inexperiencia, el pueblo nombró luego cónsul a Varrón [3], sin más méritos que el haber recorrido las plazas y lugares públicos de Roma prometiendo vencer a Aníbal si se le daba autoridad. A ellos siguió la batalla y la derrota de Canas, y casi la pérdida total de Roma.

Aduciré al propósito otro ejemplo romano. Hacía ocho o diez años que Aníbal estaba en Italia. Había sembrado de cadáveres romanos el país, cuando Marco Centenio Penula, hombre pusilánime (aunque tenía cierta categoría en el ejército), se presentó al Senado afirmando que, en poco tiempo, prendería o mataría a Aníbal, si se le otorgaba poder para reunir, a su grado, tropas

2. Marco Minucio, *magister equitum.*
3. Cayo Terencio Varrón provocó a los cartagineses en Canas (216 a. J. C.), contra el parecer de su colega Lucio Emilio Paulo.

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

voluntarias en cualquier lugar de Italia. Pareció al Senado temeraria la demanda, pero, pensando que si se negaba, y el pueblo se enteraba después de la petición, quizá se alborotase y se indignase contra el orden senatorial, se la concedieron, prefiriendo que peligrasen todos los que siguieron a Marco antes que producir la inquietud del pueblo, pues sabía cuánto le gustaría la proposición y cuán difícil sería disuadirle de ella. Marco fue al encuentro de Aníbal con una turba indisciplinada y, al primer choque, él y todos los suyos quedaron derrotados y muertos.

Nicias[4], varón grave y sesudo, jamás consiguió que el pueblo ateniense se convenciera de que sería una locura atacar Sicilia. Tomada la determinación contra el parecer de los sensatos, se produjo la ruina de Atenas. Escipión, siendo cónsul, deseó la provincia de África, prometiendo la total ruina de Cartago, a lo que se negaba el Senado por sentencia de Fabio Máximo, y amenazó con proponerla al pueblo, como quien sabía perfectamente cuánto complacen al vulgo semejantes empresas.

También pueden ofrecerse ejemplos de nuestra ciudad, como cuando micer Hércules Bentivoglio, gobernante de los florentinos con Antonio Giacomini: Después de derrotar a Bartolomé d'Alviano en San Vicenti, avanzaron contra Pisa por deliberación del pueblo, incitado por las jactancias de micer Hércules, aunque muchos ciudadanos

4. General ateniense, que pactó con los espartanos la paz de su nombre. Vencido y hecho prisionero en Sicilia, fue condenado a muerte, o se suicidó, en el 413 a. J. C.

Digitized by Google

sagaces las reprocharon; sin embargo, hubieron de aceptarlo por presión de la voluntad general, encendida por las bravas promesas del gobernador. Digo, por consiguiente, que no existe manera más indicada para arruinar una república en que el pueblo tenga autoridad, que la de comprometerla en empresas extremadas, porque donde el pueblo tenga alguna fuerza, serán siempre aceptadas y no lo remediará quien opine de otra forma. Pero si esto ocasiona la ruina de la ciudad, más a menudo produce la ruina individual de los ciudadanos complicados en tales hazañas. El pueblo, seguro de la victoria, al llegar la derrota no acusa ni a la fortuna ni a la imposibilidad de evitarla de los gobernantes, sino a la pravedad e ignorancia suyas, y entonces suele matarlos, encarcelarlos o confinarlos, como sucedió a un sinnúmero de capitanes cartagineses y a muchos atenienses. Sus pasadas victorias carecen de valor, porque la presente pérdida lo cancela. En tal caso se halló nuestro Antonio Giacomini, el cual, al no tomar a Pisa, como el pueblo suponía y él había prometido, incurrió en la desgracia popular, y no obstante sus numerosos buenos servicios pretéritos, debió la vida más a la misericordia de los que gozaban de autoridad que a la defensa del pueblo.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIV

La autoridad que tiene un hombre de peso para contener a una muchedumbre excitada

Otra cosa notable sobre el episodio citado en el capítulo anterior es que nada puede contener a una muchedumbre excitada como el respeto que siente por un hombre, grave y de autoridad, que salga a su paso. No sin razón dice Virgilio:

Tum pietate gravem ac meritis si forte virum quem
conspexere, silent, arrectisque auribus adstant[1].

Por tanto, el jefe de un ejército, o el que tiene categoría en una ciudad, en que se produzca una asonada, debe hacerle frente con la mayor gracia y la mayor honradez posible, rodeándose de las insignias de su cargo para hacerse más respetable. Hace pocos años, Florencia se hallaba dividida en dos facciones, *Frailuna* y *Rabiosa*[2], como

1. «Entonces, si por acaso han visto algún varón grave por su piedad y sus méritos, guardan silencio y están con los oídos atentos» (*Eneida,* I, 151-152).
2. *Fratesca* y *Arrabiata,* en el original. Se refiere a las disensiones habidas en Florencia entre los partidarios de Savonarola y los fieles a la república.

Digitized by Google

se llamaban, y los «frailunos» fueron vencidos en un encuentro. Entre ellos estaba Pablo Antonio Soderini, ciudadano harto reputado entonces, y hacia su casa, con ánimo de saquearla, se encaminó la turba armada. Micer Francisco, su hermano, obispo de Volterra y hoy cardenal, se hallaba por acaso en ella. Oído el ruido y vista la chusma, se vistió ciudadosamente y se puso el roquete episcopal; saliendo así al encuentro del pueblo, al que con su aparición y sus palabras detuvo. Este hecho se comentó y se celebró en la ciudad durante muchos días. Concluyo, por consiguiente, que no hay remedio más seguro para contener a una muchedumbre levantisca que la aparición de un hombre reverenciado por sus prendas y su prestancia. Se ve, por tanto, volviendo al texto citado, qué empeño tuvo la plebe romana en trasladarse a Veyes, porque, creyéndolo útil, no advertía el daño que ocultaba, de lo que nacieron tumultos. Hubiesen estallado graves disensiones si los varones de peso y respetados del Senado no hubiesen atajado sus demasías.

Digitized by Google

LV

Con qué facilidad se gobierna una ciudad cuya multitud no esté corrompida. Asimismo, un principado es imposible donde hay igualdad, y donde no la hay lo es la república

Aun a riesgo de repetir lo ya tratado sobre lo que se debe temer o esperar de las ciudades corrompidas, no me parece fuera de propósito examinar una determinación del Senado acerca del voto que Camilo formuló de entregar a Apolino la décima parte del botín de los veyentes. Como la presa fue a parar a las manos de la plebe romana, impidiendo que se tasara, el Senado promulgó un edicto, según el cual todos habían de entregar al erario la décima parte de lo que habían tomado. La orden no se aplicó, pues el Senado decidió la cuestión de otro modo, compensando a Apolino mediante otro procedimiento que contentó a la plebe. No obstante, se comprueba cuánto confiaban los senadores en la eficacia de su determinación, sin dudar de que alguien no cumpliera lo que el edicto prescribía. Y también se observa que la plebe no pensó en defraudar el edicto dando

Digitized by Google

menos de lo debido, sino en exonerarse de él mostrando abiertamente su indignación. Este ejemplo, así como muchos otros antes aducidos, prueban la excelencia y el respeto de aquel pueblo, y cuánto bien podía esperarse de él. Sin esa bondad es inútil aguardar bien alguno, como es el caso de las actuales provincias corrompidas, sobre todo en Italia, y en parte en Francia y en España. Si en éstas no se observan los desórdenes cotidianos de Italia, depende no tanto de la índole de sus pueblos, bastante defectuosa, cuanto de tener un rey que los une por su virtud personal y de la disciplina existente en sus dominios. En Alemania es todavía grande la bondad y el respeto de los pueblos; por ello viven libres muchas de sus repúblicas, respetando sus leyes de manera que nadie, exterior ni interior, osa ocuparlas. Esas repúblicas, cuando necesitan gastar alguna cantidad de dinero en beneficio público, están acostumbradas a que los magistrados o consejos autorizados impongan a todos los ciudadanos un impuesto sobre el uno o el dos por ciento de su hacienda. Decidido así, atendiendo a la posesión de inmuebles, se presentan todos a los cobradores de tales impuestos, juran pagar la suma conveniente y echan en una caja lo que su conciencia les dicta que paguen. De esta entrega no se tiene otro testimonio que lo que se paga. Esto permite conjeturar la bondad y el respeto que persisten en aquellos hombres. Debe creerse que cada cual entrega la suma verdadera, porque el impuesto no arrojaría, de lo contrario, el mismo total que los anteriores, se conocería el fraude y se cambiaría

Digitized by Google

de sistema. Esta honestidad resulta, dada su rareza, muy admirable en los tiempos actuales, en que solamente se conserva en aquel país.

Ello obedece a dos causas. La primera es no haber tenido tratos estrechos ni continuos con sus vecinos, porque ni unos ni otros se visitan a menudo, contentándose con los bienes, los alimentos y los vestidos de lana del país, y evitando las posibilidades de intercambio y el principio de la corruptela: no pueden imitar las costumbres de franceses, españoles e italianos, cuyas naciones corrompen al mundo. La segunda causa consiste en que las repúblicas, habituadas al vivir cívico e íntegro, no soportan que sus ciudadanos sean y vivan como hidalgos, antes bien reina entre ellos la igualdad y son muy enemigos de los señores e hidalgos que hay en la provincia: matan a aquellos que caen en sus manos, como principio de corrupción y motivo de todo escándalo. Aclararé que consideran hidalgos a los que viven ociosos y en la abundancia gracias a sus rentas, despreocupándose de la agricultura y de cualquiera otro oficio penoso para ganarse el pan. Estos desocupados son perniciosos en las repúblicas y provincias; mas peores son aún los que amén de fortuna, poseen castillos y súbditos que los obedecen. El reino de Nápoles, la Tierra de Roma[1], Romaña y Lombardía están llenos de estas dos clases de hombres, de lo cual procede que en ellas no haya florecido república alguna o ningún

1. Los dominios de la Iglesia.


Digitized by Google

vivir político: ese género de hombres es acérrimo enemigo de lo cívico. No sería factible introducir una república en esas provincias. Si se quisiera reorganizarlas, supuesto que hubiera un árbitro, no habría otro camino que convertirlas en reino, por la razón de que las leyes no bastan a frenar la corrupción, siendo imprescindible imponerlas por la fuerza, y de que sólo el vigor absoluto, excesivo, de un soberano corta la ambición desatada y el estragamiento de los poderosos. Este argumento se verifica en el ejemplo de Toscana, donde en corto espacio de terreno hace mucho que permanecen tres repúblicas: Florencia, Siena y Luca. Las otras ciudades de la misma provincia son como siervas, cuyo ánimo y cuya disposición mantienen o quisieran mantener. Todo se debe a que no hay en ellas ningún castellano y ninguno o poquísimos hidalgos; en cambio, existe tanta igualdad, que no le costaría a un hombre, prudente y enterado de las antiguas culturas establecer un modo de vida cívico. Mas, para infortunio suyo, hasta ahora no ha salido varón que pudiera o supiera hacerlo.

De este discurso se obtiene la conclusión de que quien se propone introducir una república donde hay sobra de hildalgos, no lo consigue, a menos que antes los haga desaparecer; y la de que no logrará establecer un reino o principado donde reina la igualdad, si no busca a los ambiciosos e inquietos, convirtiéndolos en señores de hecho, pero no de nombre, con la dádiva de castillo, posesiones, bienes y hombres. Mantendrá su poder y el de ellos gracias a su ambición, al paso

Digitized by Google

que los otros tendrán que soportar el yugo que la fuerza, y no otra cosa, les obliga a cargar. Los hombres se mantendrán en sus propios términos, cuando, por este medio, haya proporción entre el forzador y el forzado. Transformar en república una provincia propensa a ser reino, y otra propensa a ser república en reino (tarea propia de un genio de inteligencia y autoridad), es algo que muchos intentaron y pocos consiguieron. La magnitud de la empresa, ora espanta a los hombres, ora les estorba y les obliga a cometer errores en los comienzos.

Mi opinión de que no se puede instituir una república donde hay hidalgos, parecerá, creo, desmentida por la experiencia veneciana, en que no logran categoría y cargo más que los hijosdalgo. Replico que este ejemplo no me contradice: el gentilhombre en aquella república lo es más de nombre que de hecho, porque no tiene posesiones que le renten. Su gran riqueza se funda en las mercancías y cosas muebles. Además, ninguno posee castillos o jurisdicción sobre hombres; el título de gentilhombre es entre ellos cosa de dignidad y de reputación, y no se basa en ninguna de las cosas que, en otras ciudades, motivan el nombre de hidalgos. Y así como las demás repúblicas denominan sus clases sociales con varios nombres, así Venecia las divide en hidalgos y populares, y desea que aquéllos tengan o puedan tener todos los honores, y éstos se hallen completamente excluidos de ellos. Esta disposición no desconcierta aquélla por las razones ya explicadas. Constitúyase, pues, una república donde haya


Digitized by Google

o se establezca una gran igualdad, y, al revés, ordénese un principado donde exista una gran desigualdad; de otra suerte, será obra desequilibrada y efímera.

Digitized by Google

LVI

Antes de que acontezcan grandes desventuras, en una ciudad o en una provincia, aparecen señales que las auguran u hombres que las anuncian

Ignoro a qué se debe, pero los ejemplos antiguos y modernos prueban que nunca sucede una gran desgracia en una ciudad o en una provincia que no haya sido predicha por adivinos, revelaciones, prodigios u otros signos celestiales. Todo el mundo sabe, y así lo pruebo sin alejarme de los hechos domésticos, con cuánta anticipación fray Jerónimo Savonarola predijo la venida a Italia del rey Carlos VIII de Francia, y cómo, además, en toda Toscana se dijo haber oído y visto en el espacio, sobre Arezzo, guerreros que combatían encarnizadamente. También es notorio que, antes de la muerte de Lorenzo de Médicis el Viejo [1], un rayo hirió la cima de la catedral con enorme quebranto del edificio. Ni nadie desconoce que poco antes de que Pedro Soderini, nombrado gonfalo-

1. Se refiere a Lorenzo el Magnífico, y no al segundo Lorenzo, duque de Urbino.

Digitized by Google

nero vitalicio del pueblo florentino, fuese expulsado y privado de su dignidad, un rayo fulminó el propio palacio [2]. Podría aportar más ejemplos de lo mismo, a lo que renuncio para no ser prolijo. Narraré solamente lo que Tito Livio refiere con anterioridad a la llegada de los galos a Roma: un plebeyo, Marco Cedicio, contó al Senado que había oído a medianoche, yendo por la vía Nueva, una voz más fuerte que las humanas, que le ordenó anunciar a los magistrados que los galos se acercaban a la ciudad [3]. Discurra e interprete la causa de esto quien sepa de las cosas naturales y sobrenaturales, facultad de que nosotros carecemos. No obstante, pudiera ser que, estando el aire lleno de inteligencias, como quiere algún filósofo, éstas prevean las cosas futuras, se apiaden de los humanos y, para que se apresten a protegerse de ellas, se lo anuncian con tales signos. Sea lo que fuere, es cierto que luego de esas señales las provincias conocen cosas extraordinarias y nuevas.

2. El de la Señoría florentina.
3. Tito Livio, v. 32.

Digitized by Google

LVII

La plebe se muestra valiente cuando está junta, por sí sola es débil

Muchos romanos, arruinada su patria a consecuencia de la incursión de los galos, fueron a habitar a Veyes, desobedeciendo al Senado, el cual para remediar tal desorden mandó, con edictos públicos, que todos volviesen a morar en Roma al cabo de cierto tiempo; si no, incurrirían en determinadas penas. Los que tenían que obedecer se mofaron en un principio del edicto; pero después, aproximándose el tiempo del cumplimiento, todos obedecieron. Tito Livio escribe estas palabras: «*Ex ferocibus universis singuli metu suo obedientes fuere*»[1]. En verdad, no se puede pintar mejor la naturaleza de una multitud. La muchedumbre no se cansa de ser audaz de palabra contra las disposiciones del príncipe, pero, al verse ante el castigo, no se fían sus componentes unos de otros y se apresuran a obedecer. No se debe, pues, prestar gran atención a lo que se diga acerca

1. «Los arrogantes obedecieron a causa del miedo de cada uno» (Tito Livio, VI, 4).

Digitized by Google

de la buena o mala disposición de un pueblo, si sabes mantenerle bien dispuesto o, de lo contrario, precaverte de él. Entiéndanse por malas disposiciones las que nacen de que el pueblo haya perdido la libertad o un príncipe, al que estimaba y todavía vive, cuyas razones son verdaderamente formidables y reclaman drásticos medios para atajarlas; sus otros vicios pronto se disipan, cuando no tienen jefe a quien puedan recurrir. No existe nada más terrible, ni más débil, que una multitud desenfrenada y sin guía. Aunque empuñe las armas, se la reduce si se pudo esquivar su primer ataque y ardor, porque, al aplacarse los ánimos y con el volver cada uno a su casa, las gentes dudan de sí mismas, piensan en su salvación y de ella se cuidan por medio de la fuga o de la concordia. La muchedumbre levantisca, que desea rehuir el peligro, no tarda en buscar en su seno un cabecilla que la domeñe, mantenga unida y provea a su defensa. Ejemplariza lo dicho la plebe romana, la cual, tras la muerte de Virginia, fuése de Roma y eligió veinte tribunos para salvarse. De lo contrario, si no lo hace, sucede lo que expresan las mencionadas frases de Tito Livio: el pueblo se muestra valiente cuando está junto, y se debilita y acobarda en cuanto sus miembros piensan en su propio peligro.

Digitized by Google

LVIII

La gente es más sabia y más constante que un príncipe

Nuestro Tito Livio y los restantes historiadores afirman que no hay cosa más vana e inconstante que la pluralidad de gentes. En el relato de las acciones humanas se ve que la muchedumbre condenó a muerte a un varón y al día siguiente le lloró y echó mucho de menos, como el pueblo romano deseó la presencia de Manlio Capitolino, después de haberle sentenciado a la pena capital. Éstas son las palabras del autor: «*Populum brevi, posteaquam ab eo periculum nullum erat, desiderium eius tenuit*»[1]. Asimismo explica los sucesos habidos en Siracusa, tras el fallecimiento de Jerónimo, sobrino de Hierón, diciendo: *Hæc natura moltitudinis est: aut humiliter servit, aut superbe dominatur*»[2]. Ignoro si yo aceptaría una provincia rebelde y erizada de dificultades tantas,

1. «El pueblo, después que no tuvo nada que temer de él, no tardó en echarle en falta» (Tito Livio, VI, 20).
2. «Así es la índole de la multitud, que sirve con abyección o manda de modo tiránico» (íd., XXIV, 25).

Digitized by Google

que me sea forzoso abandonarla con oprobio o conservarla con sacrificios, con la pretensión de defender algo que, como he dicho, todos los escritores afean. Empero, ni juzgo ni nunca juzgaré que sea defecto defender una opinión con razones, sin querer emplear la autoridad o la fuerza. Afirmo que el vicio de que los autores acusan a la multitud, se repite individualmente en todos los hombres y principalmente en los príncipes, porque cualquiera que no se rija por leyes incurrirá en los propios errores que la muchedumbre desmandada. No será arduo considerarlo en vista de que hay y hubo numerosos príncipes, siendo buenos y sabios los menos. Algunos existieron que rompieron el freno que podía corregirlos. No se cuentan entre ellos los soberanos que nacían en Egipto [3], en la antiquísima edad en que aquella nación se gobernaba con leyes, ni los de Esparta, ni los que hay en Francia, cuyo reino moderan las leyes más que a cualquiera otro moderno de que tenemos noticia. Estos reyes no han de incluirse en el número de los hombres cuya índole ha de examinarse, a fin de cerciorarse si se asemeja a la del vulgo, porque, comparándolos con uno gobernado por la ley, como ellos, se descubrirá en uno y otros idéntica bondad, y que la multitud ni tiraniza ni se humilla: así era el pueblo romano, mientras la república se mantuvo íntegra, sin servir bajamente y sin dominar con soberbia; antes bien, con sus estatutos y sus magistraturas, se mantuvo en el honorable justo medio. Se rebelaba

3. Se trata, naturalmente, de los faraones.

Digitized by Google

contra los poderosos, como en el caso de Manlio Capitolino, los Diez y otros que trataron de oprimirla; y obedecía a los dictadores y los cónsules cuando lo reclamaba la salud pública. No espanta que el pueblo romano ansiara la muerte de Manlio Capitolino; deseaba también sus virtudes, cuya grandeza pasada despertaba la compasión de todos, y que hubiesen tenido el mismo efecto en un príncipe. Todos los escritores están acordes en que la virtud se admira y se alaba incluso en los enemigos. Pero, a pesar de este encendido anhelo, si Manlio hubiese resucitado, el pueblo romano le habría sentenciado a la misma pena, sacándole de la prisión y condenándole a muerte. Príncipes sabios hubo que sentenciaron a muerte a alguna persona y luego lo deploraron en grado sumo, como Alejandro lloró a Clito y otros amigos suyos [4], y Herodes a Mariamne [5]. Nuestro historiador habla de la naturaleza de la multitud, pero no de la que se regula por leyes, como la romana, sino de la indisciplinada, como la siracusana, que se portó como Alejandro Magno y Herodes en los casos relatados. No es más culpable la naturaleza de la muchedumbre que la de los príncipes, pues todos yerran de igual modo cuando pueden hacerlo sin trabas. De ello hay hartos ejemplos, además de los aducidos, tanto entre los emperadores romanos como en los otros tiranos y jefes

4. Clito murió en el 320 a. J. C., durante un banquete, a manos de Alejandro Magno, al que había salvado la vida. El conquistador trató luego de suicidarse.

5. Herodes el Grande, rey de Judea, mató por sospechas a Mariamne. El remordimiento casi le privó de la razón.

Digitized by Google

de Estado, en los que la inconstancia y el antojo superan los de cualquier multitud.

Infiero, pues, contra la común opinión de que, cuando mandan, los pueblos son variables, inconsistentes e ingratos, que ha de afirmarse que estos pecados también se dan en los príncipes. Se diría la verdad, si se acusase al mismo tiempo a unos y otros; pero sería un engaño hacer abstracción de los segundos, porque un pueblo con autoridad y bien organizado será no menos estable, prudente y amable que un príncipe, o más que uno sabio; un príncipe que desdeñe las leyes será más ingrato, aborrecible e imprudente que un pueblo. El cambio de proceder se debe no a la diversidad de índole, que es más o menos una en todos (si existen ventajas son a favor del pueblo), sino a respetar, en mayor o menor grado, las leyes bajo las que se vive. El pueblo romano fue durante cuatrocientos años enemigo del nombre de rey y amante de la gloria y del bien general de su patria; se conocen muchos ejemplos de una y otra cosa. Si se me alegara la ingratitud con que trató a Escipión, responderé como ya he hecho en otra parte: en ello se probó que los pueblos son menos ingratos que los príncipes. En cuanto a la prudencia y a la estabilidad, asevero que un pueblo es más prudente, más estable y más juicioso que un príncipe. No sin razón se compara la voz popular a la de Dios, porque la opinión universal se revela prodigiosamente exacta en sus pronósticos, como si previese su mal y su bien gracias a una virtud oculta. Rarísimas veces, al juzgar las cosas, no escoge la mejor opinión; des-

Digitized by Google

cubre la verdad de lo que oye, cuando escucha a dos oradores de igual valor y de opuestas opiniones. Equivocándose en las hazañas o cosas útiles al parecer, muchas más se equivoca un príncipe a causa de las pasiones propias, que son más abundantes que las del pueblo. En la elección de los magistrados acierta más que el príncipe, y nunca se logrará persuadirle de que encumbre en dignidades a un varón infame y corrompido, de lo que fácilmente y por mil medios se convence a un príncipe. Es cosa sabida que un pueblo aborrece durante siglos una misma cosa, lo que no se repara en un soberano. De ambas apreciaciones, sírvame de testimonio el pueblo romano, el cual en centenares de años, en tantas elecciones de cónsules y tribunos, no llevó a cabo sino cuatro de las que tuviera que arrepentirse. Su odio a la monarquía hizo que el ciudadano que quisiera tentarle a ella recibiese el castigo debido. Además, las ciudades en que manda el pueblo, en poquísimo tiempo prosperan estupendamente, mucho más que bajo la autoridad de un príncipe, como Roma después de la expulsión de los reyes y Atenas luego de librarse de Pisistrato. El origen de ello ha de ser que los gobiernos del pueblo son mejores que los del príncipe. No se oponga a esta opinión mía cuanto narra nuestro historiador en el texto aducido y en algún otro, porque, si se sumasen los deméritos del pueblo y de los príncipes, y las glorias de uno y otros, se debería reconocer que el saldo favorece al primero. Los príncipes aventajan al pueblo en disponer leyes, culturas, mandamientos e instituciones nuevos, y

Digitized by Google

el pueblo los supera en mantenerlos, con lo que aumentan la gloria de los legisladores y organizadores.

En suma, para conclusión de este discurso, digo que mucho duraron los Estados de los príncipes y los de las repúblicas, y las dos especies necesitaron que las leyes los regulasen, pues el príncipe que puede hacer lo que quiere está loco y no es sabio el pueblo en la misma situación. Obsérvese a un príncipe obligado a las leyes y a un pueblo encadenado a ellas, y se decidirá que el pueblo es más virtuoso que el príncipe; considéreseles libres de ellas, y se verán menos errores en el pueblo que en el príncipe, y más pequeños, y que procurará mayores remedios. Un pueblo licencioso y tumultuoso escucha al hombre bueno que le habla y vuelve sin resistencia al buen camino; a un príncipe malo nadie puede hablarle y el único remedio es la espada. De esto se conjeturará la importancia de la enfermedad de éste y de aquél; a curar la enfermedad del pueblo bastan las palabras, y la del príncipe pide hierro: nadie dudará que los mayores cuidados implican mayores errores. No se teman las locuras de un pueblo desencadenado, ni espanten del mal presente más que las consecuencias, pues de la confusión quizá salga un tirano. Lo contrario sucede con los príncipes depravados, porque se teme el mal presente y se espera el futuro del que tal vez resulte la libertad. La diferencia entre ambos es la que media entre lo que es y lo que ha de ser. La muchedumbre desfoga su crueldad contra los que sospecha que se apoderarán del bien común; la

Digitized by Google

crueldad del príncipe tiene por blanco aquellos que teme que se apoderen de su bien propio. La opinión contraria al pueblo nace de que es posible hablar de él en voz alta y libremente, aunque tenga el poder; de los príncipes se habla siempre con pavor y mil cautelas. No será un despropósito, creo, porque la cuestión me atrae, discurrir en el capítulo siguiente sobre qué alianza es más digna de confianza: la concertada con una república o la pactada con un príncipe.

Digitized by Google

LIX

Qué confederación o liga es más digna de confianza: la hecha con una república o la concertada con un príncipe

Como sucede a diario que un príncipe traba liga y amistad con otro, o una república con otra, y aun se contrae acuerdo y obligación entre una república y un príncipe, creo oportuno examinar qué fe es más estable y de mayor cuenta, si la de una república o la de un príncipe. Meditándolo a fondo, sospecho que en muchos casos son semejantes y que en algunos hay disconformidad. Empero, los conciertos firmados a la fuerza no los observarán ni un príncipe ni una república, porque, cuando empiecen a temer por el Estado, uno y otra romperán lo pactado contigo y serán ingratos. Demetrio [1], llamado expugnador de ciudades, cubrió de beneficios a los atenienses; derrotado más tarde, y refugiándose en Atenas como en ciudad que le estaba obligada por amistad, no

1. Demetrio I de Macedonia, llamado Poliorcetes o «sitiador de ciudades» (m. 283 a. J. C.).


Digitized by Google

le acogieron, desagradecimiento que le dolió más que la derrota y la pérdida del ejército. Pompeyo, vencido por César en Tesalia se refugió en Egipto, junto a Ptolomeo[2], al que había devuelto el reino, pero recibió de él la muerte. Los episodios tuvieron idéntico origen; sin embargo, la república fue más humanitaria y menos injuriosa que el príncipe. Pero la fe es igual donde reina el miedo. El mismo origen puede tener la lealtad de una república o de un príncipe, que, por observarla, se exponga a la perdición. El príncipe tal vez sea amigo de un soberano poderoso, que, si entonces no tiene ocasión de socorrerle, quizá con el tiempo le restituya su principado; o que habiendo sido partidario suyo en la lucha, está convencido de que no encontrará fe ni convenio en el enemigo de aquél. A esta especie pertenecieron los príncipes del reino de Nápoles que siguieron el partido de los franceses[3]. Las repúblicas de la misma clase fueron, entre otras, Sagunto[4] en España, que prefirió la ruina a la deslealtad con los romanos, y Florencia por haber seguido en 1512 el partido de Francia[5]. Creo que, bien pesado, hay un poco más de estabilidad en las repúblicas que en los principados en los peligros urgentes, porque, si las repúblicas tuvieran el mismo ímpetu y el mismo querer que un príncipe, su lentitud

2. Ptolomeo XII Dionisios (52-48 a. J. C.), que reinó simultáneamente con su hermana Cleopatra.
3. Los barones que se pasaron a Carlos VIII.
4. Destruida por Aníbal en el 219 a. J. C.
5. Los españoles, en lucha con los franceses, devolvieron Florencia a los Médicis en 1512, de lo que resultó la extinción de la república.

Digitized by Google

hará siempre que tarden más en resolverse que éste, y por ello tardarán más en romper la palabra dada. Las alianzas se quebrantan a causa de la utilidad, pero las repúblicas son más respetuosas de los acuerdos que los soberanos. Podría presentar ejemplos en que un provecho mínimo hizo que un príncipe faltara a la palabra y en que uno considerable no logró que una república faltara a la suya. Temístocles, en un discurso a los atenienses, anunció que tenía que recomendar a su patria algo que sería utilísimo, pero no se atrevía a decirlo para que no se descubriera, ya que, una vez revelado, se perdía la ocasión de llevarlo a cabo. El pueblo de Atenas eligió a Arístides para que se enterase del negocio y se resolviera según su parecer. Temístocles refirió al elegido que el ejército de toda Grecia, que confiaba en su lealtad, se hallaba en una situación en que podía ser vencido o destruido, lo que haría a los atenienses árbitros y señores de aquellas tierras. Arístides explicó al pueblo el proyecto de Temístocles, diciendo que era muy provechoso, pero deshonestísimo, por cuyo motivo el pueblo lo rechazó. El macedonio Filipo y otros príncipes no hubieran imitado su conducta, pues conquistaron y ganaron más faltando a la lealtad que de otra manera. No hablo del hecho de romper los pactos por inobservancia, como cosa ordinaria, sino de los que se incumplen por razones extraordinarias. Así, pues, en resolución, y por todo lo dicho, creo que el pueblo cae en errores menores que el príncipe y es más de fiar.

Digitized by Google

Digitized by Google

LX

El consulado y cualquiera otra magistratura romana se concedía prescindiendo de la edad

Se comprueba en la historia que la república romana, cuando el consulado pasó a la plebe, concedió éste a sus ciudadanos sin atender a la edad ni a la prosapia, si bien el argumento de la edad nunca tuvo fuerza en Roma, pues se preocuparon de buscar la virtud prescindiendo de la juventud y de la vejez. Valerio Corvino puede atestiguarlo, porque fue cónsul a los veintitrés años, y él mismo, arengando a sus soldados, dijo que el consulado era «*proemium virtutis, non sanguinis*» [1], siendo discutible la conveniencia de este partido. A la cuna se concedió por necesidad, la misma que habría en toda ciudad que quisiera conocer los propios trances que Roma, como ya se dijo, porque no se debe procurar a los hombres molestias sin premio, ni se les ha de arrebatar la esperanza de obtener el premio sin peligro.

1. «El premio del mérito, no el de la cuna» (Tito Livio, VII, 32).

BIBLIOTECA UNIVERSITAS

Digitized by Google

Convino tempranamente que la plebe alimentase la esperanza de alcanzar el consulado, y de esa esperanza se nutrió durante un tiempo. Después, no bastando la esperanza, hubo que llegar a los hechos. La ciudad que no destina su pueblo a la gloria, lo puede tratar a su modo, como ya hemos expuesto; mas no debe establecer esa distinción si quiere imitar a Roma. Ello supuesto, el reparo de la edad es imprescindible, porque de elegir un joven para un cargo que requiera la prudencia de anciano, conviene, si lo elige la muchedumbre, que llegue a él a causa de alguna notable acción. Sería perjudicial a la ciudad el no poder servirse del joven de prendas y notorio por sus actos, y que hubiese de aguardar a que envejeciera, y con él el vigor de ánimo y la prontitud que hubieran sido útiles a su patria. Roma se valió de Valerio Corvino, de Escipión, de Pompeyo y otros muchos, que triunfaron siendo muy jóvenes.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO

Proemio

Constantemente loan los hombres, pero no siempre con razón, los tiempos antiguos y a los presentes denostan, y de tal forma son parciales de lo pretérito, que no sólo celebran las edades conocidas por las memorias que de ellas dejaron los escritores, sino los hechos que recuerdan, ya de viejos, haber vivido en su juventud. Cuán falso sea este parecer, como suele serlo, lo prueban varias razones y otras tantas indican cómo se llega a él. La primera es, según creo, que se ignora la verdad entera de las antiguas cosas y que se disimulan la mayoría de las veces los hechos que infamarían aquellos tiempos, al paso de que se magnifican y amplían las que les rinden gloria. Los más de los escritores, obedeciendo a la fortuna de los triunfadores, hacen gloriosas sus victorias, acrecentando lo que meritísimamente llevaron a cabo, así como ilustran tanto los hechos de sus enemigos, que los nacidos después en la provincia vencedora o en la vencida se maravillan de aquellos hombres y de aquellas épocas, y los

Digitized by Google

elogían y los aman. A más de esto, como los hombres odian por temor o por envidia, en las hazañas pasadas se agotan dos vehementes causas de odio, porque no te arredran, ni incitan tus celos. Lo contrario acontece con lo que se palpa y se ve, porque nada de ello se esconde a tu conocimiento, y conociendo las cosas buenas revueltas con las malas, menester es que las estimes por muy inferiores a las antiguas, aunque las presentes merezcan mucho más que aquéllas gloria y fama. Se versa aquí no sobre las cosas pertinentes a las artes, cuya claridad propia impide que el tiempo les quite o les conceda más gloria que por sí mismas tienen, sino sobre las pertinentes a la vida y a las costumbres humanas, de las que no se hallan tan claros testimonios.

Ratifico, pues, lo cierto del hábito dicho de alabar y menospreciar; pero no resulta siempre equivocado el hacerlo. Es necesario que se juzgue en ocasiones la verdad, porque las cosas del hombre están en perpetuo movimiento y van más allá de ella o a ella no llegan. Un varón preclaro organiza para el vivir cívico una ciudad o una provincia, la cual, durante un tiempo, por virtud del organizador, progresa sin tregua hacia lo mejor. Se engaña quien nace entonces en aquel Estado y ensalza más lo pasado que lo moderno, cegado por las causas que antes referimos. Pero los que ven la luz en la ciudad o en la provincia, en el período de decadencia, no sufren error. Reflexionando yo cómo ocurren esos sucesos, paréceme que el mundo anduvo siempre por la misma vereda, habiendo en él tanto bien como mal: lo

Digitized by Google

bueno y lo malo variaban de región en región, como se observa en las noticias de los antiguos reinos, que se mudaban en sí sin que el mundo se alterase. La única diferencia está en que nació en Asiria, primera sede de la virtud, y luego se transfirió a Media, después a Persia y al cabo a Italia y a Roma. Y si tras el imperio romano no hubo dominio imperial duradero, en que el mundo concentrase su virtud, se halla esparcida, no obstante, en muchas naciones de vida elogiable, como el reino de los francos, el de los turcos, el del sultán y hoy los pueblos de Alemania, y antes la secta sarracena que tan importantes empresas ejecutó y ocupó tantas tierras, después que destruyó el imperio romano oriental. Por consiguiente, en las naciones mencionadas, tras la caída de los romanos, y en todas estas sectas persistió la virtud, y aún persiste en algunas de sus partes, deseada y elogiada con motivo. Quien en ellas naciera podría engañarse si alabase las épocas pasadas más que las presentes; pero el nacido en Italia y en Grecia, sin transformarse en ultramontano en Italia, ni turco en Grecia, motivos tiene para rebajar su tiempo y loar los pasados, porque en éstos encuentra hartas cosas que los hacen maravillosos, y en aquéllos nada hay que le recompense de toda miseria, infamia y vituperio, ni de la falta de religión, ni del irrespeto de las leyes, ni de la ausencia de ejército: están maculados de toda especie de fealdad y de torpeza. Estos vicios resultan más detestables cuanto más se ven en los que tienen puesto en los tribunales, en los que mandan y quieren ser adorados.

Digitized by Google

Volviendo a nuestro discurso, digo que, si el juicio de los hombres se ha deteriorado en trance de dirimir la bondad del siglo presente y del antiguo, en aquello que por su antigüedad no pueden tener un conocimiento tan perfecto como de lo actual, no debiera corromperse en los viejos al juzgar la época de su juventud y de su ancianidad, porque la conocieron y presenciaron. Pero los hombres no poseen el mismo criterio, ni idénticos apetitos en las diferentes estaciones de la vida. Varían, en cambio, sin que los tiempos se truequen y no pueden parecer los mismos a los hombres, pues la vejez y la juventud poseen distintos placeres, pasiones y opiniones. Los hombres, al envejecer, pierden en fuerza lo que ganan en sagacidad y prudencia, y menester es que las cosas que les parecieron soportables y buenas en su juventud, propendan, con la edad, a antojárseles insoportables y malas, y lo achacan a la época cuando debieran acusar a su juicio. Además, los humanos apetitos son insaciables: la naturaleza les capacitó a poder y querer desear todo y la fortuna a conseguir poco, y de ello resulta de modo constante el disgusto en el espíritu. El fastidio de lo que se posee arranca reproches contra lo actual, elogios de lo pretérito y deseos de lo futuro, si bien nada justifica esta conducta.

Quizá merezca que se me enumere entre los que se engañan, si en mis discursos alabo sin tasa a los antiguos romanos y repruebo nuestros tiempos. La virtud de entonces y el vicio de ahora, más claros que el sol, hacen que no mida mis palabras por temor de incurrir en la ilusión de que acuso

Digitized by Google

a algunos. La diferencia es manifiesta para todos, y por eso no titubearé en declarar sin rebozo lo que pienso de una y otra época, a fin de que los jóvenes que lean mis escritos rehuyan los actuales e imiten los pasados, siempre que la fortuna les dé ocasión de ello. Tarea es de hombre bueno enseñar el bien que la malevolencia de los años y de la suerte te impidieron ejecutar, para que, habiendo muchos advertidos, lo lleve a cabo el más favorecido del Cielo. En el libro anterior se trató de las medidas romanas para organizar interiormente su ciudad; en éste hablaremos de las que el pueblo romano adoptó a fin de aumentar sus dominios.

Digitized by Google

Digitized by Google

I

Si la virtud o la fortuna fue causa del imperio que adquirieron los romanos

Muchos, y entre ellos el sesudo escritor Plutarco, opinan que el pueblo romano debió el imperio más a los halagos de la fortuna que a la virtud. Aduce varias razones, pero sobre todo la de que el propio pueblo reconoce que debe todas sus victorias a la suerte, porque edificó más templos a la Fortuna que a cualquiera otros dios. Esta opinión parece compartir Livio, ya que raras veces hace hablar a un romano que no agregue a la referencia de la virtud la de la fortuna. Yo no lo confieso en absoluto, ni creo que pueda sostenerse. Si no hubo nunca república que lograra los provechos y efectuara las hazañas de Roma, se debe a que ninguna estuvo organizada para la adquisición como ella. El valor de los ejércitos le dio el imperio, y la disposición y lo instituido por ella y por su primer legislador hizo que conservara lo conquistado, como por extenso se mostrará en más de un discurso. Dicen los críticos que la fortuna del pueblo romano, y no las pren-

Digitized by Google

das, hizo que no sufriera dos guerras difíciles al mismo tiempo, porque no pelearon con los latinos hasta que hubieron no tanto vencido a los samnitas, como batallado en defensa de aquéllos. No combatieron con los etruscos hasta haber sojuzgado a los latinos y debilitado a los samnitas; si dos de estas potencias, estando íntegras y frescas, se hubieran unido, puede conjeturarse sin duda alguna que la república romana hubiese conocida la ruina. Sea lo que fuere, jamás sucedió que sostuvieran dos grandes guerras al unísono, y por ello pareció que se extinguía una al nacer otra o que la segunda nacía de las cenizas de la primera. Compruébase así en la sucesión de sus guerras. Prescindiendo de las habidas antes de la invasión de los galos, mientras Roma combatió con los equos y los volscos, estos pueblos nunca tuvieron poder, ni levantaron contra ella otras gentes. Dominados éstos, se encendió la guerra contra los samnitas y, aunque antes de que terminase los pueblos latinos se rebelaron contra los romanos, la sublevación tuvo efecto en el instante en que los samnitas eran aliados de Roma y con su ejército la ayudaron a domeñar la insolencia latina. La guerra de Samnio resurgió tras el triunfo. Los samnitas fueron batidos en múltiples ocasiones; después hubo las luchas con los etruscos y, así que estuvieron sojuzgados, se alzaron de nuevo los samnitas en ocasión de la llegada de Pirro a Italia[1]. Vencido éste y vuelto a Grecia, los romanos se enfrentaron por primera vez con los

1. 280-274 a. J. C.

Digitized by Google

cartagineses [2]; en cuanto acabó aquella guerra, todos los galos de uno y otro lado de los Alpes se confabularon contra Roma y fueron derrotados entre Populonia y Pisa, donde hoy está la torre de San Vicente [3], con grandes estragos. Luego de esta campaña, durante veinte años tuvieron otras de escasa monta, contra los ligures y las fuerzas galas supervivientes en Lombardía. Así permanecieron hasta que se produjo la segunda guerra cartaginesa [4], en que Italia estuvo ocupada durante dieciséis años. Rematada con ingente gloria, estalló la macedónica [5], y luego la de Antíoco [6] y Asia. Al cabo de este triunfo no existió en el mundo príncipe o república que, aislada o conjuntamente, pudieran hacer frente a las legiones romanas.

Mas, antes de este último éxito, quien considere la administración de estas contiendas y el romano proceder, reconocerá que a la fortuna se suman un valor y una prudencia insuperables. Descubriría sin dificultad la razón de tal fortuna, examinándola atentamente. Es, en verdad, certísimo que al príncipe y al pueblo que adquieren tanta reputación no osan acometerlos los sobe-

2. Primera guerra púnica, entre el 264 y el 261 a. J. C.
3. En el año 255 a. J. C. El paraje exacto fue Talamone.
4. Segunda guerra púnica (219-201 a. J. C.).
5. Los romanos adquirieron en ella las tierras griegas (200-196 a. J. C.).
6. Se refiere a Antíoco III el Grande, monarca de Siria, al que los romanos derrotaron sucesivamente en Termópilas (191 a. J. C.) y en Magnesia (190). Desde entonces se inicia la decadencia de los Seléucidas, confinados en Asia.

Digitized by Google

ranos y las gentes vecinas, y no lo harán más que en caso de necesidad extrema. Dependerá casi, por tanto, de la voluntad del poderoso guerrear contra el vecino que mejor le parezca y tranquilizar a los restantes con hábil diligencia. Éstos, ora por respeto a su fuerza, ora adormecidos por sus astucias, se sosiegan fácilmente; las otras potencias alejadas y que con él tratan, verán el asunto como algo remoto y que no les afecta. Permanecen en la errónea persuasión hasta que el incendio les chamusca y están obligados a apagarlo mediante sus propias fuerzas, que no les bastan porque la conflagración es tremenda. Prescindiré de qué manera los samnitas contemplaron cómo los romanos vencían a los equos y a los volscos, y, para no ser prolijo, versaré sobre los cartagineses, que poseían fuerzas y celebridad notables, mientras Roma luchaba con los samnitas y los etruscos, porque tiempo hacía que poseían toda África, Cerdeña y Sicilia, y dominaban una porción de España. Confiados en su poder, y estando distantes de los límites del pueblo romano, no se cuidaron de atacar a éste, ni de socorrer a los samnitas y los etruscos; antes, como se atiende a lo que beneficia, buscaron su amistad y su alianza. No advirtieron su error hasta que los romanos, sometidos todos los pueblos que mediaban entre ellos y los cartagineses, se pusieron a atacar simultáneamente sus dominios de Sicilia y de España. Otro tanto ocurrió a los galos que a Cartago, a Filipo de Macedonia y a Antíoco, y siempre creyeron todos que el pueblo romano, ocupado en guerra que no les concernía, sería

Digitized by Google

vencido y que tendrían tiempo de ponerse a salvo con la paz o con la guerra. Tengo, pues, el convencimiento de que todos los príncipes triunfarán como los romanos, a condición de que procedan como ellos y posean su esfuerzo.

No estaría de más enseñar aquí cómo entró el pueblo romano en las tierras ajenas, pero ya hablamos por extenso de ello en nuestro tratado sobre los Principados. Diré solamente por encima que se ingeniaron siempre para tener en las nuevas provincias un amigo que les sirviese de escala o puerta de entrada, o de medio de apoderarse de ellas: gracias a los capuanos penetraron en Samnio, los camertinos les procuraron el acceso en Toscana, los mamertinos en Sicilia, los saguntinos en España, Masinisa en África, los etolios en Grecia, Eumenes y otros soberanos en Asia, y los marsilienses y los eduos en Francia. Nunca carecieron de apoyos que facilitasen sus empresas, tanto en la conquista de provincias como en la conservación de las mismas. Los pueblos que observen su conducta requerirán menos de la fortuna que los que no los imiten puntualmente. Y a fin de que se conozca más claramente cuánto más pueden el valor y la virtud que la fortuna en la adquisición de dominio, en el siguiente capítulo discurriremos sobre cómo fueron las naciones con que combatieron y cuán empeñadas estaban en defender su libertad.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

Con cuáles pueblos combatieron los romanos y con qué tesón aquéllos defendieron su libertad

Nada fatigó tanto a los romanos, cuando quisieron someter a pueblos vecinos y lejanos, como el amor que muchas naciones de entonces tenían a la libertad, la cual defendían con tanta obstinación, que no hubieran sido sojuzgados de faltarles una virtud inaudita. Muchos ejemplos evidencian cómo se arriesgaron para conservarla o recuperarla, y cómo se vengaban de los que se la habían arrebatado. Las historias revelan cuánto perjudicó la servidumbre a los pueblos y a las ciudades. En esta época hay una sola provincia [1] que tenga ciudades libres en su seno; en cambio, en la Antigüedad, en todas había pueblos libérrimos. En los tiempos de que hablamos, en Italia, desde los Alpes que separan Toscana de Lombardía, hasta su extremo inferior, había los etruscos, los romanos, los samnitas y muchas otras gentes. No se encuen-

1. Alemania y Suiza. Maquiavelo incluye esta última en la primera en todos sus conceptos.

Digitized by Google

tran otros reyes que los que señorearon en Roma, y Porsena, soberano de Etruria, cuya estirpe no habla la historia cómo se extinguió. Cuando los romanos salieron a combatir a Veyes, Etruria gozaba de libertad; hasta tal extremo, y tanto aborrecía la institución real, que habiendo los veyentes nombrado un rey para su defensa, y pedido ayuda a los etruscos, éstos deliberaron, tras muchas consultas, no auxiliar a los veyentes mientras vivieran bajo un rey, porque no les estaba bien defender la patria de quienes ya la habían sometido a una persona. No cuesta saber por qué los pueblos aman tanto la vida libre. La experiencia demuestra que las ciudades no acrecentaron sus dominios ni sus riquezas hasta que no gozaron de libertad. Asombra pensar la grandeza que alcanzó Atenas, en espacio de cien años, después que se zafó de la tiranía de Pisistrato; pero más maravilla todavía contemplar la de Roma luego que se liberó de sus reyes. Compréndese el motivo sin obstáculos: no el bien privado, sino el común engrandece las ciudades. Nadie dudará que el bien común únicamente se respeta en las repúblicas, donde se ejecuta todo lo que a él conviene, y aunque resulte en perjuicio de este o de aquel particular, son tantos los que se aprovechan de él, que se procura contrariando las voluntades de los perjudicados. Al revés sucede en los principados, donde el soberano ofende a la ciudad en lo que hace para sí, y en lo que hace para la ciudad se ofende. Por tanto, en cuanto la tiranía se impone a la libertad, el menor mal que sufre la ciudad es no progresar, ni

Digitized by Google

adquirir más fuerza o más riquezas, siendo lo más corriente que todo se menoscabe. Suponiendo que apareciera un tirano virtuoso, que ampliase su dominio mediante el valor y las armas, la república no se beneficiaría, sino él mismo, porque no podría el tirano honrar a ninguno de los ciudadanos buenos y esforzados sometidos a él para no haber de sospechar de ellos. Tampoco puede someter o hacer tributarias las poblaciones que conquista de la ciudad que tiraniza, porque no aumentaría su potencia en provecho propio: es mejor para él mantener el Estado desmembrado, y que cada tierra y cada región sólo le reconozca a él. Por consiguiente, se aprovecha él de las adquisiciones y no la patria. Muchísimas otras razones confirmarán esta opinión, si se lee el tratado *De tyrannide* de Jenofonte. No sorprende, por lo tanto, que los pueblos antiguos odiasen a los tiranos y amasen la libertad, cuyo nombre reverenciaban. Cuando Jerónimo, sobrino de Hierón de Siracusa, fue asesinado en tal ciudad, sabedor el ejército, no muy distante de ella, de su muerte, se encendió en cólera y empuñó las armas contra los asesinos; pero, cuando supo que en Siracusa se proclamaba la libertad, la simple mención del nombre le aquietó, depuso la ira contra los tiranicidas y pensó en organizar la vida libre en la población. Tampoco sorprenda que los pueblos se venguen de los que le arrebataron la libertad. De los muchos ejemplos que de ello se tiene, referiré uno solo, el de Corcira[2], ciudad griega,

2. Corfú.

Digitized by Google

en los tiempos de la guerra peloponésica. Dividida aquella provincia en dos facciones, una partidaria de los atenienses y otra de los espartanos, los partidismos se reflejaban en cada población; ocurrió que en la ciudad mencionada prevalecieron los nobles y privaron al pueblo de la libertad, y la plebe, con la ayuda de los atenienses, se desquitó capturando a toda la nobleza y encerrándola en una prisión en que todos cabían. De ella los sacaban en grupos de ocho o diez y, so color de desterrarlos, les daban muerte con crueles suplicios. Los que vivían aún, enterados de la verdad, decidieron evitar en lo posible aquella muerte ignominiosa, se armaron como pudieron, combatieron con los que pretendían entrar y cerraron el acceso a la prisión; el pueblo se reunió al saberlo, levantó la parte superior del sitio y sofocó a los resistentes con las ruinas. En aquella provincia hubo muchos otros casos semejantes, horribles e inauditos, probatorios de que con mayor coraje se venga la libertad que te quitan que la que pretenden arrebatarte.

Meditando por qué los pueblos antiguos amaban más la libertad que los actuales, supongo que se debe a las mismas razones que ahora hacen que los hombres sean menos fuertes: la educación y la religión. Nuestra religión nos enseñó la verdad y el verdadero camino, lo cual hace que estimemos menos el honor del mundo; los gentiles, que lo amaban tanto que lo consideraban el sumo bien, eran más feroces en sus actos. Véase en muchas de sus ceremonias, empezando con la magnificencia de sus sacrificios frente a la humildad de los

Digitized by Google

nuestros, en que la majestad es más delicada que soberbia, sin hechos bárbaros o bizarros. En los paganos no faltaban la pompa ni el esplendor, pero el sacrificio era sangriento y feroz, matándose a infinitos animales; la terrible visión hacía a los hombres semejantes a ella. Además, la antigua religión no santificaba más que a hombres henchidos de gloria mundanal, como jefes de ejércitos y príncipes de las repúblicas. La nuestra glorifica a los hombres humildes y más contemplativos que activos; ha colocado el bien sumo en la humildad, en la modestia y en el desprecio de las cosas humanas, al paso que aquélla lo concibió en la valentía del ánimo, en el vigor corporal y en cuantas cosas pueden hacer fortísimos a los varones. Si nuestra religión requiere que tengas fortaleza, quiere que estés dispuesto a sufrir antes que cometer un acto de violencia. Así, pues, parece que esta conducta haya debilitado al mundo, poniéndolo al alcance de hombres sin principios, los cuales lo manejan a su capricho, viendo que la universalidad de los humanos, aspirando al Paraíso, piensa más en aguantar sus bastonazos que en vengarse de ellos. Aunque el mundo parezca afeminado y el Cielo inerme, ello procede, sin duda, de la vileza de los hombres, que interpretaron nuestra religión según la pereza y no conforme la virtud; porque si considerasen que nos permite la exaltación y la defensa de nuestra patria, se convencerían de que quiere que la amemos y honremos, y nos preparemos para ser capaces de defenderla. Esta educación, y una interpretación tan falsa, hace que no existan en el

Digitized by Google

mundo tantas repúblicas como en lo antiguo y que, por ende, los pueblos no amen tanto a la libertad como entonces. Empero, yo creo que la verdadera razón de esto se encuentra en que el imperio romano, con sus ejércitos y su grandeza, agostó todas las repúblicas y la vida en libertad; desaparecido el imperio, las ciudades no han conseguido aún recobrarse, ni reorganizar la vida cívica, salvo en muy pocos lugares. Sea lo que fuere, los romanos hallaron en las partes más mínimas del mundo una conjura de repúblicas, erizadas de armas y empeñadas en la defensa de su libertad, lo que prueba que el pueblo romano no habría vencido sin un poder singular y extremado.

Por único ejemplo presentaré el de los samnitas. Parece admirable, y Tito Livio lo reconoce, que fuesen tan fuertes y tan resistentes que pudiesen, hasta la época del cónsul Papirio Cursor, hijo del primer Papirio, sostener a los romanos durante cuarenta y seis años, después de innúmeras derrotas, devastaciones y estragos que había sufrido su país, sobre todo dado que estaba casi deshabitado, aunque antes gozara de tantas ciudades y hombres. Su gran disciplina y fuerza incontrastable no hubiesen sido vencidas si no le hubiese atacado el romano valor. Hacedero es considerar el origen de aquel esfuerzo y el del decaimiento actual: aquél fue vivir en libertad y éste fue vivir en la servidumbre. Todas las tierras y regiones, repetimos, que viven libres logran considerables provechos; en ellas las poblaciones son más nutridas, a consecuencia de los matrimonios libres

Digitized by Google

y más deseados de los hombres, porque cada uno procrea los hijos que cree poder alimentar, sin temor de que les arrebaten el patrimonio, y a consecuencia también de que se saben libres y no esclavos, pudiendo llegar a ser príncipes mediante la virtud; las riquezas se multiplican, tanto las procedentes de la agricultura como las que vienen de las artes, pues cada cual se preocupa de acrecentar los bienes de que está seguro de gozar. Los hombres, entonces, porfían en descubrir comodidades y beneficios privados y públicos, que proliferan de modo prodigioso. Lo contrario acontece en los países esclavos: cuanto más carecen del ansiado bien, tanto más dura es la servidumbre. La peor servidumbre es la que te somete a una república, porque resulta la más duradera, y de ella apenas puedes esperar librarte, y porque el fin de la república es gastar y debilitar, a fin de aumentar su cuerpo con los otros; no lo hace así el soberano que te someta, a menos que sea un príncipe bárbaro, destructor de países y consumidor de civilizaciones, como los monarcas orientales. Pero si su disposición es humana y ordinaria, suele amar a las ciudades sujetas a ella, y conserva todas sus artes y casi todas sus antiguas instituciones, de suerte que si no prosperan como las libres, no se arruinan como esclavas. Aquí entiéndase de la servidumbre de las ciudades a un extraño, porque ya traté más arriba de las siervas de un ciudadano. Considérese lo dicho y no asombre el poder de los samnitas libres, ni la debilidad de los samnitas esclavos. Tito Livio da fe de ello en muchos pasajes, principalmente en

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

la guerra de Aníbal, donde narra que los samnitas, oprimidos por una legión que estaba en Nola, enviaron embajadores al cartaginés en súplica de que los socorriera. La embajada, al hablar de sí, dijo que había combatido cien años contra los romanos con sus soldados y jefes propios, y en muchas ocasiones habían aguantado dos ejércitos consulares y dos cónsules [3], y que tanta era su bajeza, que apenas podían defenderse de una pequeña legión romana de guarnición en Nola.

3. La república romana empleaba dos ejércitos consulares (teniendo normalmente uno solo) únicamente contra los enemigos más peligrosos.

Digitized by Google

III

Roma se engrandeció arruinando a las ciudades vecinas y acogiendo sin dificultad a los extranjeros en sus honores

«*Crecit interea Roma Albæ ruinis*»[1]. Los que pretenden que una ciudad logre gran dominio, deben procurar por todos los medios henchirla de habitantes, porque, sin esta abundancia de hombres, una ciudad nunca será grande. El propósito se cumple de dos maneras: por amor o por la fuerza. Por amor manteniendo los caminos abiertos y sin peligros para los foráneos que se proponen establecerse en ella; por la fuerza, arruinando las vecinas y obligando a sus habitantes a morar en tu ciudad. Roma lo observó así hasta el punto de que, en tiempos del sexto monarca[2], vivían en ella ochenta mil hombres aptos para las armas. Los romanos imitaron a los buenos labradores, que cortan las primeras ramas que echa una planta, para que se robustezca, produzca

1. «Roma crecía de las ruinas de Alba» (Tito Livio. I, 30).
2. Servio Tulio (578-534 a. J. C.).

Digitized by Google

y madure sus frutos, porque la poda concentra la savia vigorífica en el tronco. La utilidad y necesidad de este procedimiento para sentar un imperio y ampliarlo, se prueba con el ejemplo de Esparta y de Atenas, las cuales repúblicas, fuertes en tropas y gozando de óptimas leyes, no conocieron la grandeza del imperio romano, a pesar de que Roma parecía más levantisca y peor dispuesta que ellas. La causa de ello no puede ser otra que la mencionada, porque Roma engrosó su ciudad de los modos vistos, llegando a poder armar a doscientos ochenta mil combatientes, y Esparta y Atenas no excedieron nunca de los veinte mil. Y no porque Roma estuviera en un paraje más benigno que el suyo, sino debido a su diferente conducta. Licurgo, fundador de la república espartana, considerando que nada pervertiría más sus leyes que la aceptación de nuevos habitantes, procuró que no se mezclasen los extranjeros; aparte de no admitirlos en los matrimonios, en el trato civil y en otros comercios sociales que reúnen a los hombres, ordenó que se empleasen en su república monedas de cuero, para impedir que alguien llevase a ellas mercancías o algún arte, de suerte que la ciudad nunca vio aumentar el número de sus habitantes. Todos nuestros actos remedan a la naturaleza, y no sería ni posible ni lógico que un tronco delgado sostuviera una espesa enramada: una república reducida no puede ocupar ciudades y reinos más fuertes y voluminosos que ella; y si, no obstante, los ocupa, le acontece lo que a un árbol que tuviese las ramas más gruesas que el tronco, que se mantiene en

Digitized by Google

pie con dificultad y el flojo viento lo derriba, como ocurrió a Esparta. Había conquistado todas las ciudades griegas, pero en cuanto Tebas se rebeló, las otras la siguieron, y el tronco quedó despojado de las ramas. Roma, en cambio, tenía el tronco más recio que cualquier rama que le brotase. Esto, agregado a otros procederes que se expondrán más abajo, dieron grandeza y potencia a Roma. Tito Livio lo expresa lacónicamente, diciendo: «*Crescit interea Roma Albæ ruinis*».

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

Las repúblicas se ampliaron de tres maneras

El lector de antiguas historias ve que las repúblicas crecieron de tres modos. Uno fue el de los viejos etruscos, que compusieron una liga de repúblicas, ninguna de las cuales sobrepujaba en autoridad o en categoría a las otras; en las conquistas intervinieron todas las ciudades, como ahora hacen los suizos y como en la Antigüedad, en Grecia, los aqueos y los etolios. Los romanos guerrearon a menudo con Etruria; por lo tanto, a fin de mejor evidenciar la bondad de este primer sistema, detallaré lo que a ellos se refiere. En Italia, antes del imperio romano, los etruscos fueron poderosos en mar y en tierra. No se tiene una historia particular de ellos, conservándose algunas tradiciones y algún indicio de su grandeza. Se sabe que enviaron una colonia al mar de encima [1], a la que llamaron Adria, que fue tan esclarecida que dio nombre a aquel mar, conocido aún por los latinos como el Adriático. También

1. Los romanos llamaban al Adriático *mare superum*, al Tirreno *mare inferum* y al Mediterráneo *mare internum*.

Digitized by Google

se sabe que impusieron sus armas desde el Tíber hasta el pie de los Alpes, que actualmente ciñen el grueso de Italia; sin embargo, doscientos años antes de que creciera la fuerza de los romanos, los etruscos perdieron el dominio de la actual Lombardía, cuya provincia ocuparon los galos, que, impelidos por la necesidad o por lo sabroso de sus frutos y, en especial, del vino, se trasladaron a Italia, bajo el mando de su jefe Belloveso [2]. Vencidos y expulsados los provinciales, fundaron muchas poblaciones y denominaron Galia a la provincia, según el nombre que tenían entonces, y la conservaron hasta el señorío de los romanos. Los etruscos vivían en pie de igualdad y se extendían del modo que se ha dicho; fueron doce ciudades, entre ellas Chiusi, Veyes, Arezzo, Fiésole, Volterra y otras, las cuales gobernaban su imperio coaligadas; no pudieron salir de Italia con lo adquirido, y de ellas se conservó intacta gran parte por las razones que luego se referirán. El otro sistema consiste en buscar compañero, pero sin perder el mando, la sede del imperio y la fama de las empresas, a saber, el que observaron los romanos. El tercer medio es obtener inmediatamente súbditos, y no amigos, como hicieron los espartanos y los atenienses. El último de los tres resulta inútil del todo, como se ve en las repúblicas mencionadas, que se arruinaron por haber conseguido más dominio del que podían tener. Arduo y fatigoso es gobernar las ciudades por la violencia, en especial si están habituadas a vivir

2. Rey de los biturigios. Según la leyenda fundó Milán en el siglo VII a. J. C.

Digitized by Google

libres, porque si no estás armado, y bien armado, no las puedes gobernar ni regir. Para conseguirlo, hay que tener compañeros que te ayuden y llenar tus ciudades de pueblo. Como ni Esparta ni Atenas cuidaron de ello, su procedimiento no les sirvió. Roma, ejemplo del segundo modo, hizo ambas cosas y poseyó una fuerza incontrastable. Porque fue la única que vivió así, solamente ella llegó a ser tan poderosa; como lograron muchos compañeros en toda Italia, los cuales vivían en muchas cosas con las mismas leyes que ella, y se reservó siempre la sede del imperio y el cargo de caudillo, estos compañeros suyos, sin darse cuenta, acababan por someterse a sí mismos a costa de fatigas y de sangre propias. Cuando empezaron a salir con los ejércitos de Italia, a convertir los reinos en provincias y a transformar en súbditos suyos a quienes no importaba serlo, por estar acostumbrados a vivir bajo reyes, y teniendo gobernadores romanos y habiendo sido vencidos por ejércitos llamados romanos, no reconocían más superior que Roma. Los compañeros de ésta, que vivían en Italia, se vieron de pronto ceñidos de súbditos romanos y oprimidos por una ciudad tan enorme como Roma; y cuando advirtieron el engaño en que habían vivido, no pudieron remediarlo a consecuencia de la autoridad que Roma tenía sobre las provincias exteriores, aparte de las fuerzas que contenía en sí. Sus compañeros trataron de vengarse confabulándose contra ella, pero no tardaron en ser derrotados y se empeoró su condición porque de colegas pasaron a súbditos. Sólo los romanos, como se ha

Digitized by Google

dicho, observaron este proceder, el único que ha de considerar una república ansiosa de acrecentamiento: la experiencia no exhibe otro más seguro ni más eficaz.

Las ligas, ya mencionadas, como las de los etruscos, los aqueos y los etolios, y las de los suizos modernos, son el mejor medio después del romano. Dos bienes resultan de no poder crecer en exceso: uno, no atraes fácilmente la guerra a ti, y otro, que conservas sin dificultad lo que conquistes. La causa de la imposibilidad de acrecentarse está en que se trata de una república heterogénea, con varias capitales, lo que obstaculiza las consultas y deliberaciones. También apaga su afán de dominio, porque son muchas las comunidades que deben participar de él y no estiman tanto las conquistas como una sola república, que espera disfrutar de ellas indivisamente. Además, rigiéndose por conciliábulos, sus decisiones son más lentas que si habitasen dentro de una misma muralla. El procedimiento descrito tiene un límite fijo, y no existe memoria de que se haya salvado: se confederan doce o catorce comunidades, y no intentan ya ir más lejos, porque, convencidas de que pueden defenderse de cualquier enemigo, no buscan mayor dominio, bien porque no necesitan más poder, bien, repetimos, porque no les aprovechan las conquistas; tendrían que o seguir acopiando compañeros, y la confusión sería la consecuencia del número, o reunir súbditos. Llegadas a la cifra que parece darles seguridad, se deciden a efectuar dos cosas: primera, a recibir clientes y ofrecer protecciones, obteniendo

Digitized by Google

dinero de todas partes, que se distribuyen fácilmente entre ellas; y segunda, guerrear en nombre ajeno, percibiendo un sueldo del príncipe que los alquila, conducta que siguen hoy los suizos y que, según se lee, seguían las ligas referidas. Tito Livio narra que Filipo, rey de Macedonia, parlamentó con Tito Quinctio Flaminio, en presencia de un pretor de los etolios, y trabándose a palabras el pretor con Filipo, éste reprobó la codicia y la deslealtad de los etolios, acusándolos de no avergonzarse de militar con uno, ni de mandar sus soldados al enemigo, por lo que muchas veces se veían las insignias etolias en dos huestes adversarias. Por consiguiente, el sistema de las ligas fue siempre el mismo y tuvo efectos similares. Se ve que resulta ineficaz para lograr súbditos y ricos provechos, y que arruina prestamente cuando se pasa del límite. Si este sistema de obtener súbditos resulta inútil en las repúblicas armadas, en las desarmadas es inutilísimo, como lo fueron en nuestra época las repúblicas italianas. Por consiguiente, el de los romanos es acertado, y tanto más admirable cuanto no hubo ejemplo de él antes de Roma, y después de ella nadie lo ha imitado. Las ligas se encuentran solamente en Suiza y en Suabia, que imita aquéllas. Como se dirá al fin de estos discursos, las instituciones romanas, idóneas para los negocios internos y externos, en nuestra época no sólo no se remedan, sino se desdeñan, pues unos las juzgan inverosímiles, otros imposibles y unos terceros inadecuadas y vanas. Mientras tanto, presas de nuestra ignorancia, nos hallamos a la merced del que se

Digitized by Google

le antoje hostilizar esta provincia. Acaso parezca arduo remedar a los romanos, pero no debiera parecerlo la imitación de los etruscos [3], sobre todo a los actuales toscanos, porque si no pudieron, por las razones sabidas, lograr un imperio semejante al de Roma, pudieron adquirir el poder que les mereció su conducta. Durante bastante tiempo estuvieron seguros, con suma gloria de dominio y de las armas, y mayor mérito por sus costumbres y su lealtad. Si los galos disminuyeron su fuerza y su gloria, los romanos la extinguieron, hasta el punto de que su fama, grande dos mil años ha, casi se ha olvidado. Ello me ha dado que pensar de dónde nace este olvido, lo que se discurrirá en el capítulo siguiente.

3. En el original se les llama constantemente «toscanos»; de aquí la relación que Maquiavelo establece entre ellos y los florentinos.

Digitized by Google

V

Los cambios de las sectas y de las lenguas, junto a los diluvios o la peste, borran la memoria del pasado

A los filósofos que pretendieron que el mundo es eterno, creo que se les podría replicar que, si fuese verdadera tan gran antigüedad, sería razonable que se conservase el recuerdo de más de cincuenta mil años, y no que se borre la memoria del pasado por diversas causas, unas debidas a los hombres y otras al Cielo. Las de los hombres son las variaciones de las sectas y de las lenguas. Cuando aparece una secta, esto es, una religión nueva, su primer cuidado es anular la vieja para cobrar fama, y lo consigue a poco, si los ordenadores de la secta son de lengua distinta. Se comprueba que así es considerando cómo obró la religión cristiana contra la secta pagana, la cual anuló todas las instituciones y ceremonias de la gentil, y borró el recuerdo de la antigua teología. Ciertamente, no logró que desaparecieran completamente el conocimiento de las cosas que llevaron a cabo los más excelentes representantes de la antigua, porque conservaron la lengua latina, en

Digitized by Google

la que habían de escribir la nueva ley. Si la hubiesen redactado en otro idioma, atendiendo al resto de las persecuciones que pusieron en efecto, no quedaría la menor noticia de las cosas pretéritas. Quien lee la conducta de San Gregorio [1] y de los otros jefes de la religión cristiana, observa con qué empeño destruyeron el pasado, quemando las obras de los poetas y de los historiadores, arruinando los monumentos y rayendo todo lo que revelase algún indicio de la Antigüedad. Si hubiesen añadido a su obstinación una lengua nueva, se habría olvidado todo en poquísimo tiempo. Así, pues, puede creerse que lo que hizo la secta cristiana contra la gentil, ésta lo ejecutó contra la anterior a ella. Las religiones varían dos o tres veces cada cinco o seis mil años, y por ello se pierde el recuerdo de lo habido anteriormente. La señal que se salva se considera algo fabuloso, que no merece crédito, como sucedió a la historia de Diodoro Sículo [2], a la que se reputa mendaz, y estoy de acuerdo con el parecer, a pesar de que da razón de cuarenta o cincuenta mil años.

Las causas que vienen del Cielo son aquellas que disminuyen la generación humana, convirtiendo en unos cuantos a los habitantes de una parte del mundo. Proceden con la peste, el hambre o la inundación, siendo esta última la más importante, ya porque es la más universal, ya porque se salvan únicamente hombres montara-

1. Nacianceno, obispo de Constantinopla y Padre de la Iglesia (328-389).

2. O *Biblioteca histórica,* de cuyos cuarenta libros solamente quince han llegado hasta nosotros.

Digitized by Google

ces y toscos, que no legan conocimiento alguno de la Antigüedad por ignorarla totalmente. Supuesto que superviva algún enterado, disfraza y corrompe las noticias a su guisa para adquirir reputación, quedando a sus sucesores lo que quiso escribir y nada más. No creo que sea posible poner en tela de juicio estas inundaciones, pestes y hambres, no sólo porque de ellas tratan todas las historias y se advierte su efecto en el olvido de las cosas pasadas, sino porque resulta razonable que ocurran. Lo mismo que la naturaleza actúa en los cuerpos simples, que han acumulado un exceso de materia superflua, mediante una purga salutífera, así acontece en el cuerpo heterogéneo de la raza humana. Cuando los habitantes pululan en las provincias, hasta el punto de que no pueden vivir, ni trasladarse a otros parajes por hallarse todos ocupados, y cuando la astucia y la maldad de los hombres llegan al colmo, es menester que el mundo se purgue de una de esas tres formas, a fin de que los hombres, pocos y escarmentados, vivan con más comodidad y se hagan mejores. Estaba, por tanto, la poderosa Etruria llena de religión y de virtud, y tenía costumbres y lengua propia; pero todo lo borró el poder romano, hasta el extremo de que, como queda dicho, se conserva sólo memoria de su nombre.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

Cómo procedían los romanos en las guerras

Habiendo tratado de cuál era la conducta romana para ampliar sus dominios, versaremos sobre cómo hacían la guerra. En todas sus acciones se observará cómo se desviaron del proceder general, abriéndose paso hacia una suprema grandeza. El ánimo del que lucha por voluntad o por ambición es conquistar y conservar lo conquistado, de modo que su país y su patria se enriquezcan en lugar de empobrecerse. Para adquirir y mantener es necesario hacerlo todo pensando en el beneficio público. El que esté decidido a ello tendrá que imitar el estilo romano, el primero en hacer las guerras, como dicen los franceses, cortas y grandes. En efecto, salían de campaña con fuertes ejércitos y concluían las expediciones contra los latinos, samnitas y etruscos en brevísimo tiempo. Nótese que las que pelearon desde el origen de Roma hasta el asedio de los veyentes, terminaron en seis, diez o veinte días. Ésta era su costumbre: declarada la guerra, partían al encuentro del adversario y en seguida le daban ba-

Digitized by Google

talla. Una vez vencidos, los enemigos, para que los campos y aldeas no sufrieran daño, se reducían a términos y los romanos los castigaban sobre las tierras: la convertían en heredades privadas o las asignaban a una colonia, la cual servía de guardia de los confines romanos, con provecho de los colonos, que explotaban los campos, y con beneficio del erario público romano porque mantenía una guarnición sin dispendios. La institución era segura, fuerte y provechosa. Aquella guardia bastaba mientras el enemigo estaba quieto; en cuanto salía en tropel, con la intención de atacar a la colonia, los romanos hacían lo mismo, peleaban con ellos, los vencían y regresaban a sus casas, tras haberles impuesto condiciones más penosas. Así, poco a poco, lograban reputación ante los demás y potencia para sí. Siguieron esta conducta hasta que cambiaron de proceder en la guerra, después del asedio de los veyentes, cuando ordenaron que se pagase a los soldados, ante una larga campaña, lo que se había desconocido hasta entonces por ser las guerras cortas. Aunque los romanos diesen soldada, gracias a lo cual podían sostener guerras más largas, y la necesidad los tuviese más tiempo en los campamentos por pelearlas más lejos, no cambiaron, sin embargo, la costumbre de acabarlas prestamente, según los lugares y las estaciones, ni la de enviar colonias. Aparte del uso general de concluir pronto las contiendas, también medió la ambición de los cónsules, que, nombrados por un año, del cual debían pasar seis meses en los cuarteles, ansiaban rematarlas para gozar del triunfo. Persistieron en el

Digitized by Google

envío de colonias, a causa del gran provecho y facilidad que de ellas resultaban. Únicamente no eran tan liberales como al principio en el reparto de las presas, ora porque no les parecía necesario, desde que los soldados cobraban el estipendio, ora porque, siendo mayores, las destinaban a engrosar el erario público, a fin de no imponer tributos a la ciudad durante las campañas. De esta manera, en poco tiempo el tesoro estuvo riquísimo. La distribución del botín y el establecimiento de colonias fueron el motivo de que la guerra enriqueciera a Roma, en los mismos casos en que se empobrecen los príncipes y las repúblicas no avisados. Llegó la cosa hasta el punto de que un cónsul no creía triunfar dignamente si no introducía en el erario oro, plata y toda clase de presas. Los romanos, por tanto, acabando en breve las guerras, mediante su bravura, y con las victorias, correrías y acuerdos ventajosos, fueron cobrando más y más riqueza y poder.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

Cuánta tierra daban los romanos a cada colono

Me parece difícil dilucidar cuánta tierra daban los romanos a cada colono. Creo que concedían más o menos, según fuesen los lugares adonde despachaban las colonias. Es de pensar que en todos los casos y parajes la distribución debía de ser parca, ante todo a fin de mandar más hombres, encargados de la custodia del país, y después porque no es razonable que, viviendo ellos con parquedad en sus casas, quisieran que otros gozasen de la abundancia lejos de ellas. Tito Livio cuenta que, tomada Veyes, mandaron una colonia, cuyos componentes recibieron tres yugadas y siete onzas de tierra, que corresponden a...[1] Juzgaban, además de lo apuntado, que bastaban las tierras, no extensas, sino bien cultivadas. Resulta forzoso que toda colonia tenga campos públicos para el pasto del ganado y selvas comunes para tomar combustible. Sin ellos, una colonia no está bien constituida.

1. Hay una laguna en el original.

Digitized by Google

Digitized by Google

VIII

Por qué los pueblos se van de su patria e invaden las naciones

Habiendo examinado cómo guerreaban los romanos y cómo los galos atacaron a los etruscos, no estará de más ver el modo cómo se llevan a cabo estos dos tipos de guerra. Uno obedece a la codicia de los príncipes o de las repúblicas, que buscan a diario extender sus dominios, como Alejandro Magno, Roma y otros pueblos. Si estas contiendas son peligrosas, no expulsan a todos los habitantes de una región, porque el vencedor se contenta con la obediencia de los pueblos, a los que permite vivir conforme a sus leyes, en sus casas y en el disfrute de sus bienes. El otro género de guerra consiste en que un pueblo entero, incluidas las familias, se parte de un lugar por culpa del hambre o de la guerra, buscando nuevo asiento y tierras nuevas, no por afán de dominio, sino para poseerlas del todo, expulsando o pasando a cuchillo a los antiguos habitantes. Esta clase de guerra es sumamente cruel y espantosa. Salustio, al fin de su obra, dice que, vencido Yugurta,

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

se supo el movimiento de los galos para invadir Italia, y que el pueblo romano había combatido con otras gentes sólo por el mando, pero, en el caso de los galos, peleó por la salvación general. Es suficiente matar el jefe de un principado o de una república que ataca una región; en cambio, en las invasiones, hay que sacrificar a todos, porque pretenden vivir de lo que otros vivían. Los romanos tuvieron tres de estas guerras peligrosísimas. La primera, repetimos, que fueron seducidos por la dulzura galos que se habían asentado, como ya se dijo, en Lombardía, después de arrebatarla a los etruscos, a cuya invasión Tito Livio da dos explicaciones: la primera, repetimos, que fueron seducidos por la dulzura de los frutos y del vino italianos, de que carecían en las Galias; la segunda, que se habían multiplicado los hombres en territorio galo hasta el punto de que no podían alimentarse, por lo que sus jefes examinaron los lugares a que convendría que fuese una parte de ellos, y, una vez decididos, eligieron por capitanes a dos reyes de galos, Belloveso, que se dirigió a Italia, y Segoveso, que pasó a España. De la llegada de Belloveso nació la ocupación de Lombardía, y de ella la primera guerra que los galos tuvieron con Roma. Y luego, tras la primera guerra púnica, la que hubo entre Piombino y Pisa, cuando mataron a más de doscientos mil galos. La tercera fue la de la entrada de los teutones y de los cimbrios en Italia, a los que derrotó Mario, después que hubieron vencido a algunos ejércitos romanos. Así, pues, los romanos salieron triunfadores en tres guerras muy peli-

Digitized by Google

grosas. Se necesitaba para el triunfo no escaso valor, como se vio después, cuando, desaparecida la virtud romana y perdida la vieja bravura de las legiones, destruyeron el imperio pueblos parecidos, como los godos, vándalos y otros, que se adueñaron de todo el imperio occidental.

Tales pueblos abandonan sus países, como antes se dijo, espoleados por la necesidad del hambre o de una guerra y de una opresión que sufren en sus patrias, teniendo que buscar nuevas tierras. Si su número es considerable, penetran violentamente en las naciones, acuchillan a los habitantes, se apoderan de sus bienes, establecen un nuevo reino y cambian el nombre de la provincia, como hizo Moisés e hicieron los pueblos que ocuparon el imperio romano. Los nombres actuales de Italia y de otras regiones se deben a sus nuevos propietarios, como Lombardía que se llamaba Galia Cisalpina; Francia que se denominaba Galia Transalpina, y su nombre moderno deriva del de los francos que la sometieron; Eslavonia se llamaba Iliria; Hungría, Panonia, Inglaterra, Britania, y muchas otras naciones que mudaron sus nombres, que sería tedioso recitar. Moisés denominó Judea a la porción de Siria que conquistó. Habiendo anticipado que algunos pueblos son lanzados de su territorio por culpa de la guerra, y han de buscar nuevas tierras, aduciré el ejemplo de los moros[1], arraigados de antiguo en Siria, los cuales, al enterarse de la aparición del pueblo hebreo, y seguros de no poder resis-

1. O mauritanos.

Digitized by Google

tirlo, prefirieron salvar sus vidas abandonando su patria a perderlas para protegerla. Partieron con sus familias a África y se establecieron en ella, barriendo ante sí a los moradores de los lugares. No les fue posible defender su país, mas pudieron dominar el ajeno. Procopio [2], que escribe sobre la guerra que Belisario mantuvo con los vándalos, ocupantes de África, cuenta que leyó en unas columnas, halladas en los sitios en donde vivían dichos moros, lo siguiente: «*Nos Maurusii, qui fugimus a facie Iesu latronis filii Navæ*» [3], donde aparece la causa de su partida de Siria. Por consiguiente, estos pueblos a los que espolea la necesidad extrema, resultan formidables y serían irresistibles si no topasen con buenos ejércitos. Pero si su número no es grande, su peligrosidad se disminuye, porque no emplean la violencia, antes les conviene ocupar con astucia cualquier lugar y mantenerse en él mediante amistades y ligas, como Eneas, Dido, los marsilienses [4] y otros, que lo lograron por consentimiento de sus vecinos. Todos o casi todos los pueblos innúmeros salen de las comarcas de Escitia [5], gélidas y pobres, que los hombres desertan por no encontrar alimentos en ellas, habiendo más cosas que las ahuyentan y ninguna que los retenga. Varias son las razones

2. Escribió en griego la *Historia de las Guerras de Justiniano*. Acompañó a Belisario, vencedor de los ostrogodos y de los persas, como secretario y consejero.
3. «Nosotros los mauritanos, que huimos ante el ladrón Josué, hijo de Navé.»
4. Los focenses, que fundaron Marsella. Eneas, según la leyenda, ocupó el Lacio y Dido se estableció en Cartago.
5. Las regiones del nordeste de Europa.

Digitized by Google

de que hayan transcurrido quinientos años sin que ninguno de ellos invadiera un país: ante todo, la enorme evacuación habida en aquella región al declinar el imperio romano, consistente en la partida de más de treinta pueblos; la segunda, que Alemania y Hungría, de donde también salían tales gentes, tienen ahora sus tierras tan bien administradas, que viven con holgura y no han de menester traslados. Asimismo, dada la estupenda belicosidad de sus naturales, sirven de bastión que contiene a los escitas, que con ellos confinan y no osan atacarles ni esperan vencerlos. A menudo se producen amplios movimientos de tártaros, que frenan los húngaros y los polacos, y con frecuencia se jactan de que por sus armas Italia y la Iglesia ignoran el embate de las hordas tártaras. Baste esto sobre esos pueblos.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

Qué motiva la guerra entre los poderosos

La causa de la guerra entre los romanos y los samnitas, largo tiempo aliados, es la común a todos los Estados poderosos: o surge de modo natural, o nace de los deseos de un bando. En la primera clase hay que poner a la habida entre los romanos y los samnitas, porque éstos no pensaban guerrear con aquéllos, combatiendo primero contra los sidicinos y después contra los campanos. Los campanos recurrieron a Roma al ser oprimidos, y los romanos, en vista de la conducta de los samnitas, tuvieron que defenderlos como a cosa propia y aceptar una guerra que no podían rehusar sin deshonor. Pensó Roma que era irrazonable proteger a los campanos amigos contra los amigos samnitas; pero también la avergonzaba no defenderlos como a súbditos, o clientes, reflexionando qué imaginarían cuantos pensasen entregarse a su autoridad. No podía, en efecto, negarse a la empresa, porque su fin no era el sosiego, sino el mando y la gloria. Esta misma razón justificó el principio de la guerra

Digitized by Google

contra los cartagineses, porque resultaba natural que los romanos protegieran a los mesineses, clientes suyos en Sicilia. El motivo de la segunda guerra púnica fue distinto: Aníbal, jefe cartaginés, atacó a los saguntinos, amigos de Roma en España, pensando, más que en someterlos, en excitar a las armas romanas y tener ocasión de combatirlas y entrar en Italia. Esta manera de producir las hostilidades es la acostumbrada entre los poderosos, que firmaron pactos y se respetan. Si yo deseo encender la guerra contra un soberano, y entre nosotros median convenios observados durante mucho tiempo, a tenor de justificación, y como buen pretexto, acometeré a un amigo suyo, especialmente sabiendo o que se resentirá de ello, y se cumplirá mi propósito de batallar con él, o que, si no se resiente, delatará su debilidad o su deslealtad de no proteger a quien en él confía. Una y otra de estas cosas le restarán nombradía y facilitarán mis designios. Nótese, por lo que se ha dicho sobre la decisión de los campanos de declarar la guerra, cuál remedio tiene una ciudad, que no pueda defenderse por sí misma y que esté dispuesta a hacerlo, o sea entregarse libremente al que elija por defensor, como los capuanos a los romanos y los florentinos a Roberto, rey de Nápoles, que los defendió como súbditos, después de negarse a protegerlos como amigos, contra las fuerzas de Castruccio[1] de Luca que los oprimía.

1. Castruccio Castracani (1281-1328), del que Maquiavelo dejó una *Vida*.

Digitized by Google

X

El dinero no es el nervio de la guerra, como se cree por lo común

Cada cual puede empezar una guerra a su sabor, pero no darle fin. Por ello, el soberano debe medir sus fuerzas y atenerse al resultado antes de emprender una campaña. Sin embargo, necesita no equivocarse en la apreciación. Se engañará siempre que las aprecie según el rasero de sus caudales, del lugar o de la benevolencia de los hombres, si carece, por otra parte, de armas propias. Los extremos enunciados sirven para aumentar tu vigor, pero no te lo dan, y por sí mismos nada representan y de nada sirven si no se poseen tropas fieles. Los dineros no te bastan sin ellas; no te ayuda lo difícil del terreno, y la lealtad y el amor humanos no duran, porque los hombres no son fieles cuando no pueden defenderte. Los montes, los lagos, los lugares inaccesibles se truecan en llanuras cuando faltan defensores estrenuos. Los tesoros no sólo no te protegen, sino hacen que te roben con mayor presteza. Nada hay más falso que la decantada opinión de que el oro

Digitized by Google

es el nervio de la guerra. Quinto Curcio pronunció esa sentencia en la guerra entre el macedonio Antipatro y el rey espartano [1], donde cuenta que éste, falto de dinero, tuvo que entablar batalla y fue derrotado; si hubiera diferido la batalla unos cuantos días, hubiera llegado a Grecia la nueva de la muerte de Alejandro Magno y hubiese vencido sin pelear. Pero no teniendo fondos pecuniarios, temió que el ejército le abandonase y hubo de probar fortuna en la lucha. He aquí la razón de que Quinto Curcio afirme que el dinero es el nervio de la guerra. Hoy la frase se repite a diario y la obedecen príncipes no tan sagaces como fuera necesario, porque, cegados por ella, se fían en la defensa de sus tesoros, sin pensar que, si pudieran conceder la victoria, Darío [2] hubiese derrotado a Alejandro, los griegos vencido a los romanos, en nuestra época el duque Carlos [3] triunfado de los suizos y, pocos días ha, el Papa y los florentinos no hubiesen tenido dificultades en someter a Francisco María [4], sobrino del papa Julio II, en la guerra de Urbino. Pero todos ellos fueron derrotados por los que creían que los soldados, no el dinero, eran el nervio de la guerra. Entre las cosas que Creso, rey de los lidios, enseñó al ateniense Solón hubo un tesoro incontable, y le preguntó qué le parecía su poder, a lo que Solón respondió que no le tenía por más pode-

1. Agis. La batalla ocurrió ocho años antes del fallecimiento de Alejandro (m. 323 a. J. C.).
2. Darío III.
3. Carlos el Temerario, duque de Borgoña.
4. Francisco María della Róvere, duque de Urbino.

Digitized by Google

roso, a la vista de aquello, porque la guerra se lleva a cabo con el hierro y no con el oro, y que pudiera ser que apareciera alguno con más hierro que él y se lo quitase. Después de la muerte de Alejandro Magno, una horda de galos penetró en Grecia y en Asia, envió una embajada al rey de Macedonia [5] para tratar de cierto acuerdo; el monarca, para espantarlos de su grandeza, les enseñó buena copia de oro y de plata, y los galos, que ya consideraban estable la paz, la rompieron a causa de su ardiente deseo de privarle del oro. Así se vio el soberano despojado de lo que acumulara en su defensa. No ha mucho que los venecianos perdieron el Estado entero, aun teniendo el erario rebosante, que de nada les sirvió [6].

Repito que no es el oro, como proclama la opinión vulgar, el nervio de la guerra, sino los buenos soldados. El oro no basta para encontrarlos, y los buenos soldados logran el oro sin mucho trabajo. Si hubiesen querido guerrear con el oro, en vez de con el hierro, los romanos no hubieran tenido bastante con todas las riquezas del mundo, considerando sus hazañas y las dificultades interiores con que toparon. Luchando con el hierro jamás adolecieron de carestía de oro, porque los medrosos se lo llevaban incluso a los campamentos. El rey espartano [7], que por carencia de dinero se aventuró a pelear, sufrió lo que muchas veces ha ocurrido por otras razones: un ejército sin

5. Ptolomeo Cerauno, que llegó a rey asesinando a Seleuco I en el año 280 a. J. C.
6. Tras la batalla de Agnadello (150?).
7. Agis.


Digitized by Google

vituallas, puesto entre morir de hambre o luchar, siempre elige el combate, porque es lo más honorable y quizá la fortuna te favorezca. También ha acontecido en muchas ocasiones que un capitán, cuyo enemigo recibe socorro, riña con él en espera del azar de las batallas, haciendo frente a mil inconvenientes. Asimismo se ha visto (así le sucedió a Asdrúbal, cuando en la Marca le atacaron Claudio Nerón y el otro cónsul, colega suyo [8]) que un capitán, que debe huir o combatir, escoja siempre lo último por parecerle que, aun cuando sea muy dudoso, puede vencer, al paso que el otro partido le derrota de todos modos. Son, pues, muchas las causas que, contrariando su voluntad, obligan a un capitán a emprender la batalla. Entre ellas la penuria de dinero puede serlo alguna vez; más no por ello debe creerse que el oro sea la clave de la guerra más que cualquiera otra cosa que imponga al hombre semejante necesidad. No es, insistimos, el oro el nervio de la guerra, sino los buenos soldados. El dinero representa una necesidad secundaria, que los buenos soldados por sí mismos satisfacen, porque tan imposible resulta que los soldados excelentes carezcan de oro, como que los dineros por sí solos logren buenos combatientes. Toda historia, en cien pasajes distintos, prueba la veracidad de nuestro aserto. Pericles aconsejó declarar la guerra al Peloponeso, mostrando que podían triunfar con la diligencia y la persuasión del oro, y aunque en la contienda los atenienses tuvieron a veces la fortuna prós-

8. Livio Salinator.

Digitized by Google

pera, fueron derrotados al cabo. Vale más la discreción, sostenida por fuertes guerreros de Esparta, que la astucia y los caudales de Atenas. Tito Livio brinda de este parecer una prueba más concluyente que ninguna otra: discurriendo sobre si Alejandro Magno, en el supuesto de que apareciera en Italia, hubiese vencido a los romanos, explica que la guerra se basa en tres necesidades, a saber, soldados numerosos y peritos, capitanes prudentes y fortuna risueña, y resumiendo los méritos respectivos de Alejandro y de los romanos en esos aspectos, llega a la conclusión sin acordarse del oro. Los capuanos, cuando los sidicinos les rogaron que empuñasen las armas contra los samnitas, debieron de medir la potencia de éstos según el dinero, olvidándose de los soldados, pues, tomada la resolución de ayudarles, conocieron dos derrotas y tuvieron que declararse tributarios de los romanos para alcanzar la salvación.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

Es una imprudencia amistar con un príncipe que tenga más fama que poder

Tito Livio no pudo describir con mayor vividez el error de los sidicinos al confiar en la ayuda de los campanos, y el de éstos al creer que podrían defenderlos, sino como sigue: «*Campani magis nomen in auxilium Sidicinorum, quam vires ad præsidium attulerunt*» [1]. Obsérvese, por tanto, que los pactos concertados con príncipes, a los que la distancia incomode, que carezcan de fuerzas para ello, o por cualquier otro motivo, aportan más fama que ayuda substancial a los que se fían de ellos. Esto fue lo que sucedió, en nuestros días, a los florentinos, esto es, cuando en 1479 les atacaron el Papa y el rey de Nápoles [2], porque de la amistad del soberano de Francia, amigo suyo, lograron «*magis nomen, quam prœsidium*»; lo mismo sucedió al príncipe que, fiado del em-

1. «Los campanos aportaron al campamento de los sidicinos más fama que hombres» (Tito Livio, III, 29).
2. Sixto IV se alió con el rey de Nápoles y Siena contra los Médicis.

Digitized by Google

perador Maximiliano [3], esperó que efectuase alguna empresa, porque se trató de una de las amistades que conceden «*magis nomen, quam præsidium*», como el texto dice que la de los capuanos acarreó a los sidicinos. Se equivocaron los capuanos por imaginar que tenían más fuerzas de las que poseían en realidad. La imprudencia de los hombres les impulsa a comprometerse a defender al prójimo, cuando no saben defenderse a sí mismos. Los tarentinos mandaron una embajada al cónsul romano, yendo las legiones de Roma al encuentro del ejército samnita, para informarle de que se proponían hacer renacer la paz entre los dos pueblos y que guerrearían contra aquel que no la respetase. El cónsul se rio de la proposición, hizo tocar a combate en presencia de los embajadores y ordenó al ejército que marchase contra el enemigo, dando con actos, que no con palabras, a los tarentinos la respuesta que merecían. En este capítulo he tratado de qué hacen los príncipes en defensa de otros; en el siguiente, expondré los partidos que se toman en defensa propia.

3. Maximiliano, emperador del Sacro Romano Imperio (1493-1519).

Digitized by Google

XII

Temiendo ser atacado, ¿es mejor romper las hostilidades, o esperar la guerra?

Alguna vez oí discutir a hombres, bastante peritos en cosas bélicas, el supuesto de que existan dos soberanos de fuerzas iguales, de los que el más atrevido declare la guerra al otro: ¿cuál será el mejor partido de éste? ¿Esperarlo en sus tierras, o irle a atacar dentro de sus límites? Se presentan diversas razones en favor y en contra de lo inquirido. Los partidarios de acometer al enemigo, se basan en el consejo que Creso[1] dio a Ciro, cuando, habiendo llegado a los confines de los masagetas, su reina Tamira le envió aviso de que eligiese, o entrar en su reino, donde le estaría esperando, o aguardar a que ella saliera. Discutiéndose el asunto, Creso difirió de la opinión de los demás, aconsejando que fuese en su busca, porque si la derrotaba cerca de su reino, la soberana no lo perdería, dado que tendría tiempo de recobrarse; en cambio, si la vencía dentro

1. Último monarca de Lidia (590-525 a. J. C.).

Digitized by Google

de sus fronteras, podría hostigarla durante la fuga y quitarle el Estado antes de que consiguiera rehacerse. También se exhibe el consejo que Aníbal ofreció a Antíoco, cuyo rey se proponía guerrear contra los romanos, probándole que a Roma únicamente se la vencería en Italia, porque en otras partes se valdría de las armas y de las riquezas de sus amigos; pero quien peleaba con ella fuera de Italia, dejando a ésta exenta de preocupaciones, permitía que siguiera intacta la fuente vital que le suministraba las fuerzas necesarias. Por consiguiente, afirmó que los romanos antes perderían Roma que el imperio, y antes Italia que las restantes provincias. Agatocles [2], no pudiendo sostener la guerra en su casa, atacó a los cartagineses que se la hacían y les obligó a demandar la paz. Escipión, para alejar la guerra de Italia, penetró en África.

Los contrarios de esta opinión aseguran que el enemigo se pierde cuando se le impone el abandono de su nación. Presentan por dechado a los atenienses, que fueron superiores mientras pelearon cómodamente en sus tierras y que perdieron la libertad al alejarse de ellas con sus ejércitos para atacar a Sicilia. También lo asevera la poética fábula según la cual el rey Anteo, de Libia, acometido por Hércules egipcio, se mantuvo invencible en tanto le esperó dentro de sus límites; pero perdió el Estado y la vida cuando Hércules, gracias a la astucia, le indujo a alejarse de su provincia. De aquí nació el mito de Anteo: derri-

2. Tirano de Siracusa (361-289 a. J. C.).

Digitized by Google

bado, cobraba fuerzas al contacto de su madre, la Tierra, lo que, advertido por Hércules, hizo que éste le alzara en el aire para impedirlo. También son partidarios de este expediente los críticos modernos. Sábese que Fernando, rey de Nápoles, era considerado en su tiempo como soberano muy sabio. Conocida la noticia, dos años antes de su fallecimiento, de que el rey francés intentaba atacarle, se apercibió a hacerle frente y tras ello enfermó. Llegado a su muerte, entre los consejos que dio a su hijo Alfonso, se contó el de que esperase a sus enemigos dentro del reino y que por nada del mundo sacase sus fuerzas del Estado. No obstante, su heredero envió una hueste a Romaña y la perdió, y con ella el reino, sin siquiera combatir.

Aparte de las dichas, pueden presentarse otras razones. El atacante llega con mayor ímpetu que el que se defiende, lo que llena de confianza al ejército, y además impide que el adversario se valga de sus recursos, porque no puede recurrir a sus súbditos que fueron saqueados. El príncipe cuyo enemigo está en casa ha de observar mayor cautela en el desembolso de caudales y en las hostilidades, hasta el punto de que se agota aquella fuente que, como dice Aníbal, es el sostén de la guerra. Asimismo, los soldados tienen que luchar en país extraño con mayor esfuerzo y, como hemos dicho y repetido, la necesidad hace las veces de valor. Se asegura, de otro lado, que en la espera del enemigo se logran ventajas no despreciables, porque, sin gran incomodidad, le puedes apurar en la consecución de vituallas y los otros pertre-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
Digitized by Google

chos de que un ejército ha de menester; estorbas sus designios a causa del mayor conocimiento que tienes del país y de sus accidentes; le presentas fuerzas más nutridas, ya que no te costará congregar las tuyas — sin embargo, a pesar de ellas, no le apartarás de tu casa —, y te rehaces fácilmente de las derrotas, no sólo porque tu ejército no sufrirá grandes pérdidas, teniendo el refugio a mano, sino porque no tendrás lejos los suministros. Así, pues, si te quedas quieto arriesgas todas las fuerzas, pero no la suerte entera, y si te distancias de tu Estado envidas toda la suerte, pero no las fuerzas completas. Algunos hubo que, para debilitar al enemigo, permitieron que se internase varias jornadas en su país, adueñándose de sus tierras, porque de tal suerte, dejando guarniciones en todos los puntos que conquistaba, se debilitó y les fue posible vencerle con menores estorbos.

Pero expreso lo que se me ocurre, estableciendo la siguiente distinción: o mantengo mi tierra en armas, como los romanos y los suizos, o la tengo inerme, como los cartagineses, el rey de Francia y los italianos. En este último caso mejor será alejar de ti al enemigo, porque tu valor reside en el dinero, no en los hombres, y estás desahuciado siempre que se te acaba aquél, a lo cual no te condena sino la guerra en la patria. Ejemplo de ello son los cartagineses. Mientras tuvieron la casa libre, guerrearon con los romanos gracias a sus rentas, y cuando Agatocles los atacó en sus lares, no lograron hacerle frente. Los florentinos no tenían remedio alguno frente a Castruccio,

Digitized by Google

señor de Luca, porque llevaba la guerra a su tierra, hasta el punto de que hubieron de echarse en brazos de Roberto de Nápoles[3]. Muerto Castruccio, los mismos florentinos se animaron a atacar al duque de Milán en sus dominios[4], luchando por arrebatárselos: ¡tanto esfuerzo evidenciaron en las guerras distantes de su patria y tanta cobardía en las próximas a ella! Los reinos armados como Roma y como los suizos son más difíciles de vencer cuanto más te acercas a ellos. Esos pueblos consiguen reunir más tropas y resistir mejor un ataque que en el intento de acometer a otro. No me mueve a esta creencia la autoridad de Aníbal, porque la pasión y la utilidad que obtenía se lo hicieron decir así a Antíoco. Si los romanos, trocados en franceses, hubiesen sufrido en el mismo espacio de tiempo las tres derrotas que Aníbal les infligió, su aniquilación hubiese sido indudable, porque no hubiesen empleado con tanta eficacia los restos de sus ejércitos como lo hicieron en Italia, ni se hubiesen rehecho con aquella comodidad, ni hubiesen resistido con sus mermadas fuerzas. Nunca emplearon en la conquista de una provincia un ejército superior a las cincuenta mil personas; en cambio, defendiendo su patria contra los galos, después de la primera guerra púnica, levantaron en armas a dieciocho centenas de millares. No hubieran desbaratado a los galos de Lombardía como a los de Toscana, porque contra tan gran número de

3. El rey de Sicilia, Roberto de Anjou (1278-1343).
4. Se trata, en realidad, de Juan y Juan Galeazzo Visconti.

Digitized by Google

enemigos no hubieran podido llevar fuerzas suficientes tan lejos, ni combatirlos con el desembarazo anterior. Los cimbrios derrotaron un ejército romano en Alemania [5], sin que Roma lograra ponerle remedio; pero, llegados a Italia, en cuya ocasión le fue posible acopiar todas sus fuerzas, diezmaron a los bárbaros. Se vence a los suizos fuera de sus términos, porque no consiguen enviar más de treinta o cuarenta mil hombres, pero, en su patria, donde llegan a congregar cien mil, resulta dificilísimo. Concluyo, pues, de nuevo que el príncipe que tiene sus pueblos armados y curtidos en la guerra, espere siempre en casa a un enemigo poderoso y dañino, y no salga a su encuentro; pero aquel cuyos súbditos estén inermes y su país desacostumbrado a la guerra, ha de alejarse cuanto pueda de su patria. Así, uno y otro, cada cual a su tenor, se defenderá más válidamente.

5. Los cimbrios vencieron, en realidad, en Aquilea a los romanos el año 113.

Digitized by Google

XIII

Se pasa de una condición baja a una elevación suma más con la maña que con la fuerza

Es para mí muy cierto que nunca o rarísimas veces sucede que los hombres nacidos en cuna humilde lleguen a la eminencia sin emplear la fuerza o el fraude, a no ser que alcancen aquel grado gracias a la generosidad o lo reciban en herencia. Creo, no obstante, que jamás se vio que la fuerza sola bastase; en cambio, habrá que reconocerse que no se necesitó a menudo más que el dolo. Así lo concluirá quien lea la vida de Filipo de Macedonia, la del siciliano Agatocles y la de otros muchos de su mismo genio, que llegaron al reino o a tener importantes mandos desde condición baja o aun de ínfima cuna. Jenofonte muestra, en su vida de Ciro, la necesidad de engañar, considerando que la primera expedición que hace llevar a cabo a Ciro contra el rey de Armenia es una red de fraudes y que ocupa aquel reino no por la fuerza, sino con embustes. Le presenta también embaucando de muchas maneras a Ciaxares, su tío materno, y revela, en resolución, que Ciro

Digitized by Google

no hubiera conseguido su grandeza sin los engaños. No imagino que se halle nunca, entre los que, nacidos humildemente, llegaron a tener gran imperio, uno solo que lo hiciera con franqueza, de viva fuerza: en todas partes se hallará astucia, como en el caso de Juan Galeazzo para arrebatar el Estado de Lombardía a su tío micer Bernabé. Esta conducta obligatoria de los príncipes es también necesaria a las repúblicas nuevas, hasta que cobren poder y puedan sostenerse sólo con la fuerza. Roma, que empleó, ya por acaso, ya voluntariamente, todos los medios imprescindibles para encumbrarse, no renunció a éste. En sus principios no pudo imaginar treta más patente que la utilizada, como ya hemos discurrido, para lograr aliados, con cuyo nombre la sirvieron los latinos y otros pueblos vecinos. Una vez los hubo sojuzgado, su poder aumentó hasta poder derrotar a cada uno de ellos. Los latinos no advirtieron su servidumbre sino cuando la vieron derrotar dos veces a los samnitas, forzándolos a tratar con ella. Esta victoria incrementó la reputación romana entre los príncipes distantes, que conocieron así su nombre y no el peso de sus armas. De esta forma, nacieron la envidia y la sospecha de sus oprimidos, entre los que se hallaban los latinos. Fueron tan eficaces la envidia y el miedo, que no sólo los latinos, sino las colonias que los romanos tenían en el Lacio y los campanos, a los que poco antes protegieran, se conjuraron contra ellos. Los latinos, como ya se expuso, suscitaron la guerra según su acostumbrado modo, esto es, sin atacar a los romanos, antes bien defendiendo a los sidi-

Digitized by Google

cinos contra los samnitas, que los combatían con la anuencia de Roma. Se tiene la prueba de que los latinos pelearon por haber conocido el engaño, en las palabras que Tito Livio pone en la boca de Anio Setino, pretor suyo, el cual las pronunció en el consejo: «*Nam si etiam nunc sub umbra fœderis æqui servitutem pati possumus, etc.*»[1]. Se ve, pues, que los romanos en sus primeros acrecentamientos no desdeñaron el fraude, del cual siempre necesitaron los que de ínfimos comienzos pretenden ascender a puestos sublimes. El engaño resulta tanto menos vituperable cuanto más disimulado sea, como en el caso de los romanos.

1. «Pues, si aún hoy, siendo aliados en apariencia, podemos soportar no ser en realidad más que esclavos», etc. (Tito Livio, VIII, 4.)

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google



Digitized by Google

XIV

Se engañan casi siempre los hombres que creen vencer la soberbia con la humildad

A menudo se ve que la humildad no sólo es inútil, sino que perjudica, en especial cuando se ejerce con los insolentes, que te aborrecen por envidia o cualquiera otra razón. De ello da fe nuestro historiador con motivo de la guerra entre romanos y latinos. Los samnitas se quejaron a aquéllos de que éstos los habían atacado, pero los romanos no pensaron impedir aquella guerra para que los latinos no se irritasen. Esta prudencia no sólo los irritó, sino que los envalentonó contra los romanos, declarándose enemigos suyos más pronto de lo que lo hubieran hecho si la conducta de Roma hubiese sido distinta. Muéstranlo las frases que Anio, el pretor latino mencionado, pronunció en el mismo consejo: «*Tentastis patientiam negando militem: quis dubitat exarsisse eos? Pertulerunt tamen hunc dolorem. Exercitus nos parare adversus Samnites fœderatos suos audierunt, nec moverunt se ab urbe. Unde haec illis tanta modestia, nisi conscientia virium, et nostrarum et suarum?*»[1]. Por este texto se

1. «Tentasteis la paciencia (de los romanos) negándoles soldados. Entonces, ¿quién dudaba de que su cólera


Digitized by Google

conoce claramente cuánto acreció la paciencia romana la arrogancia de los latinos. Por consiguiente, un príncipe no debe rebajarse ni un ápice, a menos que no pueda o crea no poder conservar lo que se proponen obligarle a ceder. Llegado el asunto a la situación en que no puede renunciar a él de modo expuesto, casi siempre vale más ceder a la fuerza que ceder por miedo a la fuerza. Cedes amedrentado para ahorrarte una guerra, y bastantes veces no la evitas. El que obtenga algo por visible cobardía tuya no se contentará con eso tan sólo: querrá arrebatarte otras cosas, porque, al tenerte en poco, se enciende su codicia. Considera, de otra parte, que tus aliados serán más tibios por parecerles que eres débil o pusilánime. Pero si al descubrir el intento de tu adversario preparas tus fuerzas, aunque sean inferiores a las suyas, el enemigo comenzará a estimarte y en más te apreciarán los príncipes vecinos. Cuando empuñes las armas, tantas serán las ganas de ayudarte, como lo serían las de abandonarte si te mostraras cobarde. Esto se entiende en el caso de que tuvieras un solo enemigo; si más tuvieras, obrarías sagazmente devolviendo a alguno las cosas que de él poseas para ganártelo, aun cuando te hubiera declarado la guerra, porque esta conducta le separará de los confederados con que te enfrentas.

---

estallaría? Sin embargo, soportaron la afrenta. Nuestros ejércitos se preparan a marchar contra los samnitas, aliados suyos; lo han sabido, pero no se mueven en su ciudad. ¿De dónde les viene tanta moderación, salvo de la conciencia que tienen tanto de nuestras fuerzas como de las suyas?» (Tito Livio, VIII, 4).



Digitized by Google

XV

Los Estados débiles siempre vacilan en sus resoluciones, y las deliberaciones parsimoniosas son nocivas

Siguiendo en el mismo tema, y en los propios inicios de la guerra entre latinos y romanos, se advertirá que se debe ir al meollo de lo que se delibera, cuando se trata de resolverse, y no quedarse perplejo e incierto. Manifiesto está en la consulta que celebraron los latinos pensando enemistarse con los romanos. Éstos presintieron el sombrío humor del pueblo de Lacio y les pidieron, para tomar el pulso a la situación y verificar si podían bienquistarse con él sin recurrir a las armas, que enviasen a Roma ocho ciudadanos con quienes consultarían. Los latinos, comprendiendo que habían ejecutado mucho contra la voluntad romana, se reunieron en consejo para determinar quién iría a Roma y qué se debería decir: Disputaba la reunión acerca de ello, cuando su pretor Anio dijo estas palabras: «*Ad summan rerum nostrarum pertinere arbitror, ut cogitetis magis quid agendum nobis, quam quid loquendum sit. Facile*

Digitized by Google

erit explicatis consilii, accomodare rebus verba» [1]. Certísimas son estas palabras y todo príncipe o república debe aplaudirlas. Las frases no aprovechan en la ambigüedad y en la zozobra de lo que otro se dispone a ejecutar; pero, firme el propósito y sentado lo que se hará, las palabras acuden inmediata y oportunamente a los labios. Reparo en ello con placer, sabiendo cuántas veces la duda perjudicó los actos públicos con daño y oprobio de nuestra república. Esta suspensión se producirá siempre en las situaciones engorrosas, que demandan decisión para solventarlas, cuando son débiles los hombres de que su solución depende.

Las resoluciones lentas y tardías son tan perjudiciales como las antes indicadas, sobre todo las que deben tomarse en favor de un amigo, porque la lentitud a nadie ayuda y perjudica a uno mismo. Procede, en efecto, de la pusilanimidad y de la debilidad, o de la maldad de los que tienen que resolver, los cuales, cegados por la pasión de arruinar el Estado o de satisfacer cualquier otro deseo individual, entorpecen y desvían los proyectos de ejecución. Los buenos ciudadanos no estorbarán la decisión, principalmente en lo que no admite espera, aunque el querer popular se incline a lo pernicioso. A la muerte de Jerónimo de Siracusa, sus paisanos discutieron si seguirían el bando romano o el cartaginés, entre los que había estallado la guerra. El ardor de ambos par-

1. «Importa a nuestros intereses ocuparnos de lo que haremos más de lo que diremos. Será fácil, llegando a una decisión, acomodar las palabras a los actos» (Tito Livio, VIII, 4).


Digitized by Google

tidos fue grande, y por ello no se acordó nada hasta que Apolónides, principal de la ciudad, probó en un discurso lleno de discreción que los de la bandería de Roma y los de la de Cartago eran irreprochables, siendo lo detestable la indecisión y la tardanza en elegir uno u otro aliado, pues en ello veía la ruina de la república; pero si se llegaba a un acuerdo, fuese cual fuere, podía esperarse algún bien. Tito Livio, en el caso de los latinos, enseña los males que causa la duda. Pidieron a los lavinios [2] que los auxiliaran contra los romanos; los solicitados difirieron tanto la decisión de su ingerencia, que se enteraron de la derrota de los latinos cuando sus tropas salían de la ciudad para socorrerlos. Entonces Milionio, su pretor, dijo: «Nos costará caro el poco trecho que hemos recorrido.» Si se hubieran decidido más a tiempo, no habrían irritado a los romanos, con un apoyo tardío, prestando su ayuda oportunamente a los latinos, la reunión de sus fuerzas quizá les hubiera concedido la victoria. La tardanza les perdería de cualquier modo, como, en efecto, ocurrió. Los florentinos no tuvieron en cuenta este texto y sufrieron muchos daños y molestias en la entrada del rey Luis XII de Francia en Italia contra Ludovico, duque de Milán. El monarca francés acordó con los embajadores florentinos que se mantendrían neutrales, a cambio de lo cual, una vez estuviera en Italia, conservaría su Estado, los protegería y les concedería un mes

2. Lavinio estaba al sur de Roma, cabe al mar. Algunos opinan que se trata de Lanuvio, puesta en el monte Albano.


Digitized by Google

de tregua para que la ciudad ratificase lo tratado. Los imprudentes que apoyaban a Ludovico retrasaron la ratificación. El rey logró la victoria; los florentinos, que quisieron ratificar el acuerdo, fueron rechazados, porque se conoció que lo aceptaban a la fuerza y no libremente. Estas vacilaciones costaron a Florencia riquezas y casi el Estado, como sucedió en otra ocasión por el mismo motivo. Aquello fue tanto más condenable porque no benefició ni poco ni mucho al duque Ludovico, que, si hubiera resultado triunfador, se hubiese mostrado más hostil con los florentinos que el propio rey. En otro capítulo expusimos los males que sufren las repúblicas por este defecto; pero como lo hice con otro motivo, quise tratar de ello porque las repúblicas semejantes a la nuestra deben reparar en esta grave cuestión.

Digitized by Google

XVI

Cuánto difieren los soldados de nuestra época de los antiguos

El pueblo romano jamás sostuvo batalla más importante como la que le opuso a los latinos durante el consulado de Torcuato y de Decio [1]. Los latinos vencidos se transformaron por ella en siervos, suerte que hubiera sido la de los romanos si no hubiesen triunfado. Así opina Tito Livio, que concede a ambos ejércitos iguales disciplina, bravura, empeño y número, sin más diferencia que los jefes romanos fueron más valerosos que los latinos. En aquella contienda se produjeron dos hechos desconocidos hasta entonces y rarísimos en adelante: los dos cónsules animaron a los soldados, impusieron disciplina y los enardecieron, arrebatándose uno la vida y el otro matando a su hijo. La paridad de los ejércitos, que Tito Livio refiere, estribaba en que, por haber militado mucho tiempo juntos, poseían igual len-

1. Tito Manlio Torcuato y Decio Mus (340 a. J. C.). Véase más abajo los hechos a que se atribuye la victoria.

Digitized by Google

gua, idéntica organización y las mismas armas, y en el planteamiento de la pelea obraban del propio modo, así como los subalternos y los jefes recibían iguales nombres. Por consiguiente, era menester que algo extraordinario diese más constancia y valor a uno de los dos, que en eso consiste la victoria, como se ha dicho otras veces, porque los ejércitos jamás vuelven la espalda mientras duran el valor y la obstinación en el pecho de los combatientes. Y para que más persistiesen en el de los romanos, en parte el acoso y en parte la valentía de los cónsules, hicieron que Torcuato matase a su hijo y Decio se ofreciera en sacrificio. Tito Livio, al tratar del equilibrio de fuerzas, describe cuál era la organización militar romana en las contiendas. No insistiré en ello, porque él lo explica por extenso; me cuidaré sólo de lo que juzgo notable y de lo que, olvidado de los capitanes de nuestra época, desordena los ejércitos y altera la naturaleza de las batallas. Según el texto de Livio, la tropa romana se distribuía en tres divisiones principales, que, al modo toscano, pudieran llamarse compañías: era la primera la de los astados, la segunda de los príncipes y la tercera de los triarios, cada una con la caballería pertinente. En orden de batalla colocaban los astados en vanguardia; en segundo lugar, directamente detrás de ellos, a los príncipes, y en el tercero a los triarios. La caballería de estas tropas se disponía a derecha e izquierda de las mismas, y su agrupación, a causa de la forma y del lugar que tenía, se llamaba «*alae*», porque parecían las alas de aquel cuerpo. La primera compañía, o

Digitized by Google

astados, se cerraba en la vanguardia para sostener y rechazar al enemigo. La segunda, o príncipes, se destinaba no a combatir, sino a socorrer a la primera cuando fuese deshecha o embestida; sus filas no se mantenían en orden apretado, sino claras y separadas, a fin de acoger a la primera sin desordenarse cuando se retiraba. La tercera, o triarios, tenía sus hileras aún más espaciadas que la anterior, acogiendo, en caso de necesidad, a los grupos de astados y príncipes. De esta forma emprendían la lucha. Si los astados eran repelidos o vencidos, retrocedían a los huecos de los príncipes y proseguían la lucha como una sola compañía; si a su vez eran rechazados, se retiraban a los claros de los triarios, formaban un solo cuerpo y reanudaban juntos la pelea y perdían la batalla, siendo abrumados por el enemigo, porque no lograban rehacerse. De que el ejército peligraba siempre que intervenían los triarios, nació el proverbio: «*Res redacta est ad triarios*», que, a lo toscano, viene a decir: «Hemos hecho el último envite». Los capitanes actuales han olvidado esta parte importantísima, así como descuidan otras disposiciones, renunciando a las antiguas. Sin embargo, es algo capital, porque quien cuida de rehacerse en tres ocasiones en una batalla, perderá únicamente cuando la fortuna le abandone tres veces y su enemigo tenga el valor requerido para vencerle otras tantas. El que cuida sólo del primer encuentro, como hacen hoy todos los ejércitos cristianos, se pierde al menor desorden y le vence cualquier mediano valor. Nuestros ejércitos no se recomponen porque perdieron

Digitized by Google

la ciencia de recibir una compañía en otra. Este defecto se debe a que, al presente, se preparan para la lucha de uno de estos dos modos desordenados: colocan sus tropas hombro contra hombro, dándoles extensión, pero no profundidad, lo que las debilita por el escaso apoyo que tienen en la retaguardia; o las refuerzan concentrando sus filas, de suerte que, rota la primera, la segunda no puede acogerla, se embrollan entre sí y se deshacen a sí mismas: la primera derrotada tropieza con la segunda, y si ésta quiere avanzar se lo estorba aquélla, y chocando la primera con la segunda, y la segunda con la tercera, la confusión es tan grande, que el menor accidente pierde a un ejército. Los españoles y los franceses, en la jornada de Ravena, en que murió monseñor de Foix, capitán de las gentes de Francia (batalla bien reñida, según el concepto de nuestros tiempos), se ordenaron de uno de los modos referidos, o sea unos y otros se adelantaron con las tropas extendidas a lo largo, presentando un frente más amplio que profundo. Lo hacen así siempre que hay un campo ancho como en Ravena, para esquivar el inconveniente conocido de la confusión, que produce el entrar en sus propias filas, como queda dicho; pero cuando el país es confinado, se apegan al desorden descrito, sin cuidarse de remediarlo. Con igual torpeza recorren el país enemigo, saquean y llevan a cabo las demás operaciones bélicas. En Santo Régolo y en todo lugar en que los pisanos derrotaron a los florentinos, durante la guerra entre Florencia y Pisa, por motivo de la rebelión de la segunda, después de la entrada de

Digitized by Google

Carlos de Francia en Italia, los desastres se debieron a la propia caballería. Rechazada por el adversario, embistió a la infantería florentina, la desorganizó y todos se dieron a la fuga. Micer Ciríaco dal Borgo, antiguo jefe de los peones de Florencia, afirmó muchas veces en mi presencia que todas sus derrotas las debió a la caballería amiga. Los suizos, maestros de la guerra moderna, cuidan de modo especial, cuando luchan en el bando francés, mantenerse distanciados de la caballería aliada para que no los deshaga si la rechazan. Estas cosas parecen fáciles de entender y más difícil de ejecutar; pero ningún capitán contemporáneo imita la antigua organización, ni corrige las modernas. Dividen su hueste, dando a una parte el nombre de vanguardia, a otra el de batalla y a la tercera de retaguardia, pero no emplean estas divisiones más que para alojarlas; es muy raro, como antes se dijo, que en los movimientos tácticos no hagan correr a esos cuerpos la misma suerte.

Muchos excusan su ignorancia alegando que la potencia de la artillería impide que se apliquen ahora muchas antiguas disposiciones. Por lo tanto, trataré en el capítulo siguiente de esta materia, comprobando si la artillería estorba el empleo del viejo valor y del pretérito ingenio.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVII

Qué importancia tiene la artillería al presente, y si es acertada la opinión que de ella se tiene

Considerando, amén de lo escrito más arriba, el número de batallas campales (que en nuestra época se llaman a la francesa jornadas, y en italiano hechos de armas) que los romanos sostuvieron en diversos tiempos, me puse a reflexionar la opinión de muchos, los cuales aseguran que los romanos no hubieran conquistado provincias con tanta facilidad, ni hubieran convertido en tributarios a pueblos, ni logrado tan estupendas adquisiciones, si la artillería hubiese existido en su edad. Dicen también que los hombres no hacen gala de valor tan grande como en los períodos pasados a causa de esos instrumentos de fuego. Y aun añaden que las batallas son más difíciles que entonces, que las estrategias y organizaciones se han mudado y que la guerra se reducirá, con el tiempo, a la sola artillería. Creo, pues, que no resultará intempestivo compulsar la certeza de esas opiniones, viendo si la artillería ha aumentado o disminuido la fuerza de los ejércitos, pri-

Digitized by Google

vando o dando ocasión a los buenos capitanes de obrar con eficacia. Principiaré por la primera, esto es, la de que las legiones romanas no habrían llevado a cabo tantas conquistas si la artillería hubiese existido. Para responder a ello, dejaré sentado que las guerras son defensivas u ofensivas. Examinemos, por tanto, a cuál de esos géneros de contienda beneficia o perjudica más la artillería. No faltan razones en pro y en contra, pero se me antoja que hace incomparablemente más daño al defensor que al atacante. El que se defiende está dentro de una fortaleza o, en el campo, de una estacada; en el primer caso, la fortaleza puede ser pequeña, como suelen serlo la mayoría, o grande; si pequeña, el defensor debe considerarse perdido, porque la fuerza de la artillería no encuentra muro, por recio que fuere, que no abata en pocos días. Los sitiados se hallarán perdidos, a menos que tengan un espacio, con fosos y reparos, a que retirarse; no aguantarán el empuje del enemigo que entre por la brecha de la muralla y su propia artillería no les auxiliará entonces. Es un axioma que la artillería no detiene a los hombres que dan el asalto en tropel y fogosamente. El coraje ultramontano, cuando se trata de defender las plazas, no puede sostenerse; los ataques italianos, en cambio, se sostienen bien, porque se producen diseminados, no en tropel, en cuyo caso se les aplica muy adecuadamente el nombre de escaramuzas. Los que en desorden y con frialdad van a la brecha de un muro, cubierto por la artillería, corren a una muerte cierta, y en su caso la artillería es útil; pero quienes se api-

Digitized by Google

ñan, empujando uno a otro, y se arrojan a la brecha, entrarán en cualquier lugar, a no ser que lo impidan fosos u otras defensas, sin que la artillería lo detenga, y si hay mortandad no será tan grande que impida el triunfo.

Que esto es cierto se comprueba en muchas tomas de ciudades que lograron los ultramontanos y en especial en la de Brescia. Esta población se rebeló contra los franceses, los cuales conservaron con todo la fortaleza. Los venecianos, para atajar cualquier ataque procedente de ella, colocaron bocas de fuego en el camino que llevaba al baluarte y en todos los puntos oportunos. Monseñor de Foix se rio de ello. Bajó a pie con su tropa, cruzó por entre los cañones y ocupó la ciudad sin que se comentara luego que hubiera sufrido bajas memorables. Los defensores de una pequeña fortaleza, de muros ya desmantelados, no tardan en perderla si carecen de refugio, con fosos y reparos a que retirarse, y si se fían de la artillería. Las bocas de fuego son incomparablemente más provechosas a los de fuera que a los de dentro, incluso cuando defiendes una plaza grande y tienes lugar a donde retirarte. Ante todo, debes situarlas a ras de tierra para que dañen a los del exterior, pero, estando al mismo nivel, el enemigo evita su muerte, protegiéndose detrás de un montoncillo de tierra o en una trinchera. Si levantas la artillería y la estableces en el camino de ronda y en las troneras, o en cualquiera otra posición alta, tropiezas con dos inconvenientes: es el primero que, como lo grande no se mueve con desembarazo en los espacios pequeños, no

Digitized by Google

podrás usar cañones de la misma fuerza que los de fuera; y es el segundo que, aunque lo consiguieras, no harías las defensas de las bocas de fuego tan resistentes como las de los sitiadores, que están en terreno despejado y disfrutan de todo el espacio que deseen. Así, pues, no aprovecha al defensor de una plaza disponer su artillería, cuando la enemiga es potente, en lugares altos, y si la coloca en lo bajo resulta, como queda dicho, poco menos que inútil. La defensa de una ciudad consiste en protegerla con los brazos, como se hacía antiguamente, y con piezas ligeras. La relativa utilidad de éstas se contrapesa con la incomodidad, porque, por su causa, se reducen las murallas bajándolas casi hasta la altura de los fosos, y llegando el combate a arma blanca, los de dentro sufren mayores desventajas que antes, bien por haber sido derrocados los muros, bien por haberse cegado los fosos. Ahora bien, como antes se dijo, esos instrumentos convienen más a los sitiadores. En cuanto al tercer punto, el de encerrarse en el campamento, detrás de una estacada, para no luchar más que a tu sabor o con ventaja, digo que en ello no tienes de ordinario más remedio en la defensa que tuvieron los antiguos, y en ocasiones más desventaja por culpa de la artillería. Si el enemigo se te echa encima y, por disfrutar de algún conocimiento del país, lo que bien puede suceder, se halla en terreno más alto que el tuyo, o si cuando se presenta no has terminado tu estacada y estás al descubierto, te desaloja a poco, sin que puedas impedirlo, y te ves forzado a salir de tu reducto a pelear. A los españoles les

Digitized by Google

ocurrió así en la jornada de Ravena. Se apostaron entre el río Ronco y unos terraplenes de altura insuficiente, al paso que los franceses, que tuvieron cierta ventaja en la elección del terreno, los obligaron a luchar con su artillería. Pero dado que, como es lógico, el lugar que hayas elegido sea más elevado que el del enemigo, y que los terraplenes sean fuertes y seguros, hasta el punto de que por obra del lugar y de tu arte el enemigo no se atreva a atacarte, se recurrirá entonces a lo que antiguamente se hacía cuando el ejército propio no temía el asalto: recorrer la comarca, saquear o devastar las tierras amigas tuyas, cortarte el suministro de vituallas, etc., obligándote a desalojar tus posiciones y a entablar combate, en que la artillería, como más abajo se dice, apenas tiene papel. Examinadas las razones que movían a los romanos a la guerra, casi todas ofensivas y no defensivas, se verá, si es cierto lo más arriba expuesto, que habrían llevado a cabo más rápidamente sus conquistas, a causa de tales ventajas, si hubiesen vivido en estos tiempos.

En lo que se refiere al segundo extremo, a saber, que los hombres no pueden dar tanta prueba de su valor, por culpa de la artillería, como en las edades pasadas, confieso que es cierto donde han de mostrarse diseminados, sufriendo mayores peligros en el asalto de una plaza o en otras ocasiones análogas. También es verdad que los capitanes y jefes de los ejércitos se exponen más a morir que entonces, porque la artillería puede acertar en ellos en cualquier sitio que estén, sin que les sirva de nada hallarse en el fondo de la retaguar-

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

dia y rodeados de soldados excelentes. No obstante, estos riesgos raramente ocasionan males extraordinarios, porque las plazas bien constituidas no se escalan, ni se acometen con puñados de hombres, sino la expugnación se reduce, como antiguamente, al asedio. En las que se toman al asalto, los peligros no abundan más que entonces, porque los sitiados también lanzaban cosas arrojadizas, que, si no tenían la potencia y el alcance de nuestra artillería, surtían los mismos efectos en dar muerte a los humanos. En cuanto a la mortandad de capitanes y jefes aventureros, en los últimos veinticuatro años de guerras italianas se tienen menos ejemplos de pérdidas de vidas que en diez de los antiguos. Desde el conde Ludovico della Mirándola [1], que pereció en Ferrara cuando, no hace mucho, los venecianos atacaron aquel Estado, y el duque de Nemours [2], que murió en Ceriñola, hasta el presente, no se tiene memoria de que la artillería haya causado otras víctimas, porque monseñor de Foix perdió la vida en Ravena a hierro, que no a pólvora. Si los hombres no hacen mayores alardes de valor, acúsese no a la artillería, sino a la mala disposición y a la debilidad de los ejércitos, en que la parte no puede mostrar la valentía de que carece el todo.

En lo que atañe a la tercera opinión: que no se puede llegar a las manos y que la guerra consistirá por completo en la artillería, aseguro que es falsa en absoluto y lo será siempre en el crite-

1. El proyectil de un cañón le decapitó en 1510.
2. Luis d'Armagac, duque de Nemours (1472-1503).

Digitized by Google

rio de cuantos quieren regir sus ejércitos conforme a los dictados de la antigua bravura. El que desee poseer una hueste de precio debe acostumbrar a sus hombres, con ejercicios simulados o verdaderos, a trabarse con el enemigo con la espada y cara a cara, confiando más en la infantería que en la artillería, por los motivos que más abajo se enumeran. Confiando en los peones y en el procedimiento descrito, la artillería resulta inútil, porque la infantería esquiva con mayor facilidad las balas, al adelantarse al enemigo, que antiguamente se burlaba la embestida de los elefantes, de los carros falcados y de otros ingenios con que se enfrentaron los infantes romanos, y contra los cuales siempre hallaron remedio. No les hubiera costado más encontrarlo para éste, siendo más breve el tiempo en que la artillería te puede lastimar, que el que duraban los elefantes y los carros. Éstos te desordenaban en medio de la pelea y aquélla sólo te estorba antes de ella, y la infantería elude sin dificultad ese estorbo aprovechando los relieves del terreno o arrojándose de bruces cuando se dispara sobre ella. La experiencia ha probado que esto no es siquiera necesario, sobre todo para protegerse de los cañones gruesos, que no se pueden nivelar, y las balas vuelan altas o tan bajas que no te alcanzan.

Llegados los ejércitos a las manos, es tan claro como la luz que los cañones, grandes o pequeños, no te hieren. Los que colocan la artillería delante son presa tuya; si detrás, antes lastima a los suyos que a ti; por la espalda no puede acertarte, lo que no impediría que fueses a su encuentro, y de ello

Digitized by Google

se sigue el efecto dicho. No se argumentará contra esto, porque se tiene el ejemplo de los suizos que, en Novara, en 1513, sin artillería ni caballería, fueron al encuentro de los franceses, pertrechados de cañones en sus reductos, y los derrotaron sin que las bocas de fuego tuviesen utilidad alguna. La razón de ello, aparte de lo dicho, está en que la artillería debe hallarse protegida por muros, fosos o terraplenes, y si carece de ellos cae en poder del enemigo o resulta inútil, como sucede en las batallas campales en que los hombres han de defenderla. No se puede emplear por los flancos más que como las antiguas máquinas de guerra, que se disponían fuera de las compañías. Cada vez que la caballería o cualquier otro grupo armado las acometía, tenían que refugiarse detrás de las legiones. Quien piense otra cosa, no sabe lo que piensa y se fía de algo que quizá le pierda. El Turco venció con la artillería al Sufí y al Sultán [3], pero solamente porque el desacostumbrado estruendo asustó a la caballería.

Concluyo, por tanto, como término de este discurso, que la artillería es útil a un ejército cuando va acompañada del antiguo valor; sin él, y contra un ejército valiente, resulta inutilísima.

3. El Sufí (shah de Persia) y el Sultán (rey de Egipto) fueron derrotados por Selim I.

Digitized by Google

XVIII

La autoridad de los romanos y el ejemplo del ejército antiguo hacen que se aprecie más a la infantería que la caballería

Con muchas razones y no menos ejemplos se prueba con claridad que los romanos, en todas las empresas bélicas, prefirieron más la milicia a pie que a caballo, y que en la primera depositaron toda su fuerza. Muchos casos reveladores hubo de ello, como, entre otros, cuando combatieron con los latinos cerca del lago Regillo, donde hicieron que los jinetes se apearan para socorrer a los de a pie, que estaban apretados por el enemigo, gracias a lo cual obtuvieron la victoria. Manifiestamente, los romanos confiaron en ellos más a pie que montados. Lo mismo repitiéron en muchas otras batallas, con idéntico remedio óptimo de sus peligros.

No se oponga a esto la opinión de Aníbal. Viendo en la batalla de Canas que los cónsules hacían descabalgar a los caballeros, rióse del expediente diciendo: «*Quam mallem vinctos mihi traderent equites!*», esto es, preferiría que me los entregasen

Digitized by Google

atados. Esta opinión, que pronunció un hombre excelentísimo, no es obstáculo para que se preste mayor crédito a la República romana, y a sus famosísimos capitanes, que a un solo Aníbal. Aun prescindiendo de tal autoridad, las razones son manifiestas. Un hombre a pie puede ir a muchos lugares inaccesibles para un caballo; se le puede adiestrar de manera que conserve el orden a pesar de su pavor, y a los caballos es difícil enseñarles a conservar el orden e imposible reorganizarlos una vez se espantan. Además, hay, como entre los hombres caballos cobardes y caballos valerosos, y muchas veces acontece que uno bravo tiene por jinete a un cobarde, y viceversa, y sea cual fuere esta desemejanza se produce la inutilidad y el desorden. Las infanterías disciplinadas derrotan fácilmente a las caballerías y con muchos trabajos son vencidas por éstas. Corrobora esta opinión, entre otros muchos ejemplos antiguos y modernos, la autoridad de los que explican la civilización, diciendo que se guerreó en un principio a caballo, porque no existía aún forma de infantería, y que, cuando se pensó en ella, no se tardó en reconocer que era más útil que el anterior medio. No pretende esto afirmar que los caballos no son necesarios en los ejércitos para ir en descubierta, recorrer y saquear las tierras, perseguir al enemigo desbandado y hacer frente, en parte, a la caballería del enemigo; pero el fundamento y el nervio del ejército, el más digno de aprecio, debe ser la infantería.

Entre los pecados de los príncipes italianos, que esclavizaron Italia al extranjero, no hay nin-

Digitized by Google

guno mayor que el haber despreciado esta cautela, poniendo toda su atención en la milicia a caballo. Este pecado nace de la mala intención de los jefes y de la ignorancia de los que adquirieron Estados. Desde hace veinticinco años rigen la tropa italiana hombres sin oficio, capitanes a sueldo, los cuales pronto imaginaron cómo adquirirían reputación, ideando cómo podrían estar ellos armados y desarmados los príncipes. Como no podían pagar continuamente un grueso número de infantes, y no teniendo súbditos a los que recurrir, y como una pequeña tropa no les daba fama, recurrieron a la caballería, porque los doscientos o trescientos caballos que se pagaban a un *condottiere* le concedían reputación y el sueldo no era tanto que los príncipes no lo satisficieran. Dada esta facilidad, y para acrisolar su fama, retiraron la afición a la infantería y la depositaron en sus caballos, hasta el punto de que en un ejército enorme había una mínima porción de infantes. Esta costumbre, con otras arbitrariedades que se mezclaron a ella, debilitó la milicia italiana, y nuestra patria ha sido juguete de los caprichos ultramontanos. Otro ejemplo romano enseña el error de apreciar en más a los jinetes que a los peones. Los romanos estaban de campaña en Sora [1]. De la plaza salió un escuadrón de caballería para atacar el campamento y fue a su encuentro el Maestro de la caballería romana; chocaron los jinetes y murieron en el primer encuentro los jefes de unos y otros. Que-

1. El hecho ocurrió, en realidad, en Saticola (Tito Livio, IX, 22). El jefe de la caballería romana era Quinto Aulio Cerretano.


Digitized by Google

daron los caballeros sin guía, pero la pelea continuó hasta que los romanos, para vencer más fácilmente, desmontaron y obligaron al enemigo a imitarlos, a fin de no hallarse en inferioridad, obteniendo la victoria. No habrá ejemplo mayor en demostrar cuán superior es el valor de la infantería. En las otras luchas los cónsules hacían apearse a los caballeros para socorrer a la infantería que había menester de su auxilio; pero en ésta descendieron no en auxilio de los infantes, ni para combatir con los peones enemigos, sino, combatiendo a caballo contra jinetes, en vista de que no los vencían, pensaron que los derrotarían a pie. Me propongo, pues, concluir, que una infantería disciplinada no podrá ser vencida, salvo rara excepción, más que por otra infantería. Craso y Marco Antonio recorrieron largas jornadas los dominios de los partos con escasos caballos y bastante infantería, teniendo enfrente innumerables caballos partos. Craso murió con parte del ejército y Marco Antonio se salvó a causa de su valor. Prescindiendo de este desastre romano, se vio que los infantes prevalecían sobre los jinetes, en un país despejado, con pocas montañas, rarísimos ríos y llanuras extensísimas, e inhóspito, mientras Marco Antonio se salvaba, sin que toda la caballería parta intentase acometer a su ejército. Craso pereció, como verá el que bien leyere, engañado más que batido; sin embargo, a pesar de sus imprudencias, los partos no osaron atacarle directamente, antes bien le hostigaron, cortándole los suministros, y, amagando sin dar, le redujeron a una extrema miseria.

Digitized by Google

Estoy convencido de que me costaría persuadir de que la infantería es más efectiva que la caballería, si careciera de suficientes ejemplos modernos que ofrecen pleno testimonio de ello. En Novara, en el hecho de armas referido, se vio que nueve mil suizos hicieron frente a diez mil caballeros y otros tantos infantes, venciéndolos porque los caballos no los podían atacar; estimaron en poco a los peones, porque se componían en buena parte de gascones y estaban indisciplinados. Más tarde, veintiséis mil suizos fueron en busca de Francisco, rey de Francia, sobre Milán, al cual acompañaban veinte mil de a caballo, cuarenta mil infantes y cien piezas de artillería. Ciertamente, no triunfaron como en Novara, pero combatieron esforzadamente dos días y se salvaron más de la mitad luego de la derrota [2]. Presumió Marco Régulo Atilio de que únicamente con infantería haría frente no sólo a los caballos, sino también a los elefantes; si su propósito no resultó, no se debió a que sus soldados desconfiasen de su valor y temieran no salvar aquella dificultad. Insisto, por tanto, que los infantes disciplinados no se vencen más que con otros mejor organizados; de lo contrario, se corre a una derrota manifiesta. En los tiempos de Felipe Visconti, duque de Milán, descendieron a Lombardía sobre unos dieciséis mil suizos, contra los cuales despachó a su capitán, que era entonces Carmagnola, con unos mil caballeros y poca infantería. Ignoraba el jefe su modo de combatir y fue a su en-

2. En la batalla de Mariñán (1515).


BIBLIOTECA DE
UNIVERSITAS
Digitized by Google

cuentro con los caballos, imaginando que los derrotaría inmediatamente. Pero los halló inmóviles y, habiendo perdido muchos de sus hombres, se retiró. Siendo un hombre muy valiente, que sacaba partido de lo impensado, se rehizo, volvió a la carga, obligando a desmontar a los caballeros, los puso al frente de sus peones y tornó a atacar. Los suizos se perdieron. Los caballeros de Carmagnola, a pie y bien armados, entraban fácilmente en sus filas sin recibir heridas y los acuchillaban a mansalva, hasta el extremo de que sólo vivieron los que quiso la humanidad de Carmagnola.

Creo que muchos saben la diferencia que existe entre uno y otro orden de tropa; pero nuestro desdichado tiempo impide que los ejemplos antiguos y modernos, y la paladina confesión de errores, basten a enmendar los principios actuales. Piénsese que la milicia de una provincia o de un Estado depende de que aquella organización se resucite y se mantenga, concediéndole la importancia y la vida propias, a fin de que vivifique e ilustre. Y como se desvían de esta cautela, se desvían de las otras precauciones enumeradas, y de ello procede que las conquistas perjudiquen y no engrandezcan los Estados, como luego se dirá.

Digitized by Google

XIX

Las conquistas de las repúblicas mal organizadas y que no imitan la virtud romana, las arruinan en vez de exaltarlas

Las opiniones contrarias a la verdad, fundadas en los malos ejemplos que introdujeron nuestros siglos corrompidos, hacen que los hombres no se cuiden de apartarse de ellos. ¿Se hubiera podido convencer, treinta años atrás, a un italiano de que diez mil infantes combatirían en un llano contra diez mil caballeros y otros tantos peones y los vencerían, como repetidas veces hemos dicho que ocurrió en Novara? Aunque la historia esté henchida de tales modelos, no le prestan fe; si lo creyeran, dirían que en nuestros tiempos se obra mejor y que un escuadrón de jinetes puede derrocar un monte, cuanto más una infantería. Con estos falsos juicios se corrompe su cordura. Así recordarían que Lúculo derrotó con pocos infantes ciento cincuenta mil jinetes de Tigra-

Digitized by Google

nes [1], entre los cuales había un cuerpo semejante a nuestros caballeros. Además esta falacia fue desmentida por las gentes ultramontanas. Siendo verdad lo que se narra de la infantería en las historias, también habrá de creerse que son ciertas y útiles las otras disciplinas antiguas. Una vez creído, las repúblicas y los príncipes errarán menos, se opondrán con mayor vigor a los ataques, no confiarán en la fuga, y los que rijan sabrán enderezar la vida civil, ampliándola o manteniéndola. Confesarán entonces que aumentar el número de los habitantes de su ciudad, hacer de ellos compañeros y no súbditos, enviar colonias que guarden los países conquistados, convertir las presas en tesoros, vencer al enemigo con correrías y batallas y no con asedios, enriquecer el erario, empobrecer al particular y disciplinar atentamente con ejercicios a la milicia, es el único camino de engrandecer una república y conseguir dominio. En el supuesto de que este modo de prosperar los disgustase, vean que los otros medios de adquisición arruinan las repúblicas, y frenen toda ambición, gobernando su ciudad con leyes y usos, prohibiendo las conquistas y pensando únicamente en la defensa, como lo hacen tan perfectamente las repúblicas de Alemania, que de esta suerte viven y vivieron libres un tiempo.

Sin embargo, como ya dije al tratar de qué había de hacerse para ampliar y conservar, es imposible que una república viva tranquila, go-

1. Lucio Licinio Lúculo derrotó a Tigranes, rey de Armenia, como el rey del Ponto, Mitrídates, en la guerra iniciada en el año 75 a. J. C.

Digitized by Google

zando de la libertad dentro de límites reducidos. Si no molesta a sus vecinos, éstos la molestarán, y de las molestias nace el querer y la necesidad de conquistar, y cuando no tenga enemigo exterior, lo encontrará en casa, como parece que ocurre en todas las grandes ciudades. Y si las repúblicas alemanas viven de la manera descrita desde hace tiempo, es porque en su país existen condiciones que no se encuentran en otros; sin ellas su situación habría cambiado.

La parte de Alemania de que hablo estaba sometida, como Francia y España, al imperio romano. Cuando éste declinó, perdiendo autoridad en aquella provincia, las ciudades más poderosas recobraron, según era la cobardía de los emperadores, o cuando se lo imponían las circunstancias, su libertad, contentando al imperio pagándole un pequeño censo anual. Poco a poco, todas las ciudades que dependían del césar, y no directamente de un príncipe, se independizaron. En la misma época, algunas comunidades sometidas al duque de Austria, entre ellas Friburgo, Suiza y otras, se rebelaron; tras estos comienzos fueron prosperando hasta que atemorizan a todos sus vecinos. Éstos son los llamados suizos. Dicha provincia se divide en suizos, repúblicas que se denominan tierras francas, principados e imperio. La razón de que en esa gran diversidad no haya guerras o, si las hay, sean de corta duración, es el emperador, que, tenga o no tenga fuerzas, posee magnífica reputación entre ellos, sirve de conciliador e interpone su autoridad a fin de apagar cualquier escándalo. Las guerras más largas y en-

Digitized by Google

conadas fueron las habidas entre los suizos y el duque de Austria. Hace muchos años que el emperador y el duque de Austria[2] son la misma persona, pero nunca logró aplacar la audacia de los suizos y el único acuerdo posible fue el impuesto por la fuerza. El resto de Alemania apenas le ayuda, porque las comunidades no desean ofender a quienes aspiran a vivir libre como ellas, o porque los príncipes no pueden llevarlo a cabo a causa de su pobreza o por la envidia que tienen a su poder. Aquellas comunidades viven contentas de sus pocos dominios, ya que la autoridad imperial no consiente que los deseen mayores, y unidas porque el enemigo cercano aprovecharía la menor discordia para ocuparlas. Si las condiciones de la provincia fuesen otras, les convendría conquistar y renunciar a la paz. Careciendo de esas condiciones, la única conducta posible es crecer mediante las leyes o conquistar como los romanos. El que se porta de otro modo encuentra la muerte y la ruina, que no la vida. De mil modos y por infinitas razones las adquisiciones son nocivas, llevando a la ruina, cuando se logran tierras y no fuerzas. Se debilita quien se empobrece en las guerras, aunque triunfe, porque invierte más de lo que consigue, como hicieron los venecianos y los florentinos, que fueron más débiles cuando tenían unos Lombardía y otros Toscana, que al satisfacerse aquéllos con el mar y éstos con seis millas de confines. Se debió a que quisieron ensancharse sin saber elegir el expediente oportu-

2. El Sacro Romano Imperio pasó a la casa de Austria a fines del siglo XIV.

Digitized by Google

no, lo que es más reprochable que excusable, pudiendo haber seguido el ejemplo de Roma y considerando que ésta, sin ejemplo alguno, supo descubrirlo con su prudencia. Además de esto, las conquistas a veces perjudican no poco a las repúblicas bien ordenadas, si adquieren una ciudad o una provincia llena de delicias, a cuyos placeres se acostumbran por el trato que con ella tienen. Así aconteció a Roma en la toma de Capua, y más tarde a Aníbal. La república romana se hubiera perdido si Capua hubiese estado más lejos de la ciudad, impidiendo que los soldados tuviesen el remedio a mano, o si la propia Roma hubiese estado corrompida. Tito Livio lo certifica con las siguientes palabras: «*Iam tunc minime salubris militari disciplinæ Capua, instrumentum omnium voluptatum, delinitos militum animos avertit a memoria patriæ*»[3]. En verdad, semejantes ciudades o provincias se desquitan del vencedor sin pelea ni efusión de sangre, porque infectándolos de sus tristes costumbres, los expone a que los venza el primer atacante. Mejor no pudo Juvenal en sus *Sátiras* describir este hecho, diciendo que en los pechos romanos habían entrado costumbres peregrinas, a consecuencia de la conquista de tierras extrañas, y a cambio de sobriedad y de otras meritísimas virtudes, «*gula et luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem*»[4]. Por lo

3. «Capua, estancia funesta a la disciplina militar, con todos sus placeres, ablandó el ánimo de los soldados, alejándolos del recuerdo de la patria» (Tito Livio, VII, 38).
4. «Engendró la gula y la lujuria, y vengó al orbe vencido.»

Digitized by Google

tanto, si las conquistas resultaron perniciosas a los romanos, en época en que actuaban con tanta sagacidad y virtud, ¿qué será, pues, de los que se portan de modo tan distinto al de aquéllos y que, aparte de los errores indicados, emplean soldados, mercenarios o auxiliares? De donde reciben a menudo los daños que se mencionan en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

XX

A qué peligro se arriesga el príncipe o la república que emplea milicia auxiliar o mercenaria

Si no hubiese tratado yo por extenso en otra obra mía cuán inútil es la milicia auxiliar y la mercenaria y cuán útil es el ejército propio[1], este discurso sería más largo; pero, habiendo hablado de ello, seré breve. No me pareció que debía pasarlo por alto, habiendo hallado en Tito Livio tantos ejemplos referentes a los soldados auxiliares. Éstos son los que un príncipe o una república envía, con capitanes y a sueldo, en tu ayuda. Sobre el texto de Livio, digo que los romanos derrotaron en dos lugares distintos otros tantos ejércitos samnitas con los suyos, mandados en socorro de los capuanos, que así quedaban libres de sus enemigos; después quisieron regresar a Roma, y para que los de Capua, al quedarse sin guarnición, no fueran de nuevo presa de los samnitas, dejaron dos legiones en el país. Los legionarios, corrompidos por el ocio, empezaron a

1. En *El Príncipe*, cap. XII.

Digitized by Google

deleitarse en Capua y, olvidando la patria y la reverencia debida al Senado, pensaron en apoderarse con las armas del país que había defendido su valor, pareciéndoles que los habitantes no merecían los bienes que no sabían proteger. Los romanos, presintiendo lo que se tramaba, lo impidieron y corrigieron, como ampliamente se expondrá cuando tratemos de las conjuras. Repito, por consiguiente, que los auxiliares son los soldados más perjudiciales, porque el príncipe o la república que los emplea carece de autoridad sobre ellos y, en cambio, no obedecen más que a su jefe. Los soldados auxiliares son, como dije, los que te envía un príncipe con sus capitanes, banderas y a sus expensas, como el ejército que los romanos despacharon a Capua. Una vez han vencido, suelen expoliar al protegido y al enemigo, por malicia del príncipe que los manda o por ambición propia. Los romanos no tuvieron la intención de quebrantar el acuerdo que habían pactado con los capuanos; pero los legionarios pensaron que los podrían oprimir con suma facilidad y se propusieron adueñarse de la ciudad y del Estado. Más ejemplos aduciría, si no bastase éste y el de los habitantes de Regio, que perdieron la vida y la plaza a manos de una legión que Roma había enviado para defenderlos [2]. Un príncipe o una república debe recurrir a cualquier expediente antes de meter en su Estado, para defensa suya, a gentes auxiliares, de las que todo dependa: cualquier

2. El hecho a que se alude aconteció durante la segunda guerra púnica,

Digitized by Google

pacto, cualquier convenio con el enemigo, por duro que sea, será menos gravoso. Leyendo bien las cosas pretéritas, y meditando las presentes, se verá que por uno que se benefició fueron infinitos los que se arrepintieron. Un príncipe o una república codiciosa no encontrará mejor ocasión de adueñarse de una ciudad o de una provincia, que ceder a los ruegos de ésta para que envíe fuerzas en su defensa. Por ende, el ambicioso que, para defender y para atacar a otro, reclama semejante socorro, procura adquirir lo que no puede tener y puede ser fácilmente desposeído de aquello que conquista el otro. Sin embargo, la gran ambición del hombre le impide recordar, cuando trata de satisfacer un deseo inmediato, el mal que en breve tiempo quizá le resulte de ello. En esto como en otras cosas dichas, no hacen mella en él los antiguos ejemplos, pues, de lo contrario, comprendería que la liberalidad con los vecinos, y el pensamiento, al parecer, ajeno al ansia de dominarlos, los arroja a sus brazos, como más abajo se referirá de los capuanos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXI

El primer pretor que los romanos enviaron a un lugar fue a Capua, al cabo de cuatrocientos años de guerrear

Harto se ha tratado de cuán diferentes eran los romanos en sus conquistas de los que en la actualidad amplían sus jurisdicciones, y de cómo respetaban su unidad y sus leyes, aunque se les hubiesen rendido, sin dejar en ellas ningún indicio de la autoridad de Roma; antes bien, les imponían algunas condiciones y conservaban su Estado y su dignidad mientras las observaban. No mudaron esta conducta hasta que, saliendo de Italia, comenzaron a convertir reinos y Estados en provincias.

Se tiene de ello un clarísimo ejemplo en que el primer pretor que enviaron fue a Capua y no por ambición, sino porque lo solicitaron los capuanos, los cuales, metidos en discordias, juzgaron que les convendría tener en la ciudad un ciudadano romano que los reorganizase y unificara. Los habitantes de Anzio, por iguales motivos, y ante aquel precedente, también les pidieron

Digitized by Google

un pretor. Tito Livio expresa sobre este hecho y la nueva forma de autoridad: «*Quod iam non solum arma, sed iura romana pollebant*»[1]. Véase, por tanto, cuánto facilitó el crecimiento romano esta circunstancia. Las ciudades, en especial si están acostumbradas a la libertad o a que las administren sus magistrados, aceptan de modo distinto un dominio que no ven, aunque suponga alguna gravedad, que el que ven a diario y les parece que reprocha cada día su servidumbre. Se produce, además, otro bien para el príncipe. No teniendo cerca sus ministros, jueces y magistrados que, civil o criminalmente, administran aquellas ciudades, jamás será acusado de infamia y evita muchos motivos de calumnia y de odio. Muchas pruebas antiguas de ello podrían aducirse, pero tenemos una fresca en Italia. Génova, como el mundo sabe, muchas veces ocupada por los franceses, recibió siempre del rey, salvo al presente, un gobernador francés que la administre en su nombre. Únicamente ahora, no por elección, sino por necesidad, el monarca ha permitido que se rija a sí misma con un gobernador genovés. Quien se pregunte cuál de estos dos sistemas la pondrá más segura en poder del soberano y contentará más al pueblo, se decidirá sin duda por el segundo. A más de esto, los hombres se te entregan cuando parezcas ajeno a dominarlos, y menos temen por su libertad cuanto más humano y afable seas con ellos. Esa afabilidad, esa libera-

1. «Ya no sólo las armas, sino las leyes romanas se propagaban» (Tito Livio, IX, 20).

Digitized by Google

lidad, hizo que los capuanos se precipitaran a pedir el pretor a Roma; en cambio, si los romanos hubieran revelado el más mínimo interés en hacerlo, se hubieran llenado de celo, apartándose de ellos. ¿Hemos de buscar ejemplos en Capua y en Roma, teniéndolos en Florencia y en Toscana? Sabido es cuánto tiempo ha que la ciudad de Pistoya entró voluntariamente en el dominio florentino [2], y también la enemistad existente entre florentinos y pisanos, luqueses y sieneses. Esta diferencia de afectos no obedece a que los pistoyeses no estimen como los otros su libertad, y no se tengan en tanto como ellos, sino a que los florentinos se portaron siempre con ellos como hermanos y con los otros como enemigos. Por ello los pistoyeses corrieron a incorporarse a su imperio y los restantes han procurado por todos los medios no caer en él. Indudable es que si los florentinos, con leyes o auxilios, hubiesen amansado, en lugar de enfurecer, a sus vecinos, en este instante serían señores de Toscana. No se interprete esto como que yo soy contrario al empleo de las armas y de la violencia; pero deben reservarse como último recurso, donde y cuando no basten los otros expedientes.

2. Se incorporó a los florentinos en 1306.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXII

Cuántas veces se equivocan los hombres al juzgar las cosas grandes

Cuán falsas son en muchas ocasiones las opiniones humanas, lo comprobaron y lo comprueban los testigos de sus resoluciones, que, si no las toman hombres excelentes, a menudo son contrarias a la verdad y a la necesidad. Los hombres que sobresalen en las repúblicas corrompidas, principalmente en estos tiempos, se hallan enemistados por envidia y otras causas codiciosas, por lo que se sigue al que se juzga equivocadamente bien, o al que promete favores antes que el bien general. Estos errores se descubren en la adversidad, y la necesidad obliga a recurrir a los olvidados en los tiempos prósperos, como en su lugar se tratará. Hay cosas que engañan sin dificultad a los inexpertos, con encerrar en sí muchos hechos verosímiles que persuaden de lo que se espera. Lo decimos por aquello de que el pretor Numisio convenció a los latinos, vencidos por los romanos, y por lo que pocos años hace creían muchos, cuando el rey Francisco I de Francia se

Digitized by Google

dispuso a tomar Milán, defendida por los suizos. Muerto Luis XII, le sucedió en el trono francés Francisco de Angulema, deseoso de recobrar el ducado de Milán, que pocos años antes habían ocupado los suizos, alentados por el papa Julio II. Buscó apoyo en Italia, para que la empresa resultase más fácil, y amén de los venecianos, a los que Luis se había ganado, tentaba a los florentinos y al pontífice León X, porque había tropas del rey de España en Lombardía y otras fuerzas del emperador en Verona. El papa León no cedió a sus instancias, sino obedeció a los que le aconsejaban (según se dice) que permaneciese neutral, asegurando que en ello vencería, porque no convenía a la Iglesia dar poder en Italia ni al rey ni a los suizos, antes bien recobraría su pasada libertad zafándose de la servidumbre de uno y otros. Para vencerlos, aislados o a los dos juntos, mejor era esperar que combatieran entre sí, después de lo cual la Iglesia y sus amigos atacarían al triunfador. Era imposible hallar mejor ocasión que aquélla, estando uno y otro en campaña; el Papa daría orden a sus fuerzas de que se presentasen en las fronteras de Lombardía, cerca de ambos ejércitos, y estuvieran en ellas como para custodiar sus dominios, en espera de la batalla, que, siendo los adversarios valerosos, tenía que ser cruel para ambos y dejar al vencedor tan debilitado, que las tropas pontificias le atacarían y derrotarían: así cosecharía gloria el Papa y se transformaría en señor de Lombardía y árbitro de toda Italia. La falsedad de este parecer quedó manifiesta en el resultado del proyecto: vencidos los

Digitized by Google

suizos tras larga y reñida pelea [1], las gentes del Papa y de España no se apercibieron a atacar a los vencedores, sino a huir. Nada les hubiera aprovechado la retirada; pero la humanidad o la sangre fría del rey le impidió que buscara una segunda victoria y pactó con la Iglesia.

La anterior opinión se apoyaba en razones que parecen, al pronto, verdaderas, pero son por completo ajenas a la verdad. Raras veces, en efecto, el triunfador pierde muchos soldados, que mueren en la pelea y no en la fuga, y en el ardor del combate, cuando los hombres se enfrentan, caen pocos, sobre todo porque suele durar breve tiempo. En el supuesto de que durase mucho y perecieran numerosos vencedores, la victoria concede tanta nombradía y produce tanto miedo, que compensa de sobra la pérdida de soldados. Se engañaría el ejército que fuese a buscarlos en la creencia de que están debilitados, a menos que estuviese en condiciones de pelear con ellos en cualquier tiempo y antes de la victoria. En este caso podría, según su suerte y esfuerzo, vencer o perder; pero el que triunfase en la lucha anterior, gozaría de mayores ventajas que el otro. Se sabe así por la experiencia de los latinos y por el daño que sufrieron creyendo la falacia del pretor Numisio. Derrotados los latinos por los romanos, pregonaron por todo el Lacio que había llegado la ocasión de atacar a los romanos, debilitados por la pelea que habían tenido con ellos, y que sólo conservaban el nombre de victoriosos, porque habían sufrido

1. En Mariñán (1515).

Digitized by Google

todos los males restantes como si hubiesen sido vencidos: los desbarataría una fuerza reducida que los acometiera. Los pueblos crédulos congregaron un nuevo ejército, fueron derrotados en seguida y hubieron de dolerse como siempre se dolerán cuantos opinen como ellos.

Digitized by Google

XXIII

Cómo los romanos rehuían el término medio cuando juzgaban a sus súbditos por algo

«*Iam Latio is status erat rerum, ut neque pacem neque bellum pati possent*»[1]. Entre las situaciones desdichadas es desdichadísima la de un príncipe o una república reducida a términos que no le permiten admitir la paz ni soportar la guerra. En ella se encuentran aquellos a que ofenden las condiciones de la paz y que, deseando hacer la guerra, han de entregarse a quien los auxilie o ser presa del enemigo. A esto se llega por malos consejos y pésimas decisiones, como no haber medido bien las propias fuerzas, como antes se dijo. La república o el príncipe que bien las mide, será muy raro que llegue al aprieto de los latinos, los cuales pactaron con los romanos cuando no debían pactar, y guerrearon con ellos cuando no debían guerrear, consiguiendo de esta suerte

1. «El Lacio estaba en trance de no poder soportar ni la guerra ni la paz» (Tito Livio, VIII, 13).

BIBLIOTECA D UNIVERSIDAD UNIVERSITAS
Digitized by Google

que la enemistad romana les fuese tan perjudicial como la amistad. Los latinos sufrieron una aflictiva derrota, primero por obra de Manlio Torcuato y después por Camilo. Éste les obligó a ponerse a merced de los romanos y, habiendo distribuido guarniciones en todas las plazas del Lacio y tomado rehenes de todas, volvió a Roma refiriendo que el Lacio entero se hallaba en poder del pueblo romano. Este juicio notable merece ser observado de los príncipes, a fin de poder imitarlo cuando se presente la ocasión; de aquí que yo cite las palabras que Livio pone en boca de Camilo, que declaran cómo aumentaban sus dominios los romanos y cómo en cuestiones de Estado esquivaban el término medio y recurrían a los extremos. Un gobierno consiste, efectivamente, en hacer que los sometidos no puedan ni deban perjudicar: eso se consigue asegurándose de que no podrán dañar de ningún modo, o beneficiándolos hasta el punto de que no deseen cambiar de estado. Así se entiende primeramente por la proposición de Camilo y luego según la interpretó el Senado. Las frases fueron éstas: «*Dii inmortales ita vos potentes huius consilii fecerunt, ut, sit Latium, an non sit, in vestra manu posuerint. Itaque pacem vobis, quod ad Latinos attinet, parare in perpetuum, vel saeviendo vel ignoscendo potestis. Vultis crudelius consulere in deditos victosque? Licet delere omne Latium. Vultis exemplo maiorum augere rem romanam, victos in civitatem accipiendo? materia crescendi per summam gloriam suppeditat. Certe id firmissimum imperium est, quo obedientes gaudent. Illorum igitur*

Digitized by Google

animos, dum expectatione stupent, seu poema, seu beneficio, præoccupari oportet» [2]. A la proposición siguió la deliberación del Senado, la cual fue conforme a las palabras del cónsul: fueron de lugar en lugar beneficiando o castigando a las personas de nota. A los beneficiados concedieron exenciones, privilegios, su propia ciudad y toda suerte de seguridades; expulsaron a los castigados de la población enviando colonos, los trasladaron a Roma y los abrumaron de tal modo que no pudieron perjudicar ni con las armas ni con la inteligencia. Jamás se quedaron a medias, como se dijo, en el trato de los notables. Los príncipes deben imitar este juicio. ¡Ojalá lo hicieran los florentinos en 1502, cuando se reveló Arezzo y todo el Val di Chiana! Hubieran asegurado su autoridad y engrandecido sumamente a Florencia, dándole las tierras que le faltan para vivir. Pero se sirvieron del peligrosísimo término medio al juzgar a los hombres, y desterraron a unos aretinos y condenaron a otros, y a todos los despojaron de los honores y antiguos cargos, aunque dejaron

2. «Los dioses inmortales os hicieron tan poderosos, que de vosotros depende que el Lacio sea o no sea. En lo que importa a los latinos, podéis asegurar una paz perpetua, bien con la severidad, bien con la clemencia. ¿Queréis ser crueles con los pueblos sometidos y vencidos? Destruid, entonces, el Lacio. ¿Queréis, como vuestros antepasados, acrecentar el poder de Roma, admitiendo a los derrotados por conciudadanos vuestros? La ocasión es propicia para engrandeceros cubriéndoos de gloria. Ciertamente, el imperio más firme es el que se goza en la obediencia. Mientras la espera los tiene en el estupor, conviene que preocupéis su imaginación con el castigo o con el beneficio» (Tito Livio, VIII, 13).

Digitized by Google

la ciudad intacta. Si algún ciudadano proponía, en los consejos, que se desmantelara Arezzo, los que más sabios parecían afirmaban que aquello deshonraría a la república, porque semejaría que Florencia carecía de fuerza para conservarla. Estas razones son del linaje que parece verídico y no lo es, porque, por lo mismo, no habría que condenar a un parricida, a un criminal o a un alborotador, pues el príncipe debería avergonzarse de no tener fuerza para moderar a un hombre solo. No se percatan los de tales opiniones de que los hombres en particular y toda una ciudad pecan en ocasiones contra una situación, ni de que el príncipe debe castigarlos tanto para que sirva de ejemplo, como en beneficio de la propia seguridad. El mérito estriba en poder y saber castigarlos, no en conservarla con mil riesgos y altibajos, porque el príncipe que no castiga al que delinque, estorbando que vuelva a transgredir, logra el dictado de ignorante o de vil. Confirma la necesidad de la sentencia de los romanos la que dieron sobre los pipernos. Mediante el texto de Livio se notan dos cosas: una, como arriba se indicó, que los sometidos deben ser premiados o castigados; otra, cuánto ayudan la generosidad de ánimo y la franqueza, cuando lo hacen los hombres discretos. El Senado romano se reunió con el fin de juzgar a los pipernos, que se habían sometido a la fuerza tras su rebelión contra la obediencia romana. El pueblo de Piperno envió muchos ciudadanos para que impetrasen el perdón del Senado, y llegados a la presencia de éste, un senador dijo a uno de ellos: «*Quam poenam meritos Privernates*

Digitized by Google

censeret,»[3] A lo que respondió el piperno: «*Eam quam merentur qui se libertate dignos censent*» [4]. El cónsul replicó a esto: «*Quid si poenam remittimus vobis, qualem nos pacem vobiscum habituros speremus?*» [5] El preguntado contestó: «*Si bonam dederitis, et fidelem et perpetuam; si malam, haud diuturnam*» [6]. Muchos senadores se alteraron, pero el núcleo más prudente de ellos dijo: «*Se audivisse vocem et liberi et viri, nec credi posse ullum populum, aut hominem denique in ea conditione cuius eum poenitat, diutius quam necesse sit, mansurum. Ibi pacem esse fidam, ubi voluntarii, paeati sint, negue eo loco ubi servitutem esse velint, fidem sperandam esse*» [7]. A estas palabras, deliberaron que los pipernos fuesen ciudadanos romanos y los honraron con los privilegios cívicos, diciendo: «*Eos demum qui nihil praeterquam de libertate cogitant, dignos esse qui Romani fiant*» [8]. Place a los espíritus generosos esta respuesta franca y longánima; cualquiera otra hubiera sido men-

3. «¿Qué pena merecían los pipernos, según él?» (Tito Livio, VIII, 21).
4. «La que merecen los hombres que se creen dignos de la libertad» (ibíd.).
5. «Si os perdonamos, ¿qué paz podemos esperar de vosotros?» (ibíd.).
6. «Si nos la dais ventajosa, será segura y duradera; si mala, de corta duración (ibíd.).
7. «Las palabras que hemos oído son las de un hombre íntegro y libre. ¿Puede imaginarse que un pueblo, un hombre, quiera permanecer en un estado insoportable más tiempo del que le fuerza la necesidad? La paz es segura desde el momento en que se pacta voluntariamente; pero donde se impone la esclavitud, no hay que esperar ninguna fidelidad» (ibíd.).
8. «En suma, puesto que no piensan sino en la libertad, son dignos de ser romanos» (ibíd.).

Digitized by Google

daz y cobarde. Los que piensan de otro modo de los hombres, mayormente de los acostumbrados a vivir libres o a parecer que lo son, se engañan, por cuya quimera se toman partidos malos e insatisfactorios. Así nacen las sublevaciones y las ruinas de los Estados. Volviendo a nuestro tema, concluyo, pensando en ésta y en la sentencia sobre los latinos, que las ciudades poderosas y libres han de ser destruidas o halagadas, porque otro juicio sería inútil. Rehúyase el término medio, que es pernicioso, como lo fue a los samnitas: encerraron a los romanos en las Horcas Caudinas, pero no quisieron seguir el parecer del anciano, que aconsejaba dejar libres y honrados a los vencidos o matar a todos, y eligiendo una vía intermedia, los desarmaron, los hicieron pasar bajo el yugo y los soltaron llenos de ignominia y de enojo. El daño posterior les reveló lo acertado de la sentencia del viejo y lo dañoso de lo resolución que habían tomado, como en su lugar se discurrirá más largamente.

Digitized by Google

XXIV

Las fortalezas son generalmente más perjudiciales que útiles

Tal vez los sabios contemporáneos afeen a los romanos no haber edificado alguna fortaleza para mantener a raya a los pueblos del Lacio y a la ciudad de los pipernos cuando los vencieron, alegando el dicho florentino de que Pisa y otras poblaciones semejantes deben poseerse con fortalezas. Los romanos hubieran pensado edificarlas, si hubiesen sido como ellos, mas no lo hicieron porque otro era su valor, otra su cordura y otro su poder. Roma, en tanto fue libre y siguió sus virtuosos mandamientos e instituciones, nunca las edificó con tal propósito, aunque respetó algunas de las existentes. Comparando su proceder con el de los príncipes de nuestra edad, consideraré si deben construirse y, entonces, si aprovechan o dañan al que las levanta. Las fortalezas se hacen para defenderse de los enemigos o para defenderse de los súbditos. En el primer caso no son necesarias y en el segundo son perjudiciales. Empezando por justificar esto último, digo que el

Digitized by Google

príncipe o la república temen la rebelión de sus sujetos, que le odian por sus malos hechos. Éstos nacen de creer que los puede someter por la fuerza o de la imprudencia en gobernarlos, y una de las cosas que convencen de que se puede forzarlos son las fortalezas. Los malos tratos, causa del odio, derivan en buena parte de que el príncipe o la república tienen fortalezas, las cuales son entonces mucho más nocivas que provechosas. En primer lugar, como se dijo, te hacen ser más audaz y más violento con los súbditos, desde que gozas de la seguridad anhelada. Sin embargo, el rigor y la violencia que se usan para dominar a un pueblo resultan estériles, salvo en dos casos: cuando puedas disponer de un buen ejército, como los romanos, y cuando los disperses, impidas, desordenes y desunas de forma que no puedan ponerse de acuerdo en atacarte, porque si los empobreces, «*spoliatis arma supersunt*» [1], y si los desarmas, «*furor arma ministrat*» [2]. Mata a los jefes y continúa injuriando a los otros, y los jefes renacerán como las cabezas de la hidra. Las fortalezas que hagas son útiles en la paz, porque te envalentonan para hacer el mal; en los tiempos de guerra son inutilísimas, pues las asaltan el enemigo y los sujetos, y no es posible que resistan a uno y a otros. Y en nuestra época menos sirven a causa de la artillería, cuyo contundente efecto imposibilita la defensa, como dijimos, de los lugares pe-

1. «Al desdichado arruinado le quedan aún las armas» (Juvenal, *Sátiras*, VIII, 123).
2. «El furor proporciona armas» (Virgilio, *Eneida*, I, 150).

Digitized by Google

queños y desprovistos de reparos a que retirarse.

Me propongo discurrir sobre esta materia más por lo menudo. Tú, príncipe, quieres frenar el pueblo de tu ciudad con esas fortalezas; tú, seas príncipe o república, pretendes señorear en una ciudad ocupada durante la guerra. Dirigiéndome al príncipe, le digo que esa fortaleza no puede ser más inútil, en el objeto de contener a sus ciudadanos, por las razones ya expuestas, porque te incita a oprimirlos, y la opresión les dipone a tu ruina, enardeciéndoles tanto, que la fortaleza no logra protegerte. Un príncipe sabio y bueno, para seguir siéndolo y no proporcionar penas a los hijos, jamás hará fortalezas, confiando en la benevolencia de los hombres. El conde Francisco Sforza, llegado a duque de Milán, reputado por sabio, erigió una fortaleza en aquella ciudad; en ello, afirmo, no fue prudente, y el tiempo ha demostrado que la edificación dañó más que protegió a sus sucesores, que no escatimaron ningún género de violencia, persuadidos de que gracias a ella estaban a salvo y podían ofender a los ciudadanos y súbditos suyos. Suscitaron un odio enconado y perdieron el Estado en cuanto el enemigo los atacó; ni la fortaleza los protegió, ni les aprovechó en la guerra, al paso que en la paz les hizo un daño considerable. Si no la hubiesen tenido, y si con poca prudencia hubieran zaherido a sus ciudadanos, habrían descubierto antes el peligro, se habrían enmendado y hubieran logrado resistir más animosamente la embestida francesa con sus súbditos amigos sin la fortaleza, que con ella después de enemistarse con sus sujetos. Esa clase

Digitized by Google

de edificios no te socorren: o se pierden por traición de los que los guarnecen, o por violencia del atacante, o por hambre. En el caso de recobrar un Estado perdido, en que sólo poseas la fortaleza, precisas de un ejército con que acometer al que te expulsó; y si tienes ese ejército, reconquistarás el Estado de cualquier manera, aunque no existiera la fortaleza, tanto más cuanto los hombres te estimarían más que si los hubieran maltratado fiándote de ella. La experiencia muestra que la fortaleza de Milán no sirvió en absoluto ni a los Sforza, ni a los franceses, ni a los adversarios de unos y otros, antes acarreó a todos incontables males y quebrantos, porque impidió que buscaran una forma más honesta de regir aquel Estado. El hijo de Federico, Guidobaldo, duque de Urbino [3], que en su época fue un célebre capitán, perdió el Estado por obra de César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, y cuando después lo recobró por casualidad, ordenó desmantelar todas las fortalezas de su tierra, considerándolas perjudiciales. No las quería por respeto a los hombres que le amaban, y vio que no le defendían del enemigo y que para esto necesitaba un ejército aguerrido. El papa Julio, expulsados los Bentivoglio de Bolonia, levantó en aquella ciudad una fortaleza y mandó que un gobernador suyo acuchillase al pueblo; el pueblo se sublevó y perdió la fortaleza, de forma que no le auxiliaron ni las ofensas ni aquel edificio, mientras que, portándose de otra manera, no habría tenido que arrepen-

3. Cf. *El Príncipe,* cap. XX.

Digitized by Google

tirse. Nicolás da Castello, padre de los Vitello, volvió a su patria, de la que había sido desterrado, e inmediatamente arruinó las dos fortalezas, debidas al papa Sixto IV, juzgando que recobraba sus dominios por la benevolencia del pueblo, no por aquéllas. El ejemplo más reciente y más notable, que prueba lo que venimos diciendo, es el de Génova, acontecido no hace mucho. Sabido es que Génova, en 1507, se rebeló contra Luis XII, rey de Francia, el cual acudió en persona y con todas sus fuerzas para reconquistarla; una vez lo consiguió, estableció la fortaleza más poderosa de que se tiene noticia al presente, inexpugnable por su emplazamiento y demás circunstancias, erigida en el promontorio que penetra en el mar, al que los genoveses llaman Codefà, desde donde dominaba todo el puerto y gran parte de la ciudad. En 1512 las gentes francesas fueron arrojadas de Italia y Génova se sublevó a pesar del bastión; cuidóse del asedio de éste Octaviano Fregoso, el cual, con todo arte, tras dieciséis meses de asedio, lo tomó por hambre. Todos creían que la conservaría como refugio, y muchos así se lo aconsejaban; pero él, a fuer de varón prudentísimo, la arruinó, pues conocía que la voluntad de los hombres mantiene a los príncipes y no las fortalezas. Así tiene su Estado, fundado únicamente en su valor y en su sagacidad. Antes dominaban el gobierno genovés no más de mil infantes; ahora, los adversarios lo han asaltado sin fruto con diez mil. Véase, pues, que la destrucción de la fortaleza no ha sido nociva a Octaviano y que, en cambio, el construirla perjudicó al rey, porque recu-

Digitized by Google

peró, cuando vino a Italia, con su solo ejército y sin fortaleza Génova; pero cuando no pudo acudir con el ejército, no conservó Génova a pesar de la fortaleza. A expensas del monarca corrió la construcción y la vergüenza de perderla; para Octaviano fue gloria conquistarla y útil arruinarla.

Pensemos en las repúblicas que construyen fortalezas en las tierras que toman en vez de en su solar. Demuestra esta falacia, supuesto que no bastase el de Francia y Génova, el ejemplo de Florencia y de Pisa, en que los florentinos levantaron fortalezas para conservarla. No supieron que una ciudad, constante enemiga de Florencia, acostumbrada a vivir libre y que tiene en la rebelión el remedio de la libertad, exige para su conservación que se observe la conducta romana, halagándola o destruyéndola. La utilidad de las fortalezas se comprobó en la venida del rey Carlos, al que se rindieron por la poca lealtad de su guarnición o por miedo a males peores. Si los florentinos no las hubiesen tenido, no hubieran fundado la posesión de Pisa en ellas, ni el rey hubiese logrado privarles de la ciudad con ellas. Los otros medios habrían sido sin duda suficientes para conservarla y no hubiesen tenido peor fruto que las fortalezas. En resumen, las fortalezas perjudican en el mantenimiento de la patria y son inútiles para retener las tierras conquistadas. Básteme la autoridad de los romanos, que derribaban los muros y no amurallaban las plazas que retenían con la fuerza. El que alegue contra esta opinión a Tarento en la Antigüedad y a Brescia en los tiempos modernos, lugares que se recobraron de la rebelión de los

Digitized by Google

súbditos gracias a las fortalezas, repare en que Fabio Máximo fue enviado a la primera, al cabo de un año, con todo el ejército, que la hubiese recuperado aun sin la fortaleza, y que si Fabio usó aquel procedimiento, otro hubiera empleado con el mismo resultado en caso de no existir la fortaleza. Ignoro qué utilidad puede tener ésta en la reconquista de una plaza, habiendo un ejército consular y un Fabio Máximo por jefe. Los romanos la habrían reconquistado de todos modos, como lo prueba el ejemplo de Capua, que, sin fortaleza y con el valor de las legiones, cayó en su poder. Cuidémonos de Brescia. Raras veces sucede lo que ocurrió en aquella rebelión, a saber, que la fortaleza que posees, en medio de la tierra sublevada, tenga un poderoso ejército cercano como el de los franceses. Monseñor de Foix, capitán del rey, estaba con sus tropas en Bolonia, cuando supo la pérdida de Brescia. Sin perder un momento, marchó en su dirección, llegó a Brescia en tres jornadas y la recuperó gracias a la fortaleza. Sin embargo, los sitiados en ella hubieron menester de un monseñor de Foix y de un ejército francés que en tres días la socorriesen. Por ello, este ejemplo no basta contra los opuestos, porque muchas fortalezas fueron tomadas en las guerras de nuestros tiempos, y vueltas a tomar, como se toma y se cobra de nuevo la campiña, no sólo en Lombardía, sino en Romaña, en el reino de Nápoles y en todas las partes de Italia. En cuanto a la edificación de fortalezas para protegerse de los enemigos exteriores, es innecesaria para los pueblos y los reinos dotados de buenos ejércitos, e

Digitized by Google

inútil para quienes carecen de ellos, porque los ejércitos disciplinados y belicosos se defienden sobradamente sin fortalezas y las fortalezas sin ejércitos de esa clase no pueden defenderte. Véase así en la experiencia de los que sobresalieron en los gobiernos y en otras cosas análogas, como Roma y Esparta. Los romanos no las edificaron y los espartanos no sólo se abstenían de ellas, sino prohibían que se murasen sus ciudades, buscando su única defensa en el valor de cada individuo. Un espartano, al que un ateniense preguntó si las murallas de Atenas le parecían bellas, respondió: «Sí, si estuviesen guarnecidas de mujeres.» Una fortaleza será a veces útil, aunque no necesaria, a un príncipe, señor de tropas excelentes, cuando esté en las costas y en la frontera de su Estado y pueda contener algunos días al enemigo. Pero no siendo así, le perjudicarán o resultarán vanas, lo primero porque las perderá fácilmente y servirán para combatirle; o si su fuerza impidiera que el enemigo las ocupe, quedarán a la retaguardia de éste y no rendirán fruto alguno. Los ejércitos aguerridos, que no topan con encendida oposición, penetran en el territorio enemigo, prescindiendo de ciudades y fortalezas, que dejan a su espalda, como se lee en las antiguas historias y como hizo Francisco María[4], no hace mucho, al atacar Urbino, que prescindió de diez ciudades que restaban por vencer en su retaguardia. El príncipe que reúne un buen ejército, puede descuidar la edificación de fortalezas; el que no lo consiga,

4. Della Róvere; cf. *supra*, II, 10.

Digitized by Google

debe renunciar a ellas. Reforzará la ciudad en que reside, pertrechándola y animando a los ciudadanos para sostener el ataque enemigo hasta que le libre un pacto o la ayuda externa. Las otras precauciones sobran en los tiempos de paz y son estériles en los de guerra. Reflexionando todo lo dicho, sabrá que los romanos, sabios en todo, fueron, por tanto, prudentes en lo relativo a los latinos y los pipernos, de los que se aseguraron con medios más valerosos y más discretos, sin pensar en las fortalezas.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXV

Es un error atacar una ciudad desunida a fin de apoderarse de ella aprovechando sus discordias

La desunión que había en la república romana entre la plebe y la nobleza, hizo pensar a los veyentes y a los etruscos que podrían explotarla para raer el nombre de Roma. Reunieron sus ejércitos y recorrieron los campos de Roma. El Senado envió contra ellos a Gayo Manilio y Marco Fabio, que condujeron sus tropas a la presencia del enemigo. Los veyentes no cesaron de ofender y vituperar la romana fama con ataques y oprobios, hasta que su desconsiderada temeridad y su insolencia unió a los romanos desunidos y, trabada la pelea, los derrotaron. Los hombres, pues, se engañan, como dijimos, en sus decisiones, perdiendo muchas veces la cosa que creen ganar. Imaginaron los veyentes que vencerían a los romanos desunidos, y su ataque motivó la unión de éstos y la ruina propia, porque así como las discordias surgen en las repúblicas como fruto del ocio y de la paz, así la unión se fragua a causa del miedo y de la guerra. Los veyentes hubieran procedido como sabios no guerreando con la anárquica Roma, sino oprimiéndola con artes pacíficas.

Digitized by Google

Eso se logra procurando convertirse en amigo de la ciudad desunida y presentarse por árbitro de sus partidos hasta que recurran a las armas. Así que luchen, hay que ayudar con parsimonia al bando más débil, tanto a fin de que se consuma en la pelea, como para que no sospeche que te propones oprimirle y trocarte en su señor. Si bien lo haces así, conseguirás al cabo el fin que te propusiste. La ciudad de Pistoya, como en otro discurso y con otro objeto se narró, no se incorporó a la república de Florencia más que con esta arte. Estando dividida, y favoreciendo los florentinos ora un bando ora otro, sin apoyar decididamente a ninguno, la redujeron a que, hastiada de tumultos, se echase espontáneamente a los brazos de Florencia. Siena no cambió de estado con la ayuda de Florencia, sino cuando los favores fueron de poca monta y escasos. Cuando fueron importantes y jactanciosos, aquella ciudad se unión en defensa de su Estado. Añadiré otro ejemplo a lo sobredicho. Felipe Visconti, duque de Milán [1], guerreó muchas veces contra los florentinos, inducido por sus desuniones, y siempre salió perdidoso, y se llegó a lamentar de que la locura florentina le había hecho gastar inútilmente en sus empresas más de dos millones en oro. Se engañaron, pues, como antes se anunció, los veyentes y los etruscos en su juicio, y una batalla sola dio la victoria a los romanos. Por ello, se engañará en lo futuro cualquiera que, por el mismo procedimiento y similar razón crea que le será posible dominar un pueblo.

1. 1391-1447.

Digitized by Google

XXVI

El vilipendio y el improperio engendran el odio contra su autor sin que le sea provechoso

Creo que una de las mayores prudencias en el hombre es abstenerse de amenazar o insultar alguno de palabra, porque ambas cosas hacen más cauto al enemigo, en vez de debilitarle, aumentan su odio contra ti y le incitan a vengarse. Así se observa en el ya referido ejemplo de los veyentes, que a la afrenta de la guerra añadieron la injuria oral contra los romanos. Los capitanes discretos deben impedir que sus soldados lo hagan, porque son cosas que enardecen y exasperan la venganza enemiga, y no estorban su ataque, sino con todas las armas unidas corren contra ti. Hay un famoso ejemplo de ello en Asia. Gabaudes, jefe de los persas, se dispuso a levantar el asedio de Amida por hastío, en el que había empleado más tiempo del supuesto, y los moradores de la plaza acudieron a los muros, ensoberbecidos por la victoria, cuando ya se levantaba el campamento, y colmaron al enemigo de todo género de improperios, acusándole y afeándole de cobarde y poltrón.

Digitized by Google

Gabaudes, irritado, cambió de parecer y reanudó el sitio, con tanta indignación de las injurias recibidas, que unos cuantos días más tarde conquistaba la ciudad y la saqueaba. Lo mismo hicieron los veyentes, como se ha dicho, que no contentos con mover guerra a los romanos, los vituperaron de palabra al pie mismo de la estacada del campamento, irritándolos más de boca que con las armas. Los soldados que habían combatido con desgana, obligaron a los cónsules a entablar batalla y los veyentes recibieron el castigo de su contumacia. Por consiguiente, los jefes militares y los buenos gobernantes procurarán que los insultos y ofensas no se oigan ni en su ciudad ni en su ejército, ni entre sí ni contra el enemigo. Si contra el enemigo surten los efectos descritos, peores tienen en los hombres propios, como siempre advirtieron los varones prudentes. Las legiones romanas dejadas en Capua se conjuraron contra los capuanos, como en su lugar se narrará, de lo cual nació una sedición, que aplacó Valerio Corvo. Entre los mandamientos que se decidieron hubo el de establecer penas severísimas contra el que reprochase a alguno de los soldados sediciosos. Tiberio Graco, nombrado, en la guerra de Aníbal, capitán de cierto número de esclavos que los romanos habían armado, dada la carencia de hombres, impuso, entre sus primeras órdenes, la pena capital contra quien recordase su servidumbre. Tan perjudicial consideraron los romanos, insistimos, vilipendiar a los hombres y reprocharles algún baldón. Como nada hay que más encolerice a los varones ni que engendre mayor odio, que el

Digitized by Google

insulto de veras o de burlas, se dijo: «*Nam facetias asperæ, quando nimium ex vero traxere, acrem sui memoriam relinquunt*» [1].

1. «Las injurias graves, cuando se profieren con excesiva crueldad, dejan amarga memoria.»

Digitized by Google

Digitized by Google

XXVII

Los príncipes y las repúblicas prudentes se limitarán a vencer, porque, de lo contrario, corren a su perdición

Hablar contra el enemigo de forma poco honorable se debe casi siempre a la insolencia que te proporciona la victoria o la falta de esperanza en ella. Esta última hace que los hombres yerren no sólo en el decir, sino en el obrar. Al penetrar en los pechos de los hombres, esa esperanza les arrebata la cordura y pierden muchísimas veces la ocasión de lograr un bien cierto por la ilusión de obtener un mejor incierto. He aquí algo que demanda consideración, porque engaña muy a menudo a los hombres con daño suyo. Lo demostraré con ejemplos antiguos y modernos, porque los razonamientos no lo prueban con tanta claridad. Aníbal, tras la derrota de los romanos en Canas, envió embajadores a Cartago que refiriesen la victoria y demandasen subsidios. El Senado trató de lo que se haría. Anón, viejo y prudente ciudadano cartaginés, aconsejó que se emplease aquel triunfo con discreción en hacer la paz con

Digitized by Google

los romanos, porque se lograría de modo honroso por haber vencido y no esperarían tenerla después de la pérdida; la intención de Cartago era enseñar a Roma que podía combatir con ella, y habiéndose alcanzado la victoria, no había que arriesgarse a perderla con la esperanza de una mayor. No se escuchó el consejo, que el Senado cartaginés reconoció por sabio más tarde, cuando se hubo perdido la ocasión. A Alejandro Magno, entonces ya conquistador de todo el Oriente, en vista de su grandeza, la república de Tiro, noble en aquella edad y poderosa por tener como Venecia su ciudad en agua, envió embajadores con el recado de que serían buenos servidores suyos, dispuestos a rendirle homenaje, pero que no le aceptarían en la plaza con sus tropas. Despechado Alejandro de que quisiera cerrarle las puertas una ciudad, cuando todo el mundo le había abierto las suyas, los rechazó sin aceptar las condiciones y fue a combatirla. La plaza, en medio del agua, poseía muchísimas vituallas y demás municiones adecuadas para la defensa. Al cabo de cuatro meses, comprendió Alejandro que una ciudad arrebataba a su gloria el tiempo de que no le habían privado otras conquistas, y quiso concederle aquello que había perdido. Pero los de Tiro, ensoberbecidos, no sólo se negaron a ello, sino mataron a los enviados. Entonces, irritado, Alejandro se dedicó a la expugnación con tanto vigor que la tomó, la destruyó y mató o esclavizó a los habitantes.

En 1512 un ejército español entró en los dominios florentinos para restablecer los Médicis en

Digitized by Google

Florencia e imponer rescate a la ciudad, a instigación de ciudadanos que les habían asegurado que tomarían las armas a su favor en cuanto estuvieran en el interior del territorio. Pero, una vez en el llano, no descubrieron los españoles a nadie e intentaron pactar porque carecían de víveres. El pueblo de Florencia se negó con altanería, lo cual acarreó el saqueo de Prato y la perdición de aquel Estado.

No cometerán, por tanto, los príncipes mayor error que rechazar todo acuerdo, especialmente si se les ofrece, cuando les atacan hombres mucho más poderosos que ellos, porque nunca será tan mezquino, que no encierre algún bienestar para el que lo acepte y en ello logrará una victoria parcial. Debió satisfacerse el pueblo de Tiro con que Alejandro aceptase las condiciones que antes rechazó, siendo no desdeñable victoria haber obligado a condescender, con las armas en la mano, a varón de tanta monta; debió satisfacer al pueblo florentino, como una victoria suficiente, que el pueblo español cediera a algunas de sus demandas y no saciara todas sus exigencias, porque la intención española era cambiar el gobierno de Florencia, apartarlo del bando de Francia y cobrar rescate. Si de las tres cosas hubiera tenido dos, que son las últimas, y al pueblo le hubiese quedado una, que era la conservación de su gobierno, hubiese existido para cada uno cierto honor y cierta satisfacción; el pueblo podía prescindir de aquellas dos cosas, conservando la vida, ni debía querer, aunque la victoria hubiera sido casi segura, poner la que le interesaba a discreción

Digitized by Google

de la fortuna, envidando su última puesta, la cual no arriesgará el prudente sino en un severo aprieto. Aníbal, partiendo de Italia, donde había permanecido dieciséis años cubierto de laureles, llamado por Cartago para que la socorriera, halló derrotados a Asdrúbal y Sífax, perdido el reino de Numidia y reducida la ciudad a los límites de sus murallas, único refugio del ejército. Conoció que era la última puesta de su patria, pero, antes de arriesgarla, quiso probar todos los remedios: no le avergonzó pedir la paz, en la que estaba el remedio, y no en la guerra, y al serle negada, se decidió a combatir como perdidoso, juzgando que quizá venciera y que si era vencido sería con gloria. Y si el valeroso Aníbal, acompañado de un ejército intacto, buscó la paz antes que la guerra, porque perdiendo su patria se convertiría en esclava, ¿qué hará otro que carezca de su valor y de su experiencia? Pero los hombres yerran no sabiendo poner límites a sus esperanzas, en las que fiándose sin tasa llegan a su ruina.

Digitized by Google

XXVIII

Cuán peligroso es para una república o para un príncipe no castigar un insulto inferido contra la nación o contra el ciudadano particular

Cuánto indignan las injurias a los hombres, se ve fácilmente por lo que aconteció a los romanos, cuando mandaron a los tres embajadores, los Fabios, a los galos que habían presentado sus tropas en Etruria y atacaban particularmente Chiusi. Los moradores de esta población habían pedido socorro a Roma contra los galos. Los tres Fabios habían recibido el encargo de disuadir, en nombre del pueblo romano, a los galos de hacerles la guerra. Pero hallándose trabada la pelea cuando llegaron los embajadores, y siendo hombres de más hechos que palabras, se pusieron inmediatamente del lado de los de Chiusi, y los galos, que los habían reconocido, volvieron toda la indignación que sentían contra los etruscos, sobre los romanos. Su enajenación creció de punto cuando lo supieron por los delegados que habían enviado al Senado romano para quejarse de aquel ultraje, pidiendo en satisfacción del perjuicio que

Digitized by Google

se les entregasen los Fabios; no solamente no lo consiguieron, ni fueron castigados, sino, además, los comicios los crearon tribunos con potestad consular. Viendo honrados los galos a los que no eran dignos más que de ser castigados, consideraron que había sido hecho en desprecio e ignominia suyos, y enardecidos de ira e indignación cayeron sobre Roma y la conquistaron salvo el Capitolio. Esta desgracia acaeció a los romanos porque habían faltado a la justicia, ya que sus embajadores, que debían haber sido castigados por pecar *contra ius gentium*, eran honrados. Considere bien cada república y cada príncipe que no debe hacer nunca injuria grave a una nación y ni a un simple particular; porque, si ofendido gravemente un hombre, ya por lo público, ya por un particular, no recibe satisfacción de ello, se vengará siempre de un modo funesto. Si vive en una república su venganza tenderá a arruinarla; si bajo un príncipe, y el ofendido tiene honor, no se calmará hasta que se haya desquitado en el propio señor, como quien representa su mal.

No hay ejemplo más palpable ni más verdadero de esto que el de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro. Había en su corte un Pausanias, joven bello y noble, por el cual sentía una infame pasión Atalo, uno de los primeros cortesanos de Filipo. Habiendo tratado inútilmente muchas veces que consintiera en sus deseos, concibió lograr por medio del engaño y de la fuerza lo que no podía alcanzar de otro modo. Para ello convidó a Pausanias y a muchos otros nobles a un festín, y después que todos estuvieron ahitos de manja-

Digitized by Google

res y de vino, hizo sujetar a Pausanias, le condujeron a un lugar apartado y Atalo no sólo desfogó su lujuria con la violencia, sino, para mayor ofensa, mandó que le ultrajasen de la misma forma otros muchos. Pausanias se quejó múltiples ocasiones de aquel insulto a Filipo, quien, después de haberle dado esperanzas de vengarle, no solamente no le satisfizo, sino entregó a Atalo el gobierno de una provincia de Grecia. Viendo Pausanias que su enemigo era honrado en lugar de castigado, dirigió su resentimiento no contra el autor de la injuria, sino contra Filipo, que no le había vengado. Y en la mañana solemne en que había de celebrarse la boda de la hija de Filipo, que la había concedido en matrimonio a Alejandro de Epiro, yendo el rey al templo para la ceremonia, entre los dos Alejandros, el yerno y el hijo, Pausanias le asesinó. Este ejemplo, muy parecido al de los romanos, debe ser tenido en cuenta por los gobernantes, que nunca han de menospreciar tanto a un hombre, que crea que, añadiendo injuria sobre injuria a la víctima, ésta no se vengará, aunque peligre su persona.

Digitized by Google

XXIX

La fortuna ciega el espíritu de los hombres, cuando no quiere que se opongan a sus designios

Si se considera bien la marcha de las cosas humanas, se reconocerá que con frecuencia sobrevienen accidentes contra los que los cielos no quisieron en absoluto que pudieran preservarse. Como esto ocurrió en Roma, en que había tanto valor, tanta piedad y un orden tan perfecto, no extrañará que ocurra más a menudo en una ciudad o en una provincia que no posea tales virtudes. La importancia de esta cuestión para probar la potencia del cielo sobre las cosas humanas, la prueba Tito Livio por extenso con frases muy adecuadas. Dice que quiso el cielo, con algún fin, enseñar a los romanos su poder, e hizo faltar a los Fabios, sus embajadores ante los galos, por lo cual éstos declararon la guerra a Roma; después dispuso que el pueblo romano no llevara a cabo cosa digna de su nombre, ordenando que se desterrase a Camilo, que hubiera sido el único remedio a tanta desdicha, a Ardea, y luego, llegando


Digitized by Google

los galos a Roma, los que tenían autoridad para ello no crearon en aquel caso un dictador, al paso que lo habían designado para contener el ímpetu de los volscos y de infinitos enemigos suyos; y en fin, eligieron los soldados fríamente y sin la conveniente diligencia, y empuñaron las armas con pereza, de modo que apenas estuvieron a tiempo de encontrar a los galos junto al río Alia, a diez millas de Roma. Los tribunos establecieron allí el campamento sin la habitual celeridad, ni elegir el lugar, ni rodearlo de fosos y estacas, en suma, sin preocupación alguna; se aprestaron a la batalla, disponiendo las hileras distanciadas... En suma, ni los soldados ni los jefes hicieron algo digno de la disciplina romana. En el combate hubo poca sangre, porque huyeron antes del primer encuentro. La mayoría se encaminó a Veyes y los restantes se retiraron a Roma, donde, sin pasar por sus casas, penetraron en el Capitolio. El Senado, sin pensar en la defensa de la ciudad, no sólo no cerró las puertas, sino huyó o se reunió con los otros en el Capitolio. Mas en el asedio no incurrieron de nuevo en el desorden: no llenaron el Capitolio de gente inútil y almacenaron en él todos los víveres que pudieron; la mayoría de los viejos, mujeres y niños huyó a las tierras vecinas, y el resto permaneció en Roma presa de los galos. Quien leyera las proezas de aquel pueblo en el pasado y después las de los tiempos que tratamos, no creería que se trata del mismo. Tito Livio, narrados los anteriores quebrantos, dice: «*Adeo obcæcat animos fortuna, cum vim suam ingruentem refringa non*

Digitized by Google

vult»[1], conclusión que no puede ser más acertada. Los hombres que viven del modo ordinario en las grandes adversidades y prosperidades son merecedores de poca loa y de escaso reproche, porque las más veces llegan a la ruina y a la grandeza por las facilidades que los cielos les dan, ofreciéndoles o quitándoles la ocasión de poder obrar con virtud.

Bien lo sabe hacer la suerte. Elige un hombre, al que quiere encumbrar, que con su inteligencia y su valor sepa percatarse de las ocasiones que le brinda. Igualmente, cuando desea producir desastre, suscita varones que ayudan a producirlo. Si hubiese alguno que pudiera contrariarla, lo mata o le priva de la facultad de intervenir con acierto. El texto apuntado revela que la fortuna, para acrecentar a Roma hasta su conocida grandeza, juzgó necesario abatirla (como discurriremos largamente en el principio del libro siguiente), pero no quiso arruinarla por completo. Hizo que se desterrase a Camilo en lugar de sentenciarle a la pena capital; hizo que fuera saqueada Roma y no el Capitolio; dispuso que los romanos fuesen a su ciudad sin pensar en cosa de provecho, pero no faltaron después algunos hombres valerosos que defendieran el Capitolio. Decidió, para que Roma cayera en poder del enemigo, que gran parte de los soldados vencidos en Alia se dirigiera a Veyes, y así cortó todos los medios de proteger la ciudad. Pero, al tiempo que esto ordenaba,

1. «Así ciega la fortuna los espíritus, cuando no quiere que nadie se oponga a su fuerza, ansiosa de vencer» (Tito Livio, V, 37).

Digitized by Google

preparó todo para la recuperación: condujo un ejército romano intacto a Veyes y a Camilo a Ardea, ofreciendo un capitán no mancillado por la derrota, con la reputación íntegra, para el rescate de su patria. Habría que presentar algún ejemplo moderno en confirmación de lo dicho; pero lo dejaremos de lado, porque el referido basta al efecto propuesto. Afirmó, pues, de nuevo qué es verdad, conforme se ve en todas las historias, que los hombres pueden secundar la fortuna y no oponerse a ella, tejer sus hilos y no romperlos. Por consiguiente, harán bien en no confiarse, porque no sabiendo cuál será su fin, que recorre caminos extraviados y desconocidos, siempre han de esperar y esperar no distraerse en cualquier acaso y fatiga en que se hallen.

Digitized by Google

XXX

Las repúblicas y los príncipes verdaderamente poderosos no compran amistades con dinero, sino las adquieren con el valor y la notoriedad de su fuerza

Estaban los romanos sitiados en el Capitolio, con la esperanza de recibir el socorro de Veyes y de Camilo; pero les apretó el hambre a entrar en componendas con los galos, comprando su rescate con cierta cantidad de oro. Pesaban ya el oro, cuando apareció Camilo con su ejército, lo que fue cosa de la fortuna, dice el historiador, «*ut Romani auro redempti non viverent*»[1]. Esto resulta notable no sólo en el episodio tratado, sino en el desarrollo de los hechos de la república romana: nunca adquirió tierras con dinero, ni lo pagó para lograr la paz, sino logró todo con el peso de sus armas. Me parece que ninguna república se halla en el mismo caso. Entre distintos indicios reveladores del poder de un Estado fuerte, hay el de cómo vive con sus vecinos; y cuando

1. «Para que los romanos no viviesen rescatados por el oro» (Tito Livio, V, 49).

Digitized by Google

consigue que sus vecinos compren su amistad haciéndose tributarios suyos, el Estado es potente. Y, viceversa, si los inferiores sacan de él dinero, se revela su enorme debilidad.

Léanse todas las historias romanas, y se observará que los masaliotas, los eduos, los rodos, el siracusano Hierón, y los reyes Eumenes y Masinisa [2], vecinos fronterizos del imperio romano, le pechaban tributo y pagaban sus gastos a cambio de su amistad y sin aspirar a más beneficio que el de ser protegidos. Lo contrario acontece en los Estados débiles. Empezando por el nuestro de Florencia, en épocas pasadas y durante su mayor reputación, no había señoruelo en Romaña que no recibiese sus caudales, y encima pagaba a los perusinos, a los castellanos y a sus demás vecinos. Lo opuesto hubiese acontecido si hubiese sido fuerte y valiente: muchos, para gozar de su protección, habrían entregado dinero y no hubiesen vendido su amistad, sino procurado comprar la suya. En esa vil situación no vivieron sólo los florentinos, sino los venecianos y el rey de Francia, que con un dominio tan grande es tributario de los suizos y del monarca de Inglaterra. Obedece más que nada a haber dejado inermes a sus pueblos por el deseo del rey y de los otros de gozar del placer de saquear a los pueblos, huyendo de un peligro más imaginario que verdadero, en vez de realizar lo que les daría firmeza y feli-

2. Eumenes fue rey de Pérgamo (195-157 a. J. C.) y Masinisa de Numidia. Éste apoyó a los romanos en la batalla de Zama y murió en 148 a J. C. De Hierón y de los pueblos ya hemos hablado.

Digitized by Google

cidad a sus Estados. Este contrasentido fructifica en paz efímera; en los tiempos de necesidad, los daños y quebrantos son irremediables. Sería interminable la enumeración de las veces que los florentinos, los venecianos y el reino dicho se salvaron con el pago de las guerras, sometiéndose a una ignominia que los romanos en una sola ocasión debieron gustar. Sería no acabar si citásemos las tierras que los florentinos y venecianos han comprado, comprendiéndose después los desórdenes habidos y que las cosas logradas con oro no se saben defender con hierro. Los romanos vivieron con esa generosidad mientras fueron libres; pero bajo los emperadores, cuando éstos se pervirtieron y empezaron a amar más la sombra que el sol, se dedicaron a comprar a los partos, a los germanos y otros pueblos circunvecinos, lo que significó el principio de la ruina del gran imperio.

Nacen esos inconvenientes de haber desarmado a tu pueblo, y de ello resulta otro mayor: cuanto más te aprieta el enemigo, tanto más débil eres. Quien vive como se dijo más arriba, maltrata a las gentes de sus dominios y mima a las limítrofes para que estén dispuestas a alejar al enemigo. Para ello entrega provisiones a los señores y pueblos próximos a sus fronteras. Entonces, esos Estados resisten algo, solamente hasta que el enemigo cruza sus tierras. No advierten que este proceder es contrario a la naturaleza. Se han de armar el corazón y las partes de un cuerpo, no sus extremos, porque se vive sin éstos y se muere de las heridas recibidas en aquéllos; y esos

Digitized by Google

Estados tienen el corazón indefenso y las manos y los pies cargados de armas.

Qué frutos tuvo ese trastorno en Florencia se comprobaron y se comprueban a diario: en cuanto un ejército atraviesa las fronteras y se acerca al corazón, no encuentra ningún remedio. De los venecianos se tuvo, pocos años ha, la misma prueba, y deben su salvación a tener su ciudad ceñida por las aguas. La misma experiencia no se ha visto tan a menudo en Francia, que, por su importancia, tiene pocos enemigos superiores a ella. Pero toda la nación tembló cuando la atacaron los ingleses en 1513, y los franceses, incluido el rey, temieron que una sola derrota bastaría para someterlos. Lo contrario sucedía a los romanos; a medida que se acercaba a Roma, el enemigo la hallaba más fuerte y dispuesta a resistirle. Se hizo experiencia en la invasión de Aníbal, después de tres derrotas y de tantas muertes de capitanes y soldados, de que no sólo podían aguantar al adversario, sino vencerle. Procedía esa virtud de tener bien armado el corazón, sin reparar tanto en las extremidades. El fundamento de su Estado era el pueblo de Roma, el renombre latino, las ciudades amigas de Italia y sus colonias, de donde sacaron milicias suficientes para combatir y conquistar el mundo. La verdad de ello se trasluce en la pregunta de Anón, ciudadano cartaginés, a los embajadores de Aníbal, después de la derrota de Canas. Los emisarios ensalzaron las hazañas de Aníbal, tras lo cual Anón les interrogó, queriendo saber si había pedido la paz algún romano y si alguna ciudad latina o alguna colonia se había

Digitized by Google

revelado contra los romanos; negaron los embajadores ambas cosas y Anón exclamó: «Esta guerra está tan fresca como al empezar.»

Este discurso, y las cosas tantas veces repetidas en otros lugares, muestran la diferencia del proceder de las repúblicas modernas y el de las antiguas. Por ello se ven a diario prodigiosas ruinas y milagrosas conquistas. Donde los hombres son cobardes, la fortuna hace gala de su poder, y como es caprichosa, mudan frecuentemente las repúblicas y los Estados y seguirán mudando hasta que surja alguien, amante de la Antigüedad, que la frene de suerte que no consiga mostrar, a cada giro del sol, su potencia.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXI

Cuán peligroso es creer a los desterrados

No me parece despropósito incluir en estos discursos los peligros que encierra prestar crédito a los expulsados de su patria, siendo algo que cada día practican los señores de Estados. Lo demostraré con un ejemplo de las historias de Tito Livio, aunque no lo escribe con tal fin. Cuando Alejandro Magno llevó su ejército a Asia, su cuñado y tío Alejandro de Epiro[1] se trasladó con tropas a Italia, en respuesta de la invitación de los lucanos desterrados, que le prometían que mediante su ayuda lograría conquistar aquella provincia. Llegado a Italia, con tal esperanza y bajo aquella promesa, los incitadores le mataron, porque se les prometió que podrían regresar a su patria si le asesinaban. Considérese, pues, qué valen la fe y las palabras de los desterrados. Referente a la fe, siempre que les sea posible volver a su patria por medios distintos de los tuyos, te abandonarán y se incorporarán a otros, a despecho de la pala-

1. Alejandro el Moloso, rey de Epiro (m. 326 a. J. C.), desembarcó en Italia el año 334.

Digitized by Google

bra dada. En lo que importa a las promesas y esperanzas vanas, en su deseo inextinguible de volver a sus lares, creen naturalmente muchas falsedades y añaden otras a propósito; entre lo que creen y lo que dicen creer, te hinchan de esperanza y, fundándote en ella, gastas en vano o emprendes una empresa desastrosa.

Aparte del ejemplo de Alejandro, me será suficiente citar el nombre de Temístocles, ateniense, el cual huyó a Asia en rebeldía, y en ella persuadió a Darío, con sus reiteradas promesas, de que atacase Grecia. Temístocles se suicidó luego porque no pudo cumplir lo prometido, por vergüenza o por castigo. Si en tal error incurrió el excelentísimo Temístocles, más se equivocarán hombres de menos valer, cediendo a sus antojos y pasiones. Un príncipe debe, por ende, andar con tiento en aceptar una empresa a instigación de los relatos de un desterrado, porque lo usual es que la vergüenza o la desdicha le obliguen a arrepentirse de ello. Como raramente se conquistan las plazas mediante el conocimiento que de ellas tiene otra persona, no será extemporáneo, a mi juicio, hablar de ello en el siguiente capítulo, mencionando el procedimiento romano.

Digitized by Google

XXXII

Los modos romanos de conquistar

Los romanos, dedicados plenamente a la guerra, supieron llevar a cabo sus conquistas con entera ventaja de su parte, en cuanto a los gastos y demás esfuerzos que se efectúan en la ocupación bélica. Por tanto, evitaron tomar las ciudades al asedio, reflexionando que los dispendios y las molestias consiguientes superaban con mucho la utilidad que la nueva adquisición tendría; pensaron, pues, que sería más provechoso subyugar a los pueblos de otra forma. Por ello, se tienen pocos ejemplos en sus guerras innumerables, y durante tantos años, de que se valieran de los sitios y cercos. Conquistaban las ciudades tomándolas al asalto o rindiéndolas. La expugnación se debía a la fuerza y violencia abiertas, o a la fuerza apoyada por la astucia. La violencia consistía en un asalto, sin embestir los muros (lo que llamaban «*aggredi urbem corona*», porque todo el ejército, rodeando la ciudad, la atacaba simultáneamente), y muchas veces lograron apoderarse de una plaza en un solo embate, aun siendo grande,

Digitized by Google

como cuando Escipión se adueñó de Cartago Nova [1] en España. Si la arremetida no bastaba, se dedicaban a demoler las murallas con arietes y otras máquinas de guerra; o penetraban por una mina abierta por ellos (como fue el caso en Veyes [2]); o combatían de igual a igual con los defensores, utilizando torres de madera o terraplenes con los que llegaban hasta su altura. Los defensores tenían que ser entonces numerosos, porque, de lo contrario, no podían cubrir todas las murallas ni relevarse; o, si había los suficientes, no era general su valor, y bastaba que una parte cediese para que la batalla estuviera decidida. En muchas ocasiones, repito, este proceder se vio acompañado del éxito. Pero no insistían, por ser peligroso para el ejército, si el primer asalto fracasaba: cubriendo el área sitiada, se debilitaban y quedaban expuestos a una salida de los defensores, que desordenaban y desconcertaban a los soldados. Sin embargo, aunque fuese una sola vez, siempre lanzaban este ataque inesperado. Se oponían a las brechas de los muros como ahora, esto es, con resguardos; resistían una mina con una contramina, y hacían frente al enemigo en ella con las armas y estratagemas, entre las que se contaba prender fuego en el interior de la mina a astas de flechas, cuyo humo y acre olor impedían la entrada del enemigo; procuraban incendiar las torres empleadas; deshacían los terraplenes, abriendo un boquete en la parte inferior de la muralla y metiendo en la ciudad la tierra que los del exte-

1. La actual Cartagena, conquistada en el año 209 a. J. C.
2. En el año 396 a. J. C.

Digitized by Google

rior amontonaban. Estos medios de expugnación son de aplicación casi inmediata y, si no dan el triunfo, será preferible levantar el campo, buscando otros modos de vencer, como hizo Escipión en Africa, el cual, al no poder conquistar la ciudad de Utica, se retiró y procuró derrotar a los cartagineses en batalla campal; o poner cerco, como en Veyes, Capua, Cartago, Jerusalén y otras plazas fuertes. Las ciudades se conquistan con violencia y astucia, como la de Palépolis [3], que los romanos ocuparon por concierto con los defensores. Esta clase de toma fue intentada por los romanos y otros ejércitos en muchas ocasiones, pero raras veces tuvo resultado. La causa de ello es que el menor obstáculo rompe lo concertado, y los obstáculos surgen impensada y repetidamente. La conjura se descubre antes de que se ponga en efecto, y el descubrimiento acontece con poca dificultad, tanto por la deslealtad de los conjurados, como por la dificultad de llevarla a cabo, porque has de hablar con enemigos y con quien no te es lícito si no es con ese motivo. Supuesto que la conjura no se descubriera, mil actos entorpecen su ejecución. Te anticipas al momento señalado, o llegas con retraso, estropeando lo maquinado; se produce un ruido fortuito, y chillan las ocas del Capitolio; se altera lo acostumbrado por un error mínimo, o un equívoco sin importancia, que, sin embargo, dan al traste con la empresa. Agréguense a esto las tinieblas nocturnas, que infunden espanto a los comprometidos en

3. Se ha pretendido que estaba en el sitio de la Nápoles actual e, incluso, se la ha identificado con ésta.

Digitized by Google

hechos peligrosos. Siendo la mayoría de los hombres que se emplean en tales aventuras ignorantes del país y de los lugares a que son conducidos, se confunden, acobardan y embrollan al menor incidente, y cualquier ilusión, cualquier imaginación les hace volver la espalda. Nadie fue más afortunado en las expediciones solapadas y nocturnas que Arato de Sición[4], tanto más valeroso en ellas cuanto pusilánime en las ejecutadas a la luz del sol. Esta felicísima condición habrá que achacarse a alguna oculta virtud de su naturaleza, porque esos lances se realizan frecuentemente, y pocos se llevan a término, y poquísimos conocen el triunfo.

Las plazas se rinden voluntariamente o por el rigor de la fuerza. La voluntad nace de una necesidad externa que la obliga a someterse a ti, como hizo Capua con los romanos, o del anhelo de gozar del mismo buen gobierno que los que se entregaron antes al príncipe, como los rodos, los de Marsella y otras ciudades semejantes que se echaron en brazos del pueblo romano. La rendición forzosa se debe a un largo asedio, que ya hemos descrito, o a las continuas angustias de correrías, depredaciones y otros malos tratos, que una ciudad quiere evitar rindiéndose. Los romanos usaron especialmente este último procedimiento. Se dedicaron durante más de cuatrocientos cincuenta años a estragar a sus vecinos con incursiones y correrías, y a adquirir reputación sobre ellos a costa de pactos, como muchas veces hemos dicho.

4. Jefe de la Liga Aquea y estratega (275-213 a. J. C.).

Digitized by Google

Intentaron todos los medios, pero éste fue el verdaderamente suyo; en los restantes hallaron riesgos o cosas inútiles: en el asedio hay pérdida de tiempo y de caudales; en las expugnaciones, zozobra y peligro; y en las conjuras, incertidumbre. Vieron que derrotando un ejército adquirían un reino en un día, y en las conquistas con cercos de ciudades tesoneras consumían muchos años.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXIII

Los romanos daban a los jefes de sus ejércitos entera libertad

Estimo que, para que aproveche la lectura de esta somera historia, debemos considerar todos los procedimientos del pueblo y del Senado romano. Entre otras cosas que demandan nuestra atención figura la de la gran autoridad de que disfrutaron los cónsules, los dictadores y los jefes de los ejércitos. El Senado se reservaba solamente la potestad de declarar la guerra y confirmar la paz. El resto de las funciones competía al juicio y al poder del cónsul. Una vez que el pueblo y el Senado habían decidido, verbigracia, emprender una campaña contra los latinos, lo demás dependía del arbitrio del cónsul, el cual podía entablar o no una batalla, y sitiar a su antojo esta o aquella plaza. Entre los muchos ejemplos que certifican lo dicho, destaca lo ocurrido en una expedición contra los etruscos. El cónsul Fabio, después de vencerlos cerca de Sutri, atravesó con el ejército la selva Cimina y entró en Etruria, no sólo sin pedir consejo al Senado, sino sin notificárselo,

Digitized by Google

aunque la guerra fuese dudosa y arriesgada, por haber de realizarse en un país desconocido. Lo atestigua también el hecho de que el Senado fuese, como se probó, contrario a aquella decisión. Enterado del triunfo de Fabio, sospechó que cruzaría las selvas mencionadas a fin de penetrar en Etruria y mandó dos legados al cónsul para que no corriese aquel peligro. Los emisarios llegaron cuando ya había pasado y obtenido un triunfo, de suerte que, siendo opuestos a la guerra, regresaron anunciando la conquista y la gloria. Quien reflexione, lo aprobará. Si el Senado hubiese querido que un cónsul procediese en la guerra a medida de sus órdenes, este cónsul hubiera sido circunspecto y lento, por parecerle que los laureles no le pertenecían por entero, sino que los compartiría con el Senado a causa de sus recomendaciones. Todos los senadores eran hombres curtidos en la guerra, pero hubieran cometido errores sin cuento al dar órdenes lejos del teatro de la batalla y sin conocer los otros pormenores imprescindibles. Por ello quisieron que el cónsul obrara libremente y cosechara toda la gloria, por amor a la cual creían que se portaría bien. Reparo en esto con tanto mayor interés, cuando veo que las repúblicas actuales, como la veneciana y la florentina, lo entienden de otro modo. Los comisarios y los intendentes se empeñan en indicar a los capitanes cómo deben instalar los cañones. Esa conducta merece el mismo género de alabanzas que sus demás acciones, todas las cuales les han llevado a su situación presente.

Digitized by Google

LIBRO TERCERO

1

Hay que hacer volver a menudo a su origen la orden religiosa o la república que se desea que perdure

Es palmariamente cierto que las cosas de este mundo tienen un fin. Siguen el curso que les señala el cielo, sin desordenar ni alterar su cuerpo, o, cuando sufre alteración, es para afirmar su salud y no en perjuicio suyo. Hablando yo de cuerpos mixtos, como son las repúblicas y los bandos, afirmo que les resultan salutíferas las perturbaciones que las devuelven a sus principios y orígenes. Están mejor constituidos y son más longevos los que se renuevan con sus mandamientos e instituciones, o aquellos que lo logran fortuitamente. Es más claro que la luz que esos cuerpos no tienen larga vida sin dicha renovación.

Estriba ésta, repetimos, en hacer que vuelvan a su origen. Los principios de los bandos, repúblicas y reinos han de encerrar en sí alguna virtud, que es causa de la fama y el acrecentamiento

Digitized by Google

primeros. La virtud se corrompe con el tiempo y mata necesariamente el cuerpo, si no ocurre algo que le restituya la sensatez. Los médicos dicen, hablando de los cuerpos humanos: «*Quod quotidie aggregatur aliquid, quod quandoque indiget curatione*»[1]. Tratándose de repúblicas, esa vuelta al origen se efectúa gracias a un accidente externo o a prudencia personal. En cuanto al primero, Roma hubo de ser tomada por los galos para renacer, con lo que cobró nueva vida y nuevas fuerzas, y volvió a observar la religión y la justicia, que en ella comenzaban a mancillarse. La historia de Livio lo evidencia, mostrando que no observaron ninguna ceremonia religiosa al despedir al ejército que marchaba contra los galos, ni al crear tribunos con potestad consular. No sólo no castigaron a los tres Fabios, que combatieron contra los galos sin respeto del *ius gentium*, sino los nombraron tribunos. Es de presuponer que empezaron a olvidar, o a prescindir, de las buenas instituciones y leyes, dadas por Rómulo y otros príncipes sagaces, contra la razón y sin fijarse en que las precisaban para vivir libres. Aquella derrota sirvió para que se renovasen todos los estatutos de la ciudad, enseñando al pueblo no sólo lo perentorio de conservar la religión y la justicia, sino el deber de apreciar a los buenos ciudadanos, respetando más su virtud que las comodidades de que les privan al parecer sus obras. Sucedió así cuando Roma fue recobrada: restauraron los detalles de la antigua religión, castigaron a los Fa-

1. «Alguna vez necesita ser podado aquello a que se agrega algo cada día.»

Digitized by Google



Google



Digitized by Google

bios que combatieron *contra ius gentium* y tuvieron en tanto el valor y la bondad de Camilo, que, deponiendo su envidia, el Senado y el pueblo le confiaron el peso de aquella república. Es menester, por tanto, como queda dicho, que los hombres que viven en sociedad civil hagan con frecuencia examen de sí mismos, a causa de un suceso externo o interno. Este último conviene que proceda de una ley, que vuelva en sí a los hombres que forman aquel cuerpo, o de un hombre bueno nacido entre ellos, que con sus ejemplos y sus obras virtuosas surta el mismo efecto que el mandato legal.

Aparece en las repúblicas ese bien por virtud de un hombre o de una orden. Las que hicieron retroceder a Roma a su origen, se debieron a los tribunos de la plebe, a los censores y a la legislación que combatía la codicia y la audacia de los hombres. Ha de vivificar las repúblicas la bravura de un ciudadano, que se arriesgue sin temor a imponerlas desafiando el poder de los transgresores. Esta clase de ejecuciones tuvieron, antes de la conquista de Roma por los galos, los siguientes ejemplos notables: la muerte del hijo de Bruto, la de los diez ciudadanos [2] y la de Melio Frumentario [3]; tras la reconquista de la ciudad, la ejecución de Manlio Capitolino, la del hijo de Manlio Torcuato, la muerte que ejecutó Papirio Cursor

2. Se refiere a los decenviros.
3. Espurio Melio, que debió el nombre a las distribuciones de trigo que hacía al pueblo, fué sospechoso de tiranía y le mató Servilio, el dictador, en presencia de la plebe.

Digitized by Google

en su jefe de la caballería Fabio y la acusación de los Escipiones. Estas cosas tan extraordinarias hacían que los hombres recobrasen la sensatez; cuando empezaron a ser más raras, los hombres se corrompieron sin preocupación y crecieron el peligro y el escándalo. Si entre una y otra de esas ejecuciones transcurría más de una década, se alteraban las costumbres y se desobedecían las leyes. Tiene que surgir algo que refresque su memoria sobre la pena, y con ello el miedo en su pecho; de lo contrario, los delincuentes proliferarían y se unirían, siendo imposible castigarlos sin riesgo. Los que gobernaron el Estado de Florencia desde 1434 a 1494 [4] dijeron que era necesario rehacer el Estado cada cinco años para conservarlo fácilmente. Llamaban rehacer el Estado a sembrar el terror y el respeto en los hombres que podían adueñarse de él y habían vivido mal. Los seres humanos, sin embargo, olvidan sus miedos, se atreven a intentar innovaciones y a murmurar; entonces hay que conducirlos de nuevo a sus principios. Esta renovación de las repúblicas puede ser obra también de la virtud de un hombre, sin depender de una ley que le estimule a la ejecución; su fama y su claro ejemplo despiertan en el prójimo el deseo de imitarlos, y los varones perversos se avergüenzan de la disparidad que existe entre la vida de aquél y las suyas. Los romanos que surtieron esos buenos efectos fueron Horacio Cocles, Escévola, Fabricio, los dos Decios, Régulo Atilio y algunos otros, cuyo ejemplo inau-

4. Se refiere a los Médicis.

Digitized by Google

dito, por lo virtuoso, tuvo en Roma el mismo fruto que las leyes y los mandamientos. Si las ejecuciones referidas y los ejemplos ahora mencionados se hubiesen sucedido en aquella ciudad cada diez años, indudablemente no se habría corrompido; pero como ambas cosas comenzaron a dilatarse, se multiplicó la pravedad. Después de Marco Régulo no hubo más ejemplos; en Roma, desde luego, aparecieron los dos Catones, pero hubo tanta diferencia entre éstos y aquéllos, y entre ambos, y estuvieron tan solos, que no sirvieron de dechado. El último Catón no logró con su ejemplo, hallando la ciudad corrompida en su mayor parte, no logró, digo, mejorar a sus conciudadanos. Baste esto sobre las repúblicas.

Nuestra religión muestra la necesidad de renovación de las órdenes religiosas. Si la de San Francisco y la de Santo Domingo no se hubiesen remontado a su origen, se habrían extinguido por completo. Esos fundadores y sus órdenes, con la pobreza y el ejemplo de la vida de Cristo, la refrescaron en la memoria humana, de donde se había borrado; y tuvieron tanta fuerza, que son causa de que la deshonestidad de los prelados y de los jefes de la religión no la arruinen, viviendo pobremente, confesando al pueblo, predicando y probando con su ejemplo que está mal hablar mal del mal, que se debe vivir bien y que Dios castiga los pecados. En cambio, los prelados obran lo peor que saben, porque no temen los castigos que no ven y en los que no creen. Así, pues, esa renovación mantuvo y mantiene la religión.

Los reinos deben renovarse y guiar las leyes

Digitized by Google

a sus principios. Se ve cuánto beneficia esto al reino de Francia, que vive más que ninguno de modo legal y ordenado. Los parlamentos cuidan de mantener la legislación, sobre todo el de París, que la refresca ejecutándola alguna vez contra un príncipe y condenando al rey en sus sentencias. Se ha mantenido hasta ahora por ser un obstinado adversario de la nobleza; pero si alguna vez dejara existir cierta impunidad y viese multiplicar los desacatos, indudablemente los enmendaría con gran escándalo o aquel reino se disolvería.

Conclúyese, por consiguiente, que nada es más necesario para la vida en común, sea en una orden religiosa, en una república o en un reino, que volver a la pureza original, procurando que las buenas leyes e instituciones o los hombres buenos se encarguen de ello, y no una fuerza exterior, porque si, en ocasiones, como en Roma, sirve de excelente remedio, resulta tan aventurada, que es preferible no desearla. En demostración de hasta qué grado las acciones de los varones particulares engrandecieron Roma y produjeron en ella bonísimos efectos, me cuidaré de la exposición y el estudio de los mismos, con lo que acabará este tercer libro y última parte de la primera Década. Prescindiré de los grandes y notables hechos de los reyes, porque los narran ampliamente las historias. No trataré de ellos, salvo cuando vengan a propósito, y principiaré con Bruto, padre de la libertad romana.

Digitized by Google

II

Es muy acertado simular la necesidad a tiempo

No hubo nunca nadie tan discreto, ni tan digno de ser llamado sabio, como lo fue Junio Bruto al fingir mentecatez. Tito Livio expresa una razón único de que se decidiese a llevar a cabo aquella simulación: vivir sin peligro y conservar su patrimonio. No obstante, considerada su conducta, puede creerse que dio a entender aquella necedad con otros fines, como el de que no le observasen y, por ello, se le presentara la ocasión de castigar al rey y liberar a su patria. Piénsese cómo interpretó el oráculo de Apolo, en que simuló caer para besar el suelo, creyendo que de aquel modo los dioses favorecerían sus propósitos [1]; después, muerta Lucrecia, rodeada del padre, el marido y otros parientes, desclavó el cuchillo de la herida e hizo jurar a los circunstantes que no soportarían que en lo futuro reinase alguien en Roma. Deben imitarle cuantos estén descontentos de un

1. El oráculo prometió el poder supremo al joven que fuese el primero en besar a su madre. Bruto besó la tierra.

Digitized by Google

príncipe, y medir y pesar sus fuerzas a fin de averiguar si tienen el poder suficiente para declarar abiertamente la guerra a sus enemigos, en cuyo caso esta vía será peligrosa y más honorable. Pero si su fuerza no basta a guerrear francamente, procuren lograr su amistad de cualquier manera, recurriendo sus pasos y fingiendo complacerse en aquello con que se deleitan. Esta mansedumbre te permite vivir seguro y gozar sin peligro con el príncipe de su buena fortuna, al paso que te ofrece ocasión de dar satisfacción a tu propósito. Algunos dicen, ciertamente, que convendría no estar tan cerca de los príncipes que su ruina te arrastrase, ni tan separado que no llegases a tiempo de saltar sobre su ruina. Este término medio sería el mejor si pudiera observarse. Pareciéndome imposible conseguirlo, conviene acogerse a uno de los dos modos apuntados, esto es, a distanciarse o a pegarse a ellos. Vive en continuo peligro si el que no lo hace es un hombre de nota. No basta decir: No me importa nada; no deseo ni honores ni bienes. Quiero vivir en paz y sin quebraderos de cabeza. Estas excusas se oyen, pero no se aceptan. Los hombres de calidad tampoco pueden quejarse, aunque su decisión fuera verdadera y desinteresada, porque nadie les cree y los otros lo impiden. Conviene, pues, hacerse el lerdo, como Bruto, contrariándose para complacer al príncipe, alabando, hablando y viendo. Referida ya la prudencia de este varón para devolver la libertad a Roma, examinaremos ahora su severidad en mantenerla.

Digitized by Google

III

Es necesario matar los hijos de Bruto para conservar una libertad recobrada recientemente

La severidad de Bruto no fue menos necesaria que útil en el mantenimiento de la libertad que había devuelto a Roma. En verdad, es algo raro en el recuerdo humano ver a un padre sentado en el tribunal que condenará a muerte a sus hijos y, además, que asista a su ejecución. Los que leen los hechos antiguos saben que después de un cambio de Estado, de república en tiranía o de tiranía en república, se requiere el castigo extraordinario de los enemigos de las condiciones presentes. Quien establece una tiranía y no mata a Bruto, y quien liberta a un Estado y no mata a los hijos de Bruto, poco tiempo se sostiene. Me remito a lo que antes dije ampliamente sobre esta cuestión. Aduciré un solo ejemplo memorable habido en nuestra patria. Pedro Soderini creyó aplacar con su paciencia y su bondad la apetencia de los hijos de Bruto de volver bajo otro gobierno, y se engañó. Su prudencia le hizo comprender que convenía, como le era posible, anular

Digitized by Google

la ambición de sus adversarios, pero no se decidió a ello. Creía que la paciencia y la bondad disiparían los malos humores y que los dones mitigarían la enemistad; además, como muchas veces comunicó a sus amigos, juzgaba que, solamente adquiriendo una autoridad extraordinaria y desequilibrando la igualdad cívica, conseguirían reducir la oposición y derrotar a sus adversarios. Esto último, aunque no lo emplease tiránicamente, hubiera indignado al vulgo, el cual no hubiese nombrado a su muerte otro gonfalonero vitalicio, cuya institución le parecía bien conservar y acrecentar. Este respeto fue sabio y elogiable; no obstante, no se debe permitir que prospere un mal a costa de un bien. Hubo de pensar, teniendo en cuenta que el fin justificaba sus obras y su intención (si su suerte y su vida se hubieran prolongado), que todos hubieran asegurado que lo había hecho por la salvación de la patria y no por codicia personal, así como le hubiera sido factible legislar de modo que su sucesor no hubiera empleado mal aquello que él hubiese establecido con fines laudables. Pero se engañó en su ignorancia de que la malignidad no se doma con el tiempo, ni se aplaca con don alguno. Por no haber imitado a Bruto, perdió su patria, su Estado y su reputación. Si difícil cosa es salvar un Estado libre, no menos lo es salvar uno real, como se demostrará en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

IV

Un príncipe no está seguro en sus dominios mientras viven los expoliados

La muerte de Tarquino Priesco, obra de los hijos de Anco, y el asesinato de Servio Tulio, cuyo autor fue Tarquino el Soberbio, patentiza cuán arduo y peligroso es expulsar a alguien de un reino y permitir que viva, aunque se intente ganárselo con honras. Tarquino Prisco se engañó en su criterio de que poseía la autoridad jurídicamente, porque se la había concedido el pueblo y confirmado el Senado. No imaginó que el despecho de los hijos de Anco llegase a no contentarse con lo que Roma entera se daba por satisfecha. Servio Tulio erró también al creer que se atraería a los hijos de Tarquino con nuevos honores. Adviértase, referente al primero, que ningún príncipe estará seguro en su reino mientras vivan los despojados; referente al segundo, recuerde el poderoso que los beneficios nuevos jamás cancelaron las viejas injurias. Servio Tulio incurrió en la imprudencia de pensar que los hijos de Tarquino se someterían por ser yernos del que juz-

Digitized by Google

gaban que debía ser monarca. El apetito de reinar es tan enérgico, que no sólo llena los corazones de aquellos a quienes corresponde el reino, sino de quienes no tienen títulos a él. La mujer de Tarquino el Joven, hija de Servio, sufriendo esa pasión contra todo amor filial, indujo a su marido a que arrebatase el reino y la vida a su padre, estimando mucho más ser reina que hija de rey. Tarquino Prisco y Servio Tulio perdieron el reino al no saber protegerse de las víctimas de la usurpación; en cambio, Tarquino el Soberbio lo perdió por no haber observado las instrucciones de los antiguos monarcas, como se verá en el capítulo que sigue.

Digitized by Google

V

Lo que arrebata el reino al monarca heredero de él

Tarquino el Soberbio, muerto Servio Tulio sin herederos, poseía el reino sin temor, libre de los accidentes que habían perdido a sus sucesores. Desde luego, había ocupado el trono mediante procedimientos inauditos y aborrecibles; pero si hubiera respetado los ejemplos de los otros monarcas, le habrían soportado y no hubiese concitado el Senado y la plebe contra él para arrebatarle el mando. No le perdió el estupro con que Sexto, hijo suyo, ultrajó a Lucrecia, sino su gobierno tiránico, irrespetuoso de las leyes, que arrebató la autoridad al Senado en su provecho. Obligó a realizar en el palacio los actos que, con alegría del Senado, se celebraban en los lugares públicos, despertando su pesar y envidia, y en poco tiempo despojó a Roma de la libertad que había conservado bajo los otros soberanos. Se enemistó, pues, con los Padres, y se enemistó asimismo con la plebe, imponiéndole menesteres manuales y ajenos por completo a la conducta de

Digitized by Google

sus antecesores. Los hechos crueles, dictados por su soberbia, se multiplicaron en Roma, incitándola a la rebelión así que se le ofreciera la más mínima oportunidad. Si el crimen contra Lucrecia no hubiese sucedido, hubiera ocurrido cualquier otro hecho que hubiese surtido el mismo efecto. Supongamos que Tarquino hubiera vivido como los otros monarcas, y su hijo Sexto cometiera la violación; Bruto y Colatino hubieran demandado venganza a Tarquino contra él y no al pueblo romano. Sepan los príncipes que comienzan a perder el Estado en el momento en que empiezan a quebrantar las leyes, las instituciones y los usos a que los hombres están habituados a vivir de antiguo. Privados ya del Estado, si llegaran a ser tan discretos que reflexionasen con cuánta facilidad conservan los señoríos los que toman buenos consejos, les dolería mucho más la pérdida y se condenarían a mayor castigo que el que les darían otros, porque resulta más fácil ser amado de los buenos que de los malos y obedecer las leyes que violarlas. Y cómo lo lograrían, lo averiguarían sin fatiga poniendo por espejo suyo la vida de los príncipes excelentes, como Timoleón de Corinto, Arato de Sición y otros por el estilo. La seguridad y la satisfacción de quien rige y del regido que hallaría en ellas, encendería su deseo de hacerlo, pudiendo fácilmente llevarlo a cabo por las razones expuestas. Los hombres bien gobernados no buscan ni aspiran a otra libertad, como los pueblos de los dos personajes citados, que los obligaron a ser príncipes mientras vivieron, aunque muchas veces sintieron la tenta-

Digitized by Google

ción de retirarse a la vida privada. En este y en los dos capítulos anteriores hemos hablado del odio contra los príncipes y de las conjuras de los hijos de Bruto contra la patria, y las que sufrieron Tarquino Prisco y Servio Tulio. No me parece, por ende, fuera de lugar hablar cumplidamente de ellas en el siguiente discurso, porque la materia merece la atención de los príncipes y de los particulares.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

De las conjuras

No me ha parecido bien, digo, no hablar de las conjuras, tan peligrosas para los príncipes como para cualquier género de hombre. Muchos más príncipes perdieron a consecuencia de ellas, el Estado y la vida que a causa de la guerra abierta. Pocos son los que pueden guerrear francamente contra un príncipe; en cambio, está al alcance de cada cual confabularse contra él. De otro lado, los particulares no intervienen en hazaña que sea más peligrosa y más temeraria que ésta, porque, en efecto, es difícil y arriesgadísima desde el principio al fin. Muchas se intentan y pocas consiguen el deseado objeto. Como es menester que los príncipes aprendan a cubrirse de este riesgo y que los particulares no sólo reflexionen antes de complicarse, sino que prefieran vivir contentos bajo el mando que la suerte y el gobierno les ofrecen, examinaré por extenso esta materia, sin desdeñar ningún caso notable que documente a los príncipes y a los hombres vulgares. Es sentencia áurea la de Cornelio Tácito, que

Digitized by Google

dice: los hombres deben honrar las cosas pretéritas y obedecer las presentes, debiendo desear buenos príncipes y tolerarlos si no lo son. El que no lo haga, suele perderse a sí mismo y arruinar su patria.

Empecemos, entrando en materia, por considerar contra quién se conjura, y veremos que es la patria o un príncipe. Razonaremos de las dos clases al presente. Ya hemos hablado suficientemente de las que tienen por motivo entregar al adversario una plaza u otro análogo. En esta primera parte veremos las que afectan al príncipe, examinando sus razones. Son muchas, pero una destaca entre las demás por su importancia: la de que todos le odien. El príncipe que despierta ese odio universal es razonable que ofendiera más a unos varones que a otros, los cuales anhelan vengarse. Este deseo se incrementa con la mala disposición general. Un príncipe ha de evitar los aborrecimientos privados, y no hablaré de cómo lo hará, porque ya traté de ello en otra parte[1]. Libre de esta preocupación, las otras ofensas serán menos peligrosas, primero, porque raramente los hombres tienen en tanto una injuria que se arriesguen a vengarla, y segundo, porque aun teniendo valor y poder para desquitarse, les espanta la benevolencia que los demás sienten por el príncipe. Las ofensas se refieren a los bienes, a la sangre y al honor. En las de sangre son más dañinas las amenazas que las ejecuciones, ya que éstas no ofrecen ningún peligro, pues los muertos

1. En *El Príncipe,* XIX-XXI.

Digitized by Google

no pueden pensar en las venganzas y los vivos suelen olvidarse de ti. El amenazado, en cambio, al que la necesidad obliga a actuar o a sufrir, se transforma en un hombre sumamente peligroso, como diremos en su lugar. Aparte de lo anterior, los bienes y el honor son el punto en que más se ofende a los humanos; el príncipe debe evitar ultrajarlos, porque no se empobrece a un hombre tanto que no le quede un puñal con que vengarse, ni se le deshonra tanto que no le reste el propósito obstinado de desquitarse. El honor del hombre reside, ante todo, en el de las mujeres, y después en el respeto de sí mismo. Eso armó a Pausanias contra Filipo de Macedonia, eso armó a muchos otros contra muchos príncipes; en nuestros tiempos Julio Belanti se confabuló contra Pandolfo, tirano de Siena, porque le dio por mujer una hija suya y luego se la arrebató, como diremos en su lugar [2]. La principal razón de que los Pazzi se conjuraran contra los Médicis, fue la herencia de Juan Borromeo, arrebatada por orden suya. Otro importante móvil de conjuras consiste en el deseo de liberar la patria. Fue el que impulsó a Bruto y Casio contra César, así como a otros muchos contra los Falieros, los Dionisios y otros usurpadores de su patria. El tirano no se salvará de esa disposición de ánimo sino deponiendo la tiranía. Como ninguno lo hace, son muchos los que tienen mal fin, circunstancia que inspiró los versos de Juvenal:

2. En las *Historias Florentinas*, VIII.

Digitized by Google

Ad generum Cereris sine cœde et vulnere pauci descendunt reges et sicca morte tiranni[3].

Como dije más arriba, los peligros que se corren en las conjuras son tan grandes como constantes, pues perduran mientras se plantean, se ejecutan y se resuelven.

En la conjura interviene un solo hombre o muchos. Uno solo no merece el nombre de conjura, sino el de férrea determinación de matar al príncipe. Éste se aventura a dos de los tres peligros existentes en la conspiración: nadie está enterado de su secreto y no se arriesga que la conjuración llegue a oídos del príncipe. Puede tomar esa decisión cualquier individuo, grande, pequeño, noble, plebeyo, conocido y desconocido del príncipe, porque cualquiera tiene licencia de hablarle en alguna ocasión, y quien puede hablarle puede desfogar su encono. Pausanias, tantas veces mencionado, mató a Filipo de Macedonia, que se dirigía al templo rodeado de mil soldados, entre su hijo y su yerno, y fue noble y conocido. Un español noble y obscuro propinó una cuchillada al cuello del rey Fernando de España; la herida no resultó mortal, pero demuestra que aquél tuvo ánimo y oportunidad de inferirla. Un derviche, sacerdote turco, descargó una cimitarra contra Bayaceto, padre del actual Turco[4]; no le atinó,

3. «Pocos monarcas descienden a la casa del yerno de Ceres que no hayan sido víctimas del hacha o del puñal, y pocos tiranos conocen la muerte natural» (Juvenal, *Sátiras,* X, 112-113).

4. Bayaceto II (1481-1512). El «Turco» es Selim I, asesino de su padre.

Digitized by Google

pero tuvo coraje y ocasión de intentarlo. Creo que hay muchos que quisieran imitarlos, porque en el deseo no hay castigo ni peligro, mas pocos que lo hagan. Los que lo llevan a cabo, poquísimos o ninguno se libran de ser matados en el acto; de aquí que sean contados los que busquen una muerte cierta. Pasemos más allá de esas voluntades únicas y fijémonos en las conjuraciones en que interviene más de uno.

En las historias se ve que los autores de las conspiraciones son hombres grandes o muy familiares de los príncipes, porque los otros, si no están locos, no pueden confabularse, dado que los hombres de poco y sin trato con el señor carecen de las ocasiones que demanda la ejecución de la conjura. Ante todo, los débiles no merecen fe, porque nadie consentirá en creerlos incitado por las esperanzas que hacen aceptar los peligros graves; en cuanto reúnen dos o tres partidarios, topan con un delator que los pierde. Pero, suponiendo que careciesen de él, en la ejecución de sus propósitos se ven rodeados de dificultades, por no tener libre acceso al príncipe, tanto que es imposible que no se pierdan. Si los hombres grandes, que entran fácilmente en palacio, tienen las dificultades que más abajo se dirán, en el caso de éstos se multiplican sin fin. Por ello, los hombres débiles se abstienen, porque en achaques de vida y de bienes no están locos del todo, y se dedican a murmurar del príncipe que odian, esperando que los venguen los notables. Aunque alguno de ellos hubiese intentado algo, es más laudable su intención que su prudencia. He aquí, pues, que los

Digitized by Google

conjurados fueron siempre hombres de alcurnia o familiares del señor. De ellos muchos conspiraron casi tanto por el exceso de beneficios como a causa de los ultrajes, como Perenio contra Cómodo, Plautiano con Severo y Sejano contra Tiberio. Todos ellos gozaron de riquezas, honores y categoría, gracias a los emperadores, faltándoles, aparentemente, para rematar su poder, la consecución del imperio; y como no quisieron renunciar a él, conspiraron contra el príncipe y sus conjuraciones tuvieron el fin merecido. Sin embargo, entre los de esta especie, en los tiempos modernos, conoció el éxito Jacobo de Appiano contra Pedro Gambacorti, príncipe de Pisa, que le crió, alimentó y colmó de beneficios, concluyendo por verse desposeído por él. Mencionemos a Coppola [5] contra el rey Fernando de Aragón, que perdió la vida cuando quiso completar su grandeza obteniendo el reino. La conjura de hombres grandes que debería triunfar sería la encabezada por otro monarca, que goza de tantas facilidades para cumplir sus deseos; pero, cegado por el afán de dominio, no acierta en la empresa, que sería imposible que fracasase si obrase con prudencia. El príncipe que desea guardarse de las conjuraciones, tema más a los que colmó de dones que a los que injurió excesivamente, porque éstos carecen de ocasiones y aquéllos las encuentran a cada paso, y el ansia es la misma, en unos con vistas al mando y en otros pensando en la venganza. Por consiguiente, entre la autoridad que conceden y el prín-

5. Francisco Coppola, conde de Sarno (1420-1487).

Digitized by Google

cipe ha de mediar algo deseable; de lo contrario, extraño sería que no corrieran la suerte de los príncipes enumerados. Pero volvamos a nuestro tema.

Los hombres que conjuran han de ser, por tanto, grandes y con acceso al príncipe. Discurramos sobre cuáles fueron los resultados de estas empresas, en busca de las causas del éxito o de la desdicha de las mismas. Ya dije que hay tres peligros en la sucesión del tiempo: antes, en el momento y después. Pocas conspiraciones fructifican, porque es casi imposible que salven todos los peligros. Empezando por el peligro anterior a la ejecución, véase que se necesita una gran prudencia y una suerte notable para que la conjuración no se descubra. Se descubren por delación o por conjetura. La delación nace de la poca fe o de la imprudencia de los hombres con quienes tratas de ella; la poca fe se explica fácilmente, porque no conspiras sino con los que te aman o con personas descontentas del príncipe. Se podría encontrar un par de individuos de confianza, pero es imposible que los halles en todos tus secuaces. Además, te deben estimar mucho para que no les parezca grande el peligro y no tengan miedo al castigo. Los hombres suelen engañarse en el afecto que creen que los demás les tienen; no tendrás seguridad de él si no lo pones a prueba, y hacer esto es arriesgadísimo. Bien que lo hubieses experimentado en otra aventura, en la que siguieron leales a ti, no midas su lealtad de ahora con la de entonces, porque la calidad del peligro no es la misma, siendo la de ahora muy superior. Te en-

Digitized by Google

gañas probablemente si contrastas su fidelidad con la piedra de su odio al príncipe, ya que, así que manifiestas tu descontento, les das motivos de satisfacción, y es menester para mantenerlos fieles que su odio sea inaudito o tu autoridad ilimitada.

He aquí por qué muchas son descubiertas y reprimidas en sus comienzos. Puede considerarse milagrosa aquella que permanece secreta, a pesar de intervenir muchos hombres en su trama, como la de Pisón contra Nerón [6] y, en nuestra época, la de los Pazzi [7] contra Lorenzo y Juliano de Médicis, en la que intervinieron más de cincuenta conjurados y la llevaron a término. Las revela la imprudencia charlatana de un conjurado, por la que se entera un siervo u otra persona, como en el caso de los hijos de Bruto, a quienes acusó un esclavo que les había oído tratar del negocio con los emisarios de Tarquino; o cuando por ligereza la comunicas a una mujer o un niño al que amas, u otra persona de poco seso como aquéllas. Así lo hizo Dimmo, uno de los conjurados con Filota contra Alejandro Magno, el cual comunicó la conspiración a Nicómaco, al que mucho amaba, el cual la transmitió inmediatamente a su hermano Cibalino, y éste al rey. En cuanto a averiguarse por conjetura, recuérdese el ejemplo de la conjura de Pisón contra Nerón, en la cual Escevino, un conspirador, un día antes del señalado para asesinar a Nerón, testó, ordenó a su liberto Milico que hiciese afilar un puñal viejo y herrum-

6. Calpurnio Pisón (65), en la que intervinieron Lucano y Séneca.

7. Véase las *Historias Florentinas*, VIII.

Digitized by Google

broso, manumitió a todos sus esclavos y les distribuyó dinero y mandó preparar vendas. Todo ello despertó las sospechas del mencionado liberto, que le delató a Nerón. Se arrestó a Escevino y a Natal, otro encartado, a los que se había visto hablar en secreto días antes. Como no recordaban lo que habían tratado, tuvieron que confesar la verdad, la conspiración se descubrió y se perdieron cuantos intervenían en ella.

Siempre que los enterados de la conjuración exceden de tres o cuatro es imposible impedir que no se descubra a causa de malicia, imprudencia o ligereza. Detenido más de uno, como dos no lograrán recordar con exactitud lo que habían convenido decir de antemano, se pondrá de manifiesto. Cuando el arrestado sea uno solo, y hombre de carácter enérgico, la fortaleza de su ánimo salvará a los conjurados; pero es preciso que éstos sean no menos enteros que él y no descubran la urdimbre huyendo, porque las conjuraciones se descubren si se acobarda el encarcelado o el libre. Es infrecuente el ejemplo que menciona Tito Livio al describir la conjura contra Jerónimo de Siracusa [8]. Apresado Teodoro, uno de los conspiradores, ocultó a sus compañeros con valentía singular y acusó a los amigos del rey; de otro lado, los conjurados confiaron tanto en la bravura de Teodoro, que ninguno se fue de Siracusa, ni dio síntoma de temor. Estos peligros hay en la preparación de una conjura y pueden evitarse con los siguientes remedios. El primero y más seguro,

8. Cf. Tito Livio, XXIV, 4-7, en que Teodoro es llamado Teodoto.

Digitized by Google

me atrevería a decir que el único, consiste en que los conjurados no pueden acusarte, comunicándoles tu pensamiento en el instante de hacerlo y no antes. Quienes lo hicieran así, esquivarían los riesgos de la puesta en práctica y aun los otros, por lo que siempre tuvieron éxito. Cualquier hombre prudente lograría hacerlo así. Espero que bastarán dos ejemplos en justificación de lo que digo.

Nelemato no pudo soportar la tiranía de Aristótimos, tirano de Epiro. Reunió en su casa muchos parientes y amigos y los incitó a liberar su patria. Algunos le pidieron tiempo para reflexionar y prepararse, pero Nelemato, ordenando a sus esclavos que cerrasen las puertas, dijo a los congregados: «O juráis que realizaréis inmediatamente lo que os propongo, u os entregaré presos a Aristótimos.» Les espantaron estas palabras y acometieron felizmente lo que les ordenó Nelemato. Un mago se adueñó de modo fraudulento del reino de los persas, y Ortano, un prócer, descubrió el dolo, lo reveló a seis príncipes de aquel Estado y dijo que debían salvar a la nación de aquella tiranía. Preguntó alguno cuál sería la ocasión y Ortano exclamó: «Iremos en seguida u os acusaré a todos.» Por lo tanto, antes de que pudieran arrepentirse, llevaron a término su propósito. Semejante a estos dos ejemplos es cómo los etolios mataron a Nabis, tirano espartano: despacharon a Aleximeno con treinta caballos y doscientos peones a Nabis, so color de ayudarle, y sólo a él comunicaron el secreto de la misión, en tanto que impusieron a los restantes la obligación de obedecerle sin titubear bajo pena de destierro. El en-

Digitized by Google

viado llegó a Esparta y cumplió su misión sin tropiezos, porque no habló de ella hasta el momento de realizarla. He aquí los medios de eludir el peligro de las conjuraciones. Quien los imite siempre se salvará.

Que cada cual puede hacerlo, lo probaré con lo de Pisón, ya mencionado. Pisón era un hombre importante y de gran reputación, familiar de Nerón, que confiaba no poco en él. Nerón y él comían a menudo en sus huertos. Así, pues, podía Pisón buscar hombres esforzados y aptos para su ejecución (cosa fácil para un varón eminente), y cuando Nerón estuviera en los huertos, participarles el negocio, animándoles con frases persuasivas a hacer lo que no tenía tiempo de rechazar y que era imposible que no lograsen. Raras serán las conspiraciones que examinemos que no pudieron efectuarse del mismo modo. Sin embargo, los seres humanos acostumbran ser imperitos en las cosas del mundo y perpetran equivocaciones gravísimas, sobre todo en las ocasiones extraordinarias, como es ésta. Débese no comunicar el asunto sino por necesidad y en el momento del acto; y si tanto apretase la situación, comunicarlo a una sola persona a la que se conozca a fondo o que tenga los mismos motivos que tú. Hallar una de esa disposición es más fácil que encontrar varias, y por ello resulta menos peligroso. Si te engañase después, hay medio de preservarse, mas no donde los conjurados son muchos. A un prudente oí decir que con uno se puede tratar de cualquier cosa. Tanto vale el sí de uno, siempre que no lo escribas de tu puño y letra, de lo que has de guar-

Digitized by Google

darte como del peor contratiempo, como el no de otro. Recuerda lo de la escritura, que te condena irremisiblemente. Plautiano, dispuesto a matar a Severo y a su hijo Antonino, participó su deseo al tribuno Saturnino, que quiso acusarle en vez de obedecerle, y comprendiendo que en la acusación merecería el mismo crédito que Plautiano, le pidió un billete escrito participándole el asunto, a lo que Plautiano accedió cegado por la ambición. En consecuencia, el tribuno le acusó y logró condenarle; sin el billete y otras pruebas condenatorias, Plautiano le hubiera comprometido, a causa de la audacia con que negaba. Podrás salvarte de las acusaciones si no existen indicios de escritura ni otras pruebas. Guárdate, pues, de ello.

En la conspiración pisoniana hubo una mujer llamada Epicaris, antigua amiga de Nerón, la cual, por creerlo oportuno, participó la conjuración al capitán de unas trirremes, que Nerón tenía en su guardia, sin dar aviso de ello a los conspiradores. El capitán, quebrantando su confianza, la acusó ante Nerón; mas Epicaris negó con tanta audacia, que Nerón, confuso, no la condenó. Existen dos peligros en comunicar la conjura a uno solo: que te acuse con pruebas y que lo haga bajo tormento, después de ser detenido por sospechas o por algún indicio. Para ambos hay el remedio de replicar que lo hace por odio que te tiene, en el caso del primero, y que el suplicio le obliga a mentir, en el del segundo. La prudencia está en no participarla a nadie, antes bien en seguir los ejemplos mencionados; o cuando se comunique, que sea a uno solo, pues el peligro resulta menor que con-

Digitized by Google

fiar en muchos. Emparentada con este proceder está la obligación de hacer aquello que comprendes que gustaría al príncipe que hicieras, lo que sólo te permite pensar en protegerte. Esta necesidad produce casi siempre el efecto deseado. Lo probaremos con dos ejemplos.

El emperador Cómodo tenía dos jefes pretorianos, Leto y Electo, y Marcia, entre los primeros amigos y familiares, concubina o amiga suya. Los tres le reprendían algunas veces su conducta, que mancillaba su persona y su imperio, hasta que se cansó de ello y propuso matarlos. Escribió en una lista sus nombres y el de varias personas que pensaba ajusticiar a la noche siguiente y la puso debajo de la almohada de su lecho. Fue a bañarse. Un niño favorito suyo, jugando en la alcoba y sobre el lecho, halló la lista y, al salir con ella en la mano, halló a Marcia, que se la arrebató; enterada de su contenido, avisó al punto a Leto y Electo, y entre los tres deliberaron, para hacer frente al peligro sin perder tiempo, matar por la noche a Cómodo, lo que hicieron efectivamente. El emperador Antonino Caracalla estaba en Mesopotamia con sus ejércitos, y era prefecto suyo Macrino, hombre más de paz que de guerra. Como los príncipes malos temen siempre que alguno obre contra ellos lo que les parece merecer, Antonino escribió a Materniano, amigo suyo que estaba en Roma, que consultase a los astrólogos si había alguien que aspirase al imperio y que se lo avisase. Materniano le respondió que Macrino era el aspirante. La carta llegó a las manos de Macrino, comprendió la necesidad de matar, antes de

Digitized by Google

que llegase una nueva epístola de Roma, o de morir, y encargó al centurión Marcial, su privado, cuyo hermano había asesinado Antonino pocos días antes, que matase al emperador, lo que el centurión llevó a cabo. Esta necesidad apremiante surte casi el mismo efecto que la forma que empleó Nelemato de Epiro. Como dije al empezar, las amenazas perjudican más y originan mayores conjuras contra los príncipes que las injurias. Absténgase de ellas el señor. Se ha de mimar a los hombres, o comprarlos, y no inducirlos a pensar que deben matar o morir. Los riesgos que surgen en el momento de la ejecución nacen del cambio, de la cobardía, del error imprudente o de la imperfección, al no morir todos los que habían de perecer. Nada estorba o impide las acciones humanas como tener que alterar, en el postrer instante, los proyectos iniciales. Esas variaciones, que imponen el desorden en todo, trastornan la guerra y las cosas análogas de que hablamos.

En tales circunstancias, las personas deben obstinarse en llevar a cabo la parte que les corresponde. Cuando la imaginación se ha fijado durante días en un proyecto y en la manera de ejecutarlo, y de pronto varían las circunstancias, todo se perturba y la ruina es inminente. Lo mejor será entonces atenerse a lo prestablecido, aunque se adviertan inconvenientes, que no incurrir en otros mucho peores por querer mudarlo. Eso ocurre por la urgencia del tiempo, que impide reorganizarse, porque cuando se tiene tiempo cualquiera se despacha a su sabor.

Digitized by Google

Es conocida la conspiración de los Pazzi contra Lorenzo y Juliano de Médicis. Habían convenido que darían un banquete al cardenal de San Jorge [9], durante el cual les darían muerte. Se había establecido quién los mataría, quién ocuparía el palacio y quién recorrería la ciudad incitando al pueblo a la libertad. Sucedió que estando en la iglesia catedral de Florencia los Pazzi, los Médicis y el Cardenal en un oficio solemne, se supo que Juliano no comía por la mañana, a lo cual se reunieron los conjurados y decidieron cometer en el templo lo que habían esperado realizar en casa de los Médicis. Aquello alteró los proyectos, porque Juan Bautista da Montesecco [10] no quiso intervenir en el homicidio perpetrado en la iglesia y hubieron de cambiar los designados para cada acción, los cuales, sin tiempo de reflexionar, se equivocaron tanto que fueron prendidos.

El ejecutor se asusta por reverencia o por cobardía. La majestad y el respeto que merece un príncipe es fácil que enfríe o desconcierte al conspirador. Para asesinar a Mario, que estaba en Minturna, se envió un esclavo, el cual no osó matarle espantado de su aspecto y renombre. Si existe ese poder en un varón atado, encarcelado y abrumado por la mala fortuna, cuál tendrá un príncipe libre, rodeado de la pompa de sus ornamentos y de su cortejo. Esa pompa te maravilla o te aplaca una acogida amable. Conspiraron algunos contra Sitalces, rey de Tracia, eligieron el día de la ejecución y acudieron al lugar conve-

9. Rafael Riario.
10. Capitán pontificio.

Digitized by Google

nido, o sea ante el soberano; ninguno se atrevió a acometerle, se retiraron sin saber qué les había contenido y se culparon los unos a los otros. El hecho se repitió varias veces, hasta que fueron desenmascarados y sufrieron el castigo del crimen que podían y no querían hacer.

Se conjuraron contra Alfonso, duque de Ferrara, sus dos hermanos [11] y emplearon por instrumento a Giannes, cura y cantor del duque, el cual, a petición de los conjurados, condujo al duque, varias veces entre ellos, de forma que podían matarle. Pero no osaron hacerlo; fueron descubiertos y sufrieron la pena de su maldad y su imprudencia. Esa flojedad no debió de proceder sino de que la presencia del príncipe los apabullaba o de que la humanidad de éste los avergonzaba. El inconveniente surge en estos casos de la poca prudencia o del escaso coraje que te invaden, confundiendo tu cerebro y obligándote a decir y hacer lo que no debes.

Nadie prueba mejor que Tito Livio este estupor y esa confusión, cuando describe al etolio Aleximeno, que quiso matar Nabis el espartano, de que ya hemos hablado. Llegado el momento de llevarlo a efecto, informó a los suyos de lo que se debía hacer, sobre lo cual Tito Livio escribe estas palabras: «*Collegit et ipse animum, confusum tantæ cogitatione rei*» [12]. Nadie, aun cuando animoso, acostumbrado a la muerte de los hombres y curtido en el manejo del hierro, nadie, decimos, habrá

11. Julio y Fernando d'Este (1506).
12. «Reunió su espíritu, confuso por la idea de cosa tan grave» (Tito Livio, XXV, 35).

Digitized by Google

que no se turbe. Deben elegirse expertos en esas cosas y negarse a creer a ningún otro, bien que fuere valentísimo en opinión general; no puede estarse seguro de la bravura de nadie hasta que se prueba. Esa confusión quizá te desprenda las armas de las manos o te obligue a decir palabras que igualmente te desarmen. Lucila, hermana de Cómodo, ordenó a Quintiano que le matase. Éste esperó a Cómodo en la entrada del anfiteatro y gritó echándosele encima con un puñal desnudo: «¡El Senado te envía esto!», palabras que hicieron que le apresasen antes de que hubiese bajado el brazo. Micer Antonio da Volterra, encargado de matar, como se dijo, a Lorenzo de Médicis, dijo al acercarse a él: «¡Ah, traidor!», cuyo grito fue la salvación de Lorenzo y la ruina de los conspiradores. Una conjuración no será perfecta, por las razones enumeradas, cuando se atenta contra un jefe; pero aún lo será menos si las presuntas víctimas son dos. La dificultad hace el logro casi imposible: semejante acción a un mismo tiempo y en dos lugares diferentes resulta dificilísima, ya que no debe ejecutarse en dos momentos distintos, para que un acto no estropee el otro. La conjura contra un príncipe, repetimos, es materia dudosa, arriesgada e imprudente, y contra dos es absolutamente vana e inconsciente. El respeto al historiador me impide no creer lo que narra Herodiano[13] sobre Plautiano, que ordenó al centurión Saturnino dar muerte sin ayuda a Severo y Antonino, los cuales habitaban en países distintos. El

13. Historiador griego, que compuso la historia de Roma desde Marco Aurelio a Gordiano (170-240).


Digitized by Google

hecho resulta tan ilógico, que nadie, salvo su autoridad, me lo haría creer.

Ciertos jóvenes atenienses conspiraron contra Diocles e Hipias, tiranos de Atenas[14]. Mataron a Diocles, pero Hipias se salvó y le vengó. Los heraclenses Quión y Leónidas, discípulos de Platón, atentaron contra los tiranos Clearco y Sátiro, asesinando al primero: Sátiro, que conservó la vida, le vengó. Los Pazzi, tantas veces nombrados, no lograron matar más que a Juliano. Por tanto, hay que abstenerse de conspirar contra varios jefes, porque no aprovecha ni al individuo ni a la patria, antes bien los supervivientes empeoran, como saben Florencia, Atenas y Heraclea. Ciertamente, la conspiración de Pelópidas a fin de libertar Tebas, su patria, tuvo tantas dificultades como éxito. Pelópidas urdió la trama no contra dos tiranos, sino contra diez; no confiaban en él, ni tenía fácil ingreso a los tiranos, porque era rebelde. Empero, llegó a Tebas, mató a los tiranos y libertó su patria. Pero lo llevó a cabo con la ayuda de cierto Carón, consejero de los tiranos, que le posibilitó la ejecución. No imite nadie empresa tan imposible y maravillosa, que los escritores celebran por maravillosa e inaudita. Una ilusión o un accidente imprevisto bastan a interrumpirla. Bruto y los restantes conspiradores, en la mañana en que habían de asesinar a César, le vieron hablando largo rato con Cneo Popilio Lenas, un conjurado, y temieron que Popilio le hubiese revelado la trama, decidiendo matar a

14. El compañero de Hipias no se llamó Diocles, sino Hiparco.

Digitized by Google

César allí mismo, sin esperar que estuviese en el Senado; pero la conversación terminó, César no hizo nada extraordinario y se tranquilizaron. Esas falsas sospechas deben considerarse y tenerse en cuenta con prudencia, porque el de conciencia culpable suele ser objeto de ellas y cree fácilmente que son realidad. Una palabra inocente quizá le turbe, imaginando que se pronuncia sobre tu caso, y te haga descubrir la conspiración con tu huida o fracasar con precipitar su ejecución extemporáneamente. Eso acontece sobre todo cuando son muchos los conspiradores.

Sólo pueden mostrarse los accidentes con los ejemplos, porque son inesperados, y despertar la cautela de los hombres acerca de su naturaleza. Julio Belanti de Siena, ya mencionado, decidió matar a Pandolfo, que le había quitado la hija que le concediera por mujer, y eligió la siguiente ocasión: Pandolfo visitaba casi a diario un pariente enfermo, pasando ante la morada de Julio, el cual dispuso que los conspiradores se escondieran en su casa y acometieran a Pandolfo en el momento del tránsito. Uno, puesto en una ventana, haría una seña a los otros, colocados junto a la puerta, de que Pandolfo llegaba. Llegó, en efecto, Pandolfo, el de la ventana hizo la seña... Mas el señor de Siena se detuvo a hablar con un amigo que había encontrado y los del cortejo siguieron adelante, de forma que oyeron ruido de armas, descubrieron la emboscada, Pandolfo se salvó y Julio y sus secuaces debieron huir de la ciudad. El encuentro casual estorbó la ejecución de la conjura, desbaratando los proyectos de Julio.

Digitized by Google

No se pueden remediar esos accidentes, puesto que son raros. Hay que considerar cuantos puedan acaecer y ponerles remedio.

Nos resta señalar los peligros existentes tras el triunffo de la conspiración. Se reducen a uno: que quede alguien dispuesto a vengar al príncipe muerto. Tal vez vivan sus hermanos, hijos u otros parientes a los que corresponda la sucesión, por descuido tuyo o por alguna de las razones expuestas. Éstos acaso se venguen, como sucedió a Juan Andrés da Lampognano, al que castigaron un hijo y dos hermanos del duque de Milán [15], muerto por su mano y la de otros conjurados. En casos como éste se tiene excusa, porque son inevitables, pero no cuando alguno supervive por negligencia o imprudencia. Unos conjurados de Forlí mataron a su señor, el conde Jerónimo, y apresaron a su esposa y sus hijos de corta edad. Les pareció que no vivirían seguros si no se apoderaban de la fortaleza, que el castellano se negaba a rendirles. Madona Catalina, que así se llamaba la condesa, prometió entregársela si le permitían entrar en ella, y les dejó a sus hijitos por rehenes. Consintieron en ello. La condesa, ya al amparo de las murallas, les echó en cara el asesinato de su marido y les amenazó con una tremenda venganza, y les enseñó las partes genitales, asegurándoles que no le preocupaban sus hijos, porque tenía los medios de reponerlos. Sus enemigos, incautos y tardos en advertir el error, pagaron con el destierro perpetuo el fruto de la imprudencia. Pero

15. Galeazzo Visconti.

Digitized by Google

el peligro, posterior a la ejecución, más seguro y más temible, consiste en que el pueblo ame al príncipe que mataste; en esto los conjurados no tienen remedio. Se tiene el ejemplo de César, al cual vengó el pueblo de Roma, amigo suyo: los conspiradores, expulsados de la ciudad, fueron cayendo en distintos tiempos y en varios lugares.

Las conjuraciones contra la patria son menos peligrosas que aquellas que apuntan al príncipe: en su planteamiento los riesgos son menores, en la ejecución hay los mismos, y tras ésta no existe ninguno. En lo primero son escasos, porque un ciudadano puede fingirse súbdito leal sin manifestar su propósito; la empresa tendrá éxito si éste no se interrumpe, y si lo interrumpe alguna ley, espere y emprenda otro camino. Nos referimos, desde luego, a la república en parte corrompida, porque la íntegra, sin punto de partida para el mal, no inspira tales pensamientos a un ciudadano. Los hombres pueden aspirar de muchas formas y por muchos medios al señorío, libres de todo peligro, ora porque son más lentas que un príncipe, menos suspicaces y, por tanto, menos cautas, ora porque respetan más a los ciudadanos notables, por cuya razón éstos son más osados y están más dispuestos a confabularse contra ellas. Todos hemos leído la conjuración de Catilina, escrita por Salustio, y sabemos que, una vez descubierta, Catilina no sólo permaneció en Roma, sino que injurió al Senado y al cónsul; tanto respetaba aquella ciudad a sus ciudadanos. Ya lejos de Roma, con los ejércitos, no se habría apresado a Léntulo y a los otros si hubieran faltado las cartas de su

Digitized by Google

puño y letra que los acusaban de modo manifiesto. Hanón, primerísimo ciudadano de Cartago, que aspiraba a la tiranía, quiso envenenar al Senado en pleno durante la boda de una hija suya. Se descubrió la trama, pero el Senado no hizo sino dictar una ley que establecía los límites de los gastos de los convites y de las bodas; así fue de grande el respeto que inspiraba el culpable. En verdad, en la ejecución de una conspiración contra la patria hay dificultades y peligros mayores, porque raras veces te bastarán tus fuerzas al conspirar contra tantos. No todos son jefes de un ejército como César, Agatocles, Cleomenes y otros, que de golpe y con sus fuerzas se apoderaron de su patria. A éstos se les brinda un camino fácil y seguro; pero los débiles han de llevarlo a cabo con astucias e industria o con tropas extranjeras. En cuanto a la astucia e industria, habiendo Pisistrato, ateniense, vencido a los de Megara, y con ello adquirido la simpatía del pueblo, apareció herido una mañana, acusando de ello a la nobleza, y solicitó licencia para llevar hombres armados junto a sí para que le protegiesen. Concedida la autorización, se remontó a alturas que le transformaron en tirano de Atenas. Pandolfo Petrucci regresó a Siena con otros desterrados y se le concedió el gobierno de la guarnición de la plaza, como algo servil, que los demás desdeñaban; pero, a su debido tiempo, su gente de armas le proporcionaron tanta fama, que llegó a príncipe. Muchos se sirvieron de otras artes y procedimientos, y con los días y sin peligro se encumbraron. El logro de los que con fuerzas o

Digitized by Google

con tropas extranjeras pretendieron apoderarse de su patria, varía según los casos y la fortuna. El aludido Catilina se perdió. Hanón, del que se hizo mención, no habiendo triunfado el veneno, armó a miles de partidarios suyos, y uno y otros perecieron. Algunos próceres de Tebas recurrieron a un ejército espartano y conquistaron la tiranía de la ciudad. Examinando todas las confabulaciones contra la patria, se verá que pocas fueron cortadas de raíz en el período de planteamiento; en cambio, tuvieron éxito o fracasaron en la ejecución. Tras ésta, sus únicos peligros son los anejos a la índole del mando, porque el que llega a tirano tropieza con los obstáculos y zozobras peculiares de la naturaleza de la tiranía, que combatirá de la manera ya estudiada.

Esto es lo que se me ha ocurrido en el acto de escribir sobre las conspiraciones. Traté de las que hacen con el hierro y no con el veneno, porque todas vienen a ser una. Claro está que las que se sirven de la ponzoña son más arriesgadas, porque son más inciertas: no están al alcance de cualquiera y hay que tratarlas con quien posee el veneno, necesidad que abre las puertas al peligro. Además, por muchos motivos, un brebaje envenenado no siempre es mortal, como sucedió a los matadores de Cómodo, al que, habiendo vomitado la bebida, hubieron de estrangularle para que expirase. Los príncipes no conocen peor enemigo que las conjuraciones, pues mueren a consecuencia de ellas o los cubren de infamia. Si la conjura se lleva a término, perecen; si la descubren y castigan, se cree siempre que se trata de una in-

Digitized by Google

vención para desfogar su codicia y su crueldad a expensas de la sangre y de la hacienda de los que ordena matar. Deseo recomendar al príncipe o la república que sufra una conspiración, que piense al descubrirla, antes de la represión, en inquirir y comprender bien su importancia, la de los confabulados y la suya propia. Si se entera de que es amplia y poderosa, la disimulará hasta que haya preparado fuerzas suficientes para reprimirla; si no, se precipitará a su perdición, pues los conjurados, al verse descubiertos, obran sin freno alguno bajo la férula de la necesidad. Los romanos dejaron dos legiones de guarnición en Capua contra los samnitas, como en otro lugar narramos, y los jefes de los legionarios se concertaron para abusar de los capuanos. Roma se enteró de ello y comisionó a Rutilio, nuevo cónsul, con el encargo de atender al grave asunto. El comisionado adormeció a los conjurados, haciendo público que los senadores habían confirmado la estancia de las legiones en Capua. Creyéronlo los soldados e, imaginando que disponían de tiempo sobrado para ejecutar sus propósitos, dieron largas al asunto hasta que observaron que el cónsul los estaba separando. Aquello suscitó sus sospechas, hizo que se descubrieran y aceleraron la ejecución de su proyecto. He aquí un magnífico ejemplo de una y otra parte: revela cuán lentos son los hombres cuando piensan tener tiempo y cómo se precipitan cuando les aprieta la necesidad. El príncipe o la república que pretendan diferir en ventaja suya el descubrimiento de una conspiración, no tendrán mejor sistema que ofre-

Digitized by Google

cer a los confabulados una ocasión, a fin de que, en espera de ella, supongan que el tiempo les sobra, la retrasen y reciban el castigo. Apresuró su ruina el que no lo hizo, como el duque de Atenas [16] y Guillermo de Pazzi. El duque, tirano de Florencia, supo que existía una conjura contra él y ordenó apresar, sin reflexionar, uno de los conspiradores, lo que hizo que los otros empuñaran las armas y le privaran del Estado. Guillermo, siendo comisario en Val di Chiana, en 1501, supo que había en Arezzo una conjura en favor de los Vitelli para arrebatar aquella plaza a los florentinos; se trasladó inmediatamente a la ciudad, donde, sin considerar cuál era su fuerza y cuál la de los conjurados, ni reunir tropas, por consejo del obispo, hijo suyo, arrestó a un confabulado; los restantes se alzaron en armas, desposeyeron de la población a los florentinos y Guillermo, de comisario se convirtió en prisionero. Pero las conjuraciones débiles se pueden y se deben castigar sin consideraciones. Sin embargo, no hay que imitar dos procedimientos, casi contrarios: uno es el del aludido duque de Atenas, el cual, para fingir que creía en el amor de los florentinos, condenó a la pena capital al delator de una conspiración; otro corresponde al siracusano Dión [17], que, con objeto de probar a un sospechoso, consintió en que Calipo, en quien confiaba, fingiese conspirar contra él, y ambos acabaron mal: uno acobardó a los conjurados y envalen-

16. Gualterio de Brienne.
17. Yerno de Dionisio el Joven, amigo de Platón (m. 345 a J. C.).

BIBLIOTECA UNIVERSITAS

Digitized by Google

tonó a quien deseaba confabularse contra él, y otro hizo expedito el camino para su muerte, aunque fuese el jefe de la conjura, como la historia prueba, porque Calipo, pudiendo sin temor actuar contra Dión, lo aprovechó tanto, que le arrebató el Estado y la vida.

Digitized by Google

VII

Por qué los cambios de la libertad a la servidumbre y de la servidumbre a la libertad son unas veces incruentos y otras nadan en sangre

Extrañará tal vez a alguno que muchos pasos de la vida libre a la tiranía, y viceversa, se efectúan ora con efusión de sangre, ora sin ella, porque en las historias se lee que semejantes alteraciones se vieron acompañadas, en algunos casos, de infinitas muertes, y en otros nadie sufrió heridas, como sucedió cuando Roma fue de la monarquía al consulado, en cuyo momento, fuera del quebranto de algún individuo, sólo fueron expulsados los Tarquinos. Eso depende de que el Estado que se altera nazca en medio de la violencia o de la paz. El nacido en la violencia vio la luz con dolor de muchos, y es menester que éstos, en su ruina, deseen vengarse, de cuyo deseo se derivan la sangre y la muerte de los hombres. Pero si nació del común consentimiento de la mayoría que le engrandeció, la mayoría, en la ruina, no halla motivo de queja más que en el jefe. De esta clase fue el Estado de Roma y la expulsión de los Tarquinos,

Digitized by Google

como lo fue en Florencia el gobierno de los Médicis, donde, a su ruina, en 1494, sólo se persiguió a ellos. Así como tales cambios no resultan peligrosos, así son peligrosísimos los que llevan a cabo los vengadores, que siempre espantaron a quienes los leen. Estando llenas las historias de esos ejemplos, no insistiré sobre ellos.

Digitized by Google

VIII

El que desee mudar una república debe considerar cómo es

Arriba se examinó que un simple ciudadano sólo obra mal en una república corrompida. Refuerza esta conclusión, amén de lo que ahora se dirá, el ejemplo de Espurio Casio y de Manlio Capitolino. Este Espurio era ambicioso y ansiaba cobrar en Roma una autoridad extraordinaria, ganándose la plebe con muchos beneficios, como por ejemplo, dividir entre ella los campos que los romanos habían quitado a los hérnicos. Los Padres descubrieron su ambición, y tantas sospechas despertó, que, hablando al pueblo y ofreciéndole el dinero que se había obtenido de los granos, que el erario había importado de Sicilia, se negó en redondo, porque le parecía que Espurio deseaba pagarles el precio de su libertad. Pero aquel pueblo, si hubiera estado corrompido, no habría rechazado el dinero, abriendo a la tiranía el camino que le cerró. Más claro es el ejemplo de Manlio Capitolino, que prueba cómo la fea ambición de reinar anula el valor moral y

Digitized by Google

físico, y los buenos servicios prestados a la patria. En su caso. aquélla nació de la envidia que tenía de los honores conquistados por Camilo. Cegado por ella, no pensó cómo era la ciudad, ni tuvo en cuenta que la naturaleza de ésta impediría que sus propósitos adquirieran forma, aunque fuese triste y vaga, y se puso a alborotar en Roma contra el Senado y las leyes patrias. La perfección de la ciudad y la bondad de su naturaleza se conoció entonces, porque ningún noble, a pesar de que eran acérrimos defensores de los suyos, se decidió a favorecerle y sus parientes no le auxiliaron. Los familiares solían comparecer sórdidamente vestidos de negro y con la apostura triste, a solicitar piedad para el acusado; pero no fue así en el caso de Manlio. Los tribunos de la plebe acostumbraban apoyar las cosas que les parecían beneficiar al pueblo, especialmente si contrariaban a la nobleza; mas entonces se unieron a ella para extinguir el mal común. El pueblo de Roma, aficionado a lo que le aprovechaba y a lo que iba contra los nobles, hizo bastantes favores a Manlio; sin embargo, cuando los tribunos le citaron y remitieron su causa al juicio del pueblo, éste le condenó a muerte sin vacilación, trocándose de defensor en juez. Por consiguiente, no creo que haya en esa historia ejemplo más adecuado que éste para probar la excelencia de las instituciones de aquella república, viendo que ningún ciudadano defendió a un varón henchido de virtudes y que pública y privadamente había realizado una infinidad de obras elogiables. Pudo en todos más el amor a la patria

Digitized by Google

que cualquiera otra consideración, y tuvieron en más los peligros presentes, que de él dependían, que sus méritos pasados, y así le sentenciaron a la pena capital. Tito Livio dice: «*Hunc exitum habuit vir, nisi in libera civitate natus esset, memorabilis*» [1]. Dos cosas han de reflexionarse: primera, que la gloria se ha de buscar de modo distinto en una ciudad corrompida que en otra que conserve su integridad política; segunda (que viene a ser casi lo mismo que la anterior), que los hombres deben reparar en los tiempos y acomodar a ellos su conducta, principalmente en los hechos fuera de lo común.

Los que por mala elección o por inclinación natural prescinden de la manera de ser de la época en que viven, suelen ser desdichados y fracasan en lo que hacen; lo contrario acontece a los que reparan en ello. La frase del historiador citada permite llegar a la conclusión de que Manlio, si hubiese nacido en los tiempos de Mario y de Sila, en que reinaba la corrupción, hubiera podido dar forma a sus ambiciones con las mismas consecuencias y los mismos triunfos que aquéllos y otros que aspiraron más tarde a la tiranía. Igualmente, si Sila y Mario hubiesen surgido en el período de Manlio, hubieran sido castigados en sus primeros intentos. Un hombre, con su conducta y sus miserables procedimientos, puede empezar a sembrar la corrupción entre los mora-

1. «Éste fue el fin de tal hombre que, si no hubiese nacido en una ciudad libre, hubiese sido digno de memoria» (Tito Livio, VI, 20).


Digitized by Google

dores de una ciudad, pero su vida entera no será suficiente para corromperla tanto que coseche sus frutos; y aun concediendo que lo lograra al cabo del tiempo, sería imposible, dada la índole humana, que le aprovechara, porque los hombres son impacientes y no consiguen frenar muchos años una pasión suya. Por ello se equivocan en sus cosas, especialmente las que desean con fervor; la paciencia corta o la ilusión mendaz les harían entrar a destiempo en una empresa y resultarían escarmentados. La autoridad en una república, que se quiere deformar al propio antojo, supone una anarquía ya larga, a la que se llega a través de generaciones, a no ser que, como se dijo, los buenos ejemplos la enmienden o las leyes la retraigan al buen camino original. Manlio hubiese sido, por tanto, varón singular y memorable de nacer en una ciudad corrompida. Los ciudadanos que intentan algo, sea en pro de la libertad, sea en favor de la tiranía, deben considerar la índole de la república, que será la piedra de toque de las dificultades que hallarán a su paso. Tan difícil y peligroso es pretender libertar a un pueblo, empeñado en ser esclavo, como querer esclavizar al que anhele vivir libre. Como arriba se dijo que, en las obras, hay que considerar el tenor de los tiempos y proceder según sea, hablaré de ello en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

IX

Si se desea tener éxito, es menester mudar con los tiempos

Muchas veces he meditado que la causa de la fortuna, triste o fausta, de los hombres depende de que acomoden su conducta al tenor de los tiempos. Unos proceden con ímpetu y otros con cautela y parsimonia. En ambos procederes se sale de los límites convenientes y se yerra porque no hay camino seguro. Pero se equivocará menos, como he dicho, y tendrá próspera fortuna aquel que adecue su conducta al tiempo, sobre todo si a ello te obliga tu naturaleza. Fabio Máximo, como es sabido, dirigía su ejército con reflexión y cautela alejada del ímpetu y la audacia romanas, y el acaso hizo que su comportamiento respondiera a las demandas de la ocasión. Aníbal penetró en Italia, joven y favorecido por la suerte, y había derrotado dos veces al pueblo romano; la república, casi privada de su buen ejército, estaba espantada y no pudo aspirar a mayor fortuna que tener un capitán que mantuviese a raya al enemigo con su dilación y sus precauciones. Fabio

Digitized by Google

no pudo encontrar tiempos que más conviniesen a su carácter, y por ello cosechó la gloria. Que lo hacía por naturaleza, no conscientemente, se probó cuando Escipión quiso llevar los ejércitos a África para rematar la guerra, a lo que se opuso Fabio como quien no puede desmentir su índole, ni apartarse de sus costumbres. Si de él hubiese dependido, Aníbal hubiera seguido en Italia, porque no había advertido que el cambio de los tiempos exigía que se mudase el modo de hacer la guerra. Fabio la hubiese perdido si hubiera sido rey de Roma, no sabiendo alterar sus procedimientos según la variación de los años. Pero habiendo nacido en una república, existían diferentes ciudadanos y diversos temperamentos, como el suyo, óptimo para prolongar la contienda, y como el de Escipión, adecuado para ultimarla.

He aquí por qué una república goza de más larga vida y de mayor fortuna que un principado. La diversidad de ciudadanos le permiten acomodarse a la diversidad de circunstancias. En cambio, un príncipe, esto, es, un hombre solo, se apega a su proceder, invariable, como queda expuesto, y se arruina cuando los tiempos no casan con su proceder.

Pedro Soderini, mencionado en otras ocasiones, se conducía en todo con humanidad y paciencia. Él y su patria prosperaron mientras los tiempos estuvieron conformes con aquel modo de ser; pero llegaron otros que demandaban una alteración de carácter y su patria se arruinó con él porque no supo hacerlo. El papa Julio II procedió durante su pontificado con ímpetu y celeridad

Digitized by Google

y triunfó en todas sus empresas porque los tiempos le asistieron; pero si hubiesen aparecido otros, se hubiese perdido, porque no hubiera contenido su carácter, ni mudado sus procedimientos. Dos cosas motivan que no logremos cambiar: una, que no podemos contradecir aquello a que nos inclina la naturaleza; otra, que habiendo prosperado de una manera, cuesta convencerse de que sería bueno conducirse de otro modo. Por eso la fortuna del hombre es varia: ella cambia los tiempos y él no cambia. Las ciudades se arruinan porque no modifican sus leyes e instituciones, como examinamos por extenso; pero tardan más porque emplean más tiempo en variar. Necesitan tiempos que sacudan toda la república, lo que no logra uno solo cambiando su proceder.

Habiendo aludido a Fabio Máximo, que mantuvo en suspenso a Aníbal, en el capítulo siguiente discurriré si un capitán, empeñado en trabar batalla, puede verse estorbado de hacerlo por el enemigo.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

Un capitán no evita la batalla cuando el adversario se obstina en dársela

«*Cneus Sulpitius dictator adversus Gallos bellum trahebat, nolens se fortunæ committere adversus hostem, quem tempus deteriorem in dies, et locus alienus, faceret*» [1]. Cuando existe un error que todos los hombres, o la mayoría, comparten, no creo que sea inútil reprocharlo muchas veces. No me parece, pues, superfluo insistir en cuán distintas son nuestras acciones sobre las cosas grandes de las antiguas. Esa diferencia es mayor en los hechos militares, en que al presente no se observa nada de lo que tanto estimaban los antiguos. Este defecto viene de que las repúblicas y los príncipes han encargado a otros de esos cuidados, huyendo de su ejercicio para rehuir el peligro. Aunque se vea de tarde en tarde, en nuestros tiempos, a un rey que interviene personal-

1. «El dictador Cneo Sulpicio guerreaba contra los galos, pero no quería aventurarse contra un enemigo, al que el tiempo agotaría a diario en aquella tierra extranjera» (Tito Livio, VII, 12).

Digitized by Google

mente, no se crea que lo hace por motivos laudables, sino como pompa y alarde. Empero, ése, inspeccionando alguna vez sus huestes y simbolizando ante ellas la majestad del imperio, comete errores menores que las repúblicas, principalmente las italianas, las cuales se desentienden de la guerra confiando en soldados ajenos y cometen mil errores al mandarlos para que sepan quién es su señor. Uno de ellos es tan importante, que no lo silenciaré aquí. Esos príncipes afeminados y esas repúblicas poltronas dan por sabia comisión a los capitanes que envían contra el enemigo, imponiéndoles la obligación de luchar, ante todo que se abstengan de una batalla campal. Les parece que con esto imitan a Fabio Máximo, que salvó a los romanos no peleando, mas no comprenden que la utilidad del encargo es nula o bien resulta perjudicial, pues hemos de llegar a la conclusión de que un jefe militar en campaña no puede evitar el combate cuando el enemigo se empeña. Entonces, eso equivale a decir: «Pelea a gusto del adversario y no al tuyo.» Porque salir de campaña y no luchar, no se logra más que permaneciendo por lo menos a cincuenta leguas del enemigo y teniendo buenos exploradores que te avisen de su avance, para que tengas tiempo de retirarte. Otro partido es encerrarse en una ciudad. Y ambos son muy perjudiciales. Por el primero se entrega el país al enemigo, y el príncipe valiente preferirá arriesgarse al azar del combate a alargar la guerra con tanto daño de sus súbditos. La pérdida resulta manifiesta en el segundo: confinándote con tu ejército en una ciudad, te condenas a ser ase-

Digitized by Google

diado, a pasar hambre y a rendirte. Repetimos que estos dos expedientes de evitar la batalla causan menoscabo. La conducta de Fabio Máximo de apostarse en lugares fuertes y abruptos, tiene éxito si tu ejército es tan bravo que el enemigo no osa irte a buscar, desafiando todas tus ventajas. No puede afirmarse que Fabio rehuyese el combate, sino que deseaba combatir cuando estuviera seguro del resultado. Si Aníbal hubiese salido en busca suya, Fabio le hubiera esperado; pero el cartaginés no se atrevió a pelear de aquel modo. Así, pues, Aníbal y Fabio eludieron la batalla; pero si uno se hubiese obstinado, el otro hubiera tenido únicamente un remedio de estos tres: los dos mencionados y huir.

La verdad de lo que digo se ve manifiesta en mil ejemplos, sobre todo en la guerra que los romanos tuvieron con Filipo de Macedonia, padre de Perseo. Filipo, ante el ataque de los romanos, se propuso no combatir e, imitando a Fabio Máximo, se estableció con los suyos en la cima de un monte, donde se fortificó, seguro de que los legionarios no osarían acometerle. Pero le acometieron, le expulsaron de la posición y huyó con la mayor parte de sus soldados. Le salvó de la extinción la irregularidad del país, que estorbó la persecución romana. Filipo no quiso combatir y hubo de escapar porque acampó cerca de los romanos. Aquella experiencia le demostró que no rehuiría la pelea asentándose en la cumbre de las montañas y, como no deseaba encerrarse en una plaza, buscó otro sistema: el de hallarse a muchas leguas de distancia del campamento romano. Los

Digitized by Google

legionarios iban a una comarca y él se trasladaba a otra, y de donde salían él entraba. Y viendo, en fin, que su situación empeoraba con la prolongación de la guerra, y que sus súbditos sufrían la opresión propia y la ajena, se decidió a probar fortuna en una batalla, y así lo hizo. Aprovecha no combatir cuando los ejércitos se hallan en la situación del de Fabio, o el de Cneo Sulpicio, es decir, cuando poseen soldados tan excelentes que arredre al enemigo el pensamiento de asaltar tus fortalezas, así como que su dominio en tus tierras sea leve hasta el punto de que sufra carestía de vituallas. En este caso el expediente es útil, por las razones de Tito Livio aducidas: «*Nolens se fortunæ committere adversus hostem, quem tempus deteriorem in dies, et locus alienus faceret.*» De otra suerte no se puede evitar la batalla, sino con deshonor y peligro tuyo. Huir como Filipo es lo mismo que ser derrotado, y con tanto más oprobio, cuando no diste prueba de tu valor. Consiguió salvarse solamente porque el país le auxiliaba. Nadie negará que Aníbal fuese un genio de la guerra; frente a Escipión, en Africa, hubiera alargado la guerra si hubiese supuesto una ventaja, y lo habría podido hacer, siendo buen capitán y teniendo un ejército curtido, como Fabio en Italia; pero no lo hizo, lo cual permite suponer que le movió a ello alguna razón. El príncipe que comprenda que no puede mantener congregado su ejército, por falta de ayuda o de caudales, estará loco si no prueba suerte antes que el ejército se disuelva: esperando pierde seguramente y probando quizá venza.

Digitized by Google

Hay otra cosa no desdeñable: que se debe buscar la gloria aunque sea perdiendo, y que más glorioso es ser derrotado por la fuerza que por cualquier otra razón. Esta necesidad debió de constreñir a Aníbal. Escipión, aunque Aníbal hubiese diferido la batalla, y no hubiese tenido ánimo para atacarle en los lugares fuertes, no hubiese sufrido, porque había vencido a Sifax [2] y conquistado muchas tierras africanas, lo que le permitió estar tan tranquilo y a sus anchas como en Italia. No estaban en esta situación ni Aníbal, frente a Fabio, ni los galos que combatía Sulpicio.

Menos puede rehuir la batalla el que ataca un país extranjero. Éste tiene que acometer al enemigo así que se le presente, y si se establece en una plaza, se obliga tanto más a pelear. En nuestra época le ocurrió así al duque Carlos de Borgoña [3], que, acampado en Morat [4], en tierra suiza, fue acometido y derrotado por los naturales, y al ejército de Francia acampado en Novara, también vencido por los suizos.

2. Rey de la Numidia oriental.
3. El Temerario (1433-1477).
4. Ciudad a orillas del lago del mismo nombre, antigua colonia romana.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

Vence el que siendo más débil aguanta los primeros ímpetus

El poder de los tribunos de la plebe en la ciudad de Roma fue grande y necesario, como muchas veces hemos señalado, si no le hubiera sido imposible frenar la ambición de la nobleza, que hubiera corrompido la república mucho antes de lo que ocurrió. Sin embargo, como siempre se presenta algún mal que produce desórdenes, es necesario hacerles frente con nuevos mandamientos e instituciones. La autoridad tribunicia llegó a ser insolente y peligrosa para la nobleza y para Roma entera, amenazando con agostar la libertad romana; pero Apio Claudio se encargó de enseñar cómo habían de protegerse de la ambición de los tribunos: encontraron siempre entre ellos uno más cobarde, más venal o más amante del bien público que los otros, y a éste convencían de que se opusiera a la voluntad de sus colegas, que desearan deliberar algo contra la voluntad del Senado. La estratagema sirvió para temperar aquella excesiva autoridad y durante mucho tiem-

Digitized by Google

po resultó provechosa a Roma. Esto me ha dado la idea de que, cuando muchos poderosos se unen contra uno solo, aunque juntos tengan mucha más fuerza que éste, se debe confiar más en el último que en los otros. Prescindiendo de la discusión de si uno vale por varios, lo que ocurre en innumerables cosas, lo cierto y constante es que puede desunir a los demás por medio de la destreza, de manera que debilita el cuerpo poderoso. No quiero poner en el tapete ejemplos antiguos, de los que hay abundancia, sino modernos, o sea habidos en nuestra época.

En 1483 toda Italia se confabuló contra los venecianos. Cuando perdieron todo, y no pudieron mantener el ejército en campaña, sobornaron al señor Ludovico, gobernador de Milán, con cuya corrupción llegaron a un acuerdo por el que recobraron las tierras perdidas y usurparon además una porción del Estado de Ferrara. Los que perdían en la guerra salieron por ello gananciosos en la paz. No hace muchos años todo el mundo se confabuló contra Francia; empero, antes del fin de la guerra, España se separó de los confederados y pactó con ella, y los otros coaligados tuvieron poco después que imitarla. Por consiguiente, nunca se debe enjuiciar sobre el posible vencedor si en la contienda intervienen muchos contra uno, porque éste puede contemporizar y salir del aprieto en caso de que resista los primeros ataques. De no ser así se expone a un sinnúmero de peligros. En efecto, los venecianos en el año ocho hubieran eludido aquel desastre[1] si les hubiera

1. La derrota de Vailá (1509).

Digitized by Google

sido posible dar largas al ejército francés, teniendo tiempo de ganarse a alguno de los coaligados contra ellos; pero, como carecían de tropas valerosas con que parar el golpe del adversario, privándose a causa de ello de provocar la escisión de uno, conocieron el desastre. El Papa renovó su amistad con Venecia al recobrar sus posesiones y lo mismo hizo España; uno, y otra hubieran salvado gustosos su dominio de Lombardía, para que Francia no se engrandeciera en Italia, si hubiesen podido. Así, pues, los venecianos tenían ocasión de ceder una parte a fin de salvar el todo, partido muy discreto de seguirlo antes de que la guerra pareciera que los obligaba a ello; pero, ya en las hostilidades, resultaba deshonroso y, encima, de escaso provecho. Mas frente a tantos, pocos ciudadanos de Venecia se percataron del riesgo, poquísimos adivinaron la medicina y ninguno la recomendó. Volviendo al principio de este discurso, concluyo: así como el Senado romano protegió la salud patria de la ambición de los tribunos, porque eran muchos miembros así se remediará el príncipe al que ataquen muchos, siempre que emplee con prudencia los medios necesarios para desunirlos.


BIBLIOTECA DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSITAS
UNIVERSIDAD DE MADRID
Digitized by Google

Digitized by Google

XII

Un capitán discreto debe imponer a sus soldados la necesidad de combatir y arrebatársela a los enemigos

Otras veces hemos discurrido cuán útil resulta la necesidad a los humanos y qué gloria les rindió. Algunos moralistas escribieron que las manos y la lengua de los hombres, excelentísimos órganos que los honran, no habrían alcanzado la perfección, ni encumbrado tanto sus obras, si la necesidad no los hubiera acuciado. Así lo conocieron los capitanes antiguos, y procuraron que sus soldados se vieran obligados por ella a combatir. También usaron todas las tretas para que la necesidad no pesara en los enemigos, abriéndoles en muchas ocasiones el paso que podían cerrarles, y cerrando a los propios el camino que podían dejar abierto para ellos. Por consiguiente, quien desee que una ciudad se defienda con obstinación, o que un ejército combata con empeño, debe ante todo ingeniárselas para infundir en los pechos de su tropa dicha necesidad. Un caudillo prudente, que haya de expugnar una plaza, tiene que medir

Digitized by Google

la facilidad o dificultad de tomarla, conociendo y considerando cuáles presiones inducirán a sus habitantes a defenderla. Si ve que son muchas las que constriñan a la resistencia, dé la conquista por difícil; si no, júzguela fácil. Por ello, cuesta más conquistar las plazas después de una rebelión que antes de ella, porque en este último caso suelen rendirse, ya que no temen el castigo por no haber mediado ofensa; pero como, después de la sublevación, les parece haber ofendido y temen el castigo, resisten enérgicamente. Igual tesón surge de los odios naturales que se tienen los príncipes vecinos y las repúblicas limítrofes, lo cual procede de las ansias de dominio y de los celos de poder, sobre todo en las repúblicas, como acontece en Toscana. Esta pasión, esta competencia, dificultó y dificultará siempre las expugnaciones. El que considere bien los vecinos de la ciudad de Florencia y los de Venecia no se asombrará, como muchos hacen, de que aquélla se haya consumido más en contiendas con inferior provecho. Obedece a que los venecianos no tuvieron plazas vecinas tan testarudas en la defensa como Florencia, porque las ciudades lindantes con Venecia están habituadas no a la libertad, sino a vivir bajo un príncipe, y los acostumbrados a la servidumbre no dan importancia muchas veces a mudar de señor, antes lo suelen desear. Venecia, que tuvo vecinos más poderosos que Florencia, dominó más poblaciones, menos decididas a la resistencia que ésta, rodeada de ciudades libres.

Volviendo a nuestra primera intención, el capitán, al asaltar una plaza, debe procurar con gran

Digitized by Google

diligencia arrebatar esa necesidad a los defensores y con ella la porfía, prometiéndoles el perdón si les espanta el castigo y, si les asusta la libertad, probarles que no atenta contra el bien común, sino contra la ambición de unos cuantos ciudadanos. Este expediente facilitó en muchas ocasiones las empresas y las conquistas de ciudades. Desde luego, esos pretextos se conocen fácilmente, en especial por los hombres prudentes; pero los pueblos se ciegan a menudo con ellos, ansiando la paz inminente y negándose a reconocer la trampa que existe bajo las promesas generosas. De este modo se sometieron innumerables ciudades, como Florencia en nuestra época. Lo mismo ocurrió a Craso y a su ejército: no logró mantener la obstinación de sus soldados, cegados por las vanas promesas de los partos, los cuales ofrecieron la paz únicamente para minar su necesidad de defenderse, como se ve por la lectura de la vida de aquél [1]. Los samnitas, rompiendo las cláusulas del acuerdo, recorrieron y saquearon los campos de los confederados de Roma, impelidos por la codicia de unos pocos; y los romanos rechazaron la embajada que luego les enviaron, con ánimo de pedir la paz y con la promesa de que restituirían el botín y encarcelarían a los autores del desaguisado. Claudio Poncio, que entonces capitaneaba el ejército samnita, probó en un notable discurso que los romanos buscaban la guerra y, aunque ellos anhelasen la paz, la necesidad les obligaba a proseguir las hostilidades, diciendo

1. En las *Vidas Paralelas* de Plutarco.

Digitized by Google

estas palabras: «*Iustum est bellum quibus necessarium, et pia arma quibus nisi in armis spes est*»[2], y en tal necesidad vio con sus soldados la esperanza de la victoria. Evitaremos volver sobre esta cuestión presentando los ejemplos romanos más dignos de ser notados. Estaba Cayo Manilio[3] enfrentado con su ejército a los veyentes, parte de cuyas fuerzas habían penetrado en el campamento romano; para que los enemigos no pudieran escapar, Manilio cerró todas las salidas del recinto y los veyentes, al verse confinados, combatieron con tanto coraje que mataron a Manilio. Habían vencido al resto de los romanos, si un prudente tribuno no les hubiera permitido huir. Mientras la necesidad obligó a los veyentes a combatir, lo hicieron con estupenda bravura; pero, teniendo el camino libre, antes pensaron en huir que en reñir.

Los volscos y los equos penetraron con sus tropas en los dominios de Roma. Los cónsules fueron a su encuentro. En el ardor de la batalla el ejército volsco, cuyo jefe era Vecio Mesio, se encontró de pronto entre sus reales, ocupados por los romanos, y el otro ejército de éstos. Comprendió que moriría si no se abría paso con el hierro, y dijo a sus soldados las frases siguientes: «*Ite mecum, non murus nec vallum, armati armatis obstant; virtute pares, quæ ultimum ac maximum*

2. «La guerra es justa cuando es necesaria, y las armas piadosas e inocentes cuando toda la esperanza estriba en ellas» (Tito Livio, IX, 1).

3. En realidad, el héroe de ese episodio se llamaba Cneo Manlio.

Digitized by Google

telum est, necessitate superiores estis»[4]. De modo que Tito Livio llama a esta necesidad «*ultimum ac maximum telum*». Camilo, más prudente que los otros capitanes romanos, ya dentro de la ciudad de los veyentes, para facilitar la conquista y privar a los defensores de la obligación de resistir, ordenó a gritos, siendo oído de todos, que no se atacase a los desarmados. Las armas cayeron de las manos y la ciudad se tomó casi sin derramar sangre. Muchos jefes militares le imitaron a continuación.

4. «Venid conmigo. Ni muros, ni vallas nos detienen; hemos de combatir con soldados como nosotros. Siendo iguales en valentía, la necesidad, la última y más eficaz arma, os concederá la victoria» (Tito Livio, IV, 28).

Digitized by Google

Digitized by Google

XIII

Si se debe confiar más en un buen capitán, cuyo ejército sea débil, que en un ejército fuerte cuyo capitán no lo sea

Coriolano, desterrado de Roma, fuése a la tierra de los volscos, los cuales le proporcionaron un ejército con que atacar y vengarse de sus antigos conciudadanos. Renunció después a ello, más por amor de la madre patria que debido a la fuerza romana. Tito Livio dice que por esto se conoció que la república fiaba más en el valor de los capitanes que en el de los soldados, considerando que los volscos habían sido vencidos hasta entonces y que no vencieron hasta que Coriolano los mandó. Aunque Livio opine así, en muchos pasajes de su historia se advierte que hizo maravillas la valentía de tropas sin capitán, más disciplinadas y bravas tres la muerte de los cónsules que antes de que perecieran. El ejército que Roma tenía en España, bajo los Escipiones, no sólo se salvó, sino derrotó al enemigo una vez muertos sus dos jefes [1], conservando aquella pro-

1. Los hermanos Publio y Cneo Cornelio Calvo.

Digitized by Google

vincia para la república. En resolución, hay muchos ejemplos de que el valor de los soldados fue decisivo en una batalla y otros tantos de que la pericia de los capitanes tuvo el mismo resultado. Por tanto, se puede creer que unos y otros se necesitan mutuamente.

Conviene estudiar primeramente qué es más temible: un buen ejército mal capitaneado o un buen capitán con un mal ejército. Según la opinión de César, debe tenerse en poco a ambos. Yendo a España contra Afranio y Petreyo [2], asistidos por un ejército óptimo, indicó el desdén que sentían por sus malos capitanes con esta frase: «*Quia ibat ad exercitum sine duce*» [3]; en cambio, al ir a Tesalia contra Pompeyo, dijo: «*Vado ad ducem sine exercitu*» [4].

Consideremos otra cosa: ¿Qué es más fácil? ¿Que un buen capitán consiga forjar un buen ejército, o que un buen ejército haga un buen capitán? Me parece que la pregunta se responde por sí sola, porque es más fácil que muchos buenos encuentren o instruyan a uno hasta que sea como ellos, que uno mejore a muchos. Lúculo [5] era inexperto en el arte bélico cuando fue enviado contra Mitrídates; pero aquel buen ejército, en el que

2. Lugartenientes de Pompeyo, ambos muertos en África, durante las luchas de la disolución del primer triunvirato.

3. «Porque iba contra un ejército que carecía de jefe» (Suetonio, *Vida de César*).

4. «Voy contra un jefe que carece de ejército» (*ibíd.*).

5. Lucio Licinio Lúculo (109-57 a. J. C.), cuya biografía se encuentra en las *Vidas Paralelas* de Plutarco, famoso por su lujo y la suntuosidad de sus banquetes.

Digitized by Google

había excelentes capitanes, le convirtió en un experto jefe militar. Los romanos, faltos de hombres, armaron esclavos que pusieron bajo la autoridad de Sempronio Graco, que los transformó en poco tiempo en una fuerza notable. Pelópidas y Epaminondas, como se dijo en otra parte, luego de liberar a su patria de la sumisión a los espartanos, no tardaron mucho en hacer soldados inmejorables de los palurdos tebanos, los cuales no sólo resistieron el ímpetu de Esparta, sino que la derrotaron. Hay, pues, equivalencia entre ambas cosas, porque uno puede mejorar a otro. Pero un buen ejército sin un capitán de las mismas prendas suele insolentarse y hacerse dañino, como el de Macedonia tras la muerte de Alejandro y los mílites veteranos en las guerras civiles. De ahí que yo crea que se ha de confiar más en un capitán con tiempo para instruir y armar sus tropas, que en un ejército levantisco que eligió tumultuosamente su caudillo. Debe tributarse doble gloria y alabanza a los jefes que vencieron al enemigo, los cuales antes de chocar con él hubieron de adiestrar a su milicia y hacerla buena. En ellos se duplica un raro valor. Si hubieran tenido igual labor ingente, muchos serían menos apreciados y celebrados de lo que son.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIV

Los efectos que producen los nuevos ingenios y las voces desconocidas que surgen en plena batalla

Qué importancia tienen en las contiendas y en las batallas los cambios debidos a algo inesperado que se vea o se oiga, se comprenderá claramente, sobre todo por la batalla que los romanos sostuvieron con los volscos. Quinctio[1] advirtió que cedía una punta de su ejército y rompió a dar grandes voces de que se estuviera quieta y firme, porque la otra habían alcanzado la victoria. Sus palabras esforzaron a los romanos, espantaron al enemigo y así venció. Estas voces, que tan gran efecto causan en un ejército bien disciplinado, producen frutos inauditos en uno desordenado e indisciplinado, porque el mismo viento lo mueve todo. Presentaré un ejemplo digno de nota habido en nuestro tiempo. No ha muchos años la ciudad de Perusa se dividía en las facciones de los Oddi y los Baglioni. Éstos gobernaban y aquéllos estaban desterrados. Los últimos for-

1. Tito Quinctio Cincinato.

Digitized by Google

maron una tropa de amigos, que, desde una plaza vecina, penetraron a favor de la noche en Perusa, sin ser descubiertos, para adueñarse de ella. En tal ciudad, cadenas cierran las calles en todas las travesías. Los secuaces de los Oddi iban precedidos de un guerrero, que rompía los eslabones con una maza ferrada y los caballos pasaban. Faltábale solamente quebrar la de la calle que desembocaba en la plaza; como los que le seguían se apiñaban a su espalda, impidiéndole levantar los brazos con desembarazo, dijo: «¡Echaos atrás!» Estas palabras, de fila en fila, se convirtieron en «¡Atrás!», hicieron huir la retaguardia y, poco a poco, a los más adelantados, con tanta furia, que ellos mismos se derrotaron. El proyecto de los Oddi resultó vano a consecuencia de incidente tan leve.

Por ello se debe reflexionar que la disciplina militar es necesaria no tanto para que los ejércitos combatan con orden, cuanto para que no los desordene un suceso imprevisto y nimio. Las turbas y las multitudes del pueblo no sirven para la guerra, puesto que las trastorna y las pone en fuga un ruido, un grito o un estrépito. Un buen capitán tiene que mandar, entre otras cosas, que unos escuchen sus órdenes y las transmitan a otros, acostumbrando a los soldados a obedecer únicamente a los designados, y a los oficiales que digan sólo lo que él indique. Muchas veces se sufrieron grandísimos daños por no observar este principio.

Todo jefe (en cuanto a ver cosas nuevas) procurará que aparezca algo, mientras los hombres

Digitized by Google

pelean, que anime a los suyos y acobarde a los contrarios. Este es un medio muy eficaz entre los que proporcionan el triunfo. Así lo atestigua el dictador romano Cayo Sulpicio. Siendo inminente la lucha con los galos, armó e hizo montar en mulos y otras acémilas, con armas e insignias, a los cargadores y otra gentualla para que pareciesen hombres de a caballo; los colocó detrás de una elevación del terreno y ordenó que a una señal, cuando la batalla fuese más brava, se mostrasen al enemigo. Así dispuesto y hecho, los galos se espantaron hasta el extremo de perder la contienda. Un buen capitán ha de reparar en dos cosas: la primera, ya dicha, ingeniar alguna invención que aterre al enemigo; la segunda, apercibirse a fin de descubrir y anular la que el enemigo haya tramado. Semíramis luchaba contra el rey de India; vio que el soberano tenía numerosos elefantes y, para asustarle mostrándole que no carecía de ellos, ordenó que avanzaran camellos cargados de búfalos y vacas. El rey, comprendiendo la estratagema, no sólo inutilizó la invención, sino la volvió contra la reina. Mamerco [2], dictador romano, combatía contra los de Fidenas, cuando éstos se propusieron aterrar al enemigo disponiendo que, en lo más rudo de la pelea, salieran de la ciudad soldados con fuego en las puntas de las lanzas, lo que desconcertaría a los romanos obligándoles a romper sus filas. Nótese que esas astucias, cuando tienen más de veras que de ficción, causan efecto a los hombres, porque tardan

2. Mamerto Emilio fue dictador en el año 437 a. J. C.


BIBLIOTECA UNIVERSITAS

Digitized by Google

más en descubrir su auténtica naturaleza; de lo contrario, si su carácter propende a lo fantástico, mejor será no ejecutarlas o, si se hacen, mostrarlas de lejos para que no se descubran tan prestamente, como Cayo Sulpicio con los muleros. Pronto se descubre la realidad cuando se observa de cerca, y más te perjudican que te favorecen, como le ocurrió a Semíramis con los elefantes y a los fidenatos con los fuegos. Los últimos turbaron de momento al ejército romano, pero el dictador los escarneció diciendo que debían avergonzarse de huir del humo como las abejas y que habían de rebullir contra ellos. Gritando: «*Suis flammis delete Fidenas, quas vestris beneficiis placare no potuistis*»[3], inutilizó la argucia de los fidenatos, que fueron derrotados.

3. «Destruid Fidenas con sus propias llamas, que vuestra generosidad no logró apagar» (Tito Livio, IV, 33).

Digitized by Google

XV

Uno, y no muchos, debe ir al frente de un ejército, porque un número excesivo de jefes es perjudicial

Sublevados los fidenatos, que mataron a los colonos que Roma había enviado a Fidenas, los romanos crearon cuatro tribunos con autoridad consular para que vengasen el ultraje. Uno quedó en custodia de Roma y los tres restantes fueron contra los fidenatos y los veyentes. Mas, por estar desunidos, conocieron la deshonra y no el daño. Ellos tuvieron la culpa del deshonor y el valor de los soldados les salvó del daño. Los romanos, a consecuencia de este quebranto, recurrieron a la creación del dictador [1], para que uno solo reorganizase lo que tres habían desorganizado. De aquí se conoce la inutilidad de muchos jefes en un ejército o en una plaza en trance de defenderse. Tito Livio lo declara con palabras tan inteligibles como las que siguen: «*Tres Tribuni potestate consulari documento fuere, quan plurium imperium*

1. Mamerco Emilio.

Digitized by Google

bello inutile esset: tendendo ad sua quisque consilia, cum alii aliud videretur, aperuerunt ad occasionem locum hosti»[2]. Bien que muchos ejemplos prueben los inconvenientes que causa la jefatura múltiple, presentaré alguno, moderno y antiguo, para mayor atendimiento de la cuestión.

En 1500, habiendo recobrado Milán, el rey de Francia, Luis XII, envió sus gentes a Pisa con el propósito de devolverla a los florentinos. Con ellas fueron por comisarios Juan Bautista Ridolfi y Lucas di Antonio de los Albizi. Juan Bautista era varón famoso y de más edad, y Lucas le confiaba la solución de todos los negocios; si no revelaba su ambición de palabra, la mostraba callando y con trastocar y criticar todo, así que no colaboraba en las acciones de obra ni con la opinión, como si fuese individuo de poca monta. A continuación se vio lo engañoso de la apariencia, cuando Juan Bautista hubo de regresar a Florencia debido a cierto hecho[3]. Lucas, ya solo, manifestó su mérito en valor, ingenio y consejo, facultades que pudieron darse por perdidas mientras estuvo asociado. Citaré de nuevo, en confirmación de este criterio, unas palabras de Tito Livio. Refiere que Quinctio y Agripa[4] fueron enviados por los romanos contra los equos y que Agripa quiso que la

2. «Tres tribunos cuyo ejemplo probó cuán peligrosa es en la guerra la división del poder. Atendiendo cada uno a sus proyectos personales, sin preocuparse de los que alimentaban los otros dos, ofrecieron ocasiones favorables al enemigo» (Tito Livio, IV, 31).

3. El malestar que produjo la conducta levantisca de los mercenarios gascones.

4. Tito Quinctio Barbato y Agripa Furio.

Digitized by Google

dirección de la guerra dependiera de su colega, diciendo: «*Saluberrimum in administratione magnarum rerum est, summam imperii apud unum esse*» [5]. Contradice esta sentencia lo que hoy hacen nuestras repúblicas y nuestros príncipes, mandando a los lugares, para que estén mejor administrados, más de un comisario y más de un jefe, lo que produce una confusión incalculable. Si se indagara el motivo de la ruina de los ejércitos italianos y franceses en nuestros tiempos, se descubriría que era éste. En verdad, puede concluirse que es mejor mandar a una expedición un hombre solo de prudencia ordinaria que dos hombres sobresalientes con la misma autoridad.

5. «El partido más saludable en la gerencia de una guerra tan importante es que el mando supremo esté en las manos de uno solo» (Tito Livio, III, 70).

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

En tiempos difíciles se busca la virtud auténtica y en los fáciles gozan del beneplácito general no los virtuosos, sino los que destacan por su riqueza o parentesco

Ocurrió siempre y siempre ocurrirá que los hombres grandes y singulares son olvidados por la república en tiempos de paz. La envidia que suscita la reputación que les adquirió su virtud hace que muchos ciudadanos quieran no ya igualarse con ellos, sino aventajarlos. Sobre esto, Tucídides [1], el historiador griego, presenta un buen pasaje. La república ateniense, vencedora en la guerra peloponésica, sometido el orgullo espartano y señoreando en casi toda Grecia, se propuso conquistar Sicilia. Discutióse la empresa en Atenas. Alcibíades y algunos otros ciudadanos la recomendaban, como quienes, dispuestos a ser jefes de la misma, pensaban más en su distinción que en el público bien. Nicias, el primer ateniense contrario a ella, para que se le escuchara, pre-

1. *Guerra del Peloponeso,* VI, 8-9.

Digitized by Google

sentó al pueblo como razón de mayor bulto la de que al aconsejar al pueblo que no se hiciera aquella guerra no pensaba en sí mismo, porque, reinando la paz en Atenas, sabía que eran muchos los ciudadanos que querían encumbrarse; pero también sabía que, una vez declarada, ninguno sería superior a él o no podría equiparársele.

Desorganiza las repúblicas el no escuchar a los varones probos en época de paz. La desatención les indigna por dos causas, siendo la primera que los humilla y la segunda que tienen por compañeros y superiores a individuos despreciables y menos capaces que ellos. Dicho desorden ha arruinado muchas repúblicas, porque los ciudadanos inmerecidamente despreciados, conociendo que los culpables de ello son los tiempos fáciles y apacibles, procuran turbar la situación con nuevas guerras. He reflexionado que hay dos medios para hacer frente a estas circunstancias: uno es mantener a los ciudadanos pobres, a fin de que no corrompan ni a sí mismos ni a los demás; y otro, apercibirse para la guerra de modo que siempre pueda llevarse a cabo, utilizando hombres de reputación, como los romanos en sus primeros períodos. Como mantenían los ejércitos constantemente fuera de la ciudad, se ejercitaba la virtud humana y no se arrebataban los honores a un individuo que los mereciese, para concedérselos a otro inmerecidamente. Si se producía lo contrario en alguna ocasión por error o a manera de intento, surgía a no tardar la anarquía y un peligro tan grandes, que volvían inmediatamente al buen camino. No evitan esos inconvenientes las

Digitized by Google

repúblicas organizadas de forma distinta y que guerrean sólo en caso de necesidad; antes bien sucederán desórdenes en ella cuando un particular virtuoso postergado sea vengativo y tenga cierta reputación y algunos partidarios. Roma lo evitó durante una época; pero, vencidos ya los cartagineses y Antíoco (como se dijo en otra parte), no temió las guerras y expuso los ejércitos en todo lo que se le antojaba, porque atendía no a la virtud, sino a cualquier otra condición que la bienquistase con el pueblo. Así, en cuanto Paulo Emilio obtuvo el consulado, al que aspirara en vano tantas veces, se declaró la guerra macedónica y fue encargado de su gerencia con el general consentimiento de la ciudad, aunque se juzgó peligrosa.

Hubo en nuestra Florencia, después de 1494, muchas guerras en las que los florentinos dieron mala prueba de sí; pero existía afortunadamente en la ciudad uno, Antonio Giacomini [2], que enseñó cómo se debían mandar los ejércitos. Cesó por completo la ambición de todos mientras se peligró, no teniendo competidor aquél en la elección de comisario y de jefe de las tropas; mas luego, llegados los conflictos no azarosos y prometedores de honores y distinciones, tuvo tantos rivales, que se le rechazó cuando se trató de elegir tres comisarios para combatir a Pisa. El mal que recibió lo público por no haber enviado a Antonio no fue evidente; sin embargo, pudo conjeturarse, porque los pisanos no tuvieron que defenderse en

2. Cf. *supra*, I, 53.

Digitized by Google

adelante, al paso que forzosamente se hubieran rendido a la discreción de los florentinos si Antonio hubiese intervenido. Asediados por capitanes que no sabían ni apretarlos ni constreñirlos, Florencia, que perdía el tiempo, los compró cuando le hubiera sido posible rendirlos por la fuerza. Natural era que aquel menosprecio afectase a Antonio, y fue menester que éste gozara de gran paciencia y bondad, puesto que no se vengó, como podía, arruinando la ciudad o perjudicando a un particular. De ello debe precaverse una república, como se dirá en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

XVII

No se debe ofender a un hombre y después concederle una magistratura o cargo importante

Procure una república no conceder un cargo de importancia al hombre al cual otros hayan inferido una injuria considerable. El cónsul Claudio Nerón[1] se separó del ejército que tenía frente a Aníbal y con parte de él marchó a la Marca[2] a reunirse con su colega[3], a fin de derrotar a Asdrúbal antes de que se uniese al otro caudillo cartaginés. El mismo Nerón se había encontrado, tiempo atrás, en España[4] ante Asdrúbal, cercándole hasta el punto de que éste tenía que pelear con desventaja o perecer de hambre. Pero el astuto cartaginés le distrajo con negociaciones y se escapó, privándole de la victoria. Se supo lo ocurrido en Roma, mereció la censura del Senado y del

1. Claudio Nerón Druso, que derrotó a Asdrúbal en el Metauro (208 a. J. C.).
2. Se refiere a los límites septentrionales del dominio romano.
3. Marco Livio Salinator.
4. El hecho narrado a continuación ocurrió en Andalucía (210 a. J. C.), siendo Claudio propretor.

Digitized by Google

pueblo, y toda la ciudad habló mal de Nerón, despreciándole y cubriéndole de deshonra. Nombrado posteriormente cónsul, y despachado contra Aníbal, siguió el peligrosísimo partido expuesto, el cual tuvo a Roma soliviantada y en zozobra hasta que se supieron las noticias de la derrota de Asdrúbal. Se preguntó más tarde a Claudio por qué había tomado una decisión tan aventurada, arriesgando casi la libertad de Roma sin que una extremada necesidad le obligase a ello, y respondió que lo había hecho a sabiendas de que, si triunfaba, recobraría la gloria perdida en España, y de que si no lo conseguía, concluyendo la empresa desastrosamente, se vengaba de la ciudad y de sus habitantes, que le habían ofendido con tanta ingratitud como imprudencia. Si el rencor de la afrenta pudo tanto en un romano, en la época en que Roma conservaba su integridad, piénsese cuánto podrá en un hombre de otra ciudad no constituida como aquélla. Semejantes desórdenes no se remedian de modo seguro en una república, de lo cual se sigue que jamás se fundará una a perpetuidad, porque se llega a su ruina por mil caminos inopinados.

Digitized by Google

XVIII

Nada es más digno de un capitán que adivinar los propósitos del enemigo

El tebano Epaminondas decía que nada es más provechoso y más necesario para un capitán que conocer las decisiones y propósitos del enemigo. Ese difícil conocimiento es elogiable cuando se obra de modo que se llega a la conjetura acertada. Resulta menos arduo adivinar los propósitos del adversario que entender a veces sus actos, y no tanto los que se ejecutan lejos como los actuales y próximos. En muchas ocasiones acontece que, durando una batalla hasta la noche, el vencedor se cree vencido y el vencido se imagina vencedor. Esta confusión ha motivado decisiones contrarias a la conveniencia del que las deliberó, como en el caso de Bruto y Casio, que perdieron a la guerra por culpa de este error. Bruto alcanzó la victoria con su cuerpo de ejército, pero se suicidó [1] suponiendo que Casio y el suyo habían sido derrotados. En nuestra época, durante la ba-

1. En Filipos (42 a. J. C.).

Digitized by Google

talla que Francisco, rey de Francia, peleó en Santa Cecilia[2] de Lombardía contra los suizos, los supervivientes de éstos creyeron haber vencido, ignorando que los más de los suyos habían perdido y muerto. Este error de apreciación hizo que no huyeran y reanudasen el combate a la mañana siguiente con enorme desventaja. Mal se aconsejaron con ello, poniendo al filo de la ruina al ejército del Papa y de España que, desorientado por la falsa noticia, atravesó el Po y hubiera caído en manos de los franceses victoriosos si continúa progresando.

Una confusión análoga conocieron los romanos y los equos. El cónsul Sempronio avanzó al encuentro del adversario y, trabada la contienda, se peleó hasta la noche con diferentes vicisitudes en favor de una y otra parte. Cerrada la obscuridad, ambas se retiraron semivencidas a los cerros próximos, donde creían estar más a salvo que en sus reales. El ejército romano se dividió en dos cuerpos, uno de los cuales fue con el cónsul y otro con un tal Tempanio, centurión, gracias a cuyo valor los romanos no habían sido derrotados por completo. Por la mañana el cónsul se dirigió a Roma, sin preocuparse de saber más del adversario, y otro tanto hicieron los equos. Uno y otros partían convencidos de que el bando opuesto había triunfado y despreocupados de que el enemigo saqueara su campamento. Tempanio, que también retrocedía, supo por algunos equos heridos que sus jefes se habían ido, abandonando los cuarte-

2. En la batalla de Mariñán (1511).

Digitized by Google

les; penetró primero en los propios con objeto de asegurarlos y luego saqueó los de los equos y regresó victorioso a Roma. Esta victoria consistió, como se ve, en quién fue el primero en enterarse del desconcierto del contrario. Nótese, pues, que quizá sea frecuente que dos ejércitos enfrentados sufran la misma desorientación y que triunfe el que logre descubrir en primer lugar el engaño del otro.

Presentaré sobre lo mismo un ejemplo moderno, ocurrido en nuestra patria. Los florentinos tenían en 1498 un grueso ejército apretando a Pisa, y los venecianos, protectores de aquella ciudad, no encontraron mejor medio de salvarla que distraer la atención florentina, atacando por otra parte los dominios de Florencia. Entraron con tropas nutridas por el Valle de Lamona, ocuparon el burgo de Marradi y sitiaron la fortaleza de Castiglione, que está en una colina. Enterados de ello, los florentinos pensaron en auxiliar a Marradi, sin disimular las fuerzas que tenían ocupadas en Pisa. Congregaron nuevos infantes y otros jinetes, y los enviaron a aquel punto a las órdenes de Jacobo IV de Appiano, señor de Piombino, y del conde Rinuccio de Marciano. Al aparecer estas fuerzas en las alturas que ciñen Marradi, los enemigos se retiraron de Castiglione y penetraron en el burgo. Ambos ejércitos estuvieron encarados algunos días, sufriendo carestía de vituallas y otros pertrechos, sin atreverse a lanzar el ataque. Ignoraban mutuamente el aprieto del enemigo: una misma noche los dos decidieron abandonar los cuarteles a la mañana siguiente,

Digitized by Google

dirigiéndose los venecianos a Brisighella y Faenza y los florentinos a Casaglia y el Mugello. Por la mañana, cuando los ejércitos comenzaban a aviar su impedimenta, una mujer salió por ventura de Marradi, yendo al campamento florentino, segura en su ancianidad y pobreza, con ánimo de ver a algunos parientes que estaban en aquel real. Los capitanes de Florencia supieron por ella que los venecianos se iban, se envalentonaron con la noticia, cambiaron pareceres como si los hubieran desalojado y los persiguieron, escribiendo a Florencia que los habían repelido y triunfado. Esta victoria se debió, ni más ni menos, a haberse enterado, antes que el enemigo, de que éste se marchaba, cuya nueva hubiese surtido el mismo efecto contra los nuestros, si los venecianos la hubieran sabido en primer lugar.

Digitized by Google

XIX

Si para dirigir una muchedumbre importa más el buen trato que el castigo

La república romana se hallaba dividida a causa de la enemistad de nobles y plebeyos. Sin embargo, como la guerra era inminente, despacharon tropas capitaneadas por Quinctio y Apio Claudio [1]. A éste, por ser cruel y áspero, obedecieron mal los suyos y hubo de huir de su jurisdicción casi vencido; aquél, benigno y de talante amable, disfrutó de la obediencia de los soldados y obtuvo la victoria. Parece, por lo tanto, que más vale en el gobierno de una muchedumbre ser benévolo que rudo, y piadoso que cruel. Empero, Cornelio Tácito, al que muchos escritores aprueban, se decide por lo opuesto en una frase: «*In multitudine regenda plus poena quam obsequium valet*» [2]. Reflexionando cómo se justifican estas dos opiniones, aseguro que o riges hombres que son ordinaria-

1. Tito Quinctio Barbato Capitolino y Apio Claudio, hijo (cf. Tito Livio, II, 56 ss.).
2. «Más aprovecha el castigo que el buen trato cuando se ha de gobernar una multitud» (Cornelio Tácito, *Anales*).


Digitized by Google

mente compañeros tuyos o aquellos que están sometidos a ti. En el primer caso, no puede usarse al pie de la letra el castigo, la severidad de que razona Cornelio. Como la plebe disfrutaba en Roma de paridad con la nobleza, no podía tratarla con crueldad y severamente el que llegaba a los altos cargos. Muchas veces se advirtió cuán mejor resultado lograban los capitanes romanos que se hacían amar de la tropa, guiándola con mansedumbre, que aquellos que se hacían temer sin duelo, a menos que les asistiera un valor extraordinario como a Manlio Torcuato. El que rija súbditos recurrirá antes al castigo que a la lenidad, y de él trata Cornelio, con el propósito de frenar su insolencia y evitar que te atropellen con excesiva facilidad. Pero este rigor tiene que ser moderado y exento de encono, porque jamás benefició el odio al príncipe. Se evita respetando el patrimonio de los súbditos, porque ningún señor derrama sangre, a menos que disimule la codicia, sino en caso de necesidad, y esa necesidad se presenta raras veces; pero cuando media la rapiña, jamás faltan los motivos para saciar la pasión, como ampliamente se examinó en otro lugar [3]. Más elogios merece, por consiguiente, Quinctio que Apio, y la sentencia de Cornelio debe aprobarse dentro de sus propios términos, pero no en los casos en que Apio la observó.

Como hemos hablado del castigo y del respeto, no me parece superfluo probar con un ejemplo que la humanidad pudo más que las armas cerca de los faliscos.

3. En *El Príncipe*, 18.

Digitized by Google

XX

Una muestra de humanidad pudo más sobre los faliscos que toda la fuerza de Roma

Camilo asediaba con un ejército la ciudad de los faliscos[1]. Un preceptor de los hijos de los nobles más distinguidos, con la intención de congraciarse con él y el pueblo romano, salió de la plaza con los pupilos, so pretexto de hacer ejercicio, y se presentó al jefe romano, diciendo que si los conservaba por rehenes, conquistaría la población mediante ellos. Camilo no sólo no aceptó la oferta, sino ordenó que se desnudase y atase al preceptor, dio una vara a cada muchachito y les encargó que a varapalos le obligasen a regresar a la plaza. Los ciudadanos se complacieron de la humanidad y leal condición de Camilo y decidieron renunciar a la resistencia. Este ejemplo verídico permite concluir que un acto íntegro y caritativo persuade más a los hombres que una acción feroz y violenta. Muchas veces las regiones y las ciudades que no se pudieron tomar con armas,

1. Naturales de la ciudad de Faleria.

Digitized by Google

máquinas bélicas y otros ingenios, abrieron sus puertas a consecuencia de un hecho bondadoso y amable, templado y liberal. Las historias ofrecen numerosas muestras de lo mismo. Las armas romanas no lograron expulsar a Pirro[2] de Italia, pero le alejó de ella la generosidad de Fabricio, cuando le avisó de la oferta que un familiar suyo había hecho a Roma de envenenarle. Escipión el Africano logró en España gran reputación, no por la toma de Cartago Nova, sino por su templanza al restituir intacta la mujer, bella y joven, a su marido, cuya acción le amistó con todos los españoles. Se ve, por lo tanto, cómo buscan los pueblos la humanidad en los hombres grandes, cuánto la alaban los escritores y los biógrafos de los príncipes, y los que tratan de cómo deben vivir. Jenofonte, entre ellos, procura mostrar los honores, las victorias y la celebridad que acarrearon a Ciro su moderación y su afabilidad, evitando la soberbia, la crueldad, la lujuria y los restantes vicios que mancillan la vida de los hombres. Empero, como Aníbal consiguió gran fama con procederes contrarios a éstos, discurriré en el próximo capítulo sobre cómo fue posible tal anomalía.

2. Pirro, rey de Epiro, murió en el asedio de Argos en el 272 a. J. C. Fue uno de los jefes militares más famosos de la Antigüedad y destacó, especialmente, por el éxito con que hizo frente e importunó a los romanos.

Digitized by Google

XXI

Por qué Aníbal, obrando de modo distinto que Escipión, logró en Italia lo mismo que éste en España

Algunos se maravillarán de ver que algún capitán, cuya conducta fue diferente de la antes descrita, lograra frutos similares, hasta el punto de que parece que la causa de las victorias no depende de ello, sino, más bien, que esos postulados no aumentan tu gloria y tu fortuna, puesto que de manera contraria también se adquieren el poder y la fama. A fin de aclarar mi tesis sin apartarme de los varones mencionados, repito que Escipión, entrando en España, no tardó en captarse con su humanidad y moderación la amistad de aquellas tierras, así como el respeto y la admiración de sus gentes. Pero Aníbal invadió Italia y con opuesto proceder, con crueldad, violencia, rapiña y toda suerte de deslealtades, obtuvo, sin embargo, lo mismo que Escipión en España: si ciudades enteras de Italia se rebelaron contra él, todos los pueblos le siguieron.

BIBLIOTECA UNIVERSITAS

Digitized by Google

Reflexionando las razones de ello, vese que fueron múltiples. La primera es que los hombres desean innovaciones, tanto los que están bien como los que se hallan en precaria situación, pues, repetimos esta verdad, se hastían en el bien y se afligen del mal. Estos deseos hacen que abran las puertas de las provincias al que maquina novedades. Si es extranjero, corren a incorporarse a sus filas; si es indígena, le rodean, le refuerzan y le favorecen. En resolución, sea cual fuere su proceder, consigue grandes ventajas en aquellos lugares. Además, dos principales cosas mueven a los humanos: el amor y el temor; por ello así los manda quien se hace amar como quien se hace temer. Más aún; disfruta de mayor número de partidarios y de más firme obediencia aquel que despierta el temor que quien aspira a ser amado.

Importa, pues, muy poco cuál de estos dos caminos elija un capitán, con tal que sea valeroso y que su valor le dé fama entre los hombres. Cuando su bravura es considerable, como la de Aníbal y la de Escipión, anula los errores que proceden del anhelo de ser amado o temido. En efecto, ambos modos pueden ser origen de grandes inconvenientes, capaces de perder a un príncipe. El que mucho desea ser amado, llega a despreciable a poco que se desvíe del camino acertado; y el que con encendido ánimo ambiciona que le teman, se hace odioso en cuanto levemente se excede. Nuestra índole no consiente atenerse al término medio. Entonces es menester que una valentía sobresaliente, como la de Aníbal y de Escipión, mitiguen esos excesos. No obstante, se comprueba que los

Digitized by Google

dos conocieron el perjuicio de este género de conducta y que fueron también exaltados por él.

Ya hemos tratado de su exaltación. El perjuicio, en lo que atañe a Escipión, consistió en que los soldados romanos que había en España y parte de sus amigos se rebelaron porque no le temían: la inquietud de los hombres hace que, así que entreven la posibilidad de saciar su ambición, se olviden del amor que tenían al príncipe a causa de su benevolencia. Escipión evitó aquel tropiezo mediante la crueldad [1], que hasta entonces había evitado. Sobre Aníbal no hay indicio de que le perjudicasen su crueldad ni su deslealtad. Mas es presumible que Nápoles y muchas otras ciudades siguieron fieles al pueblo romano por tal motivo. Su inhumana conducta le hizo más aborrecible a los romanos que cualquiera otro enemigo que tuvo la república. A Pirro, mientras estuvo en Italia, avisaron de que se proponían emponzoñarle; a Aníbal jamás perdonaron, aunque estuviese desarmado y sin apoyo; tanto, que procuraron hacerle morir. Conoció, pues, el cartaginés esos inconvenientes por culpa de su rigor, deslealtad y bárbaro proceder; en cambio, de ello resultó una ventaja importante, que admiran todos los escritores: en su ejército, compuesto de hombres muy dispares, nunca hubo disensión entre los soldados, ni contra él. Se debió sin duda al terror que inspiraba su persona, que era tan grande que, mezclado con la fama de su valor, tenía a los combatientes sosegados y unidos. Deduzco, por

1. Cf. *El Príncipe,* 17.

Digitized by Google

consiguiente, que no importa cuál sea la conducta de un capitán, a condición de que una espléndida valentía cimente esta o aquella manera de comportamiento. Repito que en uno y otro hay peligro, si no lo remedia un coraje extraordinario. Si Aníbal y Escipión, el primero con cosas detestables y el segundo con hechos elogiables, cosecharon los mismos frutos, no quiero pasar por alto dos ciudadanos romanos que lograron idéntica gloria de modo diferente, pero laudable.

Digitized by Google

XXII

El rigor de Manlio Torcuato y la benevolencia de Valerio Corvino les otorgaron la misma gloria

Hubo en Roma simultáneamente dos excelentes capitanes, Manlio Torcuato y Valerio Corvino, iguales en valor, triunfos y gloria. Uno y otro consiguieron la misma fama ante el enemigo; mas procedieron de manera por completo opuesta en lo referente a los ejércitos y trato de los soldados. Manlio ordenaba sus tropas con todo género de severidad, sin escatimarles trabajos y castigos; Valerio, en cambio, los regía con gran humanidad y familiaridad benevolente. Para disfrutar de la obediencia de los soldados, aquél mató a su hijo y éste jamás afrentó a ninguno. Empero, la disparidad de proceder no obstó a que los dos alcanzaran el mismo fruto, no sólo contra el enemigo, sino en favor de la república y de ellos mismos. Ningún soldado suyo desertó nunca de la batalla, ni se rebeló contra su autoridad, ni discrepó de sus propósitos, aunque el mando de Manlio fue tan rudo, que los subsiguientes que se aseme-

Digitized by Google

jaron eran tildados de «*Manliana imperia*». Se ha de considerar, ante todo, por qué Manlio obró con tanto rigor; en segundo puesto, por qué Valerio pudo conducirse con tanta mansedumbre; en tercer lugar, cómo lograron el mismo efecto procedimientos tan diversos; y, en fin, cuál de ellos es el mejor y el más digno de imitar. Si se examina la índole de Manlio, desde que Tito Livio hace mención de él, se reconocerá que fue varón integérrimo, amante de su padre y de la patria, y muy respetuoso de sus mayores. Así se echa de ver en la muerte del galo [1], en cómo defendió a su padre contra el tribuno [2] y en cómo, antes de trabar contienda contra el galo, dirigió al cónsul estas palabras: «*Iniussu tuo adversus hostem nunquam pugnabo, non si certam victoriam videam*» [3]. El hombre de este temple, que llega al mando, desea que los otros sean como él, su gran esfuerzo hace que ordene cosas extremadas y quiere que se cumplan. Hay la regla indefectible de que conviene mandar las cosas extraordinarias con aspereza, a fin de que se ejecuten, porque de otra suerte verías cómo fracasas. De ello se desprende que hay que saber mandar para ser obedecido. Saben mandar los que establecen comparación entre sus facultades y las de los que deben obedecer, que ordenen cuando existe adecuada proporción y desistan cuando no la haya.

1. Cf. Tito Livio, VII, 4 ss.
2. Cf. *supra,* III, 1.
3. «Jamás pelearía contra el enemigo sin tu autorización, si no estuviera seguro de la victoria» (Tito Livio, *loc. cit.*).

Digitized by Google

Decía un varón prudente que es menester que haya equivalencia entre el forzador y el forzado para detentar una república de modo violento. Cuando existe, puede creerse que la violencia durará; pero, siendo más fuerte el violentado, es posible pensar que ese mando terminará en cualquier instante.

Volviendo a nuestro tema, afirmo que conviene ser fuerte para ordenar cosas fuera de lo común. El que es así, y las manda, no las hará observar por medio de la moderación. Quien carezca de ánimo tan enérgico, absténgase de hechos y órdenes inauditos y use de humanidad en los corrientes, porque los castigos ordinarios se imputan a las leyes e instituciones y no al príncipe. Así, pues, debe creerse que Manlio procedió con exagerado rigor, porque a ello le inclinaba su naturaleza, lo que resulta útil a una república, ya que la devuelven a su principio y antigua pureza. Sería perpetua aquella que gozase de la dicha de tener a menudo, como arriba se dijo, quien renueve las leyes con su ejemplo y no sólo impida que corran a su ruina, sino la restituya a sus principios originales. Manlio, con la aspereza de su mando, mantuvo la disciplina militar en Roma, ante todo porque a ello le impulsaba su índole y luego porque deseaba que se respetase lo que le había hecho ordenar su idiosincrasia. En lo que le atañe, Valerio pudo obrar de forma humana, porque se contentaba con que se observasen las cosas habituales en los ejércitos romanos. Esta costumbre le honraba, puesto que era buena y fácil de obedecer. Valerio no debía castigar a los transgre-

Digitized by Google

sores, ora porque no los había, ora porque si los hubiera habido, hubiesen imputado, como señalamos, el castigo a sus mandamientos estatales y no a la crueldad del jefe. De este modo, Valerio podía ser benigno y conseguir el afecto y el contento de los soldados. Por tanto, uno y otro fueron igualmente obedecidos y lograron los mismos resultados obrando de distinta manera. Sus imitadores tal vez incurran en el desprecio y el odio de que traté al hablar de Aníbal y de Escipión, cuyos vicios se rehuyen con un valor fuera de lo común y no de otra forma.

Creo, puesto a considerar cuál de estas conductas merece mayor elogio, que la materia es disputable, porque los escritores aplauden una y otra. No obstante, los que escriben sobre cómo ha de ser el gobierno de un príncipe, aprueban más a Valerio que a Manlio. Jenofonte, citado por mí, al aducir muchos ejemplos de la magnanimidad de Ciro, está no poco de acuerdo con lo que Tito Livio dice de Valerio. Nombrado cónsul contra los samnitas, llegado el día del combate, arengó a los soldados con su habitual humanidad, y una ver relatadas sus palabras, Tito Livio dice: «*Non alias militi familiarior dux fuit, inter infimos milites omnia haud gravate munia obeundo. In ludo præterea militari, cum velocitatis viriumque inter se æquales certamina ineunt; comiter facilis vincere ac vinci vulto eodem: nec quemquam aspernari parem qui se offerret; factis benignus pro re, dictis haud minus libertatis alienæ quam suæ dignitatis mememor, et (quo nihil popularius est) quibus artibus petierat magistratus, iisdem gere-*

Digitized by Google

bat»[4] Tito Livio habla también honrosamente de Manlio, probando que su severidad al dar muerte a su hijo hizo que el ejército le obedeciera ciegamente y así pudo conseguir la victoria que el pueblo romano obtuvo sobre los latinos, llegando en sus alabanzas, después del triunfo, tras describir la batalla, los peligros que capeó el pueblo romano y las dificultades que se superaron, a aseverar que sólo el valor de Manlio concedió el éxito a Roma. Comparando las fuerzas de los contendientes, asegura que habría vencido el bando que hubiese tenido a Manlio por cónsul. Se ve que, si se atiende a lo que dicen los escritores, sería difícil dictaminar sobre la cuestión. Pero como no quiero quedar en la perplejidad, digo que en un ciudadano que vive sujeto a las leyes de una república, resulta, a mi parecer, más elogiable y menos peligrosa la conducta de Manlio, porque piensa únicamente en el bien público, prescindiendo de la ambición particular: su aspereza y su amor único al provecho común no le acarrean partidarios, ya que no es ése el modo de conquistar amigos y parciales. No hay proceder más útil ni más deseable para una república, cuya pública

4. «Jamás se vio general que se hiciera más grato al soldado, compartiendo con los más humildes los trabajos del servicio. Además, en los juegos militares en que los iguales compiten en agilidad o vigor era manso y fácil, y siempre, vencedor o vencido, con el humor más afable, no desdeñaba ningún adversario que se presentase. Era adecuadamente benigno en sus actos; en sus discursos, no descuidaba menos la libertad ajena que su propia dignidad; y lo que más complacía al pueblo consistía en que desempeñaba las magistraturas con el mismo ánimo que las solicitaba» (Tito Livio, VII, 33).

Digitized by Google

utilidad no se resiente por su causa y él no es sospechoso de adquirir poder individual. Distinta aparece la importancia de la conducta de Valerio; en lo público causa, desde luego, los mismos efectos, pero surgen muchas dudas sobre si el afecto que despierta en los soldados no tendrá a la larga frutos contraproducentes para la libertad general.

Y si en Publícola [5] no nacieron esos malos pensamientos y consecuencias se debió a que los romanos no estaban aún corrompidos y que aquél no los gobernó larga y continuamente. Pero si nos hallamos ante un príncipe, como le ocurre a Jenofonte [6], nos decantaremos totalmente por Valerio, renunciando a Manlio, porque el príncipe tiene que aspirar a la obediencia y al amor de los soldados y de los súbditos. Obtiene la primera respetando las leyes y con la consideración de virtuoso; y capta el segundo con la moderación, la caridad, la magnanimidad y otras virtudes propias de Valerio y que Jenofonte señala en Ciro. Un príncipe apreciado por sí mismo y apoyado por el ejército está a la altura de su categoría; pero si un ciudadano tiene el favor del ejército, no se conforma su situación con las otras condiciones que han de obligarle a vivir legalmente y en obediencia de los magistrados.

En los sucesos pretéritos de la república veneciana se lee que las galeras regresaron a Venecia y que, por ciertas diferencias entre los marineros y el pueblo, se llegó a las armas y al tumulto. No

5. Valerino Corvino, siendo este último nombre su apodo.
6. En *La Ciropedia.*

Digitized by Google

acallaron el escándalo ni la fuerza de los ministros, ni el respeto de los ciudadanos, ni el temor a los magistrados, hasta que compareció ante los hombres de mar un gentilhombre que el año anterior había sido capitán suyo, por cuyo amor se separaron y desistieron de la contienda. Este acatamiento alarmó las sospechas del Senado; poco a poco los venecianos se protegieron encarcelándolo o dándole muerte. El proceder de Valerio, útil para un príncipe, resulta pernicioso para un ciudadano y su patria: a ésta porque abre la puerta a la tiranía y a aquél porque la ciudad, suspicaz en lo que se refiere a él, procura domeñarle aun a costa de causarle daño. Por el contrario, sostengo que la conducta de Manlio perjudica al príncipe y aprovecha al ciudadano, y tanto más a la patria; incluso raras veces ofende, a menos que el odio que tu severidad merece se acreciente con la sospecha de tus otras virtudes, por la gran fama que te otorgan, como abajo se tratará hablando de Camilo.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIII

Por qué Camilo fue expulsado de Roma

Antes concluimos que observando la misma conducta que Valerio se lastima la patria y a uno mismo, y que procediendo como Manlio se beneficia a la patria y a veces se daña a uno mismo. Esto se prueba de manera bastante evidente con el ejemplo de Camilo, cuyo proceder se pareció más al de Manlio que al de Valerio. Tito Livio, hablando de él, dice: «*Eius virtutem milites oderant et mirabantur*»[1].

Sobresalía, y esto era lo que maravillaba, por su constancia, la prudencia, la grandeza de ánimo y el acierto con que disciplinaba y mandaba los ejércitos; le odiaban por ser más severo en castigarlos que liberal en recompensarlos. Tito Livio presenta las siguientes razones de tal odio: primera, que el dinero que se obtuvo de la venta de los bienes de los veyentes se destinó al erario público y no lo distribuyó con el botín; segunda, que en el triunfo hizo tirar su carro por cuatro

1. «Los soldados odiaban y admiraban su valor» (Tito Livio, V, 26).

Digitized by Google

caballos blancos, lo que tildaron de soberbia; y tercera, que hizo voto de dedicar a Apolo la décima parte de la presa de los veyentes, para cumplir lo cual había de quitarse a los soldados, que ya la tenían en su poder. En esto se advierte sin dificultad qué cosas despiertan el odio del pueblo contra el príncipe, siendo la principal la de privarle de un bien material. Lo provechoso que se arrebata a un hombre jamás se olvida, antes te lo recuerda a la menor ocasión, y como la necesidad se presenta a diario, te acordarás de ello cada día. Y una nueva cosa es aparecer soberbio e hinchado, lo que aborrecen los pueblos, sobre todo los libres. Aunque la soberbia y el fausto no se deban a alguna extorsión, se odia al sujeto de los mismos. Un príncipe debe evitarlo como un escollo, porque buscar el aborrecimiento sin provecho justificador es partido en absoluto temerario y estulto.

Digitized by Google

XXIV

La prolongación de los mandos esclavizó a Roma

Observando el progreso de la república romana, se advierte que dos fueron las cosas culpables del término de la misma: las disputas siguientes a la promulgación de la ley agraria y la prolongación de los mandos. Si se hubiesen examinado y remediado en sus comienzos, la libertad hubiera sido más duradera y acaso se hubiera vivido con mayor sosiego. La prolongación de los mandos no ocasionó jamás tumulto en Roma, pero se vio cuánto perjudicaba a la ciudad el poder que lograron los ciudadanos. Si aquellos a quienes se prorrogó la magistratura hubiesen sido buenos y sabios como Lucio Quinctio [1], se habría eludido ese inconveniente. La bondad de ese varón sirve de ejemplo notable. La plebe y el Senado se pusieron de acuerdo; la plebe prolongó un año el mando de los tribunos, juzgándolos aptos para resistir la ambición de los nobles, y el Senado quiso prolongar el consulado de Lucio Quinctio para defenderse de la plebe y no parecer menos

1. Cincinato.

Digitized by Google

que ella. Pero Lucio se negó a acceder, diciendo que los malos ejemplos se han de borrar y no incrementar con otro peor, y se empeñó en que se nombrasen nuevos cónsules. Si estas nobleza y sagacidad hubiesen existido en todos los ciudadanos romanos, no se hubiera introducido la costumbre de prolongar las magistraturas, ni de esto se hubiera pasado a la prolongación de los mandos: lo que arruinó aquella república con el tiempo. El primero que conoció la prórroga fue Publio Filón. Estaba en campaña en la ciudad de Palépolis cuando se acercó el fin de su consulado; el Senado, imaginando que tenía la victoria en la mano, le nombró procónsul en vez de enviarle sucesor. De esa manera fue el primer procónsul. Aquel acto, que los senadores llevaron a cabo con propósito de utilidad pública, fue el que esclavizó a Roma a lo largo de los años. A medida que los romanos llevaron sus armas más lejos, la prórroga se les antojó más necesaria y la multiplicaron. De ello resultaron dos inconvenientes: uno fue el de reducir el número de hombres en el mando y otro que el ciudadano que estaba mucho tiempo al mando de un ejército lo ganaba para sí y lo hacía parcial suyo, ya que se olvidaba del Senado y le reconocía por jefe. Así Sila y Mario encontraron soldados que los siguieron contra el bien general, y así César logró adueñarse de la patria. Si los romanos no hubiesen prolongado las magistraturas y los mandos, no se hubiesen encumbrado a tanto poder, y si hubiesen sido más tardos en sus adquisiciones, más lentamente hubieran llegado a la condición de siervos.

Digitized by Google

XXV

De la pobreza de Cincinato y de muchos romanos

Razonamos en otra parte que lo más útil para la existencia libre consiste en que se mantengan pobres los ciudadanos. Bien que en Roma no se descubra cuál institución logró ese efecto, en especial cuando tanto se contendió la ley agraria, la experiencia muestra que, a los cuatrocientos años de la fundación de la ciudad, había en ella una grandísima pobreza. No es creíble que una disposición surtiese aquel efecto, pero resultó que la pobreza no te cerraba el acceso a cualquier magistratura ni a cualquier honor, y que la virtud se iba a buscar doquiera que habitase. Este género de vida hacía las riquezas muy poco deseables. Así lo manifiesta el siguiente episodio: el cónsul Minucio quedó cercado con su ejército por los equos, y Roma, aterrada por la idea de que aquellas tropas se perdiesen, recurrió a la creación del dictador, remedio extremo en sus tristes momentos, nombrando a Lucio Quinctio Cincinato, el cual se hallaba entonces en su pequeña villa, que labraba con mano propia. Tito Livio lo celebra

Digitized by Google

con frases áureas: «*Operæ prætium est audire, qui omnia præ divitiis humana spernunt, neque honori magno locum, neque virtuti putant esse, nisi effuse affluant opes*»[1]. Cincinato araba su pequeña hacienda, que no excedía de cuatro yugadas, cuando llegaron de Roma los embajadores del Senado para comunicarle su elección por dictador y descubrirle en qué peligro se hallaba la república romana. Tomó la toga, fue a Roma, reunió un ejército y marchó a liberar a Minucio; derrotados y expoliados los enemigos, se negó a que el ejército sitiado participase del botín, diciendo: «No quiero que tengas parte de la presa de aquellos que estuviste a punto de caer en su poder», y privó a Minucio del consulado y le nombró legado[2] con estas palabras: «Permanecerás en esta situación hasta que aprendas a ser cónsul». Puso por jefe de caballería a Lucio Tarquino, que a causa de su pobreza militaba a pie. Nótese, como hemos dicho, cómo se honraba en Roma a los pobres y cómo un varón bueno y valiente cual Cincinato se alimentaba con el producto de cuatro yugadas de tierra. La pobreza persistía en la época de Marco Régulo, quien estando en África con los ejércitos pidió permiso al Senado para regresar a defender su villa, que malversaban sus trabajadores. He aquí, pues, dos cosas notabilísimas. Una, la pobreza con que se

1. «Aprendan semejante lección aquellos que desdeñan todas las cosas humanas por las riquezas y que tienen en poco los honores y la virtud, imaginando que sólo estarán en buen lugar en el seno de la opulencia» (Tito Livio, III, 26).
2. Lugarteniente del cónsul.

Digitized by Google

contentaban, bastándoles el honor que alcanzaban en la guerra y cuyo provecho entregaban a la cosa pública. Nada les hubiera preocupado la suerte de sus campos si hubiesen pensado en medrar en la guerra. La otra cosa digna de atención es la generosidad de ánimo de aquellos ciudadanos, los cuales, al frente de un ejército, excedían en longanimidad a los príncipes, no los achicaban los reyes, no se admiraban de las repúblicas, ni nada los espantaba, y luego, vueltos al estado de privados, eran parcos, humildes, cuidadosos de su mezquino patrimonio, obedientes a los magistrados y reverenciosos de sus superiores, hasta el grado de que parece imposible que una misma alma pueda sufrir tal cambio. Aquella pobreza duró hasta los tiempos de Paulo Emilio [3], que fueron casi los últimos dichosos de la república, cuando un ciudadano enriqueció a Roma y siguió siendo pobre. Entonces se apreciaba aún tanto la pobreza, que Paulo, honrando a quien bien se había portado en la guerra, regaló a un yerno suyo una taza de plata, que fue la primera joya que entró en su morada. Mucho podría discurrirse en defensa de que mejores frutos rinde la pobreza que la riqueza, y que una honró las ciudades, las regiones y las órdenes religiosas, y que otras las arruinó, si otros hombres no hubiesen estudiado y celebrado este asunto.

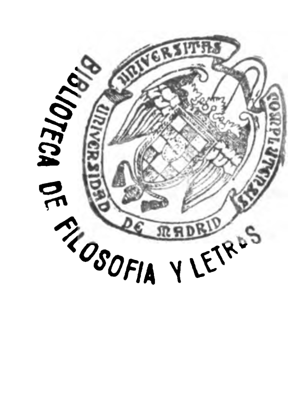
3. Censor e ilustre jefe militar (218-160 a. J. C.), llamado «el Macedonio» porque venció a Perseo, soberano de Macedonia. Fue hijo de Lucio Paulo Emilio, general romano que pereció ante Aníbal en Canas.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google



Digitized by Google

XXVI

Cómo se pierde un Estado por culpa de las mujeres

En la ciudad de Ardea estalló una contienda entre patricios y plebeyos a consecuencia del enlace de una mujer rica, a la que pretendían un plebeyo y un noble. Carecía de padre, los tutores querían casarla con aquél y la madre con éste. De la disensión se llegó a las armas; toda la nobleza las tomó por el noble, y el pueblo en favor del plebeyo. Vencida la gente vulgar, abandonó la población y pidió ayuda a los volscos, y los nobles la demandaron a los romanos. Llegaron primero los volscos y acamparon alrededor de Ardea; aparecieron luego los romanos y estrecharon a los volscos entre la plaza y ellos, hasta que el hambre les obligó a rendirse. Los romanos penetraron seguidamente en la ciudad, ajusticiaron a los jefes del tumulto y compusieron el desorden.

Muchas cosas se han de notar en este contexto. En primer lugar que las mujeres motivaron muchos desmanes, perjudicaron a los gobernantes de una ciudad y causaron muchas disensiones. En nuestra historia se ha visto cómo la violencia que

Digitized by Google

sufrió Lucrecia arrebató el mando a los Tarquinos y la cometida en Virginia privó a los Diez de su autoridad. Aristóteles menciona entre las principales razones que pierden a los tiranos el haber injuriado al prójimo a través de las mujeres, con estupros, forzamientos y rupturas de matrimonios, como de ello se habló por extenso en el capítulo sobre las conjuraciones. Los príncipes absolutos y los gobernantes han de tener muy en cuenta tales atropellos, reflexionando los alborotos que de ellos nacen, y remediarlos a tiempo para que su Estado o su república no conozcan el daño y el vituperio al querer subsanarlos como aconteció a los de Ardea, los cuales, metidos sin poder impedirlo en la lucha ciudadana, se dividieron y demandaron socorros externos, lo que es uno de los principios básicos de servidumbre inminente. Observemos otro modo de conservar unidas las ciudades, que es el que presentamos en el próximo capítulo.

Digitized by Google

XXVII

Cómo se debe unir una ciudad y cuán mendaz es la opinión de que para poseer una ciudad hay que mantenerla dividida

El ejemplo de los cónsules romanos que reconciliaron a los ardeatos evidencia la manera de componer una ciudad dividida, la cual no es otra, y de otra suerte no debe procurarse, que la de matar a los jefes de la sedición. Hay que elegir uno de estos tres medios: matarlos, como queda dicho, alejarlos de la ciudad o imponer la paz entre ellos con la obligación de no volver a importurnarse entre sí. El último de los tres es el más peligroso, el menos seguro y el más inútil. Es imposible, en efecto, que, donde corrió la sangre o medió otra clase de injurias, dure una paz establecida a la fuerza, viéndose el rostro a diario: difícil resulta que se abstengan de ofenderse, pudiendo nacer cotidianamente de la conversación nuevos motivos de disputa.

Sobre esto no se ofrecerá ejemplo más claro que el de Pistoya. Aquella ciudad estaba dividi-

Digitized by Google

da [1], como sigue estándolo, hace quince años en Panciatichi y Cancilleres; pero entonces con las armas en la mano, que ahora han depuesto. Al cabo de muchas disputas, derramaron sangre, arruinaron casas, robaron bienes y cometieron las demás violencias que se usan contra el enemigo. Los florentinos, que habían de concertarlos, se sirvieron del tercer modo enumerado y los tumultos y escándalos crecieron más y más; por ello recurrieron al segundo medio, el de alejar de la ciudad a los jefes de las banderías, encarcelando a unos y desterrando a otros a distintos lugares: gracias a él el acuerdo tomado pudo persistir hasta nuestros días. El más seguro hubiera sido indudablemente el primero; sin embargo, una república débil no sabe recurrir a tales ejecuciones y a duras penas utiliza el segundo remedio. Éste es uno de los errores que, según dije al principio, cometen los príncipes modernos, los cuales tienen que juzgar según las cosas grandes, porque debieran reparar en cómo obraron los antiguos en casos semejantes. Pero la poca entereza de los hombres actuales, producto de su endeble educación y de sus pocos conocimientos, hace que se tengan los juicios antiguos en parte por inhumanos y en parte por inverosímiles. Ciertas opiniones modernas se alejan por completo de la verdad, como la que repetían los discretos de nuestra ciudad años atrás: que era menester dominar Pistoya con las facciones y Pisa con las fortalezas [2], sin advertir que ambas cosas son inútiles.

1. Cf. *El Príncipe*, 17.
2. La frase aparece también en *El Príncipe*, 20.

Digitized by Google

Prescindiendo de las fortalezas, de las que ya hablamos detalladamente, versaremos sobre la vanidad de poseer ciudades divididas en bandos. Ante todo, no podrás contar con la amistad de todas las banderías, sea un príncipe o una república quien gobierne. La naturaleza induce a los hombres a tomar partido, en caso de divisiones, en favor de uno de los grupos rivales, de manera que siempre queda uno descontento, el cual te priva de la ciudad a la primera guerra que estalla, porque es imposible conservar una plaza que tiene enemigos dentro y fuera. Si el gobierno es republicano, el modo más idóneo de pervertir a los ciudadanos es mantener dividida la ciudad sembrando la discordia, porque cada bando procura ganar secuaces con distintas corruptelas. De ello nacen dos graves inconvenientes: uno, que jamás logras su amistad y no gobiernas bien, ya que varías el gobierno según sea el bando que prepondere; otro, que esa parcialidad mantiene dividida tu república. Biondo [3] da fe de ello al hablar de los florentinos y de los pistoyeses, diciendo: «Mientras intentaban concertar Pistoya, los florentinos se dividieron a sí mismos.» Apréciese, por consiguiente, el mal que producen esas divisiones.

En 1502, cuando se perdió Arezzo, todo el Valle de Tévere y el de Chiana [4] quedó ocupado por los

3. Biondo de Antonio Biondi, llamado Flavio en los círculos renacentistas (1392-1463), compuso varias obras históricas, por ejemplo, la *Historiarum ab inclinatione Romanorum libri XXXI*.

4. Maquiavelo compuso sobre la cuestión una obra titulada *Del modo de tratar a los pueblos rebelados del Valle de Chiana*.

Digitized by Google

Vitelli y el duque Valentino, y el rey de Francia envió a cierto monseñor de Lant para que se restituyeran a los florentinos los lugares que habían perdido. Lant, en su visita, encontró en cada castillo hombres que se declaraban partidarios de Marzocco [5] y afeó con vehemencia tal división, diciendo que en Francia se castigaría al súbdito que se declarase partidario del soberano, porque equivaldría a insinuar que en la nación había enemigos del rey, el cual quiere que todas las poblaciones sean parciales suyas, estén unidas y desconozcan las divisiones. Estos procederes y opiniones contrarios a la verdad se deben a la flojedad del señor, que recurre a ellos porque no logra regir su Estado con energía y valor. A veces son útiles en tiempos de paz; mas descubren su falacia en la adversidad o en las épocas azarosas.

5. Nombre que se daba al león de Florencia y que aquí simboliza que todos eran partidarios de tal república, a pesar de sus tendencias políticas.

Digitized by Google

XXVIII

Examínense atentamente las acciones de los ciudadanos, pues en muchas ocasiones una obra es buena en apariencia, escondiendo un germen de tiranía

Roma conoció un hambre que no bastaban a calmar las atenciones públicas, cuando Espurio Melio [1], hombre rico según el canon de su tiempo, decidió acopiar trigo por iniciativa privada y alimentar la plebe. Aquello le ganó amplio crédito entre el pueblo. El Senado temió los posibles inconvenientes de su generosidad y, a fin de atajarlos antes de que cundieran, creó un dictador y le condenó a muerte. Muchas veces las obras aparentemente bienintencionadas y razonablemente inofensivas llegan a ser muy peligrosas para la república, si no se atajan con oportunidad. Particularizando en este asunto, afirmo que una república no subsiste sin ciudadanos de fama, ni conoce buen gobierno sin ellos. Pero, de otra parte, la celebridad de éstos motiva la tiranía en las repúblicas. Es, pues, necesario que la notoriedad

1. Cf. *supra,* III, 1.

Digitized by Google

de los ciudadanos sea tal que ayude y no estorbe la organización de la ciudad y su libertad. También debe procurarse considerar de qué manera cobraron reputación, que puede ser pública o privada. La pública consiste en adquirir fama por medio de buenos consejos y acciones buenas; a esa categoría debe abrirse paso a los ciudadanos, y premiar los consejos y las acciones de suerte que honre y satisfaga. La fama así conseguida, sencilla y estable, nunca será peligrosa; pero cuando se adquiere del segundo modo, a saber, por vía privada, resulta totalmente nociva. El procedimiento privado reside en beneficiar este o aquel particular, prestándole dinero, casando sus hijas, defendiéndole de los magistrados y haciéndole otros favores del mismo jaez, con lo que se conquistan partidarios y se acucia al así favorecido a corromper lo público y quebrantar las leyes. Una república bien dispuesta tiene que abrir accesos, como he dicho, a quien busca la categoría de forma pública y cerrarlos a quien lo hace privadamente. Así obró Roma. En premio de los que servían bien a lo público, creó los triunfos y los restantes honores; en perjuicio de los que, por diferentes vías, intentaban engrandecerse, estableció las acusaciones y delaciones, y cuando éstas no bastaron, porque cegaba al pueblo un bien ficticio, estableció el dictador, que, con brazo firme, como el de un rey, impuso la cordura a quien se extraviaba, como al castigar a Espurio Melio. Arruina las repúblicas la impunidad de estas cosas, que raramente se enderezan más tarde por el buen camino, una vez ha cundido el ejemplo.

Digitized by Google

XXIX

Los pecados de los pueblos se originan en los príncipes

Los príncipes no deben afligirse ni espantarse de los pecados de los pueblos que gobiernan, porque nacen de su descuido o de que los mancillan vicios semejantes a los suyos. Quien reflexione acerca de los pueblos contemporáneos famosos por sus latrocinios y demás atropellos, verá que esas faltas obedecieron a que los gobernantes también las tenían. Antes de que el papa Alejandro VI reprimiera a sus señores, Romaña era un dechado de vida insensata, pues había en ella muertes y rapiñas descomunales al más mínimo motivo. Hay que achacarlo a la depravada naturaleza de sus príncipes, no a la depravación de los hombres, como ellos pretendían. Aquellos príncipes eran pobres y deseaban vivir a expensas de los ricos, y así nacieron los distintos desmanes. Otro turbio proceder suyo consistía en dar leyes prohibiendo algún acto, que ellos eran los primeros en desobedecer; asimismo, jamás castigaban a los infractores hasta que veían que eran muchos y aplicaban

BIBLIOTECA UNIVERSITAS
Digitized by Google

la pena más por codicia que por respeto a la justicia. El peor de los inconvenientes de esta conducta era que los pueblos se empobrecían sin enmendarse, y los empobrecidos se confabulaban contra los menos poderosos con ánimo de desquitarse. De esta manera surgieron todos los males descritos, cuyo causante era el príncipe. La verdad de este razonamiento se prueba con lo que narra Tito Livio: los legados romanos llevaban a Apolo el don de la presa tomada a los veyentes y fueron capturados por los corsarios de Lípari, en Sicilia. Timasiteo, su príncipe, enterado de la existencia del don, de su destino y de quién lo enviaba, aunque nacido en Lípari se portó con romana grandeza, explicando al pueblo la impiedad de adueñarse de aquel botín, y se permitió que los legados romanos se fueran con él. He aquí las palabras del historiador: «*Timasitheus multitudinem religione implevit, quæ semper regenti est similis*» [1] Y Lorenzo de Médicis, como confirmando esta sentencia, dice:

Y lo que hace el señor muchos después hacen,
porque en el señor todos los ejemplos nacen [2].

1. «Timasiteo despertó los escrúpulos de la multitud, la cual es siempre semejante a quien la gobierna» (Tito Livio, V. 28).
2. En la *Representación de san Juan y Pablo.*

Digitized by Google

XXX

El ciudadano que desee obrar por sí mismo el bien en una república debe ante todo extinguir la envidia de los demás; y de cómo hay que defender una ciudad amenazada por el enemigo

El Senado se halló ante una guerra peligrosa, conocedor de que Etruria buscaba perjudicar a Roma y de que los latinos y los hérnicos, amigos hasta entonces del pueblo romano, se habían concertado con los volscos, enemigos perpetuos del mismo. Camilo, tribuno entonces con potestad consular, pensó que se podría hacer frente a la situación sin recurrir al nombramiento de un dictador, siempre que sus colegas, los otros tribunos, accedieran a entregarle el mando absoluto. Y los tribunos aceptaron voluntariamente: «*Nec quicquam* (dice Tito Livio) *de maiestate sua detractum credebant, quod maiestati eius concessissent*»[1]. Camilo, aceptando esta sumisión, ordenó que se formaran tres ejércitos. Fue jefe del primero para ir contra los etruscos. Concedió el mando del

1. «Ninguno creyó que sufriera la dignidad propia, porque se le concediera el poder» (Tito Livio, VI, 6).

Digitized by Google

segundo a Quinto Servilio, que debía permanecer cerca de Roma para interceptar cualquier posible incursión de los latinos y hérnicos; y puso al frente del tercero a Lucio Quinctio, a cuyo cargo estaba la custodia de la ciudad y la defensa de las puertas y del foro. Además mandó que Horacio, otro colega suyo, suministrara armas, víveres y restantes viáticos que requieren los tiempos de guerra. Nombró a Cornelio, también su colega, prepósito en el Senado y en los concilios públicos, a fin de que recomendase lo que a diario debía hacerse. Así, pues, los tribunos de aquellos tiempos se dispusieron a mandar y a obedecer a fin de salvar a su patria. Este texto revela qué hace a un hombre bueno y sabio, cuánto bien produce y cuán útil puede ser a su tierra natal, si logra acallar la envidia que suele entorpecer las buenas intenciones de los hombres, arrebatándoles la autoridad tan imprescindible en los asuntos importantes. Esa envidia se extingue de dos modos: a causa de una situación difícil en que todo el mundo, amenazado de muerte, pospone su ambición y se coloca incondicionalmente a las órdenes del que puede salvarle, como ocurrió a Camilo, que dio muestras de su excelencia, fue dictador en tres ocasiones, administró siempre pensando en los demás y no en sí, y logró que los hombres no temieran su grandeza; al contrario, siendo tan grande y gozando de tanta reputación, nadie consideraba vergonzoso estarle sometido (sabiamente lo dice Tito Livio: «*Nec quicquam*», etc.). El segundo modo de apagar la envidia resulta de la muerte, violenta o natural, de los competidores

Digitized by Google

de tu fama y tu grandeza, porque, si así no fuera, no soportarían con paciencia ni obedecerte, ni tu elevación. Los hombres acostumbrados a vivir en una ciudad corrompida, en que la educación no sembró ninguna buena prenda, jamás se contentarán y no desdeñarán arruinar su patria con objeto de conseguir sus fines y dar pasto a su maldad. Esta envidia no se esquiva sino con la muerte de los envidiosos. Cuando la suerte quiere, halagando al virtuoso, que mueran de forma natural, sin obstáculo y sin descomedimiento revela su capacidad y cosecha la gloria sosegadamente. Si no conoce esta ventura, tiene que pensar la manera de barrerlos de su paso antes de emprender algo. Una lectura concienzuda de la Biblia evidenciará que Moisés se vio forzado, para que se obedecieran sus leyes y sus mandamientos prosperaran, a matar innumerables hombres que se oponían a sus designios movidos por la envidia. El mismo requisito conocieron a fondo fray Jerónimo Savonarola y Pedro Soderini, gonfalonero de Florencia. Uno, el fray, no la venció porque carecía de autoridad y porque no lo entendieron bien sus seguidores. Sin embargo, atacó en sus sermones con acusaciones e invectivas a los sabios del mundo, como llamaba a los envidiosos y los que se oponían a sus disposiciones. El gonfalonero creyó que, con el tiempo, la bondad, la fortuna y los beneficios, borraría la envidia; en efecto, siendo bastante joven y gozando de los muchos favores que merecía su conducta, imaginó que vencería a sus envidiosos opositores sin escándalo, violencia y alboroto. Ignoraba que no puede

Digitized by Google

esperarse la ocasión, que la bondad no es suficiente, que la fortuna es caprichosa y que la maldad no se aplaca con dones. Ambos corrieron a la perdición; su ruina se debió a que no supieron o no pudieron dominar la envidia del prójimo.

También es notable lo que pensó Camilo para salvar a Roma y lo que ordenó dentro y fuera de ella. Ciertamente, no sin razón los buenos historiadores como el nuestro presentan con claridad y detalladamente algunos ejemplos, a fin de que la posteridad aprenda a defenderse en situaciones análogas. Repárese en ese texto que no existe defensa más peligrosa, ni más difícil, que la ejecutada de improviso y con desorden. Esto se prueba mediante el tercer ejército que Camilo congregó para dejarlo de guarnición en Roma; muchos habrían juzgado y juzgarán que fue superfluo, ya que el pueblo solía estar armado y era belicoso, por lo cual hubiera bastado armarle llegada la necesidad. Pero Camilo, y el varón prudente como él, opina de otro modo y no permite que la multitud empuñe las armas sino con cierta disciplina y obedeciendo órdenes. Quien custodie una plaza debe evitar por arriesgado entregar a la ligera armas a los ciudadanos; ante todo, debe incorporar y elegir los soldados que deban obedecerle, seguirle y asistirle, y hacer que los no inscritos permanezcan en sus casas y las guarden. Fácilmente se defenderán los que tengan en cuenta esto en una ciudad amenazada; quien no lo haga, no imitará a Camilo y no tendrá defensa.

Digitized by Google

XXXI

Las repúblicas fuertes y los hombres sobresalientes conservan el mismo ánimo y la misma dignidad en todos los vaivenes de la fortuna

Entre otras magníficas cosas que nuestro historiador hace decir u obrar a Camilo, en demostración de cómo ha de ser un varón notable, pone en su boca estas palabras: «*Nec mihi dictatura animos fecit, nec exilium ademit*» [1]. Indican que los grandes hombres son inalterables en todas las circunstancias; si la fortuna varía, ora exaltándolos, ora abatiéndolos, ellos no varían, sino conservan siempre el ánimo entero y tan concertado con su vida que cualquiera ve que los altibajos del hado no los afectaron. En cambio, los hombres suelen ser muy diferentes, pues se envanecen y embriagan con la suerte próspera, atribuyendo el bien que alcanzan a facultades de que carecen. Por ello se hacen insoportables y odiosos a cuantos los rodean. Mas la mutable fortuna no tarda en desquitarse y, siéndoles contraria, caen en lo

1. «Ni la dictadura me dio ánimo, ni el destierro me privó de él» (Tito Livio, VI, 7*x*).

Digitized by Google

opuesto: se acobardan y envilecen. Los príncipes de esta complexión piensan en la adversidad más en huir que en defenderse, pues se hallan tan mal preparados a resistir como cuantos hacen mal uso de la suerte.

Aquella virtud y este vicio que señalo en el hombre, se repiten en las repúblicas, como lo prueban los romanos y los venecianos. A los primeros ningún azar hizo nunca abyectos, ni la buena fortuna jamás los insolentó, como lo manifiesta su conducta tras la derrota de Canas y después de su victoria sobre Antíoco[2]. Aquel desastre, más grave por ser el tercero, no los acobardó y despacharon nuevos ejércitos, no rescataron los prisioneros, a despecho de sus ordenanzas, y no pidieron la paz a Aníbal o a Cartago; renunciando a cosas tan abyectas, se dedicaron por completo a la guerra y armaron a ancianos y esclavos a causa de la escasez de combatientes. Hanón el cartaginés lo supo y, como antes dijimos, explicó al Senado en cuán poco se debía tener el triunfo de Canas. Los tiempos difíciles, por lo tanto, no los espantaban, ni los humillaban. La prosperidad no los insolentaba: envió Antíoco embajadores a Escipión para discutir un tratado antes de la batalla y de la derrota, y Escipión le ofreció ciertas condiciones referentes a la paz, que fue la de retirarse a Siria, cediendo el resto al arbitrio del pueblo romano. Antíoco rechazó el pacto; pero habiendo perdido la batalla, volvió a enviar sus embajadores a Escipión, con el encargo de que

2. Cf. *supra*, II, 12.

Digitized by Google

aceptasen las condiciones propuestas por el vencedor, el cual no impuso otras que las antes ofrecidas, añadiendo estas palabras: «*Quod Romani si vincuntur, non minuuntur animis, nec, si vincunt, insolescere solent*»[3].

Lo contrario se vio en los venecianos, que creyendo haber ganado su fortuna con un valor que no poseían, se insolentaron llamando hijo de San Marcos al soberano de Francia, despreciaban a la Iglesia, no cabían en Italia y pretendían establecer una monarquía semejante a la romana. Abandonado que los hubo la buena fortuna, después de sufrir una media derrota en Vailá frente al rey francés, no sólo perdieron el Estado a consecuencia de la rebelión, sino entregaron por cobardía y apocamiento buena parte del mismo al Papa y al rey de España; en su envilecimiento mandaron embajadores al emperador[4] con ofertas de hacerse tributarios suyos y escribieron al Papa cartas henchidas de bajeza y sometimiento para despertar su compasión. A tal desventura llegaron en cuatro días y después de una media derrota, porque su ejército, que había combatido, tornó a pelear en la retirada y cayó prisionero la mitad del mismo; uno de los proveedores llegó salvo a Verona con más de veinticinco mil soldados entre infantes y jinetes. Si en Venecia y en sus instituciones hubiere quedado una pizca de valor, se hubieran recobrado con facilidad, dado nueva-

3. «Porque los romanos no se acobardan si son vencidos, ni acostumbran ensoberbecerse cuando vencen» (Tito Livio, XXXVII, 45).
4. Maximiliano (cf. *supra,* II, 11).

Digitized by Google

mente la cara a la fortuna y vencido, o perdido, con mayor gloria o conseguido una paz más honrosa. Pero la cobardía, fruto de instituciones no aptas para las cosas de la guerra, les arrebató simultáneamente el Estado y el coraje. Los que como ellos se gobiernen conocerán la misma suerte, porque la insolencia en el triunfo y la abyección en los malos tiempos nacen de tu conducta y de la educación que recibiste. La débil y vana te hace semejante a ella; si no lo es, te hace de otro temple, más despreocupado del bien y más resistente al mal. Lo dicho de un solo hombre vale para muchos que viven en la misma república y se acomodan a su género de existencia.

Aun cuando se ha dicho en otro lugar que una milicia excelente es el cimiento de todos los Estados, careciendo de leyes y demás cosas beneficiosas donde no la hay, insistiré sin temor de ser prolijo en la cuestión, porque se presenta constantemente ese requisito en la lectura de esta historia. La milicia no será eficaz si carece de adiestramiento; no puedes adiestrarla si no se compone de tus súbditos, ya que no se está ni puede estarse continuamente en estado de guerra. No se logra ejercitarla en tiempo de paz, a causa del dispendio, si no la forman los ciudadanos. Camilo, como arriba dijimos [5], llevó su ejército contra los etruscos; los soldados se espantaron de la magnitud del ejército enemigo, pareciéndoles que su corto número no aguantaría el ataque. La mala disposición de sus fuerzas llegó a oídos

5. En el capítulo anterior. Camilo marchó contra los volscos, no contra los etruscos.

Digitized by Google

de Camilo, el cual recorrió el campamento hablando con este y aquel hombre, disuadió a todos del temor y concluyó diciendo, sin dar nuevas órdenes: «*Quod quisque didicit, aut consuevit, faciet*» [6]. El que recapacite esta frase de exhortación, verá que no se hubiera podido decir ni mandar aquello al ejército si no hubiese sido antes adiestrado en la paz y en la guerra, porque un capitán no se fiará de que sus soldados realicen algo acertado si no lo aprendieron anteriormente: serían vencidos aunque los mandase un nuevo Aníbal. Como un jefe no puede estar en todas partes durante la batalla, conocerá la derrota, a menos que cuide de que sus hombres compartan su modo de pensar y sepan cómo es y qué pretende. La ciudad semejante a Roma en fuerza y organización, a cuyos ciudadanos, en particular y públicamente, corresponda dar muestras de valor y de su suerte, en cualquier trance conservará la misma disposición de ánimo e idéntica dignidad. Mas cuando no estén hechos a las armas, y confíen sólo en el auxilio de la fortuna y no en el valor propio, su destino mudará según los caprichos de aquélla y darán siempre de sí un ejemplo parecido al de los venecianos.

6. «Que cada uno haga lo que aprendió o aquello a que está acostumbrado» (Tito Livio, VI, 7).

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXII

Cómo alteraron algunos la paz

Los circeos y los velitres, unos y otros colonias del pueblo romano, se rebelaron con la esperanza de que los latinos los defenderían; pero vencidos sus supuestos defensores y faltos de esperanza, muchos ciudadanos aconsejaron que se enviaran embajadores a Roma para componerse con el Senado. Los autores de la rebelión, que temían que el castigo cayera sobre sus cabezas, impidieron cualquier concierto de paz, incitando a las gentes a empuñar las armas y acometer las fronteras romanas. Si uno desea que un pueblo o un príncipe se aparte de toda componenda, no hay procedimiento más acertado ni más seguro que inducirle a cometer un dislate contra tu enemigo. Le mantendrá lejos de ello el pavor al castigo que cree merecer por el ultraje inferido. Después de la primera guerra que sostuvieron Cartago y Roma, fueron a África los soldados cartagineses que habían combatido en Sicilia y Cerdeña; insatisfechos de su soldada, tomaron las armas, nombraron jefes suyos a Mato y Espendio, ocuparon

Digitized by Google

muchas plazas y saquearon buen número de ciudades. Los cartagineses probaron ante todo los medios pacíficos enviándoles por embajador a Asdrúbal, creyendo que tendría algún ascendiente sobre ellos, puesto que había sido su capitán. Espendio y Mato quisieron privar a los suyos de toda ocasión de hacer las paces con los cartagineses y para ello los persuadieron de que matasen a Asdrúbal y los ciudadanos de Cartago que tenían prisioneros. Y no sólo los mataron, sino antes los atormentaron con mil suplicios, agregando a aquella violencia un edicto por el cual debían acabar de manera parecida todos los cartagineses que capturasen en adelante. Este propósito y su ejecución aumentaron la crueldad y la obstinación del ejército contra Cartago.

Digitized by Google

XXXIII

Para ganar una batalla es menester que los hombres del ejército tengan mutua confianza en sí mismos y en su jefe

Un ejército triunfará si tanto confía, que esté seguro de que vencerá a todo trance. Le proporciona esa confianza el hecho de estar bien armado, bien disciplinado y enterado de cómo es. Esa fe o esa disposición de ánimo se encuentra únicamente en los soldados que nacieron y vivieron juntos. En cuanto al capitán, conviene que se le estime por su prudencia; confiarán en él si obra con solicitud, valor y sangre fría y ostenta con seguridad y fama la dignidad de su rango. Conseguirá lo último mientras castigue las faltas, no fatigue inútilmente a sus tropas, cumpla sus promesas, asegure que el triunfo es fácil y esconda o aligere los indicios que revelen los peligros. Respetados estos principios, el ejército confía y, confiando, triunfa. Los romanos solían despertar en sus ejércitos esa confianza por medio de la religión. Por ello creaban cónsules atendiendo a los augurios y auspicios, y de la misma manera

Digitized by Google

despachaban embajadas, se ponían en marcha con las tropas y trababan batalla. Ningún capitán bueno y sagaz hubiera intentado una empresa sin hacerlo, porque reflexionaban que podía fracasar si sus soldados no creían tener los dioses de su parte. Cuando un cónsul u otro jefe militar combatía desobedeciendo los auspicios, le castigaban inmediatamente, como aconteció a Claudio Pulcro [1]. Así se comprueba en las historias romanas y con más certeza se observa en las palabras que Livio pone en boca de Apio Claudio [2], el cual se dolió con el pueblo de la soberbia de los tribunos de la plebe y, en demostración de que éstos corrompían los auspicios y demás ceremonias religiosas, dijo: «*Eludant nunc licet religiones. Quid enim interest, si pulli non pascentur, si ex cavea tardius exiverint, si occinuerit avis? Parva sunt haec; ser parva ista non contemnendo, maiores nostri maximam hanc rempublicam fecerunt*» [3]. Estas cosas pequeñas unen y despiertan la confianza de los soldados, cuya es la razón principal de la victoria. Empero, deben ir acompañadas del valor, porque, si no, son inútiles. Los prenestinos enviaron su ejército contra los romanos y acamparon junto al río Alia, en el mismo sitio en que los galos vencieron a Roma. Hiciéronlo así con

1. Cf. *supra*, I, 14.
2. Apio Claudio Craso, sobrino del decenviro.
3. «Ahora pueden mofarse de nuestras prácticas religiosas. ¿Qué importa que los pollos sagrados no coman, que salgan demasiado despacio de su jaula o que un pájaro lance un chillido de mal agüero? Ésas son cosas pequeñas; pero nuestros antepasados no hicieron este Estado tan grande despreciando esas cositas» (Tito Livio, VI, 41).

Digitized by Google

el fin de estimular la confianza de sus soldados y con el de aterrar a los romanos con el recuerdo de lo allí sucedido. Aunque esta decisión se basaba probablemente en los motivos ya presentados, el resultado indicó que el valor auténtico no se arredra jamás. El historiador lo expresa con gran eficacia, haciendo decir al dictador, en conversación con el jefe de la caballería: «*Vides tu, fortuna illos fretos ad Alliam consedisse: at tu, fretus armis animisque, invade mediam aciem*»[4]. La bravura verdadera, la buena disciplina y la seguridad que proporcionan incontables victorias no desaparecen por cosas sin importancia, ni lo inconcreto espanta, ni el desorden afecta. Así se ve en el siguiente episodio: dos Manlios, cónsules contra los volscos, mandaron parte de las fuerzas acampadas a saquear, con el resultado de que tanto los idos como los que permanecieron sufrieron el asedio al mismo tiempo; de aquel peligro les salvó no la habilidad de los cónsules, sino el valor de los propios soldados. Sobre ello Tito Livio escribe esta sentencia: «*Militum etiam sine rectore stabilis virtus tutata est*»[5]. No prescindiré de narrar lo que hizo Fabio[6]. Entró una vez más con el ejército en Etruria y quiso darle confianza,

4. «Tú ves que tuvieron en cuenta la fortuna de lo ocurrido anteriormente en este lugar al establecerse en el Alia; pero tú, que confías en las armas y en el valor, carga contra el centro del ejército» (Tito Livio, VI, 29).

5. «El valor constante de los soldados protege incluso sin jefe». Nos ha sido imposible hallar esta cita en las ediciones modernas de Tito Livio.

6. El cónsul Quinto Fabio. El episodio se narra en Tito Livio, IX, 37.

BIBLIOTECA DE ... UNIVERSIDAD ... UNIVERSITAS
Digitized by Google

tanto más necesaria cuanto lo conducía a un país desconocido contra un enemigo del que no tenía experiencia. En su arenga a las tropas presentó muchas razones por las que podían esperar la victoria y agregó que podía decir más cosas, excelentes y reveladoras del triunfo, si no fuese peligroso manifestarlas. Ha de imitarse esta sagaz conducta.

Digitized by Google

XXXIV

Qué fama, voz u opinión hace que el pueblo se incline a favorecer a un ciudadano, y sobre si asigna las magistraturas con más acierto que un príncipe

En otra ocasión tratamos de cómo Tito Manlio, llamado Torcuato, salvó a su padre Lucio Manlio de la acusación de Marco Pomponio, tribuno de la plebe. El modo de hacerlo fue bastante violento e inaudito, pero el amor filial agradó a todos y no sólo no mereció reprensión, sino que, habiendo de designar los tribunos de las legiones, Tito Manlio recibió el nombramiento en segundo lugar. Este suceso me hace creer que es oportuno examinar cómo juzga el pueblo a los hombres en sus designaciones; de lo que descubramos veremos si es cierto lo que arriba se coligió: a saber, que el pueblo se equivoca menos en las elecciones que el príncipe.

Afirmo, por tanto, que la gente se fía en las atribuciones de lo que cuenta la voz pública y de la fama, cuando no se conocen sus obras, por la presunción o por la opinión que de un hombre

Digitized by Google

se tiene. Estas dos cosas obedecen, bien a los padres de los individuos, los cuales fueron grandes y notorios en la ciudad, creyéndose por ello que los hijos serán iguales hasta que sus actos lo desmientan; bien a la conducta del varón de que se trata. El proceder mejor consiste en la compañía de hombres graves, las buenas costumbres y la sabiduría. No hay más excelente piedra de toque de un individuo que las compañías que frecuenta; merecidamente adquiere buena fama el que trata con personas honestas, porque sería imposible que no tuviera alguna semejanza con ellas. O la pública notoriedad se logra gracias a una obra extraordinaria, aunque privada, que te resulte felizmente. De las tres cosas que conceden buena reputación en el principio, ninguna es mayor que esta última. La primera, debida a los parientes o al padre, es falaz y se extingue a poco si no la acompaña la virtud propia del que se juzga. La segunda, basada en tu conducta, es mejor que la primera y muy inferior a la tercera, porque hasta que no des pruebas de ti, tu renombre se funda en la opinión del prójimo, que no cuesta alterar. Pero la tercera, que principia y estriba en hechos y en tus obras, te concede al pronto tanta gloria, que has de cometer muchos desafueros antes de anularla. Así, pues, los nacidos en una república han de elegir lo último e ingeniárselas para ir cobrando ascendiente con algunos actos extraordinarios. Muchos lo hicieron en Roma en su juventud, promulgando una ley de utilidad general, delatando las transgresiones de algún ciudadano poderoso o llevando a cabo otros hechos notables y nuevos que diesen

Digitized by Google

pasto a las conversaciones. Eso es necesario no sólo para conquistar reputación, sino para mantenerla y aumentarla, y se consigue insistiendo en esas cosas, lo que hizo Tito Manlio durante toda su vida. Después de defender valiente y singularmente a su padre, lo que fue el comienzo de su nombradía, combatió, al cabo de algunos años, con aquel galo, le mató y le arrebató el collar de oro al que debió el nombre de Torcuato. Pero no se contentó con estas dos hazañas, porque ya de edad madura mató a su hijo por combatir sin licencia, aunque hubiese vencido al enemigo. Estos tres hechos le concedieron más fama y celebridad imperecedera que los triunfos y victorias que obtuvo. La razón está en que Manlio en sus éxitos fue igual a muchísimos romanos, mientras que en las acciones indicadas hubo pocos o ninguno que pudieran comparársele.

Al Escipión mayor no concedió tanta gloria el cúmulo de sus triunfos, como haber defendido a su padre en el Tesino, siendo un muchachito, y haber hecho jurar después de Canas con la espada desenvainada a muchos jóvenes romanos que no abandonarían Italia, como habían deliberado entre sí. Ambas hazañas fueron el origen de su reputación y sirvieron de escabel para los triunfos de España y África; la aumentó en el primer país devolviendo la hija al padre y la mujer al marido. Esta conducta es necesaria no solamente para los ciudadanos que adquieren fama aspirando a los honores de la república, sino a los príncipes con objeto de conservar su nombradía en el Estado. Nada promueve tanto la estima como favorecer,

Digitized by Google

de hecho o de palabra, el bien común, evidenciando la magnanimidad, la liberalidad o la justicia, hasta que llegue a ser proverbial entre sus súbditos.

Mas, volviendo al comienzo de este discurso, digo que no se funda mal el pueblo que concede una magistratura a un conciudadano atendiendo a las tres razones descritas; pero cuando el buen comportamiento inalterable de uno acrecienta su notoriedad, la elección es mejor, porque entonces casi nunca yerra. Me refiero solamente a las que se otorgan a los hombres en el principio, antes de que la firme experiencia los haga conocidos o de que oscilen entre una acción buena y otra mala. Por consiguiente, el pueblo se equivocará menos que el príncipe en cuanto a los criterios equivocados y la corrupción. Tal vez los pueblos se engañen al justipreciar la fama, el parecer y las obras de un hombre, estimándolas en más de lo que son en realidad, a lo que no se expone un príncipe, porque se lo advertirían sus consejeros. Desde luego, no están faltos de quien los aconseje, pero los buenos administradores y fundadores de las repúblicas establecieron que, en la creación de las magistraturas supremas de la ciudad, en que hay peligro de elegir hombres incapacitados, y viendo que la propensión popular se endereza a nombrar uno de éstos, cualquier ciudadano no sólo pueda, sino que tenga a gloria publicar en las reuniones sus defectos, a fin de que el pueblo juzgue con conocimiento de causa. Atestigua que existía esta costumbre en Roma el discurso que Fabio Máximo pronunció al pueblo en la segunda

Digitized by Google

guerra púnica, cuando todos tendían a crear cónsul a Tito Optalicio, a quien él consideraba inepto en aquella ocasión. Habló, pues, oponiéndose a él y probando su insuficencia, hasta convencer al pueblo de que favoreciera a quien lo merecía más que él. En la elección de magistrados los pueblos juzgan por el aspecto externo; pero cuando les aconsejan como a los príncipes se equivocan menos que ellos. El ciudadano que aspire al favor del pueblo debe ganárselo con algún hecho notable, al modo de Tito Manlio.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXV

Los peligros que se desprenden de convertirse en el principal aconsejante de una innovación, que es tanto más peligrosa cuanto más extraordinaria

Cuán peligroso resulta hacerse paladín de algo nuevo que importe a muchos, y cuán difícil manejarlo y resolverlo de forma que se mantenga, sería materia demasiado elevada y prolija para tratarlo aquí. La remito, pues, a lugar más oportuno. Hablaré sólo de los peligros que amenazan a los ciudadanos o a los que aconsejan a un príncipe que se transforme en rector de una decisión espinosa e importante, de modo que se le impute por completo. Los hombres consideran las cosas por su fin. El mal que produce se imputa al autor del consejo, y si prospera se le elogia; pero el galardón no contrapesa ni con mucho el mal. El actual sultán Selim, llamado Gran Turco, se preparó (según refieren algunos que llegan de su país) para conquistar Siria y Egipto, cuando un bajá suyo, cuyo gobierno lindaba con Persia, le animó a atacar al Sufí [1]. Estimulado por el consejo, se decidió a ejecutarlo: con un grueso ejér-

1. El shah de Persia.

Digitized by Google

cito llegó a una vastísima región, donde abundan los desiertos y las corrientes de agua escasean, y topó con las mismas dificultades que perdieron a muchas legiones romanas, hasta el punto de que perdió incontables soldados, aunque en la guerra era superior, por culpa de la peste y del hambre; se airó, pues, contra el autor del consejo y le mató. También se lee que bastantes ciudadanos fueron desterrados por haber recomendado una empresa que tuvo mal fin. Algunos ciudadanos romanos se convirtieron en jefes del empeño de que hubiese en Roma cónsul plebeyo [2]. El primero de ellos que partió con los ejércitos conoció la derrota. Mal lo hubieran pasado los aconsejadores si no se hubiera portado tan valientemente la parte popular, en cuyo honor se había tomado la determinación.

Es, pues, muy cierto que los consejeros de una república y de un príncipe se hallan metidos en estas zozobras. Faltan a su función si no recomiendan sin temor las cosas que les parecen útiles a la ciudad o al príncipe; pero, si las aconsejan, su vida y su situación peligran, porque los hombres son ciegos y dictaminan que los consejos son buenos o malos conforme el fin que tengan. ¿Cómo esquivar esa infamia y ese riesgo? No veo otro camino que el de la moderación, no hacer suya ninguna empresa, expresar su criterio sin pasión y defenderlo sin calor, para que la ciudad o el soberano lo siga de modo voluntario y no como si le hubiese obligado tu importunidad. Hazlo así, porque no será entonces razonable que

2. Ocurrió en el año 367 a. J. C.

Digitized by Google

el príncipe y el pueblo te aborrezcan por tu consejo, que no se obedeció contrariando a los más. Hay peligro donde muchos se opusieron, los cuales, ocurriendo un trágico fin, concurren a perderte. En este caso no existe la gloria que se adquiere al aconsejar algo, si resulta bien, contra la voluntad de muchos; pero se obtienen dos bienes. El primero, evitar el peligro; el segundo, que si aconsejas algo con modestia y tu consejo es desechado por otra decisión desastrosa, obtienes una gloria espléndida. Y aunque se logre a costa de los males de tu ciudad o de tu señor, y no pueda disfrutarse legítimamente, se ha de tener, sin embargo, en cuenta.

No creo que pueda darse otro parecer a los hombres en este sentido, porque recomendarles que callen su opinión sería inútil para la república o a su príncipe y no evitarían el peligro. Poco tiempo bastaría para que se sospechase de ellos. Les podría incluso ocurrir lo que a aquel amigo de Perseo, rey de los macedonios, el cual huyó con unos cuantos familiares suyos, tras la derrota que le infirió Paulo Emilio, y puestos a hablar de las cosas pasadas, uno de ellos le indicó los muchos errores que había cometido, causa de su ruina. Perseo, indignado, exclamó: «¡Traidor! ¡Tanto te demoraste en decírmelo y me acusas ahora que ya no puedo evitarlos!», y le mató él mismo. Éste sufrió la pena de haber callado lo que debió decir y de hablar cuando tenía que callar: no evitó el peligro por abstenerse de aconsejar. Creo, por tanto, que han de observarse los principios antes expuestos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXVI

Las causas de que los galos antiguos y los modernos franceses fuesen y sean todavía considerados en las batallas más que hombres en los comienzos y menos que mujeres después

La ferocidad de aquel galo que retaba a cualquier romano, cerca del río Teverone, a pelear con él y luego el combate que sostuvo con Tito Manlio, me recuerda lo que Tito Livio dice y repite: que los galos son en el principio de la batalla más que hombres y en la secuencia de la misma menos que mujeres. Muchos, al reflexionar esta circunstancia, creen que así lo dispuso la naturaleza. Creo que es cierto; pero no que su naturaleza, que tanto coraje les da al principio, no pueda mejorarse de modo que su ferocidad persista hasta la conclusión de la lucha.

Lo probaré diciendo que hay tres clases de ejércitos: uno, lleno de ímpetu y disciplinado, porque de la disciplina nacen el coraje y el valor, como el romano, pues en todas las historias se comprueba que reinaba el orden en las tropas durante largo tiempo disciplinadas. En el ejército

Digitized by Google

bien organizado no se debe hacer más que regularlo, y por ello en el romano, del que todos deberían tomar ejemplo, puesto que domeñó el mundo entero, no se comía, ni dormía, ni fornicaba, ni se llevaba a cabo ninguna operación militar o personal sin orden del cónsul. Las huestes que de otro modo se conducen no son verdaderos ejércitos y las hazañas que ejecutan dimanan de la cólera y el ímpetu, no del valor. Donde se reglamenta la valentía, empleando el coraje en el momento oportuno, las dificultades no arredran y los obstáculos no espantan, porque las disposiciones adecuadas renuevan el ánimo y el ímpetu, basados en la esperanza de vencer, la cual no falta mientras las ordenanzas se conservan. Lo contrario acontece en los ejércitos que usan el furor sin mesura. Los galos iban menguando en el combate. No logrando vencer con la primera embestida, y no adecuando el furor en que confiaban a una prudente valentía, esto es, sin esperar más que en él, se enfriaban al no tener éxito. Los romanos temían menos los peligros a causa de su excelente organización; no desconfiaban de la victoria y reñían, firmes y tesoneros, con el mismo esfuerzo y la misma valentía al fin que al principio, enardeciéndose con el manejo de las armas. La tercera clase de ejércitos, sin ímpetu natural ni artificial disciplina, son los italianos de nuestra época, que resultan completamente inútiles: jamás vencerán, a menos que derroten a un enemigo que huya por cualquier causa. No es menester citar ejemplos en prueba de que están faltos de valor. Como el testimonio de Tito Livio

Digitized by Google

basta para dar a entender cómo debe ser un buen ejército y cómo es uno malo, citaré las palabras de Papirio Cursor, cuando quiso castigar al jefe de la caballería[1]: «*Nemo hominum nemo Deorum verecundiam habeat; non edicta imperatorum, non auspicia observentur: sine commeatu vagi milites in pacato, in hostico errent, immemores saeramenti, licentia sola se ubi velint exauctorent; infrequentia deserant signa; neque conveniatur ad edictum, nec discernantur interdiu nocte, aequo iniquo loco, iussu iniussu imperatoris pugnent; et non signa, non ordines servent; latrocinii modo, caeca et fortuita, pro solemni et sacrata militia sit*»[2]. Este texto revela con claridad si la milicia de nuestro tiempo es ciega y obra al acaso, o si respetuosa y regular, y cuánto dista de ser como la que merece en verdad el nombre de ejército, o cuán lejos se halla de tener el furor y la disciplina del romano, o sólo el ímpetu de la gala.

1. Quinto Fabio Ruliano. Cf. *supra,* I, 31.
2. «Cuando nadie respeta a los hombres ni los dioses, no observa las órdenes de los generales ni los auspicios; cuando los soldados vagan sin licencia al azar en territorio enemigo, olvidan su juramento para dirigirse sin permiso a cualquier lugar, abandonan por su propia autoridad las banderas sin custodia; cuando no se congregan a una orden y no combaten indiferentemente de día o de noche, en terreno favorable o desfavorable, por mando o no del general, y no respetan las enseñas ni la organización; cuando, al modo de los bandidos, el oficio de soldado se ejecuta a ciegas y al acaso, en lugar de ser regular y sagrado...» (Tito Livio, VIII, 34).

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXVII

Si son necesarios los encuentros parciales antes de la batalla decisiva y cómo se llega a conocer un enemigo nuevo cuando se quiere evitar

Como en otro lugar discurrimos, en las acciones humanas siempre hay, además de otras dificultades, cuando se quiere rematar algo, junto al bien un mal, naciendo tan trabado con aquél, que parece imposible que aspirando a lo bueno falte lo malo. Así se ve en todo lo que realizan los hombres. El bien se logra con dificultad si la fortuna no te auxilia de suerte que venza con su fuerza este inconveniente ordinario y natural. Me ha hecho acordarme de esto el desafío de Manlio y del galo, en cuya ocasión Tito Livio dice: «*Tanti ea dimicatio ad universi belli eventum momenti fuit, ut Gallorum exercitus, relictis trepide castris, in Tiburtem agrum, mox in Campaniam transierit*» [1]. Considero, de un lado, que un buen capitán

1. «Tuvo tal importancia para el resultado de toda la guerra la decisión de aquel combate, que el ejército galo abandonó precipitadamente sus reales, pasó al territorio de Tibur y se dirigió no mucho después a Campania» (Tito Livio, VII, 11).

Digitized by Google

debe evitar en absoluto realizar algo que impresione, siendo de escasa importancia, desfavorablemente a su ejército, porque es temerario entregarse a una contienda en que no intervengan todas las fuerzas, ni esté en juego el resultado definitivo, como más arriba dije al reprochar la custodia de los pasos.

Refiexiono, de otro lado, que los capitanes discretos, al enfrentarse con un nuevo y reputado enemigo, necesitan experimentar antes de la batalla campal cómo son los soldados enemigos con escaramuzas, a fin de, conociéndolos y midiendo sus fuerzas con ellos, perder el espanto que su fama les causa. Esto tiene suma importancia para un jefe, siendo casi una exigencia el hacerlo, porque te parecería que te diriges a una pérdida segura si no consigues antes con encuentros parciales librar tus tropas del miedo que la notoriedad del contrario haya sembrado en su ánimo.

Los romanos enviaron a Valerio Corvino con un ejército contra los samnitas, enemigos nuevos, cuyas armas no habían experimentado, y Tito Livio narra que Valerio ordenó algunos encuentros ligeros con los samnitas: «*Ne eos novum bellum, ne novus hostis terreret*[2]. Sin embargo, existe el gravísimo peligro de que tus soldados conozcan la derrota, crezcan su miedo y su cobardía, y los frutos sean contrarios a tus propósitos, a saber: que los aterres cuando intentes envalentonarlos. Ésta es una de las cosas en que el mal está tan próximo al bien, que no es de

2. «Para que no los espantase aquella nueva guerra, ni aquel nuevo enemigo» (Tito Livio, VII, 32).

Digitized by Google

extrañar que se elija aquél creyendo escoger éste. Así, pues, afirmo que un capitán sagaz ha de observar con gran diligencia la precaución de que un incidente fortuito no acobarde a los suyos. Los desanima empezar una campaña con una derrota. Debe, por tanto, abstenerse de las escaramuzas, a menos que alimente la esperanza de obtener una victoria segura debido a las grandísimas ventajas que se le ofrecen. Evite guardar los pasos en que no quepa todo su ejército; procure defender únicamente las plazas cuya pérdida significaría su ruina, cuidando entonces de protegerlas con su guarnición y el ejército propio, con el objeto de resistir al asedio con todas sus fuerzas, y deje indefensas las restantes: quedarse sin algo porque se renuncia a ello, manteniendo unido el ejército, no es una afrenta ni priva de la posibilidad de reconquistarlo. Pero si pierdes lo que pensaste defender y todo el mundo lo sabe, sufres entonces daño y pérdida y como los galos eres derrotado por cosa de poca monta.

Filipo de Macedonia, padre de Perseo, varón guerrero y de gran prestigio en su tiempo, fue atacado por los romanos. Abandonó y devastó las comarcas que no podía defender, como quien, a fuer de prudente, juzgaba más pernicioso arriesgar su reputación perdiendo lo que defendiera, que perderlo como cosa sin importancia cediéndolo al enemigo. Los romanos, apurados tras el desastre de Canas, negaron ayuda a sus clientes y súbditos, replicándoles que se defendieran como mejor pudieran. Estos partidos son harto mejores que comprometerse a defender algo y no ha-

Digitized by Google

cerlo luego, porque de esta manera se pierden amigos y fuerzas, y de aquélla sólo los amigos. Volviendo a los combates parciales, digo que el capitán, obligado por la novedad del enemigo a reñir, hágalo con tan entera ventaja que no conozca la derrota. O imite a Mario (que es lo mejor). Marchó éste contra los cimbrios, pueblos ferocísimos llegados a saquear Italia, y espantables porque eran bárbaros, innumerables y habían derrotado un ejército romano. Mario creyó oportuno antes de darles batalla hacer algo que borrara el miedo que el enemigo causaba a sus soldados. Como capitán muy prudente, más de una vez situó las legiones en lugares por donde los cimbrios debían pasar. Así, dentro de fortalezas, acostumbró a sus tropas a la visión del enemigo, para que, viendo una muchedumbre desordenada, cargada de impedimenta, con armas rudimentarias y en parte desarmada, se encorajinasen y deseasen pelear. Otros deben remedar este sagaz expediente, evitando los peligros más arriba descritos, y no portarse como los galos: «*Qui ob rem parvi ponderis trepidi, in Tiburtem agrum et in Campaniam transierunt*»[3]. Como hemos mencionado a Valerio Corvino en este discurso, quiero indicar en el capítulo siguiente, mediante sus propias palabras, cómo debe ser un capitán.

3. Este texto, con algunas variantes, viene a decir lo mismo que el traducido en la nota 1 del presente capítulo.

Digitized by Google

XXXVIII

Cómo debe ser un capitán para que el ejército confíe en él

Salió, como antes dijimos, Valerio Corvino con el ejército contra los samnitas, nuevos enemigos del pueblo romano. Para esforzar a sus soldados y darles conocimiento del adversario, los despachó a ciertas escaramuzas; pero no le bastó aquello, sino quiso hablarles antes de la batalla, revelándoles eficazmente en cuán poco debían tener aquel enemigo dado el valor de los soldados y el suyo propio. Obsérvese cómo ha de ser un capitán para que el ejército confíe en él, atendiendo a las frases que Tito Livio le hace pronunciar, es decir, éstas: «*Tum etiam intueri, cuius ductu auspicioque ineunda pugna sit: utrum qui audiendus dumtaxat magnificus adhortator sit, verbis tantum ferox, operarum militarium expers: anqui et ipse tela tractare, procedere ante signa, versari media in mole pugnae sciat. Facta mea, non dicta vos, milites, sequi volo, nec disciplinam modo, sed exemplum etiam a me petere, qui hac dextra mihi*

Digitized by Google

tres consulatus, summamque laudem peperi»[1]. Estas palabras, sesudamente meditadas, enseñan a cualquiera cómo tiene que proceder si aspira al rango de jefe; lo que haga de otra manera, descubrirá con el tiempo que su categoría, a la que llega por acaso o por ambición, le arrebata, no le concede reputación. Los títulos no ilustran a los hombres, sino los hombres los títulos. Además, según el principio de este discurso, considérese que los grandes capitanes utilizaron medios extraordinarios para afirmar la valentía de un ejército veterano, que debe enfrentarse con enemigos desconocidos y poco comunes. Mayor diligencia ha de emplearse cuando se manda un ejército bisoño, que jamás hizo armas con un adversario. Si el enemigo inusitado aterra al soldado curtido, más espantará al inexperto. No obstante, los buenos capitanes superaron muchas veces todos estos reparos con suma prudencia, como el Graco romano[2] y el tebano Epaminondas, de los que ya hemos hablado, que con tropas nuevas vencieron ejércitos hechos y muy expertos.

Lo consiguieron ejercitándolas durante muchos meses en batallas fingidas, habituándolos a la obe-

1. «También mirar con qué conducta, bajo cuáles auspicios hay que emprender batalla: escuchar solamente al jefe, arengador diserto, fogoso sólo en palabras, pero ignorante de las cosas militares, o al jefe capaz de manejar las armas, de ir delante de las enseñas y de meterse en lo más recio del peligro. Mis actos, no mis palabras, son lo que quiero que imitéis, soldados; no deseo que me pidáis únicamente instrucciones, sino ejemplo, que este brazo me ha conseguido tres consulados y la gloria más alto» (Tito Livio, VII, 32).

2. Sempronio Graco.

Digitized by Google

diencia y al orden, gracias a lo cual los mandaban después con entera confianza en las verdaderas. No se tema, pues, que un hombre belicoso no forme ejércitos eficientes, con tal de que no carezca de hombres. El príncipe que tiene muchos súbditos y carece de soldados, debe quejarse sólo, no de la cobardía de los hombres, sino de su pereza y escasa prudencia.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXIX

Que un capitán debe conocer los terrenos

Entre otras cosas necesarias para un jefe de ejército figura el conocimiento de los lugares y de las regiones, sin cuyo saber general y particular no llevará nada a buen término. Todas las ciencias demandan práctica para su perfecta posesión, mas ésta exige una grandísima. Esta práctica, mejor, este conocimiento particular, se adquiere, entre todos los ejercicios, especialmente por miedo de la caza. Los antiguos escritores dicen que los héroes que gobernaron en su tiempo el mundo, se criaron en las selvas y se educaron en las cacerías. La caza, además de dar esa pericia, enseña infinitas cosas útiles para la guerra. Jenofonte, en la biografía de Ciro, refiere que el héroe, marchando contra el rey de Armenia, recordó a los suyos, al divisar el bando contrario, que aquélla no era sino una de las muchas cazas en que habían intervenido con él. Recordaba asimismo a los que enviaba a los montes a acechar que eran semejantes a los que tendían redes en las cum-

Digitized by Google

bres; y a los que corrían por lo llano, que se parecían a los batidores de fieras, las cuales caían en las redes al ser acosadas.

Decimos esto a fin de indicar, lo que Jenofonte aprueba, que las cacerías son un remedo de la guerra. He aquí por qué ese ejercicio es honroso y necesario a los grandes hombres. No se logra el conocimiento de las regiones de manera más cómoda que mediante la caza, porque informa a sus aficionados de los detalles de la comarca donde la ejercen. Cuando uno es baquiano de una región, comprende después con facilidad todas las nuevas, puesto que todos los territorios y sus partes ostentan alguna semejanza y del conocimiento de uno se va fácilmente al de otro. Quien no domine sus recovecos, no sólo difícilmente, sino a costa de mucho tiempo conocerá los de otro. El perito en un pestañeo sabe cómo se extiende este llano, cómo se alza aquel monte, hasta dónde llega el valle y los demás accidentes del terreno, de los que obtuvo anteriormente un conocimiento perfecto. Tito Livio demuestra la verdad de esta aserción con el ejemplo de Publio Decio, tribuno de soldados en el ejército que el cónsul Cornelio llevaba contra los samnitas. Como llegaran a un valle, donde los samnitas podían encerrar a los romanos sin mucho trabajo, dijo al cónsul: «*Vides tu, Aule Corneli, cacumen illud supra hostem? Arx illa est spei salutisque nostrae, si eam (quoniam caeci reliquere Samnites) impigre capimus*» [1]. Y anteriormente a

1. «¿Ves tú, Aulio Cornelio, esa cumbre encima del enemigo? Es la ciudadela de nuestra esperanza y de nues-

Digitized by Google

estas frases de Decio, Tito Livio dice: «*Publius Decius tribunus militum conspicit unum editum in saltu collem, imminentem hostium castris, aditu arduum impedito agmini, expeditis haud difficilem*» [2]. Después, enviado por el cónsul a aquel punto, habiendo salvado el ejército romano y deseando, llegada la noche, irse a fin de conservar tanto su vida como la de sus soldados, le hace pronunciar estas palabras: «*Ite mecum, ut dum lucis aliquid superest, quibus locis hostes praesidia ponant, qua pateat hinc exitus, exploremus. Haec omnia sagulo militari amictus ne ducem circumire hostes notarent, perlustravit*» [3]. Este texto revela la importancia y utilidad que tiene para un capitán saber la naturaleza de las comarcas y territorios. Si Decio no hubiera estado en tal caso, no habría comprendido cuán útil sería al ejército romano aquella altura, ni sabido si era o no accesible; y una vez en ella, cuando quiso reunirse con el cónsul, rodeado de enemigos, no hubiese podido especular de lejos cuáles caminos le convenía seguir y cuáles parajes custodiaba el

---

tra salvación, si (puesto que los samnitas la descuidaron como ciegos) nos apresuramos a ocuparla» (Tito Livio, VII, 34).

2. «Publio Decio, tribuno militar, advirtió en el desfiladero una colina elevada, que dominaba el campamento enemigo, de arduo ascenso para una columna abrumada por la impedimenta, pero accesible para soldados descargados» (*ibíd.*).

3. «Venid conmigo. Reconozcamos, mientras quede un poco de luz, dónde colocan sus centinelas y qué caminos hay para salir de aquí. Vestido de un sayo de simple soldado, para que el enemigo no notase aquel reconocimiento del jefe, examinó todos los detalles» (*ibíd.*).

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Digitized by Google

adversario. Por ello, Decio debió dominar perfectamente ese conocimiento, por el cual eligió la colina y salvó al ejército romano; después, hallándose sitiado, encontró la ruta que le salvó con los suyos.

Digitized by Google

XL

El engaño es glorioso en la conducción de la guerra

En la vida ordinaria el uso del fraude es por demás detestable; en cambio, en la dirección de la guerra, resulta laudable y glorioso, y tan digno de fama es el que vence al enemigo con la astucia como con la fuerza. Así lo enjuician los escritores de vidas de grandes hombres, los cuales alaban a Aníbal y otros varones que destacaron por ese proceder. No presentaré ejemplos de ello, ya que tantos pueden leerse. Diré sólo que no estimo glorioso el engaño que te hace romper la palabra dada y los pactos concertados, porque si con ello adquieres a veces categoría y reino, como arriba se expuso, jamás te cubrirá de laureles. Me refiero, por tanto, al género de engaño que se emplea con el enemigo que de ti desconfía y que consiste precisamente en la conducción de la guerra, como Aníbal que simuló huir junto al lago de Perusa[1] para rodear al cónsul y al ejército romano y

1. Denominación corriente del Trasimeno, donde Aníbal derrotó al cónsul Flaminio en el 217 a. J. C.

Digitized by Google

como cuando prendió fuego a las astas de su ganado a fin de escapar del poder de Fabio Máximo.

Semejante a estas estratagemas fue la de Poncio, jefe de los samnitas, para confinar el ejército romano en las Horcas Caudinas: colocó sus tropas a espaldas de los montes y envió a muchos de sus soldados, disfrazados de pastores, con rebaños, a la llanura; los romanos los interrogaron acerca de la situación de las huestes samnitas y ellos, por orden de Poncio, convinieron en que estaban asediando Nocera. Prestándoles crédito, los cónsules se internaron en los desfiladeros Caudinos, donde los samnitas los cercaron en seguida. Esta victoria, lograda con fraude, hubiera dado a Poncio gloria imperecedera si hubiese seguido el consejo de su padre, el cual quería que los romanos se fueran con entera libertad o fuesen acuchillados sin excepción, evitando seguir el camino intermedio: «*Quæ neque amicos parat, neque inimicos tollit*»[2]. El término medio, como en otro lugar se examinó[3], fue siempre pernicioso en las cosas del Estado.

2. «El cual no conquista amigos, ni suprime enemigos» (Tito Livio, IX, 3).
3. Cf. *supra*, II, 23.

Digitized by Google

XLI

La patria se ha de defender a costa de ignominia o de modo glorioso, y de cualquier modo está bien defendida

Estaba, decíamos, el cónsul y el ejército romano cercado por los samnitas, los cuales pusieron a los vencidos condiciones ignominiosas (como eran hacerles pasar bajo el yugo y enviarlos desarmados a Roma). Los cónsules estaban atónitos y el ejército desesperado, cuando Lucio Léntulo, legado romano, opinó que no debían renunciar a ningún partido con que salvar la patria, porque, como la vida de Roma dependía de la de aquel ejército, había que salvarlo de cualquier manera; agregó que la patria queda bien defendida de todas las maneras, sean afrentosas o gloriosas. Salvándose aquel ejército, Roma tendría tiempo de desquitarse de la injuria; si se perdía, aunque fuese con gloria, Roma perecería y con ella su libertad. Se siguió su consejo. Recuérdelo y obsérvelo el ciudadano que tenga que aconsejar a su patria, pues, donde se trata de su salvación, no cabe atender a lo justo ni a lo injusto, ni a la

Digitized by Google

misericordia ni a la crueldad, ni a lo laudable ni a lo ignominioso; antes bien, prescindiendo de cualquiera consideración puntillosa. hay que aprovechar el partido que le conserve la vida y mantenga su libertad. Los franceses imitan este parecer en dichos y hechos cuando defienden la majestad de su soberano y el poder de su reino; ninguna frase los irrita más que la de «esta determinación es ignominiosa para el rey». Afirman que su monarca no sufre mancilla en ninguna deliberación, en próspera o adversa fortuna, porque si pierde o si vence lo achacan a la voluntad real.

Digitized by Google

XLII

No deben cumplirse las promesas arrancadas por la fuerza

Vueltos a Roma los cónsules, con el ejército desarmado y afrentado, el primero que afirmó en el Senado que no debía respetarse la paz acordada en Caudio fue el cónsul Espurio Postumio [1], diciendo que el pueblo romano no estaba obligado por ella, sino él y los restantes que la habían convenido; y que el pueblo, a fin de exonerarse del compromiso, tenía que entregar a los samnitas por prisioneros a él y a cuantos lo habían pactado. Con tanta obstinación defendió este propósito, que el Senado lo aceptó y le envió con los demás a Samnio, protestando que el acuerdo no tenía validez. La fortuna protegió a Postumio, porque los samnitas no le retuvieron y, vuelto a Roma, los romanos le tuvieron por más glorioso habiendo perdido que los samnitas a Poncio, que había triunfado. Son de notar en esto dos cosas. Una, que en cualquier acción se puede cosechar

1. Fue el cónsul vencido en la ocasión que se menciona.

Digitized by Google

gloria: en la victoria se suele adquirir y en la derrota se obtiene probando que no tuviste culpa del desastre, o llevando a cabo un acto valeroso que la haga olvidar; otra, que no es infamante romper las promesas que se te arrancaron a la fuerza y que los conciertos impuestos referentes a lo público, cuando no se anulan con las armas, pueden incumplirse sin que haya afrenta para quien los quebranta. En todas las historias se leen ejemplos de esta suerte de infidelidad y en nuestra edad se ven a diario. No sólo no se respetan entre los príncipes las promesas obtenidas con la fuerza, sino todas las otras en cuanto se anulan las razones que las hicieron aceptar. Si es laudable o vituperable hacerlo, si un señor debe conducirse o no de esa manera, se vio prolijamente en nuestro tratado de *El Príncipe*[2]. Por lo tanto, no versaremos sobre ello al presente.

2. Cap. XVIII.

Digitized by Google

XLIII

Los naturales de una provincia hacen gala casi siempre de la misma índole

Acostumbran decir los varones prudentes, y no al azar y a humo de pajas, que se sabrá lo futuro considerando lo pretérito, porque todas las cosas de este mundo, en cualquier tiempo, tienen réplica exacta en la edad Antigua. Esto obedece a que, siendo los hombres sus autores, los cuales tienen y tuvieron las mismas pasiones, necesariamente surtirán el mismo efecto. Ciertamente, en esta provincia sus hechos son más bravos y virtuosos que en aquélla, según la educación y crianza con que los pueblos ordenan su vida. Facilita también el conocimiento de las cosas futuras por medio de las pasadas, la circunstancia de que una nación conserve durante largo tiempo las mismas costumbres, constantemente avara o artera, o posea otro vicio o virtud semejante. El lector de los pasados hechos de nuestra ciudad de Florencia, comparándolos con los ocurridos poco ha, reconocerá que los pueblos alemán y francés son codiciosos, soberbios, feroces



Digitized by Google

y desleales, cuyas cuatro cosas mucho ofendieron a los florentinos en distintas épocas. En cuanto a la deslealtad, todos saben cuántas veces se entregó dinero al rey Carlos VIII, el cual prometía devolver las fortalezas de Pisa sin cumplirlo. Probó de esta suerte su mala fe y su codicia. Prescindamos de los sucesos recientes. Quizá todos sepan lo que acaeció en la guerra que el pueblo florentino sostuvo contra los Visconti [1], duques de Milán, cuando, falto de otros expedientes, pensó traer el emperador a Italia [2] para que atacase Lombardía con su grandeza y sus huestes. El emperador prometió guerrear contra los Visconti con mucha gente, defendiendo a los florentinos de su poder, siempre y cuando le entregasen cien mil ducados con que ponerse en marcha y la misma cantidad así que estuviera en Italia. Florencia consintió en ello, pagó la primera suma y luego la segunda; pero, cuando estuvo en Verona, retrocedió sin ejecutar nada, por lo cual permanece entre los que no cumplieron lo pactado. Si Florencia no se hubiera hallado apretada por la necesidad o vencida por la pasión y hubiera leído y conocido las costumbres de los antiguos bárbaros, no habría sufrido engaño en aquella y en otras muchas ocasiones, y siempre hubiese sido igual y hubiese usado en cualquier ocasión y con cada cual los mismos procedimientos. En la Antigüedad, los etruscos [3], oprimidos y derrotados

1. Cf. *supra*, III, 6.
2. Roberto del Palatinado (1400-1411).
3. Recuérdese que en el original se llama a los etruscos «toscanos» y a los galos «franceses». Esta denominación da pie a la analogía en que Maquiavelo apoya su tesis.

Digitized by Google

muchas veces por los romanos, comprendieron que no resistirían sus ataques con las fuerzas propias y convinieron con los galos que moraban en esta parte de los Alpes, en Italia, que se reunirían con sus ejércitos e irían juntos contra los romanos a cambio de una suma de dinero. Los galos cogieron el dinero, pero no las armas, diciendo que lo habían recibido no para combatir con sus enemigos, sino para que se abstuvieran de saquear el país etrusco. Por consiguiente, los pueblos etruscos, a causa de la codicia y de la deslealtad de los galos, se vieron privados al unísono de sus caudales y del socorro esperado. El ejemplo de los etruscos y el de los florentinos muestra que los franceses se condujeron siempre de la misma forma, de lo cual se desprende hasta qué punto los príncipes pueden fiarse de ellos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLIV

Muchas veces se logra con la impetuosidad y la audacia lo que nunca se obtendría con los procedimientos ordinarios

Los samnitas, atacados por Roma, no pudieron dar cara a las tropas enemigas y decidieron, dejando guarniciones en las plazas de Samnio, encaminarse con todas sus fuerzas a Etruria, que estaba en tregua con los romanos, y ver si la presencia del ejército inducía a los etruscos a tomar las armas, lo que habían negado a sus embajadores. En el discurso que los samnitas pronunciaron a los etruscos, exponiendo principalmente la razón de su conducta, dijeron algo notable: «*Rebellasse, quod pax servientibus gravior, quam liberis bellum esset*» [1]. Así, con persuasiones y a causa de la presencia de su ejército, los convencieron de que empuñasen las armas. En esto se aprende que el príncipe deseoso de obtener algo de otro debe, si se le ofrece ocasión, impedir que reflexione y

1. «Que se rebelasen, porque la paz era más dura para los esclavos que la guerra para los libres» (Tito Livio, X, 16).


Digitized by Google

lograr que advierta la necesidad de la premura, la cual se logra cuando el suplicado comprende que tal vez se produzca una indignación inmediata y peligrosa si se niega o difiere la respuesta.

Ésta fue la conducta en nuestro tiempo del papa Julio con los franceses y de monseñor de Foix, capitán del soberano de Francia, con el marqués de Mantua. El papa Julio quiso expulsar a los Bentivoglio de Bolonia, en cuya empresa había de menester las fuerzas francesas y la neutralidad de los venecianos; recurrió a unas y a otros, recibiendo una contestación indecisa y obscura. Decidió convencerlos de que debían hacer lo que él deseaba, privándoles del tiempo necesario para reflexionar. Salió de Roma con todas las gentes que pudo, se encaminó a Bolonia [2], ordenó a los venecianos que permanecieran neutrales y exigió al rey de Francia que le enviase soldados. Apretados por el tiempo, y comprendiendo que el Papa se indignaría si dilataban la decisión o se negaban, se sometieron a su voluntad, el rey mandó socorros y los venecianos no intervinieron.

Monseñor de Foix estaba con el ejército en Bolonia, cuando se enteró de la rebelión de Brescia [3]. Para recobrarla podía seguir dos caminos, uno por tierras del rey [4], largo y trabajoso, y otro breve a través del dominio de Mantua [5]; además de pasar por el territorio del marqués, tenía que entrar por ciertos vallados, en medio de los pan-

2. En 1506.
3. En 1512.
4. Lombardía, que entonces pertenecía al rey de Francia.
5. Francisco Gonzaga.

Digitized by Google

tanos y lagunas que tanto abundan en aquella región, los cuales estaban protegidos con fortalezas y otros medios. El de Foix eligió el camino más corto. Para obviar cualquier dificultad, sin dar tiempo al marqués de reflexionar, avanzó por él y ordenó al señor del dominio que le mandase las guías de paso. Obedeció el marqués, desconcertado por la súbita determinación, lo que jamás hubiese hecho si el de Foix se hubiera portado con mayor templanza, puesto que el marqués estaba aliado con el Papa y los venecianos, y el primero tenía en su poder un hijo suyo [6], cuyas cosas le proporcionaban muchas excusas decentes para negarse. Pero cedió desconcertado por lo inesperado de la decisión y de las razones más arriba expuestas. Lo mismo hicieron los etruscos en el caso de los samnitas, tomando las armas que antes se negaran a empuñar debido a la presencia del ejército de Samnio.

6. Federico Gonzaga.

Digitized by Google

Digitized by Google

XLV

¿Cuál partido es más conveniente en las batallas? ¿Sostener el ataque del enemigo y acometerle después? ¿O ser el primero en embestir?

Los cónsules romanos Decio y Fabio fueron con dos ejércitos contra los samnitas y los etruscos. Llegando a pelear simultáneamente, hay que ver cuál de los distintos procedimientos de ambos cónsules fue el mejor. Decio atacó al enemigo con enorme impetuosidad y con todo su valor; Fabio lo sostuvo, convencido de que la lentitud sería más útil, reservando su ímpetu para más tarde, cuando el enemigo hubiese perdido el primer ardor de la batalla y, como nosotros decimos, su fuga. El resultado de la contienda dio la razón a Fabio, porque Decio se debilitó en los primeros asaltos y, viendo que su gente peligraba, para adquirir con la muerte la gloria que no podía conquistar con el triunfo, se sacrificó a sí mismo por las legiones romanas a imitación de su padre. Fabio, al saberlo, no quiso obtener viviendo menos honor que su colega muriendo: lanzó ade-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Digitized by Google

lante todos las fuerzas que había reservado para aquella ocasión y consiguió una honrosísima victoria. Se comprende, pues, que la conducta de Fabio es más segura y más digna de imitación.

Digitized by Google

XLVI

Por qué en una ciudad una familia suele tener durante bastante tiempo los mismos hábitos y caracteres

Parece no sólo que una ciudad tiene leyes e instituciones distintas de otra, engendrando hombres más enteros o más afeminados, sino que en una misma se echa de ver esa diferencia entre las familias. Esto es cierto en todas las ciudades. Sobre la de Roma se leen muchos ejemplos: los Manlios fueron ásperos y tercos, los Publícolas bondadosos y amantes del pueblo, los Apios ambiciosos y enemigos de la plebe, y así muchas familias tuvieron cualidades diferentes de las otras. Eso no debe achacarse únicamente a la sangre, que forzosamente varía con los enlaces matrimoniales, sino tiene que proceder de la distinta educación que se da en el seno familiar. Un muchachito de tierna edad, al oír hablar bien o mal de una cosa, se siente impresionado por ello y según ella ordena su conducta en los restantes años de su vida. De lo contrario, sería imposible que todos los Apios tuviesen la misma querencia y sintiesen

Digitized by Google

idénticas pasiones, como nota Tito Livio en muchos de ellos. Uno fue nombrado censor; su colega, al cabo de dieciocho meses, como disponía la ley, dejó vacante su magistratura, pero Apio se negó a deponerla, pretextando que podía conservarla cinco años, atendiendo a la primera ley que dieron los censores. Por su causa hubo muchas reuniones y escándalos, sin que renunciara a la censura, contrariando al pueblo y la mayoría del Senado. Quien lea el discurso que pronunció contra Publio Sempronio, tribuno de la plebe, verá en él la amplitud de la insolencia apiana y la bondad y humanidad de que hicieron gala numerosísimos ciudadanos en obediencia de las leyes y los auspicios de su patria.

Digitized by Google

XLVII

Un buen ciudadano debe olvidar sus particulares injurias por amor a la patria

El cónsul Marcio[1] en campaña contra los samnitas, resultó herido en una batalla. El Senado, en vista de que su estado ponía en peligro a las tropas, decidió enviar al dictador Papirio Cursor, el cual supliría los defectos del cónsul. Era menester que nombrase al dictador Fabio[2], cónsul de los ejércitos en Etruria; los senadores temieron que se negase a nombrarle por ser enemigo suyo, y le enviaron dos embajadores a suplicarle que depusiera su odio particular y le designase en beneficio de lo público. Fabio accedió por amor a la patria, si bien con silencios y otras muchas muestras indicó que el nombramiento le contrariaba. Imítenle cuantos aspiren a ser considerados buenos ciudadanos.

1. Cayo Marcio Rutilio.
2. Quinto Fabio Ruliano.


Digitized by Google

Digitized by Google

XLVIII

Cuando el enemigo parece cometer un gran error hay que sospechar que oculta un engaño

El cónsul hubo de apartarse del ejército que los romanos tenían en Etruria, llamado por algunas ceremonias que se celebraban en Roma, y quedó al frente de él el legado Fulvio. Los etruscos, intentando una traición, establecieron una emboscada cerca del campamento romano, enviaron unos soldados, disfrazados de pastores y con bastante ganado, a la presencia del enemigo y avanzaron hasta la estacada del real. El legado se sorprendió de lo que se le antojaba irrazonable, descubrió la estratagema y el propósito de los etruscos fracasó. El jefe de un ejército no debe creer en un error patente del enemigo, porque ocultará un fraude, ya que no es razonable que los hombres sean tan incautos. Sin embargo, suele cegar a los hombres el deseo de vencer y no ven más que lo que parece favorecerlos.

Los galos, después de triunfar de los romanos en el Alia, fueron a Roma y encontraron sus puertas abiertas y desprotegidas; sin embargo, estu-

Digitized by Google

vieron aquel día y toda la noche sin entrar, temiendo una astucia e incapaces de convencerse de que hubiese tanta cobardía y tal imprudencia en los romanos que abandonasen su patria. En 1508, combatiendo los florentinos con Pisa, Alfonso del Mutolo, ciudadano pisano, prisionero de Florencia, prometió que abriría una puerta de Pisa si se le daba libertad. Le fue concedida. Luego, en el concierto de la empresa, comparecía a menudo ante los legados de los comisarios a la descubierta y acompañado de otros pisanos, que se retiraban mientras discutía con los florentinos. Fácil era conjeturar su doblez, porque resultaba irrazonable que se discutiera el asunto a la descarada si no contenía engaño; pero el deseo de conquistar Pisa ofuscó tanto a los florentinos, que en la puerta de Luca, adonde fueron por orden suya, dejaron muertos con deshonor muchos jefes y otras gentes por culpa de la traición de Alfonso.

Digitized by Google

XLIX

Para mantener libre una república se necesitan a diario nuevas disposiciones; y debido a cuáles méritos se llamó Máximo a Quinto Fabio

Es inevitable, repetimos, que ocurran a diario en una ciudad grandes cosas que necesiten remedio. Cuanto mayores sean, más sabio debe ser el médico. Y si en todas las ciudades se producen, también los hubo, extraños e inesperados, en Roma, como en la ocasión en que pareció que todas las mujeres se habían confabulado para dar muerte a sus maridos, puesto que se descubrió que fueron tantas las que los habían envenenado y tantas las que habían preparado la ponzoña con el mismo propósito [1]. También ocurrió la conjuración de las bacanales [2], descubierta en el período de la guerra macedónica, en la que estaban complicados muchos millares de hombres y de mujeres. De no haberse puesto en claro, la ciudad hubiese peligrado, así como si los romanos no

1. La confabulación de las mujeres ocurrió en el año 329 y fue delatada por una esclava.
2. Cf. Tito Livio, XXXIX, 8-19.

Digitized by Google

hubieran sabido castigar, como era su costumbre, las multitudes transgresoras. Muchos indicios se tienen de la grandeza de aquella república y el rigor de sus castigos. También se conoce el género de las penas que aplicaba a los delincuentes. No titubeó en matar una legión entera por vía de justicia, o sacrificar una ciudad, o confinar a ocho o diez mil hombres con condiciones tan inauditas, que apenas podían cumplirlas no tantos, sino uno solo, como en el caso de los soldados derrotados en Canas, desterrados a Sicilia, a los que impuso que no vivieran en poblaciones y que comieran de pie.

Pero el castigo más terrible consistía en diezmar los ejércitos, en cuya ocasión se mataba, a suertes, un soldado de cada diez. No hay pena más espantosa para castigar una muchedumbre. Cuando ésta yerra, desconociéndose el verdadero culpable, no puede condenarse a todos, por ser demasiados; castigar a unos y dejar impunes a otros sería una injusticia contra los castigados y los indemnes se atreverían a faltar de nuevo. Matando a suerte la décima parte, cuando todos merecían perecer, el castigado se queja y el que se salva se abstiene de errar, temeroso de sufrir la pena en otra ocasión.

Por tanto, las envenenadoras y las bacanales recibieron el castigo que merecían sus pecados. Esas enfermedades perjudican una república, pero no de forma mortal, porque pueden atajarse siempre; pero si un varón prudente no corta de raíz las que hace tiempo afectan al Estado, la ciudad se perderá. En Roma, que concedía liberalmente

Digitized by Google

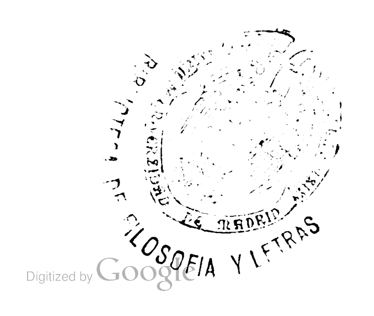
la ciudadanía a los extranjeros, había tantas gentes nuevas con derecho a voto, que el gobierno se alteraba alejándose de las instituciones y de los hombres conocidos. Quinto Fabio [3], censor, estableció las gentes nuevas causantes del desorden en cuatro tribus, de forma que, confinadas en espacio tan pequeño, no corrompieran a Roma entera. Acertó Fabio en el remedio dado sin alteraciones, y tanto agradó a los ciudadanos que recibió el honroso nombre de Máximo.

3. Quinto Fabio Ruliano.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA MANDRÁGORA



Digitized by Google

PERSONAJES

Calímaco
Siro
Señor Nicias
Ligurio
Sóstrata
Fray Timoteo
Una Mujer
Lucrecia

Digitized by Google

CANCIÓN

Ninfas y pastores deben cantarla antes de la representación

La vida es breve y muchas las penas que se soportan viviendo y padeciendo. En pos de nuestros anhelos, vemos cómo se pasan y se consumen los años, y que quien se priva del placer para existir, en medio de angustias y de afanes, ignora la falacia del mundo, o de cuáles males y casos singulares son víctima casi todos los mortales. Para esquivar ese enojo, elegimos la vida retirada y somos, siempre festivos y jocundos, hermosos galanes y ninfas ledas. Vinimos con nuestra armonía a honrar esta fiesta tan placentera y a tan amable compañía. Nuevamente nos trae el nombre de aquel que nos rige, suma de todos los bienes en semejanza eterna. De tal gracia suprema, de tan dichoso estado, estad alegres y gozad de ellos, rindiendo agradecimiento a quien os los concedió [1].

1. Se refiere a Francisco Guicciardini, gobernador de Módena, en cuya ciudad se presentó *La Mandrágora* en 1526.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO

Dios os salve, benevolentes espectadores, pues, al parecer, de vuestra benignidad depende el seros gratos. Si guardáis silencio, procuraremos informaros de un nuevo caso acontecido en esta tierra. He aquí cómo se os presenta el escenario: ésta es vuestra Florencia, que en otra ocasión será Roma o Pisa. El hecho os procurará risa sin duelo.

La puerta que queda a mi diestra pertenece a la casa de un doctor, que lee sin tregua a Boecio [1]. La calle puesta en esa esquina es la Vía del Amor, donde el que cae jamás se levanta. Podréis conocer, si no os vais con demasiada premura, por el hábito a un fraile, prior o abad, que mora en el templo que está enfrente. Un joven, Calímaco Guadagni, llegado ha poco de París, vive allá, en la puerta siniestra. Ostenta por pinta y señales prez y reputación de galanura entre todos los demás buenos compañeros. Una joven pacata fue de él muy amada y, engañada por él, acabó

1. En el original se trata, en realidad, más que del autor de *La Consolación por la Filosofía,* de un juego de palabras: *Buezio,* de *bue,* «tonto».


Digitized by Google

como veréis y como yo quisiera que todos fueseis burlados.

La fábula se titula *La Mandrágora.* Conoceréis la razón de ello en la representación, os lo pronostico. Su autor no tiene gran fama, pero os convidará gustoso a vino si no reís. Un amante miserable, un doctor nada sagaz, un fraile desaprensivo y un parásito curtido en malicia, serán hoy vuestro donoso esparcimiento.

Si el asunto es indigno, a causa de su liviandad, de un varón que aspire a ser prudente y grave, excusadle pensando que procura con estos juegos vanos suavizar la tristeza de sus penas actuales, porque a otra parte no puede volver la mirada: que se le ha vedado probar virtudes diferentes en otras obras y no hay premio para sus trabajos.

El galardón que espera es que cada uno, apartado y cariacontecido, hable mal de lo que vea u oiga. Por eso, sin duda alguna, el siglo presente decae en todo de la antigua virtud. Dado que nadie censura, la gente ni se preocupa, ni se recrea en ejecutar, con mil incomodidades, una obra, que tal vez arrastre el viento u oculte la niebla.

Y si alguien creyese retenerle por el cabello, espantarle o contenerle en parte, con la maledicencia, prevengo y digo a ese tal que el autor sabe también hablar mal, y que éste fue su primer arte, y que no honra a nadie en cualquier lugar del mundo en que la lengua toscana suena, aunque sirva a todo el que pueda llevar mejor capa que la suya.

Digitized by Google

Pero dejemos las murmuraciones a quienes les gusten y volvamos a nuestra materia a fin de no apurar nuestro tiempo en demasía. No se tengan en cuenta las palabras, ni cualquier monstruo que no sabe si vive aún. Calímaco sale y Siro, su familiar, le acompaña. Ellos dirán la trama. Atended todos y no esperéis otra discusión por ahora.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Calímaco, Siro

CALÍMACO. — Siro, no te vayas, que te necesito.

SIRO. — Heme aquí.

CALÍMACO. — Me parece que te maravilló mi inesperada partida de París y que ahora te asombra que lleve un mes aquí sin hacer nada.

SIRO. — Acertasteis.

CALÍMACO. — Si no te dije hasta ahora lo que voy a contarte, no fue porque desconfiase de ti, sino por creer que el hombre no debe referir más que a la fuerza las cosas que no quiere que se sepan. Como ahora necesito tus servicios, no te ocultaré nada.

SIRO. — Criado soy, y los que servimos no deben preguntar nunca a sus señores, ni escrutar sus actos, sino servirlos lealmente en cuanto dicen. Así lo he hecho y así lo haré.

CALÍMACO. — Lo sé, lo sé. Me habrás oído narrar mil veces, pero no importa que lo oigas una más, que contaba diez años cuando mis tutores, muer-

Digitized by Google

tos mi padre y mi madre, me enviaron a París, donde he pasado veinte años. Y como a los diez empezaron las guerras de Italia, arruinándola, con la entrada del rey Carlos, me propuse establecerme en París sin jamás repatriarme, convencido de que en aquella ciudad viviría más a salvo que aqui.

SIRO. — Así es, en efecto.

CALÍMACO. — Ordené que se vendiera toda mi hacienda, salvo la casa, y allí permanecí otros diez años en medio de una bonanza ilimitada...

SIRO. — Ya lo sé.

CALÍMACO. — ... distribuyendo mi tiempo entre los estudios, los placeres y los negocios. Me las componía de modo que una de esas cosas no estorbaba a las otras. Así, y de ello estás enterado, viví en paz ayudando a todos y sin ofender a nadie, hasta que me persuadí de que era grato a los burgueses, a los nobles, a los forasteros, a los labradores, a los pobres y a los ricos.

SIRO. — Ésa es la verdad.

CALÍMACO. — Pero a la fortuna se le antojó que era demasiada mi felicidad y envió a París un tal Camilo Calfucci.

SIRO. — Barrunto vuestro mal.

CALÍMACO. — Ése, como otros florentinos, era frecuente convidado mío. Un día, en nuestro razonar, nos pusimos a discutir si las mujeres eran más bellas en Italia que en Francia. Yo no podía disputar sobre las italianas, puesto que tan niño era cuando me fui de mi tierra; pero un florentino presente tomó el partido de las francesas y Camilo el de las italianas. Tras muchas pruebas

Digitized by Google

en pro y en contra, Camilo prorrumpió punto menos que encolerizado que, aunque todas las mujeres de Italia fuesen monstruos, una sola, pariente suya, bastaba a defender sus merecimientos.

SIRO. — Entiendo ya lo que os proponéis decirme.

CALÍMACO. — Mencionó a la señora Lucrecia, mujer del señor Nicias Calfucci, sobre cuya belleza y hábitos pronunció tantas alabanzas que dejó atónitos a algunos. Se encendió tanto mi deseo de conocerla, que, renunciando a mis demás propósitos, sin pensar si en Italia había paz o guerra, me vine aquí. A mi llegada comprobé que la fama de la señora Lucrecia, lo que rarísimas veces ocurre, es inferior a la verdad. En fin, que en mis deseos de estar con ella no tengo sosiego.

SIRO. — Os hubiera aconsejado, si me hubieseis hablado en París. Ahora no sé qué deciros.

CALÍMACO. — No te lo conté en busca de consejos, sino para desahogarme un poco y también para que te dispongas a ayudarme en caso de necesidad.

SIRO. — Dispuesto estoy a ello. Pero ¿qué esperanzas tenéis?

CALÍMACO. — ¡Ay de mí! Pocas o ninguna. Atiende bien. Mi primer obstáculo es su condición honesta y ajena por completo a los lances de amor; ser su marido rico, en todo sometido a ella, ni joven ni viejo; no tener parientes ni vecinos con los cuales concierte alguna fiesta, velada o cualquiera otra diversión con que suelen deleitarse las jóvenes. Además, en su casa no entra persona servil; no posee moza o criada que no le

Digitized by Google

tenga tanto miedo como respeto... En suma, no existe manera de intentar el soborno.

SIRO. — ¿Qué pensáis hacer?

CALÍMACO. — No hay que desesperar en las dificultades, porque todas tienen alguna solución, y aunque fuese débil y vana, la voluntad y el apetito del hombre por lograrla la muda y la hace parecer distinta.

SIRO. — ¿En qué, pues, confiáis?

CALÍMACO. — En dos cosas. Una es la candidez del señor Nicias, el cual, a pesar de su doctorado, es el hombre más necio y simplón de Florencia; la otra consiste en la ansiedad de ambos por tener prole. Seis años llevan casados sin lograr un hijo, y siendo riquísimos les consume el deseo de tenerlos. Una tercera es la condición asequible de su madre; pero es rica y no sé qué resolver.

SIRO. — ¿Habéis intentado algo?

CALÍMACO. — Sí, pero de poca monta.

SIRO. — ¿Qué?

CALÍMACO. — Conoces ya a Ligurio, que come de continuo conmigo. Antaño fue casamentero; después se dedicó a mendigar comidas y cenas. Es un hombre agradable y el señor Nicias tiene con él gran familiaridad. Ligurio le burla y, aunque no le siente a su mesa, le presta a veces dinero. He amistado con él comunicándole mi amor y me ha prometido ayudarme en cuerpo y alma.

SIRO. — Procurad que no os engañe; esos vividores no acostumbran ser leales.

CALÍMACO. — Tienes razón. Sin embargo, es de esperar que sea fiel cuando media una promesa. La mía consiste en una gruesa suma si tiene éxito;

Digitized by Google

si fracasa, recibe una comida y una cena, que de todas formas yo no consumiría solo.

SIRO. — ¿Qué ha prometido hacer por ahora?

CALÍMACO. — Que convencerá al señor Nicias de que vaya con su mujer a los baños en este mes de mayo.

SIRO. — ¿Y qué ganaréis con el viaje?

CALÍMACO. — ¿Que ganaré, dices? Tal vez el lugar cambie su humor, porque en esos sitios no hay más que festejos. Y yo iré allá, celebraré toda clase de esparcimientos que se me ocurran y no escatimaré el oro. Con ello espero hacerme amigo suyo y de su marido... ¿Qué sé yo? Todo nace de algo y el tiempo ayuda...

SIRO. — No me parece mal.

CALÍMACO. — Ligurio se separó de mí esta mañana con la promesa de que lo propondría al señor Nicias y me informaría.

SIRO. — Ahí están juntos.

CALÍMACO. — Me retiraré para tener tiempo de conversar con Ligurio cuando se separe del doctor. Tú entra en la casa y cuida de tus ocupaciones. Te avisaré si debo encargarte algo.

SIRO. — Me voy.

Digitized by Google

ESCENA SEGUNDA

Señor Nicias, Ligurio

NICIAS. — Tus consejos son buenos. Ayer por la tarde hablé con mi esposa. Prometió responderme hoy, pero te confieso que no lo veo con buenos ojos.

LIGURIO. — ¿Por qué?

NICIAS — Porque me voy a disgusto de la ciudad. Encima no me hace gracia tener que mudar a la mujer, las criadas y los avíos de la casa. Por si fuera poco, ayer tarde hablé con varios médicos. Uno me dice que vaya a San Filippo, otro a la Porretta, otro a la Villa... ¡Menudos avechuchos! Esos matasanos no saben lo que llevan entre manos.

LIGURIO. — Lo que os apura es lo que dijisteis en primer lugar, porque no estáis acostumbrado a perder la Cúpula [1] de vista.

NICIAS. — ¡Que va! ¡Te equivocas! Cuando era más joven fui muy correntón. No hubo feria en Prato que no me viese, ni existe castillo en los alrededores en que no haya estado. Más te diré: he estado en Pisa y en Liorna, ¡pardiez!

LIGURIO. — Habréis visto la verruga de Pisa.

NICIAS. — Querrás decir la Verrucola [2].

1. La de la catedral de Florencia, Santa María del Fiore, obra de Brunelleschi.
2. Municipio contiguo a Pisa.

Digitized by Google

LIGURIO. — ¡Ah, sí! La Verrucola... ¿Y visteis el mar en Liorna?

NICIAS. — ¡Claro que sí!

LIGURIO. — ¿Cuántas veces más grande es que el Arno?

NICIAS. — ¿Que el Arno? Cuatro veces, más de seis o de siete si me apuras... ¡No se ve más que agua, agua y agua!

LIGURIO. — Me sorprende que pongáis reparos a trasladaros a los baños habiendo recorrido tanta tierra.

NICIAS. — Hablas a la buena de Dios ¿Te parece poco trastornar toda la casa? Pero, ¡ay!, en mi deseo de tener hijos soy capaz de cualquier cosa. Consulta tú esos maestros y ve a dónde me aconsejan ir. Me encontrarás en compañía de mi mujer.

LIGURIO. — De acuerdo.

ESCENA TERCERA

Ligurio, Calímaco

LIGURIO. — Seguro estoy de que no se hallará en el orbe hombre más mentecato que éste y... ¡cuánto le ha mimado la suerte! Es rico y tiene mujer hermosa, discreta y bien educada, que puede gobernar un reino. Raras veces creo que se verifique en el matrimonio el adagio que dice: «Dios los cría y ellos se juntan». En efecto, a menudo

Digitized by Google

un hombre de prendas casa con una acémila y una mujer prudente con un orate. De la majadería de Nicias nace el bien de la esperanza de Calímaco. Aquí llega. ¡Eh, Calímaco! ¿Qué haces?

CALÍMACO. — Te vi con el doctor y aguardé a que te separaras de él para saber lo que convinisteis.

LIGURIO. — Ya le conoces. Es hombre de escasa prudencia y de menos ánimo. Se alejará de mala gana de Florencia. Pero le he calentado los cascos y está dispuesto a cualquier cosa. Creo que, al fin, lograremos nuestro propósito; no obstante, ignoro si se efectuará lo que te importa.

CALÍMACO. — ¿Por qué?

LIGURIO. — ¡Qué sé yo! A los baños va todo género de personas y bien pudiera ir a ellos un hombre que le gustara tanto la señora Lucrecia como a ti, que fuese más rico y más galán que tú. Se corre el peligro de tomarnos tanto trabajo en beneficio de otro y que el concurso de imprevistos la hagan más inaccesible, o que prefiera a otro que no seas tú.

CALÍMACO. — Bien dices, pero ¿qué haré? ¿Qué debo resolver? ¿A qué puedo recurrir? Lo intentaré todo, grande, peligroso, perjudicial o infame. Antes prefiero la muerte que vivir así. Si conciliase el sueño por la noche, si pudiera comer, sí me fuese posible departir, si algo me placiera, tendría paciencia y confiaría en el tiempo... Pero es inútil. Si no sostiene mi ilusión algún proyecto, moriré, y teniendo que morir, nada me arredrará y cometeré lo que sea, un hecho bestial, cruel y nefando.

Digitized by Google

LIGURIO. — ¡Alto, alto! Domina esa pasión impetuosa.

CALÍMACO. — Para dominarla me nutro de tales pensamientos. Pero es menester que alcancemos que vayan a los baños o que, entrando por otra vía, llegue a una esperanza, sea verdadera o falsa, con cuyo pensamiento se mitiguen en parte mis fervientes anhelos.

LIGURIO. — Te comprendo y a tu disposición me tienes.

CALÍMACO. — Presto estoy a creerlo, aun a sabiendas de que los de tu calaña viven de burlar a los hombres. Sin embargo, no seré yo de los burlados, porque si me engañaras y yo me dejase engañar, me desquitaría privándote de mi hospitalidad y de cuanto te he prometido.

LIGURIO. — Fía en mi lealtad, porque si no se cumpliera lo que presiento y espero, tu sangre es como la mía y deseo tanto como tú aplacar la pasión que te consume. Pero no insistamos sobre esto. El doctor me encargó que encontrara un médico y me entere por él de cuáles baños son los mejores. Atiende a lo que propongo. Fingirás haber estudiado medicina y haberla ejercido en París. Lo creerá fácilmente en su simpleza, sobre todo si tú, hombre instruido, le dices algo en gramática [1].

CALÍMACO. — ¿Qué ganaremos con eso?

LIGURIO. — Nos servirá para enviarle a los baños que elijamos y para llevar a cabo otras cosas que imagino, lo que sería más rápido, más seguro y más factible que lo primero.

1. En latín.

Digitized by Google

CALÍMACO. — ¿Qué dices?

LIGURIO. — Que si no dudas y en mí confías habré resuelto el negocio antes de que mañana se cumpla esta hora. Y aunque él fuera como no es, capaz de advertir si eres o no médico, la premura del tiempo y el propio asunto harán que no recapacite o que no evite nuestro designio aun cuando lo barruntase.

CALÍMACO. — Me devuelves la vida. Tu magnífica promesa me hinche de magnífica esperanza. ¿Qué te propones?

LIGURIO. — Ya lo sabrás. Por ahora será mejor que no te lo cuente, porque ha llegado el momento de obrar y no de hablar. Entra en tu casa y aguárdame en ella, mientras voy en busca del doctor. Si lo llevo a tu presencia, repara en lo que yo diga y acomódate a ello.

CALÍMACO. — Te obedeceré, si bien temo que la esperanza que me das se convertirá en humo.

Digitized by Google

Canción

después del primer acto

Quien no hace experiencia, Amor,
de tu gran poder, inútilmente espera
tener noción verdadera
de cuál es en el cielo el más alto valor,
ni sabe cómo en un punto se vive y se muere,
cómo se va tras el daño y el bien se esquiva,
cómo a sí mismo se ama
menos que a otro, cómo es fama
que duda y esperanza los corazones de fuerza priva;
y que a hombres y dioses, igualmente ignora,
espanta de tus armas la buidez aterradora.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO SEGUNDO

Escena primera

Ligurio, señor Nicias, Siro

Ligurio. — Nuevamente os digo mi convicción de que Dios le envió para que se cumplan vuestros deseos. Realizó prodigios en París. No os extrañe que no haya ejercido su profesión en Florencia; la razón de ello es primero su riqueza y segundo su regreso inminente a Francia.

Nicias. — Andemos con pies de plomo, hermano. No siquiera que me metiera en un zarzal y me abandonara entre las espinas.

Ligurio. — Temed únicamente que se niegue a aceptar vuestra cura. Si la admite, no renunciará a ella hasta haberle dado cumplimiento.

Nicias. — Esa parte dejo de tu cargo; de su ciencia me cuido yo, pues sabré si es hombre docto en cuanto hable. ¡No me hará tragar piedras de molino!

Ligurio. — Conociéndoos, os llevo a él para que le habléis. Después, si su presencia, sus conoci-

Digitized by Google

mientos o sus expresiones no os inspiran confianza, echádmelo en cara.

NICIAS. — ¡Convenido, en nombre del santo Ángel! ¿Dónde vive?

LIGURIO. — En esta misma plaza; en esa puerta que está en frente de vos.

NICIAS. — Sea en hora buena.

LIGURIO. — Ya estamos.

SIRO. — ¿Quién va?

LIGURIO. — ¿Está Calímaco?

SIRO. — Sí.

NICIAS. — ¿Por qué no dices maestro Calímaco?

LIGURIO. — No le importan esas tonterías.

NICIAS. — Hiciste mal en no decirlo. ¡Que él se aguante si no le agrada!

ESCENA SEGUNDA

Calímaco, señor Nicias, Ligurio

CALÍMACO. — ¿Quién me busca?

NICIAS. — *Bona dies, domine magister* [1].

CALÍMACO. — *Et vobis bona, domine doctor* [2].

LIGURIO. — ¿Qué os parece?

NICIAS. — Bien. ¡Al grano!

LIGURIO. — Hablad de modo que os entienda, si queréis que os acompañe. Si no, no pondremos nada en claro.

CALÍMACO. — ¿Qué de bueno os trae?

1. Buenos días, señor maestro.
2. Buenos los tengáis, señor doctor.

Digitized by Google

NICIAS. — ¡Qué sé yo! Intento dos cosas que otro quizá evitaría: molestar a mí y a los demás. Quisiera tener los hijos de que carezco; por culpa de ese deseo os importuno.

CALÍMACO. — Jamás me desagradó complacer a hombres como vos, buenos y virtuosos. No me esforcé tantos años en mis estudios en París más que para servir a quienes se os asemejan.

NICIAS. — Gran merced me hacéis, y muy gustoso os serviré cuando necesitéis de mi arte. Pero volvamos *ad rem nostram*[3]. ¿Pensasteis en qué baño será mejor para que mi mujer quede preñada? Sé que Ligurio os dijo lo que os dijo.

CALÍMACO. — Así es, en efecto. Pero es menester, para satisfacer vuestro deseo, que sepa las causas de la esterilidad de vuestra mujer, pues pueden ser varias. *Nam causæ sterilitatis sunt: aut in semine, aut in matrice, aut in strumentis seminariis, aut in virga, aut in causa extrinseca*[4].

NICIAS. — ¿Qué hombre puede compararse a este dignísimo varón?

CALÍMACO. — La esterilidad también pudiera proceder de vos, debido a la impotencia. En tal caso no tendría remedio.

NICIAS. — ¿Impotente? ¿Yo impotente? ¡Oh! ¡No me hagáis reír! No existe en Florencia hombre más rijoso ni más viril que yo.

CALÍMACO. — Siendo así, estad seguro de que hallaremos algún remedio.

3. Al asunto.
4. Pues las causas de la esterilidad residen en el semen, en la matriz, en los órganos seminales, en la verga o en circunstancias externas.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
Digitized by Google

NICIAS. — ¿No habría otro que los baños? Me irrita esa molestia, y mi mujer renunciará a Florencia muy a su pesar.

LIGURIO. — Lo hay, os lo aseguro. Calímaco exagera su respeto. ¿No me explicasteis que recetáis ciertos brebajes que producen inevitablemente el embarazo?

CALÍMACO. — Sí. Pero los callo ante los desconocidos para que no me tomen por un charlatán.

NICIAS. — No sospechéis de mí, porque me habéis asombrado tanto, que no hay nada que no creyese o no hiciese a una indicación vuestra.

LIGURIO. — Tendréis que examinar la orina.

CALÍMACO. — Sin duda; es preciso.

LIGURIO. — Llama a Siro. Acompañará al doctor a su casa mientras nosotros los esperamos aquí.

CALÍMACO. — Siro, ve con él. Si os agrada, señor, regresad inmediatamente y pensaremos lo más adecuado.

NICIAS. — ¿Cómo que si me agrada? Estoy de vuelta en un instante, que tengo más fe en vos que los húngaros en sus espadas.

ESCENA TERCERA

Señor Nicias, Siro

NICIAS. — Tu señor es un gran hombre.

SIRO. — Más de lo que imagináis.

NICIAS. — El rey de Francia debe de honrarle.

Digitized by Google

SIRO. — Mucho.

NICIAS. — Y por eso vivirá en Francia.

SIRO. — Así lo creo.

NICIAS. — Hace bien. En esta tierra no hay más que tacaños. No se aprecian las cualidades. Si viviese aquí, nadie le miraría de frente. Sé de qué hablo, porque me he ciscado en las curadurías para aprender un par de cosas. ¡Estaría listo, te lo juro, si hubiese de vivir de ellas!

SIRO. — ¿Ganáis cien ducados al año?

NICIAS. — ¡Ni cien liras, ni cien céntimos, pardiez! Quien no tiene bien en esta ciudad, no encuentra perro que le ladre. No servimos sino para asistir a funerales o a las reuniones de algún bragazas, o para estar todo el santo día comadreando en el banco del Procónsul. Pero yo no entro ni salgo, ni tengo necesidad de nadie... ¡Ojalá me imitasen los que están peor que yo! Pero no interpretes mis palabras como si me hiciera sudar algún impuesto o cualquier apuro legal.

SIRO. — No temáis.

NICIAS. — Estamos en casa. Espérame aquí, que vuelvo en seguida.

SIRO. — Os aguardo.

Digitized by Google

ESCENA CUARTA

Siro, solo

Si todos los doctores fuesen como éste haríamos un pan como unas hostias. ¡Ese bellaco de Ligurio y el loco de mi amo urden algo que le cubrirá de vergüenza! No me importaría, antes lo desearía, si no se supiera, porque, en cuanto se sepa, mi vida correrá peligro, así como la de mi señor y sus bienes. Ya se ha convertido en médico; no sé qué se propone ni qué fin tiene el engaño. He aquí al doctor con un original en la mano. ¡Qué risible es este pajarraco!

ESCENA QUINTA

Señor Nicias, Siro

NICIAS. — Todo lo hice a tu sabor, ¿no? Pues quiero que esto lo hagas al mío. Si hubiera sabido que no tendría hijos, me hubiera casado con una palurda. ¿Estás ahí, Siro? Ven conmigo. ¡Cuánto me ha costado que esa boba me diera esta muestra! Y no puede decirse que no le importen los críos, porque la preocupan más que a mí; pero en cuanto le propongo algo conducente a ello... ¡menudas historias!

Digitized by Google

SIRO. — Tened paciencia. A las mujeres se las convence con buenas palabras...

NICIAS. — ¿Con buenas palabras? ¡Mira cómo me ha puesto! Mojado estoy. Adelántate a decir al maestro y a Ligurio que ahora llego.

SIRO. — Acaban de salir a la plaza.

ESCENA SEXTA

Ligurio, Calímaco, señor Nicias

LIGURIO. — El doctor es fácil de persuadir; la dificultad está en su mujer. Pero la resolveremos.

CALÍMACO. — ¿Tenéis la muestra?

NICIAS. — Siro la trae.

CALÍMACO. — Dámela. ¡Ah! Este líquido evidencia debilidad de riñones.

NICIAS. — Se me antoja turbio, a pesar de que acabo de obtenerlo.

CALÍMACO. — No es sorprendente. *Nam mulieris urinæ sunt semper maioris grossitiei et albedinis et minoris pulchritudinis quam virorum. Huius autem, in cætera, causa est amplitudo canalium, mixtio eorum quæ ex matrice exeunt cum urina* [1].

NICIAS. — ¡Ah! ¡Oh! ¡Por San Jacobo! ¡Este hombre me deja boquiabierto! ¡Con qué soltura trata de estas cosas!

1. Pues la orina de las mujeres es siempre más espesa, blanquecina e imperfecta que la de los hombres. La causa de ello es, entre otras cosas, la anchura de los canales y la mezcla de los elementos que salen de la matriz al mismo tiempo que la orina.

Digitized by Google

CALÍMACO. — Presumo que vuestra esposa no se tapa bien de noche, y por ello orina duro.

NICIAS. — Se cubre siempre con una gruesa manta guateada, pero se pasa cuatro horas de rodillas, ensartando padrenuestros, antes de meterse en la cama, y así sufre el frío.

CALÍMACO. — En fin, doctor, de que tengáis fe en mí depende que os recete o no un remedio. Yo os lo ofrezco de corazón. Tomadlo, pues, si confiáis en mí. Os entregaré dos mil ducados si vuestra mujer no tiene, dentro de un año, un crío en los brazos.

NICIAS. — ¡Decid, decid! Dispuesto estoy a creeros con más entusiasmo que a mi confesor.

CALÍMACO. — Fijaos bien, por lo tanto, en que no hay manera más cierta de preñar a una mujer que darle un bebedizo hecho de mandrágora. En dos ocasiones lo experimenté con éxito. Por él la reina de Francia y muchísimas princesas de su reino no son estériles.

NICIAS. — ¿Es posible?

CALÍMACO. — Lo es, como os digo. La suerte ha permitido que trajera yo cuantos ingredientes entran en la pócima. Podéis tenerla en seguida.

NICIAS. — ¿Cuándo habrá de tomarla?

CALÍMACO. — Esta noche, después de cenar. La luna se halla en el cuadrante preciso y el tiempo no puede ser más adecuado.

NICIAS. — No es gran cosa. Recetadla y yo haré que la beba.

CALÍMACO. — Pero hay algo más... El primer hombre que tenga con ella comercio carnal, una vez

Digitized by Google

haya tomado el bebedizo, morirá a los ocho días sin que se pueda impedirlo.

NICIAS. — ¡Cáspita! Basta de palabrería, que tú no me la pegas. ¡Me habéis fastidiado!

CALÍMACO. — Callad, que tiene arreglo.

NICIAS. — ¿Cuál?

CALÍMACO. — Haced que duerma con ella, una noche entera, otro, el cual atraerá sobre sí la infección de la mandrágora. Después cohabitaréis con ella sin peligro.

NICIAS. — Me niego.

CALÍMACO. — ¿Por qué?

NICIAS. — Porque no quiero ni que mi mujer se amancebe, ni echar cuernos.

CALÍMACO. — ¿Sois vos el que habla, doctor? ¡Oh! Harto veo que no sois tan sabio como creía. ¿De modo que dudáis en hacer lo que ejecutaron el soberano de Francia y una turba de señores que le rodea?

NICIAS. — ¿Debo alegrarme de cometer esa necesidad? Ella no la aceptará si se la cuento; si callo la traiciono y seré reo ante el tribunal de los Ocho. No no; me resisto a caer en el mal.

CALÍMACO. — ¿Sólo os preocupa eso? Dejadlo de mi cuenta.

NICIAS. — ¿Qué haréis?

CALÍMACO. — Oídlo. Esta noche, luego de cenar, os entregaré la pócima, se la haréis beber y la pondréis inmediatamente en la cama, a eso de las cuatro horas de noche cerrada. Después, vos, Ligurio, Siro y yo, nos disfrazaremos y recorreremos el Mercado Nuevo y el Mercado Viejo, en busca de un mozancón desocupado. Le amordazaremos

Digitized by Google

y le conduciremos, al son de palos y a favor de la obscuridad, a vuestra casa y a vuestra alcoba; le meteremos en el lecho y le explicaremos qué debe hacer. No habrá ninguna dificultad. Por la mañana, antes de que amanezca, lo despediréis, ordenaréis a vuestra mujer que se lave y estaréis con ella a vuestro sabor y sin peligro.

NICIAS. — Me resigno, porque dices que el rey, los príncipes y los señores siguieron esta receta... Pero, te lo suplico, ¡que no se divulgue, por amor de los Ocho!

CALÍMACO. — ¿Quién va a contarlo?

NICIAS. — Queda un reparo, y de importancia.

CALÍMACO. — ¿Cuál?

NICIAS. — Convencer a mi mujercita. No creo que se resigne a ello jamás.

CALÍMACO. — Bien decís. Pero renunciaría yo a casarme si no lograse que me obedeciera.

LIGURIO. — He encontrado un recurso.

NICIAS. — Veamos.

LIGURIO. — Mediante el confesor.

CALÍMACO. — ¿Quién ablandará al confesor?

LIGURIO. — Tú, yo y el dinero, nuestra picardía, todos.

NICIAS. — Lo dudo, en especial porque yo le prohibí que hablase con él.

LIGURIO. — También se puede remediar eso.

CALÍMACO. — ¿Cómo?

LIGURIO. — Haciendo que hable con su madre.

NICIAS. — Sí, la obedece.

LIGURIO. — Sé que la madre opina como nosotros. ¡Ea, pues! Aviemos, que el tiempo apremia y la tarde se acaba. Vete, Calímaco, de paseo;

Digitized by Google

procura que dentro de dos horas te hallemos en tu casa con la poción elaborada. El doctor y yo iremos a apercibir a la madre, que es conocida mía, y luego visitaremos al fray, y te enteraremos de nuestras andanzas.

CALÍMACO. — ¡Ah! No me abandonéis.

LIGURIO. — ¿Qué dices? ¿Estás borracho?

CALIMACO. — ¿Dónde quieres que vaya?

LIGURIO. — Por aquí, por allá, a lo largo de esa calle o de la otra. ¡Florencia es muy grande!

CALÍMACO. — Muerto soy.



Digitized by Google

Canción

después del segundo acto

¡Cuán feliz es, según se ve,
el que nace sandio y todo lo cree!
La ambición no le hace infeliz,
ni le conmueve el temor,
que suelen ser la raíz
de enojo y de dolor.
Este vuestro doctor,
tener hijos deseando,
creería que los asnos van volando;
y con olvido de lo que hay en tierra y cielo,
en ese único afán ha puesto su anhelo.

Digitized by Google

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sóstrata, señor Nicias, Ligurio

SÓSTRATA. — Siempre oí decir que es de prudentes tomar el mejor partido de los malos que se ofrezcan. Aceptad ése si es el único medio de que tengáis hijos, con tal que no manche vuestra conciencia.

NICIAS. — No la mancha.

LIGURIO. — Id, pues, a reuniros con vuestra hija. El señor Nicias y yo iremos en busca de fray Timoteo, su confesor, y le referiremos el caso a fin de quitaros esa molestia. Ya sabréis lo que os dirá.

SÓSTRATA. — Así se hará. Ésa es vuestra calle. Yo convenceré a Lucrecia a toda costa de que hable con el fraile.

Digitized by Google

Escena segunda

Señor Nicias, Ligurio

Nicias. — Acaso te admire, Ligurio, que haya de menester tantos manejos para preparar a mi costilla; pero no te asombraría si estuvieses enterado de todo.

Ligurio. — Supongo que se deberá a que todas las mujeres son suspicaces.

Nicias. — No, no es eso. Era la persona más mansa y amable del mundo, hasta que una vecina le dijo que concebiría si hacía voto de oír cada mañana la primera misa de los Siervos. A ella acudió veinte días. Pero, finalmente, un frailuco comenzó a hacerle la rosca y desistió de volver. Apena que se porten así los que debieran dar buen ejemplo, ¿no?

Ligurio. — Os sobra razón.

Nicias. — Desde entonces está con las orejas tiesas como una liebre y opone mil dificultades a cuanto se le recomienda.

Ligurio. — Ya no me extraña vuestra conducta. Pero ¿cómo cumplió el voto?

Nicias. — Logró dispensa.

Ligurio. — Muy bien. Dadme veinticinco ducados, si por ventura los lleváis encima, porque es necesario en estos casos gastar para lograr sin dilación la amistad del fraile y darle esperanza de que conseguirá más.

Digitized by Google

NICIAS. — Tenlos. Eso no me preocupa. Los recuperaré en otra parte.

LIGURIO. — Los clérigos son solapados y astutos, lo cual se explica porque saben nuestros pecados y los suyos. El que no los conoce se engaña con facilidad e ignora cómo tratarlos. Por tanto, os ruego que no habléis. Los que son como vos y se queman las pestañas todo el día en el estudio, están al corriente de libros, pero no de las cosas de este mundo. (Este botarate sería capaz de dar al traste con todo.)

NICIAS. — ¿Qué debo hacer, según tú?

LIGURIO. — Yo me encargo de hablar. Vos callad hasta que os haga una seña.

NICIAS. — De acuerdo. ¿Qué seña me harás?

LIGURIO. — Os guiñaré un ojo, me morderé los labios... ¡Ah, no, no! Mejor será otra cosa. ¿Cuánto tiempo hace que no habéis dirigido la palabra al fray?

NICIAS. — Más de diez años.

LIGURIO. — ¡Hum! Está bien. Le contaré que os habéis quedado sordo. Vos no responderéis ni diréis esta lengua es mía hasta que levantemos la voz.

NICIAS. — Lo haré.

LIGURIO. — No os desconcierte si me oís decir algo que parezca en desacuerdo con lo que nos interesa, porque todo resultará conforme a nuestros propósitos.

NICIAS. — En buena hora.

Digitized by Google

ESCENA TERCERA

Fray Timoteo, Mujer

TIMOTEO. — Si os queréis confesar, estoy a vuestra disposición.

MUJER. — Hoy me es imposible, porque me esperan. Y me basta haberme desahogado un poco de pie. ¿Dijisteis las misas a Nuestra Señora?

TIMOTEO. — Sí.

MUJER. — Tomad este florín. Durante dos meses diréis cada lunes una misa por el alma de mi difunto marido. Fue un mal hombre, pero, ¡qué se le va hacer!, la carne tira y no oculto que me enternezco cuando me acuerdo de él. ¿Creéis que está en el purgatorio?

TIMOTEO. — ¡Indudablemente!

MUJER. — No sé... Vos estáis enterado de lo que me hacía a veces. ¡Oh! ¡Cuánto me quejé de ello con vos! Me separaba de él todo lo que podía, pero ¡era tan insistente! ¡Ay, Señor Dios nuestro!

TIMOTEO. — Confiad en la gran clemencia divina. Si el hombre tiene voluntad de arrepentirse, nunca le falta tiempo para ello.

MUJER. — ¿Os parece que el Turco invadirá Italia este año?

TIMOTEO. — Sí, si no rezáis.

MUJER. — ¡A fe que lo haré! ¡Dios nos ayude! ¡Qué diabluras! Me aterra morir empalada. Pero

Digitized by Google

veo en la iglesia una mujer que tiene unas madejas mías. Voy a abordarla. ¡Tened buen día!

TIMOTEO. — Quedad con Dios.

ESCENA CUARTA

Fray Timoteo, Ligurio, señor Nicias

TIMOTEO. — Las mujeres son las criaturas más caritativas y las más fastidiosas. Quien las evita se libra del hastío y pierde lo provechoso; quien las trata tiene lo provechoso y el hastío. Desde luego, está probado que no hay miel sin moscas. ¿Cómo? ¿Qué os trae aquí, hombres de pro? ¿No es éste el señor Nicias?

LIGURIO. — Hablad fuerte. Está tan sordo que no oye nada.

TIMOTEO. — ¡Bien habido, señor!

LIGURIO. — ¡Más alto!

TIMOTEO. — ¡¡Bien habido!!

NICIAS. — ¡Y bien hallado, padre!

TIMOTEO. — ¿Cómo os va?

NICIAS. — Muy bien.

LIGURIO. — Hablad conmigo, padre. Antes alborotaríais la ciudad que conseguiríais que os entienda.

TIMOTEO. — ¿En qué puedo serviros?

LIGURIO. — El señor Nicias y otro hombre de bien, del que luego haré mención, se proponen distribuir en limosnas centenares de ducados.

NICIAS. — ¡Demontres!

LIGURIO. — (¡Callaos enhoramala, que no son

Digitized by Google

tantos!) No os espantéis, padre, de lo que diga, porque muchas veces se le antoja que oye y responde despropósitos.

TIMOTEO. — Proseguid, proseguid. Diga él lo que quiera.

LIGURIO. — Soy portador de una parte de ese dinero. Pues bien; os han elegido por limosnero de él.

TIMOTEO. — Acepto de buen talante.

LIGURIO. — Pero antes de recibir la limosna, habréis de ayudarnos en algo ocurrido al señor. Sólo vos lo lograréis... En ello anda en juego el honor de su casa.

TIMOTEO. — ¿Qué es?

LIGURIO. — Ignoro si conocéis a Camilo Calfucci, sobrino del señor Nicias.

TIMOTEO. — Le conozco.

LIGURIO. — Pues el tal, por cuestión de sus negocios, estuvo un año ha en Francia. Habiendo muerto su mujer, dejó una hija suya casadera en un convento, cuyo nombre ahora no hace al caso...

TIMOTEO. — ¿Y bien?

LIGURIO. — Pues, por descuido de las monjas o por lo atolondrado de la joven, está preñada de cuatro meses. Si no se enmienda el desaguisado con prudencia, el doctor, las monjas, la moza, Camilo y el linaje de los Calfucci se cubrirán de oprobio. El doctor ha tomado la deshonra tan a pecho, que ha pronunciado voto de que donará trescientos ducados por amor de Dios si no se divulga.

NICIAS. — ¡Menuda broma!

LIGURIO. — (¡Callad!) Los distribuirá por vues-

Digitized by Google

tra mano. Únicamente vos y la abadesa podéis componerlo.

Timoteo. — ¿Cómo?

Ligurio. — Persuadiendo a la abadesa de que entregue a la muchacha una pócima que la haga malparir.

Timoteo. — ¡Ejem! Habrá que meditarlo.

Ligurio. — Reparad en cuántos bienes resultarán de ello: vos defenderéis la buena fama del convento, de la muchacha, de los parientes; devolveréis una hija al padre, contentaréis a este señor y a sus parientes, y haréis todas las limosnas que suponen los trescientos ducados. Por otra parte, en suma, sólo injuriaréis a un trozo de carne nonata, sin sentidos, que se expone a perecer de mil modos. Yo creo que es bien aquello que beneficia a los más y les da contento.

Timoteo. — Sea en nombre de Dios. Hágase lo que queréis. Por Dios y por amor al prójimo se hace cualquier cosa. Nombradme el convento, dadme el brebaje y entregadme, si os place, el dinero con que pueda empezar las buenas obras.

Ligurio. — Sois como imaginaba. Tened estos ducados. El convento es... Pero aguardad, que en la iglesia una mujer me hace señas. En seguida soy con vos. No os separéis del señor Nicias, mientras le digo dos palabras.

Digitized by Google

ESCENA QUINTA

Fray Timoteo, señor Nicias

TIMOTEO. — ¿Qué edad tiene la joven?

NICIAS. — Yo me espanto.

TIMOTEO. — Decidme: ¿qué edad tiene la joven?

NICIAS. — ¡El diablo se lo lleve!

TIMOTEO. — ¿Por qué?

NICIAS. — Para que escarmiente.

TIMOTEO. — Menudo apuro. Andan en juego un insensato y un sordo; uno me esquiva y otro no oye. Pero yo saldré mejor librado que ellos. Ligurio vuelve.

ESCENA SEXTA

Ligurio, Timoteo señor Nicias

LIGURIO. — Tranquilizaos, señores. ¡Ah! ¡Buenas nuevas traigo, padre!

TIMOTEO. — ¿Cuáles?

LIGURIO. — Esa mujer con que hablé me ha comunicado que la muchacha ha perdido el hijo.

TIMOTEO. — ¡Bravo! Entregaré la limosna al magistrado de las gabelas.

LIGURIO. — Pero, ¿qué decís?

TIMOTEO. — Digo que con tanta mayor razón debéis distribuir esa limosna.

Digitized by Google

LIGURIO. — Vos os encargaréis de ello; pero es menester que hagáis algo más en beneficio del doctor.

TIMOTEO. — ¿Qué?

LIGURIO. — Una cosa, una cosita de menor importancia y de menos escándalo, más agradable para nosotros y más útil para vos.

TIMOTEO. — Veamos cuál es. Estoy en tales términos con vos y os he tomado tal apego, que me dispongo a serviros en todo.

LIGURIO. — En la iglesia os lo diré. Hablaremos vos y yo, y el doctor tendrá la bondad de esperarnos aquí. Volvemos al punto.

NICIAS. — ¡Dijo el escuerzo al rastrillo!

TIMOTEO. — Vamos.

ESCENA SÉPTIMA

Señor Nicias, solo

¿Es de día, o de noche? ¿Duermo, o estoy despierto? ¿Borracho sin haber catado aún una gota de vino? ¿Por qué soporto estos dimes y diretes? Convinimos contar una cosa a Timoteo y le dice otra; insistió en que me fingiera sordo y mejor hubiese sido que me embrease las orejas como el Danés [1] para no oír sus locuras... ¡que Dios sabe cuál propósito tienen! Me encuentro con veinticinco ducados menos y de mi negocio no se ha

1. Ogier el Danés, personaje de los poemas caballerescos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Digitized by Google

tratado, y encima me dejan plantado como una estaca. Pero ya regresan... ¡Mal año para ellos si no han discutido de lo que me importa!

Escena octava

Timoteo, Ligurio, señor Nicias

Timoteo. — Conseguid que las mujeres vengan y yo haré lo necesario. Si de algo vale mi autoridad, esta noche se resolverá ese emparentamiento.

Ligurio. — Señor Nicias, fray Timoteo nos ayudará en todo. Hay que lograr que las mujeres acudan.

Nicias. — Me devuelves la vida. ¿Será varón?

Ligurio. — Varón será.

Nicias. — Lloro de enternecimiento.

Timoteo. — Id a la iglesia. Yo esperaré a las mujeres. Procurad que no os vean. Os comunicaré lo que dijeron una vez se hayan ido.

Escena novena

Timoteo, solo

Ignoro quién habrá juntado a ese par. Ese pecador de Ligurio acudió a mí con la primera maquinación para tentarme; si no hubiera yo consentido en ello, hubiese callado ésta, la segunda,

Digitized by Google

a fin de evitar exponer sus propósitos sin fruto alguno y despreocupándose de la falsa. Verdad es que me engañó; sin embargo, el engaño me aprovecha. El señor Nicias y Calímaco son ricos y puede obtenerse muchos de ambos por diferentes motivos. Preferible es mantener secreto el asunto, lo que importa tanto a ellos como a mí. Sea lo que fuere, no me arrepiento. Ciertamente, tendré alguna dificultad, debido a la discreción y honestidad de mi señora Lucrecia; pero yo la embaucaré por el lado de su bondad. Las mujeres tienen poco seso. En cuanto una sabe pronunciar dos palabras, se jacta de ello, porque en tierra de ciegos es rey el tuerto. Hela aquí con su madre, que es una zopenca y me será muy útil para guiarla a la consecución de mis deseos.

Escena décima

Sóstrata, Lucrecia

Sóstrata. — Espero, hija mía, que creerás que me importa tu honra más que nada en el mundo y que yo no te aconsejaría algo deshonesto. Te dije y te repito que hagas sin reparo lo que fray Timoteo asegure que no atenta contra tu conciencia.

Lucrecia. — Siempre temí que nos harían cometer algo reprobable los afanes del señor Nicias por tener hijos. Por ello, cuando me cuenta algún proyecto, barrunto y me suspendo, principalmen-

Digitized by Google

te desde que me aconteció lo que vos sabéis por haber frecuentado los Siervos. Pero de cuanto se intentó me parece esto lo más singular, no sólo porque deba someter mi cuerpo a tal ultraje, sino porque un hombre haya de morir por mancillarme así. No creería que me fuese lícito ese partido, aunque fuera la única mujer superviviente en el mundo y de mí hubiera de proceder toda la humanidad.

SÓSTRATA. — A eso no puedo replicar, hijita mía. Habla con el fraile, ve lo que te dice y haz luego lo que te aconseje tanto él, como nosotros y cuantos bien te queremos.

LUCRECIA. — Sudo de congoja.

ESCENA UNDÉCIMA

Timoteo, Lucrecia, Sóstrata

TIMOTEO. — ¡Os doy la bienvenida! Sé lo que de mí esperáis, porque de ello me habló el señor Nicias. Más de dos horas, en verdad, he estado consultando los libros sobre este caso, y a fuerza de exámenes he encontrado muchas cosas que nos apoyan en particular y en general.

LUCRECIA. — ¿Habláis en serio, u os chanceáis?

TIMOTEO. — ¡Ah, señora Lucrecia! ¿Éstas son cosas de broma? ¿Tan mal me conocéis?

LUCRECIA. — No, padre, no; pero jamás se supo de algo tan singular.

TIMOTEO. — Señora, comprendo que os asom-

Digitized by Google

bre, pero os desengañaré. Muchas hechos aparentan de lejos ser terribles, insoportables e inauditos, y cuando te acercas a mirarlos se hacen asequibles, soportables y vulgares. Por ello se asevera que son mayores los sustos que los males, y en ese caso estamos.

LUCRECIA. — ¡Dios lo quiera!

TIMOTEO. — Volvamos, pues, a mis primeras palabras. En cuanto a la conciencia, debéis seguir la opinión de que donde hay un bien cierto y un mal incierto no se renunciará al bien por temor al mal. El bien cierto presente es que engendraréis, adquiriendo un alma para el Señor; el mal incierto consiste en que muera quien yazga con vos después de trasegar el brebaje; pero algunos no mueren. Lo dudoso del caso obliga a evitar que el señor Nicias corra ese peligro. En lo tocante al acto, es patraña que sea pecado, porque peca la voluntad, no el cuerpo. Pecado es disgustar al marido y vos le complaceréis; habrá placer donde vos os desplaceréis. Otrosí, en todo se ha de considerar el fin: el vuestro es llenar un asiento en el paraíso y contentar a vuestro esposo. Narra la Biblia que las hijas de Lot, creyéndose únicas en el mundo, tuvieron comercio carnal con su padre, y no pecaron porque su intención era buena.

LUCRECIA. — ¿De qué intentáis convencerme?

SÓSTRATA. — Dejad que os persuada, hija. ¿No comprendes que la mujer sin hijos carece de casa? Muera su marido y quedará como un animal, al albedrío de todos.

TIMOTEO. — Por mi pecho, señora, os juro que tanto peligro hay en obedecer en esto a vuestro

Digitized by Google

marido como en comer carne el miércoles, pecado que se limpia con agua bendita.

LUCRECIA. — ¿A qué me inducís?

TIMOTEO. — Os oriento a lo que no os impedirá que recéis a Dios por mí, y ya me contaréis vuestra satisfacción dentro de un año.

SÓSTRATA. — Ella hará lo que queréis. Yo misma la meteré en cama esta noche. ¿Qué temes, bobalicona? En esta ciudad hay más de cincuenta mujeres que levantarían las manos al cielo en acción de gracias.

LUCRECIA. — Consiento; pero no creo que viva mañana por la mañana.

TIMOTEO. — No dudes de ello, hija mía. Pediré a Dios por ti, rezaré la oración del ángel Rafael para que te acompañe. Ve en paz y disponte a ese misterio, que anochece.

SÓSTRATA. — Quedad con Dios, padre.

LUCRECIA. — Él me ayude... ¡Haga Nuestra Señora que yo no acabe mal!

ESCENA DUODÉCIMA

Timoteo, Ligurio, señor Nicias

TIMOTEO. — ¡Hola, Ligurio! Salid presto.

LIGURIO. — ¿Cómo fue?

TIMOTEO. — Bien. A casa se fueron dispuestas a todo. No habrá dificultades, porque su madre irá con ella y la pondrá en el lecho.

NICIAS. — ¿De veras?

Digitized by Google

TIMOTEO. — ¿Cómo? ¡Habéis curado de la sordera!

LIGURIO. — Por la gracia de san Clemente.

TIMOTEO. — Dedicad algún dinero a una imagen para que yo gane eso con vos.

NICIAS. — Bueno, sea. ¿Pondrá dificultades mi mujer a lo que yo deseo?

TIMOTEO. — Os digo que no.

NICIAS. — Soy el hombre más contento del mundo.

TIMOTEO. — Lo creo. ¡Tendréis un varoncillo! ¡Fastídiense los demás!

LIGURIO. — Haced vuestras oraciones, hermano. Os buscaremos si os necesitamos. Vos, señor, id junto a ella para mantenerla firme en este pensamiento, mientras yo pido la pócima al maestro Calímaco. Procurad verme dentro de una hora y concertaremos lo que se hará.

NICIAS. — Bien dices. ¡Adiós!

TIMOTEO. — ¡Id en paz!

Digitized by Google

Canción

después del tercer acto

Tan suave es el engañar
al fin conducente, caro e imaginado,
que a otro libra de desear
y da dulzura al paladar amargado.
Oh, remedio alto e inusitado,
tú la vía recta muestras a los espíritus vagarosos;
tú, con tu gran valor,
haciendo a uno feliz, enriqueces el Amor;
tú vences, sólo con tus consejos preciosos,
piedras, tósigos y encantos misteriosos.

Digitized by Google

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Calímaco, solo

Quisiera saber lo que ésos han hecho. ¿No volveré a ver a Ligurio? ¡La eternidad me rodea desde que se fueron! ¡La angustia y la zozobra me consumieron y me consumen aún! En verdad, la fortuna y la naturaleza se equilibran; jamás ocurre un bien al que un mal no se oponga. Al paso que creció mi esperanza, mi temor se fomentó. ¡Mísero de mí! ¿Cómo se puede que viva yo en tantos afanes y me perturben estos temores y estas ilusiones? Soy bajel sacudido por vientos contrarios, cuyo miedo acrecienta la proximidad del puerto. La necesidad del señor Nicias me da ánimos; la discreción y aspereza de Lucrecia me los quita. ¡Ay de mí! ¡No hallo sosiego en parte alguna! A veces intento domeñarme, reprendiéndome por esta pasión mía, y me digo: «¿Qué haces, desdichado? ¿Enloqueciste? ¿Y qué si la logras? Comprenderás tu error y te arrepentirás de tus trabajos y de los pensamientos que alimentaste. ¿Acaso

Digitized by Google

ignoras cuánta diferencia existe entre lo que el hombre imagina en sus deseos y lo que encuentra en realidad? Y asimismo te arriesgas a morir e ir al infierno. ¡Cuántos murieron! ¡Cuántos hombres de bien se condenaron al fuego eterno! Encárate con la suerte y evita el mal; y si no puedes evitarlo, sopórtalo como un hombre. No te humilles, no te envilezcas como una mujerzuela.» Así lo haría de buen grado; mas poco dura este talante, porque me acomete un deseo tan avasallador, tan total, de estar una sola vez con ella, que me siento alterado desde la planta de los pies a la cabeza: me tiemblan las piernas, mis entrañas se estremecen, el corazón se me desarraiga del pecho, los brazos se me debilitan, la lengua enmudece, los ojos se alucinan y el cerebro se trastoca. Pudiera desfogarme si encontrara a Ligurio. Mas helo que viene rápidamente. Lo que me refiera me concederá un poco de vida o me matará al punto.

Escena segunda

Ligurio, Calímaco

Ligurio. — Nunca ansié tanto encontrar a Calímaco y nunca pené tanto por hallarle. Le hubiera topado en seguida si fuera portador de malas noticias. He estado en su casa, en el Mercado, en la Plaza, en el Pancone de los Spini y en la Loggia de los Tornaquinci sin encontrarle. Los enamorados tienen mercurio en los pies y no pueden estarse quietos.

Digitized by Google




Digitized by Google

CALÍMACO. — ¿Qué hago que no le llamo? Parece como si viniera alegre. ¡Chist, Ligurio! ¡Eh, Ligurio!

LIGURIO. — ¡Oh, Calímaco! ¿Dónde estuviste?

CALÍMACO. — ¿Qué nuevas traes?

LIGURIO. — Buenas.

CALÍMACO. — ¿Buenas de verdad?

LIGURIO. — Óptimas.

CALÍMACO. — ¿Consintió Lucrecia?

LIGURIO. — Sí.

CALÍMACO. — ¿Timoteo cumplió su cometido?

LIGURIO. — Lo cumplió.

CALÍMACO. — ¡Oh, hombre bendito! Rezaré a Dios por él el resto de mi vida.

LIGURIO. — ¡Bah! Como si Dios premiase el mal... Ése no busca precisamente oraciones.

CALÍMACO. — ¿Qué quiere?

LIGURIO. — ¡Dinero!

CALÍMACO. — Lo tendrá. ¿Cuánto le prometiste?

LIGURIO. — Trescientos ducados.

CALÍMACO. — Hiciste bien.

LIGURIO. — El doctor desembolsó veinticinco.

CALÍMACO. — ¿Cómo?

LIGURIO. — Bástete saber que los pagó.

CALÍMACO. — ¿Qué hizo la madre de Lucrecia?

LIGURIO. — Casi todo. Sabiendo que su hija podría gozar de tan buena noche sin pecar, no se cansó de suplicar, ordenar y consolarla hasta que la llevó a Timoteo, y obró entonces de modo que la joven consintió.

CALÍMACO. — ¡Oh, Dios mío! ¿A qué méritos debo tantos bienes? Muero de alegría.

LIGURIO. — ¡Singular individuo! No lo entien-

Digitized by Google

do: o por alegría o por dolor, de cualquier modo se muere. ¿Has ordenado la pócima?

CALÍMACO. — Sí.

LIGURIO. — ¿Qué le mandarás?

CALÍMACO. — Un vaso de hipocrás, que conforta el estómago y achispa el cerebro... ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Ay! ¡Estoy perdido!

LIGURIO. — ¿Qué tienes? ¿Por qué?

CALÍMACO. — Y no hay remedio.

LIGURIO. — ¿Qué diantres ocurre?

CALÍMACO. — No pensamos en ello. Ardo como un horno...

LIGURIO. — ¿Por qué? Dilo al fin. Retira las manos de la cara.

CALÍMACO. — ¿No fuiste tú el que dijo al señor Nicias que tú, él, Siro y yo prenderemos a uno para acostarle junto a su mujer?

LIGURIO. — ¿Qué importa?

CALÍMACO. — ¿Cómo? ¿Qué importa? Si voy con vosotros, no podré ser el prendido; si no estoy a vuestro lado, el doctor descubrirá el engaño.

LIGURIO. — Tienes razón, pero habrá remedio...

CALÍMACO. — No lo habrá, por desdicha.

LIGURIO. — Sí, lo hay.

CALÍMACO. — ¿Cuál?

LIGURIO. — Tengo que meditarlo un poco.

CALÍMACO. — ¡Listo estoy si debes pensarlo ahora!

LIGURIO. — Ya di con ello.

CALÍMACO. — ¿Qué es?

LIGURIO. — Lograré que Timoteo, puesto que nos ayudó hasta aquí, haga el resto.

CALÍMACO. — ¿De qué modo?

Digitized by Google

LIGURIO. — Todos nos disfrazaremos. Haré que Timoteo mude la voz, el semblante y la indumentaria; luego diré al doctor que eres tú y lo creerá.

CALÍMACO. — Me gusta: pero, ¿y yo?

LIGURIO. — Supón que te pones unos harapos y que vas, con un laúd en la mano, cantando hacia su casa.

CALÍMACO. — ¿Con la faz descubierta?

LIGURIO. — Sí, porque sospecharía si llevases un antifaz.

CALÍMACO. — Me reconocerá.

LIGURIO. — No, si como quiero, tuerces la cara, abres, apuntas o recoges los labios, y cierras un ojo. Anda, pruébalo.

CALÍMACO. — ¿Así?

LIGURIO. — No.

CALÍMACO. — ¿Y así?

LIGURIO. — No basta.

CALÍMACO. — ¿Y de este modo?

LIGURIO. — Sí, sí; recuerda ese visaje. En casa tengo una nariz postiza que te pondrás.

CALÍMACO. — ¿Y después?

LIGURIO. — Cuando llegues, nos encontrarás en la esquina; te quitaremos el laúd, te prenderemos, te rodearemos, te entraremos en la casa y te meteremos en el lecho. ¡Del resto te encargas tú!

CALÍMACO. — ¡La cuestión es portarse bien!

LIGURIO. — De ti depente. Y el hecho de que puedas volver será obra tuya, no nuestra.

CALÍMACO. — ¿Cómo?

LIGURIO. — Gánala esta noche. Antes de irte te das a conocer, le revelas el engaño y el amor que

Digitized by Google

le tienes, y cuánto bien le deseas; y que puede ser tu amante sin infamia y enemiga tuya con gran deshonra de su parte. Es imposible que no convenga contigo y que quiera que esta noche sea única.

CALÍMACO. — ¿Lo crees así?

LIGURIO. — Estoy seguro. No perdamos más tiempo. Ya son las dos. Llama a Siro para que lleve la pócima al señor Nicias y aguárdame en casa. Voy en busca de Timoteo; le haré disfrazar, le traeré aquí, encontraremos al doctor y ejecutaremos lo preciso.

CALÍMACO. — ¡Bien dices! Vete inmediatamente.

ESCENA TERCERA

Calímaco, Siro

CALÍMACO. — ¡Hola, Siro!

SIRO. — Señor.

CALÍMACO. — Ven aquí.

SIRO. — Aquí me tiene.

CALÍMACO. — Coge la copa de plata que hay en el armario, cúbrela con una tela y tráemela sin derramar nada por el camino.

SIRO. — En seguida, señor.

CALÍMACO. — Diez años hace que me sirve y siempre con fidelidad. Creo que en este caso también puedo depositar mi confianza en él. Bien que no le haya comunicado la trama, el muy pícaro la adivina y veo que se acomoda a ella.

Digitized by Google

SIRO. — Tened.

CALÍMACO. — Está bien. Llévala a casa del señor Nicias y dile que ésta es la medicina que ha de tomar su mujer inmediatamente después de la cena. Cuanto antes cene, tanto mejor. También la informas de que estaremos a sus órdenes en la esquina en el momento convenido. Apúrate.

SIRO. — Me voy.

CALÍMACO. — Oye otra cosa. Si quiere que le esperes, le aguardas y vienes con él; si no quiere, vuelve a mi lado, cuando hayas cumplido el recado.

SIRO. — Sí, señor.

ESCENA CUARTA

Calímaco, solo

Esperaré que Ligurio regrese con el fraile. Bien dice el que asegura que quien espera se desespera. Cada hora que transcurre pierdo diez libras, pensando donde estoy en este instante y dónde podré estar dentro de dos horas, temeroso de que ocurra algo que estorbe mi propósito. Si así fuere, representaría ésta la última noche de mi vida, porque me arrojaría al Arno, o me ahorcaría, o me defenestraría o me mataría de una puñalada en su puerta. Haría, en suma, cualquier cosa por no seguir viviendo. Pero ¿veo a Ligurio? ¡Él es! Le acompaña uno que parece corcovado y cojitranco. Será Timoteo disfrazado. ¡Oh, frailes! Conocido

Digitized by Google

uno, conocidos todos. ¿Quién les aborda? Creo que es Siro, que ya habrá entregado el recado al doctor. Sí, lo es. Me quedaré aquí para encontrarme con ellos.

Escena quinta

Siro, Ligurio, Timoteo disfrazado, *Calímaco*

SIRO. — ¿Quién va contigo, Ligurio?

LIGURIO. — Un hombre de bien.

SIRO. — ¿Es cojo, o me engaña la vista?

LIGURIO. — ¡Ten respeto!

SIRO. — ¡Oh! ¡Tiene cara de bellaco!

LIGURIO. — ¡Tate! ¡Calla, que nos enfadas! ¿Dónde está Calímaco?

CALÍMACO. — A tu lado. ¡Sed bien venidos!

LIGURIO. — ¡Oh, Calímaco! Regaña a este insensato de Siro; ha proferido mil locuras.

CALÍMACO. — Oye, Siro. Esta noche harás todo lo que diga Ligurio, y piensa cuando te mande que soy yo. Cuanto veas, oigas o palpes, mantendrás muy secreto, si en algo estimas mi hacienda, mi honor y mi vida, así como tu bien y seguridad.

SIRO. — Lo haré.

CALÍMACO. — ¿Diste la copa al doctor?

SIRO. — Sí, señor.

CALÍMACO. — ¿Qué dijo?

SIRO. — Que se cuidará de todo.

TIMOTEO. — ¿Es éste Calímaco?

CALÍMACO. — Lo soy para lo que mandéis. Fir-

Digitized by Google

mes están las ofertas entre nosotros; disponed de mí y de mi fortuna como si fuéramos vuestros.

TIMOTEO. — Lo sé y lo creo, y haré por ti lo que no hiciera por ninguna criatura de este mundo.

CALÍMACO. — No lo lamentaréis.

TIMOTEO. — Me basta con que me aprecies.

LIGURIO. — Prescindamos de ceremonias. Siro y yo iremos a disfrazarnos. Calímaco, ven con nosotros para prepararte a lo que te corresponde. El hermano nos esperará. Seremos en seguida con él e iremos a buscar al señor Nicias.

CALÍMACO. — Bien dijiste. Partamos.

TIMOTEO. — Aquí me hallaréis.

ESCENA SEXTA

Timoteo, solo y disfrazado

Aciertan quienes afirman que las malas compañías llevan los hombres a la horca, y suele acontecer que se acaba mal tanto por tener el carácter blando y sobremanera bueno, como por ser perverso. Dios sabe que no pensaba yo en dañar a nadie, que estaba en mi celda, cuidábame de los oficios divinos y conversaba con mis feligreses; pero abórdame ese diablo de Ligurio, me hace poner el dedo en un pecado... y de ello paso a meter todo el brazo y toda mi persona, e ignoro aún cómo acabaré. Empero, me consuela la idea de que, cuando algo importa a muchos, muchos

Digitized by Google

han de ser los que atiendan a ello. Ahí regresan Ligurio y el criado.

Escena séptima

Timoteo, Ligurio, Siro

Timoteo. — ¡En paz volváis!

Ligurio. — ¿Estamos bien?

Timoteo. — A pedir de boca.

Ligurio. — Falta el doctor. Encaminémonos a su casa. ¡Pronto, que son más de las tres!

Siro. — ¿Quién abre la puerta? ¿El fámulo?

Ligurio. — No; es él. ¡Ja, ja, ja!

Siro. — ¿Te ríes?

Ligurio. — ¿Quién no reiría? Lleva un sayo que no le tapa el trasero. ¿Qué demontres se ha puesto en la cabeza? A fe que parece un canónigo trasnochado y encima un matasiete. ¡Ja, ja! Y masculla no sé qué. Apartémonos y oiremos alguna calamidad de su mujer.

Escena octava

Señor Nicias, disfrazado

¡Cuántos dengues ha hecho esa botarate! Despachó las criadas a casa de su madre y al fámulo envió a la quinta. Le alabo eso; pero desapruebo

Digitized by Google

cordialmente los ascos y escrúpulos que ha derrochado antes de acostarse: «¡No quiero!... ¿Qué será de mí?... ¿Qué crimen me obligáis a cometer?... ¡Ay de mí! ¡Ay, madre mía!» Y no se hubiera metido en la cama si la suegra no la engatusa. ¡El diablo se la lleve! Me gustan las mujeres melindrosas, pero no tanto. ¡Casi nos vuelve locos esa mojigata! A quien dijera: «¡Sea ahorcada la mujer más discreta de Florencia», le replicaría: «¿Qué te he hecho yo?» En fin, que lo hecho hecho está, y puedo decir como cualquier quídam: «¡Ahí me las den todas!» ¿Qué bien estoy, sin embargo! ¿Quién me reconocería? Parezco mayor, más joven, más desembarazado; y no hay mujer que me sacase dinero por su amor. ¿Dónde estarán ésos?

Escena novena

Ligurio, señor Nicias, Timoteo, Siro

Ligurio. — Buenas noches, señor.

Nicias. — ¡Oh! ¡Huy, huy!

Ligurio. — No os espantéis, que nosotros somos.

Nicias. — ¡Ah! ¿Estáis todos aquí! ¡Si no os llego a reconocer, suerte tuvisteis de ello, os hubiera pasado el pecho con este estoque! ¿Eres tú Ligurio? ¿Y tú Siro? ¿Y el de allá el maestro? ¡Ah!

Ligurio. — Sí, señor.

Digitized by Google

NICIAS. — ¡Toma! ¡Cáspita! Tan bien se disfrazó que no le reconocería Ven-acá-tú [1].

LIGURIO. — Le mandé que se pusiera dos nueces en la boca para que no le delate su voz.

NICIAS. — Eres un necio.

LIGURIO. — ¿Por qué?

NICIAS. — ¿Por qué no me avisaste? También me hubiera metido dos en la mía. Harto sabes que me importa que no me conozcan por la parla.

LIGURIO. — Coged, meteos esto en ella.

NICIAS. — ¿Qué es?

LIGURIO. — Una bola de cera.

NICIAS. — Daca... ¡Oh! ¡Ah! ¡Uf!... ¡En la picota te veas, bribón!

LIGURIO. — Perdonad. Os di una equivocada sin percatarme de ello.

NICIAS. — ¡Ah! ¡Uf!... ¿Qué?... ¿De qué era?

LIGURIO. — De áloe [2].

NICIAS. — ¡Mal hayas! ¡Uf, uf!... ¿Vos no decís nada, maestro?

TIMOTEO. — Ligurio me ha enfadado.

NICIAS. — ¡Oh! ¡Qué bien desfiguráis la voz!

LIGURIO. — No perdamos más tiempo. Yo seré el capitán que dirigirá el ejército en la batalla. Calímaco mandará el ala derecha, yo la izquierda, el doctor estará entre ambas y Siro andará en la retaguardia a fin de auxiliar la tropa que flaquee. El santo y seña será san Cucú [3].

NICIAS. — ¿Qué santo es ése?

1. En el original *Va'qua-tu,* carcelero famoso y proverbial.
2. El áloe tiene un sabor sumamente amargo.
3. Cornudo.

Digitized by Google

Ligurio. — El más venerado en Francia. ¡Ea, aprestémonos! Nos emboscaremos en esa esquina... Atended: oigo un laúd.

Nicias. — En efecto. ¿Qué haremos?

Ligurio. — Enviaremos un espía a explorar y haremos lo que convenga según sean sus informes.

Nicias. — ¿Quién será el explorador?

Ligurio. — Despacha, Siro. Sabes lo que has de hacer. Considera, examina, vuelve pronto y refiere.

Siro. — Voyme.

Nicias. — ¡Ojalá no tomemos el rábano por las hojas y sea un viejo débil o enfermizo, y mañana por la noche tengamos que repetir esta operación!

Ligurio. — Tened esperanza, que Siro es un lince. Ya está junto a nosotros. ¿Qué averiguaste, Siro?

Siro. — ¡Es el más hermoso galán que podáis desear! No frisa en los veinticinco años y llega solo, tocando el laúd.

Nicias. — A propósito viene, si dices verdad. Repara en que te echaríamos la culpa entera del fracaso.

Siro. — Es como os dije.

Ligurio. — Esperemos a que se asome a esta esquina y nos echaremos sobre él.

Nicias. — Acercaos a mí, maestro, porque me parecéis hombre de fuste. Helo aquí.

Calímaco *(cantando)*. —

Así el diablo ocupe tu lecho,
ya que yo no puedo ocuparlo.

Digitized by Google

LIGURIO. — ¡Tente quieto! Entrégame ese laúd.

CALÍMACO. — ¡Ay de mí! ¿Qué mal os hice?

NICIAS. — Ya lo sabrás. ¡Tápale la cabeza, amordázale!

LIGURIO. — ¡Rodeadle!

NICIAS. — ¡Otra vuelta! ¡Y otra! Introducidle en la casa.

TIMOTEO. — Señor Nicias, me voy a descansar, que me está matando el dolor de cabeza. Y si no me necesitáis, mañana no volveré.

NICIAS. — Sí, maestro, no volváis. Nosotros resolveremos el negocio.

ESCENA DÉCIMA

Timoteo, solo

Se han retraído a la casa y yo me iré al convento. Vosotros, espectadores, no nos censuréis, que esta noche no dormirá nadie, de modo que el tiempo no interrumpe los Actos. Yo diré la misa. Ligurio y Siro, en ayunas hasta ahora, cenarán y el doctor irá de la cámara a la sala para que la cocina quede limpia. Calímaco y la señora Lucrecia no conciliarán el sueño, porque estoy convencido de que, si yo fuese él, y vosotros fueseis ellos, no dormiríamos.

Digitized by Google

Canción

después del acto cuarto

Oh dulce noche, oh santas
horas nocturnas y quietas
que asistís a los fogosos amantes;
se juntan en vosotras tantas
alegrías, que sois las discretas
razones que hacen las almas bienandantes.
Dais justos premios triunfantes
a las huestes amorosas
por sus obras hazañosas;
¡oh horas felices, que a raudales
desheláis con el amor los pechos glaciales!

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO QUINTO

Escena primera

Timoteo, solo

Esta noche no he podido pegar el ojo en mi ferviente curiosidad de saber cómo se han portado Calímaco y los demás. Consumí el tiempo de la espera en varios menesteres: dije el oficio matutino, leí una vida de los Santos Padres y estuve en la iglesia encendiendo una lámpara apagada y cambiando el velo a una Virgen milagrosa. ¡Fatigado estoy de repetir a mis hermanos que la tengan aseada! ¿Después se asombran de que la devoción decaiga. Recuerdo que hubo antaño cincuenta imágenes, que hoy se han reducido a veinte; de ello nosotros somos los culpables, porque no supimos mantener su fama. Solíamos todas las noches, después de las completas, desfilar en procesión y ordenábamos cantar cada sábado las laudes. Siempre hacían votos aquí para que hubiesen imágenes nuevas y animábamos a hombres y mujeres a hacer votos Nada de eso se hace ahora y

Digitized by Google

nos admiramos de que el celo se enfríe... ¡Qué poco seso tienen mis cofrades! Pero calla, que oigo fuerte ruido en casa del señor Nicias. Ellos son, a fe; sacan el prendido. Llego a tiempo. Se han dilatado tanto, que despunta el alba. Procuraré escuchar lo que dicen sin que me descubran.

ESCENA SEGUNDA

Señor Nicias, Calímaco, Ligurio, Siro

NICIAS. — Tú agárrale de esa parte y yo me encargo de ésta. Siro, tú cógele por detrás, de la ropilla.

CALÍMACO. — ¡No me lastiméis!

LIGURIO. — No temáis, y avivad.

NICIAS. — No adelantemos más.

LIGURIO. — ¡Bien dicho! Soltémosle aquí. Le daremos dos vueltas para que no sepa dónde estuvo. ¡Voltéale, Siro!

SIRO. — Ya está.

NICIAS. — ¡Otra vez!

SIRO. — Ya le hice girar.

CALÍMACO. — ¡Mi laúd!

LIGURIO. — ¡Vivo, bergante, desaparece! ¡Te cortaré el cuello si hablas!

NICIAS. — Tomó las de Villadiego. Desayunemos, pues. Es menester que salgamos todos a hora temprana, a fin de que no parezca que pasamos la noche en blanco.

Digitized by Google





Digitized by Google

LIGURIO. — Bueno es el consejo.

NICIAS. — Ve con Siro al maestro Calímaco y comunicadle que todo resultó prósperamente.

LIGURIO. — ¿Qué le contaremos, si ignoramos lo sucedido? Harto sabéis que nos fuimos a beber al llegar a la casa. Vos y la suegra os hicisteis con él, y no os vimos hasta ahora, cuando nos llamasteis para despedirle.

NICIAS. — Ciertamente. ¡Oh! Excelentes cosas os puedo referir. Mi costilla estaba en la cama, a obscuras. Sóstrata me aguardaba junto al lar. Llegué con el mozarrón y, para que no tramase algo, le metí en un retrete que tengo cabe a la sala, donde una luz amortiguada difundía una claridad mezquina, de modo que no podía verme el semblante.

LIGURIO — ¡Sabio partido!

NICIAS. — Le mandé desnudarse y él titubeó. Me rebullí como un fiero mastín, hasta el punto de que se me antojó que pasaban mil años en quitarse las ropas y quedó en cueros. Tenía la cara fea, con un narigón y la boca torcida, pero ¡jamás habrás visto carne más hermosa!... ¡Blanca, suave, firme! No me preguntes de lo demás.

LIGURIO. — Hiciste mal en conjeturarlo, porque era necesario reparar en todo.

NICIAS. — Te chanceas. Puestas manos a la obra, quise llegar al cabo. Deseé examinar si estaba sano, porque ¿dónde hubiera parado yo si tenía bubas? Imagínalo.

LIGURIO. — Razón tenéis.

NICIAS. — Comprobada su salud, tirando de él, a obscuras, le introduje en la alcoba y le puse en

Digitized by Google

el lecho. Antes de irme comprobé por el tacto cómo marchaba el negocio, porque no acostumbro fiarme de las apariencias.

LIGURIO. — ¡Con cuánta discreción habéis obrado en este asunto!

NICIAS. — Toqué, y después de palparlo todo, salí de la alcoba, cerré la puerta, busqué a la suegra, que estaba al amor de la lumbre, y la noche se nos ha ido razonando.

LIGURIO. — ¿De qué hablasteis?

NICIAS. — De la mentecatez de Lucrecia y de que mejor hubiera sido que cediera al pronto, sin tantos dengues. Después charlamos del niño. Aún me parece tenerlo entre los brazos. ¡Qué lindo! Así nos dieron las trece horas, y me fui al dormitorio temeroso de que nos sorprendiese el día. ¿Lo creeréis? Trabajo me costó hacer levantar a ese bribón.

LIGURIO. — ¡Lo creo!

NICIAS. — ¡La miel le había gustado! Se levantó al fin, os llamé y lo sacamos.

LIGURIO. — Todo salió bien.

NICIAS. — ¿Qué dirás que me encocora?

LIGURIO. — ¿Qué?

NICIAS. — Que ese pobre joven haya de morir tan pronto y que esta noche le cueste tan cara.

LIGURIO. — ¡Ah! ¡Bah! No penséis en ello. Dejadle ese cuidado.

NICIAS. — Acepto el consejo. Me consume el deseo de encontrar al maestro Calímaco y alegrarme con él.

LIGURIO. — Dentro de una hora saldrá. Ya luce

Digitized by Google

el día. Nos iremos a mudar de ropa. ¿Vos qué haréis?

NICIAS. — Me iré también a casa y me pondré las mejores prendas. Despertaré a mi mujer, haré que se lave y la llevaré a la iglesia para que la bendigan. Os agradecería que vos y Calímaco estuvieseis en ella. Podríamos hablar con el fraile, darle las gracias y recompensarle por el bien que ha hecho.

LIGURIO. — Os apruebo; así lo haremos.

ESCENA TERCERA

Timoteo, solo

Oí su charla y me ha complacido, considerando cuán grande es la estulticia de ese doctor; pero me ha deleitado sobre todo su conclusión. Como van en mi busca, me hallarán en la iglesia, donde mis méritos tendrán mayor precio. ¿Quién sale de esa casa? Se me antoja que es Ligurio, acompañado de Calímaco, al parecer. No quiero que me vean por las razones expuestas; aunque no acudiesen en busca mía, tiempo habrá de que yo vaya a buscarles.


BIBLIOTECA DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSITAS
UNIVERSIDAD DE MADRID
Digitized by Google

ESCENA CUARTA

Calímaco, Ligurio

CALÍMACO. — Como te dije, Ligurio mío, estuve de mal talante hasta la hora nona; mi placer era grande, pero no me parecía bueno. Pero después me di a conocer y le declaré el gran amor que le tenía, y cuán fácilmente, a causa de la necedad de su esposo, podíamos vivir felices y sin infamia, prometiéndole casarme con ella cuando Dios le llamase a la otra vida; y cuando ella, además de otras razones, comprendió la diferencia que existía entre mí y Nicias, entre los besos de un amante joven y los de un marido viejo, suspiró y dijo: «Si tu astucia, si la estupidez de mi esposo, si la tontería de mi madre y si la picardía de mi confesor, me obligaron a hacer lo que por mí misma jamás hubiera realizado, juzgo, pues, que todo se debe a un decreto celestial y no puedo rechazar lo que el cielo quiere que acepte. Te tomo por señor, amo y guía; eres mi padre y mi defensor, y deseo que seas todo mi bien, y que lo que mi marido dispuso para una noche se prolongue para siempre. Hazte su compadre, ve esta mañana a la iglesia y los dos nos concertaremos; el ir y el venir de ti dependerán y podremos acordarnos en cualquier instante sin despertar suspicacias.» Yo oí estas palabras muriendo de dulzura. No pude responder una mínima parte de lo que habría desea-

Digitized by Google

do. Así soy el más feliz y el más contento de los hombres pasados y presentes, y si la muerte o el tiempo no me privasen de esta dicha, sería más bienaventurado que los bienaventurados y más santo que los santos.

LIGURIO. — Tu bien me complace y ha sucedido lo que te dije. Pero ¿qué hacemos ahora?

CALÍMACO. — Caminar hacia la iglesia, porque le prometí ir a ella, donde la veremos con su madre y el doctor.

LIGURIO. — Se abre su puerta y salen ellas con el doctor detrás.

CALÍMACO. — Adelantémonos y aguardémoslos en la iglesia.

ESCENA QUINTA

Señor Nicias, Lucrecia, Sóstrata

NICIAS. — Lucrecia, bien sería hacer las cosas con temor de Dios y no a locas.

LUCRECIA. — ¿Qué debo hacer ahora?

NICIAS. — ¡Cómo responde! ¡Parece un gallito!

SÓSTRATA. — No os asombre, que está algo alterada.

LUCRECIA. — ¿Qué vais a decirme?

NICIAS. — Será decente que me anticipe a vosotras para hablar con el fraile, haciendo que te espere en el umbral de la iglesia y te entre en el sagrario, porque es como si hubieras nacido esta mañana.

Digitized by Google

LUCRECIA. — ¿Por qué no lo hacéis?

NICIAS. — Muy atrevida estás esta mañana. Anoche parecías medio muerta.

LUCRECIA. — ¡A vos lo debo!

SÓSTRATA. — Buscad al fraile... Pero no es necesario, porque se halla ante la iglesia.

NICIAS. — Cierto es.

ESCENA SEXTA

Timoteo, señor Nicias, Lucrecia, Calímaco, Ligurio, Sóstrata

TIMOTEO. — Me estaré fuera, porque Calímaco y Ligurio me han avisado de que el doctor y las mujeres vienen al templo.

NICIAS. — *Bona dies,* padre.

TIMOTEO. — Bien hallados seáis, y, señora, quiera Dios concederos un hermoso hijo varón.

LUCRECIA. — ¡Él os oiga!

TIMOTEO. — Me oirá.

NICIAS. — ¿No son ésos Ligurio y el maestro Calímaco?

TIMOTEO. — Sí, señor.

NICIAS. — Llamadlos.

TIMOTEO. — ¡Venid!

CALÍMACO. — ¡Dios os salve!

NICIAS. — Maestro, dad la mano a mi esposa.

CALÍMACO. — Complacido.

NICIAS. — Lucrecia, he aquí a quien debemos el báculo que sostenga nuestra vejez.

Digitized by Google

LUCRECIA. — En mucho lo aprecio, y sería conveniente que fuese nuestro compadre.

NICIAS. — ¡Bendita seas! Me complacería que él y Ligurio comiesen esta mañana con nosotros.

LUCRECIA. — Así sea.

NICIAS. — Les daré la llave de la alcoba vacía de encima de la logia para que la ocupen a su sabor, porque, no habiendo mujeres en su casa, viven abandonados y a la buena de Dios.

CALÍMACO. — Acepto. La usaré cuando sea oportuno.

TIMOTEO. — ¿Se me dará el dinero de la limosna?

NICIAS. — Sabed, *domine,* que hoy se os mandará.

LIGURIO. — ¿Nadie recuerda a Siro?

NICIAS. — Calla, que todo lo mío es suyo. Tú, Lucrecia, ¿cuántos gruesos he de dar al padre para que te entre en el templo?

LUCRECIA. — Dadle diez.

NICIAS. — ¡Pardiez!

TIMOTEO. — Vos, señora Sóstrata, me parece que os habéis rejuvenecido.

SÓSTRATA. — ¿Quién no estará alegre?

TIMOTEO. — Entremos todos en la iglesia y rezaremos la oración ordinaria; después, tras el oficio, os iréis a almorzar a vuestra morada. Vosotros, espectadores, no aguardéis a que salgamos: el oficio es largo, yo permaneceré en el templo y ellos se dirigirán a su casa por la puerta lateral. ¡Salud!

Digitized by Google

Digitized by Google

CLICIA

Digitized by Google

PERSONAJES

CLEANDRO

PALAMEDES

NICÓMACO

PIRRO

EUSTAQUIO

SOFRONIA

DORIA

DAMÓN

SÓSTRATA

RAIMUNDO

Digitized by Google

CANCIÓN

Cuán fausto es el día por el que nosotros ahora hacemos gala de las antiguas memorias y las celebramos, compréndese viendo en torno a las gentes amigas que se han reunido en este lugar. Nosotros, cuya juventud transcurre en bosques y florestas, hemos acudido también y somos la ninfa Io y los pastores, que nuestros amores juntos cantamos.

¡Claros y sosegados días, dichoso y bello país, donde se oye el son de nuestras canciones! Estamos, pues, dispuestos a acompañar con nuestras armonías vuestras acciones, pero con una música tan suave, que jamás oísteis una que compararsele pudiera. Y nosotros, la ninfa Io y los pastores, nos iremos después, tornando a nuestros viejos idilios.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO

Si al mundo volvieran los mismos hombres como en él se repiten los mismos casos, no pasarían cien años sin que estuviésemos de nuevo juntos, haciendo las mismas cosas.

Esto se afirma porque otrora hubo en Atenas, noble y antiquísima ciudad de Grecia, un gentilhombre que no tenía más descendencia que un hijo varón y a cuya casa llegó por ventura una jovencita, honestamente educada hasta la edad de diecisiete años. Quiso el hado que tanto él como su unigénito se enamorasen de la doncella simultáneamente y se produjeron, durante la amorosa competencia, numerosos sucesos y singulares lances, que, una vez salvados, culminaron en el matrimonio del hijo con la muchacha, con la cual vivió dichoso en adelante durante mucho tiempo.

¿Qué pensaríais si os dijera que el propio hecho ocurrió, punto por punto, pocos años ha, en nuestra Florencia? Y queriendo presentaros uno de los dos, el autor ha elegido el suceso de Florencia, en la persuasión de que os complacerá más que el ateniense, porque Atenas no existe ya (sus

Digitized by Google

calles, plazas y monumentos desaparecieron), aparte de que sus habitantes hablaron en griego, cuya lengua no entenderíais. Aceptad, por lo tanto, lo que sobrevino en Florencia, mas no intentéis reconocer al afortunado joven ni a los demás protagonistas, pues el autor ha trocado los nombres verdaderos en otros supuestos, a fin de evitar censuras.

Es menester que, antes de que empiece la comedia, veáis a los personajes para que los conozcáis mejor en el momento de la representación. Salid todos, y así el público os contemplará. Helos aquí. ¡Con qué mansedumbre comparecen! ¡Ea! Colocaos en hilera. Reparad en ellos. El primero es Nicómaco, un anciano henchido de ansias amorosas; a su lado tiene a Cleandro, hijo y rival suyo. El otro es Palamedes, amigo de Cleandro. Los dos siguientes son Pirro, un criado y Eustaquio, un administrador; cada uno quisiera casarse con la dama de su señor. La mujer que los sigue es Sofronia, esposa de Nicómaco. Junto a ella está Doria, su moza. Los dos restantes son Damón y su mujer Sóstrata. Hay otro personaje, que no aparecerá porque ha de llegar todavía de Nápoles. Me parece que con esto basta y que ya habéis mirado lo suficiente. El público os da licencia: ¡retiraos! Esta obra fabulosa se titula Clicia, del nombre de la muchacha disputada. No esperéis verla, porque Sofronia, que la crió, se niega por honestidad a que salga. Por consiguiente, tenga paciencia quien la eche de menos.

Me falta deciros que el autor de esta comedia es hombre muy bien educado y se apenaría de que

Digitized by Google

descubrierais alguna indecencia en ella durante la representación. No cree que la haya; pero, si tal se os antojase, vayan estas palabras a modo de disculpa. Las comedias pretenden aleccionar y distraer a los espectadores. En verdad, escarmienta no poco a los hombres, y en especial a los jóvenes, enterarse de la tacañería de un viejo, la pasión de un enamorado, los engaños de un criado, la gula de un parásito, la miseria de un pobre, la ambición de un rico, los arrumacos de una meretriz y la escasa fe de todos los humanos. Las comedias están llenas de estos ejemplos, que pueden representarse sin atentar un ápice contra el decoro. Pero, en el intento de distraer, hay que hacer reír al público, lo que no se logra con un diálogo grave y severo, porque las palabras que mueven a risa son alegres, injuriosas o amorosas. De aquí que sea necesario presentar seres alegres, maldicientes o enamorados. Las comedias en que se cumplen esas tres condiciones logran divertir, y las que están horras de ellas no consiguen deleitar.

Siendo lo último el objeto del autor, así como el de promover en algunas situaciones las carcajadas de los espectadores, sin que mediasen en su comedia personajes necios y absteniéndose de ultrajar, hubo de recurrir a los enamorados y los imprevistos que surgen del amor. Donde aparezca algo indecoroso, se expresará de manera que puedan oírlo las mujeres sin sonrojarse. Decidíos, pues, a prestarnos benévola atención. Si así lo hacéis, procuraremos satisfaceros con nuestras palabras.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO PRIMERO

Escena primera

Palamedes, Cleandro

Palamedes. — ¿Tan temprano sales de casa?

Cleandro. — ¿De dónde vienes tú tan temprano?

Palamedes. — De un asunto mío.

Cleandro. — Y yo voy a despachar uno que me importa o, mejor, a procurar despacharlo, porque no tengo la seguridad de lograrlo.

Palamedes. — ¿Es algo que pueda comunicarse?

Cleandro. — Lo ignoro; pero sé, en cambio, que es algo de difícil ejecución.

Palamedes. — ¡Sus y a ello! Me voy, porque veo que te enoja estar acompañado. Por eso evité siempre tu trato. De continuo estás de mal humor y caviloso.

Cleandro. — Caviloso, nones; enamorado, sí.

Palamedes. — ¡Quita! ¡No me tomes el pelo!

Cleandro. — Palamedes mío, tú no sabes de la misa la media. Viví siempre desesperado, y ahora más que nunca.

Digitized by Google

PALAMEDES. — ¿Qué sucede?

CLEANDRO. — Te confiaré lo que te oculté hasta este instante, porque me veo reducido a términos tales, que necesito la ayuda de cualquiera.

PALAMEDES. — Si antes te evité, ahora será peor, porque estoy convencido de que hay que huir de tres géneros de hombre: los cantores, los viejos y los enamorados. Trata con un cantor y cuéntale algo que te importe, y cuando supones que te escucha, te suelta un *ut, re, mi, fa, sol, la* y brama una canción. Si vas con un viejo, se mete en todas las iglesias que encuentra y se precipita a todos los altares a mascullar un padrenuestro. Pero el enamorado es aún más fastidioso, porque, en cuanto despegas los labios, te convierte en su víctima, disparándote tal sarta de quejas sobre sus afanes, que a la fuerza has de compadecerte de él. Si está en relaciones con una pelandusca, o le mata de amor o le echa de su casa. Siempre tiene motivos para suspirar; si ama a una mujer de pro, le enloquecen mil sospechas, celos y desdenes, y nunca le faltan razones para lamentarse. Por ende, Cleandro, trataré contigo hasta donde me necesites, y en lo demás haré oído sordo a amarguras amorosas.

CLEANDRO. — Hasta ahora disimulé mi pasión por las causas siguientes: para que no me rehuyeran por enojoso o me mirasen como ridículo; porque bien sé que muchos fingen simpatía para que hables y luego se burlan y ríen a tu espalda. En fin, ya que la fortuna me estrecha, quiero confesarme contigo no sólo para desahogarme, sino para que me prestes ayuda si la requiero.

Digitized by Google

PALAMEDES. — A eso respondo que estoy apercibido a escuchar y a no esquivar incomodidades ni peligros con tal de ayudarte.

CLEANDRO. — Estoy convencido de ello. Me parece que tienes conocimiento de la joven que hemos educado...

PALAMEDES. — La he visto. ¿De dónde procede?

CLEANDRO. — Lo sabrás en seguida. Hace doce años, en 1494, pasó el rey Carlos por Florencia, dirigiéndose con un gran ejército a la conquista del Reino. En tal ocasión se alojó en nuestra casa un gentilhombre de la compañía de monseñor de Foix, llamado Beltrán de Gascuña. Mi padre le honró y él, siendo hombre de bien, respetó y honró nuestra casa. Así que, cuando muchos se enemistaban con los franceses que alojaban en sus viviendas, mi padre y dicho señor trabaron una amistad entrañable.

PALAMEDES. — Tuvisteis más suerte que los otros. Los que estuvieron en nuestra casa cometieron con nosotros innumerables atropellos.

CLEANDRO. — Lo creo; pero a nosotros nos fue de otro modo. Beltrán acompañó al rey a Nápoles. Ya sabes que Carlos conquistó aquel reino y que hubo de retirarse de él, porque el Papa, el emperador, los venecianos y el duque de Milán se coaligaron contra él. Vino a Toscana, dejando parte de su gente en Nápoles; llegado a Siena, supo que la Liga tenía un considerable ejército junto al Taro, con ánimo de darle batalla en el descenso de los montes, y por ello le pareció oportuno no demorarse en Toscana. Entró, pues, en Lombardía, no por Florencia, sino por Pisa y

Digitized by Google

Pontrémoli. Beltrán se enteró de lo que sucedía y, sospechando, como ocurrió, que se chocaría con el enemigo, envió a mi padre a uno de sus servidores con esta joven, entonces de cinco años, bella y gentil, que había tomado con otro botín en Nápoles, rogándole que la tuviese por amor a él hasta que mandase a buscarla. No comunicó si era noble o plebeya; sólo dijo que se llamaba Clicia. Mi padre y mi madre, no teniendo más que un hijo, se prendaron inmediatamente de ella...

PALAMEDES. — ¡Tú fuiste el que se prendó!

CLEANDRO. — ¡Déjame hablar!... La trataron como a hija bien amada. Yo contaba entonces diez años; comencé a jugar con ella y le dediqué un amor fuera de lo común, que ha ido creciendo con la edad. Cumplió ella doce años y mis padres no dejaban de vigilarme y estaban sobre ascuas, bastando que yo le hablara para que toda la casa se alborotase. Este rigor (siempre se desea más lo que más nos falta) reduplicó mi amor. Me dieron y dan tanta guerra, que vivo con mayores tormentos que si estuviera en el infierno.

PALAMEDES. — ¿No la reclamó Beltrán?

CLEANDRO. — No volvimos a tener noticias de él. Creemos que pereció en la batalla del Taro.

PALAMEDES. — Así sería. Pero dime qué pretendes hacer. ¿Qué te propones? ¿La quieres por mujer o por amante? ¿Qué te estorba si la tienes en casa? ¿Es posible que no logres remediar tu situación?

CLEANDRO. — Debo decirte algo más, aunque me llene de vergüenza. Es preciso que lo sepas todo.

Digitized by Google

PALAMEDES. — Habla, pues.

CLEANDRO. — Tengo ganas de reír, aun a costa de mi mal... ¡Mi padre se ha enamorado también de ella!

PALAMEDES. — ¿Nicómaco?

CLEANDRO. — Sí, Nicómaco.

PALAMEDES. — ¿De veras?

CLEANDRO. — Muy de veras.

PALAMEDES. — ¡Oh! ¡Es lo más chusco que he oído en mi vida! Una familia trastornada... ¿Cómo vivís juntos? ¿Qué hacéis? ¿Qué pensáis? ¿Lo sabe tu madre?

CLEANDRO. — Lo sabe mi madre, lo saben los criados y lo saben los parientes. ¡Es un embrollo!

PALAMEDES. — En conclusión, dime cómo están las cosas.

CLEANDRO. — Ahora lo sabrás. Mi padre, aunque no estuviera enamorado, no me la concedería por mujer, pues es avaro y Clicia carece de dote. Encima duda si será plebeya. Yo la aceptaría por mujer, por amiga o por cualquiera otra cosa, si la pudiera tener. Pero esto está ahora de más. Sólo te diré cuál es la situación.

PALAMEDES. — Te lo agradeceré.

CLEANDRO. — Tan pronto como se enamoró de ella, de lo cual hará un año, y deseando satisfacer la pasión que le consume, mi padre se dijo que no había más remedio que casarla con alguien que le permitiera acercarse a ella. Debió de parecerle un tremendo desaguisado intentar tenerla antes de casarla. Como no sabía qué resolver, ha elegido como el más adecuado para ello a nuestro criado Pirro. Llevó adelante su proyecto con tanta

Digitized by Google

destreza, que estuvo a punto de lograrlo antes de que el interesado lo descubriese. Pero Sofronia, mi madre, que había advertido su enamoramiento, descubrió la maquinación y está dispuesta a estorbala de cualquier manera, picada de celos y envidia. Mi padre no tuvo otro remedio que sacar a relucir otro marido y echar las culpas a Pirro: asegura que se propone concederla a Eustaquio, nuestro administrador. Aunque la autoridad de Nicómaco es superior, la astucia de mi madre y nuestra ayuda, que le prestamos solapadamente, tiene el asunto suspenso desde hace varias semanas. Sin embargo, Nicómaco se obstina en su empeño, y se propone contra viento y marea llevar a cabo ese enlace hoy, esta misma noche. Ha arrendado la casita en que vive nuestra vecino Damón. Dice que quiere comprarla, amueblarla, abrir una tienda y hacerle rico.

PALAMEDES. — ¿Qué más te da que la tenga Pirro o Eustaquio?

CLEANDRO. — ¿Cómo? ¿Qué más me da? Ese Pirro es el mayor bellaco de Florencia. Además de haberse puesto de acuerdo con mi padre, me aborreció siempre. Por ello, antes preferiría que la tuviese el señor de los infiernos. Ayer escribí al administrador que acudiese a Florencia y me maravilla que no llegase la noche pasada. Me quedaré aquí para ver si comparece. ¿Qué harás tú?

PALAMEDES. — Me voy a cuidarme de unos asuntos.

CLEANDRO. — Ve con Dios.

PALAMEDES. — Queda con Él. Contemporiza cuanto te sea posible y avísame si deseas algo.

Digitized by Google

Escena segunda

Cleandro, solo

Verdaderamente acertó quien dijo que los enamorados y los soldados se parecen. El capitán quiere que sus soldados sean jóvenes y las mujeres desean que sus amantes no sean viejos. Fea cosa es ver a un viejo metido a soldado, y feísima verle haciendo de galán. Los soldados temen el desdén del capitán y los amantes no menos el de sus damas; los soldados duermen en el suelo, al descubierto, y los amantes sobre las tapias; los soldados acosan a sus enemigos hasta la muerte y los amantes a sus rivales; los soldados, en la obscura noche del más crudo invierno, chapotean en el barro, expuestos a las lluvias y los vientos, a fin de llevar a cabo una hazaña que les dé la victoria, y los amantes, por los mismos caminos y con incomodidades iguales o mayores, buscan conquistar a su amada. Así en la milicia como en el amor es necesaria la valentía, la lealtad y el secreto, los peligros son iguales y el fin se asemeja la mayoría de las veces. El soldado muere en un foso y el enamorado de desesperación. Eso es lo que temo que me ocurra. ¡Tengo la amada en casa, la veo cuanto quiero y como siempre con ella! ¿Hay algún dolor más grande? Cuanto más cerca tiene el hombre el término de su deseo, tanto más dolor siente. He de cavilar cómo estorbaré esa boda; los nuevos sucesos que pasen luego

Digitized by Google

me prestarán nuevas ideas y decisiones nuevas. ¿Es posible que Eustaquio no venga a la ciudad? ¡Y le escribí que llegara la noche de ayer! Pero en aquella esquina asoma. ¡Eustaquio! ¡Eh, Eustaquio!

Escena tercera

Eustaquio, Cleandro

Eustaquio. — ¿Quién me llama? ¡Ah, eres tú, Cleandro!

Cleandro. — ¿Cómo tardaste tanto en comparecer?

Eustaquio. — Llegué ayer por la noche, pero no me he mostrado, pues, algo antes de que recibiera tu carta, tuve una de Nicómaco que me imponía una montaña de tareas. No quise toparle antes de hablar contigo.

Cleandro. — Hiciste bien. Te he mandado avisar, porque Nicómaco se obstina en la boda de Pirro, que, como tú sabes, desagrada a mi madre, porque quiere entregarla al hombre que más la merezca, si ha de casarse con uno de los nuestros. Ciertamente, tus prendas son muy distintas de las de Pirro, quien, dígase entre nosotros, es despreciable.

Eustaquio. — Te lo agradezco. En verdad que yo no había pensado en tomar mujer, pero, si tú y la señora lo deseáis, a ello me reduzco de mil amores. Desde luego, no quisiera enemistarme con Nicómaco, que es en resumen el que manda.

Digitized by Google

CLEANDRO. — No temas. Mi madre y yo te apoyaremos, sacándote de cualquier peligro. Me gustaría que te adecentases un poco. Llevas un capote que te pende hasta el suelo, el gorro cubierto de polvo y la barba crecida. Anda al rapista, lávate la cara y cepíllate la ropa, para que Clicia no te rechace por sucio.

EUSTAQUIO. — No puedo convertirme en un pisaverde.

CLEANDRO. — Haz lo que te encargo y espérame después en esa iglesia vecina. Yo entraré en casa para ver lo que piensa el viejo.

Digitized by Google

CANCIÓN

Quien no experimenta, Amor,
Tu gran poder, vanamente espera
Dar fe verdadera
De cuál sea del cielo el más alto valor,
Ni sabe cómo se vive y muere de dolor,
Cómo se busca el mal y del bien se huye,
Cómo uno a sí mismo ama
Menos que a otro y cómo es fama
Que el temor y el afán el corazón destruye:
Ignora en fin cómo a tus armas de la misma suerte
Los hombres y los dioses temen más que a la [muerte.

Digitized by Google

ACTO SEGUNDO

Escena primera

Nicómaco, solo

¿Qué tengo esta mañana en los ojos? Me parece que sufro alucinaciones que me impiden distinguir la luz, cuando anoche hubiera visto el pelo de los huevos. ¿Bebí en demasía? Tal vez. ¡Oh, Dios mío! A la vejez, viruelas. Pero no soy tan viejo, que no osara romper una lanza con Clicia. Pero ¿cómo es posible que me haya enamorado de este modo? Y, lo que es peor, mi costilla lo ha notado y barrunta por qué intento conceder la doncella a Pirro. En resolución, nada me sale a derechas. No obstante, me esforzaré por que mi propósito se cumpla. ¡Pirro! ¡Ven aquí, Pirro! ¡Sal!

Digitized by Google

ESCENA SEGUNDA

Pirro, Nicómaco

PIRRO. — Heme aquí.

NICÓMACO. — Pirro, quiero que esta noche tengas mujer a costa de lo que fuere.

PIRRO. — Dispuesto estoy a casarme ahora mismo con ella.

NICÓMACO. — Poco a poco y cada cosa a su tiempo, como dijo el otro. Las cosas se han de llevar a cabo de manera que la casa no se nos venga encima. En efecto, la señora está disgustada y Eustaquio, a quien creo que Cleandro favorece, también la codicia, y los dos están de uñas contra nosotros. Pero ten firme esperanza y sigue queriéndola sin dudar, porque yo valdré más que todos ellos juntos, y llegado lo peor, te la daré mal que les pese y gruña el que gruñere.

PIRRO. — Decidme, en nombre de Dios, lo que os interesa que yo haga.

NICÓMACO. — No te alejes de la casa, a fin de tenerte a mano si te necesito.

PIRRO. — Así será... Me olvidaba de deciros algo.

NICÓMACO. — ¿Qué es?

PIRRO. — Eustaquio está en Florencia.

NICÓMACO. — ¿Cómo? ¿En Florencia? ¿Quién te lo ha dicho?

PIRRO. — El señor Ambrosio, nuestro vecino en el campo. Me contó que había entrado ayer por la noche en la ciudad con él.

Digitized by Google

NICÓMACO. — ¿Ayer por la noche dices? ¿Dónde ha pernoctado?

PIRRO. — ¡Quién sabe!

NICÓMACO. — Sea en buena hora. Anda, retírate y cumple lo que te he encargado. Sofronia habrá mandado a buscar a Eustaquio, y ese bribón habrá tenido en más su carta que la mía, en la que le ordenaba que hiciera mil cosas, avisándole que si no las ejecutaba me arruinaría. ¡Juro por Dios que le escarmentaré! ¡Ojalá supiera dónde está y qué hace! Pero Sofronia sale de la casa.

ESCENA TERCERA

Sofronia, Nicómaco

SOFRONIA. — He encerrado a Clicia y a Doria en la cámara. Debo defender a la joven de mi hijo, de mi esposo y de mis criados. Todos asedian la misma plaza.

NICÓMACO. — ¿Adónde se va?

SOFRONIA. — A misa.

NICÓMACO. — Y estamos en carnaval. ¿Qué harás en Cuaresma?

SOFRONIA. — Creo que hay que hacer el bien en cualquier ocasión, y sobre todo en la época en que los demás buscan el mal. Pero sospecho que, si nosotros hacemos el bien, lo llevamos a cabo de pésimo modo.

NICÓMACO. — ¿Qué dices? ¿Qué te gustaría que se hiciera?

SOFRONIA. — Que no se pensase en devaneos.

Digitized by Google

Tenemos en casa una muchacha muy buena y hermosa, que educamos con desvelo, ¿y vamos a olvidarlo? Cuando antes nos alababan, ahora nos reprocharán nuestros conciudadanos, viendo que la entregamos a un tragón majadero, que no sabe más que afeitar un poco, con lo cual no alimentaría a una mosca.

NICÓMACO. — Te equivocas, Sofronia del alma. Es un joven apuesto que, si no sabe, puede aprender y la quiere bien, en lo cual se cumplen tres principales requisitos que se buscan en un marido: juventud, belleza y amor. Creo yo que no puede irse más allá, ni que se encuentren tales prendas como espigas en sembrado. No tiene bienes, sea, pero harto sabido es que la riqueza viene y va, y él tiene capacidad para atraerla a sí, y yo no le abandonaré. A decir verdad, me propongo comprar la casa que he alquilado a nuestro vecino Damón y la colmaré de objetos. Más aún; aunque me costase cuatrocientos orines establecerle...

SOFRONIA. — ¡Ja, ja, ja!

NICÓMACO. — ¿Ríes?

SOFRONIA. — ¿Y quién no reiría?

NICÓMACO. — Ya... ¿Qué quieres decir? Sí, para establecerle en una tienda. Los florines no son para guardar.

SOFRONIA. — Tal vez. Pero, con tan extraño antojo, privarás a tu hijo de más de lo que conviene dar a una persona que no lo merece. No sé qué pensar. Temo que eso disimule algo más.

NICÓMACO. — ¿Y qué va a disimular?

SOFRONIA. — Te lo diría si tú no lo supieras; mas, sabiéndolo como lo sabes, prefiero callar.

Digitized by Google

NICÓMACO. — ¿Qué sé?

SOFRONIA. — ¡No hablemos más de ello! ¿Por qué la concedes a ése? ¿No se podría, con ese dote u otro menor, casarla con mejor parte?

NICÓMACO. — Sí, lo confieso. Sin embargo, me mueve a hacerlo el amor que tengo a una y a otro, que, como crié a ambos, bien me parece beneficiar a los dos.

SOFRONIA. — Si eso es lo que te mueve, ¿no criaste también a Eustaquio, tu administrador?

NICÓMACO. — Cierto, pero ¿qué puedo hacer de ése, que carece de gentileza, acostumbrado a estar en el pueblo, entre bueyes y ovejas? ¡Oh! Si se la diésemos por mujer, la pobrecilla moriría de dolor.

SOFRONIA. — Y con Pirro se morirá de hambre. Te recuerdo que el mérito de los hombres consiste en poseer alguna virtud, en saber hacer alguna cosa, como Eustaquio, que está habituado a los regateos de las ferias, a emplear las herramientas y a cuidar de la ajeno y lo propio, y es hombre capaz de medrar. Tú mismo estás enterado de que posee un buen capital. Pirro, en cambio, pasa el día entero en tabernas y juegos, y es un botarate que perecería de hambre en el mismísimo paraíso terrenal.

NICÓMANO. — ¿No te he dicho lo que le daré?

SOFRONIA. — ¿No te he contestado que más vale que lo tires? Te recuerdo, Nicómaco, lo siguiente: tú gastaste en mantenerla y yo me desviví por educarla. Soy, pues, parte interesada y me propongo intervenir en la gerencia de este asunto. De lo contrario, hablaré tan mal y escandalizaré tanto, y te verás en tan gran apuro, que no te

Digitized by Google

atreverás a levantar la cara. Anda, discute eso con los enmascarados.

NICÓMACO. — Pero ¿qué oigo? ¿Has enloquecido? Así atizas mi deseo de concedérsela a todo trance. ¡Vive Dios! ¡Que se casará esta noche con ella, aunque se te salten los ojos!

SOFRONIA. — Quizá se case con ella, quizá no.

NICÓMACO. — Me amenazas con hablar, pues ¡procura que yo no te imite! ¿Acaso estoy ciego? ¿Por ventura ignoro el aire de tus caprichos? Sabía que las madres aman a sus hijos, pero ignoraba que fuesen terceras de su deshonestidad.

SOFRONIA. — ¿Qué dices? ¿A qué deshonestidad te refieres?

NICÓMACO. — ¡Bah! Mejor será que lo calle, porque los dos nos entendemos. Todos sabemos de qué pie cojeamos. Resolvamos, ¡por vida tuya!, las cosas de mutuo acuerdo, porque seremos la comidilla del pueblo si nos metemos en dimes y diretes.

SOFRONIA. — Me tiene sin cuidado. Te aseguro algo, y es que esa muchacha no ha de perderse o amotino a Florencia.

NICÓMACO. — ¡Sofronia, Sofronia! Quien te puso tal nombre se acercó a la verdad, porque eres una soplona henchida de aire.

SOFRONIA. — ¡En nombre de Dios, que me voy a misa! Ya nos veremos.

NICÓMACO. — Tente un momento. ¿No habría forma de recapacitar, evitando que nos consideren locos?

SOFRONIA. — No locos, sino míseros.

NICÓMACO. — ¿Hay tantos hombres de bien en esta ciudad, tenemos tantos parientes y hay reli-

Digitized by Google

giosos tan excelentes!... Consultémosles sobre lo que discrepamos y de ese modo tú o yo nos desengañaremos.

SOFRONIA. — ¿Vamos a pregonar entonces nuestras disensiones?

NICÓMACO. — Si prescindimos de amigos y parientes, recurramos a un religioso que no las publicará. Confiémosle este asunto en confesión.

SOFRONIA. — ¿A quién hablaremos?

NICÓMACO. — ¿A quién más que a fray Timoteo? Es el confesor de casa y además un santo, que ha obrado ya algún milagro.

SOFRONIA. — ¿Cuál?

NICÓMACO. — ¿Cuál, preguntas? ¿No sabes que sus oraciones lograron que la señora Lucrecia, mujer de micer Nicias, concibiera siendo estéril?

SOFRONIA. — ¡Bah!

NICÓMACO. — ¿Habrás siempre de contrariarme con tus desplantes?

SOFRONIA. — Me voy a misa. No quiero confiar a los oficios de nadie la resolución de lo que me atañe.

NICÓMACO. — Vete, pues. Te aguardaré en casa. (Será mejor que no me separe mucho de aquí, para que no me arrebaten a Clicia con alguna estratagema.)

Digitized by Google

ESCENA CUARTA

Sofronia, sola

Quien conoció a Nicómaco un año ha y trate ahora con él, debe de espantarse del gran cambio que ha sufrido. Solía ser un hombre grave, decidido y venerable, que pasaba el tiempo en honestos quehaceres. Madrugaba, oía misa y se cuidaba de las provisiones del día; después se consagraba a sus negocios en el mercado, en la plaza o ante los magistrados, o se dedicaba a charlar con algún conciudadanos de temas honrosos, o se retiraba a su escritorio, repasando sus escrituras y examinando sus cuentas; a continuación almorzaba con su tertulia, hecho lo cual conversaba con su hijo, le aconsejaba, le enseñaba a conocer los hombres y le aleccionaba sobre la vida con algún ejemplo antiguo o moderno; se iba luego y dedicaba el resto del día a sesudos menesteres o a pasatiempos graves y decorosos. El Avemaría le hallaba siempre en casa, al atardecer; pasaba un rato con nosotros, junto al lar, si era invierno, y entraba de nuevo en el escritorio y revisaba sus papeles y asuntos: cenaba placenteramente en el primer tercio de la noche. Su orden de vida servía de dechado al resto de la casa, todos nos avergonzábamos de no imitarle y así transcurría nuestra existencia ordenada y dichosa. Mas, cuando le sorbió el seso ese capricho suyo, olvidó sus ocupaciones, su autoridad se estragó y sus negocios

Digitized by Google

comenzaron a perderse: grita de continuo sin saber por qué ni contra quién, entra y sale mil veces de la casa despreocupándose de su régimen, no vuelve nunca a cenar o almorzar a hora conveniente, y si le hablas no te contesta o te responde con un despropósito. La servidumbre, al reparar en su mutación, se burla de él y su hijo prescinde del respeto, cada cual hace su gusto y nadie titubea en remedarle en lo que ve que ejecuta. De modo que temo, si Dios no lo remedia, que esta desdichada casa vaya a su perdición. Iré a misa para recomendarme a Él con todas mis potencias. Ahí andan Eustaquio y Pirro regañando. ¡Lindos maridos se le preparan a Clicia!

Escena quinta

Pirro, Eustaquio

Pirro. — ¿Qué haces en Florencia, poca cosa?

Eustaquio. — No tengo por qué comunicártelo.

Pirro. — Vas tan compuesto, que pareces una letrina bien fregada.

Eustaquio. — ¡Y tú tienes tan poco seso, que me asombra que los chiquillos no te corran a pedradas!

Pirro. — Pronto veremos quién tiene más seso, si tú o yo.

Eustaquio. — ¡Pide a Dios que el amo viva, porque llegará el día en que mendigues!

Pirro. — ¿Has visto a Nicómaco?

Digitized by Google

EUSTAQUIO. — ¿Qué te interesa saber? ¿Si le he visto o no?

PIRRO. — Es a ti a quien conviene saberlo, porque si él no muda y tú no regresas a la aldea por voluntad propia, hará que te lleven los alguaciles.

EUSTAQUIO. — ¡Te da mucho apuro mi aparición en Florencia!

PIRRO. — Apurará mucho más a otros que a mí.

EUSTAQUIO. — Sin embargo, no dejas la preocupación a esos otros.

PIRRO. — Es que la carne pesa.

EUSTAQUIO. — Se reirán de ti.

PIRRO. — Tú serías un estupendo marido.

EUSTAQUIO. — Oye, ¿entiendes lo que quiero decirte? También el duque encarcelaba... Pero si tú te quedas con ella, la joven huirá por encima de las tapias. ¡Mejor sería que Nicómaco la ahogase en su pozo! Por lo menos, la pobrecilla moriría de una vez.

PIRRO. — ¡Cáspita, villano poltrón, perfumado en el muladar! ¿Acaso crees que tienes carne para dormir al lado de una joven tan delicada?

EUSTAQUIO. — ¡Buenas carnes tendrá contigo! Si su triste destino hace que sea tuya, en un año se habrá convertido en ramera o habrá muerto de pena. Pero estarás dispuesto a lo primero, porque tienes madera de cabrón consentido.

PIRRO. — Quede la cosa así y cada cual afile sus uñas. Veremos quién es mejor. Me voy a la casa para no tener que romperte la cabeza.

EUSTAQUIO. — Yo me vuelvo a la iglesia.

PIRRO. — ¡Bien harás en seguir acogiéndote al seguro!

Digitized by Google

Canción

Cuanto en corazón joven es bello el amor,
Tanto más indecoroso es
En quien de sus años ya se marchitó la flor.
El amor es virtud en la edad igual
Y en la tierna época mucho se gloría,
Y en la caduca se convierte en un mal.
Por ello, viejos apasionados, mejor seria
Dejar el campo a jóvenes ardientes,
Que en las fogosas hazañas son valientes
Y ofrecen a su señor un honor inmortal.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Nicómaco, Cleandro

NICÓMACO. — ¡Cleandro! ¡Eh, Cleandro!

CLEANDRO. — Señor...

NICÓMACO. — Sal, te digo que salgas. ¿Qué haces en la casa? ¿No te avergüenzas de apenar a esa joven? Los muchachos como tú suelen en estos días de carnaval pasearse para ver las máscaras y divertirse. Eres uno de esos hombres que nada saben hacer y no te pareces a mí ni en la punta de las uñas.

CLEANDRO. — No me divierten ni jamás me divirtieron esas cosas, y prefiero estar solo a frecuentar esas compañías. Ahora estaba en casa, porque, al veros en ella, pensé que podría serviros si me necesitabais.

NICÓMACO. — ¡Vaya! ¡Buena respuesta, a fe! ¡Qué buen hijo eres! ¡No necesito tenerte todo el santo día cosido a mis talones! Cuento con dos criados y un administrador para no haber de mandarte.

CLEANDRO. — ¡Por Dios! Cuanto hago se debe a mi buena intención.

Digitized by Google

NICÓMACO. — No sé por qué lo haces; pero sé decirte, en cambio, que tu madre está loca y que echará a perder nuestra casa. No estaría de más que nos compusieras.

CLEANDRO. — Con ella o con otros...

NICÓMACO. — ¿Cuáles?

CLEANDRO. — No lo sé.

NICÓMACO. — Me alegro de que lo ignores. Pero ¿qué opinas del suceso de Clicia?

CLEANDRO. — ¡Ya llegamos a ello!

NICÓMACO. — ¿Qué dices? Habla más alto para que te entienda.

CLEANDRO. — Decía que no sé qué contestar.

NICÓMACO. — ¿No crees que tu madre se equivoca al oponerse a que Clicia sea la mujer de Pirro?

CLEANDRO. — No entiendo de eso.

NICÓMACO. — Pues yo sí que te entiendo. Estás de su parte y tramas Dios sabe qué cosas. ¿Te parece que le convendría más Eustaquio?

CLEANDRO. — No lo sé. Además, no entiendo de eso.

NICÓMACO. — Entonces, ¿de qué diablos entiendes?

CLEANDRO. — De eso, nada.

NICÓMACO. — Sin embargo, te las has apañado para traer a Eustaquio a Florencia, ocultándole para que yo no lo vea y conseguir tenderme una trampa para que se agüe la boda. Pero os mandaré a paseo; despacharé a Sofronia tras devolverle el dote, porque quiero ser el señor de mi casa y que a nadie le pase por alto. Esta noche se celebrará el matrimonio o, si no lo consigo,

Digitized by Google

prenderé fuego a este edificio. Esperaré aquí a tu madre por si logro ponerme de acuerdo con ella; si fracaso, quiero a costa de lo que fuere, que se respete mi negra honrilla. ¡No estoy dispuesto a que me manden las faldas! Por lo tanto, si te importa tu bien y la paz de la familia, ve a rogarle que se ciña a mi voluntad. La encontrarás en la iglesia; aquí os espero a los dos. Si ves al bribón de Eustaquio, mándale a mí, y así saldrá ganando.

CLEANDRO. — Voy al punto.

ESCENA SEGUNDA

Cleandro, solo

¡Ah! ¡Pobre del que ama! ¡Cuáles son mis constantes afanes! Harto comprendo que quien ama algo tan bello como Clicia ha de tener muchos rivales, que le den infinitos disgustos; pero jamás supe que alguien tuviera por rival al propio padre. Donde muchos jóvenes hallaron cerca de su padre algún consuelo y remedio, yo encuentro en el mío el fundamento y la razón de mi mal. Mi madre me favorece, no por afecto, sino para contrariar los propósitos de su marido. Y no puedo ser sincero con ella en esto, como desearía, porque imaginaría inmediatamente que mi concierto con Eustaquio tiene idéntico fin que el de mi padre con Pirro. Si tal llegara a creer, su conciencia haría que dejase correr todo, no se ocuparía más en ello, y yo estaría completamente perdido, de

Digitized by Google

lo que sacaría un disgusto tan hondo, que renunciaría a vivir. Mi madre sale de la iglesia. Hablaré con ella para enterarme de lo que se propone y con cuáles procedimientos contrarrestará los designios del viejo.

Escena tercera

Cleandro, Sofronia

Cleandro. — ¡Dios os salve, madre!

Sofronia. — ¡Ah! ¿Vienes de casa, Cleandro?

Cleandro. — Sí, señora.

Sofronia. — ¿Has estado en ella desde que me separé de ti?

Cleandro. — Sí.

Sofronia. — ¿Dónde está Nicómaco?

Cleandro. — En casa. No ha salido porque maquina algo.

Sofronia. — ¡Déjale, déjale, por Dios! No todo le va a resultar a la medida de sus deseos. ¿Te ha dicho algo?

Cleandro. — Un monte de villanías, como si tuviera el diablo en el cuerpo. Quiere mandar a paseo a Eustaquio y a mí; os devolverá el dote y os despachará, e incluso amenaza con prender fuego a la casa. Me ha impuesto que viniera a persuadiros de que consintáis en esa boda u os habrá de pesar.

Sofronia. — ¿Cuál es tu parecer?

Cleandro. — El de él, porque amo a Clicia como

Digitized by Google

a una hermana... Me dolería el alma si cayera en las manos de Pirro.

SOFRONIA. — No sé cómo la amas. No obstante, te digo, y óyelo bien, que no me empacharía ni enfadaría si creyera salvarla del poder de Nicómaco para dejarla en el tuyo. Mas pienso que Eustaquio la desearía para sí y que tu amor por tu esposa (pues estamos dispuestos a concedértela) se podría apagar.

CLEANDRO. — Bien pensáis. Os ruego que hagáis cuanto sea posible para estorbar esa boda. Si no hubiera más salida que dársela a Eustaquio, hacedlo así; pero si la hubiera, sería preferible, a mi juicio, no importunarla, porque es aún muy joven y el tiempo no la apremia. Quizás el cielo dictara que encontrase a sus padres. ¡Poco agradecidos os estarían si, siendo nobles, hallasen que la habéis casado con un fámulo o un palurdo!

SOFRONIA. — Tu parecer es bueno. También se me había ocurrido, pero la pasión de ese viejo me desconcierta. Sin embargo, me cruzan la cabeza tantas ideas, que barrunto que alguna servirá para que fracase su intento. Me voy a casa, pues veo a Nicómaco rondando en la puerta. Ve a la iglesia y avisa a Eustaquio que acuda a nuestra morada sin temor.

CLEANDRO. — Lo haré.

Digitized by Google

Escena cuarta

Nicómaco, Sofronia

Nicómaco. — Mi mujer vuelve. Bromearé un poco con ella; quizá las buenas palabras me ayuden. ¡Oh, paloma mía! ¿Por qué estás tan melancólica cuando tus esperanzas van a llegar a buen fin? Quédate un rato conmigo.

Sofronia. — Déjame seguir adelante.

Nicómaco. — ¡Párate!

Sofronia. — No quiero. ¿Estás borracho?

Nicómaco. — Te veré dentro.

Sofronia. — ¿Te has vuelto loco?

Nicómaco. — ¿Loco yo porque anhelo tu bien?

Sofronia. — Yo no anhelo que me anheles.

Nicómaco. — ¡Eso no puede ser!

Sofronia. — ¡Me matas! ¡Oh, qué insoportable!

Nicómaco. — Quisiera que dijeras la verdad.

Sofronia. — Lo creo.

Nicómaco. — ¡Ah! ¡Mírame un poco, amor mío!

Sofronia. — Te miro y aun te huelo. ¡Qué truhán eres! ¡Me exasperas!

Nicómaco. — (¡Ay de mí! ¡Lo ha notado! ¡Maldito sea el haragán que me los puso!)

Sofronia. — ¿De dónde sacaste estos perfumes, viejo chiflado?

Nicómaco. — Pasó por aquí uno que los vendía. Los toqué y se me ha pegado su olor.

Sofronia. — (¿No lo decía yo? Ya dio con el embuste.) ¿No te avergüenzas de lo que llevas haciendo durante un año? Te portas como si fue-

Digitized by Google

ras un doncel, frecuentas las tabernas, visitas a las mujeres, vas a donde se juega y derrochas el dinero. ¡Lindos ejemplos para tu hijo! ¡Casad a los pobres hombrecitos!

NICÓMACO. — ¡Ah, mujer mía! ¡No me acuses de tantas cosas a la vez! ¡Guarda una para mañana! Pero ¿no es de razón que tú te avengas a mi talante más que yo al tuyo?

SOFRONIA. — Sí, en lo honesto.

NICÓMACO. — ¿No es honesto casar a una joven?

SOFRONIA. — Sí, si se casa bien.

NICÓMACO. — ¿No estará bien con Pirro?

SOFRONIA. — No.

NICÓMACO. — ¿Por qué?

SOFRONIA. — Por los motivos que tanto te he repetido.

NICÓMACO. — Soy más perito en esas cosas que tú. Pero ¿y si yo lograra que Eustaquio no la quisiera?

SOFRONIA. — ¿Y si yo lograra que Pirro tampoco la quisiera?

NICÓMACO. — De ahora en adelante mediremos nuestras fuerzas. Quien salga con la suya habrá vencido.

SOFRONIA. — De acuerdo. Me voy a casa para hablar con Pirro, y tú hazlo con Eustaquio, a quien veo salir de la iglesia.

NICÓMACO. — Así sea.

Digitized by Google

ESCENA QUINTA

Eustaquio, Nicómaco

EUSTAQUIO. — Cleandro me ha dicho que vaya a la casa sin dudar. Haré de tripas corazón y obedeceré.

NICÓMACO. — Me proponía cantar las verdades a ese patán y no podré, porque debo suplicarle. ¡Eustaquio!

EUSTAQUIO. — ¡Oh! ¡El amo!

NICÓMACO. — ¿Desde cuándo estás en Florencia?

EUSTAQUIO. — Desde anoche.

NICÓMACO. — ¡Cuán caro eres de ver! ¿Dónde estuviste?

EUSTAQUIO. — Ahora lo sabréis. En la mañana de ayer comencé a estar indispuesto, con dolores de cabeza, inflamación en las ingles y un barrunto de fiebre. Apenas dudé, porque se sospecha que hay peste. Vine a Florencia cuando os dije antes y no osé presentarme a vos, temiendo perjudicaros en persona o a vuestra familia si tenía la dolencia. Pero, alabado sea Dios, todo pasó y estoy bien.

NICÓMACO. — (Debo simular que le presto crédito.) Hiciste bien. ¿Estás ya entero?

EUSTAQUIO. — Sí, micer.

NICÓMACO. — ¡Sea enhorabuena! Me alegro de que estés aquí. Ya sabes la disensión que hay entre mí y mi mujer sobre dar marido a Clicia.

Digitized by Google

Ella quiere concedértela y yo deseo que Pirro la tenga.

EUSTAQUIO. — Si así es, ¿apreciáis a Pirro más que a mí?

NICÓMACO. — Antes bien, tú eres el preferido. Atiende un poco. ¿Para qué necesitas mujer? Tienes treinta y ocho años y una muchacha no te sentaría. Es de razón que, tras unos meses de vida contigo, buscase a otro hombre más joven y vivirías en la desesperación. Entonces no podría yo fiarme de ti: perderías la energía, te empobrecerías y los dos acabaríais mendigando.

EUSTAQUIO. — Quien tiene mujer hermosa no es pobre en ese país. Se puede ser generoso con el fuego y la mujer, porque cuanto más das tanto más te queda.

NICÓMACO. — ¿Te empeñas en ese matrimonio para disgustarme?

EUSTAQUIO. — ¡Válgame Dios! Lo deseo para mi complacencia.

NICÓMACO. — ¡Ea, retírate! Vete a casa. Loco debí de estar al creer que este villano me respondería conforme a mis deseos. Aquí me tienes mudado en lo que te importa. Ordena las cuentas y ve con Dios. Cree que en adelante serás mi peor enemigo. Te haré todo el daño que pueda.

EUSTAQUIO. — Eso no me fatiga con tal que yo tenga a Clicia.

NICÓMACO. — ¡Tendrás la horca!

Digitized by Google

ESCENA SEXTA

Pirro, Nicómaco

PIRRO. — Me descuartizarán antes de que yo haga lo que vos me pedís.

NICÓMACO. — ¡Bien andan las cosas! Pirro me sigue leal. ¿Que tienes? ¿Con quién riñes, Pirro?

PIRRO. — Riño con quien vos tenéis siempre trifulcas.

NICÓMACO. — ¿Qué te ha dicho mi esposa? ¿Qué pretendía?

PIRRO. — Me ha rogado que no tome a Clicia por mujer.

NICÓMACO. — ¿Y qué replicaste?

PIRRO. — Que antes me matarían, pero no renunciaría a ella.

NICÓMACO. — ¡Brava contestación!

PIRRO. — Si fue brava, temo que hice mal. Pues seguro estoy de que me he enemistado con vuestra esposa, vuestro hijo y el resto de la casa.

NICÓMACO. — ¿A ti qué te va? Está bien con Cristo y ríete de los santos.

PIRRO. — Bueno, pero si vos fallecieseis, los santos me despellejarían.

NICÓMACO. — No te amilanes, que yo haré tales cosas, que los santos te darán poca guerra. Y si insistiesen, los magistrados y las leyes te protegerán, siempre y cuando logre dormir con Clicia gracias a ti.

Digitized by Google



Digitized by Google



Digitized by Google

PIRRO. — Dudo de que lo consigáis, visto cuán encolerizada tenéis a vuestra mujer.

NICÓMACO. — Se me ha ocurrido que lo acertado será, y con ello saldremos de una vez de este frenesí, que se echen suertes para dilucidar a quién pertenece Clicia. Así mi mujer no podrá quejarse, ni rebelarse contra el resultado.

PIRRO. — Imaginad que la fortuna nos sea contraria.

NICÓMACO. — Espero en Dios que no lo será.

PIRRO. — (¡Oh, viejo insensato! ¡Pues no supone que Dios le protegerá en esta bellaquería!) Pero, si Dios se ocupa en tales cosas, Sofronia puede también confiar en Él.

NICÓMACO. — ¡Qué confíe! He pensado algo por si la suerte se me opusiera. Llámala y dile que salga con Eustaquio.

PIRRO. — Sofronia, acudid con Eustaquio ante el amo.

ESCENA SÉPTIMA

Sofronia, Eustaquio, Nicómaco, Pirro

SOFRONIA. — Aquí me tienes. ¿Qué novedad hay?

NICÓMACO. — Hay que resolver este asunto. Como ves, éstos no llegan a un acuerdo, y conviene que nosotros lo decidamos.

SOFRONIA. — Tu impetuosidad es extraordinaria. Lo que no se haga hoy se hará mañana.

BIBLIOTECA DE ... UNIVERSIDAD ...

Digitized by Google

NICÓMACO. — Quiero hacerlo hoy.

SOFRONIA. — Sea en buena hora. Aquí están los dos competidores. ¿Cuál es tu intención?

NICÓMACO. — He pensado, si nos ponemos de acuerdo, que lo decida la suerte.

SOFRONIA. — ¿Cómo? ¿La suerte?

NICÓMACO. — Coloquemos en una bolsa el nombre de ellos y en otra el de Clicia, más una papeleta en blanco. Sacaremos ante todo el nombre de uno de ellos y después una papeleta de la segunda bolsa, y a quien le toque Clicia, quédese con ella y el otro tenga paciencia. ¿Qué opinas? ¿No contestas?

SOFRONIA. — A ello, que acepto.

EUSTAQUIO. — Reparad en lo que hacéis.

SOFRONIA. — Reparo y sé lo que hago. Entra en casa, escribe los papelillos y trae dos bolsas, que quiero salir de este apuro o me encontraré en uno mayor.

EUSTAQUIO. — Voy.

NICÓMACO. — Así quedaremos en paz. Pirro, suplica a Dios que te ayude.

PIRRO. — ¡Que os ayude!

NICÓMACO. — Dices bien, porque tendré tamaño consuelo si al fin la consigues.

EUSTAQUIO. — Aquí están las bolsas y las papeletas.

NICÓMACO. — Daca. ¿Qué reza ésta? Clicia. ¿Y estotra? Está en blanco. Perfectamente; échalas a esa bolsa. ¿Qué dice ésta? Eustaquio. ¿Y la otra? Pirro. Dóblalas y ponlas aquí. Ciérralas y vigílale, Pirro, no sea que haga trampa, pues tiene los dedos muy listos.

Digitized by Google

SOFRONIA. — Los hombres desconfiados son reprobables.

NICÓMACO. — ¡Palabras, palabras! Harto sabes que no se engaña sino a quien se fía. ¿Cuál de nosotros sacará.

SOFRONIA. — Quien te parezca.

NICÓMACO. — Acude, muchacho.

SOFRONIA. — Menester sería que fuese virgen.

NICÓMACO. — Virgen o no, no os he estorbado hasta ahora. Saca un papel de esta bolsa, cuando yo haya pronunciado ciertas oraciones: ¡Oh santa Rita! Te pido, así como a todos los santos y santas abogadas de los matrimonios, conceded a Clicia tan gran beneficio, que salga de esta bolsa el papelillo de aquel que más nos complazca!... Saca, en nombre de Dios. Dámelo. ¡Ay de mí, muerto soy! ¡Eustaquio!

SOFRONIA. — ¿Es él? ¡Señor, haz el milagro para que éste se desespere!

NICÓMACO. — Mete la mano en la otra. Entrégame el papel. ¡En blanco! ¡Oh, resucito! ¡Hemos vencido! Pirro, de pro te sea; Eustaquio está yerto. Sofronia, pues Dios dispuso que Clicia fuera de Pirro, quiérelo tú.

SOFRONIA. — Lo quiero.

NICÓMACO. — Ordena la boda.

SOFRONIA. — ¡Gran prisa tienes! ¿No se podría demorar hasta mañana?

NICÓMACO. — ¡No, no, no! ¿Oyes que no? ¿Qué? ¿Te gustaría idear alguna añagaza?

SOFRONIA. — ¿Haremos las cosas como las bestias? ¿No ha de oír la muchacha la misa nupcial?

NICÓMACO. — ¿Misa, dices? ¡Puede oírla otro

Digitized by Google

día! ¿Ignoras que se perdona tanto al que se confiese después como al que se confiesa antes?

SOFRONIA. — Dudo que sea así para el común de las mujeres.

NICÓMACO. — ¡Empléese entonces lo extraordinario de los hombres! Quiero que sea suya esta noche. ¿Acaso no me entiendes?

SOFRONIA. — Llévesela en mala hora. Entremos en la casa, y lleva tú la embajada a esa pobrecilla inexperta.

NICÓMACO. — Ya aprenderá. Vamos adentro.

SOFRONIA. — No los acompañaré. Deseo encontrar a Cleandro para que me diga si este mal tiene algún remedio.

Digitized by Google

CANCIÓN

Quien jamás a una mujer ofenda
Con o sin razón, loco estará si cree
Por ruegos o lágrimas lograr después componenda:
Porque la mujer desciende a la vida mortal,
Al propio tiempo que el alma, tiene
Soberbia, desdén y olvido de lo misericordioso:
El engaño y la crueldad con ella viene
Y le presta tal firme ayuda leal,
Que de cualquier acto le deja desidioso;
Y si desprecio áspero, malvado y dañoso
La mueve a celos, el mortal sufre su fuerza,
De que no hay noticias de humano que la tuerza.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Cleandro, Eustaquio

CLEANDRO. — ¿Será posible que mi madre haya sido tan incauta, que se atreviera a exponer a la suerte un negocio del que pende todo el honor de nuestra casa?

EUSTAQUIO. — Fue como te he referido.

CLEANDRO. — ¿Qué desventura la mía! ¡Infeliz de mí! ¡Me hinchieron de tantas ilusiones, que a mis espaldas lograron concluir el matrimonio y estipular la boda! ¡Y ello sucedió conforme lo deseaba el viejo! ¡Oh fortuna, tú que sueles, a fuer de hembra, ser amiga de los jóvenes, en esta ocasión te hiciste amiga de los ancianos! ¿No te avergüenzas de haber ordenado que un rostro tan delicado sea mancillado por boca tan fétida, ni de que carnes tan suaves toquen manos tan temblonas y miembros tan ásperos y hediondos? Porque no Pirro, sino Nicómaco, la hará suya. No podías inferirme peor ultraje, porque de un solo golpe me arrebataste la amada y los bienes. Sí,

Digitized by Google

así es, pues Nicómaco, si el amor le dura, dejará más caudales a Pirro que a mí. Se me antoja que han transcurrido mil años, tanto es mi anhelo de ver a mi madre para lamentarme y desahogarme con ella de este lance.

EUSTAQUIO. — Consuélate, Cleandro, porque sospecho que anda gritando por la casa, y no me extrañaría que el viejo no comiera esa pera monda como cree. Mas aquí sale con Pirro, y ambos están alborozados.

CLEANDRO. — Vete, Eustaquio, adentro. Me quedaré para oír qué dicen. Tal vez sus palabras aprovechen a mis fines.

EUSTAQUIO. — Ido soy.

ESCENA SEGUNDA

Nicómaco, Pirro, Cleandro

NICÓMACO. — ¡Oh, cuán bien resultó! ¿Viste qué apenada está esa cuadrilla y qué desesperada mi esposa? Todo ello acrecienta mi alegría; pero más alegre estaré cuando tenga a Clicia entre los brazos, cuando la toque, bese y abrace. ¿No llegarás nunca, dulce noche? Dispuesto estoy a pagar el doble el favor que me haces.

CLEANDRO. — ¡Oh viejo demente!

PIRRO. — Lo creo, mas no creo que podáis llevar a cabo nada esta noche, ni que tengáis facilidad para ello.

Digitized by Google

NICÓMACO. — ¿No? Ahora te explico cómo he pensado llevar la cosa adelante.

PIRRO. — Os lo agradeceré.

CLEANDRO. — Y yo mucho más, porque tal vez oiga algo que estorbe los propósitos ajenos y asista a los míos.

NICÓMACO. — ¿Conoces a Damón, nuestro vecino, a quien alquilé la casa para ti?

PIRRO. — Sí, le conozco.

NICÓMACO. — Pues bien; he pensado que tú la lleves a esa morada esta noche, aunque él habite en ella y antes de que la vacíe de muebles. Yo afirmaré que quiero que le enseñes la casa en que ha de vivir.

PIRRO. — ¿Y después?

CLEANDRO. — ¡Afina el oído, Cleandro!

NICÓMACO. — He obligado a mi mujer a que llame a Sóstrata, esposa de Damón, a fin de que la ayude a disponer la boda y a ataviar a la novia, y pediré a Damón que induzca a la suya a hacer otro tanto. Hecho eso, y una vez hayamos cenado, la muchacha pasará a la morada de Damón y será puesta contigo en la alcoba y el lecho. Diré que deseo permanecer con Damón en la posada, y Sóstrata vendrá a esta casa a pernoctar con Sofronia. Tú, que estarás solo en la alcoba, apagarás las luces y te moverás por el aposento, fingiendo que te desnudas. Mientras tanto, me trasladaré poquito a poco a la alcoba, me desnudaré y pondré junto a Clicia. Tú podrás acomodarte en la camilla. Por la mañana, antes de que despunte el día, me retiraré pretextando una necesidad, me vestiré y tú me substituirás.

Digitized by Google

CLEANDRO. — (¡Oh viejo chocho! ¿Qué dicha tuve al oírte explicar tu intención y cuánta es tu desgracia porque yo lo sepa!)

PIRRO. — Me parece que habéis acertado en vuestros proyectos. Mas conviene que os aliñéis de modo que tengáis juvenil aspecto, pues temo que vuestra ancianidad se reconozca aun en las tinieblas.

CLEANDRO. — (Me basta lo oído. Iré a dar la voz de alarma a mi madre.)

NICÓMACO. — He pensado en todo. A decir verdad, me dispongo a cenar con Damón. He encargado una cena adecuada. Antes tomaré una pizca de un electuario que se llama satirión.

PIRRO. — ¡Singular nombre!

NICÓMACO. — ¡Más singulares son sus efectos! Es una medicina que, en el tema que me importa, rejuvenecería a un hombre de noventa años, no ya de setenta, que son los míos. Así que, habiendo tomado el electuario, cenaré pocos, aunque substanciosos, manjares. Ante todo, una ensalada de cebollas cocidas y luego una mezcla de habas y especias.

PIRRO. — ¿Para qué sirve eso?

NICÓMACO. — ¿Para qué? Las cebollas, habas y especias, siendo elementos cálidos y ventosos, conseguirían que zarpase una carraca genovesa. Sobre ello, será menester un pimiendo grande asado, tan verdiseco, que pique.

PIRRO. — Procurad que no os entorpezca el estómago, porque lo tendréis que mascar o que engullir entero. ¡No veo que poseáis tantos dientes fuertes y sanos en la boca!

Digitized by Google

NICÓMACO. — ¡Bah! ¡Eso no me espanta! A falta de muchos dientes, gozo de unas mandíbulas que parecen de acero.

PIRRO. — Deseo no haber de tocar a la muchacha, cuando os hayáis ido y yo entre en el lecho, porque estoy temiendo que la pobre habrá sufrido un desengaño.

NICÓMACO. — Me portaré como dos hombres, descuida.

PIRRO. — Doy gracias a Dios, porque me ha concedido una mujer de tal especie, que no habrá de fatigarme en tener descendencia ni en sustentarla.

NICÓMACO. — Entra, apresura la boda, y yo hablaré un rato con Damón, a quien veo salir de su casa.

PIRRO. — Lo haré.

ESCENA TERCERA

Nicómaco, Damón

NICÓMACO. — Llegó la ocasión, Damón amigo, de que me pruebes tu amistad. Es preciso que salgas de tu morada y la desembaraces de tu esposa y demás habitantes, para que yo logre llevar a cabo el negocio como te expliqué en otra ocasión.

DAMÓN. — Estoy preparado a hacer lo que fuere, con tal de que estés contento.

NICÓMACO. — Ordené a mi mujer que llamara a tu Sóstrata, a fin de que la ayude en los prepara-

Digitized by Google

tivos de la boda. Haz que vaya en seguida y, sobre todo, que la acompañe la criada.

DAMÓN. — Todo está preparado. Llámala cuando sea de tu agrado.

NICÓMACO. — Voy a la tienda del boticario con un recado y regreso al punto. Espera a que salga mi mujer y avisa a la tuya. Ahí la tienes; apercíbete. Adiós.

ESCENA CUARTA

Sofronia, Damón

SOFRONIA. — No me maravilla que mi marido se empeñase en que yo llamara a la Sóstrata de Damón. Ansiaba tener la casa libre para efectuar sus propósitos. Ése es Damón... ¡Oh espejo de esta ciudad y columna de sus barrios, que cede su morada para empresa tan indecorosa y vituperable! Pero obraré de tal suerte, que se avergonzarán eternamente de sí mismos. Y me dispongo a empezar mi tarea.

DAMÓN. — Me asombra que Sofronia esté quieta y no se adelante a llamar a mi esposa. Pero ya se acerca. ¡Dios te salve, Sofronia!

SOFRONIA. — Y a ti. ¿Dónde está tu mujer?

DAMÓN. — En casa, presta a acudir en cuanto la llames, porque así me lo rogó tu marido. ¿Voy a avisarla?

SOFRONIA. — ¡No, no! Estará ocupada en sus quehaceres.

Digitized by Google

DAMÓN. — Está mano sobre mano.

SOFRONIA. — No la importunes, que no la necesito. La llamaré en el momento preciso.

DAMÓN. — ¿No arregláis la boda?

SOFRONIA. — Sí, en eso estamos.

DAMÓN. — ¿Y no has menester su ayuda?

SOFRONIA. — Por ahora me sobra gente.

DAMÓN. — ¿Qué haré en este aprieto? He cometido un gran error por culpa de ese viejo loco, baboso, legañoso y desdentado. Me convenció de que ofreciera los servicios de mi mujer a ésta, que no los reclama, y supondrá que mendigo un pedazo de pan y me tendrá por vil.

SOFRONIA. — Despido a este hombre completamente desconcertado. ¡Fijaos en cómo se encoge dentro de la capa! Me dedicaré ahora a embromar un poco a mi viejo. Helo ahí; regresa del mercado. ¡Que me muera si no ha comprado algo para parecer garrido y perfumado.

ESCENA QUINTA

Nicómaco, Sofronia

NICÓMACO. — Compré el electuario y cierto unto capaz de resucitar a un muerto. Cuando se entra en guerra, la mitad de la victoria está en el ánimo. Veo a mi mujer. ¡Ay de mí! ¡Me habrá oído!

SOFRONIA. — Sí, te he oído, ¡y para daño y vergüenza tuyos si vivo hasta mañana!

Digitized by Google

NICÓMACO. — ¿Están a punto las cosas? ¿Llamaste a tu vecina para que te ayudase?

SOFRONIA. — La llamé, como me dijiste; pero tu querido amigo le murmuró no sé qué en la oreja y ella me respondió que no podía venir.

NICÓMACO. — No me sorprende, porque eres algo desabrida y no te acomodas al carácter de las personas, cuando necesitas lo que sea de ellas.

SOFRONIA. — ¿Qué quieres? ¿Que le acariciase la barbilla? No estoy acostumbrada a acariciar a los maridos ajenos. Anda, llámala tú, que te gustan las mujeres de los demás, y yo me iré a casa a cuidar del resto de los preparativos.

ESCENA SEXTA

Damón, Nicómaco

DAMÓN. — Iré a cerciorarme de si el enamorado volvió de la compra. ¡Ahí está, frente a la puerta! Precisamente iba a buscarte.

NICÓMACO. — ¡Y yo a ti, hombre desleal! Dime, ¿qué te supliqué? Dime, ¿qué te pedí? ¡Bien me has servido!

DAMÓN. — ¿Qué acontece?

NICÓMACO. — ¡Enviaste a tu mujer! ¡Dejaste vacía la casa, tanto que me tengo los ijares de risa! Por lo tanto, según entiendo, estoy muerto y derrotado.

DAMÓN. — ¡Anda y que te aspen! ¿No me aseguraste que tu mujer llamaría a la mía?

Digitized by Google

NICÓMACO. — La llamó y ella se negó a acudir.

DAMÓN. — ¡Antes bien se la ofrecí y ella la rechazó! Me embromas y encima te enojas conmigo. ¡Que el diablo se lleve a ti, la boda y a todo el mundo!

NICÓMACO. — En fin, ¿quieres que venga?

DAMÓN. — Sí, quiero, así me muera, y con ella la criada, la gata y cuanto existe. Vete si estás ocupado. Vuelvo a mi casa; al atardecer te la enviaré puntualmente.

NICÓMACO. — ¡Ahora eres mi amigo¿ ¡Ahora todo resultará bien!... ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué ruido oigo en mi casa?

ESCENA SÉPTIMA

Doria, Nicómaco

DORIA. — ¡Muerta soy, muerta soy! ¡Huid, salvaos! ¡Arrancadle el cuchillo de la mano! ¡Huid, Sofronia!

NICÓMACO. — ¿Qué te pasa, Doria? ¿Qué es eso?

DORIA. — ¡Muerta soy!

NICÓMACO. — ¿Por qué eres muerta?

DORIA. — ¡Muerta soy y vos perdido!

NICÓMACO. — Dime qué tienes.

DORIA. — ¡No puedo! ¡La congoja lo impide! ¡Cómo sudo! ¡Hacedme aire con la capa!

NICÓMACO. — ¡Voto a tal! ¡Si no me cuentas lo que tienes, te rompo la cabeza!

DORIA. — ¡Oh, amo mío, qué cruel sois!

Digitized by Google

NICÓMACO. — Dime lo que pasa y a qué se debe ese alboroto.

DORIA. — Pirro había entregado el anillo a Clicia y se fue a acompañar al notario hasta la puerta. Entonces Clicia, impelida por una furia ignorada, asió un puñal y, despeinada, arrebatada, gritó: «¿Dónde está Nicómaco y dónde Pirro? ¡Los quiero matar!» Cleandro, Sofronia y los demás quisimos sujetarla, sin conseguirlo. Está acurrucada en un rincón de la cámara y chilla que os quiere matar de todos modos, y el miedo hace que unos corran hacia aquí y otras hacia allí. Pirro se ha refugiado en la cocina, escondiéndose detrás de la cesta de los capones. Me han despachado para que os advirtiera que no entréis en la casa.

NICÓMACO. — ¡Soy el más mísero de los humanos! ¿No es posible quitarle el puñal de la mano?

DORIA. — Por ahora, no.

NICÓMACO. — ¿A quién amenaza?

DORIA. — A vos y a Pirro.

NICÓMACO. — ¡Oh! ¡Tremenda desgracia es ésta! Oye, hijita, te imploro que vuelvas a la casa y que veas si, con suaves palabras, barres de su cabeza esta locura y consigues arrebatarle el puñal. Te prometo que te compraré unas chinelas y un pañuelo. Anda, vete, amor mío.

DORIA. — Al instante; pero no entréis hasta que os llame.

NICÓMACO. — ¡Oh miseria! ¡Oh desdicha! ¡Cuántas cosas se interponen para hacer infeliz esta noche, que yo auguraba dichosísima!... ¿Ha soltado el cuchillo? ¿Puedo pasar?

DORIA. — ¡No, todavía no!

Digitized by Google

NICÓMACO. — ¿Qué sucederá después, Dios mío? ¿Entro?

DORIA. — Entrad, pero no en el aposento en que ella está. Procurad que no os vea. Reuníos con Pirro en la cocina.

NICÓMACO. — Inmediatamente.

ESCENA OCTAVA

Doria, sola

¡De cuántas maneras engañamos a ese viejo! ¡Qué gracioso es ver lo que sucede en esta casa! El viejo y Pirro tiemblan en la cocina, en la sala están los que aparejan la cena y en la cámara se hallan las mujeres, Cleandro y el resto de la servidumbre. Han desnudado a Siro, nuestro criado, vistiendo a Clicia con sus prendas y a Siro con las de ella. Desean que Siro se presente al marido en lugar de Clicia y, porque el viejo y Pirro no descubran el fraude, los han confinado en la cocina con el pretexto de que Clicia ha enloquecido. ¡Qué jocoso! ¡Qué hermoso engaño! Pero Nicómaco y Pirro comparecen.

Digitized by Google

ESCENA NOVENA

Nicómaco, Doria, Pirro

NICÓMACO. — ¿Estás aquí, Doria? ¿Clicia se ha sosegado?

DORIA. — Sí, señor, y ha prometido a Sofronia que hará lo que deseáis. Ciertamente, Sofronia juzga mejor que ni vos ni Pirro os presentéis ante ella, para que no se avive de nuevo su furor. Si después, en el lecho, Pirro no sabe amansarla, peor para él.

NICÓMACO. — Bueno es el consejo de Sofronia, y lo seguiremos. Ve a casa. Como todo está preparado, pide que se cene. Pirro y yo lo haremos en la morada de Damón. En cuanto concluyan, haz que la saquen. Súplicalo, Doria, por el amor de Dios, que ya es tarde y no está bien pasar toda la noche en estos ejercicios.

DORIA. — Tenéis razón; me voy.

NICÓMACO. — Tú, Pirro, no te muevas de este sitio. Me voy a beber un trago con Damón. No te acerques a la casa, por si Clicia se enfureciese otra vez. Si algo ocurriera, corre a comunicármelo.

PIRRO. — Partid, que haré todo lo que ordenáis. Me alegro de que mi amo se empeñe en que me quede sin mujer y sin cena. No creo que en un año ocurran tantas cosas como hoy, y tal vez me sucedan otras, porque oí en la casa unas risitas

Digitized by Google

que me desagradan. Pero distingo una antorcha. Debe de salir el cortejo con la novia. Correré a avisar al viejo. ¡Nicómaco! ¡Damón! ¡Bajad, bajad! La esposa se acerca.

ESCENA DÉCIMA

Nicómaco, Damón, Sofronia, Sóstrata

NICÓMACO. — Hénos aquí. Pirro, escóndete en casa, porque será mejor que no te vea. Damón, ve delante y habla con esas mujeres. Todos han salido ya.

SOFRONIA. — ¡Oh, la pobre niña va llorando! Fíjate, no aparta el pañuelo de sus ojos.

SÓSTRATA. — Mañana reirá. Así costumbran hacerlo las jóvenes. Dios os dé buenas noches, Nicómaco y Damón.

DAMÓN. — Bien venidas seáis. ¡Ea, mujeres, ea! Acostad a la novia y regresad a este sitio. Mientras tanto, Pirro se preparará también.

SÓSTRATA. — Vamos, en nombre de Dios.

ESCENA UNDÉCIMA

Nicómaco, Damón

NICÓMACO. — Va muy apesadumbrada. ¿Te has fijado en cuán grande es? Los escarpines deben de aumentar su talla.

Digitized by Google

DAMÓN. — Parece mucho más alta de lo que suele. El asunto ha llegado al extremo que tú deseabas. Pórtate bien, pues, si no lo haces, no podrás volver.

NICÓMACO. — ¡Descuida! ¡Haré lo debido! Desde que comí, me siento fuerte como una espada. ¡Chist! Nuestras mujeres están nuevamente aquí.

ESCENA DUODÉCIMA

Nicómaco, Sóstrata, Sofronia, Damón

NICÓMACO. — ¿La acostasteis?

SÓSTRATA. — Sí, ya lo está.

DAMÓN. — Está bien. Ahora haremos lo siguiente: tú, Sóstrata, duerme esta noche con Sofronia, y Nicómaco se quedará conmigo.

SOFRONIA. — Vamos, que Dios ayuda al que madruga.

DAMÓN. — Así sea. No os hagáis daño.

SÓSTRATA. — Procuradlo vosotros, que vais armados. Nosotros estamos desarmadas.

DAMÓN. — Id, id a casa.

SOFRONIA. — Al punto. Ve, Nicómaco, y encontrarás la horma de tu zapato, porque esa novia será tan suave contigo como los cardos.

Digitized by Google

CANCIÓN

Muy suave es el engaño
Que a lo que se imagina conduce,
Hasta el punto que arrebata el afán
Y todo gusto amargo convierte en dulce.
Es un remedio sublime y raro,
Que a los descarriados a lo justo reduce;
Tiene tan sublime e impensada virtud,
Que a uno santifica y a otro en amor instruye.
Así el Amor, con decorosas intenciones,
Vence encantamientos, piedras y venenosas nubes.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Doria, sola

Jamás reí tanto, ni creo que vuelva a reír. Esta noche, en nuestra casa, no han sonado más que carcajadas. Sofronia, Sóstrata, Cleandro, Eustaquio, todo el mundo ríe a mandíbula batiente. Las horas pasaron medidas con palabras, pues decían: «Nicómaco entra ahora en la alcoba, ahora se desnuda, ahora se tumba junto a la novia, ahora se cerca a ella, ahora la halaga...» Estábamos entretenidos con estos pensamientos, cuando llegaron Siro y Pirro y se redoblaron las carcajadas. Lo que más sal tuvo fue que Pirro se reía de Siro con tantas ganas, que no creo que nadie alcance este año más amplio ni más rotundo placer. Las señoras me enviaron aquí, por ser ya de día, para que me entere de qué hace el viejo y cómo se porta en su desventura. Por ahí se muestra con Damón con él. Me esconderé para observarlos y cosechar más motivos de risa.

Digitized by Google

ESCENA SEGUNDA

Damón, Nicómaco, Doria

DAMÓN. — ¿Cómo has pasado la noche? ¿Qué tal te fue? Estás callado. ¿Qué pasó? No estuvisteis quietos: os vestíais, abríais puertas, subíais y saltabais en el lecho. Me acosté en la cámara de la planta baja, pero no pude conciliar el sueño. Me levanté enfadado y te encuentro saliendo completamente trastornado. No hablas, pareces un muerto... ¿Qué diablo tienes ?

NICÓMACO. — Hermano, no sé adónde huir, ni dónde esconderme, ni en qué sitio ocultar la gran vergüenza en que he incurrido. Me he cubierto de infamia para siempre. No tiene remedio. Nunca podré comparecer ante mi esposa, mi hijo, mis parientes y mis criados. Busqué mi vituperio y mi mujer me ayudó a encontrarlo, consiguiendo que me viera deshecho. Y me duele tanto más, cuanto que tú eres también partícipe de mi culpa, porque todos sabrán que fuiste mi tercero.

DAMÓN. — ¿Qué hubo? ¿Rompiste algo?

NICÓMACO. — ¿Qué quieres que rompiera? ¿Ojalá me hubiese roto el cuello!

DAMÓN. — Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Por qué no me lo cuentas?

NICÓMACO. — ¡Ay, ay, ay! ¡Tan grande es mi dolor, que no creo que pueda narrártelo!

DAMÓN. — Pareces un mocoso. ¿Qué diablo será?

NICÓMACO. — Estás enterado de las órdenes que

Digitized by Google

di. Según ellas, entré en la alcoba y me desnudé en silencio. Cambiando a Pirro, que dormía en la camilla, al amparo de la obscuridad, me tendí al lado de la novia...

DAMÓN. — Bueno, ¿y luego?

NICÓMACO. — ¡Ay, ay, ay! Me acerqué a ella. Como es uso en los recién casados, quise ponerle una mano en el pecho y la muchacha me la prendió y no la soltó. Deseé besarla y con la otra mano me echó la cara hacia atrás. Pretendí abrazarla y me recibió con una rodilla, y por ello una costilla se me ha quebrado. En vista de que no lograba nada a la fuerza, me decidí a suplicar, y con frases suaves, dulces y amorosas (y en voz baja para que no me reconociera), le rogué que me complaciese, diciéndole: «¡Ah, alma mía! ¿Por qué me atormentas? Bien mío, ¿por qué no me otorgas sin regateo lo que las otras mujeres conceden graciosamente a sus maridos?» ¡Ay, ay, ay!

DAMÓN. — Sécate los ojos.

NICÓMACO. — Tan grande es mi dolor, que no encuentro el momento, ni puedo contener mis lágrimas. En vano parloteé; ni siquiera hizo el gesto por lo menos de que estaba dispuesta a hablarme. Viéndolo, recurrí a las amenazas, me puse a decirle barbaridades, y lo que le haría y lo que le diría. Pues bien; de pronto recogió las piernas y me soltó un par de coces tal, que si no me contiene la ropa del lecho, hubiera ido a parar al centro del aposento.

DAMÓN. — ¿Es posible?

NICÓMACO. — ¡Vaya si lo es! Después, dio un par de tumbos y se arrebujó en las sábanas de tal

Digitized by Google

suerte, que las manivelas de la Ópera no la hubieran arrancado de ellas. Viendo que la fuerza, las súplicas y las amenazas no valían, le ofrecí la espalda desesperado y dispuesto a no molestarla, creyendo que volvería sobre su propósito cuando amaneciera.

DAMÓN. — ¡Brava idea! ¡Bien hiciste! Debiste empezar por hacerlo así: ¡no querer a quien no te quiere!

NICÓMACO. — ¡Calla! ¡Calla, que aún no he terminado! Ahora viene lo peor. Estando así, del todo desconcertado, me adormilé a causa de la agitación y los afanes. De súbito noto que me pinchan en un costado y me propinan cinco o seis cogotazos malditos... Yo, medio dormido, tendí la mano, prendiendo algo duro y afilado. Me espanté y me arrojé del lecho, porque recordé el puñal con que Clicia había querido ensartarme. El ruido despertó al dormido Pirro y, obligado más del miedo que de la razón, le grité que la muchacha se había armado para matarnos a ambos. Pirro corrió y volvió con la luz. En vez de Clicia contemplamos a Siro, mi criado, arrodillado en el lecho desnudo, el cual en son de mofa (¡ay, ay, ay!) me abucheaba (¡ay, ay, ay!) y me hacía la higa.

DAMÓN. — ¡Ja, ja, ja!

NICÓMACO. — ¡Ah, Damón! ¿También ríes tú?

DAMÓN. — Te compadezco sobradamente, pero me es imposible contener la risa.

DORIA. — Iré a comunicar al ama cuanto he oído. Así se doblarán sus carcajadas.

NICÓMACO. — Ese es mi mal: todos se reirán y a mí me tocará llorar. Pirro y Siro, en mi presen-

Digitized by Google

cia, se decían villanías o se reían; después, vestidos de cualquier manera, se fueron, sospecho que en busca de nuestras mujeres. Todos estarán riendo. ¡Ría cada uno mientras Nicómaco llora!

DAMÓN. — Tengo la seguridad de que te compadezco tanto como a mí, pues, por amor a ti, me metí en este atolladero.

NICÓMACO. — ¿Que me aconsejas que haga? ¡No me abandones, por lo que más quieras!

DAMÓN. — Opino, si no surge mejor remedio, que te rindas a tu Sofronia y le digas que haga lo que quiera contigo y con Clicia de ahora en adelante. Seguramente cuidará de tu honor, porque, siendo su marido, no puedes recibir vergüenza de que ella no participe. Mírala; ahora sale. Anda a hablarte. Entretanto, me encaminaré a la plaza y al mercado a prestar oído por si oigo algo sobre lo ocurrido, y regresaré para informarte lo más puntualmente que pueda.

NICÓMACO. — Te lo imploro.

Digitized by Google

ESCENA TERCERA

Sofronia, Nicómaco

SOFRONIA. — Mi criada Doria me ha comunicado que Nicómaco está en la calle y que da lástima verle. Hablaré con él. Así me enteraré de lo que se propone decirme sobre sus azares. Allí está. ¡Eh, Nicómaco!

NICÓMACO. — ¿Qué deseas?

SOFRONIA. — ¿Adónde vas tan temprano? ¿Abandonas la casa sin dedicar una palabra a la novia? ¿Sabes cómo le ha ido esta noche con Pirro?

NICÓMACO. — No.

SOFRONIA. — ¿Y quién puede saberlo, si tú lo ignoras, tú que alborotaste a Florencia hasta que se llevó a cabo ese matrimonio? Ahora que lo has conseguido, pones un gesto nuevo de descontento.

NICÓMACO. — ¡Ah! ¡Déjame en paz! ¡No me desgarres el alma!

SOFRONIA. — Tú eres el que me destrozas, pero, cuando tú habrías de consolarme, tengo que consolarte, y estando a tu cargo el proveer la casa, cae sobre mí, y aquí me tienes llevando estos huevos.

NICÓMACO. — Creo que estaría bien que no continuases jugando conmigo. Bástete haberlo hecho durante todo el año, ayer y esta noche más que nunca.

SOFRONIA. — Jamás pretendí burlarme de ti;

Digitized by Google

pero tú casi nos lo impusiste, llegando a burlarte de ti mismo. ¿Cómo no te avergonzaste de haber criado en tu casa a una muchacha tan honestamente, de la misma forma que se educan las jóvenes de bien, para luego obstinarte en casarla con un criado malo e inútil, a fin de que aceptase que yacieses con ella? ¿Pensaste que te las habías con ciegos o con personas que no sabrían impedir la deshonestidad de tus propósitos? Reconozco que fui la directora de las trampas y escarnios que has sufrido, porque, si deseábamos que te enmendases, no había otro modo que sorprenderte en los hechos ante tantos testigos, que te avergonzases, y después que la vergüenza te indujese a llevar a cabo lo que no habrías hecho de otra suerte. Así estamos. Si recobras el juicio, y vuelves a ser el Nicómaco de un año atrás, todos te imitaremos y nada se sabrá; y aunque se supiera, es costumbre pecar y arrepentirse.

NICÓMACO. — Sofronia mía, resuelve a tu antojo. Me empeño en no desobedecer tus órdenes, con tal que el asunto no se haga público.

SOFRONIA. — Si estás dispuesto a ello, todo se halla arreglado.

NICÓMACO. — ¿Dónde está Clicia?

SOFRONIA. — La avisaremos en seguida. Porque anoche, así que cenaste, la mandamos a un monasterio disfrazada con la ropa de Siro.

NICÓMACO. — ¿Qué dice Cleandro?

SOFRONIA. — Se alegra de que la boda se haya aguado; pero le apena no saber cómo conseguirá hacer suya a Clicia.

NICÓMACO. — Deposito en ti la obligación de

Digitized by Google

pensar en lo que concierne a Cleandro. Sin embargo, si no se sabe quién es ella, no me gustaría casarla con él.

SOFRONIA. — A mí tampoco. Diferiremos el matrimonio hasta que se conozca algo sobre ella, o hasta que se le pase el enamoramiento. Mientras tanto, se anulará el matrimonio con Pirro.

NICÓMACO. — Haz lo que te parezca. Me voy a casa a descansar, porque la mala noche que he tenido impide que me tenga en pie, y asimismo porque veo que salen Cleandro y Eustaquio, y no deseo toparme con ellos. Háblales, diles lo que hemos determinado y que se contenten con haber vencido, y no se vuelva más a tratar de esta cuestión.

ESCENA CUARTA

Cleandro, Sofronia, Eustaquio

CLEANDRO. — Has visto que el viejo se ha encerrado en casa. Debe de haber recibido un sofión de mi madre, si se considera su presente humildad. Vamos a que nos explique lo sucedido. ¡Dios te salve, madre! ¿Qué dice Nicómaco?

SOFRONIA. — El pobrecillo está acobardado. Cree que merece vituperio. Me ha dado carta blanca y quiere que yo gobierne en lo futuro todo según mis luces.

EUSTAQUIO. — ¡Será mucho mejor, y yo tendré a Clicia!

Digitized by Google

CLEANDRO. — ¡Poco a poco! Ese bocado no es para ti.

EUSTAQUIO. — Tiene gracia... ¿Habré perdido como Pirro, porque estáis seguros de haber triunfado?

SOFRONIA. — Ni tú ni Pirro la haréis vuestra. Tampoco tú, Cleandro, porque lo dispongo así.

CLEANDRO. — Haced al menos que regrese a la casa, a fin de que me sea posible verla.

SOFRONIA. — Volverá o no volverá, según me dé. Vamos a arreglar la casa. Y tú, Cleandro, procura entrevistarte con Damón, pues conviene que se entere de cómo se disimulará lo ocurrido.

CLEANDRO. — Estoy descontento.

SOFRONIA. — Te contentarás en otra ocasión.

ESCENA QUINTA

Cleandro, solo

Cuando creía haber arribado a puerto seguro, el hado me devuelve al mar, a las olas más feroces y procelosas... Luché antes contra el amor de mi padre; ahora habré de combatir con la ambición de mi madre. En aquello tuve la ayuda de ésta; ahora estaré solo, tanto, que veo menos luz en esta ocasión que en aquélla. Me duelo de mi mala suerte. ¡Nací para no conocer el bien! Puedo decir que, desde que esta muchacha entró en casa, no conocí más delicia que la de pensar en ella, siendo tan raros mis placeres, que los días en que

Digitized by Google

gocé se cuentan con suma facilidad. Pero, ¿quién viene hacia mí? ¿No es Damón? Sí, lo es, y va muy alegre. ¿Qué pasa, Damón? ¿Qué noticias traéis? ¿A qué se debe vuestro alborozo?

Escena sexta

Damón, Cleandro

Damón. — ¡No pude saber nuevas mejores, ni más dichosas, ni que yo portara con mayor placer!

Cleandro. — ¿De qué se trata?

Damón. — El padre de vuestra Clicia ha llegado a esta ciudad. Se llama Raimundo, es un riquísimo gentilhombre napolitano y llega únicamente con la intención de recobrar a su hija.

Cleandro. — ¿Cómo lo sabes?

Damón. — Lo sé, porque he hablado con él y le he oído. No cabe duda alguna.

Cleandro. — ¿De veras? La alegría me hará perder el juicio.

Damón. — Me gustaría que lo escuchaseis de sus labios. Haz que salgan Nicómaco y tu madre Sofronia.

Cleandro. — ¡Nicómaco, Sofronia! Bajad, que os espera Damón.

Digitized by Google

Escena séptima

Nicómaco, Damón, Sofronia, Raimundo

Nicómaco. — ¡Henos aquí! ¿Qué buenas nuevas son ésas?

Damón. — Digo que el padre de Clicia, llamado Raimundo, un gentilhombre napolitano, ha venido a Florencia a fin de recobrarla. He hablado con él y está dispuesto a darla por mujer a Cleandro cuando tú quieras.

Nicómaco. — Si así es, me declaro contentísimo. Pero ¿dónde está el caballero?

Damón. — En «La Corona». Le encargué que viniera aquí. Por ahí aparece. Es aquél que lleva detrás aquellos criados. Id a su encuentro.

Nicómaco. — En seguida. ¡Dios os salve, hombre de bien!

Damón. — Raimundo, éste es Nicómaco y esta dama su mujer. Los dos educaron con sumo decoro a tu hija. Y éste es su hijo, que será yerno tuyo cuando te plazca.

Raymundo. — ¡Bien hallados! Doy gracias a Dios, porque me hizo la merced de ver de nuevo a mi hija antes de morir y premiar a estos señores que tanto la honraron. En cuanto al matrimonio, nada podría complacerme más. Así, la amistad que ha nacido entre nosotros por vuestros méritos, se consolidará con la boda.

Damón. — Entremos, Raimundo os enterará de todo y podréis preparar las nupcias.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD
Digitized by Google

SOFRONIA. — ¡Vamos!... Y vosotros, espectadores, regresaréis a vuestras casas, porque la boda se celebrará en el interior y será obra de mujeres, y no de hombres, como la de Nicómaco.

Digitized by Google

CANCIÓN

Almas bellas, habéis oído, interesadas y quietas, un ejemplo honesto y humilde, que puede servir de maestro sabio y afable a nuestra humana vida, porque, gracias a él, sabréis lo que se debe evitar y qué seguir para subir sin estorbo al cielo; muchos más se ocultan bajo un transparente velo, pero sería demasiado largo presentarlos ahora. Por lo tanto, os suplicamos que el fruto sea digno de lo que merece vuestra generosa cortesía.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

Digitized by Google

Digitized by Google

INTRODUCCIÓN

EL PRINCIPE

Digitized by Google

DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO

Digitized by Google

LIBRO PRIMERO

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Págs.

LIBRO SEGUNDO

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO TERCERO

Págs.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
DURANTE EL MES DE NOVIEMBRE DE 1965
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE LA EDITORIAL CASAL I VALL,
ANDORRA

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google